SI TU
LE DEJAS...
VIDA DE LA MADRE
MARAVILLAS DE JESUS

(Contraportada)

SI TU LE DEJAS…

La Madre Maravillas de Jesús es, sin duda alguna, expresión cimera de alma consagrada a Dios en la vida puramente contemplativa.

Su vida y su obra han sido, en parte intuición anticipadora y, en parte, ejecución fiel de las enseñanzas y urgencias que el concilio Vaticano II ha expuesto acerca de la esencia, valor, importancia y actualidad creciente de la vida contemplativa.

Late potente y orientadora, en la huella trazada por la Madre Maravillas, dados los actuales momentos de indecisión y desconcierto, una pauta segura y firme para la vida cristiana en general, para la vida religiosa en particular y, sobre todo, para el desarrollo genuino hoy de los Institutos consagrados por entero a la contemplación.

No constituye exageración alguna el prever, o mejor dicho, comprobar ya, que el valor de ejemplaridad de la Madre Maravillas puede tener en este histórico momento una misión providencial.

En esta biografía, sencilla y llena, no hay pretensiones literarias ni motivaciones deformadoras. Sus páginas constituyen un testimonio objetivo impresionante de la verdad sobre la Madre Maravillas. Fiel hasta la escrupulosidad en lo referente a la más absoluta fidelidad histórica, se apoya toda sobre la obra en documentos, cartas, relaciones, hechos, testimonios plenamente comprobados. La innumerable multitud de testigos sirve también de apoyo a esta exigente veracidad, alejada de la más mínima concesión al tópico, al mito o al capricho.

Si tú te dejas...

Vida de la Madre Maravillas de Jesús

Carmelita Descalza

Segunda edición

MADRID 1977

NOTA DEL EDITOR

Fue beatificada en Roma por el papa Juan Pablo II el día 10 de mayo de 1998. También Juan Pablo II, la canonizó en Madrid, el 4 de mayo de 2003, juntamente con Santa Genoveva Torres, san Pedro Poveda, santa Ángela de la Cruz y san José María Rubio S.J.

Su festividad se celebra el 11 de diciembre, en conmemoración de la fecha de su muerte.

NIHIL OBSTAT:

Hermenegildo López Gonzalo,

Censor.

IMPRIMATUR:

Ilmo. Sr. D. José M.ª Martín Patino,

Provicario General.

Madrid, 8 de septiembre de 1976.

AVISO DEL EDITOR: Esta edición digital sólo contiene una parte de las citas a pie de página del libro impreso original.

ÍNDICE

Prólogo.....9

Breve historial de la vida de la Madre Maravillas de Jesús, Carmelita Descalza.....20

Introducción.....23

CAPÍTULO 1.....26
Con amor eterno te amé.....26

CAPÍTULO 2.....41
El primer gran encuentro.....41

CAPÍTULO 3.....47
Sembrando alegrías.....47

CAPÍTULO 4.....57
Me enamoré del Hijo de María.....57

CAPÍTULO 5.....70
La pequeña de Pidal.....70

CAPÍTULO 6.....79
He aquí este corazón que tanto ha amado.....79

CAPÍTULO 7.....85
La tierra del Carmelo.....85

CAPÍTULO 8.....97
Galería de retratos.....97

CAPÍTULO 9.....111
Si tú le dejas.....111

CAPÍTULO 10.....119
Hilo por hilo.....119

CAPÍTULO 11.....128
La lamparita.....128

CAPÍTULO 12.....135
En este Cerro bendito.....135

CAPÍTULO 13.....151
España se salvará por la oración.....151

CAPÍTULO 14.....162
Diré un adiós a mi patria.....162

CAPÍTULO 15.....177
Años en guerra.....177

CAPÍTULO 16.....197
Te llevaré a la soledad.....197

CAPÍTULO 17.....208
Tratando amores con el Rey del Cielo.....208
CAPÍTULO 18.....229
De nuevo en el Cerro.....229
CAPÍTULO 19.....249
A Mancera.....249
CAPÍTULO 20.....265
Si el padecer con amor.....265
CAPÍTULO 21.....292
Por fin, Duruelo.....292
CAPÍTULO 22.....308
¿Estará contento mi Cristo?.....308
CAPÍTULO 23.....321
La Asociación de Santa Teresa.....321
CAPÍTULO 24.....329
Nuestro Cristo es aquél.....329
CAPÍTULO 25.....344
A la sombra de San Pedro de Alcántara.....344
CAPÍTULO 26.....367
Para guiar a mis hermanas.....367
CAPÍTULO 27.....378
Carmelitas Descalzos en Talavera.....378
CAPÍTULO 28.....382
En el Tardón.....382
CAPÍTULO 29.....390
La quinta de recreo.....390
CAPÍTULO 30.....406
En la Costa del Sol.....406
CAPÍTULO 31.....418
Que vuelva la Madre.....418
CAPÍTULO 32.....428
A casa de Teresa.....428
CAPÍTULO 33.....445
Tan escondido que nadie lo encuentra.....445
CAPÍTULO 34.....466
Tenía grandes deseos.....466
CAPÍTULO 35.....477
Una enferma como todos.....477

CAPÍTULO 36.....486
Escondida en Dios.....486
CAPÍTULO 37.....503
Véante mis ojos.....503

Prólogo

La Madre Maravillas de Jesús es sin duda una excelsa figura de alma consagrada a Dios en la vida puramente contemplativa, adornada de todas aquellas virtudes claustrales que practicó y enseñó a sus hijas y que hacen de los monasterios contemplativos cenáculos vivos del Espíritu Santo e irradian al mundo, como se irradia el perfume, como se irradia la luz, las más puras esencias del mensaje cristiano, dando testimonio vivido de los valores del mundo sobrenatural.

Emerge esta figura insigne en momentos de crisis, confusión de ideas, inestabilidad e indecisión en la vida religiosa en general y también en la contemplativa canónica, y puede tener en este histórico momento una misión providencial. No faltan claros indicios de esta posibilidad.

El ambiente social de nuestro tiempo impregnado de materialismo, de naturalismo, de ateísmo en sus múltiples formas, provoca, aun en los hijos fieles de la Iglesia, un aprecio indebido de los valores puramente humanos y la consiguiente desestima y también olvido, de los valores sobrenaturales. De hecho el hombre de hoy, como explícitamente han puesto de relieve los Sumos Pontífices, mira a la tierra: riqueza, bienestar, progreso científico, libertad, independencia de la persona, autonomía absoluta de la ley... hasta del mismo Dios. Si a esto añadimos las doctrinas erróneas que niegan los valores evangélicos y tradicionales de la ascesis cristiana, de la mortificación, del silencio, del recogimiento y separación dei mundo, indispensables para dedicarse más eficazmente a la búsqueda de Dios, hasta afirmar que la perfección cristiana se obtiene mejor y más completa fuera del estado religioso, tendremos una idea de la grande necesidad de auténticos ejemplares de almas que hayan vivido en nuestro tiempo la plenitud de su consagración a Dios en la vida religiosa, sin ceder ante la oposición de ideas o innovaciones en contraste con la verdadera doctrina y tradición de la Iglesia sobre la vida religiosa.

Pocas veces en la historia de la Iglesia, el magisterio ha estudiado y declarado como en nuestro tiempo, la esencia, el valor, la importancia eclesial de la vida religiosa. Baste recordar este texto del Vaticano II referente a la vida contemplativa canónica: «Los Institutos destinados por

entero a la contemplación, cuyos miembros se dedican sólo a Dios en la soledad y en el silencio, en la oración asidua y en la generosa penitencia, por mucho que urja la necesidad del apostolado activo, siguen siempre ocupando un lugar preclaro en el Cuerpo Místico de Cristo, en el que todos los miembros no tienen la misma función. Pues ellos ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al pueblo de Dios con frutos ubérrimos de santidad, lo arrastran con su ejemplo y lo dilatan con una misteriosa fecundidad apostólica. De esta forma son gala de la Iglesia y manantial de gracias celestiales».

Es evidente que tal declaración y elogio no se refiere a una vida contemplativa cualquiera, sino a aquella fervorosa que supone generosa e incondicional entrega, sincero y dinámico empeño en conseguir la contemplación teológica sin la cual faltaría el elemento esencial que la especifica: la contemplación. Confirma cuanto decimos Pablo VI, cuando afirma que la eficacia del apostolado contemplativo depende de la perfección en que se viva dicha vida, por eso en ella todo debe ser' tan límpido, tan cándido, tan simple, tan bello, que constituya una especie de hechizo; vida modelada del silencio, del recogimiento, del fervor, del amor, más aún, del misterio de gracia al cual las almas contemplativas se han dedicado.

Este ideal perfecto de vida contemplativa canónica, concuerda perfectamente con el ideal de la Carmelita perfecta establecido por Santa Teresa, según ella pintaba en sus deseos a sus hijas, o sea, perfectas, muy santas.

Este será, querido lector, el ideal que te presentará fielmente realizado en la Madre Maravillas de Jesús, esta interesante y amena biografía escrita por sus hijas con fidelidad a la documentación, sencillez y amor filial.

Refiramos, para que sirva como de presentación e introducción, algunos hechos y rasgos más característicos de esta alma privilegiada.

El Señor que elige y prepara a sus fieles servidores para la misión que les quiere confiar, quiso que Maravillas naciera en un hogar de alta posición social, profundamente católico y que estuviera dotada de inteligencia superior, firme voluntad, decisión y coraje, unidos a un carácter expansivo y alegre, y singular bondad de corazón. La gracia divina, favorecida por una esmerada educación cristiana, sublimará estos dones de naturaleza y con todo su ser se dará a la práctica de las virtudes, sobre todo de la piedad y del amor a Cristo, tanto que enamorada de El

hará voto de castidad a los cinco años, y ya desde el uso de razón sentirá su llamada a la vida religiosa. Comenzando por esta época de su niñez, ejercerá en ella la caridad para con los necesitados, que no tendrá otros limites que el de sus posibilidades y habilidades.

Larga fue la espera para obtener de su director el consentimiento para ingresar en la vida religiosa y luego también el de su madre al enviudar ésta, pero entre tanto estará en el mundo sin ser del mundo, vivirá enamorada de Cristo, con heroica sumisión a su director, ejercitará su incansable caridad con los suyos, a quienes ama con tanto afecto, y será mano amorosa de la divina Providencia para con los necesitados.

Terminada por fin la larga espera, realiza sus aspiraciones en el Carmelo de El Escorial, procedente del que fundara Santa Teresa en Salamanca. Se siente inmensamente feliz. ¡Venia tan bien preparada y tan largamente probada! Le encanta la noticia de que la Orden está dedicada a la Santísima Virgen y que en Ella, que guardaba todas las cosas de Jesús y las meditaba en su Corazón, las Carmelitas tienen el modelo acabado de su vida contemplativa. Allí aprende las leyes, las sanas tradiciones de la Orden, la doctrina y el espíritu de sus Santos Padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Será tan entusiasta de sus obras que más tarde, durante el período de formación, apenas permitirá a sus hijas otras lecturas. De ambos aprenderá lo que debe ser una verdadera Carmelita Descalza. Concibe una grande estima y amor a su vocación, arde en deseos de vivirla con plenitud, experimenta una alegría indecible de ser Carmelita; por algo repetirá con frecuencia a sus hijas: «¡Qué felices somos!»

El Señor la había elegido y la había preparado para una alta y extraordinaria misión: la de ser fundadora de diez monasterios de Carmelitas Descalzas. Es el mismo Señor quien comienza a descubrirle su extraordinaria y santa misión.

No es todavía Profesa Solemne y le pide a voces una fundación en el Cerro de los Angeles, centro geográfico de España, donde se levanta el Monumento al Sagrado Corazón de Jesús, al cual el Rey ha consagrado la Nación. Consultados algunos Padres de la Orden, de la Compañía de Jesús y el Ordinario del lugar, todos coinciden en que la fundación es voluntad de Dios. La Madre dedicará todos sus afanes a realizar esta obra que podemos calificar de maravillosa y principal, ya por la finalidad a que se destinaba: hacer guardia de honor, de reparación y de amor a Cristo para que en verdad El reine en los corazones y *en España, ya*

porque el Señor se la pidió con tanta insistencia y *claridad, ya por los sacrificios que esta fundación* y su *conservación le costaron. Baste pensar en las dificultades que hubo de vencer para erigir el monasterio, en que a las aventuras primero del peligro de que destruyeran el Monumento al Sagrado Corazón, que la Madre velaba todas las noches, y que luego los enemigos de Cristo derrocaron, se añada el inminente peligro del martirio de toda la Comunidad, el tener que salir de España entre continuos sufrimientos, para trasladarse* a *la zona nacional, pasando por Francia,* y establecerse *en el antiguo Desierto de San José de las* Batuecas; y *cuando* pudieron *volver al Cerro, hallaron el monasterio semidestruido y tuvieron que reconstruirlo para establecer de nuevo la Comunidad. Fueron tremendas e inhumanas aventuras superadas con heroísmo y coraje que sólo podían venir de Dios.*

Imposible ponderar adecuadamente la actitud virtuosa de la Madre en todo momento hecha de fortaleza, equilibrio, admirable paz y serenidad, inteligencia, destreza en superar dificultades, nobleza de ánimo, exquisita caridad también con los enemigos.

Las nueve fundaciones de Carmelitas Descalzas, de las que la del Cerro viene a ser como la Casa Madre, fueron un don de Dios en que la Madre Maravillas ciertamente no había pensado, pero que las iba recibiendo atenta siempre a la manifestación de su divina voluntad; eran una sorpresa agradable, así como lo fueron para nuestra Santa Madre las fundaciones de Descalzas que se siguieron a la de San José de Avila, único monasterio que pensaba fundar. Una espléndida primavera de vocaciones religiosas se despertó en España al terminar la guerra y la abundancia de almas generosas que pedían ser admitidas en los Carmelos de la Madre, indujo a ésta a admitir sobrenumerarias en vista de nuevas fundaciones, de tal modo que desde el comienzo de la nueva fundación, pudiera la Comunidad establecer la perfecta observancia carmelitana. Fue, éste un sabio proceder de la Madre. Así tuvieron origen los monasterios de Mancera de Abajo, Duruelo, Cabrera (traslado del de Batuecas al ceder éste a los Padres), Arenas de San Pedro, San Calixto, Aravaca, La Aldehuela, Torremolinos-Montemar, además del de la India.

Todas estas fundaciones han tenido en la mente de la Madre un motivo que la indujo a fundar en un sitio determinado: Kottayam en la India, porque era deseo del Papa, de la Orden y seguir sus ansias de misiones; en Mancara y Duruelo la voluntad de devolver a la Orden del Carmen Descalzo los santos lugares donde tuvo origen la Reforma entre

los Padres. En Cabrera, junto a la ermita del Cristo que tenía sin duda para la Madre un atractivo especial; en Arenas de San Pedro, el deseo *de hacer un regalo a la Virgen Inmaculada como testimonio de su amor; en el Tardón, o sea, en San Calixto, para conservar aquel lugar de oración y penitencia que podía perderse; en Aravaca, proporcionar *Quinta de recreo* a un Cristo cansado de mendigar; en Montemar, el deseo de que hubiera cerca de este lugar de poco recato moral y de hedonismo, un puñado de almas dedicadas a la reparación con el amor y el sacrificio; en La Aldehuela, porque un secreto impulso llevaba hacia ese lugar el corazón de la Madre. Tal vez el indefinido presentimiento de que el Señor quería fuera allí donde descansasen en paz sus restos mortales. Y. aunque ella jamás lo pensara, para que éste fuese un centro de atracción que le permitiera en el cielo continuar haciendo bien en la tierra.*

A estas fundaciones hay que añadir, sobre todo, la ayuda prestada al monasterio de El Escorial donde la Madre ingresó en la Orden y al monasterio de La Encamación, de Avila, verdadero y precioso relicario de nuestra Santa Madre Teresa, donde han realizado una obra maravillosa de conservación y de restauración, en verdad necesaria y que en tan lindas condiciones ofrece poder apreciar la belleza original de este monumental monasterio y venerar los innumerables recuerdos y reliquias de la Santa. Fue para la Madre de grande consolación poder prestar esta ayuda, pues llevaba muy dentro del corazón esta joya teresiana.

Casi treinta años de la vida de la Madre Maravillas coinciden con el de las nueve fundaciones a las que nos hemos referido y de la narración detallada de las mismas podríamos recoger una preciosa antología de todas sus virtudes y humanas cualidades con que el Señor la agracio. Mencionemos sólo algunas.

Comencemos por un hecho que revela su gran humildad: no se cree apta para Priora y lo tiene que ser por tuerza toda la vida. Acaba de pronunciar su Profesión Solemne y el Obispo de Madrid-Alcalá le impone por obediencia que acepte el priorato en la fundación del Cerro. En tiempos sucesivos serán los votos *de sus hijas y la decisión de quienes tienen que confirmar la elección,* o *recomendar las preces cuando sea necesaria la postulación, que la obligarán a estar en el cargo, no obstante sus repetidas instancias para quedar simple súbdita. Hubiera sido esto para ella una felicidad indecible, pero no puede gustarla sino por muy poco tiempo en su vida religiosa.*

Los edificios de sus monasterios predican la pobreza, la sencillez y humildad de su fundadora, no sólo por la pequeñez de la casa e iglesia, sino también por la modestia en el ajuar, en las instalaciones comunes o individuales de todo género, pero está tan limpio, es todo tan religioso, tan austero y también tan digno, especialmente todo aquello que se refiere al culto del Señor, que revela la inteligencia y buen gusto de quienes lo han dispuesto. Esto nos revela el extraordinario sentido práctico de la Madre que se ocupa de los mínimos detalles en sus fundaciones y en el gobierno de sus monasterios: la disposición y orientación de las dependencias y celdas del convento, el modo de tener una huerta bien emplazada aunque haya de trasladar tierra de otros lugares apta para los cultivos, la manera de obtener buenos cultivos y plantaciones fructíferas; atiende a disponer el gallinero, al modo de tener los animales, proveer de agua abundante para el regadío, organiza y estudia el trabajo que puede ser rediticio para ayudarse en el sustento de sus monjas y *demás necesidades de la Comunidad, en modo que corresponde a una vida contemplativa, tal como la quería nuestra Santa Madre; pone* especia/ *cuidado en disponer de una biblioteca con libros suficientes para que sus monjas puedan tener el alimento espiritual que necesitan* y *la cultura que conviene a su condición de Carmelitas Descalzas, según era el pensamiento de la misma Santa Madre y los deseos de la Santa Iglesia que exhorta a conocer y meditar fa palabra de Dios. Está al tanto de todo y con suma facilidad.*

Pero en el quehacer de la Madre Maravillas en sus fundaciones existen también otras ocupaciones más delicadas y trascendentales: la formación de las nuevas aspirantes y novicias. En esta dignísima actividad se manifestarán sus insignes dotes pedagógico-religiosas. Pocos formadores habrán sabido aplicar con más eficacia aquella máxima: Fortiter et suaviter, *tan necesaria para obtener almas decididas y de verdad entregadas a conseguir la perfección en un género de vida que exige tanta generosidad y entrega como el de la Carmelita Descalza. El* fortiter *consistía para la Madre en exigir a las aspirantes y novicias poner alta la mirada en el fin para el cual habían venido a la religión: ser santa Carmelita Descalza, indicándoles con fortaleza y sin rodeos ni eufemismos el camino de abnegación, de desprendimiento, de renuncia, de total donación de sí misma; no son cosas que baste hacerlas a medias. Pero por otra parte,* suaviter, *con cuánta comprensión, con cuánta solicitud y atención a las diversas circunstancias que varían de persona a persona, con qué espíritu sobrenatural sabe reprender, animar, esperar, infundir aliento y alegría y sinceros deseos de corresponder* a *una*

vocación ardua, que implica generoso *sacrificio, hecho llevadero y suave por el amor a Aquel que las ha llamado para que sean todas para Sí. Admira el constatar que, no obstante el modo general común de proceder que no daba lugar a que se advirtieran predilecciones y singularidades, sabía proveer distintamente según la edad, el temperamento, el estado de ánimo, de salud y otras circunstancias. Era sin duda el más auténtico, inteligente y santo amor de madre que informaba su pedagogía de la vida religiosa; ese amor que sabe adivinar las particulares exigencias de cada uno e induce a remediarlas imitando la pedagogía de nuestro Padre Dios. La Madre es un caso singular de un superior que obtiene la espontánea adhesión de sus súbditos.*

Este modo de proceder, fuerte y *suave de la Madre con las aspirantes y las novicias, debe entenderse, con la debida proporción, de su comportamiento para con todas sus hijas, no dejará nunca de poner ante ellas las exigencias de su vocación a una entrega generosa e incondicional al Señor, no les ocultará sus deficiencias e infidelidades, ni dejará de corregirlas, pero cuán evidente será para ellas que es el amor que les tiene en el Señor, el motivo que la induce a poner de relieve cuánto deben enmendar para que sean más agradables a Dios. Esto de la formación continua no es un hallazgo de hoy para la Madre, ella sabe que la formación de sus monjas, aunque en modo e intensidad diferentes, continúa toda la vida.*

Una de las características más relevantes de la vida de la Madre Maravillas es la de su espíritu eclesial, como lo fue el de su Santa Madre Teresa. Ante todo ora, sufre, hace penitencia, se inmola por la Iglesia, e induce a sus hijas a hacer otro tanto porque lo considera como un deber de familia para toda verdadera Carmelita. El objeto de su frecuente recuerdo, generosa oblación y *plegaria es ante todo el Sumo Pontífice, su salud, sus intenciones, sus sufrimientos*; *luego los Obispos, los sacerdotes, las almas consagradas en la vida religiosa, las necesidades todas del pueblo de Dios. ¡Qué tortura para su corazón las defecciones de tantos sacerdotes, de tantas almas consagradas, de tantos cristianos que pierden la fe o llevan una vida descaminada! ¡Y qué gozo y alegría experimenta cuando tiene noticia de la firmeza y fidelidad de muchos sacerdotes y religiosos o del sincero proceder cristiano de tantos seglares católicos y del feliz éxito de las más diversas empresas apostólicas!*

Este amor de hija a la Iglesia se ha manifestado en modo concreto y singular en lo referente a la adecuada renovación de la vida religiosa

prescrita por el Concilio Vaticano II y que ha dado ocasión a tanta diversidad de opiniones, tanta disparidad de criterios, tantos desaciertos en el enfoque de la renovación y también tanta relajación de no pocos institutos religiosos. Para ella, ninguna dificultad pudo constituir el acomodar o cambiar cuanto la Iglesia ha establecido respecto a la Sagrada Liturgia o a otros puntos de materia disciplinar: lo ha mandado la Iglesia, y esto basta, tanto que no permitía a sus hijas manifestar desagrado aunque se tratara de cambios que suponían harto sacrificio por haber practicado de otra manera, por muchos años, aquellas mismas cosas.

Muy diferente ha sido, como era lógico, su proceder cuando se trataba de la adecuada renovación que había de hacerse aplicando o interpretando las normas dadas por el Concilio, salva siempre la disposición de aceptar las disposiciones de la legítima autoridad en esta materia, pues en este caso su criterio fue conservar intacta la vida que había profesado excluyendo toda innovación que pudiera disminuir el fervor de la vida puramente contemplativa y, por tanto, ha procurado conservar el espíritu y práctica de la oración, la soledad, el retiro y separación del mundo, la mortificación y el silencio, según lo establecido por Santa Teresa de Jesús para sus monjas; lo contrario fácilmente hubiera sido relajación y, por consiguiente, un venir a menos en aquel ideal que con tan decidida decisión se propuso para sí la Santa Reformadora y lo exigía también de sus monjas: «Seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo». A esto únicamente se debe su empeño en conservar sus Carmelos con la misma vida sencilla y pobre, recogida, silenciosa y austera, fuente de religiosa felicidad y de abundante y genuina alegría.

No estaría en la verdad quien pensara que la Madre Maravillas excluyó de sus monasterios cuanto el progreso moderno ha proporcionado al hombre y cuyo debido uso no contradice o merma la integridad de la vida de las Carmelitas, pues ella misma se adelantó a introducir ciertas máquinas y enseres para facilitar el trabajo, aumentar su rendimiento y aliviar la carga excesiva de las Hermanas; dígase lo mismo de otros muchos inventos que facilitan las diversas actividades o sirven a proveer a ciertas necesidades con mayor seguridad y presteza sin detrimento alguno de la vida que han profesado.

Pero la Madre Maravillas no se olvida de las necesidades de sus hermanos de afuera, mientras atiende a todas las de sus hijas, no hay preocupación material o espiritual que llegue a su noticia que no procure atender; por algo decía a sus hijas: «Hermanas, quisiéramos abarcar el mundo entero, pero como esto no es posible, que no quede sin atender nada de lo que pase a nuestro lado.» Así es como se dará la paradoja que una monja de clausura y sin salir de ella, atenderá a tantas necesidades fuera de sus monasterios, cosa que sólo nos parecería posible en una religiosa de cualidades extraordinarias dedicada a las actividades apostólicas exteriores: reparación y *construcción de monasterios e iglesias, construcción de colegios y de viviendas para las familias sin casa, ayuda en diversas formas a estudiantes pobres, becas y subsidios a seminaristas, proporcionar trabajo rediticio a Comunidades religiosas; hasta un verdadero sanatorio para las monjas de clausura que necesiten hospitalizarse.*

Todas las limosnas y *donativos que llegarán a sus manos pasarán como por un canal que conduce el agua a regar el huerto del amigo vecino mientras ella riega de su propio pozo alimentado del trabajo suyo y de sus monjas.*

Vamos a referirnos finalmente a lo más importante y fundamental en un alma consagrada al Señor: su vida teologal o de intimidad con Cristo en Dios. Lo recordamos a la postre, pero bien sabemos que esa intimidad es la fuente de donde mana toda otra actividad y virtud sobrenatural y, por tanto, está a la base de cuanto hemos dicho sobre las actividades y virtudes y la vida de la Madre Maravillas.

El trato íntimo con Dios fue una nota constante de su vida: se sintió llamada a vivir toda para El desde niña y su recuerdo tenía que ser constante y afectuoso. Ya desde aquella edad, su Misa de todos los días, sus visitas a Jesús Sacramentado, no obstante el miedo al demonio cuando tenía que atravesar los salones oscuros para ir a la capilla, sus mortificaciones para agradar a Jesús y luego, ya joven, además de su vida ordinaria de prácticas de piedad, largas horas de oración mental. Ya Carmelita Descalza, además de las horas establecidas por las leyes, dedicará otras muchas a ese santo ejercicio durante la noche, pues se contenta con pocas horas de descanso que pasa sentada en el suelo y apoyada sobre su tarima, y dedica lo restante a ¡a oración. Ejercicio que durará casi hasta el fin de su vida. Cuando el año 1931 y siguientes amenazan los revolucionarios marxistas derribar el Monumento del

Sagrado Corazón de Jesús, pasará noches enteras en vela ante el Monumento para desagraviar a Cristo de tanta ingratitud de parte de los hombres, y consolarle con toda la sinceridad de su amor. Dispuesta está a dar la vida por defenderle de sus enemigos.

En medio de sus actividades de fundadora. Madre y Maestra, continuará siendo norma constante de su vida el dedicarse intensamente al ejercicio de la oración. Si bien sólo se nos han conservado relaciones directas e íntimas de las grandes mercedes que el Señor le hacía en su trato de intimidad con El referentes a un periodo relativamente breve de su vida, consta por algunas de sus cartas y por muchos Indicios de su comportamiento recogido y fervoroso, sus acertados consejos sobre el modo de conducirse en la oración, su ejercicio de la presencia de Dios, etc., que vivía una vida teologal intensísima, acompañada, como es natural, de todas las virtudes.

Terminada la actividad fundacional y cumplido, por tanto, el designio del Señor de que le proporcionase un número tan considerable de nuevos palomarcicos, como diría Santa Teresa, con otras muchas obras antes mencionadas, su vida espiritual se demuestra llegada a perfecta madurez durante los diez o doce años de su tranquila morada en el monasterio de La Aldehuela. Pienso que podemos afirmar que aquellas palabras de San Pablo: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mi» eran en la Madre Maravillas, durante los últimos años de su vida, una realidad llegada a su plenitud y consumación.

Todo su obrar era tan conforme a esta perfecta dependencia de Cristo y su Espíritu que no puede darse otra explicación satisfactoria de aquella paz y serenidad, de aquel equilibrio maravilloso, de aquella santa indiferencia, o mejor, mirada sobrenatural ante todo acontecimiento por muy adverso o triste que fuera, de aquella admirable conformidad y exquisito espíritu de mortificación en soportar sus enfermedades y achaques, de aquel esfuerzo heroico para complacer, difundir serenidad y alegría a las Hermanas no obstante el cansancio y su estado de debilidad física y grandes sufrimientos, de aquella fuerza sobrenatural de sus palabras, ordinarias y sencillas, para convertir los incrédulos, consolar a los afligidos, sostener a los débiles en la virtud, enfervorizar a los buenos, todo indica que su alma vivía transformada en Cristo y bajo la acción de su Espíritu y que El vivía en ella haciendo juntamente la voluntad del Padre en transformación de amor. Por esta razón aquello que fue siempre la norma de su vida: «Lo que Dios quiera», se *verifica de una manera más*

total y perfecta. Ya próxima a su tránsito a la eternidad, una Hermana le pregunta qué misión va a ser la suya en la tierra cuando ya esté en el cielo. La Madre insinúa que no lo sabe. Y a la insistencia de la Hermana y luego de unos momentos, contesta: «¡Lo que Dios quiera!» Qué estupenda y santa disposición para el tiempo y la eternidad: ¡Lo que Dios quiera!

Toda su vida, desde la infancia hasta el último instante, puede decirse que fue una continua ascensión hacia la perfección o santidad realizada cumpliendo el hermoso ideal de «amar a Dios y manifestarle este amor en el fiel cumplimiento de su divina voluntad».

La presente biografía viene a satisfacer el deseo de tantas almas que tienen interés en conocer algo más de la Madre Maravillas, de la cual tal vez han leído la que se escribió como información a la Santa Sede para pedir licencia de incoar el Proceso de Beatificación y Canonización, o que no habiendo podido leer dicha biografía, sólo han oído hablar de sus virtudes y de las muchas gracias y favores que se atribuyen a su intercesión. Otras, sin duda, esperan poder leer algo más de la Madre Maravillas porque saben el bien espiritual que han recibido quienes han leído alguna cosa sobre su edificante vida religiosa.

Que todo ceda a mayor gloria de Dios como deseaba Madre Maravillas de Jesús.

FRAY VICTOR DE JESUS MARIA, O. C. D.

26 de agosto de 1976.

Conmemoración de la Transverberación de Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús.

Breve historial de la vida de la Madre Maravillas de Jesús, Carmelita Descalza

4 noviembre 1891: Nace en Madrid.

12 noviembre 1891: Es bautizada en la Parroquia de San Sebastián de Madrid.

11 julio 1896: Es confirmada por el señor Obispo de Sión, en Madrid.

1896: Hace voto de castidad.

7 mayo 1902: Hace la Primera Comunión.

19 diciembre 1913: Muere su padre en Madrid.

Mayo 1919: Le da su madre el permiso para entrar en el convento.

12 octubre 1919: Entra Carmelita Descalza en El Escorial.

21 abril 1920: Recibe el hábito en el Carmelo de El Escorial.

7 mayo 1921: Hace la Profesión Simple.

19 mayo 1924: Sale de El Escorial para hacer la fundación del Cerro de los Angeles.

30 mayo 1924: Hace la Profesión Solemne en la casita de Getafe.

28 junio 1926: Es nombrada Priora de la Comunidad por el señor

Obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay.

31 octubre 1926: Fiesta de Cristo Rey. Terminadas las obras del convento, sube al Cerro de los Angeles y se hace la inauguración.

15 septiembre 1932: Monseñor Arana, Obispo de Vijayapuram (India), le pide una fundación en su Diócesis.

11 septiembre 1933: Hace la fundación de la India, enviando ocho religiosas de su Comunidad. A ella sus Superiores no la dejan ir.

22 julio 1936: La obligan a salir del convento. Va con su Comunidad a las Ursulinas de Getafe.

7 agosto 1936: Derriban la Imagen del Corazón de Jesús, en el Cerro de los Angeles.

14 agosto 1936: Se refugia con su Comunidad en un piso de la calle de Claudio Coello, 33, de Madrid.

13 septiembre 1937: Salen para Valencia en un camión de carabineros.

14 septiembre 1937: Llega con su Comunidad a Barcelona. A la tarde salen para Port-Bou.

18 septiembre 1937: Sale con su Comunidad de Lourdes para Salamanca.

28 septiembre 1937: Sale para Batuecas donde instala la Comunidad.

1 marzo 1939: Hace la fundación de Batuecas.

4 marzo 1939: Sale para el Cerro con tres de sus monjas, dejando en Batuecas la nueva Comunidad.

29 marzo 1939: Vuelve al Cerro con las profesas, para la limpieza y restauración del convento.

29 mayo 1939: Va a Batuecas a buscar a las novicias destinadas al Cerro.

27 abril 1944: Sale del Cerro para la fundación de Mancera (Salamanca).

20 julio 1947: Hace la fundación de Duruelo (Avila).

4 octubre 1950: Cede a la Orden, para Desierto, el convento de las Batuecas y traslada la Comunidad a Cabrera (Salamanca).

8 diciembre 1954—Año Mariano—: Hace la fundación de Arenas de San Pedro (Avila).

10 diciembre 1954: Envía tres de sus religiosas para ayudar y reforzar la vida carmelitana en Cuenca (Ecuador).

30 mayo 1956: Hace la fundación de San Calixto (Córdoba).

21 junio 1958: Hace la fundación de Aravaca (Madrid).

15 octubre 1960: Funda iglesia y convento en Talavera de la Reina (Toledo) para Padres Carmelitas Descalzos.

8 enero 1961: Hace la fundación de La Aldehuela (Madrid).

7 mayo 1964: Hace la fundación de Montemar-Torremolinos (Málaga).

6 julio 1964: Va al convento de El Escorial, a petición del señor Obispo de Madrid, para tratar de su restauración, pasando allí quince días.

24 agosto 1964: Envía varias monjas de sus conventos al de El Escorial para su refuerzo y restauración.

25 abril 1966: A petición del señor Obispo de Avila, va al Monasterio de la Encarnación de Avila, para tratar de su restauración.

24 septiembre 1966: Envía ocho monjas de sus conventos a la Encarnación de Avila, para su refuerzo y restauración.

15 octubre 1967: Se inauguran los colegios que ha fundado, del todo independientes del Carmelo, en la zona suburbial del Ventorro (Madrid). Hoy reciben allí formación religiosa y cultural cuatrocientos niños de estos barrios.

8 diciembre 1969: Entrega dieciséis viviendas prefabricadas a otras tantas familias que vivían en chabolas.

1972-1974: Fomenta y ayuda a la construcción de una barriada de doscientas viviendas que está construyendo el párroco de Perales del Río, para familias necesitadas.

27 octubre 1972: Sufre una parada cardíaca de la que sale, a pesar de la mucha gravedad.

14 diciembre 1972: La Sagrada Congregación de Religiosos aprueba la Asociación de Santa Teresa, por ella fundada.

10 febrero 1973: Le llega a su convento de La Aldehuela el Documento de la Sagrada Congregación aprobando la «Asociación de Santa Teresa».

12 marzo 1973: Es elegida Presidenta de dicha Asociación, por unanimidad de los dieciocho conventos que entonces la constituyen.

7 mayo 1973: Es elegida por unanimidad Priora de la Comunidad de La Aldehuela.

Noviembre 1974: Fiesta de Cristo Rey. Se dice la primera Misa en la iglesia del complejo parroquial (club de ancianos, salón de conferencias, iglesia, club para los muchachos, etc.), que ha hecho construir y que se inaugura después de su muerte.

8 diciembre 1974: Recibe los últimos Sacramentos.

11 diciembre 1974: Muere en el convento de La Aldehuela.

Introducción

La diferencia entre una vida santa y otra que no lo es, puede decirse que es ésta: en la vida que no es santa prevalece la iniciativa del alma; en la vida santa prevalece la iniciativa de Dios y el alma se entrega amorosamente a la acción divina.

Esta idea puede servir de introducción para presentar a nuestros lectores la vida de Madre Maravillas de Jesús, porque en esta vida, Dios llevó la iniciativa y el alma se dejó guiar por El.

Esto es todo.

Pero ese todo no es tan fácil. Mejor dicho: es tan difícil para nuestra pobre naturaleza caída, que son relativamente muy pocos los que llegan a entregarse en las manos de Dios con tan perfecto abandono.

Porque —dice San Juan de la Cruz— «el más leve apetito que tenga el alma, bastaría para impedir estas grandezas divinas»[1].

Las almas más grandes se elevan hasta Dios por las cosas más pequeñas. A veces una florecilla o una estrella les hace deshacerse en alabanzas del Creador.

La Madre Maravillas que recitaba de memoria el *Cántico Espiritual* y la *Llama de amor viva,* de los que sabía apreciar la belleza de la forma y la profundidad del sentido, se enfervorizaba con las coplillas de sus hijas y gozaba cuando le cantaban:

«Si Dios cuida de mí,
¿qué me puede faltar?
Ni un solo instante
me deja de mirar.
Mi vida, suya es,
cual diestro tejedor,
la va tejiendo El
con infinito amor.
Hilo por hilo tejiendo va,

[1] San Juan de la Cruz, «Un leve apetito y ocioso acto que tenga el alma, basta para impedirla todas estas grandezas divinas», *Llama.*

si tú le dejas, ¡qué bien lo hará!»[2]

¡Si tú le dejas! Santa Teresa de Jesús lo repetía a cada paso a sus hijas: «Dejémonos en las manos de Dios»[3].

Y San Juan de la Cruz escribía: «En este negocio es Dios quien ha de guiar por la mano a donde el alma no podría ir»[4].

Si tú le dejas. Cada uno de nosotros, si supiésemos escuchar, podríamos oír esta palabra en el fondo del corazón: «Si tú le dejas, ¡qué bien lo hará!»

Dios quiere hacer grandes cosas contigo. Y las hará sí tú le dejas.

* * *

La primera vez que nos encontramos ante un telar, experimentamos una sensación de asombro y de impotencia.

¿Sería posible que todos aquellos hilos al solo impulso de una mano, llegasen a formar la tela que vemos aparecer? ¿Que sin romperse ni enredarse se entremezclasen unos con otros, formando el dibujo que había ideado y previsto el diestro tejedor? Y sin embargo, lo que nos parece un misterio, resulta en realidad bastante fácil. Porque aquellos hilos, ya dispuestos y colocados en su sitio, se dejan gobernar y por lo general no ofrecen resistencia alguna.

Dios es el Tejedor que, con los hilos de las vidas de todos los demás hombres, va tejiendo la tela de nuestra vida para que resulte lo mejor para su gloria y nuestra santificación.

Pero entre esos hilos hay algunos débiles, que se rompen y se quedan a mitad de camino, otros se aflojan, otros se enredan siempre en el mismo sitio. La mano pacientísima del Tejedor tiene entonces que ir uniendo unos, desenredando otros, encauzándolos todos. Algunas veces, raras, tiene que arrancar algún hilo rebelde que si se dejase, estropearía toda la pieza.

En este misterioso urdido, aparecen además hilos de plata y hasta hilillos de oro finísimo que, entremezclados con los demás, fortalecen el

---

[2] Cancionero Carmelitano.

[3] Santa Teresa de Jesús: «Que se deje en las manos de Dios y que cumpla en El su voluntad». —«Dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiera de ella». —«Déjense en manos de Dios para que cumpla su voluntad en ellas».

[4] San Juan de la Cruz, «En este negocio, es Dios el principal agente y el mozo de ciego que (a ha de guiar por la mano a donde ella no sabría ir», *Llama.*

tejido y aumentan su valor. Pero apenas si se ven. Tienen empeño en permanecer escondidos.

Nosotros ahora sólo podemos contemplar la tela en su conjunto. Tiempo vendrá en que otros analicen hasta el último de esos hilos. Con los que brillará mucho más la hermosura de la trama y la gloria del Tejedor.

Son innumerables las personas de toda clase, edad y condición que han pedido algo más de esta humilde monja de clausura que vivió, primero para Dios y después para ellos y para tantos que jamás la conocieron.

Nuestro siglo XX, tan despreocupado al parecer de los valores sobrenaturales, vuelve ahora sus ojos a ellos pidiendo una gota de agua que apague su sed.

Esta es la razón principal para escribir este libro y estamos seguros que al acercarte a la Madre Maravillas sentirás ese misterioso atractivo que conocieron cuantos trataron con ella y que después de su muerte sigue percibiéndose, a través de todas sus cosas. Un «no sé qué» indefinible que te acercará más a Dios y a los hombres tus hermanos.

Ponemos esta obra en manos de la Reina y Madre del Carmelo a la que ella tanto amó. Y de aquella Madre Teresa que creemos firmemente reconocerá en esta hija suya, una descalza tal «como ella las pintaba en sus deseos».

Capítulo 1

Con amor eterno te amé

En una de las habitaciones particulares de la Embajada de España en la Santa Sede, un matrimonio habla sobre algo que parece de poca importancia, pero que ya muchas veces en sus conversaciones familiares es cuestión que se ha puesto sobre el tapete.

El, Marqués de Pidal y embajador de España[5], en alguna de las pocas horas que sus graves asuntos y sus audiencias, no le ocupan su tiempo, quiere que decidan por fin dónde ha de nacer el hijo que esperan. Es el cuarto.

¿En Roma? ¿En Madrid?

Al fin se deciden por esto último y el 4 de noviembre de 1891 nace una niña en la casa que sus padres tenían en la Carrera de San Jerónimo, 38 en Madrid.

* * *

Si a la Madre Maravillas le hubieran mandado sus confesores escribir su vida, como se lo mandaron a Santa Teresa, seguramente la habría empezado como ella, haciendo el elogio de sus padres. Quiso a sus padres con toda la vehemencia de su gran corazón y consideró siempre como una de las gracias de predilección que había recibido de Dios, la de haber nacido en un hogar cristiano.

Nunca se glorió ella de su linaje, pero si alguna vez tenía que hablar de algo relacionado con esto, lo hacía sencillamente, sin la menor sombra de afectación. Cuando sus hijas, deseosas de saber más y más de su vida,

[5] Fue Ministro de Fomento. No admitió otra Embajada que la de la Santa Sede, por ayudar a la Iglesia. Ocupó con gran prestigio el cargo de Presidente del Consejo de Estado siempre que los conservadores estaban en el Poder. Condecorado con el Toison de Oro, que después de su muerte pasó al Marqués de Comillas. También fue honrado con la Gran Cruz de Isabel la Católica y otras condecoraciones. Todos estos honores y cargos no le apartaron jamás de su habitual modestia, sencillez y humildad.

le preguntaban, hablaba con toda naturalidad de su casa, de sus padres y hermanos y contaba entretenidas anécdotas de su infancia.

Los Marqueses de Pidal.

Tuvo en esto como en todo, ese especial equilibrio que admiraban en ella cuantos la conocieron, sin llamar nunca la atención por nada. «Mi pueblo», solía llamar a la villa de Bullas en la provincia de Murcia donde la familia de su madre tenía su casa solariega y le gustaba traer a colación frases y dichos de aquellas tierras. A veces citaba frases favoritas de su padre, nada pedantes ni eruditas, sino sencillas e impregnadas de cristiana filosofía. «Sin la templanza—decía él muchas veces—, ¿viste tú perfecta alguna cosa?»

De él heredó su hija, en gran parte, aquella prudencia y mesura, aquel perfecto equilibrio que fue una de las características de la Madre Maravillas que realzó en ella todas las demás virtudes.

En don Luis Pidal y Mon, segundo Marqués de Pidal, brillaron todas las virtudes cristianas y cívicas. Amó entrañablemente a Dios y a España y la conjunción de estos dos amores le hizo consagrar su vida entera a procurar para su Patria la grandeza que sólo la fe y el reconocimiento de los derechos de Dios sobre las naciones podían darle.

Pero no se contentó con añorar glorias pretéritas, ni se cruzó de brazos ante los problemas presentes, sino que puso al servicio de la Religión y de la Patria los altos valores morales e intelectuales de que Dios le había dotado y consagró su vida entera a defenderlas y engrandecerlas.

Fue afecto, no sólo por tradición familiar, sino por propia convicción y afecto personal, al antiguo régimen. Sin embargo, en esta escala de

valores supo dar a cada uno el puesto que le correspondía y ciertamente, si alguna vez hubiese encontrado en ellos la menor oposición o divergencia, habría respondido con los mismos sentimientos que expresó el Alcalde de Zalamea:

«Al Rey la hacienda y la vida
se han de dar, pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios»[6].

Que esto no es una afirmación arbitraria nos lo confirma el hecho que se refiere a continuación:

En una sesión del Congreso, un diputado de la oposición le increpó burlonamente diciendo: «Su señoría ha llegado tarde porque estaría rezando el Rosario.»

Don Luis, sin inmutarse, sacó del bolsillo un rosario que presentó a las miradas atónitas de aquellos ilustres parlamentarios y respondió serenamente:

«No lo estaba rezando, pero lo tengo aquí, lo llevo siempre conmigo.»

Así era el Marqués de Pidal y. sin duda alguna, heredó también de él su hija su profunda inteligencia, su viva fe y las brillantes cualidades que el amor de Dios y la fidelidad a la gracia habrían de llevarla más tarde hasta la cumbre de la perfección.

Su oración. Su comunión diaria.

Allá en su juventud soñó él con abrazar la vida religiosa. Creyendo que tenía vocación pidió la admisión en la Congregación de Sacerdotes de San Sulpicio, en París. Sólo cuando se convenció de que no le llamaba Dios por ese camino se decidió a contraer matrimonio, pero sin renunciar por ello a sus altos ideales en favor de la Iglesia.

La elección recayó en doña Cristina Chico de Guzmán y Muñoz, de gran caridad, prudencia y sentido común. También muy inteligente, y si la gran personalidad de su marido, con el que estaba íntimamente compenetrada, eclipsó un tanto la suya, fue más bien porque las costumbres de la época reservaban a la mujer el papel de ser el alma del hogar, que con su abnegación callada iba grabando en los corazones que Dios le había confiado el germen de la fe y de la virtud.

---

[6] Calderón de la Barca. *El Alcalde de Zalamea*, jornada I.

Llevaría demasiado lejos del fin de esta historia el hablar detenidamente de lo que la Iglesia y la España católica deben al Marqués de Pidal[7].

A su muerte, las Órdenes religiosas de España, no pudiendo olvidar cuanto había hecho en defensa suya y lo que le debía la causa del catolicismo en la nación, quisieron dedicarle un recuerdo de gratitud celebrando corporativamente sufragios por su alma. La comisión ejecutiva, compuesta de representantes de los distintos Institutos religiosos, se expresó así:

«Falleció el Marqués de Pidal como había vivido, como un santo, consagrado enteramente al servicio de Dios. Su celo y sus trabajos en defensa de la Iglesia son conocidísimos, a pesar de que siempre cuidaba de ocultarlos, pero los beneficios que ha hecho a las Órdenes religiosas sólo nosotros lo sabemos. Sería interminable enumerar cuanto el Marqués de Pidal ha hecho en favor de la Iglesia y de la autoridad del Papa en España.»

En su funeral, más de trescientos religiosos y novicios de la Congregación de San Vicente rodeaban el presbiterio, y el sencillo catafalco otros tantos de diferentes Órdenes. En la oración fúnebre, el Padre Salvador de la Madre de Dios, Carmelita Descalzo, dijo entre otras cosas que «fue político, pero más que político actuó de apóstol y, consecuente a sus principios, levantó siempre su voz a favor de la santísima causa de la Cruz».

Del gran amor que tuvo también la Madre Maravillas a su madre, no es preciso hablar. Se verá muchas veces en el transcurso de esta historia. Que el amor de Dios no sólo no apaga estos santos amores, sino que los engrandece y dignifica.

Dios bendijo este matrimonio con cuatro hijos: la mayor, Pilar, que murió a poco de nacer. Siguieron María de la Concepción, Alfonso y Maravillas.

El 12 de noviembre tuvo lugar la ceremonia del bautizo de esta niña en la Parroquia de San Sebastián, de Madrid. Hubo que retrasarlo hasta esta fecha, por tener los ojos malos. En el libro parroquial escribió el Coadjutor que «bauticé solemnemente a María de las Maravillas[8] Cristina

---

[7] El fue quien salvó a España de una ruptura con la Santa Sede en 1910, lo que hubiera valido por una solemne abdicación de los principios religiosos.

[8] Nuestra Señora de las Maravillas es Patrona de Cehegín (Murcia). Une venerable tradición cuenta así los orígenes de la imagen. En el año 1721 un religioso del

Luisa Ildefonsa Patricia Josefa». Fueron padrinos los abuelos maternos. Poco después sus padres tuvieron que volverse a Roma para continuar en su cargo. La niña quedó al cuidado de su abuela materna.

El Sacramento de la Confirmación lo recibieron Maravillas y sus dos hermanos el 11 de julio de 1896 en el Oratorio privado del señor Obispo de Sión, en el Buen Suceso, en Madrid.

Tenía, pues, menos de cinco años y aunque nunca habló de sus recuerdos de ese día, sabemos por ella misma que a esa edad ya había recibido la vocación religiosa. No es pues aventurado afirmar que la gracia inundó su alma y que desde entonces no dejó nunca de ser templo vivo del Espíritu Santo.

Dios no es aceptador de personas y escoge a las almas que ha predestinado para la santidad como quiere, cuando quiere y donde quiere.

Cuando el alma es fiel, ningún ambiente social puede impedir la obra de la santidad, véase Santa Isabel de Hungría y los pastorcitos de Fátima. Si Dios dijo que es más difícil a un rico alcanzar la santidad que hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, no le faltan tampoco almas capaces de tan sublime desprendimiento brillando en ellas el heroísmo de la virtud y la gloria del Redentor. Cierto, el que lo da todo, aunque sea el óbolo de la viuda, hace lo más que puede hacer por Dios y como tal se lo recompensará El en la vida futura. Pero el que ha vivido en la opulencia y deja todas sus riquezas para abrazar hasta la muerte una vida de extrema austeridad y pobreza no es menos digno de estima y admiración.

Maravillas Pidal no despreció nunca el ambiente social en el que Dios la había colocado y en el que, por cumplir su voluntad, vivió hasta los veintisiete años.

Dejando a Dios el juicio de sus defectos y deficiencias, ¿qué ambiente no los tiene?, procuró practicar en él las virtudes que anhelaba profesar, compaginándolas con las obligaciones de su posición y esperó en paz el momento en que la voluntad de Dios le permitiera abrazarse con la santa pobreza.

Este fue siempre el supremo ideal de su vida: el cumplimiento de la voluntad de Dios y, cuando más tarde la veamos en el Carmelo aspirando a

---

santuario que los Padres Franciscanos tienen en dicha villa la encargó a un prestigioso escultor napolitano. Este talló la imagen en madera con tal unción, perfección y belleza que la devoción popular y la leyenda le atribuyeron esta intervención de los propios ángeles (cf. Iglesia hoy. Franciscanos del Sureste de España, Murcia, mayo, 1975).

los más sublimes heroísmos de pobreza será siempre dentro del marco que la voluntad de Dios le señale. «Sin la templanza, ¿viste tú perfecta alguna cosa?»

Antes de seguir adelante digamos algo de su abuela materna, doña Patricia Muñoz, señora de gran virtud, que había convenido con su marido, don Alfonso Chico de Guzmán, que cuando alguno de los dos dejara este destierro, el que sobreviviera abrazaría la vida religiosa. Al quedarse viuda pretendió entrar dominica, pero convencida de que no tenía vocación, se propuso llevar en medio del mundo una vida lo más parecida posible a la que había deseado. Vivía en casa de su hija, pero no admitió jamás persona alguna para su servicio particular, como entonces se estilaba entre las señoras de su posición, pues tenía hecho voto de pobreza. Por esta misma razón no usaba nunca el coche de la casa y para sus salidas, que nunca eran a fiestas ni a paseos, tomaba un coche de punto o «simón», como entonces se llamaba a los coches de alquiler.

Como suele suceder, no todos interpretaban bien, esta conducta y algunos la tenían, antes de conocerla, por una persona triste y rara. Después quedaban cautivados por su belleza, encanto y distinción.

Totalmente apartada de la vida de sociedad que su hija tenía que frecuentar, tuvo más tiempo para dedicarse a la formación de Maravillas y depositó en su alma infantil la primera semilla de una piedad sólida y profunda. Con ese certero instinto con que las almas grandes saben ver en todo la huella de Dios, debió de percibir algún indicio de amor de predilección con que el Señor había distinguido a su nieta y presintió quizá el grado de virtud que llegaría a alcanzar y que ella, sólo vería desde el cielo.

Dormía Maravillas[9] en la misma habitación que su abuela y seguramente sentada sobre sus rodillas oiría por primera vez el nombre de Dios y aprendería a balbucir sus primeras oraciones.

[9] La llamaban Maví porque ése es su nombre familiar. Sus hijas estaban en la idea de que el nombre era Mávi, pero a su muerte algunas personas que la trataron en aquella época dicen que el acento es en la *i:* Maví. Y según la Baronesa del Castillo de Chirel, que tanto la trató durante esos años, ese nombre, Maví, en boca de su madre, no es un diminutivo de Maravillas sino una contracción del francés *ma vie,* «mi vida».

Un algo que era, sin duda, el espíritu de Dios, unió a aquellas dos almas tan distanciadas por la edad. Maravillas amó muchísimo a su abuela y la recordó siempre con profundo agradecimiento.

A los tres o cuatro años, sentada junto a ella, escuchaba con atención las vidas de los santos que le contaba y de las que asimilaba no sólo, como suele acontecer a todos los niños, las circunstancias externas, sino las más profundas enseñanzas que fueron desarrollando en su alma infantil el germen oculto del amor de Dios y un anhelo de algo, desconocido todavía, pero noble y elevado. Se conserva una fotografía de esta época en la que llama la atención su mirada grave y profunda, impropia de una niña de tan pocos años. Agarrada a su enorme aro, parece defenderlo con el mismo tesón y firmeza con que más tarde defendería el tesoro de su amor a Dios.

* * *

La finca de Carrascalejo, cerca de Bullas, provincia de Murcia, fue el escenario de su infancia feliz.

Allí pasaba largas temporadas especialmente en primavera, y muchas veces les acompañaba el Padre Pedro, dominico, confesor de su abuela, gran amigo de los niños.

Tenía el administrador de la casa dos niñas, Mariana y Nieves, que compartían con ella sus juegos infantiles. Mariana era de la edad de Niní—nombre familiar que daban a la hermana mayor—y Nieves era la compañera inseparable de Maravillas. Jugaban a lo que juegan todos los niños del mundo a esa edad, a hacer casitas, a coger hierbas y tierra, a correr y saltar por el jardín o entre los pinos. Pero, ¡ay!, Maravillas

mandaba siempre. Un día Nieves se plantó y le dijo: «Yo no he venido a ser tu esclava sino tu amiga.» Maravillas comprendió que tenía razón y respondió: «Muy bien, desde hoy mandaremos por turno.» Así lo hicieron, en efecto, pero Maravillas tenía que dominarse mucho para obedecer[10].

Maravillas en los brazos de su madre

Por los amplios corredores se ve a Damián, el antiguo criado de la casa, con Maravillas sobre sus hombros, a caballo, que ríe entusiasmada cuando el «vehículo» llega a su máxima velocidad... Disfruta lo indecible. Luego le toca a Nieves. Es una vuelta cada una. Pero cuando llega el momento de bajarse lo hacen remolonamente, con pocas ganas de que acabe su diversión. A veces es Nieves la que no quiere bajarse. Otras, es Maravillas y entonces Nieves le manda con imperio: «¡Bájate, que me toca a mí!» Maravillas tiene su genio, pero se quiere vencer. Se baja, y cuando no la ven, para desahogar la rabia que le daba, da una patada en el suelo o se cierra los puños clavándose las uñas fuerte, fuerte. Ella lo contará más

[10] Las anécdotas de su infancia y juventud que no llevan nota han sido contadas por ella misma.

tarde tratando de convencer a sus monjas de lo mala que era desde pequeña.

¿Quién movía a aquella niña de cuatro años a obedecer y a vencerse? ¿Era quizá aquel Jesús escondido en el Sagrario a quien su abuela la llevaba muchas veces a visitar? ¿Era el deseo de imitar a aquellas niñas santas que tantos sacrificios hacían por El? No sabemos. La Madre decía algunas veces que siempre había tenido poca imaginación. Pero nos atrevemos a pensar que cuando andaba entre los pinos o recogía por el campo hierbas o florecillas silvestres que luego traía a casa en su delantalito, o cuando se lavaba en la alberca las manos y se las secaba en las blancas cortinas de hilo grueso, iba pensando en aquella lamparita que alumbraba una puerta donde estaba Dios escondido.

Maravillas a los tres años

El recuerdo de las vidas que le leía su abuela le acompañaba siempre y el pensamiento de lo que Jesús había sufrido por ella la encendía en deseos de imitarle.

¿Recordaría a Rosa, la niña santa que se colgaba de los pelos para sufrir un poco por Jesús y consolarle de tantas penas, o a Catalina, con su

hábito blanco y negro, o a Inés que no había querido casarse porque no quería a nadie más que al Señor? ¡Pues ella haría lo mismo! Se dejaría también matar si hacía falta. ¡Santa Inés! La abuelita le había leído que había hecho voto de castidad y Maravillas a los cinco años, quería entregarse a Dios del todo. Ella tampoco se casaría, sería monja.

Lo único que le preocupaba era buscar un testigo. Porque hacía falta un testigo, ella se lo había oído decir a su padre, que siempre que se va a hacer una cosa muy importante hace falta un testigo. ¿Qué hacer? Nieves..., ¡ni hablar! Lo contaría a todo el mundo y Maravillas tenía empeño en que no lo supiera nadie.

La abuelita, a lo mejor no la dejaba. Al fin se le ocurrió: llamaría a Mariquita, la antigua criada de la casa y le diría que no podía decir nada, nada.

Tiempo vendrá en que Nuestro Señor hablando claramente al corazón de Maravillas le dirá que quiere hacerla su esposa...

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Estamos todavía en Carrascalejo. En un rincón del desván Maravillas ha preparado un altar, lo ha adornado con unas florecillas del campo. Y puesta de rodillas hace su Voto. Está radiante de alegría. Le ha jurado a Jesús que desde hoy será suya, sólo suya, hasta la muerte.

No sabemos qué palabras emplearía, ni las sabremos nunca, pues no hubo más testigos que Mariquita y los ángeles del cielo que contemplarían extasiados la escena.

Mariquita no debió guardar muy bien el secreto, pues desde entonces empezó a circular por la casa la especie de que Maravillas sería monja. Ella en su infantil inocencia tampoco lo negaba.

Todos notaban en esta niña de cinco años un »no sé qué» *que la* distinguía de los demás.

Ya por entonces, le gustaba dar grandes paseos con el Padre Pedro. Su privilegiada inteligencia, empezaba a sentir ese interés por todas las cosas que había de ser uno de los rasgos distintivos de su temperamento.

—Padre, ¿qué es viceversa? —le preguntó un día.

—Vete allí... Ahora vuelve... Pues eso es.

No sabemos si la explicación la convencería del todo.

Otras veces, era el Padre el que preguntaba:

—Maravillas, ¿quién era el padre de los hijos del Zebedeo?

— ¡Ay Padre, no me meta usted en líos!

Una vez la abuela la llevó a dar un paseo en coche. A la vuelta les sorprendió una tormenta pavorosa. Los truenos asustan a los caballos, pero no a Maravillas que los va contando en voz alta, tan tranquila.

—Uno…, dos..., tres...

La abuela, algo asustada y nerviosa, le dice:

—Cállate ya, no cuentes más.

Maravillas obedece y durante un rato no se oye más que el ruido de la tormenta. Cuando ésta se va alejando, dice:

—Abuelita, si los hubiera contado, eran cuarenta y siete...

Como puede verse, Maravillas no fue una niña triste y aburrida. Todo lo contrario, alegre, viva, con un atractivo y simpatía arrolladores solfa ir a la cabeza en todas las inocentes travesuras propias de su edad.

Como todos los niños, miraba con sus hermanos por el ojo de la cerradura cuando había alguna visita y no faltó día en que viéndose sorprendidos emprendieron una veloz carrera, atropellando en el camino un artístico velador y haciendo añicos cuanto en él había. Cuando cogidos de la mano lanzaban su grito de guerra: «¡Tres agarrados diablura!», toda la casa se echaba a temblar.

Durante un verano en San Sebastián, decidieron disfrazarse de mendigos. Salieron a la avenida y descalzos corrían detrás de los coches y les abrían las puertas pidiendo una limosna por amor de Dios... No sabemos lo que recaudarían esa tarde, ni tampoco la cara que pondría su madre cuando se enteró. Estaba mucho más tranquila teniéndolos en Carrascalejo. Allí las diversiones eran de otro género: carreras de zancos, excursiones y paseos en burro. Burros como los de cualquier parte del mundo que, haciendo honor a su nombre, no van más que a donde se les antoja y al paso que quieren. Demasiada calma para el genio vivo de Maravillas que ideó lo siguiente: ató todos los burros unos a otros, y montando ella en el primero, la expedición se puso en marcha. Todo fue bien hasta llegar a un montecillo: el borrico vaciló unos instantes, pero aguijoneado por Maravillas, se lanzó por la cuesta abajo, arrastrando a todos los demás que gritaban despavoridos.

En aquellos alegres días de su infancia aún no había llegado a su noticia lo único que más tarde la haría sufrir: las ofensas de Dios. Corría por aquellos campos acompañada de su amiga Nieves por los sitios más peligrosos... pasaban horas enteras en el pinar haciendo casas, o jugaban al

tejo o al aeroplano, pues a Maravillas nunca le gustó jugar a las muñecas. Le encantaba, eso sí, la comba, y sobre todo los «dublés», en que era maestra consumada, pero algunas veces, con gran asombro de las demás niñas, aseguraba que prefería dar que saltar. Ellas, encantadas de estos gustos tan raros, la dejaban toda la mañana, sin darse cuenta de que, a veces, se mordía los labios para disimular el gran sacrificio que estaba haciendo y que no se le notase nada.

Maravillas a los 7 años

Ya en estos años procuraba obedecer siempre y su agudo ingenio le hacía salir del paso sin faltar a esta virtud.

Un día, durante la comida Maravillas dijo que la nariz de Niní era igual a la de su padre. Se conoce que lo había dicho ya varias veces y a su madre no le hacía ninguna gracia.

—Cállate—le dijo— No vuelvas a decir eso.

Maravillas obedeció, pero Alfonso que comía al lado de su hermana tenía ganas de dar guerra.

— ¿Cómo es? ¿Cómo dices que es? —le decía por lo bajo.

La tentación era fuerte, pero Maravillas la venció airosamente. Con un palillo cogió de su lavafrutas una gota de agua y se la puso en el dorso de la mano, luego otra que colocó al lado, después alargó la mano sin decir una palabra. La contestación no podía ser más clara: son... dos gotas de agua.

Hechos al parecer insignificantes, pero en ellos nos parece descubrir lo que Maravillas sería después toda su vida. Empezaba ya a poner en práctica lo que tan bien cumpliría y aconsejaría a sus hijas: «Al exterior como todas, al interior como ninguna.»

Por entonces ya tenía un gran amor a la Virgen y ella se arreglaba para demostrárselo como a una verdadera Madre. Pensaba por qué no iba ella a felicitarla como a su madre de la tierra, a la que decía versos que la enseñaban sus profesoras y entonces buscaba en sus libros versos a la Virgen que aprendía ella sola, con los que la «felicitaba» en sus fiestas principales.

Mientras muchos no veían en ella más que la niña alegre y vivaracha que capitaneaba a todos en sus juegos y travesuras, ella no se olvidaba de aquel Jesús que le había pedido su corazón.

De pequeña era la abuela la que la llevaba a la capilla, pero ahora ella misma buscaba la manera de pasar algún rato junto, al Sagrario acompañando al Señor.

Capilla de la casa de los Marqueses de Pidal en Carrascalejo

Un día, ante el pasmo de los criados que acababan de matar una gallina, les pidió la hiel, porque tenía ganas de probar a qué sabía... ¿No le había dicho la abuela que Jesús había tomado hiel y vinagre...? Aquel corazón de siete años empezaba a comprender el misterio del dolor como ocurriría pocos años después a unos pastorcitos en Cova de Iría.

Habría preferido que nadie se enterara de todo esto, pero, ¡era tan difícil quedarse sola! Entonces trató de catequizar a Nieves. Esta, que la quería y admiraba, no podía resistir a sus argumentos y cuando Maravillas andaba de rodillas por las esteras, la seguía lloriqueando... También la arrastraba con su ejemplo a rezar con los brazos en cruz y a frotarse con ortigas. Y un día la convenció, por fin, de lo que tanto deseaba. Se colgarían de los pelos como Santa Rosa de Lima. Buscaron un sitio apropiado en el desván y, subiéndose en sendos taburetes, se ataron por los pelos en una viga. A una señal convenida debían levantar los pies y quedarse colgando, pero Maravillas tuvo buen cuidado de dejar debajo el taburete y —según contaba ella misma— como vio «que le iba muy mal», es decir, que no lo podía resistir, buscó otra vez apoyo en el banquillo y se desató. Mientras tanto, la pobre Nieves había dado un puntapié al suyo y los gritos fueron tales que se oyeron por toda la casa.

¿Prudencia humana o sentido común?

En Madrid iba Maravillas con su abuela todos los días a Misa muy temprano a la iglesia de los Padres Dominicos, en la calle de Cañizares.

La señora no quería llamarla, decía que era muy pequeña. Pero ella, en cuanto la sentía levantarse, se vestía a toda velocidad para no quedarse sin ir.

Los días más felices para ella eran los domingos en los que la abuela la llevaba a los conventos de clausura que visitaba y protegía. Los que más frecuentaban eran las Dominicas y las Clarisas que se extasiaban con aquel encanto de niña y no disimulaban su deseo de que pudiera entrar algún día con ellas.

Niní y Alfonso se metían con ella dándole bromas sobre esto y Milagros, una prima carnal de su madre, llamada familiarmente Tatayos, en una de sus estancias en Carrascalejo le hizo estos versos:

Alguien de gran corazón — tuvo esta revelación:
que Nieves la enrevesada — será dos veces casada,
Maravillas la ladina — ni Clara ni Catalina.

Un día que celebraban no sé qué fiesta las Dominicas de la calle de Claudio Coello le regalaron una muñeca vestida de monja[11] que a Maravillas le encantó. Traía en la mano una misiva:

«Aquí viene Sor Callada — a traerte una celdita.
Te trae también los recuerdos — de todas estas monjitas.
Todo es paz, todo contento — todo humildad y alegría...
Para completar el gozo — faltas tú, Maravillitas.»

«Maravillitas» quería ser monja, de eso estaba segura. Pero ¿dónde? ¿Clara o Catalina?

Le gustaban esas adonde la llevaba la abuela, porque no salían nunca, le gustaban mucho las rejas, estar con Jesús, vivir en su casa... pero no sabía más.

¿Dónde? El tiempo lo diría, mejor dicho Dios se lo diría. Ella sólo quería darle gusto, hacer lo que El quisiera, ¡pero si pudiera ser pronto!

La profecía se cumplió, en parte. Nieves se casó. Maravillas «la ladina» —perdonemos a Tatayos esta licencia poética— no fue Clara ni Catalina.

Dios, como el artista que se complace de antemano en la obra que ha soñado, estaba tallando y puliendo una piedra preciosa para regalársela a la Orden de su Madre.

[11] Estas sí le gustaban. Las monjas de distintas órdenes sabían su gusto y se las regalaban vestidas con su hábito. Su madre las guardó y estando ella en el Cerro mandó allí las muñecas.

Capítulo 2

El primer gran encuentro

Cuanto acabamos de referir en el capítulo anterior, podrá quizá parecer a alguno una manera piadosa y amena de contar algo, que sí, puede tener cierto encanto —el encanto que experimentaríamos al encontrar un lirio en una tierra pedregosa—, pero nada más. En cierto modo es natural pensar así.

Muchas veces, de una infancia piadosa, con aspiraciones y deseos vagos de darse a Dios, no ha quedado nada. Es verdad, aunque esto no quiere decir que estas llamadas de Dios no sean verdaderas.

Pero en el caso de Maravillas Pidal no fue así. El voto de virginidad que hizo a los cinco años y que ella misma refirió a algunas monjas de su intimidad, tal y como lo hemos contado aquí, fue el punto de partida de una línea de conducta que siguió con fidelidad hasta la muerte.

En una carta escrita a su confesor el año 1939, en la que le da cuenta de toda su vida, escribe: «La (gracia) de la vocación la recibí al mismo tiempo que el uso de la razón, y con tanta claridad sentía el llamamiento del Señor, que tan decidida estaba entonces a ser monja como ahora y sin la más pequeña sombra de duda en toda mi vida».

Así fue en efecto. Desde aquel día Dios ocupó el primer lugar en su corazón. La gracia no destruye la naturaleza, y no cambió su manera de ser ni impidió las inocentes travesuras propias de sus años y de su natural vivo y alegre.

Allí, en la capilla de Carrascalejo, está el Señor y Maravillas iba a menudo a visitarle. No dejaban de tener mérito estas visitas, pues para ir a la capilla había que atravesar muchos salones y un gran patio, y a Maravillas le daba miedo.

Todos hemos tenido miedo, mucho miedo, cuando de niños nos quedábamos solos de noche, o nos mandaban a buscar algo a un sitio apartado o a oscuras. Miedo... a no sé qué, a algún misterioso ladrón que podía estar escondido debajo de la cama o detrás de las cortinas, o... no se sabe a qué, sencillamente miedo. Pero Maravillas, a los seis o siete años

tenía miedo al demonio. Había oído decir a su abuela que éste huía de la cruz, y por eso iba corriendo y haciendo cruces con el índice y el pulgar de sus dos manos, por delante, por detrás, por los hombros, para que el demonio no pudiera cogerla por ninguna parte.

Dios ha dado permiso algunas veces al príncipe de las tinieblas para importunar a los santos. Así que no tendría nada de particular que por los inmensos corredores de Carrascalejo quisiera atemorizar a aquella niña que en el futuro se iba a oponer continuamente a sus planes. Y Maravillas, con un gesto muy semejante a aquel con que Santa Teresa «daba higas»[12] pero en este caso mejor aplicado, no le dejaba aproximarse a ella.

En efecto, ninguno de los enemigos del alma lograron entrar por ninguna parte en la de esta niña angelical.

Maravillas no fue nunca al colegio. Si después de su Primera Comunión siguió frecuentando el de la Asunción, era más bien para asistir a algunas clases aisladas de inglés y de religión, pero colegiala propiamente dicho no fue nunca. Hizo todos sus estudios en casa con profesoras e institutrices francesas e inglesas con las que aprendió tan perfectamente estos dos idiomas, que después de muchos años sin haberlos practicado los hablaba y escribía con gran facilidad.

Nada turbaba la paz de aquel hogar cristiano donde los señores rezaban diariamente el Rosario con las personas que tenían a su servicio, asistían a la Misa en la capilla de la casa y recibían todos la Sagrada Comunión. Todos menos Maravillas que había cumplido ya diez años y esperaba con ansia el momento de recibir al Señor.

Mucho tiempo antes de que la Iglesia hubiese elevado al honor de los altares al Papa Pío X, sentía hacia él un gran amor y veneración. Le parecía que sólo de un santo pudo salir la idea delicadísima de dar a Dios abrigo en el corazón de un niño inocente.

¿Dónde podría encontrarse más a gusto Aquel que se apacienta entre azucenas?... Maravillas que desde los cinco años estaba preparada y que lo deseaba con toda su alma, no tuvo la suerte de comulgar tan pronto y se le hizo muy larga la espera. Pero procuró aprovecharla para prepararse más y mejor.

---

[12] Cf. Santa Teresa de Jesús. Gesto de desprecio que Santa Teresa tuvo que hacer alguna vez. por mandato de sus confesores, cuando tenía alguna visión. *Libro de la Vida*.

En sus estancias en Carrascalejo llamaba la atención de todos el recogimiento y fervor con que estaba en la capilla que contrastaba con su natural alegría y viveza. Nunca tenía prisa por salir de allí.

Josefa García era una joven del pueblo de Bullas, que ayudaba en los trabajos de la casa (moza de sala, dice ella) en las temporadas que pasaban allí los Marqueses. En su relación dice textualmente: «A todo el servicio nos maravillaba que, siendo una niña, con el recogimiento que estaba en la capilla, y, sin embargo, al salir con su amiga Nieves, siempre corrían y venían tarde de tanto jugar por el campo.»

Maravillas según el sentir de todos era un encanto. Nieves dice de ella que «siempre estaba riendo y perdonando...». Cuando Josefa fregaba los grandes corredores semejantes a los claustros de un convento, se acercaba y le decía:

—Pobre Pepa, tendrás las manos heladas, ¡cuánto lo siento!

Otras veces paseaba con su devocionario leyendo o rezando y se llegaba hasta el lavadero. Nunca faltaba la palabra llena de caridad y cariño:

—Pobre Pepa, ¡qué frío estarás pasando!

La relación añade: «No se cansaba de infundirme ánimos para que mi trabajo resultara más llevadero».

Se mortificaba en la comida, dando todo lo mejor a Nieves con el pretexto de que no podía comer tanto y rogándole que no lo dijera a su madre para que no se preocupase.

Se acercaba el 7 de mayo, fecha designada para su Primera Comunión. Ya en Madrid, para prepararse al gran acontecimiento la llevaron un mes antes al Colegio de la Asunción (Santa Isabel). ¡Maravillas estaba tan contenta de estar en la casa de Dios! Todo allí le hablaba de El. Le tenía en la capilla donde podía ir a visitarlo cuando quisiera, y podía también desahogarse con aquellas buenas Madres que le ayudaban a prepararse para recibir al Señor.

Quedan sólo algunos detalles de su vida en esos días, pero conociendo el espíritu que reinaba entre aquellas religiosas y el candor y delicadeza del alma de Maravillas, podríamos asegurar que no faltaba en ella ningún detalle la víspera del gran día.

Es decir, sí. Faltaba la obra que Dios hace en el alma de sus escogidos y que, aunque parece increíble, empezó muy pronto en aquella alma privilegiada: la prueba. En esta fragua se purifica el alma como el oro

en el crisol, dice San Juan de la Cruz, y así le sucedió a Maravillas. Ella misma lo contó treinta y seis años después, en una cuenta de conciencia:

«Yo, al confesarme, quería siempre explicar más, y el confesor no me dejaba y cuando le preguntaba si bastaba lo que decía, me contestaba que sí. La víspera de mi Primera Comunión, después de la confesión, pensé todo esto, que estaba reprobada, que mis compañeras agradarían tanto a Dios y yo haría una mala Comunión, etc., y sufrí mucho. El día de la Primera Comunión se me olvidó todo esto, fui felicísima. Sólo traté con el Señor de mis ansias porque llegara el día de poder ser toda suya en la vida religiosa, y siempre es para mí una fecha dulcísima y memorable».

Primera comunión de Maravillas a los diez años

Ni el vestido, ni los regalos, ni el desayuno, ni las amigas, ni nada de cuanto la rodeaba, hizo la menor ilusión a aquella niña de diez años[13]. Sólo soñaba con el momento de poder consagrarse al Señor, de ser suya para siempre... Desde entonces comulgaba siempre que podía y como ha

[13] Otras niñas hicieron la Primera Comunión con ella. Doña Pilar Guillamas, Marquesa de Campo Fértil, hija de una de ellas, dice que oyó decir muchas veces a su madre que Maravillas era ya entonces una niña no corriente y que impresionaba su recogimiento. El día de la Primera Comunión repartió, sin hacerlo notar, los regalos que le habían hecho.

ocurrido a todos los Santos, el Santísimo Sacramento fue siempre el centro de sus amores.

Quedó desde entonces muy unida a aquella casa de Dios que como ya se ha dicho continuó frecuentando.

Su gran corazón se llenó de gratitud y afecto santo hacia una de aquellas religiosas, Mère Elisabeth, que con tanto espíritu la había preparado para comulgar por primera vez. De rodillas y con la cabeza apoyada en el brazo de su butaca, Maravillas volcaba su alma.

Cada vez le importaban menos las cosas de la tierra, sólo gozaba oyendo hablar de Dios y esperaba con infantil ilusión aquellos ratos de cielo.

Cierto día que estaba en la capilla esperando a la Madre, oyó de pronto abrirse la puerta y volvió la cabeza llena de alegría. Pero inmediatamente sintió en su corazón como un reproche que la llenó de pena y confusión:

«¿Cómo? Allí estaba Jesucristo en el Sagrario sólo para ella y ella prefería la conversación de una criatura...»

Desde aquel día su cariño hacia Mère Elisabeth se sobrenaturalizó totalmente y jamás ninguna criatura volvió a interponerse entre su alma y Dios.

Desde entonces prolonga sus visitas a la capilla sin echar de menos la compañía ni los juegos de las demás niñas. Estos ratos ante el Sagrario a los diez o doce años nos traen al pensamiento los que Teresa del Niño Jesús pasaba en aquella tribuna de la Abadía benedictina de Lisieux... La -Florecita» no podía echar raíces en la tierra y volvía su corola hacia el cielo...

A lo que se puede juzgar, ni en el carácter ni en el temperamento la Madre Maravillas se parecía en nada a Santa Teresita. Sin embargo, esa corriente misteriosa que fluye a veces entre las almas santas, las unió siempre de una manera entrañable. La Madre acudía a la Santa en sus necesidades y ella la favoreció muchas veces con su lluvia de rosas. Quizá fue por esto por lo que al referir la Madre esta época de su vida no encontraba palabras más adecuadas que las de la Santa de Lisieux. Mil veces se las han oído repetir, por eso ahora no nos ha sorprendido encontrarlas en una carta en la que confía a su confesor sus más íntimos sentimientos. Con ellas resume las misericordias de Dios con su alma.

«Vuestro amor me ha prevenido desde la infancia, ha crecido conmigo y ahora es un abismo que ya no puedo sondear...»[14].

[14] «Resultado de estas cosas fue un amor al Señor que me parecía poder decir de veras con Santa Teresita: *Votre amour m'a prevenu des mon enfance. il a grandi avec moi, et maintenant c'est un abîme dont le ne puis sonder la profondeur»* (Madre Maravillas, carta al Padre Florencio del Niño Jesús, OCD, 11 de marzo de 1938, en Batuecas).

Capítulo 3

Sembrando alegrías

Poco después de su Primera Comunión, Maravillas empieza a confesarse con el Padre López. Ha sido Mère Elisabeth la religiosa de la Asunción de quien ya hemos hecho mención, la que le ha hablado de la conveniencia de tener un director espiritual y le ha recomendado a este insigne religioso. Y en verdad que ha sido una suerte para ella o por mejor decir, una prueba más de la amorosa providencia con que Dios cuida de su alma, el haber caído en tales manos. Su conciencia delicadísima necesitaba una mano prudente y recta que la encauzase por el camino de la verdad, sin cortar las alas a su generosidad, ni poner barreras a la acción que la gracia divina va haciendo en su alma. Todo esto lo va a encontrar en el Padre Juan Francisco López, S. J., director de la Asociación del Apostolado del Corazón de Jesús, que radica por entonces en la casa Profesa de la Compañía en la calle de la Flor.

No era él lo que se llama un orador, pero sus sermones, llenos de piedad y unción, enfervorizaban a sus oyentes. Era, en cambio, un director espiritual consumado, como los quería Santa Teresa, de los que uniendo el espíritu a las letras, llevan las almas a Dios, por el camino recto y seguro de la práctica de las virtudes.

El Padre López debió sonreír complacido al ver llegar a su confesonario a aquella niña de doce años con tantas ansias de darse a Dios. Sin duda alguna, su profundo conocimiento del corazón humano y esa luz especial que San Ignacio llama «discernimiento de espíritus», debieron de hacerle comprender los tesoros que Dios había encerrado en su alma y la gran personalidad de Maravillas.

Sin embargo, nada demostró. Austero, grave, de pocas palabras, inspiraba a sus dirigidas un gran respeto. Pero bajo esa apariencia ocultaba un corazón lleno de amor de Dios que se desborda en caridad con el prójimo y cuando un alma se le entregaba, el respeto que debe siempre presidir esta clase de relaciones espirituales, no era obstáculo para la gran confianza que les infundía.

Maravillas era una niña, le daba vergüenza hablar de las cosas de su alma y no sabía expresarlas. Fue seguramente en estos primeros años de su dirección espiritual cuando, hablando un día con el Padre en el recibidor, tan azarada estaba que no acertaba a levantar la cabeza ni alzar los ojos del suelo. El Padre le dijo entonces: «¡Qué bonitas flores llevas en tu sombrero, ya me las has enseñado bastante...!»

«Era un verdadero talento —decía de él la Madre— y me lo explicaba todo admirablemente.»

Lo primero que hace Maravillas es hablar al Padre de su vocación, de sus deseos de darse a Dios. Su respuesta es que todavía no tiene edad para pensar en ello y que debe más bien vivir en el momento presente practicando las virtudes que Dios le pide.

Esas virtudes que ya hemos visto despuntar en el huerto de su alma, florecerán ahora espléndidamente bajo los cuidados de tan experto jardinero, destacándose entre todas la que siempre brillaría con más fulgor: la caridad.

* * *

Sor Julia es una Hija de la Caridad a quien el Padre López ha encargado que inicie a Maravillas en los secretos de esta virtud que tan heroicamente han practicado siempre las Hijas de San Vicente de Paul. Maravillas está feliz y se puede asegurar que Sor Julia mucho más, pues nunca ha tenido una colaboradora más constante, generosa y entusiasta.

Con ella empieza a visitar a los pobres, a los que socorre no sólo con limosnas materiales, sino con todas las delicadezas de su gran corazón. Desde entonces ya no gasta nada en su persona. Todo lo que le dan sus padres va íntegro a sus nuevos amigos.

A ella le gusta ir bien vestida aunque sencillamente. La modista tiene que pasar después la cuenta a la señora porque a Maravillas no le queda ni un céntimo, de lo que le han dado para sus gastos.

No sólo esto, sino que asedia a sus padres para que ayuden a sus protegidos. Ya se sabe que al que toma bajo su protección lo saca a flote.

Su padre no sabe negarle nada y accede a peticiones como la de poner un negocio de flores artificiales a una de esas familias a las que no hay medio de remediar o comprar burros a los traperos y chamarileros del Barrio de las Injurias.

Muchos años después, siendo Priora de Duruelo, la Madre tendrá gran interés por comprar un burro al hortelano para evitarle el cansancio de ir y volver a pie a buscar el correo. Sobre este asunto escribe a Mancera varias cartas.

Dice en una de ellas: «¿Podían regalar un burro a Juan José? No le conté la historia del que íbamos a comprar por quinientas pesetas para él. Fue una historia graciosísima y el pobre burro estaba más muerto que vivo... ¡Pensar que yo he regalado muchos burros buenísimos a los traperos y me costaban quince duros o dieciséis o a lo más veinte, y eran magníficos...».

* * *

Así empieza esta niña de quince años la larga serie de obras de caridad de que fuego estará llena su vida. En Madrid, y sobre todo en estos primeros años, tropieza con la dificultad de no poder salir sola, por lo que no puede ocultar sus caridades como quisiera. Por este motivo no le gusta llevarse a su doncella, María, porque ésta proclama luego a los cuatro vientos la santidad de la señorita.

Un día llama a Dionisia la planchadora que es más callada y le ruega que la acompañe, encargándole mucho no diga nada a nadie.

«La señorita —contó ésta muchos años después —vestía un traje sencillísimo y en lugar de ir en el coche de su casa con cochero y lacayo quiso que fuéramos en un coche de punto para que nadie la conociese, ni supiese de qué familia era. Fuimos a visitar unas casas de pobres a las que llevaba cuanto podía en dinero, ropas y alimentos y, cansada, se sentaba en el peldaño de la entrada como una pobrecita más».

Algún tiempo después empezó Maravillas a ir al llamado Barrio de las Injurias, a una catequesis que dirigía allí el Padre López. Enseñaba el catecismo y hablaba a las mujeres casadas que la querían y respetaban a pesar de ser tan joven ". También estas mujeres pobres eran objeto de su caridad. Lo mismo en el ropero de las conferencias que en los ratos libres en su casa, trabajaba incansablemente preparando canastillas y prendas de vestir, según cuenta María Sagredo, su doncella, que estuvo con ella desde los quince años y dice que todas la querían con locura.

Asistía también a las dominicales en la Parroquia de la Concepción y para entretener a las chicas los días de fiesta y que no se fueran a otras diversiones que pudieran poner en peligro su alma, se las llevaba a su casa y en la biblioteca de su padre les hacía ensayar funciones que luego representarían en la Parroquia. Todo esto no era más que el desbordamiento de su vida interior. Veía a Dios en los demás y recordaba las palabras de Jesucristo: «lo que hiciereis por uno de estos pobrecitos, por Mí lo hacéis».

El Padre López debía ver muy complacido los progresos que hacía en la vida espiritual y secundando la obra de Dios, mas sin adelantarse a ella, iba guiando sus pasos, cosa por otra parte bien fácil, pues Maravillas le obedecía fielmente en todo. Lejos de tener que animarla a la generosidad, el Padre tenía más bien que frenar sus fervores, moderar sus deseos de oración y penitencia.

En Carrascalejo estaba en sus glorias, porque allí tenía más libertad para hacer lo que quería.

Se levantaba muy temprano para hacer la oración y después de la Misa y desayuno ya tiene todo el día a su disposición, pues en los suyos podía decir como Santa Teresa que no encontraba sino ayuda para todo lo bueno[15].

---

[15] *«Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud, tenían muchas»* Santa Teresa de Jesús, *Vida*, cap. 1-1.

Ya no mandaban por turno, como en los días de su infancia, sino que la virtud de Maravillas hacía que Nieves se sintiera feliz en ayudarla en todas sus buenas obras.

Con ella iba a las aldeas vecinas, visitaba a las familias pobres y les llevaba ropa, que cosía en los ratos libres y cuanto podían necesitar. Y más, si eran enfermos.

En una de estas aldeas llamada La Copa, había organizado con el Padre Pedro una catequesis y allí iban las dos a preparar a los niños y niñas para la Primera *Comunión.* Para este gran día adornaban primorosamente la capilla de la casa y después de la ceremonia servían ellas mismas un desayuno y repartían regalos entre todos los chiquillos.

Si su padre estaba en la finca tocaba él mismo el armonium para que no faltase solemnidad a la fiesta. Nieves cantaba. Cuando contaba esto la Madre Maravillas decía riéndose:

«En esto sí que no la podía yo ayudar.»

Todos la querían. Los niños correspondían a su vez a tantas pruebas de cariño como de ella recibían llevándole sus regalos. Sabían cuánto le gustaban los pájaros y le llevaban de todas clases.

Otro de los regalos fue un nido de codornices que le encantaban.

Le llevaron en otra ocasión un mono que pusieron entre alambradas en la galería de la casa de Carrascalejo. Un día ella con su hermana lo soltaron y el mono revolviendo por donde pudo, cogió un tintero que derramó poniendo como es de suponer alfombras y todo por donde iba pasando con sus patas manchadas. Castigaron al mono. Ella reía —aun en sus últimos años— recordando la escena del mono ya metido en su jaula mirándose asombrado las palmas de las manos negras de tinta.

Tenían dos mastines a los que nadie se atrevía a acercarse cuando por las noches los soltaban. Pero a Maravillas, que les daba pan y cosas por el día, la recibían siempre con la mejor cara.

Montaba muy bien a caballo por la finca, y ya en Madrid, en invierno, en la Casa de Campo.

Los niños le cantaban esta copla que les había enseñado Manuel, un antiguo «mayoral»:

Como la flor del jardín
es Maravillas Pidal,
que va sembrando alegrías
por dondequiera que va.

Manuel era ciego. Le había saltado a los ojos la pólvora de un cohete y Maravillas derrochaba con él la más dulce caridad. Llegaba Manuel con la guitarra debajo de su ventana y le cantaba todo su repertorio, por el que ella le recompensaba generosamente.

Así era Maravillas a los quince años. No podía ver una desgracia sin remediarla.

Paseaba una vez con su padre en coche cuando se cruzaron con un carro que venía en dirección contraria.

Acurrucado entre el heno, un muchacho de unos diez o doce años llamó la atención de Maravillas. Le notó algo raro en la cara.

—Papá, ese niño debe de estar enfermo.

Pararon y al hablarle vieron que tenía una especie de bocio enorme, que llevaba tapado con un pañuelo.

Maravillas no sosegó hasta que consiguió le trajesen a Madrid a operar, cosa entonces mucho más rara y difícil que ahora, ni le dejó de su mano hasta que pudo volver al pueblo completamente restablecido.

¿A qué seguir? Casos parecidos se podían contar muchos de esta época de su juventud, presagio de lo que había de ser después toda su vida. Conviene hacer notar que ahora como entonces, la fuente de donde brotaban todas estas virtudes, era su intensa vida interior. De esa vida, que si ella tan celosamente ha callado hasta el fin, descubre su mirada profunda, que parece se levanta por encima de todas las cosas de la tierra.

Se deben al Padre Pedro, en su gran afición a la fotografía, unos cuantos retratos de estos años.

Otros son en la finca Santa María, muy cerca de Tarancón, en Cuenca, de la familia de su abuela materna.

En una de estas fotos está con *Follete,* una perrita *fox-terrier* que era también del número de sus *buenos amigos.* Era muy lista y le bastaba verla vestida para salir, para ponerse a dar saltos y luego se sentaba a la puerta a esperar. Los hermanos le decían que eso era por el tono de alegría con que ella le decía: «¡Vamos, vamos de paseo, *Follete!*»

Ella aseguraba que no, que era que le entendía muy bien sus palabras. Hicieron una apuesta. Maravillas sin vestirse para la calle y con tono muy triste le dijo: «Vamos, *Follete,* vamos, vamos al campo.»

Maravillas ganó porque la perrita se puso loca de contenta y se sentó a la puerta a esperar a su ama.

En todos estos retratos, lo mismo en los grupos familiares, que lavando en el río, vestida da pastora con sus ovejas, su mirada tiene la misma expresión serena, profundísima.

Van pasando los años y Maravillas continúa en línea ascendente su camino hacia Dios.

No nos la figuremos con un carácter serio o retraído. Nada de eso. Alegrísima, llena de vida, con un genio vivo y vehemente que se esfuerza con éxito por dominar, se le escapan a veces salidas que denotan esa especie de fino humorismo de que nos hablan las personas que más entraron en su intimidad.

Mademoiselle Arnaud era una de las institutrices que habían tenido de pequeños. Solía ir a menudo a visitarles y aquellas visitas tan repetidas y tan largas trastornaban los planes de todos, sobre todo los de Maravillas que era la que siempre la atendía y en su gran caridad pasaba largos ratos con ella.

Comentaba con sus hermanos un día lo pesadísimo que resultaba aquello y su padre lo reprendió como una falta de caridad. Maravillas no dijo nada, pero a la próxima visita no hizo más que cambiar unas palabras de saludo con Mademoiselle y en seguida, abriendo la puerta de la biblioteca de su padre, la introdujo diciendo:

—Papá, aquí está Mademoiselle, querías hablar con ella, ¿no?

No sabemos la reacción del Marqués de Pidal, sólo que soportó correctamente la visita. Pero los hermanos la felicitaron entusiasmados de la buena ocurrencia.

Se ha dicho que nadie es grande para su ayuda de cámara, pero no le digan esto a María, la doncella de Maravillas, que no se cansa de contar las delicadezas que tenía con ella. No le pedía nunca más que lo indispensable. Como se levantaba a las seis de la mañana para hacer su oración, ponía el mayor cuidado en no hacer ruido para no despertarla y no la llamaba hasta mucho más tarde para que la acompañara a Misa.

No tenía llaves en ninguna parte. Escritorio, armario, todo estaba abierto para ella. Escribe María:

«¡Qué cielo le va a tener el Señor preparado a un alma tan humilde, tan caritativa y tan generosa para todos sus pobres! El día que se fue repartió todas sus alhajas a sus familiares, y dio muchas limosnas al servicio y a conventos y ya así dejó todo su dinero. Y a una prima suya que tanto se querían, le dejó las penitencias que en el mundo usaba, y que las

tenía en una caja que ella llamaba su caja de caudales. Todas las noches al irse a acostar, me decía a mí que le llevase la caja aquella donde dormía con su abuela y la ponía debajo de la cama. Yo entonces no sabía lo que había dentro, pero me escamé, hasta que ya vi lo que era. Mas luego se privaba de muchas cosas que le gustaban y hacía muchas mortificaciones, y en su casa se subía a otro piso y allí las hacía, que yo después, algunas veces he recogido ciertas cosas con las que se daba.

Cuántas cosas buenas que nos ha enseñado y hemos visto en ella, y cuando me dicen ahora cuánto de bueno ven en ella, me lo figuro, porque entonces en el mundo así lo veíamos, yo, su sirvienta y algunas más antiguas que estaban en su casa y la conocían, decían igual».

Se interesaba por todos, procuraba facilitarles el trabajo, no mandaba sino más bien pedía y si tenía algo que reprender lo hacía con un suave reproche mucho más eficaz que un regaño. Así a Manuela cuando ella le mandaba a algún recado y se entretenía más de la cuenta charlando con sus amigas en la calle, al volver le decía solamente:

—Pobre Manolita, ¡cuánto te han entretenido!

Dionisia se acuerda todavía de un encaje que le bordó para un mantel de altar.

Lo había empezado Maravillas, pero pensando que no lo acabaría nunca, pues tenía muchas ocupaciones, vio el cielo abierto al enterarse que Dionisia sabía bordar y le gustaba mucho. Se lo entregó en seguida.

Ella tenía mucho miedo que no le saliese bien, pero Maravillas iba todos los días a ver qué tal iba y la animaba diciéndole:

— ¡Si está mejor que lo mío!

Esta buena mujer, que aún vive, dice siempre que si había ángeles en la tierra, uno era Maravillas,

Aprendió en este hogar cristiano a practicar la caridad y heredó de su madre esa dulce afabilidad con que más tarde trataría a todos, especialmente a los pobres y humildes.

En este ambiente de caridad cristiana se desenvuelve la infancia y juventud de Maravillas.

Pero no pasemos por alto el contraste entre la vida cómoda y regalada a que estaba acostumbrada y la extrema austeridad y pobreza que abrazó por amor de Dios.

La que mientras tuvo salud para ello no se dejó servir jamás por la última de sus hijas, tenía a todo el personal de su casa dispuesto a rodar a

la menor insinuación suya. Era tanto el cariño que le tenían que al enterarse de que se iba a un convento tan pobre y austero y que dejaba tantas comodidades, lloraban como niños. Nunca la olvidaron y muchos de ellos continuaron prestándole valiosos servicios durante toda su vida.

Tampoco la Madre les olvidó nunca y sus hijas le oían hablar con cariño de Bernardo, ayuda de cámara de su padre; José María, el mozo de comedor; Dolores, la doncella de su madre; Dionisia la planchadora; María, que era como hemos dicho, su doncella; Manuel el cochero y Mariquita, la célebre Mariquita, testigo del voto.

La despidieron llorando el día que salió de su casa para no volver.

Pero todavía faltan algunos años para este día.

Maravillas sigue siendo como el rayo de sol que en cuanto ve una rendija por allí se mete y llena toda la casa de luz.

Cuando más adelante, al llegar al final quieras volver a hojear las páginas de esta vida, te encontrarás con que Maravillas ha pasado por todas ellas, como cantaba el mayoral ciego de Carrascalejo:

Sembrando alegrías
por dondequiera que va.

Capítulo 4

Me enamoré del Hijo de María

Entre tanto van pasando los años. Maravillas ha cumplido dieciocho y ha llegado el momento de su presentación en sociedad. En aquellos tiempos tan distintos de los nuestros, esto era un verdadero acontecimiento y significaba un cambio total en la vida de una joven. El alegre cuadro que entonces podía presentársele no deslumbró ni por un instante la mente ni el corazón de Maravillas. Llevada del amor a sus padres, se sometió a su deseo de cumplir con las exigencias de su posición, pero su corazón estaba muy lejos de todo aquello. Ella misma lo expresa claramente a su confesor en una carta en la que le dice: «El mundo que me vi obligada algún tiempo a frecuentar, no tenía atractivo ninguno para mí, y deseaba ardientemente consagrarme a Dios».

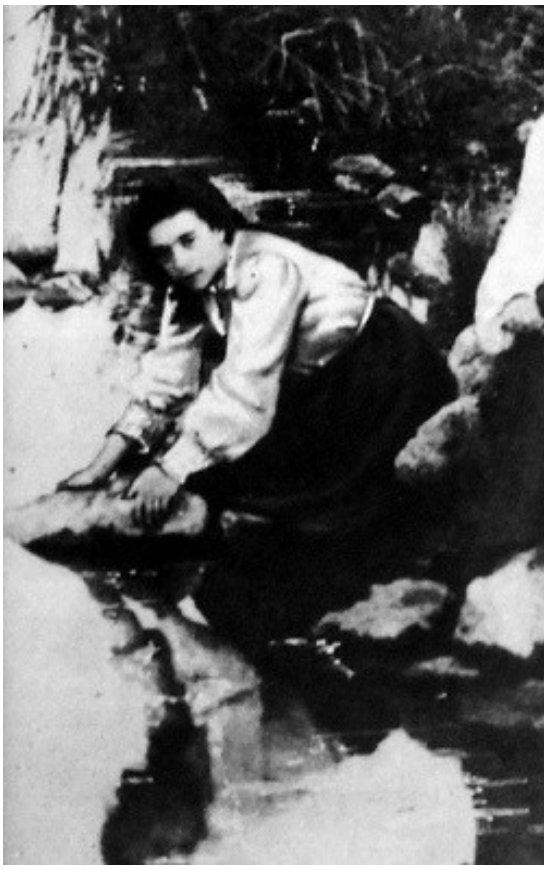
Maravillas Pidal oyó la llamada y la siguió fielmente.

Estaba fuera de toda duda que si hubiera querido brillar o triunfar en el mundo, lo habría conseguido fácilmente. Si sesenta años más tarde y procurando con tanto afán pasar desapercibida tenía un misterioso atractivo, ¿qué éxitos no habría podido alcanzar en su juventud, si se lo hubiese propuesto y hubiese consagrado a ello todos los valores humanos de que Dios la había dotado?

¿Qué pensó de ella la brillante sociedad madrileña de principios de siglo? Con esa alegría tan peculiar suya, como impregnada de gravedad y dulzura, con esa mirada profunda y serena que parecía fijarse en un más allá misterioso y desconocido. Poseía además una Inteligencia viva y profunda, una simpatía natural y amable y lo que alguien ha llamado virtudes secundarias de la mujer, que son discreción, gracia, tacto, modestia, buen gusto y eso que los andaluces han bautizado con el nombre de «ángel».

Así se presentó por primera vez Maravillas en una fiesta, mientras su abuela quedaba en casa rezando, no para que tuviese éxito, sino para que se aburriese y no le tomase gusto a ese género de diversiones. La petición, innecesaria, fue totalmente escuchada... Maravillas no hizo el ridículo,

pues le sobraban encanto y distinción para saber hacer bien su papel. Pero podemos asegurar que no tuvo la menor condescendencia con un mundo al que jamás deseó agradar y que si siguió algún tiempo este género de vida fue sólo lo indispensable para no disgustar a su madre.



Tenemos un recuerdo de su puesta de largo que nos confirma esta seguridad de que jamás tuvo el menor deseo ni la menor ilusión de agradar a nadie más que a Dios.

En la mañana de ese día se levantó temprano y fue a confesarse con el Padre López. Llevaba muchos años pidiéndole permiso para hacer su voto de castidad perpetuo. Pero el Padre nunca le permitía más que renovarlo de fiesta en fiesta. Ese día de su puesta de largo le habría hecho tanta ilusión entregarse a Dios hasta la muerte... La respuesta del Padre fue: «Sólo por un año puedes hacer lo que deseas»[16].

El Padre López obraba prudentemente, tal vez porque no veía claro el camino inmediato de la dirigida. A no ser que lo hiciera por ver si era capaz de doblar su voluntad, cosa que encajaba muy bien en la manera de ser del austero director. Pero Jesucristo y Maravillas no necesitaban de fórmulas para entenderse. Maravillas cantaba en su corazón:

[16] Algún tiempo después el Padre López le dijo que se podía poner una señal exterior para que le recordara esta entrega. Ella se puso un brazalete con la fecha, que se distingue muy bien en sus fotografías.

«Yo comprendí que el mundo no tenía
con qué saciar mi pobre corazón.
Me enamoré del Hijo de María
y le entregué para siempre mi amor.»

Al año siguiente tiene lugar la boda de su hermana Niní con el Marqués de Bondad Real y con esto le resultó más fácil ir dejando aquella vida tan opuesta a sus gustos y aspiraciones, aunque no podía romper del todo. A ello accede fácilmente su madre que no quiere contrariarla, y así Maravillas se ve más libre para dedicarse a lo único que le interesa en el mundo: sus padres y su vida de piedad y de caridad.

Como ya se ha dicho, Maravillas se entendió muy bien con su padre. Le quería con delirio y consagró muchas horas de su vida a la dulce ocupación de hacerle feliz.

Daba largos paseos con él, especialmente en los veranos en San Sebastián. Iban en tranvía hasta Rentería y a la vuelta se quedaba él con sus amigos, dejándola a ella en la iglesia de los Jesuitas o del Buen Pastor acompañando a Jesús Sacramentado. En el invierno, como las obligaciones de éste no le dejaban mucho tiempo libre, le dedicaba las primeras horas de la noche.

Padecía el Marqués de Pidal una afección crónica en las vías respiratorias que le producían penosas molestias cuando se acostaba y le impedían dormir, por lo que se veía forzado a retirarse muy tarde, casi siempre a la una y media o las dos. Sin duda alguna esperaba con ilusión el momento en que se abriese la puerta y apareciese en el umbral la esbelta figura de su hija, que acercándose con aquel paso ligero y suave de que hablan sus contemporáneos, se sentaba cerca de él, quizá con alguna labor de las que dedicaba a sus pobres. Sacrificaba con gusto estas horas de sueño que no recobraba, pues al día siguiente, a las seis de la mañana, ya estaba en pie preparándose para hacer una hora de oración.

Siempre tuvo Maravillas ese raro don de saber escuchar. Se interesaba por todo de tal manera, que cuando se hablaba con ella, parecía no había ya en el mundo nada para ella más interesante que aquello de que se estaba hablando.

Hablaba con su padre de todo, de Historia, de Literatura, de Política, pues a todas partes podía seguir al erudito Marqués de Pida/ la privilegiada inteligencia de su hija. Muy amante él de la música clásica, muchas veces

le había acompañado Maravillas al Real, sólo por darle gusto, pues a ella, como ya hemos dicho, no le gustaba frecuentar el mundo. En cambio disfrutaba oyéndole tocar el armonium o el violín, o tocando con él el piano a cuatro manos, pues siempre tuvo una gran disposición para la música[17].

Seguramente es en alguna de estas veladas nocturnas cuando le habla de su vocación, del gran vacío que le dejan las cosas del mundo y de sus ansias de darse a Dios en un convento de clausura. El también le cuenta cómo le había pasado lo mismo y cómo durante muchos años había soñado con abrazar la vida religiosa. Pero luego se había convencido de que no tenía vocación y que Dios le quería en el mundo, para trabajar por la Iglesia. Y estaba seguro de que a ella le pasaba lo mismo... ¡Qué más quisiera él que con tanto afán había dedicado toda su vida a defender los intereses de las Órdenes Religiosas, que tener una hija monja! Si tuviera vocación... Pero no la tiene y. en cambio, en el mundo puede hacer tanto por la gloria de Dios y por los intereses de la Iglesia...

[17] Alrededor de los quince años recibió clase de música con el profesor Beck, muy amigo de su padre. Se avino él a la condición que ella puso de no estudiar más que en la ciase, pues no quería dejar sus muchas ocupaciones de caridad.

Estos argumentos no hacen el menor efecto en el ánimo de Maravillas. Se da cuenta de lo que esta separación va a ser para su padre y se le parte el corazón al pensar en dejarle. Sin embargo, en lo que de ella dependa está completamente decidida a hacerlo y cuanto antes, pues nunca tuvo ni la menor duda sobre su vocación.

Solía el Marqués de Pidal contestar bromeando a sus hijos en sus caprichos infantiles: «Tus argumentos son para mí como un 'escrúpulo' de azúcar en un vaso de agua.» Ella ahora con todo respeto podía devolverle el argumento. Puede hacer suyas las palabras que Catalina de Siena dijo a los suyos cuando intentaban disuadirla de dejar el mundo: «Que les sería más fácil derretir una piedra que hacerle renunciar a su propósito.»

Pero cada vez que se dispone a poner por obra sus deseos tropieza con una barrera infranqueable: la oposición de su director. Maravillas sabe que el único camino para conocer la Voluntad de Dios es el de la obediencia y obedece heroicamente sacrificando sus más santos anhelos.

Desde los doce hasta los veintisiete años estuvo pidiendo al Padre López que la dejara irse al convento y nunca se lo permitió. ¿Qué motivo había para ello? A su modo de ver, ninguno. Sus padres se bastan uno al otro. Habrían sentido, claro está, su partida, pero sin duda alguna habrían

dado su consentimiento. Además tenían ahora otras alegrías que podrían distraerles y endulzar un tanto la separación. Ya eran abuelos. También Maravillas sintió la alegría de aquellas risas infantiles que renovaban el viejo nido de Carrascalejo y sintió que se adentraban en su corazón aquellos niños a los que tanto quiso hasta el fin de sus días.

Quizá Dios Nuestro Señor en sus inescrutables designios permitió este proceder del Padre López para Ir preparando a Maravillas para la misión que le tenía destinada. Durante muchos años estuvo Maravillas manifestándole sus deseos de seguir el llamamiento de Dios que sentía claramente en el fondo de su alma. Ni una sola vez de las que iba a confesarse dejaba de preguntarle:

—Padre, ¿qué hay de lo mío?...

La respuesta era siempre la misma: Esperar. Otras veces le decía: «Pídele a tu Niño que me dé luz, porque yo no la tengo».

Quizá el verdadero motivo por el que el Padre López retrasaba la entrada de su dirigida en el convento fuese por no ver claro el sitio donde debía entrar. Quizá presentía que aquel alma que Dios había puesto en su camino estaba predestinada para grandes cosas y esperaba a que los acontecimientos se las dieran a conocer.

Un día en que Maravillas hablaba como siempre de su entrada en el claustro, el Padre le dijo: «A mí me gustaría para ti otra cosa... Por ejemplo, una fundación en los alrededores de Madrid...» A pesar de su espíritu de obediencia, Maravillas no pudo disimular. ¡Una fundación..., una cosa nueva, y ella fundadora..., lo último...! Claro que si el Padre se lo mandaba... Lo que a ella le gusta es el Carmelo, lo único que quiere es seguir lo más cerca posible las huellas de Jesucristo. Muchas veces lo asegurará en sus cartas con frases como ésta: «Me trajo al Carmelo principalmente el deseo de imitar la vida de Jesucristo nuestro Bien».

Pero... ¿cuándo conoció Maravillas el Carmelo? ¿Desde cuándo deseaba ser Carmelita? ¿Tuvo siempre vocación de vida contemplativa?

A todas estas preguntas podemos contestar con la mayor precisión y casi con las mismas palabras de la Madre.

Maravillas tiene vocación de vida contemplativa, pero es todavía muy joven para pensar en nada concreto, siempre ha pensado consagrarse a Dios y, eso sí, en la vida contemplativa, pero el Carmelo no lo conocerá hasta muchos años más tarde. Es una prima suya la que le habla por primera vez de esta Orden: Dolores Pidal. No sólo ama el Carmelo y desea

ser carmelita, sino que por circunstancias especialísimas había obtenido un permiso para pasar una temporada en el Carmelo de San José de Avila. No hay, pues, secretos para ella. Vehemente, entusiasta y de gran inteligencia y simpatía, Dolores es muy a propósito para compenetrarse con su prima. Por ella conoció Maravillas el Carmelo, y desde que lo conoció lo amó con todo el fuego de su gran corazón. Este amor irá creciendo a lo largo de cincuenta y cinco años, le hará consagrar su vida entera al servicio y engrandecimiento de su Orden, preferir a todo su condición de hija de Santa Teresa y dejar este destierro diciendo su felicidad de morir Carmelita.

Este amor al Carmelo se cimienta desde el principio en una base sólida y profunda, no es un fervor pasajero hacia un algo vago y misterioso, sino que echa hondas raíces en los ricos viveros de su espiritualidad. Desde ahora su lectura favorita son las Obras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, que serán desde entonces ya para siempre los Maestros de su vida espiritual. Ellos la confirman en la idea que ya tiene que para encontrar a Dios hay que buscarlo por el áspero camino de las «Nadas». Pronto descubre los tesoros encerrados en ese admirable capítulo VII de la Subida que nos habla de «cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la Vida...»

Es muy posible, no sería nada raro que, como Santa Teresa cuando se encontró con el Tercer Abecedario espiritual, sintió en su alma el inmenso alivio de saber que aquellas cosas que ella sentía eran verdaderas y que no eran engaños del enemigo, debió Maravillas de respirar hondo y de unirse, con un entrañable amor a aquella alma que experimentaba como ella tanta repugnancia para hablar de sus cosas, tanto temor de ser engañada, tanto desprecio de sí misma y tantas ansias de amar a Dios,

La independencia de que ahora goza le permite refugiarse varias horas al día en un piso de su misma casa y allí, con varias amigas o mejor aún, sola con Dolores, hacer oración, trabajar en silencio, comentar los escritos de los Santos Padres y leer hasta aprenderse de memoria sus maravillosas poesías.

¿Qué dice el Padre López a todo esto? Por el momento, callar. Esto era muy suyo... diría después la Madre. Pero Maravillas piensa que acabará por convencerse y que no tardaría mucho en darle el permiso. Por lo menos parece ya se ha convencido de que Dios la quiere en el Carmelo. Ella está dispuesta a obedecer hasta en eso, así se lo dice al Padre, pero añade:

«Mire, Padre, el día que yo entre en el Carmelo, aunque tenga que hacer un sacrificio muy grande, será el día más feliz de mi vida y el día que entre en otro sitio será el día que haga el sacrificio más tremendo que se puede hacer.»

Y el Padre responde: «Pues mira, eso es el atractivo, y el atractivo no se puede sacrificar, porque es un medio de conocer la Voluntad de Dios.»

Ya cree Maravillas que está alcanzando el ideal de sus sueños, cuando sucede lo peor que se podía esperar... En agosto de 19t3, el Marqués de Pidal cae en cama con una pulmonía que degenera después en lo que los médicos diagnosticaron gangrena pulmonar. Cuatro meses está luchando entre la vida y la muerte. Y Maravillas sin separarse de él ni un momento, de rodillas junto a su cama, pasa las noches o los ratos del día que no emplea en asistirle, cuidarle y prepararle cuanto necesita. No vive más que para él, ayudando a su madre, que tampoco descansa.

A pesar de la gravedad, a la menor mejoría quiere él hacer, en lo posible, su vida normal, y se levanta lo más que le permiten los médicos.

El día 19 de diciembre pasó la tarde levantado, hablando con sus buenísimos amigos, el Padre Nozaleda, de la Orden de Predicadores y Arzobispo; el Obispo de Madrid, el Obispo de Sión y el Nuncio de Su Santidad.

En la conversación pregunta el Marqués de Pidal:

— ¿Qué hay que hacer para ganar la indulgencia plenaria a la hora de la muerte?

—Besar la cruz —le contestan.

Cogió entonces el crucifijo que tenía siempre encima de su mesa y lo besó.

No parecía, sin embargo, que hubiera que temer un desenlace tan rápido. Entró su mujer que le encontró muy mala cara, y le dijo:

— ¿Por qué no te acuestas?

—Sí —contestó él—, porque realmente no me puedo encontrar peor de lo que me encuentro...

Los visitantes hicieron ademán de retirarse, pero él mismo les pidió:

—No, no se vayan. En cuanto esté acostado pueden volver a entrar.

Fue por su pie al dormitorio que tenía al lado. Con él estaban su mujer y sus hijos. El criado empezó a desnudarle, notando que estaba

empapado en sudor y al sentarle en la cama para descalzarle, él inclinó la cabeza y murió.

Su hija Maravillas le dijo algunas jaculatorias y le dio el crucifijo a besar.

El Nuncio y los Obispos entraron inmediatamente y le dieron la absolución. Unos días antes había recibido los Santos Sacramentos. Comulgaba todos los días.

Quiso el Señor que tuviese junto a él a la hora de su muerte una representación de la Iglesia, por la que tanto había trabajado y a la que tan ardientemente había querido.

Maravillas permanece largas horas con la cabeza apoyada en la caja sin acertar a separarse de aquel ser tan querido.

En su entierro se le rindieron honores de capitán general con carrera cubierta. Hoy día descansan sus restos en el panteón que poco después adquirió la[18] familia en la Parroquia de la Concepción, de Madrid.

18

Cuando más tarde el Padre López le diga cuánto tiene que agradecer a Dios el haberle podido acompañar y asistir en sus últimos momentos, ella le contestará lo que pensó durante esas largas horas. El haber sido por obediencia le tranquilizaba, pero alegrarse no, no podía, es verdad que le había procurado un alivio y un consuelo temporal, pero si hubiera estado detrás de unas rejas, habría hecho por él mucho más, el premio inmenso que dará Dios a los que dejan por El padre o madre, hijo o hija...

Al mes de perder a su marido, en los primeros días de enero, la Marquesa de Pidal veía morir a su madre, la que enseñaba a Maravillas a rezar y le leía vidas de santos. Dios la iba desligando de todos los amores de la tierra. Sólo le quedaba uno, el más santo y el más fuerte: su madre. Y a ella no le quedaba en casa más que su hija. Maravillas comprendió la realidad de su situación y fue, decía ella, la única vez en su vida en que dudó de que sus deseos se llegasen a realizar.

Manifestó su pena al Padre López:

—Padre, ahora sí que no puedo pensar ya en meterme monja.

El Padre le contestó:

—Tú lo harás cuando tu madre te lo diga.

Y ella pensó para sus adentros:

«Pues esto quiere decir que nunca.» Y se despidió para siempre del Carmelo.

Había que situarse en la realidad que tenía delante.

Allí estaba su madre, sus pobres, y a ellos consagraría su vida.

Acompañaba a su madre cuanto ella quería; por las tardes a su paseo en coche al Retiro; a sus temporadas en el balneario de Urberuaga, los veranos a San Sebastián.

Para sus pobres era todo el tiempo que su madre no la necesitaba, sin dejar tampoco su vida de piedad. Iba al colegio de la Asunción, a las reuniones de Hijas de María; a un ropero de San Vicente de Paúl, en la calle del Caballero de Gracia, donde se cosían ropas para familias necesitadas. Trabajaba también mucho para las misiones.

Vivía con ellas desde muy pequeña, la hija mayor de su hermana. La quería muchísimo y Maravillas a ella, disfrutando al ver cómo en aquel corazón de tan pocos años iba marcándose como en cera blanda la huella de Dios.

Maravillas con su sobrina Patricia

Esta sobrina, poco tiempo después de morir la Madre Maravillas, recogió un día sus recuerdos y en varias cuartillas los mandó al convento de La Aldehuela. Son anécdotas de estos años, que nos dejan ver algo más de la vida de la Madre.

«Dormía ella en el cuarto de al lado entre el de su madre y el mío.

La recuerdo por las mañanas que entraba a despertarme con el velo puesto.

— ¿Vas o vienes? —le preguntaba yo siempre.

Grande era mi alegría si me decía: 'Vengo', pues desayunaba con ella. Recuerdo siempre una gran lata de mantequilla salada.

Era muy alegre, muy delgada; una alegría constante, poro sin estridencias, tenía un paso ligero y suave.

En su cuarto tenía un reclinatorio con un Cristo Crucificado y siempre cuando yo iba a mi cuarto quería que, al pasar, me arrodillase y rezase alguna jaculatoria de las que ella me había enseñado.

Cuando aprendí a leer me regalaron un pequeño devocionario, que yo empecé a leer bisbiseando alto para que me oyeran. Cuando todos se habían ido, se me acercó ella y me explicó que la oración era para que la oyera Dios y no las demás personas, a las que además distraía y no las dejaba rezar. Me lo dijo muy suave y muy tranquila y de manera que los demás no se enteraran.

No me regañaba jamás, pero siempre como en esa ocasión, cariñosamente sabía cómo explicar sin herir y dejándome completamente convencida de lo que sí y lo que no había que hacer.

Dentro de lo pequeña que yo era, siempre buscaba su aprobación, que era mi mayor recompensa.

Estando en Urberuaga íbamos a visitar a las Carmelitas de Marquina. Una vez la Priora dijo que me sacaran un vaso de leche que yo odiaba. Cogí una pataleta, pues no la quería tomar. Ella cogió la leche y llevándome a una mesa que estaba a un lado en el locutorio, me pidió que hiciera el sacrificio de tomarla, pues era un feo a las monjas que con tanto cariño la habían hecho traer para mí; y que al Niño Jesús le gustaría lo hiciera. Sorbito a sorbito la tomé y después me quedé muy contenta de mi hazaña. La hazaña era suya.

Yo le decía siempre que la quería mucho y a veces me contestaba de broma:

'¿Por qué me quieres, Andrés? Por interés.'

Esto lo diría porque me regalaba mucho y buscaba lo que me gustaba.

Una vez organizó para todos un gran árbol de Noel para que vinieran todos los primos. Fui con ella a escoger los regalos para el árbol y, claro, yo quería quedármelos todos. Aquello también lo aprovechó ella para hacerme pensar en los demás y con alegría.

No recuerdo haberla visto nunca enfadada ni regañar, pero conseguía lo que se proponía y se quedaba uno encantado y feliz de haberle dado gusto.»

Con esta niña estaba un día Maravillas enseñándole unas láminas de un libro de Historia Sagrada. Al llegar a una en que se veía a los ángeles buenos ir al cielo y a los malos arrojados al infierno, ella le explicaba

cómo los ángeles, por ser buenos y obedientes, habían sido dignos de la gloria. La niña, muy compadecida, sólo dijo: «¡Pobres demoninos!»

— ¡Pues sí que le enseñé bien la doctrina! —comentaba ella.

La relación de su sobrina termina diciendo:

«Lo que yo puedo resumir es que todo en ella estaba envuelto en alegría, bondad, generosidad y, sobre todo, amor de Dios.»

Capítulo 5

La pequeña de Pidal

Al mismo tiempo que estos hechos, han sucedido otros que Maravillas no conocerá hasta más tarde, pero que influirán en su vida de una manera decisiva.

«En marzo de 1900, la hija de los Barones de Andilla ingresaba en el Carmelo de Salamanca a los veinticinco años. Adornada por Dios de excepcionales dotes de naturaleza y gracia, María Santa Cruz y Garcés, parecía llamada a brillar en el mundo. Posición social, inteligencia' nada común, atractivo y belleza, nada le faltaba, pero todo le pareció poco para entregárselo a Dios y con gran generosidad y alegría, cambia todo eso por una pobre celda del Carmelo donde vive feliz durante once años con el nombre de María Josefa del Corazón de Jesús. A la muerte de su padre pensaron los superiores sería de mucha gloria de Dios fundar un nuevo Carmelo, ella accedió gustosa, pues por el amor que tenía a nuestra Sagrada Orden, en nada le pareció podría mejor emplearse cuanto de los suyos recibiese. Decidida la Fundación, salió con las Madres que habían de ser cimientos del nuevo palomarcito de El Escorial. Nadie mejor que ella para principio de una nueva casa, donde las primeras piedras tienen que dejar el camino trazado a las que vengan. Mucho se abnegó y trabajó por aquella fundación que quiso se consagrara al Corazón de Jesús, a quien profesaba una particular devoción. Era alegre, emprendedora y tomaba todo con gran entusiasmo. Su gran caridad, el ansia de dar gloria a Dios y su amor a nuestra Sagrada Orden le hacían olvidarse de sí para pensar únicamente en cómo le agradaría más...»

Estas notas escritas a su muerte por la propia Madre Maravillas dejan ver bien a las claras el gran amor y veneración que siempre sintió por la que fue su primera Maestra de novicias.

Pero en el instante en que nos encontramos de esta historia todavía no la conoce. Y es más, no tiene ganas de conocerla. Elia, que en todos los sitios que visita o donde pasa algún tiempo, especialmente en el verano, lo primero que hace es ir a ver a las Carmelitas, no ha ido nunca al Carmelo

de El Escorial. Basta que haya allí una persona conocida para que no le apetezca.

Además a ella le gustan los conventos antiguos. Sin embargo, a pesar de los muchos que ha visitado no ha sentido nunca ese atractivo, esa especie de segunda vocación que Dios hace sentir a veces hacia un sitio determinado.

Y lo que es más, nota en algunos conventos un aprecio y estima especial hacia ella, que considera inmerecida. Además esto la retrae y le basta para pensar que no es allí donde debe entrar.

En cambio, la Madre María Josefa sí tenía ganas de conocer a Maravillas. Estando aún en el convento de Salamanca había oído decir: «La pequeña de Pidal tiene vocación.» ¡La pequeña de Pidal...! La recuerda muy bien, niña aún de tres o cuatro años cuando ella ya de veinte fue un día con su madre a visitar a sus padres, una de esas visitas de cumplido que entonces se estilaban.

Mientras los mayores conversaban en el salón, Maravillas miraba con sus hermanos por el ojo de la cerradura y cuando al fin les hicieron entrar a saludar a la visita, corrían como locos alrededor de una mesa, sin hacer gran caso de las reconvenciones de su madre.

«¡Qué niños más mal educados!», dirá más tarde la Madre María Josefa.

Sin embargo, desde que oyó decir que Maravillas tenía vocación pensó no sabe por qué: «Esa será conmigo.» Y desde entonces no dejó nunca de encomendarla en sus oraciones.

Un día, la Baronesa del Castillo de Chirel pide a Maravillas que la acompañe al Carmelo de El Escorial. Se han conocido en el balneario de Panticosa donde coinciden algunas temporadas. La diferencia de edad se ve pronto compensada al descubrir que tienen los mismos deseos de darse a Dios y para Maravillas es como un puente de plata que le permite en sus correrías piadosas desligarse de la tutela de sus institutrices, entonces obligada, pues yendo con ella ya no necesita otra compañía.

Aquel día accede, aunque sin ganas, a los deseos de su amiga. Después de todo, ¿qué más le da? Mientras dure la visita, ella se quedará en la iglesia. Así se lo dice, mientras el coche sube trabajosamente la cuesta de las Perdices.

Está edificado el Carmelo de El Escorial en la parte más alta del pueblo, en un sitio llamado «Las Casillas», al que se sube por una cuesta tan empinada como mal empedrada, al menos entonces. En aquella época aún no se veían por allí los alegres chalets de la carretera de Guadarrama o del «Plantel». Era un barrio humilde. Costaba trabajo llegar al convento; durante todo el trayecto apenas si se dejaba ver por entre las estrechas callejuelas un pedazo de cielo. Pero al llegar arriba y desde la puerta misma del convento, todo cambiaba.

Maravillas, tan aficionada al campo y la naturaleza que tanto le hablaba de Dios, debió quedar extasiada ante el panorama que contemplaban sus ojos.

Aún no sabe ella que será aquella puerta que tiene detrás la que se le abrirá pronto dándole entrada a esa especie de milagro que es un palomarcico teresiano. Milagro de fe y de amor, de paz y alegría, porque el alma que pasa la puerta de un Carmelo, pensando que lo ha perdido todo, ve de pronto, que todo lo ha encontrado.

¿Enterrarse en vida? El que lo ha gustado, siente algo así como lo que siente el viajero cansado, cuando después de la penosa subida por la calle angosta bordeada de míseras «casillas», se encuentra de pronto, sin esperarlo, con esa maravilla que se llama el Monasterio de El Escorial, al que han prestado su hermosura los anchos cielos de Castilla y los picos de la Sierra de Guadarrama.

No sabemos lo que le diría el Señor en aquel Sagrario que tantas cosas le habría de decir y al que tantas noches habrá de acompañar. No sabemos... Lo único que sabemos es que alguien la llamó para decirle que pasase al locutorio. María Chirel, después de haber hablado con las Madres, les dijo que había venido con Maravillas.

— ¿La pequeña de Pidal? Tiene vocación, ¿verdad?

Maravillas se acercó a la reja. Por primera vez se veían aquellas dos almas que tanto se iban a querer.

De un lado ella, afable, pero callada, con ese no sé qué tan suyo, que cuanto más quiere borrarse, más atrae.

Dentro, la Madre María Josefa, con aquel gran atractivo que tenía. Su mirada penetrante parece querer calar a la pequeña de Pidal.

Empieza la conversación, indiferente al principio, que se va encauzando al terreno espiritual. Habla la Madre María Josefa:

—Claro, hay personas que hacen en el mundo una vida buena, muy buena si se quiere, pero siempre haciendo su propia voluntad... Además, todo el mundo las aplaude, las tiene por santas. Esa aureola hace más fácil cualquier sacrificio que se haga. Dentro, ¡ya es otra cosa!, aquí aparece todo en la verdad.

La Madre quiere probar aquella vocación de la que ya para entonces había oído muchas ponderaciones.

La conversación continúa un rato en este tono y Maravillas recoge la alusión y experimenta un gozo interior inmenso. Gracias a Dios que ha dado con alguien que se da cuenta de cómo es. Aquí sí que va a encontrar lo que tanto desea: Imitar lo más posible a Jesucristo. Y aquella tarde lo decide. Si algún día logra realizar sus deseos de consagrarse a Dios, lo hará en cuanto de ella dependa en el Carmelo de El Escorial.

Su confesor le ha prohibido hablar de ello y Maravillas no dice a las monjas ni a nadie una sola palabra de su vocación. Pero su gran corazón empieza ya a volcarse con aquella Casa que después tanto había de querer. Pronto empiezan a llegar al convento paquetes de víveres, objetos de

sacristía, medicinas, etcétera. El nombre del remitente: «Señora de Reguillo», es desconocido para las monjas, pero éstas no deben ser desconocidas para la misteriosa bienhechora que parece adivinar todas las necesidades de la Comunidad.

Un día, en las proximidades de Nochebuena, de uno de los paquetes sale un precioso Nacimiento. Al coger el Niño Jesús, ven por detrás una etiqueta con este nombre: «Señorita de Pidal.» Se lo han puesto en la tienda y Maravillas no lo ha visto.

* * *

Cuanto más tiempo pasa, más difícil le parece a Maravillas dejar a su madre.

De vez en cuando tantea ella el terreno para ver qué piensa sobre su porvenir.

Un día aprovecha una ocasión que se le presenta:

— ¿Sabes que la señora X ha dejado entrar monja a su hija? Va a entrar en el Sagrado Corazón...

Su madre le contesta por todo comentario:

—Poca falta le haría.

Cuando ella lo contaba a sus hijas, se reía diciendo: «La verdad que me salió mal la indirecta.»

El Padre López en este punto se muestra irreductible. Un día en que su dirigida le hace por centésima vez su acostumbrada pregunta: «¿Qué hay de lo mío?», el Padre le contesta secamente que en un año no vuelva a hablarle de su vocación. Maravillas mira el reloj. Son las doce. Y obedece. El tiempo transcurre sin que cambie en nada su género de vida ni su manera de pensar.

El verano siguiente, mientras su madre está en San Sebastián, ella pasa una temporada en Torrelavega por dar gusto a los padres de su cuñada, los Condes de Torreánaz, que se lo han pedido insistentemente. No se sabe qué tiene Maravillas, el caso es que todos desean su compañía.

Un día va a Covadonga con sus hermanos. El bellísimo panorama de aquellos valles estrechos y profundos rodeados de altas montañas elevan su alma al Creador de tantas maravillas y llena de confianza, le habla a la Santina de sus deseos. Estando allí se cumple el año prescrito por su Director.

A las doce en punto, Maravillas coge la pluma y escribe:

«Padre, quiero que sepa que yo sigo pensando lo mismo.»

De regreso, en Torrelavega, recibe malas noticias de San Sebastián. La gripe, el famoso «catarro universal» del año 18 que tantos estragos ha hecho en Europa, ha entrado en su casa.

Están todos mal, bastante mal, aunque no se lo dicen tan claro. Al contrario, su madre le dice que no es tanto y que es mejor que no vaya, pues corno es un mal tan contagioso, va a caer ella también. Su respuesta es coger el primer tren y plantarse en San Sebastián.

Se multiplica por atender a todos, especialmente a su madre que ha estado muy grave. Ella la pasa de pie hasta que al fin cae agotada. Aquí es cuando el Señor toca el corazón a la Marquesa de Pidal, pues al ver a su hija tan grave piensa que se le muere y que se queda sin ella, mucho más que si se metiese monja.

Sea por esto o porque ha llegado la hora de Dios, el caso es que la señora no puede sosegar. Y un día en Madrid, paseando las dos por el Retiro, dice a su hija:

—Oye, Maravillas, ¿tú sigues pensando lo mismo?

Maravillas no cree lo que está oyendo. Pero el caso es que el Padre le ha prohibido hablar. Se lo dice así a su madre que le contesta:

—Pues mira, si no me lo dices ahora no cuentes con que yo tenga valor para volverte a hablar de ello nunca.

Viendo ya en esto una señal de la voluntad de Dios, Maravillas habla. ¿Qué argumentos encontraría su amor filial para suavizar el sacrificio a su madre? Había creído ésta siempre que pensaba entrar en la Asunción, así que al hablarle ahora del Carmelo, le resulta aún mucho más duro. Sin embargo, si Maravillas está segura de que eso es lo que Dios quiere de ella, que ahí va a encontrar la felicidad, su madre nunca se opondrá.

Para Maravillas había llegado la hora tan deseada, es cierto, pero deseada por ser la hora del sacrificio. La gracia no destruye la naturaleza...

Una carta escrita a su director el año 32 a la muerte de su madre, nos ayudará a comprender sus actuales sentimientos:

«Con toda mi alma hago el sacrificio de la separación de mi madre en los momentos pasados y en los presentes, pero ¡cuánto cuesta!»

Van ya de vuelta para su casa. Allí deja a su madre y en el mismo coche se va a decirlo en seguida al Padre López.

El Padre recibe con frialdad la noticia que Maravillas con tan jubilosa alegría le da. Tanta, que su obedientísima dirigida le dice:

—Bueno, Padre, yo tengo el permiso, pero si a usted le parece que no debo ir, no me voy.

La verdad es que el Padre debía de creer que su madre no le daría nunca el permiso. Pero ante una prueba tan clara del querer divino, no se atreve a oponerse.

—Y... ¿adónde te vas a ir, si todavía no sabes dónde vas a entrar? —le pregunta, pensando quizá todavía en aquella soñada fundación cerca de Madrid.

— ¡Ay, Padre, no se preocupe, lo arreglo volando!

—Y cuándo te quieres ir, ¿mañana?

—Pues, Padre, yo por mí, sí.

Se la está viendo: una vez conocida la voluntad de Dios, ¿a qué esperar? Eso sí, la obediencia ante todo. Entrará donde el Padre le diga. Sólo cuando éste le dice que puede entrar donde quiera, elige lo que ya hace tiempo había elegido en su corazón. El Carmelo de El Escorial, uno de los Carmelos de España que tiene por titular al Corazón Sacratísimo de Jesús.

Con la serena actividad que la caracteriza hace Maravillas todos los preparativos para su entrada. Arregla las cosas con las Madres que la reciben con los brazos abiertos, pide los permisos, prepara su modesto ajuar.

Ha fijado para su entrada la fecha de la Virgen del Pilar.

Pregunta a las Madres si les vendría bien que aprendiera algo en el poco tiempo que le queda. Le dicen que si pudiera aprender a tejer sería buenísimo y se dispone en seguida a buscar quien la enseñe.

En Carrascalejo va todos los días a casa de una tejedora que le enseña a tejer sólo a dos pies. Ella, que necesitaba aprender todo pronto, le pide que le enseñe a «cuatro pies», pero la mujer dice que no se puede aprender tan deprisa, que cuando vuelva ¡otro año!

Estando ya en El Escorial su madre le manda un telar y un tejedor de Carrascalejo va al convento a completar las lecciones.

La Madre enseñó después a tejer a todas sus hijas.

Pocos días antes de su entrada tuvo lugar un hecho al parecer sin trascendencia, pero de mucha significación en el futuro de su vida.

El 30 de mayo pasado había tenido lugar en el Cerro de los Angeles la inauguración del Monumento y Consagración de España al Corazón de Jesús. Maravillas no asistió. Se encontraba con su madre en Carrascalejo, por lo que parece debió de quedarse un poco al margen del fervor con que vibró Madrid entero en el triduo de preparación que predicó el Padre Mateo Crawley en San Jerónimo el Real.

El Padre López ha pensado que podían celebrar una Misa de despedida en el Cerro. Maravillas va con varias amigas que querían acompañarla en estos momentos. El Padre exhortó a todos a pedir por ella a la Santísima Virgen para que su entrega fuese total y verdadera. Después de la Misa y a los pies del Monumento hizo el Padre en nombre de todos una consagración al Corazón de Jesús.

Aquella mañana no pensaba ella volver nunca al Cerro de los Angeles.

Sentiría que no estuviesen sus hermanos en Madrid. Lo siente más que por ella, por su madre y por delicadeza hacia ellos. En lo que cabe quiere hacer las cosas con la mayor suavidad posible. Así lo demuestra esta carta escrita a su cuñada en los primeros días de octubre:

«Querida Adelaida: Como me dijo mamá que ya sabíais por ella que, Dios mediante, mi entrada será el día 12, no me he dado prisa en contestarte. Siento que tengáis que venir tan pronto este año, pero es un día muy hermoso para entrar, ¿no te parece?

Tengo de Priora a la antigua Subpriora y de Maestra a la Madre María Josefa, así que es todo muy de mí gusto y la verdad es que aunque siento que vengáis, lo deseo mucho, pues sería muy triste irme al convento sin veros. Nini y Vicente vienen el día 6. Recuerdos a todos, y con besos a los niños, te envía un fuerte abrazo tu hermana. Maravillas».

Se acercaba el día y ella, queriendo evitar a su madre lo más posible la impresión de la última comida, invitó al Obispo de Sión, Monseñor Cardona, que era el confesor de su madre, a todos sus hermanos y a un matrimonio muy íntimo de la familia, que sabía habían de alentarla y ayudarla en esos momentos.

Al fin llega la hora. Su madre le da la bendición y poco antes de las cinco de la tarde sale acompañada de sus hermanos que la llevan hasta el convento.

Todas las personas del servicio, las mujeres del barrio donde ella iba a enseñar la doctrina, todos lloraban desconsolados.

Así entra Maravillas en el Carmelo de El Escorial el 12 de octubre de 1919.

Última fotografía antes de entrar en el convento

Capítulo 6

He aquí este corazón que tanto ha amado

Hemos acompañado a Maravillas hasta el umbral mismo del convento donde ha soñado vivir y morir escondida en Dios y donde, sin duda alguna, ha encontrado la paz y la felicidad que va unida siempre al cumplimiento fiel de la Voluntad de Dios.

Vamos a dejarla allí y dando un salto atrás en nuestra historia, vamos a dar una idea de algo que irá de ahí en adelante íntimamente unido con su vida: la devoción al Corazón de Jesús en nuestra Patria desde fines del siglo pasado. Lo haremos brevísimamente, en tres cuadros que sin hacernos perder el hilo de nuestra narración nos ayudarán a comprenderla mejor.

Cuadro primero. —Estamos en el Palacio de Oriente. Enero de 1890. En la antecámara de las habitaciones particulares de la Reina Regente, Doña María Cristina. Lágrimas de dolor que se esfuerza en vano por reprimir le surcan el rostro y el semblante de los cortesanos que la rodean reflejan una gran consternación. ¿Qué ha sucedido?

S. M. Don Alfonso XIII es, al fin y al cabo un niño como todos los demás. Un día —no tiene más que cuatro años —le han encontrado en las habitaciones particulares de su tía la infanta Isabel, con una caja de dulces, ya casi vacía. Medio kilo de «marrón glacé» es más de lo que puede resistir un estómago de cuatros años. El rey se muere

La reina ha pedido oraciones a muchos conventos de la Corte. La Superiora de uno de ellos le ha enviado un escapulario del Sagrado Corazón, rogándole que se lo ponga al niño. Con libertad santa le sugiere una idea: Consagrar públicamente a Su Majestad al Corazón de Jesús, si Este le concede la salud.

La reina enjuga sus lágrimas, entra de nuevo en la habitación donde el Rey Bubby, como se le llama familiarmente, está postrado por la fiebre. Coloca el escapulario del Corazón de Jesús debajo de su cabeza y junto a él, ora largamente. Contra todos los cálculos humanos esa noche la

enfermedad hace crisis y a los pocos días Alfonso juega alegremente como si nada hubiese ocurrido.

Cinco meses después se celebra en la Parroquia de San Martín la novena del Corazón de Jesús. Un inmenso gentío llena aquella tarde el templo.

La reina madre viene a cumplir su promesa. De rodillas ante Jesús Sacramentado, consagra a sus tres hijos al Corazón de Jesús. El Nuncio de Su Santidad le impone después la medalla de la Guardia de Honor.

Hija fiel de la Iglesia, la reina quiere dar cuenta de lo sucedido al Santo Padre y para ello le envía un telegrama pidiéndole su bendición para ella y para sus hijos.

Firma: Su humilde hija María Cristina.

No se hace esperar la contestación en la que el Papa León XIII «les bendice con paternal afecto».

Cuadro segundo. —Madrid, 29 de julio de 1911. Como conclusión del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Madrid, España va a consagrarse a Jesús Sacramentado. El 29 de julio una grandiosa procesión sale de la iglesia de San Jerónimo y se dirige a la plaza de Oriente. El Santísimo Sacramento llevado en una magnífica carroza de plata del Ayuntamiento de Madrid, recorre las calles entre salvas de artillería, repique de campanas, himnos y bandadas de palomas. Millares de adoradores le hacen escolta por las calles y le aclaman desde los balcones. Desde el suntuoso altar levantado en Cibeles, el Rey del cielo bendice a sus hijos. La procesión continúa su marcha hacia el Palacio y llega a la plaza de la Armería ya al declinar el día.

El gentío es inmenso, los balcones repletos de gente quedan en un instante vacíos sin excluir el del centro reservado a la familia real y al gobierno. Los reyes de la tierra han bajado al encuentro del Rey del Cielo para hacerle escolta. Entra el Santísimo Sacramento en Palacio, le rinden armas, atraviesa salas, galerías y salones y entra en el salón del Trono a los acordes de la Marcha Real. Colocan a su Divina Majestad sobre un altar y allí, postrados a sus pies, le rinden adoración. España entera representada por sus reyes, su gobierno, el clero y el ejército, se ha postrado a los pies de Jesús Sacramentado. Rompe el silencio una voz a la que todos se unen con intensa emoción: «Soberano Señor Jesús Sacramentado, Rey de reyes y Señor de los que dominan. Ante vuestro augusto trono de gracia y de misericordia, se postra España entera, hija muy amada de vuestro Corazón.

Somos vuestro pueblo. Reinad sobre nosotros. Que vuestro Imperio dure por los siglos de los siglos. Amén»

El niño que se moría en el cuadro anterior es hoy un rey de veinticinco años y no puede contener las lágrimas. El escapulario del Corazón de Jesús que lleva siempre consigo le ha librado de graves peligros. Alguien ha dicho que en este momento el Corazón de Jesús le ha dado cita en el Cerro de los Angeles.

Cuadro tercero. —El Cerro de los Angeles, 30 de mayo de 1919. Una pequeña colina a catorce kilómetros de Madrid es el centro geográfico de la Península. En un extremo de ella se levanta una ermita, una de tantas ermitas que la piedad del pueblo español ha levantado a María y que guarda el tesoro de los hijos de Getafe: Nuestra Señora de los Angeles.

«Venid, subamos al Monte del Señor», parece decir la Reina de los Angeles a todos los españoles. Pero durante varios siglos ha sido la Señora la única Reina del Cerro. Un reinado humilde y escondido como todo lo suyo, pues aparte del fervoroso amor y devoción de sus hijos de Getafe, su ermita es poco visitada.

Cuenta la tradición que San Juan de la Cruz, cuando pasó de Castilla a Andalucía, hizo noche en el Cerro de los Angeles. No es esto tan raro como a primera vista parece, pues era costumbre entonces entre los peregrinos y romeros pasar las noches en las ermitas que encontraban a su paso. San Juan de la Cruz viajaba en pobreza y quizá aquel enamorado de la Virgen, al oír que allí se veneraba una imagen suya, entró en deseos de visitarla.

A raíz del Congreso Eucarístico de que hemos hablado, surge en el corazón de algunos fervorosos católicos la idea de levantar un monumento al Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles.

En una peregrinación al Cerro, organizada por los Padres Franciscanos para celebrar el VII Centenario del Jubileo de la Porciúncula, el predicador expone con entusiasmo el proyecto.

Poco a poco la idea va tomando cuerpo, debido entre otras cosas al celo incansable del apóstol de la Entronización del Sagrado Corazón en los hogares, el Padre Mateo Crawley y es acogida con entusiasmo en todas partes.

Se abre una suscripción popular donde las cuotas varían de cinco céntimos a una peseta. Así conviene para que puedan contribuir todos. De

este modo, cuando el rey consagre España al Corazón de Jesús, consagrará el corazón de todos los españoles.

Ahí están sus firmas guardadas en un cofre que se ha depositado al pie de la imagen. Todos los sacrificios que ha costado, todos los pasos que se han dado para llevar a cabo esta obra, todo lo ha recibido y lo guarda en su Corazón.

La ofrenda generosa de los grandes, el gesto sublime del pobre que da cuanto tiene, la dedicación incondicional de cuantos han consagrado todos sus afanes a la realización de esta obra, el trabajo de los artistas y obreros que la han realizado, la oración de las almas puras y de los niños, el dolor de los pobres y enfermos... Todo.

Desde el gesto valiente del joven monarca al que no han hecho vacilar las amenazas ni las promesas, al heroísmo de una mujercita pobre que cuando le piden su cooperación contesta gozosa: «Doy al Sagrado Corazón el pan de todo un día, que bien se lo merece».

Esta es, ha dicho el Padre Mateo, la más espléndida hermosura de este Monumento, el representar de forma genuina y auténtica el corazón de España. Las piedras podrán desmoronarse un día, pero nada ni nadie podrá abatir ni demoler jamás el alma que ha levantado este altar, las fibras de la Patria, los hogares consagrados de toda la Península. Aquí está, pues, España viva, toda España.

Y llega el 30 de mayo. Desde las primeras horas de la mañana se van congregando alrededor del Monumento miles y miles de personas, y todos los caminos que conducen al Cerro se ven invadidos de coches y carruajes de todas clases. La estatua del Corazón de Jesús llena de dulce majestad parece llamarles diciendo con amor: «Venid a Mí todos».

Desde las diez van llegando las más altas autoridades eclesiásticas, civiles y militares. Llega también la familia real, el gobierno en pleno, y por fin, a los acordes de la Marcha Real y entre gritos y aclamaciones, los reyes. Un inmenso gentío llena ya la explanada.

Comienza la Santa Misa oficiada por el señor Obispo de Madrid-Alcalá. Antes de la bendición, él mismo lee el telegrama de Su Santidad, manifestando su complacencia y bendiciendo a todos[19]. Se expone el

[19] Era entonces Obispo de Madrid-Alcalá don Prudencio Melo. El telegrama decía: «El Santo Padre ha sabido con particular satisfacción la inauguración del Monumento Nacional dedicado al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles de esa diócesis. Concedo de muy buen grado a V. E. la facultad de dar la bendición papal, con indulgencia plenaria, a todos los que asistan a la ceremonia religiosa. Cardenal

Santísimo Sacramento, la familia real ha bajado de su tribuna y se arrodilla sobre las gradas. El rey puesto de rodillas al lado de la Epístola se levanta, y vuelto hacia el Santísimo y también ligeramente hacia su pueblo, al que representa, pronuncia el acto de consagración. El silencio es impresionante. Sólo el rumor del viento que azota la bandera española, izada al otro lado del altar, acompaña la voz serena y firme del monarca: «Corazón de Jesús Sacramentado, Corazón del Dios Hombre, Rey de reyes y Señor de los que dominan: España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones...»

Alfonso XIII consagra España al Sagrado Corazón en el Cerro de los Ángeles

El momento es de intensa emoción. Los corazones laten aceleradamente. Los ojos se llenan de lágrimas. Y continúa el rey: «Desde estas alturas que para Vos hemos elegido, como símbolo del deseo que nos anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid a los pobres, a los obreros, a los proletarios todos para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales encuentren justicia y caridad que haga más suave su vida y más llevadero el trabajo. Bendecid al Ejército y a la Marina para que en la lealtad a su disciplina y en el valor de sus armas, sean siempre salvaguardia de la Nación y defensa del Derecho. Bendecidnos a todos los que reunidos aquí en la cordialidad de unos mismos santos amores de la Religión y de la Patria queremos consagraros nuestras vidas.»

Las últimas palabras se pierden en el aire... «Corazón santo, Tú reinas ya...» Se organiza la procesión para acompañar al Santísimo hasta la

Gasparri.» José María Sainz de Tejada, o. c., pág. 49.

ermita de la Virgen de los Angeles, de todos los corazones brota el himno del Congreso Eucarístico:

«¡Dios está aquí...!»

Sí, verdaderamente Dios está desde hoy en el Cerro de los Angeles. Es el mediodía. Poco después toda aquella turba se dispersa en dirección a Madrid o a otros puntos de la Península. Se van perdiendo de vista a lo lejos los sesenta prelados, los reyes, el gobierno, las representaciones de las Órdenes religiosas y militares, la multitud ingente que hace unos instantes cantaba: «Dios está aquí.» Todos se han ido. La explanada está desierta. En el Cerro de los Angeles se ha quedado sólo el Corazón de Cristo. El Corazón que tanto ha amado a los hombres.

Procesión con el Santísimo el día de la Consagración

Otro momento del día de la Consagración

Capítulo 7

La tierra del Carmelo

Maravillas Pidal es ya la Hermana Maravillas, Maravillas de Jesús.

Cuando estaba aún fuera, le habían preguntado cómo le gustaría llamarse. Ella respondió:

—María, o como quieran... Todo menos Maravillas.

Y cuando le dijeron que se iba a llamar así pensó:

«¿Para qué me lo habrán preguntado?»

Pero nada dijo. Seguramente aquellas buenas Madres lo habrían hecho por dar este consuelo a su madre, o por no quitarle su nombre de pila.

Después de todo daba igual. Y se quedó con Maravillas. Ese nombre que según ella decía más tarde, tendría toda la culpa de que no la olvidasen del todo. «Si me llamara María —solía decir—, nadie se fijaría en mí.»

A los ocho días de su entrada fue a visitarla el Padre López, que se manifestó sorprendido de verla tan feliz.

—Pero, Padre, ¿es que dudaba?

No, no cabía duda. Maravillas estaba feliz. Las austeras observancias del Carmelo le parecían dulces y fáciles y desde que puso el píe en la clausura su alma se llenó de gozo y de paz.

Estos sentimientos se dejarán ver en una carta a su cuñada, que parece ser de las primeras que escribió desde el convento. Dice así:

> «No sabes lo que sentí el que se me hubiera olvidado que ayer era el día de tu santo, pero en cambio por la tarde te tuve muy presente y esta mañana ofrecí por ti la Sagrada Comunión. Hoy me dice la Madre Maestra que como te prometieron, te encomendaron mucho, así que has salido ganando. También ofrecí al Señor por ti la pena que me causaba mi olvido.
>
> ¿Cómo hizo mamá el viaje de vuelta? Me pareció que en medio de su pena se iba algo consolada y sobre todo muy bien impresionada de

este pedacito de cielo. Yo deseaba mucho que conociera a nuestras Madres, tan distintas de lo que el mundo cree y me parece que las conoce un poquito porque eso se ve en seguida. La explicación es la que daba el señor Obispo 'cómo han de ser los corazones en que sólo el amor de Dios reina'...

No penséis por un momento que os olvido ni olvidaré a ninguno, como os decía, el único sacrificio que tengo que hacer es el de la separación, por lo demás me encuentro muy feliz y llenas todas las aspiraciones de mi corazón.

A Alfonso, que seguramente cuando venga, se irá mejor impresionado que el otro día en casa, mil cosas y ya sabes que siempre pido a Dios para que los niños le amen mucho. Tu hermana, Maravillas de Jesús».

Esta felicidad aumenta cada día. Cuando en el correr de los años las novicias hablen a la Madre de su felicidad, su contestación será siempre la misma:

«Pues ya verá, hija, cada día será más feliz.»

Así le está pasando a ella, sólo lleva siete días en el Carmelo cuando escribe:

«¿Qué tal os va desde que nos hemos separado? Yo pido a Dios y espero que muy bien y que todo irá ya entrando en caja. En cuanto a mí, como tú te figurabas, no puedo estar más contenta, es una felicidad tan grande que no te la puedo explicar, la celda donde está uno sólo con Dios parece el cielo y luego saber que con todas nuestras acciones por insignificantes que sean estamos agradando a Dios, puesto que se hacen por obediencia. En fin, claro que en todas partes se puede uno santificar y lo principal y sólo necesario es cumplir la Voluntad del Señor, pero yo no puedo por menos de darle infinitas gracias porque para mí haya sido ésta su Voluntad. Ayúdame tú a dárselas y pídele que, olvidándome de mí, sepa corresponder a tantos beneficios. Inútil decirte lo que os recuerdo a todos y lo que siento la separación. Todos los días me acuerdo de lo que me encargaste y también pido mucho por tu padre. Tu madre mandó infinidad de riquísimos dulces. Dale mis más cariñosos recuerdos, besos a los niños y sabes te quiere mucho tu hermana, Maravillas de Jesús».

Esta felicidad no era en la Hermana Maravillas el fruto de un fervor pasajero, sino algo mucho más hondo. Había comprendido toda la

grandeza de la vocación al Carmelo y el tesoro de su espiritualidad, que ya había empezado a atisbar en el mundo, se presentaba ahora ante ella con horizontes dilatados.

Ejercitada en la práctica de las virtudes y el vencimiento propio, no debió sentir sorpresa ni espanto al encontrar en el oratorio del Noviciado estas máximas del Doctor del Carmelo:

«Déjate enseñar,
Déjate mandar,
Déjate sujetar y despreciar,
Y serás perfecta».

¿De qué se iba a espantar? ¿No era eso lo que había venido buscando, lo que deseaba con todo su corazón?

En cambio fue para ella una gratísima sorpresa la vieja leyenda carmelitana que circundaba la imagen de la Virgen del Carmen: «El Carmelo es todo de María.»

La Madre María Josefa del Corazón de Jesús, su Maestra, al mismo tiempo que la instruía en los usos y costumbres del Carmelo hacía vibrar las fibras más íntimas de su alma, cuando con aquel entusiasmo y vehemencia de que estaba lleno su corazón, le hablaba de las glorias de la Orden del Carmen y sobre todo de sus glorias marianas.

¡El Carmelo es todo de María! Esta divisa que está esculpida en las piedras de nuestros viejos monasterios, tiene que estar esculpida en el corazón de cada Carmelita.

¿No sabía los acentos marianos de venerables tradiciones tejidos en torno a Elías, el Santo Profeta del Monte Carmelo?

Le contaba cómo en el siglo XII, cuando el demonio, eterno enemigo de la Mujer coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies, había querido aniquilar a los que se llamaban «Hermanos de Santa María del Monte Carmelo», aquel frailecico que desde los doce años vivía consagrado a Ella, San Simón Stock, la había visto aparecer entre esplendores de cielo y tendiéndole la punta de su santo escapulario le dejó oír estas palabras dulcísimas: «Recibe, hijo mío muy amado, este escapulario de tu Orden, señal de mi hermandad; el que muera con él no padecerá el fuego eterno.» Promesa bendita que más tarde había de enriquecer con la de sacar del purgatorio el sábado después de su muerte a los que murieran con esta señal de predestinación.

Otras veces la Madre, repasando las viejas crónicas de la Orden, contaba a sus novicias las vidas de muchos Carmelitas que hoy se veneran en los altares y que habían venido al Carmelo sólo porque «es todo de María».

La Santísima Virgen les había llamado y atraído con la dulzura de su amor a esta bendita tierra de donde es Ella la más bella flor... «Flor del Carmelo, viña florecida, esplendor del cielo, lirio entre espinas...»

Todas estas enseñanzas calaron muy hondo en el corazón de la Hermana Maravillas y la llenaron de inmensa alegría. Pero cuando se vio vestida con el hábito de la Virgen, su felicidad no tuvo límites.

No había transcurrido un año desde la consagración de España al Corazón de Jesús cuando tuvo lugar esta otra consagración mucho más íntima y escondida, pero, ¿mucho menos trascendental para el mundo y para la Iglesia? Podrá quizá parecer atrevida esta insinuación, pero insistimos en ella. Pues cuando un alma se consagra a Dios en un convento de Santa Teresa, se cumplen en ella estas palabras de su Santa Madre: «Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va sólo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí».

Llega, al fin, su toma de hábito, el día 21 de abril de 1920. Lo recibe de manos del doctor don Jaime Cardona, Obispo de Sión. Se conserva, del día 22 de abril de ese año, un artículo de *El Imparcial,* periódico liberal de la época, sobre su toma de hábito, que será bien copiar casi en su totalidad, pues refleja perfectamente el ambiente y las circunstancias y, sobre todo, la figura de la Novicia.

> «En un convento de Carmelitas, situado en lo más alto del agreste sitio de San Lorenzo de El Escorial, celebróse ayer la ceremonia de la toma de hábito de la que en el mundo se llamara Maravillas Pidal y Chico de Guzmán, hija de los Marqueses de Pidal y heredera de una noble raza asturiana en que las virtudes y el talento, unidos en admirable consorcio, han dado a la patria varones insignes en la Política, en la Ciencia y en la Literatura y mujeres de gran inteligencia y sólidas virtudes que, en las estrecheces del claustro o en los esplendores cortesanos han tenido siempre como única mira lo que la Santa Doctora de Avila aconseja en los capítulos de sus Moradas: 'olvido de sí' para que toda la vida se emplee únicamente en la mayor honra de Dios.

En esta modesta casa carmelitana, cuyos umbrales traspasamos ayer con emoción profunda, ha ido a encerrar su vida —una vida que parecía

predestinada a todos los halagos de la fortuna — la hija de los Marqueses de Pidal. Desde los once años, Maravillas Pidal mostró sus vehementes deseos de abrazar la vida religiosa y, consecuente con estos anhelos, jamás su gentil figura prestóse a ser ornato de los salones madrileños, a los que era invitada por fueros de su alcurnia. Siempre ocupada en obras piadosas o caritativas, su voluntad se afirmaba, 'la voluntad de vencer que es la que da las victorias', según ha dicho un escritor francés, y así ha podido llegar para ella la fecha de ayer, en que logró ver realizado el sueño de su todavía corta existencia.

Visa del Convento de El Escorial. Al fondo, el Monasterio.

En el altar de la pequeña iglesia, una imagen del Corazón de Jesús resplandecía entre la aureola de los cirios y el blanco tapiz de las flores. A la izquierda del presbiterio, la doble reja que separa del mundo a las religiosas, mostraba, a través de los férreos barrotes, una amplia sala, risueña y blanca, en cuyo fondo, entre luces y flores, la estatua de la Virgen del Carmen tendía hacia los fieles su piadosa mirada. El público se aglomeraba delante de la reja, ávido de contemplar a la joven novicia, que apareció rodeada de las demás novicias y profesas, ocultos los rostros bajo el velo y con los hábitos pardos y blancos de la Orden del Carmen.

Llegóse a la reja y arrodillándose, con los ojos bajos, se dispuso a contestar a las preguntas de ritual que el prelado le iba dirigiendo. Vestía de blanco —el traje de las desposadas — y en el abismo de sus cabellos negros, que muy pronto habían de desaparecer, florecían los simbólicos azahares.

Con voz firme y clara, contestó a todas sus preguntas:

— ¿Qué es lo que pide? —interrogaba el señor Obispo de Sión.

Y la neófita contestaba:

—La misericordia de Dios, la pobreza de la Orden y la compañía de las Hermanas.

Ni un minuto de vacilación, ni una veladura en la voz; nada, en fin, que pudiera demostrar temor ante la dura vida que le espera...

Virgen del Carmen que regaló al Convento la M. Maravillas

Un momento la figura nupcial desaparece. Ha partido, después de postrarse ante la Virgen del Carmelo, para presentarse otra vez, vistiendo ya el hábito de la Orden. Las Hermanas profesas echan el manto sobre sus hombros y cubren con el albo velo su cabeza. Ha llegado el momento solemne.

El cuerpo de la novicia se dobla sobre el pavimento... y queda largo tiempo inmóvil.

El órgano acompaña los cánticos de las religiosas que entonan el *Veni Creator*. Lentamente van cubriendo el cuerpo de flores, las campanas, no obstante, repican a Gloria.

Intterior de la iglesia de las CC. DD. de El Escorial

Es que Maravillas Pidal ha muerto para el mundo; mas en el huerto del Señor un rosal ha florecido.

Y en el Cielo ha nacido una estrella.»

* * *

Empezó entonces su noviciado con gran fervor, poniéndose por modelo a la Santísima Virgen. La vida de la Virgen en su casita de Nazaret es un modelo perfecto para una Carmelita. Ella le enseñaría a vivir sólo para Dios, a darse a las demás cumpliendo aquello que luego trataría siempre de inculcar a sus hijas: «El trabajo para mí, el descanso para mis hermanas», y sobre todo le enseñaría a alcanzar el Ideal que la había traído al Carmelo que no era sino imitar en lo posible la vida de Jesucristo.

Durante estos años fue su lectura diaria el Camino de Perfección, ese admirable libro en el que Santa Teresa dice a sus hijas que para aprender a hacer oración, no conoce otro medio que el de la práctica de las virtudes.

Que la Hermana Maravillas abrazó con la mayor generosidad todas estas virtudes está fuera de duda, pues se las vieron practicar con heroica continuidad hasta el último día de su vida y todos sabemos que nadie recoge lo que no ha sembrado, ni adquiere de pronto el hábito de lo que no ha practicado desde el principio.

Pero además tenemos el testimonio de sus compañeras de noviciado que confirman lo que estamos diciendo.

Una vez empezó a contar algo de la capilla pública del Palacio Real dando algunas explicaciones y detalles con toda sencillez. De pronto cortó en seco, y cuando al día siguiente quisieron reanudar la conversación, no hubo medio.

Evitaba todo lo que pudiera enaltecerla a los ojos de las demás. Y como una Hermana, creyendo agradarle, le sacara muy a menudo la conversación de lo que hacía por el convento su familia o de su posición social, pidió con humildad a su Madre Priora cuánto le agradecería que no se hablase en esos términos de su familia.

Deseosa de permanecer en la sombra, aparentaba no saber; no daba su opinión si no se la pedían. Pero cuando le preguntaban sobre cualquier tema, una respuesta clara y certera dejaba ver su agudeza y claro conocimiento de lo que se estaba tratando.

No sólo en su noviciado, sino durante toda su vida religiosa, cumplió bien el consejo de su Santa Fundadora que exhortaba a sus hijas a evitar hasta la menor sombra de pedantería. No iba esto con ella.

Un gran don de gentes, una inteligencia clara y profunda cultivada por la educación que había recibido, una enorme sencillez. Así era esta novicia que estamos viendo moverse en el noviciado de El Escorial.

¡Quién hubiera reconocido en ella, a la Maravillas Pidal que poco antes, cuando estaba en su casa, era delicadísima para las comidas!

Ahora come cuanto le ponen delante sin el menor gesto, aunque costándole mucho. Su Maestra había dicho que era bueno que las novicias comiesen bien, pues si no, no podrían perseverar en una vida tan dura. Que comiesen mucho pan, que es lo que comían los pobres, y al mismo tiempo les alimentaba. No caía en saco roto nada de esto y aprovechaba ella todas estas ocasiones de vencerse.

Su oficio por entonces era la crianza de los pollos y ayudaba a las Hermanas a cuidar de las vacas; tenían entonces cinco que les había

mandado el hermano de una de las monjas para que la venta de leche fuera un medio de sustento de la Comunidad.

La Hermana Maravillas se ocupaba de limpiarlas, darles el pienso, etc., todo menos ordeñar.

Con la crianza de los pollos se pasó sus malos ratos, pues entonces era crianza en frío y se le morían muchos.

Ayudaba también a coser en la ropería y hacía y pintaba escapularios.

Era difícil sorprender en un descuido a aquella novicia humilde, callada, obediente, abnegada y siempre dispuesta a servir a las demás y a sacrificarse por todas.

Su inalterable igualdad de carácter, su alegría sosegada, su mirada grave y serena, su unión con Dios que se traslucía en todo su exterior y su perfecto equilibrio, hacían de ella el modelo acabado de una novicia carmelita.

Durante la enfermedad de su padre había permanecido tantas horas de rodillas junto a él que esto le produjo un derrame sinovial del que nunca se recuperaría del todo. Lo dijo, porque el Padre López se lo mandó, pero al ver que las Madres no le daban importancia, se quedó tan tranquila.

En realidad, si a ella le había preocupado era sólo por temer que pudiera ser un impedimento para su vocación. Por lo demás, ella podía hacer de todo, menos estar mucho tiempo de rodillas.

Su Maestra vio aquí un filón para probar la virtud de la novicia, y decidió no permitirle hacer el menor trabajo ni esfuerzo, cosa que a ella, que como Santa Teresa «era muy honrosa», le costaba la misma vida. Tenía que pasar por la vergüenza de sentarse en un banquillo mientras todas las Hermanas y aun las Madres mayores lo hacían en el suelo. Y cuando había algún trabajo de Comunidad, tenía que ver cómo las novicias se tiraban de cabeza a lo más duro como es costumbre en el Carmelo, mientras ella hacía —porque así se lo habían mandado —lo más fácil y descansado.

Tenían una bomba para sacar del pozo el agua necesaria para el servicio de la casa y esto resultaba algo cansado, por lo que habían establecido un turno para repartirse el trabajo entre todas. Pero cuando le tocaba a la Hermana Maravillas se lo hacía su Maestra, mientras ella tenía que estarse allí mirando.

Todo esto llegó a preocuparla muy en serio, no tanto por lo que su natural vivo e impetuoso tenía que sufrir, sino por llegar a temer no podría profesar una vida que por lo visto no iba a poder llevar.

Consultó entonces a su antiguo director, el Padre López, y al Padre Silverio de Santa Teresa, que como Carmelita conocía perfectamente la vida del Carmelo y podría juzgar mejor. Los dos le dieron la misma respuesta: Si ella no lo quería así y sólo lo hacía por obedecer, no tenía más que seguir adelante.

Hizo, pues, el 7 de mayo de 1921 con gran fervor y alegría su Profesión de votos temporales por un trienio, decidida a abrazarse con lo que tanto le costaba, puesto que era ésa la voluntad de Dios. Pero Dios se contentó con esta entrega, pues cambió por entonces la Maestra, y la nueva Madre que ocupó este cargo, al ver que la Hermana Maravillas tenía buena salud, le permitió trabajar como todas, a lo que se entregó infatigablemente, buscando siempre lo más duro y pesado.

La Madre Maestra, descansaba plenamente en ella. Los domingos y días de fiesta la hacía ir a pasear a la huerta con las otras novicias, segura de que sabría mantener la conversación a una altura propia de almas consagradas a Dios. Una de ellas atestigua:

> «Con una sencillez encantadora, nos explicaba a nuestro Padre San Juan de la Cruz, al que tan admirablemente comprendía e imitaba».

La personalidad de la Hermana Maravillas que ella trataba de ocultar, se imponía sin pretenderlo y su gran rectitud y humildad, hizo que su Maestra le mandara que en ausencia suya resolviera las dudas que pudieran tener las novicias y respondiera a sus preguntas.

Una connovicia escribe:

> «No se fiaba de sí misma para nada y así cuando le preguntaba me respondía con toda claridad, pero al poco tiempo, unos suaves golpecitos en la puerta de la celda, me hacían asomarme. Era la Hermana Maravillas que venía a decirme: 'Mire, no se fíe de mí para nada. Yo me quedo mucho más tranquila si lo pregunta'»62.

Se acercaba el fin de su noviciado. Iban a terminar para la Hermana Maravillas esos días felices que siempre recordaría con cariño, pero sin añoranza. En el Carmelo, el noviciado es una preparación, un anticipo de lo que después se ha de vivir en plenitud.

La Hermana Maravillas debió sentir en este momento lo que experimentan las almas profundamente humildes, cuando dejan atrás una etapa de su vida espiritual para emprender otra nueva. Una humildad sosegada que le hacía sentir lo que le parecía falta de correspondencia a tantas gracias recibidas y un deseo inmenso de empezar de nuevo con más generosidad y con más fervor.

Salió del noviciado el 14 de junio de 1922, fecha en que se celebra en el Carmelo la fiesta de San Eliseo, y la dedicaron a ayudanta de la enfermera.

El invierno de ese año casi toda la Comunidad cayó con la gripe.

Al principio, las que estaban menos mal, cuidaban a las más graves, pero pronto tuvieron que rendirse también. No quedaban en pie más que las tres novicias. La Madre Priora, enferma también, no sabía qué hacer y decidió pedir permiso para que unas religiosas de vida activa entraran a cuidarlas. La Hermana Maravillas fue a pedirle que no lo hiciera. Con la ayuda de Dios, ellas atenderían a todo. Sus palabras, llenas de humildad y firmeza convencieron a la Madre. Las tres «enfermeras» se encargaron de todo, «no sin pasar grandes apuros», como ella decía.

De una celda a otra, atendiendo a las enfermas, haciéndoles las comidas, ocupándose de abrir la puerta al médico, al hortelano... No paraban. Decidieron usar una cocinilla que había en la enfermería y subían el carbón desde la cocina. Con las prisas no se fijaban en lo que estaba pasando; cuando en uno de estos viajes se dan cuenta, y; «¡horror! —contaba la Madre—, todo el convento eran caminitos de carbón que habíamos ido marcando con los pies en los suelos de madera. Hubo que fregarlo todo».

Poco tiempo les quedaba para hacerse sus comidas. Para no entretenerse mucho en ello hicieron una cazuela grande de patatas para ellas tres, de donde sacaban mientras les duró.

Otro día, perdió la llave de la puerta reglar que le había entregado la Priora para abrir urgentemente a alguien. Miraron por todas partes. Todo inútil. Santa Teresita vino en ayuda del apuro de «su hermana» que acudió a ella, pues delante de sus pies, en medio de un tránsito por el que habían mirado ya muchas veces, allí estaba la llave, con su correa, esperándola.

Al terminar esta parte de su vida, es muy posible que alguien se pregunte:

«¿Pero es que ya era santa al terminar el noviciado? ¿Es que no tenía defectos?»

Lo único que podemos contestar a esto es qué la única persona a quien hemos oído hablar de sus defectos es ella misma.

La que se arrepentía de las travesuras de su infancia —las patadas en el suelo de rabia, cuando Nieves la contrariaba o lo mal que se habla portado con sus profesoras—, dice después en cartas a sus confesores, que en esta segunda época de su vida todo lo que hacía iba acompañado por el «veneno de la vanagloria».

Sea lo que sea de esto y descontando lo que la humildad hace exagerar a estas almas, dejemos que sea ella la que nos hable ahora y admiremos las maravillas de la gracia en las almas de los santos:

> «... la opinión en que todo el mundo me tenía, aun cuando yo bien comprendía que era equivocada y falsa, me hacía hacerlo todo, aun lo más santo, mezclado con ese deseo de ser estimada, hasta que un día a los veintitantos años, estando gozándome interiormente de un juicio que unas personas, cuya opinión tenía yo en mucho, habían emitido sobre mí, me pareció oír en el fondo del alma: 'Y Yo fui tenido por loco', y desde aquel momento me vi completamente libre de aquella esclavitud y miseria de la que a pesar de desearlo y procurarlo tanto, no había podido salir, no dándoseme ya nada de los juicios de los hombres...».

En otras cartas completa esta relación diciendo:

> «Hicieron tanta operación en mí estas palabras que desde entonces se trocaron todos esos tan vanos deseos, en el muy grande que tengo de ser despreciada y me vi, sólo por la misericordia de Dios, libre de aquella tan gran miseria.
>
> Al recordar esta gracia, se avivan estos deseos: yo no quiero la vida más que para imitar lo más posible la de Cristo».

Capítulo 8

Galería de retratos

Dios puso en el camino de la Madre Maravillas de Jesús muchas almas grandes y generosas que con su talento y virtud le ayudaron y alentaron en cuantas obras emprendió para su mayor gloria.

Sólo las almas grandes saben descubrir la mano providencial de Dios en cuanto les rodea. Sólo ellas saben ver, a través de las personas, la sabiduría de Dios que las pone en su camino, a su paso, bien para su santificación, bien para realizar la misión que El les ha encomendado en la sociedad. No somos seres aislados, y si Madre Maravillas, contando sólo con las excepcionales cualidades que Dios le había dado, hubiera querido realizar por sí sola las empresas que llevó a cabo, no lo hubiera conseguido, porque no son ésos los designios de Dios para los hombres.

Con su mirada limpia y apoyada en su profunda humildad fue descubriendo en esta o aquella persona la mano de Dios y se valió de su ayuda o de su consejo para que llegase a ser realidad aquello que Dios quería de ella.

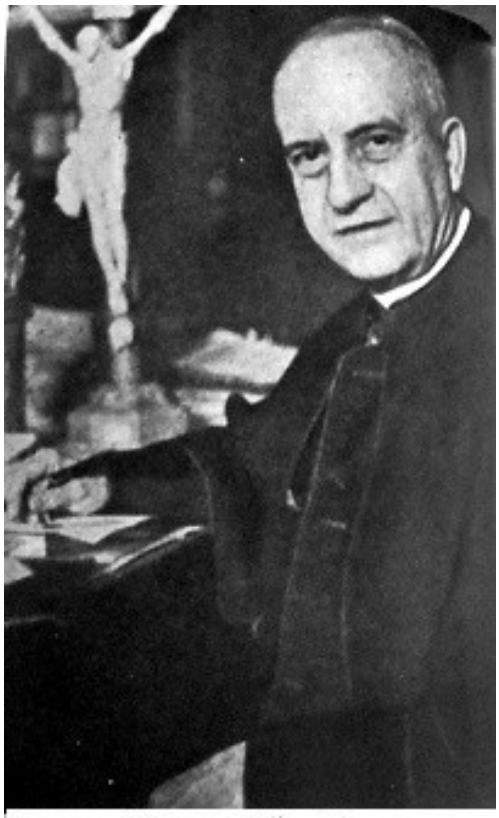
Seglares y religiosos, muchas de sus hijas, fueron esas personas providenciales que Dios puso a su lado para ella, para la misión que le encomendaba.

Va a empezar su obra y conviene hacer un alto en el camino para dar a conocer a grandes rasgos a algunas de las personas que intervinieron en esta su primera fundación del Cerro de los Angeles.

Apenas damos los primeros pasos en esta galería nos encontramos con don Leopoldo Eijo Garay[20], Obispo de Madrid-Alcalá y, por tanto,

[20] Nacido en Vigo el 11 de abril de 1878, hizo los estudios eclesiásticos primero en el Seminario de Sevilla y después en la Universidad Gregoriana de Roma. Ordenado sacerdote el 27 de diciembre de 1900, fue por oposición canónigo rectoral en la catedral de Santiago de Compostela y más tarde catedrático de Teología y de Sagrada Escritura en el Seminario de dicha ciudad. Designado Obispo de la diócesis de Tuy, fue consagrado Obispo el 8 de noviembre de 1914 en la catedral de Santiago. En 1917 pasó al Obispado de Vitoria y fue nombrado después Obispo de Madrid-Alcalá, donde falleció el 31 de agosto de 1963.

superior inmediato de la Madre Maravillas de Jesús en el momento en que nos encontramos.



Excmo. Sr. D.
Leopoldo Eijo y Garay

Su palabra elocuente y fervorosa llegaba al fondo de los corazones y los conmovía profundamente. Se caracterizaba por la bondad y delicadeza de su trato, que le hacía ganarse la confianza, veneración y simpatía de cuantos le trataban. Su espíritu de comprensión y de caridad llevaba insensiblemente las almas a Dios, su profundo amor a España y a la Diócesis le hicieron vivir los sacrificios más heroicos en los difíciles tiempos de su Pontificado.

A tono con sus virtudes y su gran corazón estaba su privilegiada inteligencia. Poseía los títulos académicos de doctor en Filosofía, en Sagrada Teología y Derecho Canónico. Era académico de número de la Real Academia Española, de la Real Academia de Ciencias Políticas y Morales, de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, de la de Buenas Letras de Sevilla, presidente del Patronato «Raimundo Lulio», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Prelado asistente al Solio Pontificio.

El 21 de junio de 1946 el Papa Pío XII le nombraba Patriarca de las Indias Occidentales.

El profesor García Morente, cuando la mano del dolor le hizo volverse a Dios, no dudó en diferir un año entero su confesión general, con tal de hacerla con don Leopoldo.

Este era el hombre de quien Dios se iba a servir para cambiar el rumbo de la vida de la Hermana Maravillas de Jesús.

Nombrado Obispo de Madrid-Alcalá el 26 de junio de 1923, apenas llevaba seis meses rigiendo su grey, cuando le hablaron por primera vez de una joven Carmelita a quien Dios había inspirado la idea de fundar un Carmelo en el Cerro de los Angeles, sin ocultarle las dificultades y problemas que ya empezaban a presentarse.

Si él se hubiera dejado guiar por criterios de prudencia humana, la humilde monja de El Escorial habría alcanzado probablemente el mismo grado de santidad, pero la Santa Iglesia, la Orden del Carmen y la Diócesis de Madrid-Alcalá se verían ahora privados de la gloria que le ha dado a Dios la obra de la Madre Maravillas.

* * *

Contrasta con el retrato de este insigne Prelado la humilde figura del Carmelita que se llamó Fray Epifanio del Santísimo Sacramento.

Nació en uno de esos hogares navarros donde el amor de Dios es tan indispensable como el aire que se respira.

Ya desde niño se adivinaban en él las virtudes que luego le harían apreciar y querer de todos, principalmente la nobleza de carácter y una bondad sin límites llena de franca alegría.

Los legos Capuchinos que ejercían la postulación por aquellos contornos encontraban siempre hospitalidad en el hogar de los Echevarría. Todos salían prendados de aquel muchachico que no se separaba de ellos durante las horas que allí pasaban y que sentado a sus pies escuchaba embelesado las vidas de santos con que se tejieron las florecillas de San Francisco.

Decididamente eso era lo que él quería. ¿No podrían llevarle con ellos? No deseaban otra cosa aquellos buenos frailes y así se lo prometieron, pero tendría que saber que la vida de los Franciscanos era muy dura y sólo se podría llevar con la alegría con que ellos la llevaban si se tenía mucho amor de Dios.

Pues él también quería amar mucho a Dios y para probarlo y hacer méritos para conseguir lo que tanto deseaba se dedicó a ayudar a su padre

en las faenas del campo con un coraje poco corriente a sus años. Sin duda la Santísima Virgen a la que amaba tiernamente le había escogido ya para su Orden, pues cuando andaba soñando con la vuelta de los Franciscanos, acertó a pasar por allí un Padre Carmelita, amigo de la familia y prendado de las buenas cualidades del muchacho, le facilitó la entrada en el colegio de Medina del Campo.

Cursó con brillantez sus estudios y se aplicó con generosidad a la práctica de las virtudes con lo que se hizo estimar y querer de todos.

Ocupado por los Superiores en altos cargos de la Descalcez, no sólo no presumió jamás de ello, sino que añorando la suerte de los Hermanos legos, gozaba barriendo la iglesia del convento de donde era Prior, o preparando en la cocina la comida para sus frailes.

No le arredraban las más difíciles empresas y con ánimo grande y generoso se lanzó a la fundación de los Padres Carmelitas en Madrid, edificando el convento e iglesia de la plaza de España, soportando con alegría los muchos sinsabores y amarguras que tuvo que sufrir para llevarla a cabo.

Pronto se hizo popular en Madrid, por donde pasó haciendo el bien y derrochando caridad y bondad, pues jamás negaba un favor que le pidiesen aunque tuviera que sacrificar para ello su interés y comodidad.

El año 36, detenido por patrullas incontroladas, le asesinaron después de hacerle sufrir toda serie de penalidades.

¡Qué corazón tan grande tenía el Padre Epifanio!, dirían después cuantos le conocieron. Jamás supo lo que era envidia ni emulación, admiraba sinceramente las virtudes de los demás y secundaba con todas sus fuerzas toda obra buena y toda empresa donde viera brillar un rayo de gloria de Dios.

* * *

Dios quiso en su inescrutable providencia que fuese un hijo de Bullas, aquel rincón de la tierra murciana, que la Madre Maravillas llamaba «mi pueblo», el destinado a colaborar con ella en la fundación del Carmelo del Cerro de los Angeles. Era don Antonio García, en el año 1923, Vicario General de la Diócesis de Madrid-Alcalá[21].

[21] Don Antonio García y García nació en Bullas (Murcia) el 23 de agosto de 1880. Estudió en el Seminario de Murcia y en el Colegio Español de Roma. Ordenado sacerdote en 1904. Trabajó en la Secretaría del Obispado de Murcia y fue fiscal del Obispado. En 1913 ganó la Penitenciaría de la catedral de Málaga. De 1919 a 1923

Dejemos de lado las excepcionales cualidades intelectuales de las que hablan por sí su condición de alumno del Colegio Español en Roma y los altos cargos eclesiásticos a que fue elevado y vamos más bien a fijarnos en los rasgos que nos lo presentan como hombre espiritual. Su íntima amistad con el Padre Alfonso Torres bastaría para definirle como en realidad fue, un alma de oración. Quería mucho y conocía bien a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz y, como consecuencia, a sus hijas.

Superior durante casi toda su vida, la suavidad y el amor fueron las dos armas de que se servía para exigir a los demás lo que él ya practicaba.

De sus sacerdotes siempre hablaba bien y hacía resaltar sus virtudes en todo momento. Se interesaba por todas las monjas y las ayudaba cuanto podía, pero sus predilecciones fueron siempre hacia las armas contemplativas. La suya lo era y su vida de unión con Dios se traslucía a veces al exterior.

R. P. Alfonso Torres, S. J.

---

fue Vicario General del Obispado de Avila durante el pontificado del Obispo Plá y Deniel. Desde 1923 a 1926 fue Vicario de Madrid-Alcalá. En 1929 fue nombrado Obispo de Tuy. En 1938 Arzobispo de Valladolid. Entre mil actividades pastorales destacan la vida espiritual que promovió en torno al Santuario de la Gran Promesa del Sagrado Corazón y la fundación del Carmelo de Tordesillas. Murió el 15 de mayo de 1935 y quiso ser sepultado en aquel Carmelo de Tordesillas.

El rasgo más destacado de su espiritualidad fue su devoción al Corazón de Jesucristo Rey. Nada dará una idea más acabada de ello que esta carta escrita al Carmelo del Cerro de los Angeles el año 1926, pocos días después de esta fiesta en la que las Carmelitas se instalaron al fin en su nuevo convento:

> «... la lamparita encendida desde mayo del 24, ya está puesta y arde ante el Corazón Santísimo de Jesucristo. El no permita que se apague ni que se amortigüe, ni permita que arda con fosforescencias humanas. El derrame su bendición sobre ustedes, gotitas de aceite para que la lamparita arda siempre, con una llama muy pura, que no parezca nada más que la Mamita de una pobre lámpara, y sea la llamarada inmensa de un volcán de amor (humilde, sacrificado, silencioso) al Corazón ardentísimo de Nuestro Rey. No olviden ustedes, ahora y siempre, que todas han de ser gotitas de aceite para esa lamparita. La que no sienta cifradas todas sus ansias en ser eso y nada más que eso, no sirve para el Carmelo del Cerro de los Angeles...».

* * *

Detengámonos ahora ante la figura del insigne escritor y Prepósito General de la Orden del Carmen Descalzo, Fray Silverio de Santa Teresa

En un pueblecito de la provincia de Burgos vio la luz por primera vez el 8 de marzo de 1878. Su madre, una sencilla labradora, vio desfilar a siete de sus hijos hacia la Orden de la Virgen.

Fray Silverio de Santa Teresa, C. D.

Julián, que era el mayor de los hermanos, quería ser Carmelita. A los ocho años subía al púlpito de su parroquia y puesto de puntillas dirigía el rezo del Rosario. A los trece fue con su padre a Begoña al convento de los Carmelitas, donde un tío suyo iba a cantar Misa. Se hospedó en el convento y todo le entusiasmó.

La biblioteca conventual fue lo que más le llamó la atención. «¡Cuántos libros! ¡Y tan gordos! ¿Quién los leería?» Se lo preguntó a su tío que le respondió sin vacilar: «El Padre Prior.»

Julián miraba desde entonces al Prior con gran admiración.

Salió con pena de aquella santa casa y volvió al pueblo dejándose allí el corazón. Santa Teresa a la que amaba desde niño le había prendido en sus redes.

Tenía catorce años cuando un sacerdote pariente de la familia propuso al muchacho su ingreso en el seminario de Burgos y se lo dio todo hecho. Era un primer paso para darse a Dios y Julián aceptó.

Pero apenas cumplió los diecisiete, dio un último adiós a su aldea, a su madre y a sus campos castellanos y partió para el seminario que los Carmelitas tenían en Larrea. De su toma de hábito escribiría años más tarde: «Cuando se tiene vocación ya se sabe lo feliz que uno se siente al verse vestido con el hábito de la Santísima Virgen».

La austeridad y religiosidad de aquel convento donde se vivían las costumbres santas que implantó San Juan de la Cruz en los noviciados de Mancera y de Pastrana y la formación basada en la rigurosa ascética del mismo santo, llenaban su alma de inmensa felicidad[22]. Toda su infancia y juventud está como impregnada de pureza.

Estudioso, humilde, austero y mortificado, con una humildad de corazón que se traslucía en su exterior, su modestia no lograba ocultar del todo sus altos valores intelectuales y su porte exterior en el que se hermanaban la dignidad religiosa y la sencillez evangélica, le hacía tratar con la misma afabilidad a los pobres y humildes que a los grandes de la tierra. Fue nombrado Historiador General de la Orden y consagró la mayor parte de su vida al estudio de la vida y obras de su Santa Madre Teresa, de la que supo comprender, no sólo su obra de Fundadora, sino la íntima entraña de su espíritu.

---

[22] «El noviciado fue para mí delicioso. Todo me gustaba, el retiro de la celda, la convivencia con los novicios, la devoción tierna que trataban de inculcamos al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen, así como el estudio de la Regla. Constituciones y Ceremonial» (*Recuerdos de un Descalzo Carmelita*).

Por eso amaba a sus hijas y gozaba visitando sus palomarcicos. Era un deleite oírle hablar de su Santa Madre. Después de pasar con él unas horas, parecía que se la había acompañado en sus desvencijados carros por las llanuras de Castilla o de la Mancha, o por los desfiladeros de Despeñaperros, o que se había pasado con ella las horas de la siesta en una de aquellas florestas en las que se quedaba arrobada...

El Padre Silverio conoció a la Madre Maravillas cuando ésta vivía aún en el mundo, con ocasión de una visita a Avila y quedó cautivado por su talento y discreción.

No había para él mayor placer que encontrar en una Carmelita la huella de su Santa Madre. Sin duda por eso, cuando su hermana le preguntó en qué Carmelo debía entrar, le respondió:

«Me gustaría que fueses a El Escorial porque está allí Maravillas.»

Todo lo que contribuyera a propagar y engrandecer su amada Reforma encontraba en él una entusiasta acogida.

Este Carmelita[23] a quien honraron con su aprecio y benevolencia varios Sumos Pontífices, Reyes, Cardenales y Obispos, condecorado con la Cruz de Alfonso el Sabio, veneró a la Madre Maravillas de Jesús y escribió de ella que era uno de los más altos valores de la Orden y que el conventico fundado por ella en Duruelo era para él «la mejor Basílica del mundo».

Murió en la brecha, siendo General de la Orden, haciendo la visita canónica en los Carmelos de Centroamérica. Sus últimas palabras fueron: «Virgen Santísima, Madre mía del Carmen, ¡ayudadme!»

* * *

Pasando adelante en nuestra galería de retratos nos encontramos con un personaje muy distinto. Viste el blanco hábito de los religiosos de los Sagrados Corazones.

Es el Padre Mateo Crawley[24], el incansable apóstol de la devoción al Sagrado Corazón.

---

[23] Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, Prior de Burgos, historiador general de la Orden, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, condecorado con la Gran Cruz de la Orden de Alfonso el Sabio, provincial de Burgos, Definidor General, Vicario General y Prepósito General del Carmelo reformado. Murió santamente en Mazatlán (México) el 10 de marzo de 1954.

Orando un día en la Basílica de Paray-le-Monial tuvo la inspiración de consagrar su vida a la Obra de la Entronización del Corazón de Jesús en los hogares y de su Reinado Social en el mundo entero.

Hijo fiel de la Iglesia, fue desde allí a Roma y postrado a los pies del Vicario de Cristo[25], le expuso su proyecto y le preguntó si le permitía ejecutarlo. El Santo Pontífice Pío X le contestó que no. La expresión de su rostro no parecía estar a tono con la negativa. Después de unos instantes, alzó el Santo Padre al humilde religioso que continuaba de rodillas ante él y estrechándole en sus brazos exclamó:

—No te lo permito, hijo mío..., te lo mando.

Empezó desde entonces este infatigable apóstol a recorrer el mundo entero. Gustó como todo apóstol el cáliz de las grandes amarguras y tuvo también momentos de íntimos consuelos. España entera y especialmente Madrid fue durante algún tiempo escenario de su apostolado.

Este apóstol infatigable, en medio de su incesante actividad, sentía con fuerza esa llamada interior hacia la soledad y el silencio «... una gran nostalgia de recogimiento y oración...».

Varias veces intentó realizar estos deseos y hasta llegó a solicitar su ingreso en la Trapa, pero siempre fue detenido por aquellos que tenían el derecho y el deber de dirigirle. Y un día cuando menos lo esperaba, Dios vino a cumplir sus deseos. Una enfermedad penosa e incurable dio con él en un hospital.

Todo cuanto soñó encontrar en la Trapa lo encontró en su lecho de enfermo: Silencio, soledad, penitencia y apostolado.

«Soy feliz —escribirá —porque en este silencio habla mi alma con Jesús. Se ha hecho el vacío a mi alrededor. Era inevitable...».

La soledad de un enfermo es mucho más dura, mucho menos acogedora que la de un Carmelo o de una Trapa. El Padre Mateo, que un tiempo suspiraba por encontrarse un instante solo, ve ahora pasar el día hora tras hora sin que nadie ponga los pies en su habitación.

---

[24] El Padre Mateo Crawley Boevey nació en Arequipa (Perú) el 18 de noviembre de 1875. Fue bautizado el 22 del mismo mes. En 1884 ingresó como alumno en el colegio que los Padres de los Sagrados Corazones dirigían en Valparaíso y llamado por Dios a la vida religiosa, entró en el Noviciado de la misma Congregación el 2 de febrero de 1891. Cf. Marcel Bocquec, SS. CC.

[25] Lo oyó de sus propios labios la Madre Magdalena de la Eucaristía. Ella y su familia eran muy de la intimidad del Padre.

«Sin embargo —escribe—, bendita soledad. Nunca se está tan bien como en la soledad con Dios solo.

Finalmente el Padre tendrá que ofrecer a Dios los dolores y sufrimientos de su enfermedad, la impotencia, el cansancio, el agotamiento... El sufrimiento físico es un elemento indispensable para la santidad. El monje lo busca y lo abraza con alegría. No hay verdadera oración ni contemplación sin gran mortificación y penitencia.

«Esta enfermedad Jesús me la impone y no puedo hacer otra cosa que besar su mano».

Ahora predica el Padre desde lo alto de la cruz una sabiduría divina que es locura para nosotros. Pero al mismo tiempo es una realidad y un consuelo para los impotentes, los que se creen inútiles, los que están clavados en el lecho del dolor y sienten su corazón arder en inmensos deseos de glorificar al Señor y ganarle almas.

El Padre Mateo Crawley que escogió como lema de su vida las palabras de Santa Margarita: «Que yo le ame con locura y que le haga amar más y más... », no cree que ha acabado su apostolado. Al contrario, cree que ahora es cuando empieza a ser verdaderamente eficaz. Y poco tiempo antes de su muerte, escribe que si tuviera que elegir, más bien que volver a su antiguo apostolado, preferiría este de su lecho de enfermo en el hospital.

* * *

Haría falta el pincel de un Ribera o de un Zurbarán para hacer la descripción del Padre Juan Tomás del Sacratísimo Corazón de María. Alto, recio, apenas encorvado por el peso de sus sesenta años, que denunciaban, sin embargo, su rostro demacrado y sus blancos cabellos, nos pareció cuando le conocimos la imagen de la penitencia y del ascetismo.

Nació en Basauri (Vizcaya) el 21 de diciembre de 1864, llevaba en la sangre las grandes cualidades propias de su raza y la fe tan arraigada en aquellos hogares vizcaínos. Niño aún, sentía ansias de santidad y anhelos misioneros que cuajaron en una vocación sacerdotal. Para seguirla dejó pronto el caserío paterno e ingresó en el seminario donde cursó con brillantez sus estudios. El día que cumplió veinticinco años se ordenó sacerdote y ocupó durante algún tiempo los cargos pastorales que su Prelado le designó. En uno de ellos, la capellanía de las Carmelitas de Begoña, le esperaba la providencia divina para cambiar el rumbo de su vida. Sin duda las buenas monjitas, impresionadas por el talento y fervor

del joven sacerdote, clamaron a Dios con la oración de su Madre Fundadora: «Señor, bueno es éste para nuestro amigo...» La gracia hizo su obra y las monjas se quedaron con gusto sin su capellán que ingresó en el noviciado de Larrea y profesó en la Orden del Carmen en junio de 1906. Murió en Pamplona el 27 de mayo de 1939.

Enérgico y firme, de salud robusta, entró de lleno por los caminos de la ascética carmelitana y guiaba por ellos a las almas que se entregaban a su dirección.

Predicaba con frecuencia sobre los grandes temas fundamentales de la vida cristiana: Principio y Fundamento, pecados, verdades eternas y especialmente en los Ejercicios Espirituales de los que dio innumerables tandas. La menor transgresión de la Ley de Dios le llenaba de dolor.

Era también un místico que ocultaba bajo ese exterior severo, un corazón lleno de caridad y de amor de Dios que irradiaban sus palabras hasta las más sencillas.

La espiritualidad del Padre Juan Tomás, que predicó varias veces los Ejercicios a las Carmelitas de El Escorial, influyó mucho en los primeros años de la vida religiosa de la Madre Maravillas que hizo con él varias confesiones generales y no se recataba de decir que era un santo.

El Padre a su vez, con esa vanidad —la única clase de vanidad que pueden tener las almas santas— y que tuvieron también otros religiosos insignes, se gloriaba de haberla tratado espiritualmente.

En cierta ocasión, una joven que iba a entrar en uno de los conventos de la Madre, fue de parte de ella a visitarle. Cuando le dijo quién la enviaba, el Padre exclamó:

«¡La Madre Maravillas! ¡Yo tengo la llave de su conciencia!».

* * *

El último retrato de esta galería es el del Padre Alfonso Torres, S. J. Sólo brevemente, pues hemos de volver a encontrarle muchas veces en el transcurso de esta historia.

Nacido en Zurgena (Almería) el 27 de agosto de 1879, unía a la simpatía y viveza de los chiquillos andaluces una inteligencia profundísima y un alma angelical, en la que la semilla de la vocación religiosa caería como en tierra buena y daría más tarde el ciento por uno.

Tendría unos doce años, cuando un revés de fortuna planteó en la familia graves dificultades y su madre hubo de enfrentarse con la triste realidad: Alfonso no podía proseguir sus estudios.

Un sacerdote de la Parroquia que había empezado a enseñarle el latín, continuó algún tiempo ocupándose de él y el niño no se había percatado del todo de lo que sucedía.

Un día en que después de ayudar a Misa trasteaba por la sacristía como suelen hacer todos los monaguillos, sorprendió una conversación sobre su insignificante persona. Alguien preguntó quién era y él pudo muy bien oír la respuesta:

—Es uno de los niños que preparo para el seminario, pero ya no puedo seguir ocupándome de él, es una pena, pero es inútil, en su casa no pueden costearle los estudios.

Un rayo caído del cielo no habría causado más impresión al muchacho. Su reacción fue instantánea. Corrió a la iglesia, se arrodilló ante el Sagrario y llorando amargamente, confió su pena al Único que podía comprenderla. No sabemos cuánto tiempo llevaría así, cuando acertó a pasar por allí un sacerdote. La pregunta surgió espontánea:

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

El niño alzó su rostro bañado en lágrimas y explicó su pena.

No podría ser sacerdote.

¿Qué vería su interlocutor en su mirada? El caso es que después de unas palabras de aliento, le dejó y se fue en busca del párroco. Si el niño era bueno y listo como parecía, era realmente una pena que no pudiera seguir estudiando. El gasto, después de todo no era tanto, él buscaría personas que le ayudasen a pagar al menos los primeros años.

Alfonso marchó al seminario. Cursó con éxito sus estudios, en España y en Roma y a los veinticinco años ganaba por oposición la plaza de Magistral de la Catedral de Cádiz. Un porvenir brillante le esperaba. Pero un buen día lo tiró todo por la borda y haciendo añicos su corazón que le pedía ser el amparo moral y material de su madre, entró en la Compañía de Jesús.

Fundó la Congregación de Caballeros del Pilar extendida después a toda España. También fundó las peregrinaciones de penitencia y reparación al Cerro de los Angeles e inició la restauración del Monumento[26]. Cooperó

[26] Cooperó en esta obra con la Madre Maravillas y doña Catalina Urquijo de Oriol escribiendo los Estatutos de la Obra de Oración y Penitencia.

a la fundación en misiones de religiosas en Borneo y Japón, y además de la del Cerro, en la que tanta parte tomó, las de Batuecas, Mancera y Duruelo.

Dio Ejercicios de San Ignacio a toda clase de personas, así en España como en Italia y en Lourdes con frutos manifiestos de reforma de vida y de vocaciones religiosas. Varios años también a las Carmelitas Descalzas[27].

Fue un gran predicador, pero nunca pretendió más aplauso que el de las complacencias de Dios en lo íntimo de su conciencia. Forjó su propia espiritualidad de orador sagrado, como él lo concebía, en el yunque de una predicación que él definiría más tarde en Granada, como el «heroísmo del predicador».

En sus Lecciones Sacras dejó para siempre, además, las experiencias que los años habían ofrecido a su espíritu en consecuencia con aquella actitud que había injertado en su vida: manifestar las inconmensurables riquezas del amor de Cristo y abrir su corazón a todas las dolencias y miserias de los hombres

Fue, sobre todo, un director de espíritus de excepción.

Director de la Madre Maravillas desde la fundación del Cerro, influyó mucho en su espíritu, a la vez que se compenetraba con aquella alma que tan alto y seguro marchaba por los caminos de Dios.

La República —1931— le sorprendió siendo Superior de la casa profesa de Madrid. Después de cinco años de destierro en Italia y vuelto a su Provincia de Andalucía, fue Superior de Sevilla.

Su vida se precipitaba camino del término que tantas veces, identificado con su gran modelo, San Pablo, había deseado: «desatarse y estar con Cristo». El Señor le hizo gustar ingratitudes y abandonos, preparando la completa desnudez del corazón. Al mismo tiempo la delicadeza de su sensibilidad recogía las notas desconcertantes del momento: «Me asfixio —repetía en sus últimas jornadas—, no puedo vivir en este mundo, necesito aires más puros.»

Y el 29 de septiembre de 1946 desde la Casa Teologado de Cartuja en Granada, pasaba a abismarse para siempre en la Luz eterna de Dios

Muchas más cosas se pudieran decir de estas personas que Dios puso en el camino de la Madre Maravillas. Hilos que fueron entretejiendo la trama de su vida. Y de otros muchos que por vivir todavía no se pueden

[27] Dio Ejercicios a las Carmelitas Descalzas del Cerro de los Angeles (los primeros estando aún en la casita de Getafe), Batuecas y Mancera de Abajo.

nombrar en esta historia. Cada uno de ellos merecería una biografía completa.

Capítulo 9

Si tú le dejas

Un repique de la campana conventual anunció a la Hermana Maravillas que la Comunidad debía bajar al locutorio. Bajó, pues, la Hermana Maravillas y entró con todas.

¡Qué lejos estaba de pensar que aquella campanita la llamaba a algo muy distinto que a las demás Hermanas, que iba a cambiar toda su vida, esa vida cuyas riendas había entregado a Dios para que El fuese su único guía!

Del otro lado de la reja esperaban, hablando con la Madre Priora, la Duquesa de Nájera, amiga y bienhechora de la Comunidad, y otra joven de Madrid, Asunción Loygorri, muy devota del Corazón de Jesús y del Carmelo.

Después de unas breves frases de saludo, la conversación recayó sobre el Cerro de los Angeles. Como ya hemos dicho, la Hermana Maravillas no había podido asistir al acto de la Consagración ni había sentido entonces ningún especial atractivo por cuanto se relacionaba con el Cerro. Ahora escuchaba los comentarios de las visitantes con el interés que ponía en todas las cosas de Dios.

«Ciertamente —decían— se había consagrado España al Corazón de Jesús, pero el Señor se había quedado muy solo en el Cerro de los Angeles. Lo que parecía llamado a ser un centro de peregrinaciones y un lugar santo estaba todavía completamente abandonado y ofrecía un aspecto desolador. Ovejas y cabras pastaban por las laderas del Cerro y llegaban hasta las mismas escalinatas del Monumento. España debía hacer mucho más. Una Imagen de piedra no era bastante para simbolizar la entrega de un pueblo que le debía todas sus antiguas grandezas. Ni era bastante tampoco para saciar las ansias del Corazón que tanto ha amado a los hombres.»

«Hacía poco —prosiguió la Duquesa— había estado ella allí con un sacerdote de San Sebastián, don Juan Albizu, que después de haber celebrado con gran unción la Misa, había estado largo rato orando ante

el Monumento, con tanto fervor y recogimiento que impresionó vivamente a los que le acompañaban. Cuando al fin rompió el silencio dijo:

—El Corazón de Jesús quiere aquí una Comunidad de vida contemplativa que se inmole por España y por su Reinado.»

Acabó la visita y la vida de la Comunidad prosiguió su ritmo ordinario. Pero en el corazón de la Hermana Maravillas se había encendido una chispa desprendida del Corazón de Cristo.

Una comunidad contemplativa en el Cerro de los Angeles... Esta idea no la dejó ya ni un momento.

Por las noches, cuando después de Maitines se quedaba ante el Sagrario, sentía que Dios le pedía con insistencia que se hiciera un convento en el Cerro.

Se acordaba entonces de las palabras de su antiguo director, el Padre López: «Me gustaría para ti un convento nuevo en los alrededores de Madrid.» A ella le había espantado la idea y gracias a Dios, el Padre había desistido.

¿Habría llegado la hora de Dios? Porque se acercaba el tiempo de su Profesión Solemne y como estaba heredada de su padre, tenía que decidir lo que iba a hacer con sus bienes. Y tenía que ser pronto, porque después de sus votos ya no podría disponer de nada. Siempre había pensado darlo para obras de caridad o para algún convento muy necesitado, tal vez al monasterio de La Encarnación, por el que siempre había tenido un afecto especial, pero todavía no había decidido nada.

¿Tendría bastante para una fundación? Seguro que no, aunque se podría comenzar y luego si la obra era de Dios, El la llevaría adelante.

Pero ¿a qué perder el tiempo pensando todo esto? Lo que tenía que hacer era vivir en el momento presente, no descuidar su vida interior ni distraerse con otras cosas, ¡eso quisiera ella! Pero el Señor cada vez que ella le buscaba en el interior de su alma volvía a pedir lo mismo: un Carmelo que le acompañara en su soledad, que orara y se inmolara por la salvación de las almas y especialmente por España.

¡Una Comunidad contemplativa en el Cerro de los Angeles...! Humanamente hablando, ¿no era un desatino?

En aquella época, Madrid aún no se había extendido en esa dirección. El Cerro era un descampado sin viviendas ni casas, apartado de todo. Un cerro pelado, sin agua, de tan mala tierra que no se podría cultivar. Aunque

las necesidades de un Carmelo son pocas, parecía imposible poderlas atender en tal soledad.

Además, si el Cerro de los Angeles, como había dicho la Duquesa de Nájera, estaba llamado a ser un lugar de peregrinación, un centro de espiritualidad, ¿no era mucho más indicado fundar allí una Comunidad de vida activa, dedicada al esplendor del culto, como los Benedictinos, o a la predicación y al apostolado activo, como los Dominicos, los Franciscanos o la Compañía de Jesús? Estos podrían organizar peregrinaciones y atenderlas, confesar, predicar.

Todos estos pensamientos se agolpaban en la mente de la Hermana Maravillas que luchaba en vano por desecharlos. Varios meses duró esta lucha en la que los deseos del Señor parecían estrellarse contra la profundísima humildad de la joven Carmelita. No, no le negaría al Señor nada, ¡antes morir!, pero le resultaba imposible convencerse de que fuera ella el instrumento elegido para esta obra tan grande. Porque todos los demás motivos que se le representaban, le parecían nada al lado de éste. ¿Cómo iba a ser ella capaz de llevar a cabo esta empresa? ¿No había venido al Carmelo con el único ideal de vivir sola con Dios y para Dios?

Es costumbre en el Carmelo leer durante las comidas, y en aquellos días se estaba leyendo precisamente un libro sobre el Corazón de Jesús. Era una obra en tres tomos que la Madre buscaría años más tarde, para volver a leer aquello que tanta impresión le había hecho. Pero nunca pudo dar con ella. Hablaba mucho de la fidelidad a la gracia y decía que los que responden con generosidad a las inspiraciones divinas, tendrían como recompensa su nombre escrito en el Corazón de Jesús. En cambio, los que resisten a la gracia, los que no siguen sus inspiraciones serán arrancados para siempre de su Corazón adorable.

El Señor la urgía, la apremiaba. La Hermana Maravillas no pudo más y un día, después de comulgar prometió al Señor que al menos lo diría, consultaría con alguien que le diera luz.

¡Si tú le dejas!... Sí, le dejaría, aunque le costase la vida, aunque tuviese que sacrificarlo todo, aunque tuviera que renunciar al ideal de santidad oculta y escondida que tanto le atraía. Porque podía renunciar a todo. A todo menos a tener su nombre escrito en el Corazón de Jesús.

Las Constituciones de Santa Teresa no permiten a las monjas hablar unas con otras, si no es las que tienen algún oficio en la Comunidad. Según esto, la Hermana Maravillas, que a la sazón era ayudanta de la enfermería,

no podía hablar sin permiso especial, más que con la enfermera del convento, Hermana Rosario de Jesús.

Era ésta una religiosa ejemplar. Muy niña aún, había quedado huérfana y su madre, muy piadosa y devota del Sagrado Corazón, poco antes de morir, encomendó a su confesor, Padre Montaña, la educación de su hija. Este a su vez la entregó a las Hijas de San Francisco de Sales, donde pudo beber en su misma fuente las aguas de esta devoción.

Ambas religiosas, enfermera y ayudanta, tenían permiso para hablar con las enfermas.

Estaba a la sazón enferma la Madre María Josefa del Corazón de Jesús y a ella acudió la Hermana Maravillas con sus inquietudes, refiriéndole fielmente la lucha que estaba sosteniendo hacía ya tres meses.

Era la Madre María Josefa, como ya hemos dicho, un alma grande, que vibraba con toda idea noble y generosa y con toda obra de la que pudiera resultar mayor gloria de Dios. Conocía ella toda la grandeza de alma de su antigua novicia y quedó profundamente impresionada y convencida de que aquello no era el fruto de un fervor pasajero sino algo mucho más hondo y verdadero.

Alentó, pues, a la humilde Hermana Maravillas, que tan por entero se ponía en sus manos y la animó a seguir orando y esperando a que Dios le manifestara su voluntad de una manera más clara.

Cuál no sería su asombro y emoción cuando dos días después se le presentó su enfermera, la Hermana Rosario, y le contó cómo le había revelado el Señor su deseo de que en el Cerro de los Angeles se edificase un convento de Carmelitas donde un grupo de almas se inmolasen continuamente por su gloria.

Esta coincidencia dejó aún más convencida a la Madre María Josefa de que allí estaba la mano de Dios, pues las dos religiosas no se habían comunicado entre ellas, ni habían hablado para nada de este asunto. Desconfiadas de sí, decidieron consultar. Escribió, pues, la Hermana Maravillas al Padre López, S. J., y la Hermana Rosario al Padre Juan Tomás, Carmelita Descalzo, que había dado varias veces Ejercicios a la Comunidad.

La Madre María Josefa escribió al infatigable y santo apóstol del Corazón de Jesús, Padre Mateo Crawley. La respuesta de éste llegó el día 12 de octubre. Decía textualmente:

«Reverenda y buena Madre: Su carta ha hecho un largo viaje, pero ello vale la pena.

He aquí mi respuesta: ¡Sí, manos a la obra! Hace tiempo que yo mismo hice en España esta insinuación, es preciso que el Sagrado Corazón entronizado tenga una lámpara viva que adore, repare y ame en nombre de la Nación. ¿Y quién mejor que un monasterio de Carmelitas? No pierda Vuestra Reverencia tiempo, hable, busque apoyo, muévase y no se amilane con dificultades, pues las encontrará. No olvide que toda obra divina debe ser marcada con la cruz. Con ello, adelante, sí, realice cuanto antes dicho proyecto, la gloria y los deseos del Sagrado Corazón lo exigen».

El Padre López —con gran sorpresa de su antigua dirigida, que esperaba y casi deseaba un jarro de agua fría— contestó en seguida aprobando y bendiciendo el proyecto.

El Padre Juan Tomás escribió la siguiente carta que muestra a las claras el gran aprecio que hacía de la Hermana Maravillas:

«9 de octubre de 1923:

Jesús sea siempre en nuestras almas, mi amada Hermana Rosario: Acabo de recibir su carta. Estoy en las Adoratrices dando Ejercicios. Diga a la Hermana Maravillas que me escriba lo más detalladamente posible todo. Porque no podré ir tan pronto por ésa y deseo activar algo bueno para el Corazón de Jesús. Lo que me dice es todo verdad. Que me escriba Maravillas cuanto antes. Estoy de prisa. Otro día más largo».

La aprobación de estos religiosos infundió nuevos ánimos en los corazones de las tres Carmelitas de El Escorial y el deseo que tenían de empezar pronto esa inmolación que el Señor les pedía, les hizo saludar con alegría la cruz que el Padre Mateo les anunciaba y que ya empezaban a divisar.

Estaba entonces en Madrid en el apogeo de su popularidad el Padre Alfonso Torres, S. J., director de la Congregación de Caballeros del Pilar, entre los que ejercía un eficacísimo apostolado. Su predicación, a la que expresamente había despojado de todo artificio literario y científico, atraía a la iglesia de la calle de la Flor a una gran afluencia de fieles ávidos de escuchar su palabra que cautivaba no sólo por la solidez y profundidad de la doctrina netamente evangélica, sino por la belleza de la forma de la que no había logrado despojarla. En el confesonario y dirección espiritual su

apostolado se limitaba exclusivamente a los hombres. Tenía fama —y bien ganada— de que no quería nada con señoras y mucho menos con monjas.

Sólo una vez en la vida le había visto la Madre María Josefa, pero de tal manera le había impresionado la virtud y talento que dejaba entrever, que había pensado: «Si yo alguna vez tuviese que consultar algo, preguntaría a este Padre».

La Hermana Maravillas tampoco le conocía. Es decir, sí, le había saludado un día en la editorial Voluntad, que dirigía doña Catalina de Oriol y donde ella iba algunas veces a ayudarla. Fue una entrevista brevísima y nunca más le había vuelto a ver.

Hacerle ir a El Escorial no le parecía difícil, pues su hermano Alfonso pertenecía a la Congregación de Caballeros del Pilar y podría llevarle.

Escribió, pues, a su cuñada Adelaida, enviándole una carta de la Madre María Josefa para el Padre Torres y rogándole, en el caso de que el Padre accediera, que le arreglase el viaje.

Se alegró infinito doña Adelaida de que su marido tuviese tan buena ocasión para hablar con el Padre —pues sabía el provecho que se seguiría para su alma— e hizo todo cuanto le pedía la Hermana Maravillas.

Al día siguiente, 29 de octubre, el Padre Torres leía, entre asombrado y divertido, la carta de la Madre María Josefa. Con ella en la mano fue a llamar a la puerta de su superior y le dijo:

—Padre, es tan raro esto de que me llamen a mí unas monjas, que por lo raro del caso, creo debo ir. Como voy con Alfonso Pidal —añadió— no perderé del todo el tiempo.

Al día siguiente, 1 de noviembre, por la tarde, salieron camino de El Escorial. Alfonso dijo al Padre que mientras estaba con las monjas él iría a dar una vuelta.

—Bueno —dijo el Padre—, pero ven pronto, porque yo con estas monjas no sé de qué hablar.

Cerca de una hora estuvo Alfonso paseando por el Real Sitio. Con cierto temor de que el Padre le estuviera esperando emprendió de nuevo la subida al convento. Pero no había salido aún.

«No tardará mucho», pensó. Y se sentó en el coche a esperar. Pero pasaba el tiempo y el Padre no aparecía. Salió al fin y ya casi de noche emprendieron la vuelta a Madrid.

«Si llega a tener de qué hablar —diría Alfonso años más tarde—, no sé qué habría sido de mí.»

Mientras el pobre Alfonso se desesperaba fuera, el Padre Torres hablaba largo y tendido con la Madre María Josefa. Esta le puso al corriente de todo lo que les había sucedido en los últimos meses y de todo lo relativo a una posible fundación en el Cerro de los Angeles, de las posibilidades y de las contradicciones que temían. Y le habló también de la que había de ser el alma del nuevo Palomarcico: la Hermana Maravillas de Jesús.

Al final de la visita la Madre la mandó llamar: El Padre la acogió con una prudente reserva y la entrevista fue muy breve. Pero la mirada de lince del Padre captó lo que la profunda humildad de Hermana Maravillas trataba de ocultar.

—Pidan mucho —dijo— y hagan mucha penitencia para que el Señor nos dé luz. De todas maneras yo conozco mucho al señor Vicario de Madrid, somos como hermanos. Hablaré con él de este asunto y con el señor Obispo y les tendremos al corriente.

¿Quién será el Vicario General de Madrid?, se preguntaban con ansiedad las tres Carmelitas. Porque el Padre Torres parecía pensar que su opinión sería decisiva en este asunto. No tenían cómo enterarse ni podían hacer más que esperar pacientemente las ansiadas noticias.

No habían pasado muchos días cuando una noche en la recreación ocurrió algo inesperado.

La Madre Priora había recibido unas cartas pidiendo oraciones y las leía a las Hermanas. En una de ellas venía una estampa que, como muchas veces se hace en el Carmelo, pasó de mano en mano para que la vieran las Hermanas. Al llegar a la Hermana Maravillas la volvió maquinalmente y casi sin querer leyó al pie de la licencia eclesiástica: «El Vicario General, Antonio García.»

Una exclamación mal reprimida llama la atención de las que están más cerca.

— ¿Qué le pasa, Hermana Maravillas?

—Nada, nada, que este señor es de mi pueblo...

En efecto, recordaba la Hermana Maravillas haber oído hablar a su padre de aquel sacerdote, natural de Bullas, pueblo situado a pocos kilómetros de Carrascalejo.

Habían tenido que tratar algún asunto juntos y aunque no recordaba bien cómo habían ocurrido las cosas, comprendía que don Antonio no sería indiferente; o a favor o en contra de la proyectada fundación.

«Después de todo —pensaba—, así se verá la Voluntad de Dios.»

Porque «cuando está uno cierto de hacer lo que Dios quiere —escribiría algunos años después—da muy distinta fortaleza para sufrir lo que venga».

Al día siguiente el Padre Torres iba a visitar a su amigo el Vicario General de Madrid. Este le recibió afectuosamente, pues habían estudiado juntos en el Colegio Español en Roma y se querían como hermanos. El Padre no podía disimular lo impresionado que estaba con la visita del día anterior. Don Antonio escuchó con atención su relato y el proyecto de las monjas, que a primera vista le pareció irrealizable. El Padre estaba de acuerdo; unas monjas solas allí en un sitio tan apartado, ¡era un disparate!

Cambió la conversación, que prosiguió un rato sobre otros temas relacionados con la vida apostólica de la Diócesis y antes de despedirse uno de ellos dijo:

—No sé..., pero no me parece dejar así eso de las monjas.

—A mí tampoco, puede ser una cosa de Dios.

— ¿Qué hacemos?

— ¿Se lo decimos al señor Obispo?

—No le va a parecer.

Al fin decidieron decírselo.

Don Leopoldo Eijo y Garay, Obispo de Madrid-Alcalá, se entusiasmó con el proyecto. ¡El Cerro de los Angeles! ¡Si era una de sus mayores preocupaciones!

Y ahora le parecía ver realizado su sueño. «¡Hijas de Santa Teresa en el Cerro de los Angeles! —repetía entusiasmado—. ¡Cómo no voy a querer! Aquí está la mano de Dios.»

Para asegurarse más, quiso que los tres hicieran una novena de misas al Espíritu Santo.

El último día se volvieron a reunir. Los tres veían con toda claridad que Dios lo quería.

Capítulo 10

Hilo por hilo

Mientras tanto las tres Carmelitas de El Escorial cumplían el consejo que se les había dado: «Rueguen mucho y hagan mucha penitencia.»

Sabemos por los testigos de la época que la entonces Hermana Maravillas no se contentaba con las dos horas de oración que prescribe la Regla del Carmen, sino que con permiso dedicaba a ella algunas horas de la noche. Hay en el convento de El Escorial una pequeña tribuna que sabe mucho de lo que pasaba entre Dios y su alma.

De sus penitencias de este tiempo hay pruebas certísimas de que fueron muchas y duras.

Sólo la convicción de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios sostenía a la Hermana Maravillas para no abandonar una empresa que le parecía irrealizable y superior a sus fuerzas.

El señor Obispo de Madrid se había entusiasmado con la idea de llevar el Carmelo al Cerro de los Angeles, pero no había podido aún dar su aprobación de manera oficial y definitiva.

Estaba terminando el año 23 y el único paso que se había dado había sido hablar con la Marquesa de Pidal y darle cuenta del proyecto. Esta buenísima señora, a pesar de sus años y de su delicada salud se había ofrecido incondicionalmente para ayudar a su hija en todo. ¡Lo que es una madre! ¡Y lo que es Dios cuando se le entrega lo más querido! Renunció generosamente a ella y al hacerlo dio un alma santa a la Iglesia y a la Orden de la Virgen.

El Padre Torres no se había olvidado de aquellas Carmelitas con «las que no sabía de qué hablar» y a primeros de enero volvió a visitarlas. Esta vez las noticias no fueron muy consoladoras. Se habían presentado algunas dificultades y tropiezos que retrasaban la Fundación. No se desalentaron por eso, sino que redoblaron sus oraciones y penitencias esperando contra toda esperanza.

Se encomendaban especialmente a Santa Teresita (Beata aún) que las ayudaba en todo de una manera extraordinaria, dejando caer sobre ellas sus gracias abundantemente.

Una vez hubo necesidad de enviar una carta urgente al Obispado. Era un día de invierno en que la nieve no había cesado de caer y parecía imposible que nadie pudiese llegar al torno.

«Teresita, yo te bendigo desde la tierra, bendíceme tú desde el cielo.» Era la oración confiada.

En el mismo momento llaman al torno. Es la Marquesa de Pidal que viene a ver a su hija.

Estos «milagros» sencillos y caseros no sólo las sacaban de apuros sino que aumentaban su confianza en el Señor y les animaban a seguir adelante.

Otros favores de más trascendencia para el logro de sus deseos les hizo por entonces la Florecilla de Lisieux.

Aquel año dio Ejercicios Espirituales a la Comunidad el Padre Narciso de San José, Carmelita Descalzo.

El fervor y unción con que el Padre les había hablado y el espíritu de Dios que se adivinaba en él, les movió a hablarles de su proyecto.

Aquel santo varón se entusiasmó con la idea y aunque no se le ocultaban las muchas dificultades que se le presentarían la aprobó y les animó a seguir adelante.

Ocurría esto en Cuaresma de 1924 y en Pascua, según la antigua costumbre de la Orden tenía lugar el Capítulo Provincial. Durante tres días la Comunidad había encomendado a Dios el éxito del Capítulo, es decir, que la elección de Provincial recayese sobre el sujeto más digno y con más espíritu para ejercer dicho cargo. El lunes siguiente entró la Madre Priora en el lavadero a dar la noticia:

«¡Hermanas, tenemos Provincial! ¡El Padre Narciso de San José!»

A la Hermana Maravillas le dio un vuelco el corazón y tampoco esta vez pudo reprimir una exclamación de alegría. Es que con esto se le quitaba en parte una gran preocupación. Se había esparcido el falso rumor de que la Fundación se hacía a espaldas de la Orden, que iban a dejar de ser Carmelitas y esto era una cosa por la que no podía ni quería pasar. Antes que dejar de ser Carmelita renunciaría a todas las fundaciones del mundo. Ahora con la aprobación de su Padre Provincial ya tenía todo cuanto deseaba.

Además había escrito sobre esto al Padre Silverio de Santa Teresa y éste le había contestado diciendo que por su parte no sólo aprobaba y bendecía la Fundación, sino que deseaba vivamente que su hermana, novicia en el Carmelo de El Escorial, fuese una de las fundadoras.

Era la Hermana Josefina de Santa Teresa el prototipo de la novicia Carmelita Descalza. Última hija de una familia castellana que había dado siete hijos a la Orden de la Virgen no se quedó atrás en honrar su santo hábito.

Humildísima. Era un ejemplo de sumisión. Para ella «no había nada como el Carmelo»[28].

Desde que puso los pies en el noviciado tomó como modelo a la Hermana Maravillas. Sus virtudes, que supo penetrar y mirar, suscitaron en ella una veneración y amor que acompañarían toda su vida. No sabía nada la Hermana Josefina de los proyectos de su connovicia, ni los sospechaba, hasta que empezó a llamarle la atención las repetidas veces que la Hermana Maravillas (en los días en que podían hablar) le decía: «Pida por una intención de mucha gloria de Dios.»

Al fin un día le preguntó:

—Si se hiciera una fundación en el Cerro de los Angeles, ¿querría ir?

Sin dudar un momento contestó que iría entusiasmada. La Hermana Maravillas le dijo que había que consultarlo con su hermano el Padre Silverio de Santa Teresa, Carmelita Descalzo, y esto tampoco le preocupó nada. De su hermano estaba ella segura. Si la había mandado entrar en El Escorial «porque allí está Maravillas», ¿cómo iba a querer ahora que se separasen?

La Hermana Maravillas le hacía algunas veces durante el recreo preguntas como ésta: ¿le gusta viajar?, ¿se marea en coche? Con esto comprendía que seguían pensando en ella y se quedaba tranquila. Pocos días antes de salir recibía de su hermano esta simpática tarjeta.

«Fray Silverio de Santa Teresa, O. C. D. Saluda a la Hermana Josefina y espera que estará en todo momento a la altura de las circunstancias y será digna hija de la Madre que le ha tocado en suerte tener».

---

[28] Era como un estribillo que repetía con frecuencia. Hasta se lo dijo a un miliciano cuando, durante la guerra, les hicieron un registro en el piso de la calle de Claudio Coello; él la miraba atónito.

Mientras tanto, el día 22 de febrero se había presentado el Padre Torres con la alegre noticia de que el señor Obispo aprobaba y aceptaba la Fundación. Al mismo tiempo, la Hermana Maravillas recibía amplias licencias para llevarla a cabo empleando para ello los bienes a que había de renunciar al hacer la Profesión Solemne.

Pero estaba todo por hacer. Faltaba sobre todo una persona que se ocupara de todo, con interés y eficacia. Un Padre Carmelita habría sido el ideal. Redoblaron sus súplicas al Cielo. Y un día visitó la Comunidad el Padre Epifanio del Santísimo Sacramento, Carmelita Descalzo.

La Hermana Maravillas procuraba siempre quedarse a la sombra y dejaba a las otras dos Madres que llevasen la iniciativa, sin embargo aquella tarde, sin poderlo remediar, le entró un vivo deseo de consultar al Padre Epifanio. Pero no hizo nada por verle. Apenas acabó la visita preguntó a la Madre María Josefa si le había dicho algo de este asunto. La Madre se había quedado con pena de no hacerlo, pero cuando se dio cuenta era ya tarde.

«Vamos a encomendarlo a Teresita —dijeron —y si es cosa de Dios nos lo arreglará.»

Habría pasado poco más de una hora cuando llamaron a la portería... ¡El Padre Epifanio había perdido el tren y tenía que pasar allí la noche!

Pidió entonces permiso la Madre María Josefa para hablar con él y le dio cuenta de sus proyectos. Aquel alma grande los acogió con el mayor entusiasmo. Y se ofreció incondicionalmente para todo. El hablaría con el Obispo y el Vicario. Se ocuparía de buscar una casa en Getafe, donde podrían estar mientras se edificaba el convento del Cerro. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que aquella Fundación tan cerca de Madrid pudiese mermar limosnas a la de los Padres en la plaza de España, que todavía pesaba sobre sus espaldas como una carga abrumadora. También se ocuparía de pedir los permisos y todo lo necesario.

Esta visita fue verdaderamente providencial.

La Marquesa de Pidal se había prestado incondicionalmente a ayudar a su hija en todo, pero tenía ya muchos años, estaba enferma y no podía hacer cuanto quisiera. El tiempo pasaba deprisa, se echaba encima el mes de mayo y con él la Profesión Solemne de la Hermana Maravillas que debía ser el día 7. Para esta fecha tenía que estar todo concluido y no tenían ni casa.

Los dos últimos meses fueron de intenso trabajo y de mu chas emociones. Ya el Padre Epifanio se había puesto en comunicación con el Vicario y el Obispo y a fines de abril alquilaba una casita en Getafe.

El 10 de mayo subió don Leopoldo al Cerro de los Angeles y estuvo estudiando dónde sería mejor emplazar el convento. Al bajar, entró en Getafe, era ya de noche y a la luz de una vela estuvo viendo la casa alquilada. Vuelto a su casa y robando tiempo al sueño, trazó él mismo un planito que envió con ilusión a El Escorial. En la misma carta decía:

«Al visitar la casa de Getafe, me parecía estar no ya leyendo, sino viviendo el libro de las Fundaciones» “,

También el Padre Silverio desde Burgos, escribía a la Hermana Maravillas:

«Creo que cuando se sepa que una Comunidad de Carmelitas Descalzas funda en el Cerro de los Angeles va a causar excelente impresión entre los buenos católicos de toda España»

Y la Santa Sede formulaba la licencia, no en términos escuetos como se acostumbra en estos casos, sino bendiciendo la empresa con la mayor complacencia. Decía así:

Su Santidad, altamente complacido de la bella iniciativa, ha concedido de todo corazón la implorada facultad y se ha dignado bendecir a Monseñor Eijo, Obispo de Madrid, y a todos aquellos que prestaran su actividad en la realización de la proyectada obra».

Todo esto les daría fuerzas para los trabajos que les esperaban.

El 7 de mayo renovó la Hermana Maravillas sus votos temporales y lo que podía haber sido una alegre fiesta fue un momento doloroso para todas. Nada parece más natural que la Comunidad sintiese hondamente la pérdida de cuatro Hermanas queridísimas y, sobre todo, de aquella novicia incomparable con la que tantas ilusiones se habían hecho.

Pareció mejor a los Superiores no prolongar más tiempo aquella situación y fijaron la partida para el día 19. A las tres de la tarde llegaba el Padre Epifanio con los hermanos de la Madre María Josefa, de la Hermana Maravillas y algunas otras personas.

Con profunda pena salió la Hermana Maravillas de aquel palomarcico, donde dio los primeros pasos de su vida religiosa, donde tan feliz había sido y que ahora tenía que dejar para seguir el camino que Dios le había preparado desde toda la eternidad.

¡Qué consuelo habría sido para las que en él quedaban, si corriendo el velo del porvenir hubiesen podido ver el día en que, a una llamada suya, aquella novicia de la que se separaban con lágrimas, había de volver a su casa con los brazos y el corazón abiertos de par en par!

* * *

Ahora vamos a tratar de adentrarnos un poco en su interior.

Lo único que en vida de la Madre sus hijas habían logrado sonsacarla, cuando se hablaba de esta Fundación, era que el Señor se lo pedía «a gritos».

En esa misteriosa historia que es la vida de unión con Dios, hay siempre un secreto que sólo El y el alma conocen. Cuanto más íntima es la unión, más hondo es el secreto, y cuanto más tiempo ha permanecido encerrado, es mayor su fragancia al descubrirse. Que en la vida de la Madre existe ese secreto, no se puede dudar, pues ella misma lo ha dicho.

En una carta que escribe al Cerro de los Angeles un 19 de mayo, leemos:

«No debía de escribir, que no tengo tiempo, pero ¿quién deja de ponerles hoy unas letritas para que se acuerden de que en tal día como hoy quiso el Corazón Divino llevar a sus Carmelitas a ese Cerro Santo hace veintiocho años ya?... ¡Cuántos recuerdos, cuántas personas de aquellas hay en el cielo y todas, qué dentro las llevamos del corazón!...»

Después, como si temiera expansionarse demasiado, o que se le escapara algo que debe permanecer oculto, añade disimulando con gracia:

«Bueno, mejor que me calle... Mi secreto para mí».

Algunos rayos de luz iluminan estas sombras. El primero y principal es una relación, escrita por la Hermana Rosario de Jesús, sobre los orígenes de la fundación del Cerro.

¿Cuándo se escribió esta relación? Pensamos que la Madre María Josefa del Corazón de Jesús, que presidió la Comunidad del Cerro como Priora durante dos años, pudo mandar o dejar a la Hermana Rosario que escribiese todo lo sucedido en esta fundación.

Dos años después, siendo ya Priora la Madre Maravillas, el Padre Silverio le manifiesta su deseo de que quede todo consignado y te escribe:

«No dejen de escribir para el archivo del convento una relación extensa y detallada».

¿Cómo y cuándo se encontró esta relación?

Cuatro meses después de la muerte de la Madre Maravillas, buscando las monjas del Cerro en el archivo unos papeles, tropiezan con una carpeta que no conocían y al abrirla ven que es una relación de la fundación del convento del Cerro, con cartas de personas que intervinieron en ella: señor Obispo de Madrid, señor Vicario, Padre Silverio de Santa Teresa, OCD, Padre Mateo Crawley, SS. CC., y Padre López, S. J.

Lo que no comprenden es cómo ha podido aparecer esto allí. Porque después de la guerra quedaba sólo del convento las cuatro paredes habiendo desaparecido, por tanto, el archivo *en su totalidad*.

La única explicación aceptable es que entre las cosas que la Madre Maravillas mandó a personas amigas ante los peligros que se preveían, mandase también esta carpeta que nadie conocía más que ella.

O, quizá, que entre las cosas que sacaron del Cerro los milicianos y que llevaron a Getafe, donde todo quedó repartido entre las Ursulinas, las Nazarenas y dos guardamuebles, fuera, de casualidad, esa carpeta.

Ninguna de las monjas de ese tiempo tenían noticia de dicha relación.

En algunas hojas se ven varios trozos recortados con tijera. Las dos primeras páginas tienen unas tachaduras, pero se lee perfectamente lo que sigue:

«Por junio del año 1923 el Sagrado Corazón de Jesús inspiró a una religiosa, la Hermana Maravillas de Jesús, Carmelita Descalza en el convento de El Escorial, la idea de fundar un convento en el Cerro de los Angeles, con el fin de acompañar al Corazón Divino en su soledad y de pedir e inmolarse por la salvación de las almas, especialmente por la salvación de nuestra España querida»

El día 6 de septiembre del mismo año, el Corazón Divino inspiró a otra religiosa, cómo desearía que para prepararse a la renovación de Votos el 14 de septiembre, se retirase en espíritu al Cerro de los Angeles y que allí acompañase a su Corazón tan solo y abandonado y al mismo tiempo le dio a entender cómo quería que en este retiro la acompañase la Hermana Maravillas y que se lo dijese. El día 12 del mismo mes. Jesús se manifestó de nuevo a esa religiosa y después de una suave reprensión porque se había distraído, le reveló cómo desearía que en el Cerro de los Angeles le edificasen un Monasterio de Nuestra Orden y le dijo entre otras cosas: «Porque quiero que tú y esa otra religiosa os inmoléis continuamente por la gloria de mi Divino Corazón.»

Dentro de esta relación se encuentra también un papel, con el sello de la Comunidad, en el que se lee:

«El Cerro se representó: Aquí quiero que tú y esas otras almas escogidas de mi Corazón, me hagáis una casa en que tenga mis delicias. Mi Corazón necesita ser consolado y este Carmelo quiero que sea el bálsamo que cure las heridas que me abren los pecadores, España se salvará por la oración»

Cuando el 11 de mayo del 31, el señor Obispo les manda salir del convento, la Madre sale pero se queda en el Cerro con dos Hermanas más. No puede abandonar al Corazón Divino. Cuando en 1936 queda vacío el Sagrario del Cerro de los Angeles y el Monumento cae derribado sacrílegamente, la Madre dice a sus hijas.

«Ya no tenemos nada que hacer aquí».

Al comenzar el año 1939 entrevé la posibilidad todavía lejana de poder volver al Cerro, se apresura en ser la primera que llegue, se instala allí entre mil incomodidades y peligros confiada solo en la Providencia de Dios. Y no está tranquila hasta que no tiene el Cerro un Sagrario. Un Sagrario y una lamparita.

En los gravísimos momentos que atraviesa España en 1943, cuando parece imposible conservar la neutralidad ante la gran conflagración europea, escribe a las Batuecas:

«Siempre se me olvida decirles que si somos mártires VV. CC. tienen que venir aquí, por lo menos unas cuantas, a rehacer este Carmelo»

Cuando en 1944. Dios se lo pide todo y sale del Cerro para la fundación de Mancera de Abajo, escribe a una de sus hijas:

«... yo estoy muy feliz también en Mancera. Esta soledad es especial, porque es alejamiento de todo, hace bien al alma, pero le confieso que lo estoy porque están mis hijas ahí. Si no... nunca, al menos por mi voluntad, hubiese dejado ese lugar santo...»

En las cuentas de conciencia que dirige a sus directores, único dato cierto que tenemos para conocer sus íntimas relaciones con Dios, dice que en cierta ocasión había tenido luces especiales sobre estas palabras de la Sagrada Escritura: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.» Citemos sus propias palabras:

«Me parecía también entender que muchas de estas luces no me las daba sólo para mí sino para poder guiar a mis hermanas y recuerdo especialmente sobre aquello de ‘Mis delicias son estar con los hijos de los

hombres' como si quisiera que le procurase estas delicias ocupándome de las almas y ofreciéndome por ellas»

¿Ocurrió esto sólo una vez o se repite en años posteriores?

La respuesta está clara en este billete dirigido al Padre Florencio. Carmelita Descalzo:

«Como sobre aquello de Mis delicias son estar con los hijos de los hombres', recibí yo hace algunos años una gracia del Señor, siempre que oigo estas palabras me hacen dentro operación recordando todo aquello y ayer fue esto de una manera especial que me dejó luego completamente cambiada de cómo hasta entonces estuve»

A la luz de estas comunicaciones divinas nos parece comprender algo más ese secreto de que hemos hablado.

Y en carta escrita en el primer aniversario de la Fundación de las Batuecas se ve mejor aún estos dos deseos que tan en el corazón llevaba:

«La verdad es que de qué modo nos ha unido a todas el Señor. ¡No cabe más en la tierra! y por eso ha tenido que agradarle el sacrificio de la separación que todas hemos hecho sólo por su amor, pero contentísimas de ofrecérselo. Cómo consuela pensar que por este pequeño sacrificio, pues por El todo es pequeño aunque cueste sangre del corazón, *tiene una casa más donde tener sus delicias,* perdida entre esos montes y valles donde otras almas se acogen para vivir sólo para El... Esto no podría hacerse sin nuestra separación, sí, habíamos de ser nosotras las que tuviéramos la dicha de dárselo, puesto que este Cerro santo no había de quedarse sin las Carmelitas que quiso el Señor junto a El».

Capítulo 11

La lamparita

Cuando aquella noche las cuatro fundadoras se encontraron solas en su casita de Getafe estaban rendidas.

Aquel día 19 de mayo había estado cargado de emociones. La noche anterior —y aun otras muchas— no había sido buena ni muy a propósito para el descanso.

Dejar aquella casa donde tantas gracias habían recibido, aquellas Madres y Hermanas que tanto querían, estar viendo lo mucho que les costaba también a ellas su marcha. Sentimientos encontrados, porque por otro lado era grande la alegría de ver aquellos deseos suyos, o más bien, aquella urgente petición del Señor hecha ya una realidad... ¡Tantas cosas!

Se agolpaban a su memoria todos los acontecimientos de aquel día y las cuatro descalzas los comentaban antes de retirarse a descansar.

Dice así la relación de la Hermana Rosario, una de las cuatro que salieron de El Escorial para esta fundación:

«A las tres y cuarto salíamos del Carmelo, en la puerta nos esperaban varias personas que con cariño nos abrazaban, fueron a buscarnos el señor Marqués de Pidal hermano de la Hermana Maravillas con su señora, el Padre Epifanio, la Duquesa de la Conquista y la señorita Angela Santa Cruz, hermana de la Madre María Josefa. Había dos autos, en uno que guiaba el señor Marqués iba el Padre Epifanio, la cuñada de Hermana Maravillas, la Duquesa de la Conquista y Hermana Maravillas. En el otro la señorita Angela Santa Cruz, Madre María Josefa, Hermana Rosario y Hermana Josefina.

Se emprendió la marcha, a la mitad del camino la Madre María Josefa se mareó y tuvimos que parar un rato. El otro auto que iba mucho más deprisa tuvo que esperar más de media hora, el paisaje no ofrecía nada de particular, estaba nublado y llovió algo. En no sé dónde, era algo de autos, nos paramos y compraron una botella de agua y un vaso para tomar unos sellos, pues no íbamos muy famosas, nos habíamos mareado. En un sitio cerca ya de Madrid nos volvimos a juntar los dos autos y supimos que

llevaban una imagen del Corazón de Jesús que querían entrásemos con ella en el Cerro.

Después de pasar Madrid nos mandaron pasar a un auto las cuatro solas con la imagen del Corazón de Jesús en medio. Cuando volvimos a marchar empezó una tormenta atroz y a llover, el diablo rabiaba. Cerca ya del Cerro de los Angeles nos pusimos las capas blancas y cuando ya se divisaba la imagen del Corazón de Cristo Redentor vimos aparecer el arco iris. Era el signo de paz que Jesús nos manifestaba en medio de las tribulaciones que acabábamos de pasar y de las que nos esperaban en adelante. En medio de nuestro entusiasmo empezamos a cantar el Corazón Santo.

En el Cerro nos esperaban nuestro señor Obispo, la Marquesa viuda de Pidal, el Padre Torres, nuestro Padre Provincial y algunos otros Padres, don Antonio García y algunas otras personas amigas. Cuando divisaron los autos nos empezaron a saludar con los pañuelos.

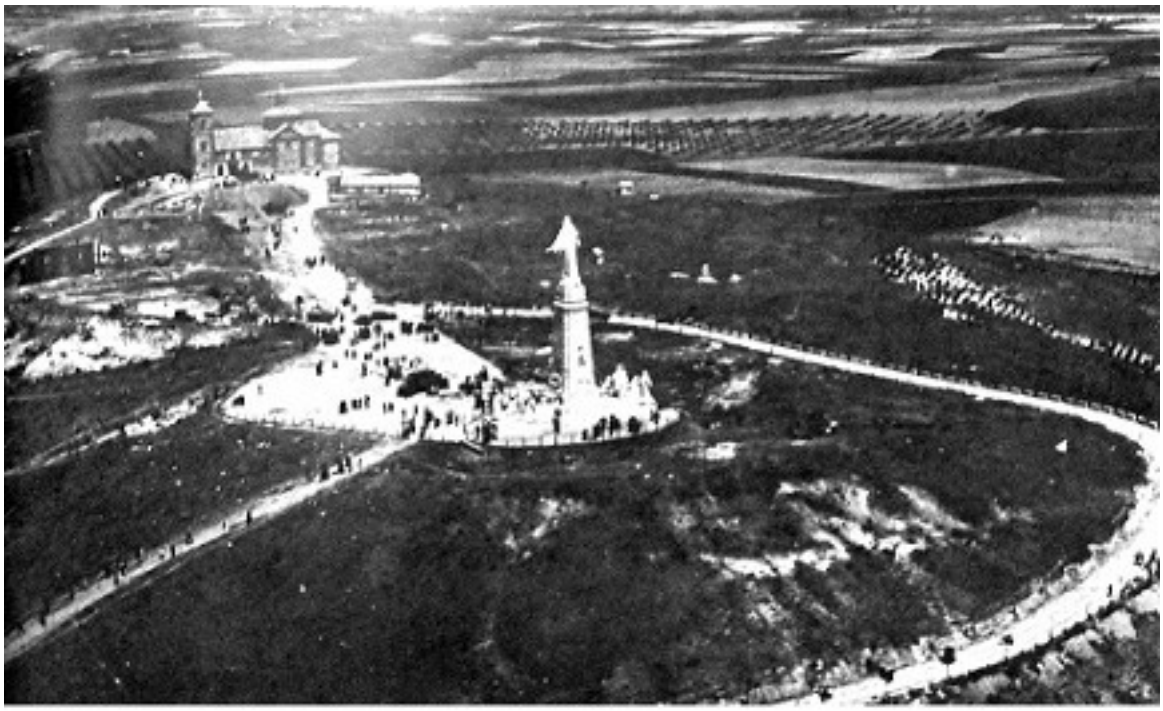
Una vez en el Cerro el señor Obispo nos llevó ante el Monumento en donde postradas oramos por unos momentos. El silencio reinaba a nuestro alrededor y elevaba nuestra alma sobre todas las cosas criadas.

Acabada la oración, estuvimos viendo todo el Monumento y no fue pequeña nuestra admiración al encontrarnos con una preciosa imagen de la Beata Teresita rodeada de rosas. La lluvia de rosas se había extendido por toda la escalinata del Monumento. Nuestro señor Obispo nos llevó a la ermita de Nuestra Señora de los Angeles. Entramos en ella y oramos ante la Imagen milagrosa. El señor Obispo entonó el *Te Deum* que cantamos acompañadas de nuestros Padres, sobre todo del Padre Epifanio. Gracias a ellos que si no, no sé qué hubiera salido.

Después nuestro Prelado nos dirigió la palabra, palabras que nunca olvidaremos. Nos dijo:

> ‘La función principal del Obispo es la pontifical, esto es, ofrecer la Víctima del Altar en la patena, yo os ofrezco ahora a vosotras como víctimas de España, en la patena purísima de Nuestra Señora de los Angeles. Que vuestras oraciones desciendan sobre todo el pueblo español, sobre los que en estos momentos os acompañamos y nos unimos a los sentimientos de vuestro corazón.
>
> Su Santidad se ha manifestado sumamente complacido al saber esta fundación y dado su licencia con todo su corazón concediendo una bendición especial a todos los que en cualquier forma cooperen a ella.

Ahora vosotras Inaugurad vuestro oficio de custodias y camareras de Nuestra Señora de los Angeles adornando de flores su altar.



Vista del Cerro y ermita sin el convento

Para este fin había unos cestos con rosas con las que adornamos el altar. Después de adornado, nuestro excelentísimo Prelado dio la bendición.

Todos se desvivían por obsequiarnos sobre todo el Padre Torres y don Antonio García que rebosaban satisfacción.

Volvimos a subir a los autos, estaba lloviendo y nos dirigimos a Getafe a la casita que nos tenían preparada. La entrada y toda la escalera estaban cubierta de rosas.

Entramos en la capillita, que gracias a la generosidad y solicitud de la Marquesa viuda de Pidal, nos habían arreglado, nos arrodillamos y rezamos por todos nuestros bienhechores. El señor Obispo nos fue enseñando toda la casa, los jergones, puestos en el suelo, pues no habían llegado las tarimas, estaban también cubiertos de flores, se ocupó mucho de que no nos faltase nada, hasta de que no nos faltase luz, pues no quiso marcharse hasta que quedó arreglada. El señor Alcalde y señor Delegado Gubernativo estuvieron muy atentos, el primero nos dijo que un sereno nos vigilaría de día y de noche y que estuviéramos tranquilas. Ya era muy tarde».

Parece vivirse una página de las Fundaciones. Estaba allí la sombra de la Santa Fundadora y hasta podía oírse su voz diciendo: «Cierto, mis hijas, cuando considero lo ocurrido en esta Fundación me espantan las trazas de Dios».

Primitivo estado del Cerro al hacer su fundación la M. Maravillas

Era ya tarde cuando se marchó la gente y el señor Obispo se despidió con gran cariño diciéndoles: «¡Trabajo les queda a ustedes para limpiar todo esto!» Pero eso, ¡qué importaba! Se sentían felices limpiando aquella pobre casita donde al día siguiente iba a bajar el Señor por primera vez.

Apenas se quedaron solas, se pusieron unas a limpiar, otras a arreglar la capilla y a preparar algo para comer.

Escribe Santa Teresa que lo primero que procuraba para sus conventicos era paja, para tener dónde dormir, así habían hecho también sus hijas[29]. Se habían venido «sin blanca» pero con cuatro jergones de paja y dos mantas que era todo su haber. ¿Para qué querían más? Clavaron una tabla sobre un taburete y sentadas alrededor de aquella improvisada mesa se pusieron a tomar su austera refección. Lo que había querido ser una sopa no era más que un poco de pan mojado en agua caliente, pero debió de saberles a gloria por el deseo que tenían de carecer hasta de lo más necesario, para más imitar a Jesucristo pobre.

Mientras cenaban, un grupo de chiquillos al pie de su ventana prorrumpían en vivas a las Carmelitas y al Corazón de Jesús. Getafe recibía con cariño a las Carmelitas.

---

[29] «Encerrémonos en una pieza adonde estaba paja que era lo primero que yo proveía para fundar la casa, porque teniéndola no nos faltaba cama». *Fundaciones*, cap. XIX-4.

Dice Santa Teresa en la fundación de Toledo que oyó decir a un niño que entraba en la recién estrenada iglesia: «¡Alabado sea Dios y qué bonito está esto!» Dijo entonces la Santa que por sola aquella alabanza salida del alma de un niño inocente daba por bien empleados todos los trabajos pasados en aquella Fundación[30].

Verdaderamente había allí motivos de alabar a Dios por tantas misericordias.

Estaban todas cansadísimas. La Madre María Josefa cayó en su jergón como en un colchón de plumas, tapada con una de las dos únicas mantas que tenían y se entregó al descanso del que estaba tan necesitada. Otro tanto hizo la Hermana Josefina. La Hermana Maravillas no podía descansar y la Hermana Rosario compartió en gran parte su vigilia.

Es que además, no tenían reloj y pensaba la Hermana Maravillas que si se acostaba se dormiría profundamente. Al día siguiente no amanecerían y a las ocho llegaba el señor Obispo para decirles la Misa. ¡Imposible dormir!

En el silencio de la noche se oyeron las doce en la torre de Santa María Magdalena. Menos mal, con eso se podría orientar.

Pasó la noche acostándose y levantándose para asomarse a la ventana a ver si oía la hora.

Esta primera noche de la Hermana Maravillas en su primera Fundación había de inaugurar la serie de velas nocturnas que ya nunca dejaría.

Al fin se levantaron a tiempo para cambiar el altar a otro cuarto, hacer la oración y rezar por primera vez las Horas del Oficio Divino en aquel improvisado conventico donde no echaban de menos más que al Señor en el Sagrario.

A las ocho llegó el señor Obispo y celebró la Misa. No asistió nadie más que las cuatro Carmelitas, don Amador, el familiar de don Leopoldo y una señora de Madrid que había venido con ellos.

---

[30] «Que en medio de las turbaciones y consuelos de aquel día, le dio el Señor a nuestra gloriosa Madre uno muy crecido por medio de un niño, que estando en la Iglesia y viéndola aseada dijo en voz alta: ¡Bendito sea Dios y qué lindo está esto! Llenó tanto aquel enamorado corazón esta alabanza de su Esposo por boca de un ángel que dijo a sus compañeras: 'Por sólo este acto de gloría de Dios que ha hecho este angélico, doy por bien empleado el trabajo de esta fundación'.» Padre Silverio.de Santa Teresa. Historia del Carmen Descalzo, libro III, cap. IX.

La ceremonia pasó desapercibida a los ojos del mundo. No la recogieron los periódicos como la llegada al Cerro o la primera piedra, no se consignó detalladamente en ninguna relación. Pero quedó grabada en el corazón de las cuatro Descalzas y también en el Corazón de Jesús.

Terminada la Misa, en un momento que el Obispo no podía oírle, les dijo don Amador que solía desayunar huevos fritos. La única que los sabía hacer bien era la Madre María Josefa y precisamente ella y la Hermana Rosario tenían que estar haciéndole la visita. La Hermana Josefina llena de admiración por su connovicia, se contentaba con mirarla, segura de que sacaría los huevos fritos de donde fuera.

La Hermana Maravillas en su vida se había visto en otra... ¡Al fin salieron los huevos!, que tuvieron que servir a don Leopoldo en el mismo plato de la taza de café porque no tenían más.

El cuidado de la providencia que les enviaba el sustento de cada día sin procurarlo ni pedirlo llenaba de fervor y de alegría a estas Carmelitas que no habrían cambiado su pobreza por todos los tesoros del mundo.

Los primeros días la Marquesa de Pidal les mandaba a María, la antigua doncella de su hija, con la cena ya hecha. «Con esto —dice la relación —no teníamos que guisar.» No sabemos si es que al medio día no comían o si, lo que parece más probable, con lo que les llevaba para cenar tenían para las dos veces. El caso es que agradecieron mucho esto, pues como estaban sin clausura, la casa se les llenaba de gente y no tenían tiempo para nada.

El día 24, aprovechando un rato que las dejaron solas hicieron la votación para admitir a la Profesión Solemne a la Hermana Maravillas. Tuvo a su favor todos los votos, que eran dos, pues la Hermana Josefina no era aún Profesa solemne.

La que había sido el alma de toda esta obra de Dios no era aún más que una humilde novicia y mientras todos vislumbraban en ella a la futura Priora de la fundación, a ella no se le pasaba por la cabeza.

El día 30 hizo su Profesión Solemne.

De esta Profesión, la primera consagración a Dios en el Carmelo del Cerro, sabemos muy poco. Se la dio el Padre Provincial de los Carmelitas Descalzos y predicó el Padre Juan Vicente, OCD. Lo demás, lo de dentro, sólo lo sabremos en el cielo. Si la medida del amor son los deseos, podemos suponer cómo habría crecido el amor en un corazón que desde hacía tantos años deseaba ardientemente entregarse a Dios hasta la muerte.

Puestas las manos sobre la Regla y Constituciones de la Orden que tiene en las suyas su Priora, profesa obediencia, pobreza y castidad en la Orden del Carmen Descalzo hasta la muerte.

Y así lo vivió: hasta la muerte, hasta el último instante de su larga vida.

Escribirá después a una de sus hijas el día de su Profesión Solemne:

»No olvide nunca, hija mía, el compromiso de amor eterno sellado hoy.»

Ella vivió este «compromiso de amor» con una fidelidad que no conoció lagunas ni medianías.

Aquella lámpara que se había encendido ante el Sagrario de la casita de Getafe ya no se apagaría más, mientras Jesucristo tuviera allí su trono.

Y la Madre Maravillas cantará eternamente las misericordias del Señor.

Capítulo 12

En este Cerro bendito

Había mucho que hacer en la casita de Getafe, donde estaban mientras se hacía el convento en el Cerro.

La Madre María Josefa y la Hermana Rosarlo tenían bastante con atender a la gente, resolver las dificultades que naturalmente se presentan en una Fundación y decidir y solucionar todo lo relativo al emplazamiento y edificación del nuevo Convento.

Del trabajo material, limpieza de la casa, cocina, lavado, sacristía, etc., se ocupaban sobre todo las dos Hermanas más jóvenes, que tenían que atenderlo sin dejar de asistir a los actos de Comunidad, ni quitar un minuto a las horas destinadas a la oración, rezo del Oficio Divino y demás ejercicios espirituales.

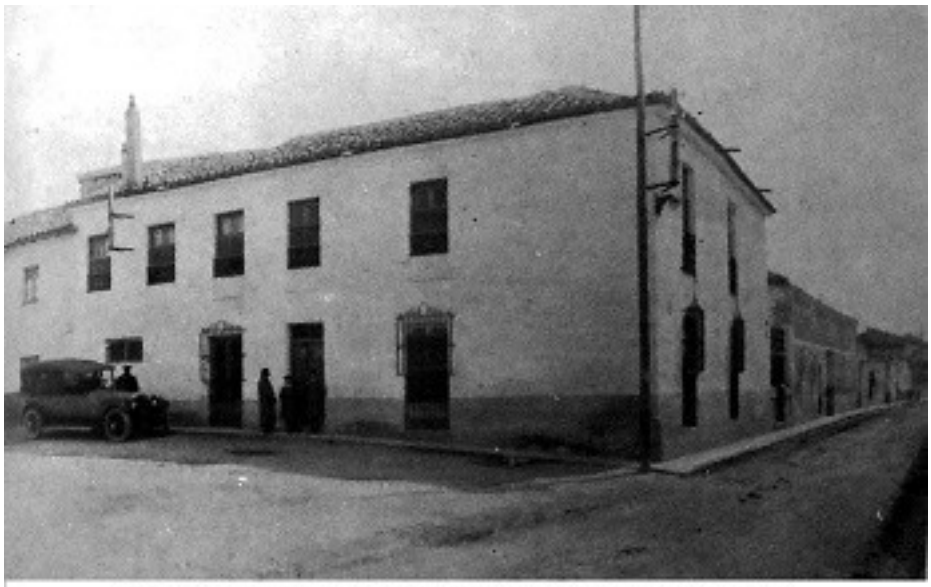
La Hermana Maravillas estaba feliz. El trabajo no la asustaba. Sin embargo en las fundaciones que hizo después, acordándose de los apuros que aquí pasaron nunca quiso empezar con tan pocas monjas.

El mes de junio se pasó en arreglar la casa y acomodarla a las necesidades de un Carmelo. El día 2, el inquilino de abajo que estaba tan poco inclinado a acceder a sus deseos, les dejaba el piso libre. Lejos de enfadarse, como parecía, quedó amiguísimo de las monjas. Ellas le compraron una mesa y un reloj y él, ¡hasta las obsequió con una caja de carne de membrillo!

El 8 de junio, doña Carmen Cervera, propietaria de la casa, les entregó las llaves del piso bajo. El día 12, el buen Padre Epifanio, que tanta caridad había derrochado con ellas, añadía ahora la de enviarles al Hermano José María, muy diestro en estos menesteres, que trazó y dirigió los arreglos necesarios.

Tanta prisa se dieron, que el día 24 pudieron realizar lo que tan ardientemente deseaban. A las seis de la tarde se encerraban por fin en su clausura. El señor Obispo que seguía portándose con ellas como el mejor de los padres, quiso presidir él mismo el acto y llevó en su compañía a dos Obispos sudamericanos que se encontraban de paso en Madrid. Después

de bendecir la casa y trasladar el Santísimo a la capilla pública, don Leopoldo, a petición de las tres Hermanas, nombró Presidenta a la Madre María Josefa del Corazón de Jesús y dejó establecida la clausura papal.



Casita habilitada como convento en Getafe

Capilla de la casa de Getafe

Todos los que las habían visitado durante este tiempo, habían quedado edificados de la pobreza del nuevo palomarcico y de la alegría de sus moradoras.

El Padre Epifanio rebosaba felicidad viendo el fruto de sus trabajos y aquella casita que él había buscado con tanto afán y cariño que veía ahora

convertida en un cielo. El señor Vicario de Madrid, el Padre Torres y todos los demás que habían intervenido en la fundación, no podían disimular el consuelo de que estaban llenas sus almas.

Patio de la casa de Getafe

Hasta el austero Padre López, tan parco en elogios, escribía a la Madre Priora, comentando su primera visita:

«Aprovecho esta circunstancia para manifestarle la gratísima impresión que nos causó la visita a ese Carmelo y que no se borrará jamás, esperando ha de dar mucha gloria a Dios.» Y se despedía con estas palabras: «Se encomienda a las oraciones de ese Carmelo tan simpático y tan santo».

El Padre Silverio de Santa Teresa había escrito el día 24 a la Hermana Maravillas felicitándola a un tiempo por su Profesión y por la Fundación y asegurándole, una vez más, de la aprobación de su Orden. Su carta decía entre otras cosas:

«Su Fundación por aquí ha caído como llovida del cielo. Es un gran honor para la Orden, por la significación que tiene el Cerro de los Angeles».

Por los mismos días llegaba esta del Padre General de los Carmelitas, redactada en tales términos de afecto y complacencia que no podemos por menos que copiarla íntegramente:

«Ha sido, sin duda, una inspiración especialísima del Señor la que le ha sugerido la idea de comunicarme el proyecto de la nueva Fundación de Carmelitas Descalzas en el Cerro de los Angeles. Difícilmente podría yo explicarle la impresión gratísima que su carta me ha producido y lo mucho que la idea me ha conmovido.

Locutorio de Getafe

No sólo les envío gustosísimo mi bendición y les ofrezco mis oraciones, sino que además siento la necesidad de enviar a Vuestras Reverencias y a los iniciadores de esta idea, mi felicitación más sincera y efusiva.

Yo espero que el Carmelo del Cerro ha de contribuir en gran manera para atraer las bendiciones del cielo sobre España y sobre toda la Orden y que ha de ser un plantel de almas muy santas que darán gloria especial al Señor y servirán de estímulo con su vida ejemplar a otras muchas almas».

Nada podía traer mayor consuelo al corazón de la Hermana Maravillas que la lectura de estos testimonios. Anteriormente el Padre López le había escrito:

«Ya tienes la aprobación de la autoridad eclesiástica, que es la prueba palmaría de la aprobación del Señor. Por tanto, nada tienes que temer, acuérdate de tu Santa Madre Teresa e imítala».

Mientras tanto, la pobre casita atraía sin proponérselo a muchas almas de buena voluntad, que sabían adivinar a través de las rejas el ideal de santidad evangélica y carmelitana con el que habían soñado.

El mismo señor Obispo les llevó la primera postulante, pidiendo antes a la Hermana Maravillas le facilitara, al hacer sus disposiciones, la cantidad que le faltaba para la dote. Esta accedió con gusto, abriendo así la larga serie de caridades de este género que luego había de practicar. En efecto, jamás la Madre cerró sus puertas a ningún alma de buena voluntad, por falta de recursos materiales.

Como si Dios bendijera este espíritu, empezaron a afluir vocaciones.

La nueva capilla se inauguró el día 25 con un triduo al Sagrado Corazón de Jesús. Predicó en él aquel santo Carmelita que tanto les había ayudado con su aprobación y consejo: el Padre Juan Tomás, y el día 28 celebraron por primera vez, con la alegría y consuelo que se puede suponer, la fiesta del Sagrado Corazón. También la festividad de la Santísima Virgen del Carmen se celebró con gran fervor y devoción de todo el pueblo de Getafe, que llenaba la pequeña capilla.

Mientras tanto, el señor Obispo se ocupaba de la construcción del nuevo convento.

El primer viernes de octubre, las sorprendió con su visita mientras estaban haciendo la Hora Santa. Venía a tratar con las Madres de este asunto. El había soñado con hacer el convento adosado a la ermita de la Virgen. Así habrían sido con más propiedad guardianas y capellanas de Nuestra Señora de los Angeles. Pero siguieron muchas dificultades y hubo que desistir del proyecto. Le pidieron entonces permiso para pedir limosnas y pedir prestado sin rédito y a todo accedió el Prelado. Creó además una junta para que se ocupara de todos los asuntos relacionados con las obras.

El 31 de diciembre se reunió la Junta del Obispo con la del Cerro y quedó aprobado el emplazamiento del nuevo convento.

El 2 de enero de 1925, se comenzó el desmonte y se bendijo el lugar para el emplazamiento del convento con las oraciones de costumbre. Eran las nueve menos veinte del primer viernes del Año Santo.

Para que el nuevo convento no se apartase en lo más mínimo del espíritu de Santa Teresa, se pidieron los planos al convento de Malagón, teniendo en cuenta que este monasterio era el único que la Santa había hecho de nueva planta y dirigido ella misma las obras según la tradición de todos conocida.

Al fin, el 12 de abril de 1925, tuvo lugar la ceremonia de la colocación de la primera piedra.

Primera piedra del convento del Cerro de los Angeles

Habló de esto la prensa madrileña. *El Debate* nos da a su vez una detallada reseña de la que entresacamos:

«Cuando creíamos que nos íbamos a reunir unos cientos de personas al pie del Monumento nacional para asistir en familia a la bendición de la primera piedra del convento que para las hijas de Santa Teresa se construirá en el Cerro de los Angeles, nos encontramos agradablemente sorprendidos al ver el Cerro cubierto por una abigarrada muchedumbre. Los automóviles y autobuses ocupan una buena parte y entre la multitud aparecen soldados y oficiales para rendir honores a S. A. la infanta doña Isabel, que en representación del Monarca asiste al acto.

Comienza la ceremonia religiosa con la 'Letanía de los Santos'. Enfrente tenemos la piedra que se va a bendecir. En gruesas letras esculpidas lleva la advertencia profética de San Pablo a los Corintios: 'Nadie puede poner otro fundamento distinto del que fue puesto, Cristo Jesús'.

Llegados al Monumento, nos apiñamos para escuchar la siempre elocuente y pastoral palabra del señor Obispo, Va diciendo que sólo el corazón transverberado de Teresa de Jesús, que palpita en el de sus hijas,

es el que puede representar dignamente el corazón de España, para acompañar en la soledad del Cerro, al Corazón de Jesús. Corazones vivos y palpitantes, granos de incienso que se quemarán día y noche ante el Rey de reyes para perfumar desde allí el ambiente de la Patria. El Obispo va glosando la historia sorprendente del proyecto, el porvenir de la grande obra iniciada en aquel momento, su significado espiritual y el entusiasmo que ha despertado en toda España.

La Comunidad ante el Monumento

El señor Obispo entona después el *Te Deum* como para Invitarnos a dar gracias a Dios. Los Coros Vascos, dirigidos por el maestro Busca, cantan con un gusto supremo el himno con que los pueblos cristianos dan gracias al Todopoderoso en sus faustos sucesos. Luego una *Salve deliciosa,* y por fin, el himno del mismo maestro *Cantemos al Amor de los amores.*

Nos arrodillamos por última vez para recibir la bendición del Prelado. Después los automóviles huyen por la carretera dejando al viento su estela

de polvo, los grupos descienden de la colina y se alargan, como larguísimos hormigueros, por las veredas, cortando con su negra silueta el verde aterciopelado de los nacientes trigos.» Hasta aquí el diario madrileño.

Una vez más el Cerro de los Angeles queda desierto pero el Carmelo del Cerro de los Angeles acaba de nacer. La campana de la vecina ermita esparce la nueva jubilosa y su alegre sonido se une y se confunde con el de otra campanita que allá abajo, en Getafe, llama a las Carmelitas a la oración.

* * *

En octubre de 1925, don Leopoldo ha pasado unos días en Roma. A su vuelta se encuentra con un trabajo agobiante. Entre otras cosas, con un enorme montón de cartas que tiene que contestar. Echa una rápida ojeada a todas para escoger las más interesantes o urgentes. Hay una de sus monjitas de Getafe y la abre la primera.

Mientras la lee, una sonrisa de complacencia ilumina su rostro. ¿Qué le pasa a la Hermana Maravillas? Pues nada, que la Madre María Josefa quiere que sea ella la que haga las veces de Maestra de Novicias. Que se ocupe de ellas, pero no sólo de las cosas exteriores como hasta ahora, sino también de lo interior de su alma, de dirigirlas, de formarlas en el espíritu de la Orden. Y la Hermana Maravillas escribe a su Prelado suplicándole que deje las cosas como están y que no prive a las novicias del gran bien que encuentran sus almas con la dilección de la Madre María Josefa. Además, ¿qué le va a enseñar ella a las novicias?

El señor Obispo de Madrid-Alcalá, como si no tuviera otra cosa que hacer, escribe:

«Recibí su carta que leí muy complacido y diciéndome: pues con que enseñe a las novicias a sentir como ella siente, ya les ha enseñado bien. No dude ni tema, por santa obediencia y echándose en los brazos del Señor y de su Santísima Madre, póngase a labrar para Ellos los corazones de las novicias. Usted conságrese a ellas y pida constantemente por ellas, y para darles de beber vaya usted constantemente a la fuente. Jesús le dará a usted sentimientos y palabras, ideas y expresiones tanto más cuanto más inútil se reconozca»

¡Qué profundas debe encontrar el señor Obispo las raíces de la humildad de la Hermana Maravillas cuando no tiene el menor reparo en hacerle estos elogios!

Una vez más la Hermana Maravillas tiene que rendirse ante la voluntad de Dios tan clara y manifiesta. Dejarle hacer, seguirle por el camino que El quiera.

Esta cruz no se la quitará el Señor más que para cambiársela por otra mucho más pesada. Mientras ella sueña con desaparecer, los demás sueñan con hacerla Priora.

Si lo hubiese sabido o se hubiese figurado algo de lo que querían hacer con ella, el golpe habría sido un poco menos duro, pero jamás había podido figurarse lo que alrededor suyo se estaba tramando.

En junio de 1926 la Madre María Josefa escribe al señor Obispo presentando la renuncia de su cargo y pidiendo nombre en su lugar a la Hermana Maravillas.

Las Hermanas admiran el ejemplo de humildad que les da aquella Madre cargada de virtudes y méritos. Copiaremos casi al pie de la letra, de un testigo de vista, que nos cuenta la escena con vivos colores:

«El día 19 llegó el Padre Epifanio a entregar el nombramiento a la Hermana Maravillas. Aquello fue el terremoto de la Martinica. Se negó en absoluto a aceptar y el Padre tuvo que ir como había venido. Claro que todo dentro de un ambiente de humildad y sumisión edificadísimo.

Por la tarde el Padre escribió mandándole aceptar en nombre del Prelado y en virtud de santa obediencia».

No hay nada que hacer. Es decir, sí. Puede intentar un último esfuerzo y lo intenta. Conoce la influencia del Padre Torres con el Obispo y el Vicario, recurrirá a él. Le suplicará que interceda con ellos para que todo se vuelva a quedar como estaba. Coge, pues, la pluma y escribe al Padre una carta en la que le dice entre otras cosas:

«Hemos telefoneado para rogarle que viniese por aquí esta tarde para un asunto urgentísimo y de gran trascendencia para esta Comunidad y como nos han contestado que no saben cuándo volverá le envío estas letras para rogarle no deje de venir, pues necesito su ayuda para impedir un mal muy grande».

Pero esta carta va acompañada de otra de la Hermana Rosario de Jesús, en la que le da cuenta de lo que pretenden hacer y añade:

«Aunque ella le diga que no quiere, no le haga caso y no acceda a nada, pues no se podía hacer cosa mejor».

Esta fue la contestación del Padre Torres:

«Como digo a la Hermana Maravillas en su carta no puedo ir esta tarde por tener que predicar en casa, pero iré mañana. Me da mucha edificación ver que todas huyen de mayorías. Santa Teresa se va a hartar de echar bendiciones sobre esa casa a manos llenas. Para mí es una alegría, pues no deseo otra cosa que verlas muy humildes, para que al menos reparen de algún modo mis vanidades. Pida mucho para que todos hagamos en este asunto la voluntad de Dios plenamente, que yo también las encomiendo cuanto puedo».

Al día siguiente a primera hora de la mañana, llega el Padre Torres a Getafe y encuentra a la Hermana Maravillas en un estado de desolación como si hubiese ocurrido la peor desgracia a toda la casa. El Padre tuvo que hacer un gran esfuerzo para resistir a la tentación de acceder a sus deseos. Trató de hacerle ver que debía abrazarse con la voluntad de Dios y le dio alguna esperanza de que la ayudaría a dejar el cargo en la primera ocasión oportuna.

Las demás Hermanas estaban locas de alegría y la Madre María Josefa animando y edificando a todas.

El Padre sale de aquella casa con el inmenso consuelo de ver un alma tan humilde, sufriendo tanto por tener que aceptar lo que otros desean y procuran.

Aquella Carmelita de treinta y cuatro años ha empezado a ser la «Madre Maravillas» y el Padre comenta al salir: «Aquí ha entrado de lleno el espíritu del Señor.»

La nueva Priora ha quedado tan abatida después de estos sucesos que no puede sobreponerse, y por primera y única vez en su vida llega a pensar que no tiene vocación. Le parece ver claramente que así no puede santificarse. Ella no quiere la vida más que para imitar en todo la de Jesucristo. Y por este camino es imposible. Además no puede hacerse responsable del daño que se va a seguir para muchas almas. Sin duda, el enemigo que no ha podido nunca tener entrada en la suya, quiere introducirse ahora con capa de humildad.

Dios ilumina estas tinieblas con un rayo de su luz y le hace comprender que no puede seguir así. Si esto es su voluntad, ¿cómo podrá ella no abrazarla de corazón? Al fin llama al Padre López, que a causa de su quebrantada salud, va ya muy poco por Getafe. Pero esta vez acude en seguida a tranquilizar a su dirigida.

«De lo que no tienes vocación —le dice— es de Priora, pero de Carmelita sí».

Mucho más de lo que podamos decir de sus sentimientos en estos días, nos dice esta carta escrita a una monja recién elegida Priora:

«Mire, Madre mía, si fuésemos a ver lo del valer, yo le aseguro que no encontraría persona que menos sirva para ello que yo. Esto es de verdad y por ello estaba yo tan tranquila que si éramos dos yo nunca lo sería y por eso por poco me muero cuando tuve que serlo, porque creí se perdería la Comunidad.

Como vi que no reaccionaba y que mi mayor deseo era que la Comunidad fuese como el Señor la quería, le dije a El que como yo no tenía la culpa, que El lo arreglase todo, y en efecto, así lo hizo siempre a pesar de mí. Así que, figúrese dónde acude.»

La Madre Maravillas se abraza con la voluntad de Dios. Pero nunca logrará verse libre de este deseo de no ser Priora. Repetidas veces leeremos en sus cartas frases como éstas:

«¡Ay Padre! Estoy haciendo un daño horroroso a esta Comunidad. ¿cómo podría yo dejar esto?»

En otras expresa su deseo de irse a otro Carmelo donde nadie la conozca, donde la tengan por un estorbo, a ser posible al extranjero, donde le será más fácil vivir olvidada y desconocida.

Cada vez que se acerca la fecha de una elección, se llena de esperanza y de alegría pensando podrá esta vez quedarse libre de todo cargo y derrocha elocuencia para convencerles.

Durante su estancia en las Batuecas, el Padre Florencio para probarla le pondera mucho no sé qué insignificante descuido o retraso en la petición de un permiso al Obispado y llega a decirle que pueden imponerle una sanción, incluso deponerla de su cargo.

La Madre contesta radiante:

«A mí si esto pasara sin culpa me haría muchísima ilusión y ¡me vendría de bien!».

Muy pocos años antes de su muerte, en vísperas de una elección en que como siempre espera quedarse libre escribe:

«Yo, Maravillas de Jesús, Priora, sólo por unos días, de este convento de Aldehuela»

Sólo por unos días...

Pero tampoco ahora se lo conceden.

Sin duda sus Prelados piensan como pensó León XIII de Monseñor Merry del Val cuando al designarle para una embajada extraordinaria que enviaba a Inglaterra, el joven sacerdote le suplicó reiteradamente le dispensase de una misión de la que se consideraba indigno. El Santo Padre, clavando en él su mirada penetrante, le respondió:

«Nos hemos decidido mandar a Inglaterra a uno que no quiera ir».

Dios Nuestro Señor no lleva a todos sus santos por el mismo camino. A San Juan de la Cruz le concedió la gracia que tanto le había pedido: Morir no siendo Prelado. A la Madre Maravillas no se la concedió. Tuvo que morir abrazada con su cruz, renunciar al único deseo que quedaba ya en aquel corazón tan unido a la voluntad de Dios: Ser la última de todas.

* * *

El convento del Cerro está casi terminado. Se ha fijado la inauguración para el día de Cristo Rey, 31 de octubre de 1926.

Sale la Comunidad de aquella casita de Getafe, que durante dos años y medio había sido un Carmelo en toda regla.

Así lo vio también el Padre Gabriel de Jesús, Carmelita Descalzo, a quien le hacía recordar las palabras que Santa Teresa dejó escritas al trazar la primera fundación de San José de Avila: «Voy a la casa y tracéla y hallé, aunque bien pequeño, monasterio cabal».

Monasterio cabal era en verdad esa casita que hoy tienen que dejar para continuar su vida en el Cerro, frente al Monumento del Corazón de Jesús.

Las once Carmelitas de Getafe —las cuatro primeras más siete novicias —suben al Cerro y renuevan lo primero su consagración ante el Monumento[31].

Van después a la ermita de Nuestra Señora de los Angeles de donde llevan el Santísimo a la capilla provisional mientras se hace la iglesia, que no pudo inaugurarse hasta el día de Cristo Rey de 1932.

Para acabar de pagar el convento hicieron unas hojas de petición que mandaron a cuantas personas conocían, en las que exponían la necesidad y

[31] Estas eran: Madre Maravillas de Jesús, Madre María Josefa del Corazón de Jesús, Hermana Rosario de Jesús, Hermana Josefina de Santa Teresa, Hermana Visitación de San Elías, Hermana Amalia de Jesús, Hermana Margarita María del Salvador, Hermana María de San José, Hermana Teresa del Divino Corazón, Hermana Juana María de la Cruz y Hermana Ana de San Bartolomé.

pedían solamente diez pesetas a cada persona. Al morir la Marquesa de Pidal pagaron parte de la deuda que tenían.

Por el convento del Cerro iban con frecuencia los Padres Silverio y el Padre Juan Tomás. El Padre Epifanio fue confesor durante mucho tiempo. También las trató bastante el siervo de Dios Padre Balbino del Carmelo D. C. D.

El Padre Mateo Crawley, en sus viajes a España no dejaba de visitarlas cuanto podía. Con aquel gran amor que tenía a Santa Teresita, se les presentó un día llevándoles él mismo una imagen de la Santa para que fuera patrona de aquel primer noviciado del Cerro, en el que entraron en seguida muchas postulantes.

Inauguración del convento el 31 de octubre de 1926

La Madre Maravillas por entonces empieza a confesarse con el Padre Alfonso Torres, S. J.

No está bien de salud, pero se ocupa con su gran actividad de aquel convento y Comunidad que Dios le ha confiado.

Una Comunidad de novicias en su mayor parte, de veinte a treinta años, de la que saldrán muchas Prioras para sus fundaciones.

La Madre, sin saber aún que otros muchos conventos las necesitarán un día bien formadas, como las soñó Santa Teresa, piensa que son piedras fundamentales para el futuro del convento del Cerro y no vacila en emprender esta labor con energía y suavidad.

Este noviciado era heterogéneo en todos sentidos y era necesaria una mano hábil que sin destruir los valores de cada una, unificara todo ese primer grupo en Carmelitas Descalzas.

Desde el primer momento se vio su tacto extraordinario de Priora y de Maestra y aún recuerdan las que viven de aquellas primeras novicias, sus acertadísimas enseñanzas, sus cuidados y sus reprensiones, y hasta guardan cuidadosamente los papelitos con que la Madre contestaba a los suyos.

Estos años primeros de la fundación del Cerro eran ya años de temores para España. Ha establecido la Madre velas al Santísimo, intensificando la oración por tantas intenciones.

Interior de la iglesia,
Cerro de los Angeles

Pero en la penitencia puede entrar también la propia voluntad y la Madre la descubre con mirada certera.

Una de sus monjas tiene ya hecho su plan de velar esa noche cuando la Madre le dice que se vaya a la cama. El disgusto que experimenta se trasluce al exterior.

Es hora de silencio y la Madre le expresa por escrito lo que piensa sobre su modo de proceder.

«Prepárese a no velar ocho días seguidos. Esa manera de recibir la obediencia es indigna de una Carmelita.»

La pobre monja reconoce su culpa. ¡Cómo va a poder dormir así!

Escribe otro papel pidiendo perdón.

A la Madre, la humildad le desarma y contesta:

«Está bien, ya sabe que el Señor no desprecia un corazón contrito y humillado. Puede estar tranquila y en reparación ame mucho al Señor y rebajaremos la penitencia a tres días. ¿Le parece bien?»

A otra, a la que sin duda había visto llorar, escribe:

«Si sus lágrimas son de contrición las apruebo. Si no, sólo las ofensas de Dios son dignas de las lágrimas de una esposa suya...»

Esto ocurre durante los años en que su corazón no puede sufrir las ofensas de Dios. Ante este dolor, todas las otras cosas de la vida le caen como por fuera. Y procura inculcar a sus hijas lo mismo:

«Hija, por amor de Dios, en estos momentos en que hay tanto que pedir y que esperar, no se entristezca sino por las ofensas de Dios y agradezca las cosas desagradables al natural, sean las que sean y más las que tan directamente tienden a hacerla agradable a El.»

Este otro billete sin fecha parece que fue escrito también en estos años:

«Espero que ya habrá reaccionado y que habrá empezado de nuevo con *más brío y con más amor,* que ése es el efecto que han de hacer las caídas. ¿Dónde está la humildad, hija mía? Acostúmbrese a verse como es, *pura miseria* y *nada,* pero esta miseria y esta nada no le impiden si acude al Señor y sin cansarse empieza de nuevo *confiando en El.*

No ha pasado nada más que quiere el Señor que sea humilde, perseverante, fiel y valiente. La virtud hay que verla así en las ocasiones, no en los rincones.»

El caso es que —como no se cansa de repetir una de estas novicias, hoy muy ancianita ya— «aquello era un cielo en la tierra» y la Madre las iba preparando para las grandes dificultades y peligros en que pronto se iban a encontrar.

Convento del Cerro de los Angeles

Huerto del convento; al fondo el Sagrado Corazón

Capítulo 13

España se salvará por la oración

En la Madre Maravillas el amor de Dios sublimó y sobrenaturalizó todos los demás amores.

El que tuvo a su Patria fue tan grande que le hizo gozar por sus grandezas y sufrir intensamente cuando la veía apartarse de Dios. Por eso las conmociones que España sufrió y sus alternativas políticas sirvieron para realzar su ardiente amor a Dios y a la Iglesia, su celo por las almas, su valor y prudencia, su serenidad inalterable y su admirable fortaleza.

Cambiaron también forzosamente el curso de su vida ordinaria, por lo que es imposible dejar de narrar, aunque sólo sea de una manera superficial, algo de lo sucedido en España entre los años 1931 y 1939.

Este amor, estas ansias de que todas las almas conozcan y amen a Dios, estos deseos de sufrir y reparar hace que a la Madre le parezca todo poco para dárselo a Dios. Las gracias místicas con que Dios la regala, siente que no son sólo para ella sino para hacer participar de sus frutos a otras almas, y su vida interior a la que nos vamos a asomar, empieza ya a dar sus frutos que se manifiestan al exterior.

Los designios de Dios sobre el Cerro de los Angeles, que ello habla entendido en su Carmelo de El Escorial, pedían fuese un lugar escogido para orar y expiar por España, ¿por qué no había de extenderse esa llamada a todos los españoles?

Entraba de lleno en los deseos de la Santa Iglesia que daba por aquellos años un gran impulso al Apostolado de los seglares. Pero este apostolado, para ser agradable al Corazón de Cristo habría de asentarse sobre los firmes sillares de las virtudes evangélicas.

Jamás ha pensado la Madre Maravillas en salirse del único apostolado a que ha sido llamada, ni ha deseado trabajar en otros campos, pero desde el suyo fomentará y apoyará toda obra buena, todo empeño noble y generoso.

El Carmelo del Cerro con su vida escondida de oración y penitencia será como un mudo clamor que llame a todas las almas: «Venid, subamos

al monte del Señor.» Todos los españoles habrán de tomar parte en esta empresa, pero los quo suban a este monte santo no podrán contentarse con exterioridades vacías, sino que habrán de acompañar a Jesucristo en esta hora de Pasión.

Todo esto se trata en el locutorio del Cerro entro la Madre Maravillas y doña Catalina. Esta, con la generosidad con que siempre ha secundado las obras de Dios, pone toda su alma grande y todo su espíritu emprendedor al servicio de esta empresa y se compromete a sufragar todos los gastos.

Monta una oficina en Madrid, en la calle de Olózaga, que llevará la dirección y la ejecución de la obra. Así, la parte que en ella tomen las Carmelitas será única y exclusivamente espiritual.

Oración y penitencia por amor de Jesucristo, serón los rasgos de este apostolado en el que todos pueden participar: sacerdotes, señoras, obreros, enfermos y niños, repartidos en distintos grupos, se comprometerán a observar ciertas prácticas de oración y penitencia y a subir en determinados días con este mismo espíritu al Cerro de los Angeles.

Se organiza un servicio de autobuses de Madrid al Cerro. Sube cada mañana un colegio de Madrid. Van peregrinaciones de muchos pueblos.

Pero lo que toma más fuerza son los grupos numerosos de obreros: «Compañía de Obreros de San José»; y de obreras: «Compañía de Obreras de la Virgen del Pilar.»

Estas iban todos los días a Misa de ocho al convento antes de entrar a su trabajo.

Pasaban la noche del sábado haciendo vela al Monumento y al Santísimo entre cantos y oración.

Tenían también sus días especiales de retiro en el Cerro.

La Madre Maravillas se interesó muchísimo por ellas y se preocupaba de que les sacasen todos los días algo caliente en seguida de salir de Misa, para que no se fuesen en ayunas a su trabajo.

Lo mismo hacía en las noches de vela. Había acomodado para ellas en la casa de capellanes un comedor y una habitación para que pudieran descansar. Todas la veneraban y aun hoy la recuerdan con gran cariño.

La semilla estaba echada y la Obra de Oración y Penitencia siguió adelante.

* * *

Desde el año 31 la situación se hace cada vez más difícil.

Llegan al Cerro rumores de un posible ataque al Monumento y la Madre tiene una gran preocupación. Si atacan al Monumento, ¿tendrán ellas que permanecer en el convento sin poder defenderlo? Si eso sucediera, ella y todas sus monjas quisieran poder rodearlo como fuera.

Un numeroso grupo de muchachos, llenos de fervor y entusiasmo, han organizado una guardia permanente relevándose por turnos.

La Madre escribe al señor Nuncio presentándole sus deseos, ¿podrían salir si llegara este caso?

La contestación de Monseñor Tedeschini llega pronto. Le parece una temeridad y no se atreve él a dar este permiso.

No es de ninguna manera este pueblo, que nunca ha albergado en su corazón tan bajos sentimientos, sino una chusma incitada y pagada la que se lanza a la calle en la mañana del 11 de mayo de 1931 dispuesta a incendiar los templos y casas religiosas.

Grupos de mozalbetes alocados, con teas y gasolina, recorren Madrid y muchas iglesias y conventos son pasto de las llamas.

En el Cerro de los Angeles, la Madre Maravillas y sus hijas contemplan con mudo dolor aquel Madrid por el que tanto han rezado y sufrido, convertido en una inmensa hoguera, y el Corazón de Jesús mira con compasión a la ciudad, como si quisiera decir a aquellos desventurados hijos que todavía les espera con los brazos abiertos para perdonarles.

Muchas religiosas tienen sus familias en Madrid. A las pocas horas se presentan en el Cerro y tratan de convencerlas de que salgan. Las monjas se niegan en redondo. ¿Van a dejar ahora al Señor? ¡No, mil veces no! Pero la tarde de ese mismo día recibe la Madre la siguiente carta:

«Querida hija en el Señor: Me es muy triste tomar esta resolución, pero creo que es lo más prudente; dispérsense. Salgan de ese santo nido y sigan orando y sacrificándose en privado hasta que Dios Nuestro Señor nos dé tiempos mejores. Con ustedes va Dios Nuestro Señor y el mismo sacrificio de salir de ahí se dignará El aceptarlo en expiación de tantos pecados.

Y sigan pidiendo por mí que harto lo necesito. Con más paternal afecto que nunca, las bendice. El Obispo»

Ante una orden de la obediencia, la Madre se rinde. Con dolor pero con la paz de saber que está cumpliendo la voluntad de Dios, sale y con

ella todas sus hijas, que por grupos se reparten entre las distintas familias. Ella se queda en el Cerro con tres Hermanas más. El señor Obispo ha mandado dejar el convento, pero no el Cerro. Se quedan, pues, en la casa que tienen fuera para el capellán y demandaderos.

Desde allí llama a una señora de toda su confianza y le pide que diga al Obispo el deseo de todas de volver al convento.

Al día siguiente la Madre va a Madrid y aquella señora ya tiene la contestación del señor Obispo:

«Diga a la Madre Maravillas que obre como el Señor le inspire.»

En casa de su madre, la Marquesa de Pidal, reúne a todas sus monjas. Les comunica la contestación del Prelado y hace suyas sus palabras:

«Pueden obrar con toda libertad, haga cada una lo que Dios le inspire.»

No hay una sola duda. Todas quieren volver. Y a la tarde de ese mismo día 12 están todas en su convento del Cerro.

Aquí empieza para la Madre Maravillas un período de intenso sufrimiento. Mientras la situación de España, las ofensas de Dios, la persecución contra la Santa Iglesia y los desórdenes de toda clase llenan su alma de dolor, Dios purifica su espíritu por medio de grandes pruebas interiores. Sufre, pero no por las consecuencias que todo esto pueda tener para ella y su Comunidad, no.

«Es un tormento de que el mundo corresponda así al Señor, de no poder saciar sus deseos de que todas las almas se le entreguen y luego ver la propia miseria tanto mayor que la de ninguna criatura» escribe en una carta a su director.

Pero son sobre todo los pecados que se cometen en España los que en estos años particularmente la atormentan:

«Yo no puedo, Padre, con estas ofensas de Dios, con este apartar de El a nuestra Patria, con que en ella haya tantos que le persigan y ni le conozcan ni le amen».

V en otra:

«Yo no sé lo que me pasa. El sufrimiento por las ofensas de Dios, por ver a España lejos de El, es cada vez más grande. A veces tengo que procurar olvidar un poco lo que pasa, pues no puedo con ello».

Un día en la oración siente como si su alma puesta «delante del Señor se ofreciese como blanco a las saetas de su amor y la pidiese que la traspasase con ellas según su agrado y beneplácito»

«Este sufrimiento, con ser tan vivo y tan profundo, no me quita la paz».

Alguna vez el Señor levanta su mano purificadora e inunda su alma de consuelos. Pero la que se ha ofrecido como blanco a las saetas de su amor, echa de menos la Cruz.

«Gocé tanto en la oración —escribe— y salí tan consolada de ella, que no me hago a estar así. Claro que si el Señor lo quiere, por mi miseria, será lo mejor, pero si El se ha reservado toda una eternidad para hacernos gozar de El, yo prefiero que sosteniéndome no me quite mi parte de poder sufrir estos cuantos días por su amor».

Dios escucha sus deseos y no la deja sin esa cruz que tanto ama.

* * *

La vida en el Carmelo del Cerro sigue su ritmo ordinario, en nada cambia si no es en un considerable aumento de oración y penitencia que el amor de Dios ultrajado y el ejemplo de la Madre enciende en el corazón de todas.

La persecución no hace vacilar a aquellas Carmelitas, sino que varias de ellas hacen aquel año su Profesión Solemne, entregándose a Dios hasta la muerte.

La primera es una labradorcita que vino al Carmelo desde un pueblo perdido en las montañas de Navarra. A la Madre le dan devoción estas almas que, como dice Santa Teresa, saben poco de negocios de mundo y mucho para tratar con Dios.

Escribe:

> Hoy tuvimos la Profesión Solemne de la Hermana Juana. Fue sencillamente en Capítulo, pero por ser en estos momentos resultó algo muy hermoso. Es un alma muy sencilla y me consolaba pensar que cuando tantos en nuestra pobre España tan sacrílegamente ofenden a Nuestro Señor, por lo menos desde el centro de ella se le ofrecía toda entera un alma humilde y pobrecita, pero llena del único deseo de amarle y consolarle* m.

Sigue el turno de velas entre toda la Comunidad para no dejar solo el Monumento. Las Hermanas se suceden una de doce a tres y otra de tres a seis. Pero la Madre vela todas las noches.

Muchas son novicias, casi todas son muy jóvenes. Naturalmente parece que tendrían que sentir miedo. Pero la Madre con sola su presencia infunde en todas paz y serenidad.

Han quedado unas notas de una de aquellas novicias:

«Al retirarnos a descansar, terminado el turno de vela, nos dirigíamos a la celda por el claustro, que sólo iluminaba la luna.

No sólo no sentíamos miedo, sino una gran paz y alegría. Muchas veces nos encontrábamos con Nuestra Madre que se hacía la encontradiza, quizá para disipar algún posible temor y darnos la tranquilidad de no sentirnos solas. Dormíamos tres horas. Nuestra Madre no dormía, la veíamos entrar en el archivo[32]; desde allí podía ver cuanto pasaba en el Cerro. Otras veces en su celda, que cae enfrente del Monumento».

Sentada en el poyete de su ventana para ver mejor la explanada y con la puerta de su celda abierta por si ocurre algo en casa, pasa las frías noches del invierno.

Todo sufrimiento le parece poco. Ha escrito por estos días.

Si el Señor no me concede la gracia tan inmerecida de dar la vida por El, que es mi mayor deseo quisiera emplearla toda en sufrir cuanto pudiera por su amor».

No es raro ver algunas noches grupos sospechosos que rodean el Monumento. En estos casos pide al Señor con toda su alma que si algo ha de ocurrir que sea contra el convento, contra ellas, pero que no toquen su imagen

Una de estas noches escribe:

«Llevo tres horas escribiendo esta carta porque las lágrimas no me dejan. Es de noche, nos dijeron que había amenazas para estas horas en el Cerro. Puso don Jesús el Santísimo en el comulgatorio, para en caso de peligro y de no poder llegar él por fuera, cogerlo nosotras por dentro. Me pareció quedarme en vela, pero hasta ahora transcurre la noche en completa calma, quiera el Señor impedir que puedan tocar el Monumento aunque destruyan el convento».

A un alma que ha llegado a estas alturas, no se le puede gobernar siguiendo las normas de la prudencia humana. Por esta época, su director

[32] Nombre que se da en el Carmelo a la habitación donde trabaja la Madre Priora.

en materia de penitencia la deja hacer todo lo que quiere, aunque pondrá algún límite a su generosidad cuando le pida cosas como ésta: «No beber agua hasta que se arreglen las cosas».

Si el amor de Dios no la deja dormir, cosa que da a entender repetidas veces en sus cartas, Dios la sostendrá para vivir así. Sentada en el suelo y vestida pasa las escasas horas que duerme.

Se ha dicho que hay cosas en las vidas de los santos que son más para admirar que para imitar y seguramente estamos ante una de ellas. La Madre misma nos dará la explicación en sus últimos días diciendo a una novicia que la asistía y que se avergonzaba de no ser capaz de imitarla:

«¿Por qué, hija? En estas cosas lo único que vale es hacer la voluntad de Dios sobre cada uno y a Vuestra Caridad Dios no le pide esto»

La penitencia calma un poco sus deseos de sufrir por el Señor, pero lo único que puede saciar del todo sus ansias es el martirio. Lo desea con todo el fuego de su corazón abrasado en amor de Dios. Por eso escribe:

«Hoy locamente, lo comprendo, suplicaba al Señor que me concediese esa gracia de poder dar la vida por El y digo locamente porque es ofrecer lo que no es nada, lo que no vale nada, como si fuera algo».

Y en otra carta:

«No está en mi mano dejar de desearlo ardientemente».

El ambiente sigue muy cargado. Las noticias van siendo cada vez más alarmantes. Recurre entonces al General de su Orden y le ruega haga llegar su petición al Santo Padre.

En un francés correctísimo escribe la siguiente carta, que trasladaremos aquí traducida, lo mismo que su contestación:

«Muy Reverendo Padre Guillermo de San Alberto. Prepósito General. Jesús sea nuestro consuelo y fortaleza, muy reverendo Padre. Quisiera, Padre, pedirle una gran gracia que espero obtener por su mediación. Muy bien conoce Vuestra Reverencia las tristes pruebas de nuestra amada Patria y cómo providencialmente Nuestro Señor y su Santísima Madre han guardado este Cerro santo. Pero las cosas empeoran cada día y la tormenta no tardará en llegar. Ahora este lugar está custodiado por la Guardia Civil, pero en el momento que estalle algún disturbio, éstos se verán obligados a prestar sus servicios en otra parte y quizá en los momentos más necesarios, Nuestro Señor no tendrá aquí junto a El más que a sus veintiuna Carmelitas.

¿Se verán obligadas por la santa Clausura a ver cómo le arrebatan de su trono sin poder volar cerca de El para defenderle o por lo menos para no dejarle solo entre sus enemigos y que pueda encontrar a su lado corazones, muy pobres, sí, lo sabe El muy bien, pero muy amantes? Sería, Padre Nuestro, el más cruel martirio, mucho más grande que perder la vida. Si tiene que escuchar gritos de odio de sus enemigos, que pueda oír también nuestras alabanzas.

Le escribo. Padre Nuestro, con toda la confianza de una hija suplicándole la mayor reserva sobre esta gestión y quisiera nos obtuviera del Santo Padre el permiso para poder franquear, si este triste caso se presenta, los pocos metros que nos separan del Monumento. Quizá este permiso no sea necesario. Dios puede continuar su providencial protección sobre este lugar santo y quizá también el convento sea atacado al mismo tiempo. Pero quisiéramos tener esta autorización, pues no se puede saber lo que pasará. Estamos seguras de que a pesar de nuestra gran pobreza, seremos fuertes con la gracia de Dios. Pida por nosotros, Padre Nuestro», etc.

La respuesta no tardó en llegar redactada en estos términos:

«Casa Generalicia de los Carmelitas Descalzos. —Roma. — Corso d'ltalia, 38. —Fiesta de Cristo Rey, 1931.

Mi muy Reverenda y amadísima Madre Priora: He leído con profunda emoción y paternal orgullo su carta y su generosa propuesta. He dado gracias a Nuestro Señor por tener semejantes hijas. Ciertamente un país que puede contar con semejante entrega, podrá pasar por horas muy oscuras, pero no perecerá jamás.

Y he aquí, que la Divina Providencia me ha proporcionado una buena ocasión de presentar su demanda al Santo Padre.

El viernes pasado tuve que ver a nuestro queridísimo Cardenal Rossi y le he expuesto la petición. Aquella misma tarde tenía una audiencia con Su Santidad y me prometió hablarle. Y he aquí la respuesta que S. E. ha escrito sobre su carta: 'Su Santidad se ha dignado conceder con sumo gusto el favor pedido, colmando de bendiciones a toda la piadosa Comunidad.

Así pues, si las circunstancias son tales que exigen la ejecución de su generosa propuesta, tiene el permiso y la bendición del representante de Nuestro Señor sobre la tierra. Quizá Jesús, en su misericordia, se contente con su buena voluntad, quizá pida su sacrificio real. Siempre me alegraré de recibir noticias suyas. Aprovecho la ocasión para decirle con cuánta

simpatía pensamos en nuestros Hermanos y Hermanas de España en su presente tribulación y cuánto pedimos y hacemos pedir por el triunfo de los intereses de Nuestro Señor y de su Iglesia en la Patria de nuestra grande y tan querida Madre Teresa.

¡Animo, reverenda y amada Madre Priora! Que el Dios de toda fuerza y de todo consuelo os proteja lo mismo que a todas y cada una de vuestras queridas hijas.

Vuestro humilde servidor y Padre. —Fray Guillermo de San Alberto. Prepósito General.»

La lectura de esta carta fue recibida con entusiasmo por ella y toda la Comunidad.

* * *

Está acabando el año 1931, este año de tanto sufrimiento. Pero todavía falta algo para que el sacrificio sea completo: su madre. Y Dios se la pide también.

La única alegría de esta señora era ir todos los días al Cerro, para ofrecerse por si necesitaban algo, adelantándose a la menor de sus necesidades. Se contentaba con pasearse alrededor de las tapias, lo que era para ella un gran consuelo.

Mientras no la llamaban al locutorio, no lo pedía. Su hija era la Priora, y ella, en su delicadeza, quería ser como las demás.

Otra de sus grandes alegrías era llevarles regalos de Reyes, abundantísimos. Había para todo y para todas.

¡Cómo compensaría el Señor su generosidad y olvido de sí! Le dio a su hija y, ¡qué hija!, y ahora no sólo no pondera su soledad, sino que disfruta haciendo felices a los demás.

A primeros de diciembre se enferma. Tiene una gripe que degenera en bronconeumonía y está grave. Recibe con fervor los Sacramentos.

El único consuelo que Dios ha dejado a la Madre Maravillas es el de tener en Madrid al Padre Torres con quien su madre se confiesa hace algún tiempo. El Padre derrocha caridad con ella y da después noticias a su hija, que lo agradece en el alma.

La Madre Maravillas escribe por estos días:

«Mucha tranquilidad me da que reciba el Viático y cuántas gracias doy a Dios de que V. R. esté aquí. Si puede ser, dígale que no estoy lejos

de ella más que con el cuerpo. El Señor, que ha sido tan misericordioso con ella, la ayudará».

Y en otra:

«Tengo ahora, no sé si será por lo de mi madre, como el corazón más sensible a todo dolor, pero al mismo tiempo muchos deseos de sufrir el tiempo que esté en esta vida y es Jo único que mitiga el deseo de salir de ella».

Llegan los días de Navidad que celebran con la alegría habitual del Carmelo.

La noche del 24 recibe la Madre una gracia del Señor que ha quedado contada por ella misma en una carta al Padre Alfonso Torres:

«Al ir a comulgar anoche estando sin nada en todo el oficio, sentí de repente avivarse la fe y me pareció (no sé cómo) como si la Santísima Virgen me entregase en aquel momento al Niño, pero tan claro y tan fuerte fue esto, que instintivamente descrucé las manos y como si realmente le tuviera en los brazos volví a mi sitio con trabajo. Allí no sé bien lo que fue, esta vez mucha dulzura y como mucho amor. Sentía como la grandeza de Dios en confuso al mismo tiempo, por encima de todo lo de este mundo; cómo a El nada puede llegar (no sé explicarme) y al mismo tiempo el dolor por las ofensas que locamente cometen sus criaturas. Me parecía ver, sentir, no sé, el amor del Señor a mi alma que se deshacía en su miseria, porque Padre, comprendo lo que son todas las criaturas para Dios, es decir, comprendo claro que no, pero yo me veo mucho más miserable, más nada sin comparación todavía que todas las criaturas que han existido, existen y existirán, esto es enteramente cierto, y en ese amor me parecía quería quedarse conmigo siempre, no sé decirlo, como si también me pidiese mi pobre corazón como un lugar de refugio, de descanso en estos tiempos. Yo, Padre, no sé cómo, pues estaba deshecha y no hacía más que entregarme a El y sin palabras pedirle sufrir, dárselo todo aun mí madre sí El lo quisiera. Al tener este recuerdo de mi madre me pareció como si también sin palabras de esas que se oyen pero muy distintamente por dentro y con mucha dulzura me dijese que se la confiase, que qué no haría por ella siendo mi madre.

Ahora yo no puedo decirle como anoche lo que experimento, pero se ha como fundido el amor y es algo inexplicable que atormenta, porque no cabe en el pecho».

Este año, el día de Reyes, aunque va mejorando en su salud, no va su madre, pero manda a Dolores, su doncella, cargada de regalos para las monjas y éstas también le mandan los suyos como de costumbre.

Pasados unos días tiene un ataque de hemiplejía y la enferma entra en coma.

La Madre Maravillas, una de estas noches escribe al Padre;

«No puedo dormir, ni lo pretendo. ¡Cómo es posible si no sé si a estas horas tengo madre! Todo el día El me ha ayudado, he podido dominarme al exterior y ofrecerle incesantemente y con toda el alma la pérdida o separación de una madre tan querida, sin pedirle, como es natural, más que el que se cumpla su santa voluntad».

El día 13, al llegar la noche, mientras las monjas descansan, la Madre, de rodillas ante el Sagrario, pide por ella.

De pronto suena la campanilla. La tornera está ya acostada y la Madre va ella misma al torno. Era la noticia tan temida y esperada.

La Marquesa de Pidal acaba de morir. La Madre está sola, mejor dicho, ahí está el Sagrario y junto a El pasa el resto de la noche.

«Esta noche estoy todo el tiempo en espíritu junto a su caja —escribe—. Padre, es terrible quedarse sin madre, es un frío y una soledad por dentro. Antes se tenía un corazón de madre y de madre como era la mía. Todas las pruebas recibidas de su ternura avivan este dolor».

La Madre Maravillas, tan sobrenatural, tan llena de Dios, tan levantada por encima de todas las cosas de la tierra, se nos muestra aquí al mismo tiempo muy humana.

Dios, que tenía presentes los sufrimientos de sus hijas y de cuantos pasen a su lado en situaciones semejantes, quiso que supiera también de este dolor para poderles comprender y aconsejar.

Y que quedaran estas cartas de la Madre, en las que se desahoga de una manera tan íntima y personal, ella que tan rara vez lo hace, para nuestro consuelo y enseñanza.

Capítulo 14

Diré un adiós a mi patria

El 29 de junio de 1931 Fray Buenaventura Arana, misionero Carmelita, era consagrado Obispo para la Diócesis de Vijayapuram (Kerala).

Habían transcurrido veintiocho años desde que dejó su Patria dándole en su corazón el último adiós. Y he aquí que la Providencia, por caminos insospechados, le hacía volver a ella.

Le urgía postrarse a los pies del Sumo Pontífice y confiarle la situación de su Diócesis, los difíciles e intrincados problemas de aquella misión que en su humildad se sentía Incapaz de resolver.

Le traía además a España un proyecto que acariciaba desde que fue elevado a la dignidad episcopal: el de fundar un Carmelo en su Diócesis. No se le ocultaba que la situación de España haría difícil la realización de sus sueños, pero también sabía que no regatearían ningún sacrificio las hijas de la Santa que habría puesto mil vidas para remedio de las almas que allí se perdían. Cuanto tuviera que construir en su Diócesis, quería el fervoroso Carmelita que se edificase sobre el sólido cimiento de la oración.

Revolviendo en su mente estos pensamientos, que a nadie había confiado, el 13 de marzo de 1932, Monseñor Buenaventura se postraba a los pies del Vicario de Cristo. Recibido en audiencia particular, Su Santidad Pío XI se interesa paternalmente por el estado de su Diócesis; y como si pudiera leer sus pensamientos o conociese los más íntimos anhelos de su corazón, le pregunta si tiene en ella algún convento de Carmelitas Descalzas.

—Santísimo Padre —responde—, éste es uno de los más ardientes deseos de mi corazón y uno de los asuntos que deseo resolver cuanto antes.

El augusto Pontífice, que nombrará Patrona de las Misiones a una humilde Carmelita, le alienta y conforta animándole a llevar a cabo esta empresa que bendice especialísimamente.

La segunda fundación de la Madre Maravillas había de surgir de una visita en el locutorio. Estamos en septiembre de 1932.

El día anterior, 14, las Hermanas han renovado sus votos en manos de la Madre y han prometido emplearse en pedir por el reinado del Corazón de Jesús en el mundo entero y en España.

En el mundo entero... Aquel ambiente de fervor que la Madre sostiene en su convento es un clima propicio para todas las generosidades. Ya está anunciada la visita y las Hermanas van al locutorio con la emoción de recibir la bendición del que tiene tantos títulos a su amor y veneración. Carmelita, misionero y Obispo.

Quiere hablar a la Comunidad. ¿Están todas? No, falta una. Precisamente esos días está haciendo Ejercicios. Pero la Madre, que conoce sus deseos, aunque no es costumbre, la manda llamar. Y el Señor Obispo habla:

—Necesito oraciones, muchas oraciones para el crecimiento de esta misión que ahora empieza a vivir por sí misma: oraciones para consolidar y perfeccionar las cristiandades ya formadas en ella y para atraer al seno de la verdadera Iglesia tantos millares de paganos y para ello, ¿qué mejor que un convento de Descalzas, que por su Regla y Profesión estarán día y noche orando y suplicando al Señor por su grey...?.

La Hermana que estaba haciendo sus Ejercicios el día de la visita de Monseñor Buenaventura, es la Hermana Rosario que conocimos en El Escorial, una de las cuatro fundadoras del Cerro de los Angeles. La Madre la ha llamado porque sabe que el fuego de las misiones ha prendido hace tiempo en su generoso corazón. En efecto, como la Madre pensaba, esta visita ha sido el último toque de la gracia. Llena de entusiasmo la Hermana Rosario se ofrece para la misión, no es la única; otras Hermanas sienten la misma llamada. La Madre sigue la obra de Dios en las almas. Espera prudentemente algún tiempo y viendo que todas persisten en sus deseos, escribe a Monseñor Buenaventura y con gran sencillez y humildad le manifiesta los deseos de todas:

«Estas sus hijas del Cerro de los Angeles se le ofrecen de todo corazón, para ir en cuanto V. E. I. lo desee, a comenzar nuestra hermosa vida de observancia en aquella su amada diócesis de la India, orando y sacrificándose por aquellas almas y ayudando así a pesar de su indignidad a la labor de sus amados Padres». A esta carta de la Madre, acompañaba otra de la Hermana Rosario.

No se hace esperar la respuesta del Prelado, que dice así:

«Reverenda y amada Madre en Jesús: Su carta y la de la Hermana Rosario me han dado un gran consuelo. Lo que por ahora puedo decir es

que continúen con esos grandes deseos de sacrificarse por Jesús y las almas y rogando para que el Señor suscite alguna persona pudiente que salga con los medios necesarios. Estoy en que Dios quiere la fundación, porque su representante en la tierra la quiere. No las olvidaré porque son las primeras que se han ofrecido por escrito. Mañana salgo para Alba donde rogaré a Nuestra Santa Madre para que nos ayude a llevar a cabo el proyecto, rueguen mucho por mí. Con mi bendición quedo de Vuestras Reverencias siervo y hermano en Jesús, † Fr. Buenaventura. O. C. D.».

Ya de vuelta en su Misión, el Señor Obispo consulta el asunto con sus consejeros que reciben la idea con entusiasmo». También la aprueba y bendice el Padre General de la Orden del Carmen, por lo que en febrero de 1933 llega al Cerro de los Angeles el «sí» definitivo y la licencia oficial en la que «con verdadero júbilo» Monseñor Buenaventura admite la fundación en su diócesis.

Todavía no se sabe del todo —y hay una gran curiosidad por saberlo —quiénes son las escogidas para la fundación. El Obispo ha manifestado su deseo de que las que vayan sepan algo de inglés. La Madre organiza las clases. La maestra es la Madre María Josefa. Las discípulas todas las »probables» y alguna más que meten »para despistar». Estas clases son el punto de referencia para orientarse sobre quiénes son las siete escogidas. Si alguna falta dos días, se la descarta de la lista. Si asiste alguna «nueva» se comprende que es de las que se va. Así los sacrificios se endulzan con alegría carmelitana y las penas no quitan el ambiente de sano optimismo. Aunque las clases se llevan con toda seriedad, a veces, las tentaciones de risa pueden más que el silencio. Una de las asistentes es una Hermanita vizcaína a quien no le interesa la gramática ni la ortografía. Ella quiere que lo enseñen lo suyo, lo de la cocina; si una vez tiene que hablar en inglés, lo que necesita saber es cómo se dice «el cazuela» y «el sartén».

Estas Hermanas que tanto aman las misiones serán capaces de todos los sacrificios.

Poco a poco se va sabiendo quiénes son las siete escogidas. La única que parece seguro que no va es la Madre. Se ha ofrecido y espera ver en la respuesta la voluntad de Dios. Esta ha sido negativa como se deduce de una carta suya a Monseñor Buenaventura:

«Yo me tengo que contentar con ofrecer al Señor mis pobres deseos de ir por esa Misión. Me dice Nuestro Padre que 'no' y en esto comprendo que no merezco esta gracia tan grande. El Señor que nos conoce sabe que cualquiera de estas Hermanas llenarán y ocuparán mejor esas plazas, pues

a mí toda la vida se me va en deseos de ser una verdadera Carmelita que nunca pongo en práctica. Le hago esta confesión, señor Obispo, para suplicarle una oración por esta pobre...».

En estos mismos días pide la licencia para la fundación al señor Obispo de Madrid-Alcalá; don Leopoldo contesta pronto y con la afectuosa complacencia de siempre. Dice así:

«Querida hija en el Sagrado Corazón: Me edifica y consuela mucho su última carta que acabo de recibir. De todo corazón apruebo, aplaudo y bendigo la idea de desprenderse de allí y volar a las santas Misiones. Las que se vayan seguirán adorando y expiando allá y también acá donde quedará mucho de ello, sólo para Jesús. ¡Adelante! Un gozo celestial llena mi corazón al darles este permiso».

Como en toda obra de Dios surgen dificultades nacidas sobre todo de la falta de medios materiales. El Padre General bendice la fundación, pero lamenta no poder contribuir económicamente. La Misión es pobre. Las monjas tampoco tienen nada.

A la Madre Maravillas no parece preocuparle mucho esto. Si Dios quiere que se haga, no le costará ningún trabajo suscitar almas generosas que ayuden con limosnas. Su confianza no se ve defraudada. Hay una persona que se ofrece a pagar todos los pasajes, sin más condición que la de no dar su nombre.

Al irse sabiendo la noticia de la fundación, las familias de las Hermanas y otros bienhechores del convento rivalizan en generosidad. Algunas Comunidades de religiosas de vida activa quieren también contribuir con ornamentos, velas, flores, medicinas, imágenes, vasos sagrados, etc. Llueven limosnas para las Carmelitas «misioneras». ¡Qué bien hace la Madre en confiar en Dios descansando en su Providencia!

Su amor a la pobreza no quita el que, siguiendo los impulsos de la caridad, trabaje con toda su alma para que a sus hijas no les falte al menos lo más indispensable. Pronto la Comunidad del Cerro, como un enjambre de abejas laboriosas, se multiplica sin dejar sus ordinarios trabajos, para preparar cuanto puedan necesitar en la nueva fundación. Unas a tejer el sayal carmelitano, la estameña y el hilo para las capas, tocas y velos; otras a cortar y a coser. Otras a preparar ornamentos, arreglar imágenes, copiar música, hacer alpargatas, etc.

La Madre, como siempre obediente, no quiere hacer nada sin consultar al Obispo de Vijayapuram. El 18 de febrero de 1933 le escribe una carta en la que se puede admirar su sumisión al Prelado y su inmenso

deseo de ayudar a su Orden y a aquellos santos Carmelitas que con tanta generosidad gastan su vida en las avanzadas de la Iglesia.

El Obispo habría querido tener el convento hecho, al menos en parte, para cuando lleguen las monjas, pero la Madre le expone con humildad que quizá fuese mejor alquilar una casita pobre donde pudieran instalarse desde el principio, para poder desde más cerca estar al tanto de las obras y explicar de palabra cosas que requieren los usos y costumbres de nuestros conventos.

Claro que esto supone mucha más Incomodidad y trabajo para las monjas, pero más vale estar mal una temporada con tal de que el convento definitivo quede bien.

«Además —añade la Madre—van con muy buenos deseos, y dispuestas al sacrificio, cosa bien natural, concediéndoles el Señor esta gracia tan grande de poder ayudar con sus oraciones y vida de santa observancia a los trabajos de Nuestros Padres para la salvación de las almas. Si esto le pareciera bien a V. E. dirá cuándo habrían de salir y de todos modos, como tardan tanto las cartas, podía hacer caridad de ponernos un cablegrama o como se llame, dictándonos su decisión. Ellas están dispuestas a hacer lo que les mande el señor Obispo, salir en seguida o hacerlo en noviembre».

«¡Un cablegrama o como se llame!» Ni para escribir a un Obispo deja su estilo llano y sencillo que tanto recuerda al de las cartas de Santa Teresa.

Varias cartas más se cruzaron entre Monseñor Buenaventura y |a Madre Maravillas en las que se van ultimando todos los detalles relativos a la fundación. En todas ellas se echa de ver el espíritu sobrenatural y los fervorosos deseos de la Madre y de las hijas. En una de ellas leemos:

«No se preocupe por ellas, pues van muy dispuestas a sacrificarse, y deseando abrazarse con la pobreza. Este es un atractivo más para las Misiones, pensar que la pueden practicar como la Santa Madre quería».

Mientras tanto, y más aún que de los preparativos materiales, se ocupa la Madre del provecho espiritual de las futuras misioneras y de prepararlas con todas las gracias necesarias para enfrentarse con los grandes sacrificios que les esperan. Para esto hace venir al «santo» Padre Juan Tomás, Carmelita Descalzo, ya conocido, para que les dé los Ejercicios Espirituales.

Además, con gran prudencia no duda en retrasar unos meses el viaje para que sus hijas puedan hacerlo acompañadas del Padre Zacarías, Misionero Profesor del Seminario de Alwaye. Este la visita en el Cerro en el mes de junio y el viaje queda concertado para primeros de septiembre. Es un viaje tan largo, con tantos cambios y transbordos, que le parece mejor que vayan con el Padre.

No ha pasado un año desde que Monseñor Buenaventura visitó por vez primera el Cerro de los Angeles y ¡cuántas cosas han pasado!

La Madre le escribe:

«Cuánto tiempo he dejado pasar sin escribirle, deseando siempre tanto hacerlo, y ya casi si me descuido, va la carta con nuestras amadísimas Hermanas, quienes ya, dentro de un mes, Dios mediante, emprenderán su marcha. ¡Qué providencial ha sido todo lo de esta Fundación! ¿No es verdad, señor Obispo? Ahora lo que es necesario es que sean fieles a esta gracia que el Señor les hace y florezca ese palomarcito con todas las virtudes que nuestra Santa Madre quería en sus hijas. Así lo espero, pues ellas no tienen otro deseo, y allí todo debe ayudar a ello».

Al fin llega el día tan temido y tan deseado para todas. Deseado, porque van a poder ofrecer algo a Dios; temido, porque el pobre corazón siente el dolor de la separación. El himno del Misionero que tantas veces han cantado en esas inolvidables recreaciones sentadas junto a la cruz de piedra de la huerta, mirando a la imagen del Corazón de Cristo, se va a convertir en una realidad:

«Mañana en un frágil barco
he de embarcarme en la mar,
diré un adiós a mi Patria,
el último adiós quizás.»

Eso lo saben seguro unas y otras. Se despiden hasta el cielo.

¿Qué siente la Madre al ver partir a sus hijas allí, donde sin duda alguna les esperan tantos padecimientos y trabajos? Por estos días ha escrito:

«Salen todas muy animadas, aunque las que se van y las que se quedan sintamos muy vivamente el sacrificio de la separación».

Exteriormente nadie le nota nada y su ejemplo ayuda a todas a conservar la serenidad hasta el último momento.

Una de las Hermanas que va a ir a la fundación no puede impedir sus lágrimas que se le escapan a cada paso.

La Madre le dice que no llore, que cuando ella se muera su primera visita será para la India...

No le da la Hermana importancia a estas palabras, en las que sólo veía el consuelo que quería darle a ella, ¡que tanto la sentía!

Pero algo que sucede después de muerta la Madre, se lo hace recordar. Porque justamente echo días antes de recibir la noticia de su muerte por vía normal, por una carta de las Madres de San Calixto, ya tienen en Kottayam la seguridad de que la Madre ha muerto.

Ha sido un sueño —según dice una monja desde India—. Pero el hecho es que ese «sueño» le ha descubierto una realidad. En el momento en que ella ve a la Madre Maravillas como en un cortejo y envuelta en una gran claridad, diciéndole: «Sí, hija mía, soy yo», estaba su cuerpo muerto delante de la reja del Coro de La Aldehuela, recibiendo las oraciones de la Iglesia en el funeral, antes de su entierro. A miles de kilómetros de distancia.

* * *

Les encarga mucho la Madre que no le dejen de dar noticias, cuantas más mejor. Las cartas si van por barco tardan mucho, si por avión, no se puede escribir muy largo. En vista de esto prometen escribir un *Diario* contando detalladamente los hechos de cada día. Así, aunque sea tarde, conocerán hasta las menores menudencias del viaje. Además lo escribirán entre todas para que pueda tener un recuerdo de todas sus hijas.

Este *Diario* se conserva en el Cerro de los Angeles, y él ha dejado ver mejor que nada el espíritu de las misioneras y sus sentimientos más íntimos.

«…Como nos pidió, Madre, le contásemos todo nuestro viaje, voy a empezar. Salimos del Cerro el lunes 11 de septiembre, que el Señor, en su misericordia infinita, había fijado desde toda la eternidad para que le ofreciésemos ese sacrificio tan agradable a su Corazón y que tanto costó al nuestro. Subimos a la ermita y allí nos esperaba la Santísima Virgen, que no sabe, Madre, qué consuelo nos dio. Le cantamos la Salve y en seguida bajamos y nos postramos a los pies del Monumento. Todas sentíamos una paz y una alegría que sólo Dios puede dar...»

Imposible seguirlas paso a paso.

A bordo de el Fulda han instalado un pequeño Carmelo ambulante en un rincón de cubierta que han acotado para ellas y que estrenan el día 14 de septiembre, haciendo su renovación de votos en alta mar. Nada les falta en punto a asistencia espiritual, pues en el barco van muchos misioneros. Ni un solo día dejarán las Carmelitas de seguir su vida de observancia: Misa, Comunión, Oficio Divino y recreación; el resto del día trabajan en silencio ante aquel escenario de mar y cielo infinitos que tanto les habla de Dios.

«Ya pueden pedir por este pequeño Carmelo que va flotando por los mares», escriben al Cerro.

España se ha quedado ya muy lejos. Al pasar por el Monte Carmelo, cantan la Salve y el Ave Maris Stella. Aquel rinconcito del puente llama la atención de los pasajeros y por el barco se empieza a decir que pueden ir tranquilos, porque va un «Carmelo a bordo».

El día de Santa Teresita desembarcan en Colombo, en la isla de Ceylán, precioso puerto con su forma de concha, donde en cinco años más de la mitad de la población se había convertido al catolicismo.

Después de penalidades sin cuento, llegaban a Tuticorin, tierra santificada por San Francisco Javier, el día 7 de octubre, día de Nuestra Señora del Rosario.

El Obispo, clero y religiosas las recibieron con entusiasmo. Aún más entusiasta fue el recibimiento de Kottayam.

Monseñor Buenaventura las visitará a diario, les enseñará inglés, se interesará por cuanto necesiten.

Pasaron unos días con las Hermanas Carmelitas Terciarías que las recibieron con gran cariño. Con ellas estarán hasta la Víspera de Santa Teresa, día en que se instalan en la casita que les tiene preparada el señor Obispo junto a un gran río en una verdadera selva de plátanos y cocoteros. Una casa provisional, donde hicieron sus primeros conocimientos con toda clase de animales propios de aquellos lugares; ratas gigantes, culebras, hasta un caimán salió una vez del río y cruzaba el campo para darles la bienvenida, y otra vez, «una culebra de lo menos tres metros, pero como salía del río, decían no era de las venenosas».

En la mañana del día 14 de octubre, en la pobre capillita adornada con ramas y flores tropicales celebra el señor Obispo la primera Misa, y en aquellos momentos de incontenible emoción, todos los pensamientos vuelan a España, a la Madre de todas que ha sido el alma de esta

fundación. Por la tarde cantan por primera vez las Vísperas del Oficio de Santa Teresa. Y para que nada falte en ese día, llega por correo aéreo una carta del Cerro de la que nunca dejará de ser su Madre.

La Madre Rosario, Priora ya del nuevo palomarcico, termina así este Diario, que todas van a firmar para mandárselo cuanto antes:

«¡Qué momentos aquéllos! Jesús debió de sonreír viendo nuestros corazones hechos jirones y que al recordarlo caen de nuevo los lagrimones como las enormes gotas del monzón. Pero ¡qué paz! Son las doce de la noche. Todas estas hijas de Vuestra Reverencia descansan alegres y contentas en sus pobres tarimas. En el río se siente de vez en cuando algún indio que atraviesa en su piragua y se para enfrente de la pagoda. Esto desgarra el alma y quita las ganas de dormir. El Señor en el Sagrario vela el sueño de sus Carmelitas, desde las rendijas del suelo veo el resplandor de la lamparilla. ¡Qué paz se siente y qué aislamiento del mundo! Parece que nos encontramos en la antesala del cielo. Esta casita tiene los encantos de Nazaret y las delicias de Belén. ¿Puede haber mayor gozo para nuestros pobres corazones que no desean otra cosa que perder el seso por completo por El?»

Van a visitar lo más posible las obras del convento que se está haciendo en un montecito llamado «Kurikunum», en las afueras de Kottayam. Para esto iban en un barco, como una chanela, que los indios empujan con unos palos largos en vez de remos. Los elefantes subían la madera para la obra, grandes árboles como si llevaran una paja. Aquí estuvieron desde octubre hasta el 14 de junio en que se trasladaron ya a su convento.

En carta de 22 de junio de 1934, Monseñor Buenaventura comunica al Padre General de la Orden del Carmen, que el día 14 tuvo lugar la inauguración del nuevo convento de las Madres Carmelitas:

«Va están pues las Madres en su nuevo palormacito, después de haber sufrido bastante en la casa en que han habitado los últimos seis meses. Sólo que ellas lo han pasado muy alegres y contentas por los grandes deseos que traían de sufrir por Jesús y por las almas. El convento está emplazado en un cerrito, coincidencia que conmueve a las fundadoras. La vida de observancia se lleva en todo como en el Carmelo del Cerro.»

Ellas también contaron cómo fue la inauguración. Asistieron cuatro Obispos, llevaron el Santísimo en procesión desde la Catedral del Buen Pastor. Los cristianos adornaron todo el camino con plantas de plátano con sus frutos y con palmeras. Los Padres cantaron los himnos de los Maitines

del Corpus, luego el sermón en la iglesia en malayalam. Ellas dicen que debió ser precioso. El Kurikunum se llamó desde ese día Monte de Santa Teresa.

La lengua oficial de St. Teresa's Mount es el inglés. Con gran constancia y tesón empiezan a traducir todo lo que según los usos y costumbres del Carmelo va a serles más necesario. Las sentencias que se cantan al levantarse y al acostarse, los, títulos de las lecturas, etc. La Madre Priora traduce con trabajo al inglés las exhortaciones que quiere dirigir a sus hijas en el capítulo y luego lo lee.

Primera piedra del convento de Kottayam, el 15 de octubre de 1933.

Es que han empezado a entrar algunas jóvenes indias, y ya no pueden continuar como al principio haciéndolo todo en español. Es un trabajo duro para las españolas, pero sus nuevas hermanas hacen todo lo posible por suavizarlo y lo consiguen. Es tal el amor, la veneración y el entusiasmo que aquellas postulantes sienten y demuestran por el Carmelo, por Santa Teresa, por «nuestra Madre Maravillas» como la llaman siempre, y por España, que todo se hace mucho más fácil.

Aquellas Carmelitas indias son espíritus elevados, muy inteligentes y profundas. En poco tiempo son tales los progresos que pueden seguir perfectamente a las Hermanas españolas.

Piden a la Priora que al menos la recreación sea en dos partes. La primera media hora están en India y hablarán en inglés. Cuando el reloj da la media son ellas las que prorrumpen en exclamaciones de alegría: «¡Ya estamos en España!» Esa otra media hora hablan en español.

Dicen que no hay penitencia comparable a la del cansancio que produce a los misioneros el clima tropical. Las Carmelitas de Madre

Maravillas no son una excepción. El sudor es tal, que varias veces al día tienen que retorcer la toca que chorrea. La ropa de lana, a la que no han querido renunciar, pegada a la carne da un escozor y unos picores casi irresistibles. La presión atmosférica, sobre todo cuando se hace de noche, produce una especie de ahogo como si faltara el aire para respirar.

Visitantes asiduos de sus celdas son los bichos de todas clases. No son pocas las veces que las Hermanas se encuentran con culebras al salir de casa, por la huerta y aun dentro. Las escenas que cuentan unas y otras en sus cartas están llenas de un sabor típico y de una animación que las hace ocultar lo que tienen de sacrificio.

Iglesia y convento de Kottayam

El muchacho que va a coger culebras, que luego venderá por el valor de sus pieles, entra en clausura con un cesto y una especie de flauta. Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y empieza a sonar aquella música que atrae a las culebras, que salen de sus escondrijos. Luego un golpe certero las atonta y el cesto sale cargado.

O el que entra para limpiar los cocoteros de unas orugas o gusanos grandes que hacen enormes destrozos: tantas orugas, tantas rupias...

Todos los sacrificios son pocos. Cerca del convento hay un templo hindú dedicado al dios Ayapó. Unas veces es después de Completas, en esos ratos de oración en la celda a solas, otras mientras rezan el Oficio, que coincide con las caravanas de hindúes que van hacia el templo gritando: «¡Ayapó, Ayapó!» Cuanto más fuerte gritan ellos, más suben las voces de las Carmelitas cantando las alabanzas de Dios.

Pasados unos años y viendo la gran cantidad de vocaciones que había allí para el Carmelo, decidieron hacer una nueva fundación. No tenían dinero, pero ¡ya lo mandaría el Señor!

Pensaron primero en Goa, pero no pudo llevarse a cabo. Les hablaron entonces de Karwar, lugar de buenísimos recuerdos para la misión carmelitana. El Patriarca les animaba a que fueran lo antes posible.

Ratos amargos les esperaban en Karwar. Era un lugar solitario, de vistas maravillosas. Pero no había más que una casucha indecorosa, asequible solo a las fieras.

Anécdotas curiosísimas, contadas con mucha gracia y humor, llegaban a España en sus cartas.

Estuvieron allí un año. Karwar abundaba en monos que por todas partes aparecían.

Rezaban el Oficio las monjas en un cuarto de la casita aquélla. Como tenían por costumbre, se turnaban los coros para sentarse durante el rezo. Por las ventanas abiertas, se asomaban los monos que miraban curiosamente todo lo que hacían las monjas.

Ellas solían dejar los breviarios encima de los bancos donde se sentaban. Una vez se encontraron con varios monos metidos en el Coro y sentados en los bancos, con el breviario entre las manos, como habían visto hacer a las monjas.

Otras veces, muchas, grupos de monos en pandilla se acercaban a ellas con la mano extendida pidiéndoles algo de comer.

El Obispo, viendo que allí era imposible hacer la fundación, las llamó a Kerala de nuevo.

En Tiruvalla, les cedió unas casitas de la misión. Con una grandísima pobreza, empezaron allí la vida regular. Con hojas de coco se cerró la clausura; una ventana acondicionada hacía de torno y así todo lo demás.

Al fin un Padre se presentó un buen día ofreciéndoles un terreno con una horrorosa leyenda de demonios. Nadie quería comprarlo. Ellas se fueron allí encantadas de quitarle al demonio su posesión. En seguida empezaron a entrar postulantes. Tuvieron muchas y buenas vocaciones.

Esto era en 1950.

En 1958 recibe la Priora de Kottayam una carta del señor Obispo de Quilón, Monseñor Jerome Fernández, pidiéndole la fundación de un Carmelo en su Diócesis. Dice así la traducción:

«Obispado de Quilón. S. India. 27 Sbre 1958:

Muy Rev. y querida Madre Priora,

El Señor está aquí y la llama.

Es necesario que vengan 'Marías' a fundar una Casa poderosa para todos los trabajos de nuestra Misión.

En el nombre del Señor la invito a fundar un monasterio en esta antigua misión Carmelitana. Le ruego que vengan a ayudarnos. ¡¡Vengan!!

Con mi cordial bendición.

Suyo en Jesús y María,

Jerome Fernández, Obispo de Quilón.»

Fue recibida con gran alegría por toda la Comunidad, pero surgieron dificultades que hicieron imposible su realización entonces. Al fin, solucionadas éstas, se puso la primera piedra el 10 de agosto de 1964. Nuevos contratiempos, esta vez por falta de recursos para hacer las obras, obligaron a construir solamente una parte del convento, donde ya pudieron ir las Hermanas destinadas a la fundación, que salieron del convento de Kottayam el 23 de octubre de 1966.

La ceremonia había sido anunciada en todas las parroquias de los alrededores y había hasta pueblos enteros con su Párroco a la cabeza. Todo el trayecto desde la parroquia al convento, por donde iban a ir en procesión, estaba engalanado a lo oriental.

Quedó el Santísimo en la pequeña iglesita y empezaron la vida de observancia en su medio convento. El Niño Jesús de Praga les terminó la obra, pues poco después de recibir su Imagen y encomendarle esta necesidad —que era muy urgente, ya que si no tenían terminado el convento no podían tener clausura papal ni recibir postulantes—, fue todo adelante de tal manera que en 30 de octubre de 1967 quedó todo terminado y puesta la clausura.

El Niño Jesús de Praga se portó como generoso Fundador y la Comunidad le profesa una devoción extraordinaria

De los tres conventos llegaban cartas en español a la Madre Maravillas. Todas la quieren muchísimo.

Ella les corresponde, las tiene por hijas igual que a las de España, le gusta conocer a todas y cada una. Recibe siempre con alegría sus cartas, se

interesa por todo lo suyo, por sus familias, por las vicisitudes y problemas de su Patria y hasta por los menores detalles de la vida conventual.

Se preocupa de sus necesidades, enviándoles monjas en varias ocasiones; y ayudas económicas siempre que puede.

Se goza viéndolas llenas de grandes deseos, «ánimas animosas», verdaderas Carmelitas como las quería su madre Santa Teresa.

* * *

Casi nunca ven las Carmelitas el fruto de sus trabajos.

Pero algunas veces Dios descorre el velo, y les deja ver el fruto de ese apostolado fecundo que es la vida de oración.

Unas veces es un joven que acude al torno, sediento de que le hablen de ese Dios por quien ellas lo han dejado todo; otras veces es un poblado entero que quiere recibir el agua regeneradora del Bautismo.

Cheriam es un muchacho jacobita que vive cerca de la casita del río. Cuando va a bañarse oye en la otra orilla voces como de rezos y cantos que le parecen muy distintos de los que se oyen en los templos paganos.

Pregunta y le dan la explicación: Son unas monjas que han venido de Europa y están haciendo un convento en un Cerro próximo llamado Kurikunum.

Unas monjas de Europa... ¿Qué habrán ido a buscar allí? Porque no salen ni tienen escuelas ni hospitales, no hacen más que rezar. Pero esos rezos atraen misteriosamente a Cheriam, que al salir de la oficina va todas las tardes a ver las obras del nuevo convento. Una vez terminado y trasladadas a él las monjas, parece haber acabado su misión, pero algo le arrastra hacia aquella iglesia solitaria. Le gusta ir a las horas en que las monjas rezan el Oficio Divino y, sentado en un banco, escucha aquel rezo que no entiende. Tampoco entiende el mudo lenguaje del amor que desde el Sagrario llega a su corazón Pero sigue allí sentado, no sabe por qué, y vuelve una tarde, y otra y otra...

El corazón del joven jacobita se va calentando. Ha observado que las Hermanas ponen flores en el altar sólo para Jesús, porque en aquella iglesia entra todavía poca gente. El también quiere llevar algo a aquel Oíos desconocido. Y trae flores de su jardín que al marchar deja con disimulo sobre un banco de la iglesia. No piensa que nadie le ve ni sabe que detrás de las rejas hay unas Carmelitas que rezan por él. No le hablan, no le escri-

ben, no hacen nada por conocerle ni por instruirle. No hacen más que rezar.

Poblado jacobita convertido al catolicismo por la influencia del convento de las MM. CC.

Cuando Cheriam se acerque por primera vez al torno, lo tiene ya todo decidido. Se va a hacer católico y, más aún, quiere ser sacerdote, detrás de él toda su familia abraza la religión católica. Hoy es Obispo y Prelado de aquellas monjitas que pedían su conversión[33].

La Madre Teresa en el cielo puede estar contenta:

«Y así me acaece que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen; por ser ésta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer»

[33] Mar Athanasius, Obispo de Tiruvalla que quiere como un padre a su Comunidad de Carmelitas, y ellas le corresponden con afecto filial.

Capítulo 15

Años en guerra

El 18 de mayo de 1935 operan a la Madre María Josefa, no en un quirófano provisto de todos los adelantos modernos, sino en una pobre celda del Carmelo del Cerro.

Con su acostumbrada entereza la Madre Maravillas acompaña y conforta a la enferma y asiste a toda la operación. Cuando la Madre María Josefa abre los ojos, se encuentra con su joven Priora de rodillas junto a su cama.

Los médicos han quedado sin ninguna esperanza, pero a la Madre procuran suavizárselo. Poco a poco la Madre María Josefa se va recuperando. Durante algún tiempo, su temperamento ardiente y animoso se sobrepone y parece que va a triunfar.

Se la ve otra vez con el mismo entusiasmo de siempre interesarse por los menores detalles caseros y de los grandes negocios de la gloria de Dios.

Pero pronto el cáncer se reproduce con mayor virulencia y hace tales estragos que la enferma, de cintura para arriba, es una pura llaga.

Con admirable conformidad y paciencia se entrega en manos de Dios y de su Priora que, desde entonces, no cederá a nadie su oficio de enfermera.

Hace ella misma las curas que duran dos o tres horas. El menor roce en la herida le produce terribles dolores.

Pasa también las noches con ella; durante el día se desvive para que no pueda llegar a la Madre la menor noticia que le preocupe e inquiete, ni de casa ni de fuera, cosa esta última bien difícil, pues la situación de España es cada vez más crítica. En medio de su pena tiene el consuelo inmenso de ver a la enferma hecha una santa, con una entrega, una paz y un olvido de sí que sirve de ejemplo a toda la Comunidad.

Cuesta trabajo a las Hermanas arrancar a la Madre Maravillas de su lado para que descanse algún rato o para que tome algún alimento. ¡Cómo la va a dejar! Ella misma se lo pide:

«No se vaya, Madre —y añade—: Yo sí me voy, me voy al cielo.»

Murió el primer viernes, 2 de julio del año 1936, en que se juntaban sus dos grandes amores: el Corazón de Jesús y la Santísima Virgen, Con esa paz y alegría de quien ha vivido deseando siempre el encuentro definitivo con Dios.

Doce Padres Carmelitas, con el Padre Vicario, Fray Florencio del Niño Jesús, vinieron de Madrid para su entierro. Así fue conducida hasta el cementerio conventual rodeada de capas blancas, las de sus Hermanas y de sus Hermanos de Hábito que muy pronto se iban a teñir con sangre.

La Madre Maravillas sintió muchísimo a la Madre María Josefa.

Dos años después aún recuerda con pena la pérdida de esta Madre que tanto la ayudó desde los primeros años de su vida religiosa. Dice en una carta al Padre Florencio en Batuecas.

«Me acordaba mucho de la Madre María Josefa, que era para mí una madre y en quien tanto apoyo encontraba para todo; en fin, que el sentirme tan sola me apretó el corazón y anoche, al ir a la oración, no teniendo ya que disimular, rompí a llorar como una tonta y en el mismo momento sentí dentro de mí estas palabras: 'No te basto Yo', dichas con tanto amor, que se cambió en felicidad mí amargura y desde entonces no puedo pensar en otra cosa ni hacer más oración que recordarlas».

No es necesario ni entra en los fines de esta historia hacer una relación de lo sucedido en España desde el 18 de julio de 1936 al 28 de marzo de 1939. A nosotros sólo nos toca descubrir los misteriosos designios de Dios detrás de estos años difíciles. Así lo dijo Su Santidad Pío XII en su mensaje a los refugiados españoles:

«Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La nación escogida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la religión y del Espíritu.»

En este ambiente de horror y de sangre, de amenazas y de heroísmo, tiene que desenvolverse la Madre Maravillas, que cuenta a la sazón

cuarenta y cinco años y es Priora de una Comunidad de veinte monjas, en su mayoría mucho más jóvenes que ella.

En este tiempo brilló como nunca quizá el valor, la fortaleza, el equilibrio, la serenidad y el heroísmo de la Madre.

Desde el 18 de julio, Madrid es teatro de todo género de crímenes y atropellos. Las noticias que llegan al torno del Cerro son cada vez más alarmantes. Madrid está dominado por el terror. Monjas y frailes, sacerdotes y religiosos son arrancados de sus convenios y viven escondidos, huidos; muchos de ellos asesinados. Religiosas ancianas e imposibilitadas sufren un doloroso calvario en cárceles, checas, sometidas a toda clase de vejaciones y malos tratos. Algunas no pueden resistir tanto dolor y mueren en algún hospital o asilo.

La Madre Maravillas permanece tranquila en su convento y espera, con profundo dolor, eso sí, pero con paz y serenidad el giro de los acontecimientos.

Como en el año 1931 las familias de las monjas que quedan en Madrid, acuden angustiadas y tratan de convencerlas de que salgan. Repartidas entre sus familias, cada una en su casa estarán más seguras, pero ninguna accede. No, no, ellas están allí acompañando al Corazón de Cristo... Correrán su misma suerte. Lo que sea de El será de ellas. Y las familias desisten conmovidas.

Saben las monjas —porque la Madre se lo ha dicho —que tienen libertad total para hacer lo que quieran; salir del convento, refugiarse en sus familias, vivir escondidas en grupos, tratar de salir de España, lo que quieran. Pero sabe la Madre, y esto agrava su situación y hace brillar más su heroísmo, que aquellas veinte Carmelitas la seguirán a donde quiera que vaya, sin el menor temor, sin la menor sombra de duda, seguras de que, siguiéndola a ella, cumplen la voluntad de Dios.

La noche del 21 al 22 es particularmente dolorosa, se teme un ataque a Getafe. Reunidas en el coro, las monjas la han pasado en oración pidiendo a Dios perdón y ofreciendo sus vidas en reparación de tantos pecados. La Madre alterna entre el coro y una ventana, desde la que puede ver los coches que se detienen junto al Monumento y los grupos siniestros que lo rodean.

Después de Misa, la última Misa que va a celebrarse en el Cerro, se disponen a atender a sus quehaceres. En esto la campanilla del tomo toca a rebato una y otra vez. ¡Ya están ahí! La Madre, a través de su celosía, ha

visto llegar dos camiones de guardias de Asalto con un fuerte refuerzo de milicianos. Baja tranquila al torno y se entrevista con el responsable.

Tienen que abrir inmediatamente —ordena éste—, pues vamos a hacer un registro en el convento. Después tienen que salir todas porque se espera un bombardeo del enemigo.

La Madre resiste cuanto puede, alegando que no les importa el bombardeo, que se refugiarán en los sótanos... Pero pronto se convence de que todo es inútil. Traen una orden de detención escrita. Abren la puerta reglar. Varios grupos se dispersan por el convento, pero pronto vuelven malhumorados al no encontrar los tesoros con que soñaban. La Madre consigue que salgan y que las dejen unos momentos solas para recoger sus cosas. Antes pregunta si podrán salir con sus hábitos.

— ¿Tardarán mucho en cambiarse? —pregunta el jefe.

—Sí, mucho, mucho...; como no tenemos costumbre.

—Pues entonces, salgan como quieran.

La Madre reúne a las Hermanas.

Dice la relación de una de las monjas: «Íbamos detenidas. El Señor nos concedía lo que tanto habíamos pedido: ser mártires, morir con nuestro santo hábito y cerca de aquel Monumento que tanto amábamos.» No dudaban que las sacaban para matarlas.

Fuera, los milicianos se impacientan. A toda prisa recogen sus breviarios, sus capas y algunas otras cosillas. Consumen el Santísimo de todos los copones.

Un momento de intensa emoción es también cuando las novicias hacen en el coro su Profesión Solemne en manos de la Madre: «Hasta la muerte...» Esa muerte que se siente tan cerca. Después la Madre bendice a sus hijas que han caído de rodillas a sus pies y, sencillamente, sin más, van a la portería. Hasta ellas llegan las voces de los milicianos en el zaguán.

Al abrirse la puerta se hace un silencio imponente. Las monjas con las capas al brazo y los velos por la cara, salen entre una doble fila de guardias y milicianos, que parecen más impresionados que ellas. Con la mayor naturalidad se dirige la Madre al responsable y le pide permiso para despedirse del Monumento. Sin duda el pasmo que le produce tal petición, que no esperaba, le hace acceder, a pesar de la prisa que tienen.

La Madre empieza el *Te Deum,* que las monjas prosiguen mientras van hacia el Monumento. El Capellán, que muy pronto dará su vida por

confesar a Cristo[34], les hace la Consagración al Corazón de Jesús y les dice unas palabras llenas de fervor. Todas están con gran serenidad. Sólo se oyen los sollozos de un grupo de amigos que les acompañan[35].

Los milicianos entraron en el convento con ansia, pensando encontrar algo más. Salían diciendo: «¡Bah! Creíamos que había otra cosa... ¡Si no tienen ni camas!»[36].

Se ha puesto en marcha la expedición. Un camión de guardias armados hasta los dientes va delante. Después va el de las monjas custodiadas también por milicianos y guardias que sacan sus fusiles por las ventanillas, como si se prepararan a cualquier ataque, y otro camión como el primero les cierra la retirada.

La Madre se preocupa por uno de sus guardianes que va de pie.

—Estará usted cansado —le dice.

Le hace sitio y le invita a sentarse. El hombre está impresionado.

Han llegado al cruce de la carretera general y un camión que viene de Madrid lleno de milicianos les detiene. Se bajan unos y otros y discuten acaloradamente. La Madre comprende todo. Los e Madrid quieren dar «el paseo»[37] a las monjas y los de Getafe no, pues a pesar de todo, las respetan y quieren. Al fin pueden más los de Getafe y la expedición prosigue la marcha. Otro momento de peligro es la llegada a las Ursulinas. La gente se agolpa alrededor del camión y el ambiente no puede ser más hostil.

---

[34] Este era don José María Vega. Había por entonces tres capellanes en el Cerro, pues, dada la gran devoción al Corazón de Jesús, eran muchas las misas y peregrinaciones que a diario había. Algún tiempo después, estando don José María en la cárcel, hicieron una noche una saca de sacerdotes. A él no le reconocieron como tal y lo dejaban. Pero él, dando un paso adelante, dijo: «Yo también soy sacerdote-, con lo que le mataron ese mismo día con los demás. Otro se llamaba don Félix; y el tercero era don Rafael, el cual les dio a las Madres antes de salir del convento la Comunión y consumió el Santísimo. Este capellán, que había cantado Misa hacía poco, se marchó entonces a una casa de Madrid con su madre, de donde le sacaron para matarle.

[35] Encargadas de la Hospedería, Obreras de la Compañía del Pilar y Obreros de la Compañía de San José que tampoco quieren abandonar el Cerro ni a las Carmelitas, y doña Hortensia que ya no se separará de ellas.

[36] Todo lo sucedido después de la salida del Cerro está contado por Pilar San Millán, residente en Madrid, entonces obrera del Cerro, que presenció y oyó todo lo ocurrido allí después que salieron las Madres.

[37] Término que expresaba la detención de alguna persona a la que sin previo juicio ni condena se la sacaba a las afueras de la ciudad y en cualquier camino se la mataba, generalmente fusilándola.

— ¡Que no se baje ninguna! —grita el jefe.

Manda bajar a los suyos y forman un estrecho pasillo desde la puerta del coche a la del colegio. Una por una van entrando las Carmelitas.

Desde aquí acompañarán al Corazón de Jesús. Mientras El esté en pie, ellas permanecerán con El.

La Superiora del colegio de San José, regido por religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos, que están amparadas por la bandera francesa, acoge a la Madre Maravillas y sus hijas con una caridad que ellas nunca olvidarán. Ha puesto a su disposición un cuarto para la Madre y el dormitorio de las niñas para las Hermanas. En aquella sala la Madre organiza un Carmelo, de modo que ni un solo día se deje de guardar la vida de observancia: oración, rezo del Oficio Divino, limpieza de su dormitorio, fregado, recreo, silencio que guardan fielmente...

Pero algo les falta. Lo único que desean y que necesitan. El Sagrario está vacío. No pueden oír Misa ni comulgar. No ha quedado un solo sacerdote en Getafe. Varios guardias de Asalto vigilan la casa para que no se cometa ningún desmán con ellas.

La Madre sale, sin embargo, una vez. El *Ruso* [38]le exige las llaves del convento y ella le pide permiso para subir y coger algunas cosas que necesitan, ya que salieron tan deprisa sin llevar nada. Va en el coche de un miliciano con otras dos Hermanas, vestidas de seglar, mientras las que quedan en el colegio esperan su vuelta con inquietud. Ya en el Cerro recogen algunas cosas que echan en una sábana extendida en el suelo, bajo la mirada de los milicianos. Aunque la actitud de aquellos hombres es claramente hostil, la Madre les habla afectuosamente y les regala setenta pesetas, el único tesoro que han encontrado en el arca del convento.

En el desván del colegio hay un ventanuco por el que se puede ver muy bien el Cerro de los Angeles. La Madre ha montado allí un turno de vela con las Hermanas y vigila el Monumento como tantas horas le han acompañado desde su convento.

El calor era asfixiante. Con la ayuda de unos gemelos[39] la Madre puede seguir perfectamente todo lo que allí pasa, y pronto tiene que

[38] Así llamaban al alcalde de Getafe. Estuvo desterrado varias veces en Francia en los años anteriores a la república. La Madre le hablaba en francés cuando la visitaba en el locutorio del Cerro.

[39] La Madre contaba que cuando salieron del Cerro, entre las poquísimas cosas que se llevaron, cogió unos gemelos que les habían regalado y que no comprendía por qué se le ocurrió llevárselos.

rendirse ante la realidad. Van a echar abajo la imagen del Corazón de Jesús.

El 31 de julio ve llegar al Cerro una caravana de coches. Unos cincuenta hombres saltan a tierra y suben por las escalinatas del Monumento, trajinan afanosos yendo y viniendo entre las esculturas, sobre el altar, en torno a la base y al pedestal del Sagrado Corazón. De pronto salen todos corriendo y no paran hasta que están bastante lejos.

¿Qué pasará? ¿Habrán desistido? Una explosión pavorosa es la respuesta. El Cerro ha quedado envuelto en una densa humareda. En el oscuro desván, la Madre y sus hijas rezan con los brazos en cruz.

Poco a poco, la nube de humo se va disipando y a través de ella se va perfilando de nuevo la imagen. Las monjas cantan el *Te Deum,* después el *Magnificat*. Se han retirado aquellos desventurados, pero no hay que hacerse ilusiones.

Al día siguiente vuelven y traen con ellos a unos mineros asturianos, especialistas de la dinamita. La explosión coincide con la hora en que las monjas cantan la Salve. Al anochecer el Corazón de Cristo sigue en pie perdonando y bendiciendo. Estas escenas se repiten sin interrupción todas las tardes.

Cuanto más se afanan unos por hacerle desaparecer, más perseveran ellas en amarle y reparar.

Hacen allí su vida. Se han llevado una imagen de la Virgen del convento y sobre un banquillo le han improvisado un altar con dos velas. Allí hacen la oración, recitan el Oficio Divino, rezan día y noche las tres partes del Rosario. Han compuesto unas Letanías con todas las advocaciones de las Vírgenes españolas que rezan en cruz. La Madre dice la advocación y todas contestan: «¡Impídelo, Madre mía!», pidiendo perdón y misericordia.

Así llega el día 7, primer viernes de agosto. Desde las tres de la tarde, no cejan un instante los enemigos de Cristo. Han llevado máquinas perforadoras, con las que van minando la columna por la base, abriendo grandes huecos que rellenan con dinamita. A las siete y media todavía siguen trabajando aquellos desventurados. Se ha hecho de noche, una noche sin luna y sin estrellas, como si no quisieran iluminar tan horrendo sacrilegio... ■ Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas».

Por no hacer trastorno a aquellas religiosas han bajado a cenar. De pronto, una explosión fortísima les hace estremecer. Aunque no lo ven, comprenden que ya no hay esperanza.

A los pocos minutos, la telefonista de Getafe da la noticia: «Ha caído el Corazón de Jesús entre horribles blasfemias.»

Sólo los sentimientos de las que compartieron con ella esta agonía, nos podrán dar alguna idea del dolor de la Madre. ¿Para qué estaban ya allí, si no le podían acompañar? La Madre, olvidando su propio dolor, trata de suavizar el de sus hijas. Si han tirado al Señor de su trono, que cada una le levante un trono en su corazón donde viva más unida que nunca a El, amando, reparando. Después, con esa energía y esa seguridad que parece infundirle el mismo Dios, dice:

—Faltando El, no tenemos nada que hacer aquí. Mañana mismo salimos para Madrid.

El *Ruso* apoya sus deseos, no quiere les pase nada bajo su responsabilidad y quiere desentenderse de esa mujer que ejerce no sé qué misteriosa influencia sobre él. Que otros hagan lo que quieran, pero él no puede hacer nada contra ella ni contra sus monjas.

El mismo arregla los papeles y hace que vengan a buscarlas de la Dirección General de Seguridad. Se repite la escena de la salida del Cerro. Pero han tenido que dejar sus hábitos. Leen la lista de nombres y apellidos y una por una van subiendo al autobús.

Pronto la Madre hace amistad con el cabo de Asalto, amistad que durará muchos años. Le pregunta por su mujer, por sus hijos, por su madre... ¡Cuánto les gustaría conocerles! Aquel hombre, ganado por la caridad de la Madre, no descansará hasta dejarlas en un sitio seguro.

La entrada en Madrid es también como para entristecer el ánimo más esforzado. Forman parte de la expedición doña Hortensia, madre de una postulante que no ha querido separarse de ellas, y otra señora amiga de la Comunidad, doña Catalina G. del Rey, que ha ido desde Madrid a buscarlas. Esta no permite que las monjas se bajen ni entren en la Dirección General de Seguridad. Lo hace ella con el cabo y entre los dos convencen a las autoridades de que aquellas señoras tienen dónde vivir y evitan así un interrogatorio desagradable y peligrosísimo[40]. La Madre agradece a Bezón (éste era el nombre del cabo de Asalto) sus buenos servicios.

[40] Bien podemos decir que salvaron las vidas de las Madres en tan críticos momentos.

El les dice:

— ¿Van ustedes bien?

Y sorprendido de su serenidad añade:

—Van ustedes muy contentas...

—Mire —contesta la Madre—, tenemos mucha pena de haber tenido que dejar nuestro convento, pero estamos contentas porque esto es lo que Dios quiere ahora de nosotras.

El cabo quiere que le dé algún domicilio donde dejarlas. La Madre lo piensa un momento y dice:

—Puede dejarnos en la Cibeles —no quería comprometer a nadie.

El insiste porque no quiere dejarlas en la calle. Entonces una de las Hermanas, al oír esto, le dice:

— ¿Se acuerda del piso de mi hermana Enriqueta, en Claudio Coello, que al marcharse de veraneo nos dijo que podíamos hacer uso de él si lo necesitábamos? —El piso estaba vacío.

La Madre entonces dice a Bezón:

—Puede llevarnos a Claudio Coello, treinta y tres.

La llegada es otro momento de incertidumbre. En estos años los porteros de Madrid tienen en sus manos el destino de todos sus inquilinos. En un instante pueden delatarlos y entregarlos a una muerte segura o por el contrario encubrirlos y salvarles la vida. Martina, la portera de Claudio Coello, no está avisada de la llegada de las monjas. Pero a la pregunta del cabo, responde con aplomo:

—Sí, las espero a todas.

Desde entonces será el ángel tutelar que las defenderá de los vecinos y evitará numerosos registros.

Bezón les abre la puerta.

—Ya están ustedes en casa —dice satisfecho.

Era el 14 de agosto, víspera de la Asunción de Nuestra Señora.

En un piso donde vivían tres personas, se meten ahora veintiuna. No tienen documentación ni dinero, ni cartillas de abastecimiento, sin las cuales es imposible adquirir los víveres indispensables para vivir. No había más que tres camas, ni ropa ni nada.

Tienen enfrente una checa y en casi todos los pisos de la casa, familias evacuadas de los pueblos; los hombres, milicianos en la mayor parte, están en el frente.

Han traído, eso sí, sus breviarios con los que podrán rezar el Oficio Divino y no necesitan más. Es, pudiéramos decir, una fundación: un palomarcico de Teresa en medio de aquel Madrid. Durante trece meses se vivirá allí como en un Carmelo cualquiera la vida de observancia, de recogimiento y silencio, de intensa oración y unión con Dios, de amor a la Cruz, de ardiente caridad, de dolor, no amargo, sino lleno de dulce esperanza, de paz y hasta de alegría. Este es el mayor milagro de la Madre Maravillas.

El día 8 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de las Maravillas, Patrona de Cehegin, van a celebrar, como siempre, las Carmelitas del Cerro el santo de su Madre Priora.

Cuando estaban en el convento echaban la casa por la ventana. Cantos y flores para la Virgen del coro, labores que preparaban con ilusión para regalarle: rosarios, ornamentos litúrgicos, juguetes sencillos y caseros que ellas mismas fabrican..., todo enmarcado en la austeridad y pobreza carmelitana, y en un amor filial lleno de alegría.

Aquí en Claudio Coello lo quieren celebrar también. En un pequeño cuarto interior se han instalado varias Hermanas armadas de papeles, engrudo, pinturas, cartones, etc. A pesar de los pocos medios de que pueden disponer, tienen ya casi acabado un precioso Sagrario, una miniatura de cuero repujado por fuera, y forrado por dentro con las telas mejores que han podido encontrar. Esta noche —estamos a 6 de septiembre— se han encerrado allí a terminar sus regalos. Y para que no entren la Madre ni las Hermanas más antiguas, para las que todo esto tiene que ser sorpresa, han puesto un gran letrero: «Incautado por la C. N. T. y la F. A. I. Prohibida la entrada.» Unas pintan, otras hacen versos... Están tan ensimismadas en sus trabajos, que no oyen nada de lo que pasa fuera.

De pronto se abre la puerta y una voz avisa:

—Hermanas, ¡que están los de la F. A. I.!

Las de dentro creen que es una broma y contestan:

—Que pasen.

Pero pronto oyen voces de hombre en la puerta. No, no es broma, son los milicianos.

Capilla de Claudio Coello, 33.
Jueves Santo de 1937

Precipitadamente consumen el Santísimo. Ya más tranquilas, pues el principal temor de la Madre es que puedan profanarlo, se disponen a lo que Dios quiera.

Han entrado diez o doce hombres, pero otros muchos han ocupado las dos escaleras de la casa y acordonado la calle con un aparato de fuerzas exagerado para unas monjas indefensas.

— ¿Cuál es la Superiora? —pregunta el capitán de la patrulla.

La Madre se adelanta. Viste de negro y de su cuello pende un gran crucifijo que no intenta ocultar. Hay en todo su porte un no sé qué sencillo y majestuoso que les impone.

—Yo soy la Superiora.

—Dejadnos solos —ordena el jefe, y se encierra con la Madre en el saloncito de la casa.

Agolpadas junto a la puerta, las monjas miran por los cristales de ésta, dispuestas a entrar al menor desmán. El cabecilla manda sentar a la Madre, y él se sienta también a caballo en una silla que ha vuelto del revés, para poder apoyar sus brazos en el respaldo. Así podrá sostener sin cansancio el pistolón con que apunta a la Madre durante el largo interrogatorio. Contesta serenamente a las preguntas de aquel hombre que clava los ojos en ella.

—Sí, en efecto, somos monjas, las Carmelitas del Cerro de los Angeles.

— ¿Dónde está su dinero? —porque le han dicho que tienen mucho dinero.

—Le han informado mal —contesta la Madre—. No tenemos nada. Hasta las dotes hemos tenido que vender para acabar de pagar el convento.

—Pues entonces, ¿de qué viven?

—De la Providencia de Dios, que nunca nos falta.

—Tenga cuidado con lo que dice, porque si les encontramos algo, nos la van a pagar.

La Madre no se turba.

—Usted puede hacer lo que quiera, yo no puedo decir más que la verdad.

La calma y la serenidad de aquella monja amansa a las fieras. Carcajo[41], así se llama el cabecilla, mete la pistola en el cinto y cambia de tono.

— ¡Vamos, vamos! —dice, dándole una palmadita en el hombro—. Usted y yo no nos podemos enfadar.

Después se interesa por la vida que allí hacen.

—Están ustedes muy mal aquí sin camas. Yo me ocuparé de que les traigan algunos colchones.

Mientras el jefe habla con la Madre, sus compañeros hacen un registro minucioso por toda la casa. Obligan a las Hermanas a enseñarles todo y a abrirles los armarios y hasta golpean los zócalos y remueven la ceniza de la cocina. Siempre apuntándoles con las pistolas, les obligan a abrir también el cuarto donde estaban trabajando, y se abalanzan sobre los versos a medio escribir, pensando haber dado con el cuerpo del delito.

Uno de ellos, sin duda el más culto, los lee y le hacen gracia, porque «nos metíamos un poco con ellos», dice la relación. Las dos milicianas registran a las monjas en el comedor y les quitan los crucifijos y los rosarios como algo que es «contra el régimen».

Durante todo este tiempo, Carcajo habla con la Madre.

— ¡Cuánto sentiría que encontrasen algo que les pueda comprometer! —dice.

—Yo no le puedo decir, porque como la casa no es nuestra...

[41] Por razones fácilmente comprensibles damos nombres supuestos.

La Madre está muy tranquila. El no sale de su asombro. ¿Cómo pueden vivir así tan contentas en medio de tanta pobreza, entre tantos peligros?

La Madre explica:

—Todo eso lo hace Dios. No tenemos miedo porque estamos deseando dar la vida por El. Vamos a pedir mucho, mucho por todos ustedes.

Ya reunidos en el comedor, las monjas piden reiteradamente a los milicianos que les devuelvan los crucifijos. «Les dimos una lata soberana», dice la relación. Pero el que los tiene no parece inclinado a ceder. Carcajo interviene:

— ¡Dáselos, hombre, que no pueden vivir sin ellos!

Se despiden con un «¡Salud, camaradas!, al que las monjitas responden: «Adiós, adiós, vamos a rezar mucho por todos.»

Al bajar, los compañeros que vigilan la escalera y portal, dejan ver su desilusión.

—Pero, ¡cómo!, ¿no traes a ninguna?

— ¡Ba! —dice Carcajo—, ¡para qué!, ¡son unas infelices![42]

Y se van. Son las once y media de la noche del día 6 de septiembre de 1936. Tres horas largas duró el registro. La Madre ha pasado casi todo este tiempo con el jefe de una de las peores checas de Madrid.

Al quedarse solas, no hay allí sollozos ni lágrimas, ni ningún desahogo sentimental propio de la debilidad femenina. Ha pasado con mucho la hora de los Maitines y, sin comentarios, se van a rezar el Oficio y a dar gracias a Dios por sus misericordias...

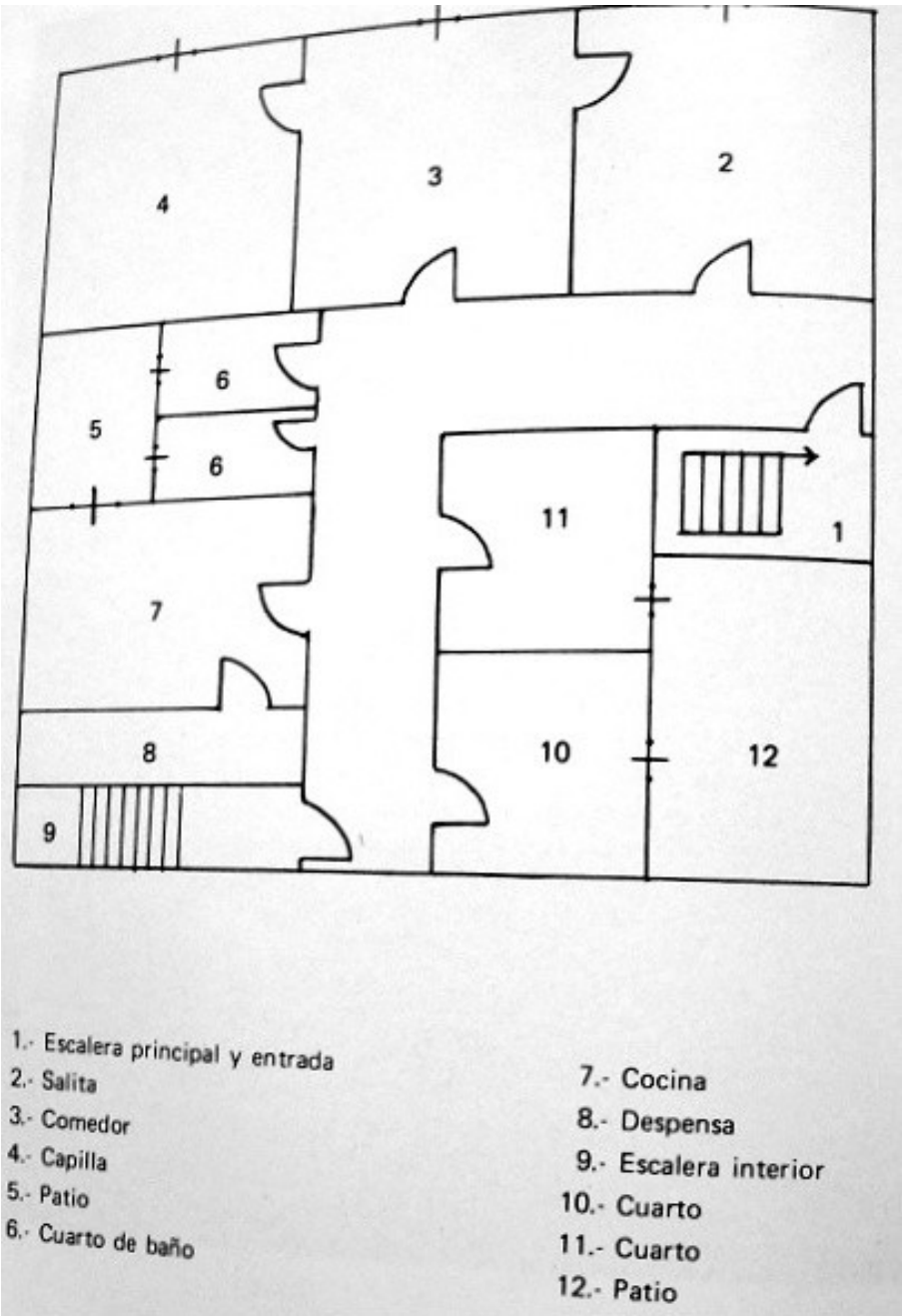
Así acabamos también nosotros: «Sin comentarios».

* * *

En cuatro meses no han oído las Carmelitas del Cerro más que tres Misas. En cambio, tienen con ellas a Jesús Sacramentado, en el minúsculo y primoroso Sagrario que han colocado en un altar en el cuarto principal. Doña Hortensia va a buscarlo a ciertas casas donde sabe que hay algún sacerdote escondido y con peligro de su vida lo lleva a Claudio Coello. Pero no tienen Misa. Un día llaman a la puerta de la calle y la Hermana que vigila ve a un hombre desconocido. La Madre ha establecido un turno

[42] *Relación de Martina,* la portera de la casa de Claudio Coello en donde vivían.

en la mirilla, pero prohíbe a las Hermanas que abran. Si llega alguien sospechoso, deben de avisarla y ella abrirá.



Plano del piso de la calle Claudio Coello 33

Así lo hacen ese día y al abrir la puerta se encuentra con un hombre al que no reconoce. Sin saber qué hacer, duda unos instantes hasta que oye estas palabras:

—Soy el Padre Florencio, que he salido de la cárcel.

En efecto, el Padre Florencio, Superior de los Carmelitas de Madrid, estaba preso en la cárcel Modelo. Y por un misterio incomprensible o, mejor dicho, por una nueva Providencia Divina, le han soltado precisamente el día de San Juan de la Cruz.

Va pasando la tarde y la Madre ve que el Padre no hace intención de marcharse. Le pregunta:

— ¿Tiene V. R. dónde ir?

—No, Madre, no tengo. Donde estaba me han dicho que ya no puedo volver, sería un peligro para ellos...

Esto viene a aumentar las preocupaciones de la Madre: el Padre no tiene dónde ir, ni cómo vivir. Se confía plenamente a ella. Si algo le pasa, la responsabilidad será para ella.

Las monjas le preparan la mejor habitación de la casa, pequeñísima, y al día siguiente la Madre le busca una habitación en casa de un antiguo criado de una Hermana que está protegido por la bandera inglesa, por estar colocado en la Embajada[43]. Por las mañanas va a Claudio Coello a celebrar y durante el día pasa allí los ratos que puede.

La Madre confía en Dios, se abandona a su Providencia, está segura de El. Pero todo esto no le quita el sufrimiento ni la incertidumbre.

En aquellos días difíciles, los sacerdotes escondidos tienen permiso para celebrar sin ornamentos, pues los registros imprevistos y numerosísimos, ponen en peligro las vidas de los que sorprenden en cualquier acto religioso. De la capilla de su casa una Hermana ha llevado lo necesario para la Misa y ¿por qué no lo van a usar? Preparan un altar en toda regla y el Padre, revestido con todos los ornamentos, celebra y hasta les dice unas palabras sobre el espíritu del Adviento que empieza precisamente este día.

Ya desde entonces será rarísimo el día en que se queden sin Misa. El comedor se convierte en capilla donde el Rey de la casa, desde el Sagrario, vela por ellas. Ya tienen las Hermanas quien comparta sus penas. Penas bien hondas, por cierto, pues cada nueva noticia que llega, es una herida dolorosísima. Padres, hermanos, sobrinos de las monjas... Las penas de cada una son las de la Madre.

Por la noche, de rodillas, ante la mesita que hace de altar, con la frente junto al Sagrario, pide a Dios fortaleza para ellas y para tantos corazones destrozados por el dolor. Un día es el padre de una Hermana, un anciano general que muere como un héroe y perdonando como un santo. Otro, el hermano de una de sus hijas, casi un niño, asesinado también y dejando abandonada a su anciana abuela.

---

[43] Feliciano Salan, que siguió prestándoles a las Madres buenos servicios hasta que se lo impidió su enfermedad.

Sin embargo, aquellas veintiuna monjas extenuadas por las privaciones y sufrimientos viven con paz, sin un momento de duda ni vacilación, siguiendo todas las observancias de su Regla. La risa de las Carmelitas, risa impregnada de un dolor apacible y confiado, resuena en Claudio Coello en las horas de los recreos. El ejemplo y la oración de la Madre las mueve y las sostiene.

Velan al Santísimo y lo organiza así: La primera parte de la noche, hasta las dos, vela siempre ella; la segunda, de dos a cuatro y media, una Hermana cada noche.

Cuando llega la hora de acostarse, se echan en el suelo una al lado de otra por toda la casa, porque no tienen sitio y cada una se arregla como puede. La almohada de la Madre es un cestillo de labor con la guía de teléfonos encima. Apenas dan las tablillas (señal que se hace en el Carmelo para despertar a las monjas), se levanta en seguida y vuelve a poner su frente junto al Sagrario. ¿Qué sentirá? Ella, que ha tenido esas luces sobre la Majestad de Dios, sobre la gravedad del pecado. Las ofensas que hacen a Dios le destrozan el corazón. ¿Por qué no querrá Dios admitir el ofrecimiento de su vida que tantas veces le ha hecho? Sin duda no lo ha merecido por sus pecados... Ya le parecía a ella que no era digna de tan insigne favor. Las Hermanas sí, pero ella...

En el Madrid de 1936, un timbrazo a deshora es presagio de las peores desgracias. No faltaron en el Carmelo de Claudio Coello, aunque la singular Providencia de que Dios usaba con sus Carmelitas hizo que la mayor parte de las veces todo quedase en un susto.

Como ya hemos dicho, la Madre es siempre la que sale a la puerta, por si acaso. Un día al abrir se encuentra con una miliciana con cara de pocos amigos. Viene de parte de Carcajo a traer dos monjas. Nada más abrir la puerta dice:

—Aquí están estas dos monjas que traigo de parte del jefe para que vivan con ustedes.

La Madre intenta decir algo, pero le ataja diciendo:

—Donde viven veintiuna, viven veintitrés. Ahí las tienen y ya vendremos a ver cómo las tratan.

Y tirando al suelo una desvencijada maleta, desaparece. En efecto: dos pobres mujeres que llevan en sus rostros y en su porte la huella de muchos sufrimientos, aparecen en el umbral.

La Madre duda unos instantes. ¿Serán espías? Pero pierde este miedo al verlas arrodillarse humildemente preguntando por la Priora. ¡Pobrecillas! Son dos monjas de clausura de un pueblo de la provincia de Toledo, donde se han cometido toda serie de excesos. En julio de 1936, la Comunidad se reducía a diez o doce monjas que, perseguidas por las milicias populares, tuvieron que huir a campo traviesa. Estas dos fueron detenidas y conducidas a la checa que dirigía Carcajo. Después de haber sido sometidas a un largo interrogatorio preguntaron al jefe si tenían que abonarle algo.

Tanta simplicidad debió de hacer pensar a éste que si todos los enemigos de la República eran como aquellas dos pobres, no corría mucho peligro el Régimen, y acordándose de «sus amistades» de Claudio Coello, decidió enviárselas.

La Madre, movida a compasión, las recibe con la mayor caridad y les deja un cuarto para ellas solas.

* * *

Es Margarita una chica de dieciocho años que está sirviendo en casa de la señora de Zapino y de su hija Pilar[44], que la tratan como de su familia.

Estos días tiene una pena muy honda. Unos milicianos han cogido un Niño Jesús de una iglesia y después de profanarlo sacrílegamente le han puesto una corbata roja, lo han colgado a la parte de atrás de un coche y así lo van paseando por todo Madrid. Margarita lo observa, ve que el coche para todas las noches muy cerca de su casa y le pide permiso a la Madre para rescatar al Niño. La prudencia humana lo habría negado, pues la muchacha une a sus prendas morales una belleza física y un encanto que hacen mayor el peligro de esta aventura. Pero la Madre no frenará nunca los impulsos de la gracia en las almas y después de encomendarlo a Dios, aprueba su resolución.

Una mañana Margarita se levanta a punto del alba, va con un saco y un cuchillo, se acerca valientemente al coche y, mientras los dueños, ajenos a lo que sucedía fuera, reían y gritaban en la taberna de enfrente, corta la soga, mete al Niño en el saco y sale corriendo con su preciosa carga.

[44] Pilar Zapino, que luego entró carmelita en el Cerro de los Angeles con el nombre de Pilar de la Santísima Trinidad.

Temblando de emoción llega a Claudio Coello y entrega el Niño a la Madre Maravillas.

En este preciso momento la Madre está dando la comunión a sus monjas —hoy no tienen Misa—. Margarita se arrodilla y comulga también. El Señor quiso pagarle su fidelidad y su valentía dándose a ella El mismo, en esa mañana.

Unos años más tarde la recibirá en su Carmelo del Cerro y le pondrá el nombre de Margarita del Niño Jesús.

* * *

En los últimos días de octubre tiene lugar una visita mucho menos agradable. Ha vuelto Carcajo y viene con un individuo de aspecto feroz que presenta como su verdugo. Pasaba con él por la calle de Claudio Coello y le dijo: «Vamos a ver a las monjitas del Cerro.» Por eso viene en «plan de amigo» —les dice.

La Madre le hace pasar y llama a las monjas que, sentadas en el suelo, les hacen la visita. Esta vez viste de uniforme y con muchos galones que les enseña con orgullo diciéndoles que como rezan tanto por él, le va muy bien.

Después se interesa por la vida de las monjas. «¿Siguen sin salir a la calle? Tienen que hacerlo. Les mandaré unas entradas para que vayan al cine...» Durante un gran rato hablan y discuten sobre la vida religiosa. Para ellos es un misterio verlas con esa paz y esa alegría. Carcajo está impresionado, en cambio su verdugo parece tener un corazón de hierro y no se inmuta con nada.

— ¿Es que no saben —dice—que somos anarquistas de los auténticos y que podemos matarlas? ¿No nos tienen miedo?

La Madre, con su serenidad de siempre, les contesta:

—Es como para tenérselo, pero como lo más que pueden hacer es quitarnos la vida...

Y dirigiéndose a sus monjas:

—Hermanas, podían cantar eso que cantamos en recreación.

Las Hermanas cantan:

Si el martirio conseguimos,
qué mayor felicidad
beber con Jesús el cáliz

y después con El gozar...
Y si Dios quisiera
que muera en prisión,
le diré que estoy presa,
sólo, sólo por su amor.

Se sigue un silencio impresionante. Al fin Carcajo dice visiblemente emocionado:

—También yo tengo mi corazón... Después de todo, a mí me gusta que estén así, entusiasmadas con lo suyo. Esto es ser verdaderamente católicas.

Y levantándose, se despide diciendo que recen mucho por él.

Una vez más, el martirio se les ha escapado de las manos.

—Pero si parecía que no venían más que a eso —dicen las monjas aquella noche en el recreo.

—Es que las coplas les hicieron mucha impresión.

—A los mejor si no hubiésemos cantado... ¡Ha sido una pena!

Y cuando más adelante las protagonistas de este episodio lo cuenten a sus Hermanas, comentarán: «Las coplas fue lo que nos hundió.»

* * *

Los evacuados de los pueblos, que ocupan los pisos de abajo —mujeres y niños, pues los hombres están en los frentes— se quejan de que no les dejan dormir. Como se levantan a las cuatro y media, por más que procuran no hacer ruido, algo se las oye. Martina, la portera, se preocupa y se lo dice a la Madre.

Ella llama a una de las Hermanas.[45]

—Acompáñeme —le dice—, vamos al piso de abajo.

El recibimiento es bastante frío. La Madre empieza por decirles que son las del piso de arriba y que, en efecto, son monjas.

—Mire usted, yo me di cuenta en seguida, porque todas mueven las sillas al mismo tiempo. Ya lo decía yo a ésta: eso es porque entra la Superiora.

— ¡Cuánto siento haberlas molestado! Ya procuraremos no hacer ruido y no darles motivo de queja.

[45] Hermana María Jesús de San Ignacio.

—Mire usted, nosotras no tenemos queja. Ya nos han dicho los del Comité que no son malas personas.

La Madre se interesa por las familias, por los maridos que están casi todos en el frente, por los niños...

—Lástima que no hayan venido más pronto. Ya están en la cama.

—Vaya una cosa, mujer —dice otra—. Ahora mismito levanto yo a los míos. ¡Eh, niños!, venid a ver a las monjitas.

— ¡Qué niños más guapos!

Cuando la Madre se despide no tiene mejores amigos. Hasta se ofrecen a proporcionarles víveres, que ahora se anda muy mal de «tó». La Madre lo agradece, pero no acepta, no les vaya a faltar a los niños.

Desde este momento, cada vez que se encuentran con alguna «hermanita», las acosan a besos y abrazos y a la Madre no digamos...

Distinta vecindad es la del palacio de Villapadierna que tienen justo enfrente. En ella han instalado una horrible checa. En el silencio de la noche se oyen gritos de angustia, quejas, disparos...

La Madre, de rodillas, y con la frente junto al Sagrario, pide por todos, que todos caben en su gran corazón.

Capítulo 16

Te llevaré a la soledad

A la casa de Claudio Coello acude ahora un gran número de personas de aspecto bastante sospechoso entonces. Sobre todo las monjas tienen un sello inconfundible y son muchas las que entran y salen en el pisito. Ha corrido la voz de que tienen el Santísimo y allí van a recibir la Comunión que necesitan para fortalecer su espíritu abatido. Muchos seglares acuden a lo mismo, o a desahogar con la Madre sus corazones destrozados por tantas penas. La Madre recibe a todos, escucha a todos, se interesa por todos, no sólo con palabras llenas de bondad, sino también con obras. Se afana por la suerte de sus Hermanas de hábito, gestiona su salida de la cárcel, les ofrece compartir con ellas su pobre casa y sus escasísimos víveres.

Durante seis meses viven con ellas varias Carmelitas de El Escorial y de otros Carmelos. En estos casos, todo lo mejor es para las de fuera. Si es posible les dejará una habitación para ellas solas reduciéndose ella y sus hijas a estrecheces inverosímiles.

Estas estrecheces dan lugar a escenas divertidas, pues cuando el pequeño comedor se llena de visitas, al dar las seis, la Madre dice como si estuvieran en el locutorio del Cerro: «Es la hora de la oración, Hermanas, retírense.» Y las Hermanas se miran como diciendo: «¿Y adonde?».

Si grande es el peligro dentro de casa no es menor el que se corre en la calle. Pero ella no parece hacer mucho caso de esto. Su vida, ¿no se la ha ofrecido a Dios del todo? Pues no se volverá atrás ahora. Su norma de conducta es siempre la misma. Hacer lo que sea más agradable a Dios. Por eso, siempre que para el ejercicio de la caridad tiene que salir a la calle lo hace tan tranquila.

Ha conseguido que el «Socorro Blanco» le proporcione gran cantidad de formas, y hay semanas que se consagran en Claudio Coello hasta ochocientas. Muchas personas van allí a buscarlas; otras veces la Madre sale acompañada de alguna de sus hijas; como en tiempo de los primeros cristianos va a confortar a sus hermanos llevándoles la Eucaristía. En el

pisito de Claudio Coello, las monjas esperan rezando y temblando la vuelta de la Madre. Ella no pierde un instante su inalterable serenidad. Lleva al Señor en una cajita junto al corazón. Nunca mejor acompañada, ni más segura.

Una Hermana ha entrado en el Carmelo del Cerro a los diecisiete años. Huérfana desde niña, todo su cariño se había concentrado en su abuela, con la que había vivido siempre, que había hecho de madre con ella y con sus tres hermanos. Al empezar la guerra, esta señora, ya anciana, vive en Madrid con uno de sus nietos. Un día un grupo de milicianos entran en su casa y se llevan detenido al muchacho, que acaba de salir de la Academia Militar. La señora suplica que no la dejen sola, que no tiene más amparo en la tierra, pero se lo llevan diciendo; «Volverá en seguida.»

Pasan las horas, llega la noche y la abuelita llora inconsolable: «¡No vuelve!» Y no volvió más. Murió como un valiente.

Madre Maravillas sufre ante este cuadro desolador y agota los recursos de su caridad. Propone a la abuelita que se vaya a vivir con ellas, allí estará bien atendida, rodeada del cariño de su nieta y todas. Pero ella no quiere, prefiere quedarse en casa, quizá con la esperanza, que todavía no ha perdido, de ver volver a su nieto. La Madre se ocupa de ella, de que no le falte nada, le busca una persona que va todos los días a arreglarla y a darle de comer, hace que la lleven a Claudio Coello todas las tardes para que pueda estar con su nieta, y cuando consiga arreglar la evacuación para sus monjas, a pesar de la complicación y responsabilidad que esto supone, se llevará con ellas a la pobre abuelita, y no descansará hasta dejarla segura y ya en familia, en casa de otro nieto.

Otra cosa. El Padre Epifanio, aquel buen Padre Epifanio que tanto hizo por ella cuando la Fundación del Cerro, ha desaparecido. Desgraciadamente todo hace creer que le han asesinado. El Padre Florencio, que es su Superior, está triste, sin saber nada de él. ¿Cómo podrían averiguar algo? Sabe la Madre que en la Dirección General de Seguridad se registran muchos de los asesinatos. Va con otra Hermana.

Con mano temblorosa va pasando las hojas de cada álbum y contemplando aquellas siniestras fotografías de cadáveres mutilados y rostros desfigurados por las horribles contorsiones de una muerte violenta. El recuerdo de una de estas fotografías basta para no poder conciliar el sueño en muchas noches. Pero sobre todo, para un alma que tiene el conocimiento de la Majestad de Dios y de la gravedad del pecado, que tiene la Madre, ¿qué será? ¿Qué sentirá a la vista de tantos y tan horrendos

pecados? Al fin la Madre cree reconocer en uno de ellos al Padre Epifanio, testigo de Cristo, mártir de su fe. «¡Dichoso él, que ha merecido tal gracia!-, piensa la Madre. No tiene su nombre, sólo un número y este dato: «Llevaba un escapulario» La señal de los hijos de la Virgen.

La Madre sale de allí y al día siguiente manda a recoger la foto que está aún en el Cerro de los Angeles. Santa Teresa, que quería a sus hijas «nonada mujeres», estaría satisfecha.

* * *

La Madre Maravillas no quiere que sus hijas vayan a «las colas». Dios proveerá. Así es, en efecto. Las palabras de Jesucristo sobre la Providencia con que Nuestro Padre que está en los cielos cuida de los pajaritos y viste a las flores del campo, se convierten en realidad. Julián que estuvo unos años en casa de los Marqueses de Pidal, es ahora panadero y, enterado de la situación de las monjas, les lleva todos los días pan para todas.

Doña Hortensia vive en una buhardilla de la misma casa. Con una abnegación verdaderamente admirable, va a las colas donde algunas veces hay que esperar seis o siete horas para poder comprar algunos víveres, y está siempre al quite de cualquier ocasión para adquirir algo.

Personas amigas les ayudan con limosnas.

Un día les han regalado un poco de jamón. En casa no hay ni un céntimo. Deciden hacer unas empanadillas y la Hermana Magdalena se ofrece para ir a venderlas. La Madre accede, pero le prohíbe decir que es monja. Si le preguntan, que salga por donde pueda. Pero la Hermana Magdalena no cree que la reconozcan. Porque se ha puesto un delantal blanco y va con su plato de empanadillas envuelto en una servilleta.

Por aquel barrio casi todos son familias conocidas. Llama a la puerta de una casa y ofrece su mercancía. La señora se alegra mucho. ¡Ya lo creo que quiere! En estos tiempos es una ocasión única. Después, bajando la voz, pregunta en tono confidencial: «Usted es monja, ¿verdad?» La Hermana Magdalena, imitando a la perfección el acento vasco finge indignación:

— ¿Yo monja? ¡Ené, yo ser cosinera!

Y sale de la casa tan deprisa que no cobra y se deja la bandeja, dejando a la señora convencida de que ha hablado con una ayudanta de la «Nicolasa».

Las empanadillas han gustado mucho y a los pocos días, al ir la Hermana Magdalena a recoger el plato, la señora le encarga cuarenta más. Son para una amiga suya, la señora de N. Tienen que ser muy buenas y sobre todo —esto es importantísimo—tienen que ser de pescado.

Se hacen las empanadillas, echando el resto para que gusten, se llevan, se cobran y al día siguiente, una muchacha de servicio (verdadera esta vez) llama a la puerta del pisito de Claudio Coello. Trae un paquete de empanadillas de parte de la señora de N., que se ha enterado de la necesidad que pasan las monjas. Pueden comerlas con toda tranquilidad, porque no tienen nada de carne.

Esto es un banquete que no se repetirá; en general, cuando tienen un plato de algarrobas, les parece un regalo. Lo que llaman emparedados, no tienen mal aspecto por fuera, pero al abrirlos se encuentra uno con un guisante.

Con este régimen están todas extenuadas. Hay varias enfermas y la Madre escupe sangre, aunque no hace caso de ello y trata de ocultarlo.

Cuando una de las Hermanas se lo cuenta al Padre Florencio, éste manda a la Madre que vaya al médico.

— ¡Hija!, ¿qué ha hecho? —exclama consternada.

Pero obedece. La que tanto siente que se ocupen de ella se desvive por todos.

Al día siguiente de un registro de la Policía en el piso de al lado, sale tempranísimo a decir al Padre que ese día no vaya a Claudio Coello, por si acaso. El Padre se alegra, pues tiene un pie malo y no puede andar. ¡Pobre Padre! La Madre se preocupa, porque piensa que no le cabrá el zapato. Habla a sus amistades y al día siguiente empiezan a llover zapatillas que son motivo de comentarios y risas de las Hermanas. Ni aun en estos trágicos días pierden su alegría. ¡Tienen tantos motivos para dar gracias a Dios!

«¡Qué bueno es Dios! ¡A El no nos lo puede quitar nadie!» —repite muchas veces la Madre—. «¡Qué verdad es que El solo basta!

Como las ha librado de las colas, les libra también de los refugios, donde hay órdenes severas de refugiarse las noches de combate. Allí se agolpan en tropel hombres, mujeres y niños con las inevitables consecuencias de llantos, atropellos y gritos de pavor.

Una buena mujer, dueña de una huevería, en la misma casa, les ofrece su tienda para que se refugien allí. Una noche en que el combate arrecia, la

Madre manda bajar a todas. Pero ella se queda arriba con una Hermana que está enferma con mucha fiebre. Hace pocos días ha caído un obús y ha matado a una pobre mujer que vivía en una buhardilla de arriba. Esta noche el estruendo de los cañones es tremendo y los obuses silban a más y mejor. Algunas Hermanas suben angustiadas a suplicar a la Madre que se baje y bajan también a la enferma envuelta entre mantas.

El principal cuidado de la Madre es coger el Santísimo, que baja escondido en una cajita de plata. En la huevería están completamente a oscuras, como siempre que hay bombardeos. De pronto, entra la dueña del establecimiento con una lamparilla de aceite...

—Para que no estén ustedes a oscuras —dice.

El Diario que escribió una Hermana lo comenta diciendo:

«No le faltó al Señor su lamparita, y de Sagrario el corazón de nuestra Madre».

Esto de seguir haciendo la misma vida que en el Cerro, siguiendo en todo la observancia carmelitana, es otra especie de milagro, casi increíble. No es sólo la Santa Misa y Comunión diaria, sino el Oficio Divino que rezan en el improvisado coro. Al principio lo hacían en voz baja, pero ahora se van entusiasmando y rezan tan alto que se las oye por toda la casa. Observan además todas las costumbres del Carmelo y las prescripciones del Ceremonial, como las procesiones litúrgicas que hacen alrededor de la mesa del comedor; las Navidades con Nacimiento y villancicos; la Semana Santa con su Monumento que ocupa todo el frente de la habitación. Para la fiesta del Corpus, una familia les ha dejado un relicario en el que ponen el Santísimo para rezar ante El el Oficio Divino, como se acostumbraba en esta octava.

Un día en que celebraban una de estas solemnidades, una señora amiga de la Madre llegó en el momento en que acababan de tener la Bendición con el Santísimo. Una de las Hermanas que la vio entrar recuerda cómo decía llevándose las manos a la cabeza:

— ¡Por Dios, Maravillas!, ¿estáis locas? ¡Desde la portería huele a incienso!

Es verdad; la Madre está loca, pero es una locura como la de los santos.

Este amor es el que le hace, no ya no huir de la muerte, sino salirle al encuentro con alegría. Este amor es la clave del misterio de estos años y de toda su vida.

* * *

La Madre Maravillas tiene corazonadas. Ahora ha tenido la corazonada de dejar Madrid. Hasta hace muy poco, no lo veía, pero ahora ya lo ve. Y cuando la Madre ve clara la voluntad de Dios, pone todos los medios para cumplirla, y pronto. Por eso hace gestiones con la Embajada inglesa. Esta les exige una serie de requisitos y acaban diciendo que tienen que salir de dos en dos, separadas, en distintas expediciones, cosa que ninguna quiere admitir.

La Madre, sin embargo, no ceja en su intento. Además las noticias de evacuación de Madrid no son tranquilizadoras. Tendrían que salir separadas, sin término fijo, dejándolas en donde fuera. Recuerda la Madre el consejo del Padre Torres: «No se separen nunca voluntariamente y que no vayan a vivir a sus propias casas.»

Una mañana va con una de las Hermanas[46] para ir a gestionar la salida. Es una Hermana joven que lleva poco tiempo en el convento y además es de Madrid, por lo que corre más peligro de ser reconocida. Al pasar por la calle de Alcalá no ve el momento de salir de allí. De pronto, alguien las alcanza por detrás, deja caer pesadamente su mano sobre el hombro de la Madre, y dice:

—Quedan ustedes detenidas.

—Si no me dio entonces un infarto —dirá después la Hermana—, no creo que me dé ya en mi vida.

En cambio, la Madre no ha perdido la tranquilidad ni un segundo.

— ¿Qué tal, don José? —dice, reconociendo en aquel desconocido a un sacerdote que alguna vez había ido por el Cerro.

El sacerdote se interesa por ellas. Al saber que van al Hogar Vasco, les hace desistir.

Si quieren salir de Madrid, inténtelo por medio del Casal Catalá. Vayan ustedes a estas señas, pregunten por el señor Pau y díganle que van de mi parte.

La Madre cree ver en esto la mano de Dios. ¡Si tú le dejas! ¡Vamos adelante!

Llegan a una especie de taberna de mal aspecto, donde un grupo de milicianos cuchichea al verlas llegar, con aire de pocos amigos. Baja el

[46] Hermana Dolores de Jesús.

señor Pau y habla con ellas entre dientes y como asustado. Se nota que no ve el momento de que salgan de allí.

El hará todo lo posible por ellas, pero les pide que vayan a su casa al día siguiente, Les da sus señas. La casa, el portal, la escalera... Todo es para temer.

Pau se interesa mucho, quiere ayudarlas, pero les dice que la última palabra la tiene Vallesfríos[47].

Van al otro día. Una mujer les abre la puerta y les introduce en una especie de despacho donde las espera él. La Madre sabía ya algo de su vida.

En la pared, encima de la mesa, pende un gran crucifijo. ¡Menos mal!

Algo debió ver la Madre en su mirada y algo debió sentir también él en la mirada de la Madre, porque se interesa vivamente por el asunto que las lleva y se presta a arreglarles la salida.

—Tiene que ser todas juntas.

—Lo procuraré.

—V además un sacerdote y una ancianita.

—Bien.

—La niña de la portera... La madre de una Hermana y dos muchachas.

—Bueno.

A todo accede Vallesfríos.

—Además —dice la Madre—no tenemos dinero, no podemos pagarle nada.

—No importa. Me basta con sus oraciones.

La Madre se lo promete. Sí, sí, pedirá mucho por él. Y salen Impresionadas. La Madre no olvidará nunca esta visita.

A los ocho días, el 13 de septiembre, dejan su pisito de Claudio Coello. Por entonces ha dado el Gobierno una orden prohibiendo que salga de Madrid ninguna monja, por lo que tienen que tratar de hacer desaparecer todo vestigio de religiosidad en sus equipajes y en sus personas, cosa esta última bastante difícil.

Salen por grupos con sus pobres equipajes para reunirse en el lugar de la salida en la calle del General Pardiñas. Allí les esperan unos

[47] Nombre supuesto.

camiones viejos y desvencijados de los que emplean para ganado, en los que han puesto unos tablones como asientos. En ellos harán el viaje a Valencia. Los conductores las miran con muy malos ojos. Va también, como la Madre había pedido, doña Hortensia; la anciana abuelita, casi impedida; la nieta de la portera, que tenía siete años; las muchachas de la familia de una Hermana que tanto las habían ayudado, y el Padre Florencio. Es el que menos disimula. En el momento de subirse al coche, un miliciano exclama: «La Comunidad y el Capellán.»

Cuando llegaron a las cinco de la mañana ya estaba allí Vallesfríos. Al ver aquel grupo, los del camión empezaron a decir que no había gasolina y que no podían salir estos coches.

Vallesfríos, muy serio, dijo que estos dos camiones salían por encima de todo.

De no haber estado él allí —que no las dejó hasta que los coches se perdieron de vista—es posible que aquella noche la hubieran pasado en la cárcel.

Hay que renunciar a seguir paso a paso a la Madre Maravillas y a sus hijas. De este éxodo de las Carmelitas desde Madrid, han dejado ellas mismas profusión de detalles interesantes que harían demasiado largo este relato. Sólo una rápida mirada que permita seguirlas. Primero hasta Valencia en aquellos camiones que sus conductores llevan a una velocidad desenfrenada. Las tablas que les sirven de asiento se hunden. Carmencita, la nieta de la portera, llora, y la abuelita se queja. Al llegar al puerto de Contreras, los coletazos son tales que muchas se marean. La Madre, más que con estas incomodidades, sufre viendo a los niños que les saludan al entrar en los pueblos diciendo blasfemias. A las siete de aquel día llegan a Valencia y después de toda la noche en el tren, a Barcelona a las dos de la tarde del día siguiente. Esto da idea de la categoría los trenes y de los innumerables transbordos que han tenido hacer, muchos de ellos de noche. Hay que despertar a la niña, convencer a la abuelita, que está completamente sorda, de que tiene que bajarse, llevarla casi en brazos hasta el otro tren para volver a hacer lo mismo a las dos horas. Es como un milagro que en alguno de aquellos «controles» no las detengan. Van además rodeadas de gente de tal catadura, que infundirían terror a cualquiera.

Santa Teresa llamaría compañía infernal a la de aquellos hombres que gritan, se pelean y no cesan de vomitar blasfemias. Se hacen las dormidas

para que no les hablen y en su interior van desagraviando al Señor y pidiendo perdón por ellos.

Desde Barcelona van a Port-Bou, donde esperan en la estación hasta las seis de la mañana la llegada del tren. Llega al fin uno y no han hecho más que subirse cuando empieza un terrible bombardeo y las obligan a bajar. Doña Hortensia, el Padre, las maletas, la niña, la abuelita... Gracias a Dios pasa pronto.

Y, al fin, se encuentran en Francia, libres de peligros, aunque no de complicaciones que la Madre afronta y resuelve sin quitarse de trabajo: pasaportes, salvoconductos, etc. No faltan incidentes que ayudan a llevar con alegría tantas penalidades. En Perpignan, las Hermanas rendidas duermen un poco en la sala de espera mientras la Madre ha ido con doña Hortensia a Reglar los salvoconductos y el Padre —andariego incansable — a dar un paseíto por Perpignan. De pronto vuelve la Madre a buscar los pasaportes indispensables para poder salir de allí esa noche. Falta el del Padre... Allá tienen que ir las monjas a buscarle por todo Perpignan hasta que dan con él. Se arregla todo y otra vez al tren.

Antes de llegar a Lourdes, dice el Padre Florencio:

— ¿Y no nos bajaríamos a saludar a la Virgen?

—Bueno, Padre. Lo único, que los billetes que tenemos son hasta San Juan de Luz, y como no tenemos para otros... Pero si a V. R. le parece, nos bajamos...

Dicho y hecho.

Las Madres de la Asunción las reciben con gran cariño y las instalan en unas camas con unos colchones que no han visto hace mucho tiempo. Pero la Madre, después de tan duro viaje, no se acuesta, ni sus hijas tampoco. No quieren dar a las Madres el trabajo de lavar tanta ropa. ¡Se duerme tan bien en el suelo!

Las impresiones de la Madre Maravillas al encontrarse en la Gruta de Lourdes y a los pies de la Santísima Virgen son un secreto que conoceremos en el cielo. Allí van al día siguiente después de un breve descanso y allí pasan casi todo el día sin acertar a separarse de esa Madre que de tantos peligros las ha librado y con tanto amor las guarda.

Un sacerdote al enterarse de quiénes son, les abre la reja y les hace pasar al interior de la gruta.

Ahora va a ser la procesión de enfermos. Si el agotamiento es enfermedad, se comprende que colocaran a las Carmelitas entre ellos y que

al pasar el sacerdote con la Custodia, se detuviera y les diese una bendición especial.

* * *

El coche de caballos que habían avisado para que las llevara a la estación no llega. Están viendo que pierden el tren.

Al fin aparece, y el cochero muy apurado les pide mil perdones. Pero si van muy deprisa, puede que cojan el tren...

El látigo restalla en el aire continuamente. Se oye el silbar del tren que empieza a ponerse en marcha.

El cochero se baja apresuradamente y pide que lo paren. ¡Cosas que sólo pasan en estos trenes pueblerinos!

Las monjas con sus maletas y bultos emprenden una veloz carrera... La abuelita va en volandas llevada por dos Hermanas. La niña, de la mano de otra monja, corre, divertidísima del episodio. El que peor lo pasa es el pobre Padre, que con su edad y sus achaques no está para estas prisas.

El revisor y empleados de la estación les gritan:

— ¡Vite, vite!

Ya están arriba todos. Pero ahora es cuando se dan cuenta que no tienen billete. El revisor no les pide nada.

¡Un regalo de la Virgen! No podía Ella dejar de pagar a sus Carmelitas esta visita que le han hecho, ni dejar de compensar como verdadera Madre, todos los trabajos y sufrimientos de los trece meses pasados.

La entrada en España por San Juan de Luz estaba muy difícil. Pero la Providencia de Dios y el talento y previsión de la Madre, hace que lo tuvieran arreglado.

Puede comprenderse la gran emoción y alegría de todos al entrar en España.

Pasan varios días en San Sebastián en casa de los padres de una de las Hermanas que con gran caridad les dieron acogida a todos en su casa.

Nuevas dificultades para entrar en Salamanca que pronto se solucionan. Y al fin, llegan allí donde son recibidas con muchísimo cariño por sus Hermanas Carmelitas.

A la Madre Maravillas las monjas de Salamanca le tienen preparada la sorpresa de un hábito que le han hecho. Se lo pone a la mañana siguiente y se va al Coro vestida con él. Sus hijas no sabían nada de esto.

En la penumbra del Coro, no la reconocen y empiezan a inquietarse:

«¿Dónde estará nuestra Madre? ¿Estará mala? En su celda tampoco estaba...» Una ocupación muy urgente tiene que ser para que no esté ella en el Coro.

Al salir de la Misa la ven salir sonriendo entre todas, tan contenta con su hábito.

Después de recorrer y venerar todos los recuerdos teresianos de aquella santa casa, se dedican a coser y cortar hábitos, tarea en que les ayudan con gran caridad sus Hermanas de Salamanca, hasta que por fin, el día 27 de septiembre; tienen la inmensa dicha de poder volver a vestid la librea de la Reina del Carmelo. Se los impone el Padre Florencio en una ceremonia íntima y emocionante.

Mientras tanto, la Madre ha estado gestionando el viaje a las Batuecas, donde piensan instalarse provisionalmente en una casita que fue hospedería.

No hace aún tres semanas que salieron de Madrid, y ¡cuántas emociones! Ya desde la Alberca, la soledad y el silencio son impresionantes. También lo es la bajada del puerto con aquellas revueltas inverosímiles, en las que el coche tiene que hacer maniobra complicada además por el malísimo estado de la carretera. La bajada continúa rápida y brusca.

El *Diario* de estos años termina así:

«El puerto imponente, con una de revueltas, montes y montes y una soledad que impresiona, ni casas ni gente, parecía que íbamos a las entrañas de la tierra. Allá, en el fondo, divisamos nuestro vallecico con la fachada del antiguo convento y las ermitas, todo en ruinas, pero muy bonito y pintoresco, el río a un lado y una gran vegetación, muchos árboles de todas clases, sobre todo cipreses. Como dice la santa Madre: 'Qué pasarían aquellos santos Padres, pasados, ermitaños, qué de dolores, y qué a solas, y de fríos, y de hambre, y sed y calor, sin tener a quién quejarse sino a Dios.' Quiera El que sepamos imitarlos y santificarnos en estas soledades y en este recogimiento que tanto lleva a Dios».

Capítulo 17

Tratando amores con el Rey del Cielo

A principios del año 36, tenía ya el Padre Epifanio una gran preocupación.

El actual dueño de la finca de Batuecas, el Desierto de San José del Monte, la vende. La Provincia de Castilla no tiene con qué comprarla y se pierde definitivamente para la Orden.

Va al Cerro y se lo dice a la Madre Maravillas, que de momento no ve solución, pero Dios va realizando sus designios por caminos insospechados.

Una novicia que acaba de tomar el hábito allí, al ver el gran interés de la Madre, que les habla de ello y les pide oraciones para que el Señor abra algún camino, piensa que ella tiene medios y lo ofrece a la Madre.

Los trámites son rápidos y el 11 de febrero de 1936 compraba la propiedad del Desierto como Priora del Cerro de los Angeles.

Un vallecito de no muy larga extensión se tiende de Oeste a Este en la parte que la Provincia de Salamanca parte términos con la de Cáceres y en la vertiente meridional de la Peña de Francia.

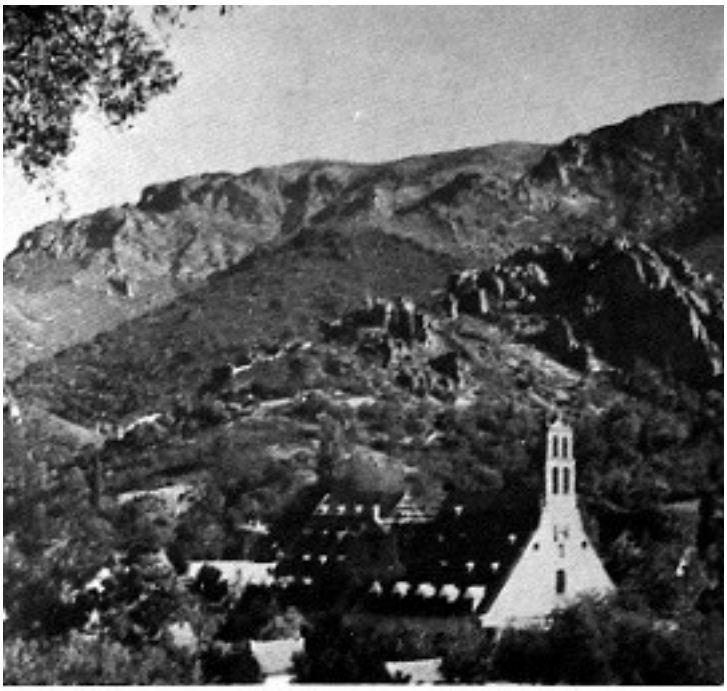
Está encerrado entre altísimas montañas, con el río Batuecas a su derecha que corre por el Mediodía, formando apacibles remansos. El clima es tan suave que en el invierno, mientras las crestas de la sierra están cubiertas de nieve, abajo el valle se cubre de una inmensa variedad de florecidas silvestres.

En la ribera del Batuecas se extiende una gran zona de adelfas de todos colores.

En la finca, cipreses, tejos, castaños, nogales, bojes gigantes, durillos cuajados de flores, forman un verdadero bosque. En primavera y otoño el colorido es maravilloso.

La jara, el brezo, el tomillo llenan el valle de aromas.

En el inmenso silencio que allí reina, sólo se oye el correr de las aguas que desde los montes bajan por los canchales, en verdaderas cascadas.



Vista general del convento de Batuecas

Varias ermitas, perdidas por los montes, con su ciprés a la puerta y su campanario, dan al valle un sabor especial que habla de oración, de soledad con Dios.

Antiguo yermo o desierto de la Orden, que empezó su existencia en 1602, tiene una historia de espíritu, que no quedó escrita en su totalidad, pero se vivió con extraordinario fervor entre aquellas rocas, valles y cañadas, desde el Venerable Padre Tomás de Jesús, Carmelita Descalzo, Provincial de Castilla la Vieja, que inició la vida solitaria, hasta el Padre Cadete, que fue su última página en 1847.

Fue éste uno de los focos de santidad más intensos que ha tenido la Iglesia, pues ninguno aventajó a éste en austeridad y vida interior.

* * *

Allí llegaba el 28 de septiembre de 1937 la Madre Maravillas con sus veinte monjas.

En este espléndido escenario iban a tener lugar muchas de las grandezas y gracias de Dios en el alma de la Madre.

La noche del 28 al 29 de septiembre la pasaron preparando la capilla para celebrar al día siguiente, festividad de San Miguel, la primera Misa. Celebró el Padre Florencio del Niño Jesús, ya tan conocido nuestro, que les hizo de capellán y confesor todo este año, hasta que pudo pasar a su convento de Madrid.

En seguida empezó la vida de observancia.

La Madre, viendo cómo iban las cosas por aquellos años en España y temiendo una posible expulsión de su convento del Cerro, había empezado a mandar ropas, provisiones, cosas de sacristía y lo que veía más indispensable, pensando ya en poder refugiarse allí en caso necesario. Con todo, la pobreza allí es extrema.

Las familias de las monjas están dispersadas, deshechas por la guerra y la revolución. Los bienhechores de la Comunidad lo mismo. El trabajo, que es una de las ayudas con que las Carmelitas cuentan para vivir —la principal es la Providencia de Dios— tampoco puede allí producirles nada. Además tienen bastante quehacer con acomodar la hospedería a las necesidades de un convento por pobre que sea: arreglar la capilla, hacer ornamentos; la huerta puede ser una buena ayuda y producir fruta y verdura al menos para la Comunidad, pero hay que trabajarla, buscar algún hombre de por allí que quiera hacerlo.

Gracias que está allí el Hermano Joaquín, un Carmelita que no había querido abandonar el Desierto. Les hacía de sacristán, trabajaba en la huerta que en seguida sembraron de patatas; tenía él una vaca, que fue

también una ayuda para aquellas monjas extenuadas, algunas enfermas. En aquel estado de agotamiento que puede recordar quien haya vivido en Madrid los años de la guerra. En Madrid la propia Madre no podía retener en el estómago lo poco que comía y cuando a los pocos meses le manda el Padre Florencio dar cuenta del estado de su salud, le dirá que todavía escupe sangre, pero que no tiene importancia.

Casita donde la M. Maravillas instaló su Comunidad durante la guerra.

Ella no se preocupa. Se ocupa, eso sí, como Priora, de sus hijas, con ánimo esforzado, con abnegación sin límites, sin regatear esfuerzos ni sacrificios.

Se habían instalado en la hospedería del convento, haciendo unos pequeños arreglos. Para esto llamaron a un albañil de La Alberca. Fue Juan Mancebo, carpintero y albañil, que desde ese año 1937 hasta la muerte de la Madre sería junto con su mujer. Mercedes, uno de sus más fieles servidores. Serán demandaderos del Cerro y Mancera y él trabajará como carpintero en todas sus fundaciones.

Los medios de comunicación y de transporte presentan muchas dificultades. No hay que olvidar que el pueblo más cercano es Mestas, de las Hurdes. Y del lado de Salamanca, la pintoresca Alberca, que tampoco es una gran urbe, está sólo a catorce kilómetros, pero les separa un puerto tal, que cuando alguna familia se aventure a llegar hasta allí, los mecánicos

se resistirán a emprender la bajada, aun los acostumbrados a los gran des puertos de los Pirineos.

—La verdad es que no sé de qué nos preocupamos —dice la Madre.

Emprende animosamente los trabajos de tan difícil instalación. En el primer momento no piensa en fundar allí, sino más bien en volver con todas sus monjas al Cerro y desde allí organizar la fundación. Pero el entonces obispo de Coria. Monseñor Barbado, no las dejará salir de su diócesis.

Ha ido a visitarlas a los pocos días de su llegada y conmovido al ver tanta pobreza y tanta alegría, se ocupa de llevarles paja para que puedan hacer sus pobres jergones carmelitanos.

La casita donde viven fue una antigua hospedería y en el primer cuarto destinado a los visitantes, quedan todavía algunos muebles. Un Padre que va a verlas en estos primeros días, al ver aquellas cómodas butacas, reprende a la Madre. «No puede haber espíritu de Dios si así se falta a la santa pobreza.» La Madre Maravillas se humilla y calla... Cuando el Padre entra en las habitaciones que van a constituir el nuevo Monasterio y ve la carencia absoluta de todo en que viven las monjas, se queda edificado y confundido.

El que cuida de los pajaritos y viste con primor a los lirios del campo, les va a cuidar tan bien que no les faltará nada. Claro que nadie tiene más necesidades que las que quiere crearse y estas monjas ¡tienen tan pocas...! Pero no les faltará lo necesario para vivir aunque con gran pobreza y esto solo ya es un milagro. Poco a poco van llegando las cosas más indispensa-bles. Lana con que tejer la estameña y el sayal carmelitano, tazas y platos de barro, cubiertos de palo, cáñamo para hacer alpargatas, algunas legumbres, carbureros para alumbrarse en las largas noches de invierno, pues la luz eléctrica no llega hasta allí.

No faltan tampoco las limosnas de la gente sencilla dé los contornos que les llevan un saco de harina, una orza de miel, o una colmena, leña para hacer lumbre y hasta una trucha del Batuecas para alguna «Hermanita» enferma.

Hasta aquel rincón del mundo llegan muchas jóvenes valientes, que acuden desde los puntos más lejanos de España, atraídas por aquella pobreza. Y llegan labradorcitas de los pueblos comarcanos que por el camino de la sencillez y de la humildad alcanzarán en poco tiempo un alto grado de virtud y de amor de Dios. Flores del campo hermosísimas,

algunas de las cuales El trasplantará muy pronto desde aquel huerto cerrado a los vergeles de la gloria.

* * *

El señor Obispo de Coria estaba contentísimo de tener allí a las Carmelitas. Se preocupaba de que recuperasen pronto las fuerzas perdidas en los largos meses de Madrid y les mandó que dieran paseos que les vendrían bien después del encierro en el pequeñísimo piso de Claudio Coello.

Muchas veces el Padre Florencio las acompañaba en estos paseos.

Abrían con picos los caminos cerrados por el tiempo, a ratos se paraban aquí o allá, en la Fuente de las Conferencias, o en cualquiera de aquellos hermosísimos lugares, donde el Padre, con sus grandes conocimientos de la Historia de la Orden, les contaba cosas interesantísimas de Padres antiguos, o del Monte Carmelo, donde había vivido, o de María Angela del Niño Jesús, aquella alma santa que conoció también allí. Otras veces eran verdaderas lecciones de Ascética y Mística.

La Madre se alegraba mucho de que aquellas novicias, jóvenes en su mayoría, se fuesen formando en aquellos conocimientos tan carmelitanos, que a la vez les servían de distracción y descanso.

Nunca pensaron las hijas de la Madre Maravillas que iban a guardar tan inmensa gratitud a aquel fraile descalzo que había compartido con ellas los rigores de la exclaustración y que ahora las acompañaba en su soledad.

Porque es después de la muerte de la Madre Maravillas cuando han conocido a fondo lo que fue el Padre para ella y además le deben el haber recogido y guardado cuidadosamente cuantos papelitos o cartas le escribía la Madre, con el encargo de que se entregasen después de la muerte de ésta.

Se dio cuenta en seguida de lo que era la Madre, y procura que ella hable y le diga de su trato con Dios. Le dice que es muy reservada. A ella le cuesta muchísimo hablar de ello, porque le apura decir cosas que le parece que son para quienes están en un estado más alto, según ella se ve; y más aún por la enorme dificultad de encontrar palabras que expresen esas íntimas experiencias.

A pesar de eso, ella le pide que la dirija y el Padre Florencio se nos presenta aquí como un director consumado.

Un sentimiento de respetuosa humildad en el Director, nos habría privado del tesoro que hoy tenemos en las manos. El Padre no duda. Manda como quien puede mandar, puesto que tan enteramente se le somete. Manda a la Madre dé cuenta de su espíritu sin hacer caso de la repugnancia que siempre ha sentido para ello. Le exige además que lo haga por escrito, mientras que para las cosas exteriores deberá hacerlo de palabra, venciendo el temor que siente a molestarle. La Madre entonces le da cuenta de toda su vida. Su humildad le hace exagerar sus faltas.

El Padre Florencio conoce muy bien las sendas de la mística y las misteriosas purificaciones a que Dios somete a las almas que ha escogido para realizar con ellas la unión de amor.

Sabe que éste es el camino de los santos... Sabe, por ejemplo, que San Juan de la Cruz, que pasó por la vida como un ángel y de quien se ha dicho que fue confirmado en gracia el día de su Primera Misa, afirmaba a] morir que no había hecho obra alguna que no le estuviera reprochando 2I5, aunque cinco minutos después aseguraba que se iba a cantar Maitines al Cielo.

Por eso, no le choca que la Madre incurra también en estas sublimes contradicciones. Asegura, por ejemplo, que desde niña ha sido «una gran pecadora» y añade que puede decir de veras: «Vuestro amor me ha prevenido desde la infancia y ha crecido conmigo...».

Dice que no hace más que hacer daño a todas las monjas, al mismo tiempo que una palabra suya cualquiera les hace darse más a Dios. Está segura de que no ama a Dios y otras veces le parece que va a tener que ensanchar su capacidad de amarle porque no puede resistir tanto amor.

El Padre guarda todos los billetes que recibe, anota en cada uno la fecha (que la Madre omite casi siempre) y convencido sin duda de que pasarán a la posteridad y para prevenir cualquier interpretación inexacta, escribe al margen de uno de ellos en que la Madre habla de lo que ella tiene por graves pecados: «Son temores de conciencia recta y timorata en la época de que habla».

El Padre le reduce mucho las horas de la noche que antes dedicaba casi enteras a la oración y lo mismo hace con las penitencias para las que le hace pedir permiso detallado. ¡Y esto sí que le cuesta!

Durante algún tiempo se las prohíbe todas sin encontrar en ella la más leve resistencia.

Si quiere que la deje el Señor »en manos de su propio consejo», le dice con severidad el Padre, puede callar las grandes mercedes que Dios hace a su alma. Muchos años lo ha hecho por humildad, por ese temor que tiene de que la tomen por lo que no es, pero ahora que el Padre le manda otra cosa está dispuesta a obedecer aunque le cueste tanto.

No contenta con esto y soñando otra vez con el momento ya próximo en que dejará de ser Priora y entrará de lleno »en la vida de obediencia menuda» pide permiso al Padre para sujetarse a una Hermana de las más antiguas y no hacer sin su permiso nada, ni aun las cosas más mínimas enteramente suyas, particulares y exteriores.

Como el Padre no le contesta, insiste sobre ello. Es que lo desea mucho. »Hace ya tiempo —escribe— que no me cuestan las cosas que quiero hacer por el Señor como antes me costaban, ni nada de lo que El me envía por doloroso que sea, porque viendo que es su voluntad, ya es de veras la mía sin esfuerzo alguno».

El amor nunca dice basta, y la Madre quiere hacer algo más por el Señor. Una vez en Claudio Coello dijo al Padre que desearía hacer el voto de lo más perfecto. Entonces no le pareció oportuno al Padre concedérselo, pero le dijo que se lo recordara cuando las cosas volvieran a la normalidad. El alma equilibrada y serena de la Madre se enfrenta con este voto sin ningún escrúpulo. Si Dios se lo pide, El le dará la gracia para hacerlo:

El Padre accede, y el 17 de marzo la Madre le pide permiso para velar tres noches: dos para prepararse al voto, la tercera en acción de gracias323. Y le pide que ofrezca su alma al Señor en el Santo Sacrificio para que con su Preciosísima Sangre purifique su alma de todo lo pasado. El resultado de esta nueva y generosa entrega es un torrente de gracias que le hace exclamar.

«Yo no sé lo que me pasa, ni cómo es posible tanta bondad y misericordia del Señor con una pecadora como yo que me he pasado la vida resistiendo sus gracias. Padre, si el Señor me quiere llevar ahora por este camino, tendrá que ensanchar mi capacidad, pues no la tengo suficiente para tanto gozar...»

Las visitas del Señor a las almas pueden ser de dos clases: unas consoladoras y dulces, otras purificadoras y justicieras. Ninguna de las dos le han faltado a la Madre Maravillas durante este periodo de su vida. Unas veces le parece que Dios, justísimamente airado, la rechaza para siempre, otras le habla al corazón de manera inefable, otras le dirige palabras de

suave reprensión y otras, en fin, se digna consolar sus penas desde el Sagrario donde le siente vivo, palpitante, lleno de amor.

La Madre está feliz en esta soledad, con aquella pobreza, aquel silencio. Escribía así al Padre Florencio:

> «Hace mucho tiempo que no he tenido deseo de nada exterior, sino de que se cumpla en todo solamente la voluntad de Dios; éste era mi único deseo desde hace muchos años y ahorme encuentro hoy deseando quedarme aquí, que esta soledad me encanta, este sitio de tan santos recuerdos de Nuestra Sagrada Orden».
>
> «Me da el Señor —le dice otro día —tal deseo de amarle, que no solo durante el día no puedo pensar en otra cosa, quedándose todas las cosas de la vida como por fuera»

Quien no la haya conocido, podría creer que era una persona tan absorta en Dios, que no puede ocuparse apenas de las cosas de nuestra pobre tierra.

Sin embargo, no es así. Es cierto que la Madre tiene «algo». Algo que no se sabe lo que es y que no tienen otros. Algo que acerca a Dios y que levanta de la tierra. Pero la verdad es que sus hijas no han sospechado jamás que mientras se está ocupando con tanta sencillez y naturalidad de los mil detalles de la vida diaria, está recibiendo del Señor mercedes inefables.

No se le nota nada ni nadie sabe lo que pasa en su interior. Por fuera es una igualdad inalterable, una paz que se comunica a quien la trata, un hacerse toda a todos poniendo toda su alma aun en las cosas más mínimas de los demás, un perfecto y total olvido de sí.

Por dentro, según su propia expresión: -es un tormento dulcísimo, eso sí, y que no quisiera cesara, pero si dura, yo no sé cómo se puede vivir sobre todo así teniendo que disimular y atender a tantas cosas que no son Dios».

Este es quizá uno de los matices más delicados de la humildad de la Madre y desde luego una singular gracia de Dios que ha escuchado lo que con tanto afán le ha pedido. Ella misma lo dice con estas palabras;

«Estas cosas que quiere el Señor comunicarme hacen vivir esta vida exterior con la atención exclusivamente necesaria porque sin poderlo remediar se recoge toda para dentro, aunque pido siempre haga no sea nunca de modo que puedan notarlo»

Hablando de la dificultad que experimenta para emplearse en estas cosas exteriores, escribe la Madre

«Bien sé que todo es por El, que con todo se le puede agradar, pero si no deja de atizar esta llama de su amor y del deseo de poseerle,.., ¡qué felicidad, Padre!: de veras creo que no se podrá resistir mucho».

* * *

En el improvisado Carmelo de las Batuecas no tienen todavía puesta la clausura papal. Por eso, las monjas se ocupan ellas mismas de la pequeñísima capilla, en la que entran y salen por una puerta que da al antecoro. Un día, la Sacristana ha pedido a la Madre que salga con ella para ver algunas cosas que hay que arreglar. Salen, y al pasar por delante del Sagrario y hacer la genuflexión, siente la Madre que el Señor la llama allí junto a El. Con gran esfuerzo logra disimular, atender a las explicaciones que da la Hermana y resolver sus dudas. Hecho esto, vuelven las dos a entrar en el convento. A pesar de las ganas que tiene de volar junto al Sagrario, obedece al Padre, que no la deja ir durante el día. Después del recreo del mediodía, las Carmelitas deben guardar recogimiento en sus celdas hasta la hora de volver al coro. La Madre, sin decir nada de lo que le ha pasado, escribe un billete al Padre pidiéndole permiso para poder pasarlo en la capilla. En la carta en que le cuenta esto, dice la Madre:

> «Como no me lo dio (el permiso) dije al Señor que tenía que obedecer, *que me dejase* y ayudase para descansar, y lo logré, lo que tengo que confesarle que no me suele pasar.
>
> «Por la noche, al bajar al coro y arrodillarme delante de la reja, volví a sentir lo mismo que por la mañana. Entonces, sin reflexionar, me fui a la capilla y al arrodillarme delante del Sagrario sentí muy grande recogimiento y habló el Señor a mi corazón. Lo que me dijo no me atrevo a decirlo ni puedo, fueron palabras de mucho amor, aunque algunas de reprensión. Desde el Sagrario le sentía vivo y hablando sin duda ninguna a mi corazón. No eran palabras formadas como otras veces que sin oirías al exterior, se pueden decir justamente las que son, sino como dándolo a entender con precisión en el fondo del alma. Temo hice mal en irme a la capilla, que no sé ahora cómo me atreví... Pida, Padre nuestro, por caridad para que corresponda al fin a tanta misericordia del Señor. ¿Cuándo voy a acabar de hacerme santa?»

En uno de esos papelitos, esta vez más largo, le cuenta al Padre el 6 de febrero esta gracia que había recibido:

«Fue el año 1935 cuando estando en la Misa cantada y totalmente ajena de ello sentí de repente un recogimiento interior grande y entendí quería el Señor que me retirase a la soledad porque quería hacerme verdadera esposa suya. Le contesté que ya lo era por la profesión religiosa y entendí claramente que esta manera de serlo que El ahora quería concederme era una cosa muy distinta. Faltaban justo diez días para el 30 de mayo, aniversario de mi profesión solemne y fecha además de esto muy memorable para mí, pues en ella hice en el mundo el voto perpetuo de castidad con circunstancias muy consoladoras para una pobre alma tan pecadora como yo lo había sido. Aunque hacía ya un año que no había hecho Ejercicios, me parecía muy difícil con el cargo de Prelada decir que iba a entrar aquella misma noche sin haber tomado las providencias que suelen tomarse, cuando me lo propuso y facilitó todo la Madre María Josefa.

«Los primeros días todo fue recibir gracias y luces del Señor en tal abundancia, que no sabía lo que me pasaba. Me parecía también entender que muchas de estas luces no me las daba sólo para mí, sino para poder guiar a mis Hermanas, y recuerdo especialmente sobre aquello de 'mis delicias son estar con los hijos de los hombres' como si quisiera yo le procurase estas delicias ocupándome de las almas y ofreciéndome por ellas. En esto entendí también otras cosas. Yo estaba muy impresionada con todo lo que me estaba sucediendo, pero aquella gracia tan grande que se me había anunciado se me hacía imposible de creer pudiese ser a mí siendo la que era, por parecerme, como me lo parece ahora, que sólo lo puede el Señor conceder cuando el alma está en otro grado de perfección muy distinto y como por otra parte yo estaba tan segura que me había pasado todo aquello y no era imaginación, pedí al Señor por primera vez en mi vida me diese una prueba y sería me viniese por algún lado una estampa de la Santísima Virgen dando su Divino Hijo al alma.

«A los cinco o seis días cesaron las gracias del Señor y fue un tedio, una desgana de todo, que no supe vencer y empecé a aflojar en la oración. Sentía algunas veces una como suave y triste reprensión, algo que se había alejado y me decía, pero sin palabras, que así no era posible unirme al Señor... Reaccioné un poco y acabé los Ejercicios, pero sin recibir aquella gracia que tan claramente me había parecido entender

quería el Señor concederme, pues aunque quise hacer e hice una entrega de todo mi ser, lo hacía yo, pero no era aquello.

«El día que salí de Ejercicios me encontré que la Madre María Josefa, lo que nunca había hecho, pensando era el último año que pasaba conmigo, me había hecho hacer una estampa de la Santísima Virgen con el Niño en los desposorios de Santa Catalina, a quien habían quitado la aureola y vestido de Carmelita. ¿Qué fue todo esto?»

* * *

Todas las monjas querían mucho al Padre y agradecían y apreciaban cuanto de él recibían. Pero no podían comprender por qué el Padre a veces trataba a la Madre de una manera despegada, hasta áspera. No se lo explicaban, y lo sentían mucho. Precisamente el Padre, con su buen natural, tenía con ellas y con todo el mundo un trato afable y bondadoso. Sabían también que veneraba a la Madre. Entonces, ¿por qué?

La Madre no consentía ningún comentario sobre esto y no sólo no demostraba el menor desagrado, sino todo lo contrario.

Esto que las monjas no comprendían, lo han entendido treinta y seis años más tarde y lo habrían entendido también entonces si hubieran podido leer este billete y otros parecidos, que a la débil luz de un carburero escribía la Madre al que por entonces había tomado por director:

El escribirle hoy, Padre nuestro, es para pedirle con toda mi alma, por amor de Dios, que es lo más que se puede decir, que use la mayor severidad posible conmigo, que no me dé nunca lo que quiera, que me humille, que me desprecie delante y detrás de las Hermanas, que me dé todo lo que sea amargo. Padre nuestro, que Dios se lo pagará. ¡Si paga un vaso de agua que se dé en su nombre y yo tengo una sed que me abrasa de todo esto!... Mucho le agradezco lo poquitín que me da, pero ¡es tan poco una gota de agua para quien tiene tanta sed!».

* * *

En la primavera del 38 la Madre, que teme que puedan haber sido profanados los restos de la Madre María Josefa, piensa ir al Cerro a ver en qué situación se encuentra. Además, aunque eso no hubiera sucedido, sabe que el Cerro está siendo muy batido por la artillería y la aviación y podría deshacerse la sepultura Al mismo tiempo verían cómo está el convento y podrían empezar a hacer planes para el porvenir

El proyecto presenta dificultades que parecen insuperables Será muy difícil conseguir salvoconductos y muy peligroso hacer un viaje en el que hay que ir rodeando, casi, la línea de fuego Lo somete como de costumbre a la obediencia y sale con dos Hermanas camino de Madrid[48].

Por el camino, parándoles a cada paso en los controles al pasar por los pueblecitos recién conquistados, las gentes las reciben con alegría. ¡Las Carmelitas del Cerro de los Angeles!

Y los muchachos que luchan por defender su fe les piden oraciones: «Hermanitas. Hermanitas, recen por mí.» Y les piden escapularios, que la Madre les reparte conmovida con palabras de aliento y cariño. ¡Escapularios de la Virgen! ¡Con qué segura confianza parten con ellos aquellos valientes soldados! ¡Les han salvado de tantos peligros!...

El Cerro es línea de fuego y el comandante de la plaza no se muestra muy agradado de tener allí a aquellas monjas Les hace ver el peligro y la imposibilidad de llegarse al cementerio. El camino está batido por la artillería enemiga, seria jugarse la vida. La Madre sonríe:

—No se moleste usted, podemos ir muy bien nosotras solas

— ¡Por Dios, Madre! —dice él.

Y les hace acompañar por un cabo que no cesa de recomendarles que vayan bien pegadas a la tapia para no servir de blanco a las ametralladoras del enemigo.

Aunque la visita ha sido tan corta, la Madre ha podido darse cuenta de muchas cosas en el Cerro. Se tranquiliza al ver que la ermita del cementerio se ha derrumbado sobre la sepultura de la Madre María Josefa, con lo que queda protegida.

Ve el estado deplorable del convento. Está algo mejor la casa de Capellanes, donde piensa que podrán instalarse provisionalmente. En Getafe se entera por las Madres de la Sagrada Familia que al salir ellas para Madrid les habían llevado allí muchas cosas del Cerro, principalmente ropa y ornamentos. Y que también hay cosas de ellas en otros sitios del pueblo. Habrá que ocuparse de buscarlas, recuperarlas y arreglarlas, pues todo está en muy malas condiciones. Volvieron aquel mismo día.

---

[48] Iban en un coche que les envió don Santiago Muguiro, hermano de una de las monjas y doña María Arnús, su mujer. Pensaban pasar la noche en la finca de estos señores que estaba en Oropesa, a unos 100 kms. del Cerro.

* * *

El día 30 de mayo en el que la Madre celebra su Profesión, se lleva a las novicias a hacer un día de retiro a la ermita de la Santísima Trinidad.

Salen a las nueve de la mañana en seguida de Misa. «El día no puede ser más espléndido ni más primaveral», anota el Padre Florencio. Se conserva hasta el horario del día escrito por la Madre.

A la manera que usaba San Juan de la Cruz con sus frailes en las soledades del Calvario, empiezan juntas la oración y luego se dispersan buscando cada una el rincón más de su agrado. La Madre también vaga por aquellos «bosques y espesuras.»

Han dado las doce y la campana del convento da las nueve campanadas separadas de tres en tres. El Angelus. Es la señal de reunirse para el examen y la comida. La Madre acoge a sus dispersas ermitañas con su acostumbrada afabilidad. ¿Qué tendrán sus palabras que así encienden en amor de Dios?

A la tarde, a las siete y media, el Padre Florencio sube con las Profesas a buscar a las solitarias y a celebrar el fin del retiro en la ermita.

El lo cuenta así: «Tenían un altar precioso con la imagen de la Inmaculada (un cuadro) y la del Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Angeles, descansando sobre unas piedrecitas del Monumento, fragmentos de la cabeza de la estatua que la Madre se trajo consigo cuando estuvo a verlo últimamente.

»Después de los cánticos bajamos de la ermita de la Trinidad a la Fuente de las Conferencias. Y cerca de allí prepararon una especie de gruta entre el ramaje y colocaron una estatuita de la Virgen de Lourdes, delante de la cual y con velas encendidas, cantamos la Salve, por ser víspera de la Virgen Medianera de todas las gracias. Luego estuvimos un buen rato en la Fuente de las Conferencias, en donde las novicias cantaron algunas coplillas agradeciendo el día de retiro y a continuación bajamos a casa, adonde llegamos a las nueve y media, cuando empezaba a oscurecer.

»A buen seguro que les quedará a todas memoria de este día como despedida a las ermitas al inaugurarse dentro de poco la clausura en Batuecas.»

El 4 de junio salen para Getafe dos Hermanas. Al Padre le ha parecido la mejor solución, pues no le parece que la Madre debe de faltar ahora de Batuecas.

El viaje ha resultado muy provechoso. Por los conventos de Getafe y por otras casas y centros de recuperación se hallan diseminadas mochas cosas del convento del Cerro.

En los meses anteriores al Alzamiento, la Madre, que preveía lo que se venía encima, fue enviando algunas cosas de interés a casa de personas amigas. De éstas, algunas se recuperaron; otras, como cartas del Padre Torres, fueron quemadas por las mismas personas a quien la Madre se las confió por temor a un registro. El ambiente en que se vivía hace disculpable este hecho que nos ha privado de unos documentos de inapreciable valor para la biografía de la Madre.

Estas dos Hermanas trabajaron lo indecible y con fruto, pues se recuperaron más cosas de lo que se pensaba. Sin embargo, otras de gran interés se perdieron, como, por ejemplo, los libros del archivo, donde constaba el acta de Profesión de la Madre escrita de su puño y letra. Dios en su amorosa Providencia permitió que de este caos se salvara la carpeta con los documentos relativos a la fundación del Cerro, de tan gran valor histórico como hemos visto.

* * *

Septiembre de 1938. La Madre no se sacia de gustar la vida eremítica.

Como los antiguos Padres ermitaños que pasaban largas temporadas en aquellas ermitas que dejaron embalsamadas con el aroma de sus virtudes, la Madre va a pasar diez días de Ejercicios en una ermita próxima al convento. Irá después de Misa y no volverá al convento más que para los actos de Comunidad.

A los pocos días el Padre, viéndola tan llena de paz y fervor, le da permiso para quedarse todo el día en la ermita y no volver hasta que empiece a anochecer.

A San Pablo, primer ermitaño, le llevaba un cuervo todos los días el sustento necesario. Aquí «el cuervo» será una de sus hijas, que sube dos veces al día a llevar la comida a la Madre. Ella lo agradece en uno de sus acostumbrados billetes, en el que después de dar cuenta al Padre sobre el estado de su alma, añade:

«Si V. R. quisiera decir que ‘el cuervo’ no venga más que una vez al día... A mí me gusta y sienta muy bien la comida fría, precisamente hoy, al ver las manzanas por el suelo, pensé que bien me podría arreglar con lo que por allí había».

Cuando «el cuervo» le llevaba la comida, ella, sonriendo, con una expresión de paz grandísima, le agradecía su servicio sin decirle una palabra.

En las horas de recreación —la veían de lejos las monjas— salía de su ermita y recogía castañas, o fruta que luego dejaba ya limpia y separada en cestitos a la puerta del convento.

A fines de septiembre, los días son cortos en Batuecas, y el frío se echa encima. Por las noches los lobos salen de sus madrigueras y se les oyen aullar por los montes. La Madre no se acobarda por eso y hasta pregunta al Padre si podría pasar allí la noche.

«Me gustaría mucho —escribe—, pero no sé si está bien.»

El frío allí debía ser ya fuerte, pero —luego lo contaría ella misma — el Señor se ocupa de aliviárselo, pues un gatito que andaba por allí se echaba encima de sus pies y le daba calor.

Cumple con toda fidelidad el horario que el Padre le ha aprobado para los Ejercicios: cuatro horas de oración, mas otra todas las noches de doce a una. El resto del día alternará entre el rezo del Oficio Divino, los quince misterios del Rosario, *Via Crucis*, que hace descalza y cargada con una pesada cruz: lectura de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y... somete también al Padre las penitencias que quiere hacer. Hasta hace poco hacía lo que creía le pedía el Señor, pero el Padre le ha reñido por ello y le dice que tiene que preguntárselo todo, aunque la obediencia ponga freno a su generosidad. Gracias a esto, sabemos que entre otras cosas, duerme todas las noches en el suelo con un madero por almohada y que lleva todo el tiempo que duren los Ejercicios una cadena en la cintura y una cruz con pinchos. Una Hermana logró una vez ver esa cadena de gruesos garfios que estaba manchada de sangre. Además, hace otras penitencias que ella llama pequeñas, como, por ejemplo, tener acíbar en la boca todo el tiempo de la comida y otras por el estilo. Al hablar de esto en carta al Padre Florencio de 23-IX-1938, añade:

«El Señor me lo sigue pidiendo y me viene muy bien vencerme un poco, que habitualmente me cuesta mucho la penitencia. Estos días (los de los Ejercicios) no; ha sido desahogo, y un consuelo.»

Con este mismo espíritu penitencial, suplica al Padre (se lo debía haber negado otras veces) le permita hacer una confesión general, la última... Le dice que escribirá los pecados, para que al no tener que hacer esfuerzo de memoria, pueda emplearse del todo en los otros afectos —

dolor y amor—, y añade ingenuamente que aunque ha sido tan pecadora, no cree que tenga que emplear en ello mucho tiempo.

Después de la confesión escribe:

«Estos días que el Señor, por medio de V. R., me ha concedido han sido. Padre, algo de cielo. No quiero decir con esto que no he sufrido, pero no me ha venido mal tener algo que ofrecer al Señor, pues por lo demás han sido días de paz y de luz y El ha querido también durante ellos fortalecer mi flaqueza comunicándose al alma en la abundancia de su amor y de su dulzura, que siendo la que soy, no hay cosa que pueda causar mayor confusión. Pero ahora me encuentro con que se acaban estos días y yo no quisiera en manera alguna volver a ser la de antes, y que estas gracias caigan sobre mi alma, como me ha pasado toda la vida como semilla en terreno pedregoso».

Desde que la Madre hizo sus Ejercicios en el mes de septiembre hasta el 21 de febrero en que el Padre Florencio dejó Batuecas para no volver, son pocas las cartas y papeles de dirección que se han conservado.

Por alguno de ellos se ve que el Padre le había vuelto a dar permiso para velar por las noches.

En noviembre se agudiza la prueba interior, tanto más dolorosa cuanto que ya parecía, después de todas las gracias que Dios le había concedido, que nada podría arrancarla de su amor; ahora le parece todo un sueño y piensa que le ha perdido para siempre.

El mes de diciembre trae a la Madre una pena, aunque impregnada de dulzura y de paz. Una de sus hijas, Carolina de la Madre de Dios, después de una corta enfermedad ha cambiado este destierro por la Patria verdadera.

La había curado la Virgen en Lourdes, años antes, del mal de Pott, que la tenía en cama desde su Primera Comunión. Hace sólo unos meses que ha hecho la Profesión solemne y ahora la Madre de Dios se la llevó con Ella al cielo.

En enero, aparte de la lluvia y nieve, nada turba la tranquilidad del valle de las Batuecas. Quizá fuese en estos días cuando la Madre escribe al Padre Florencio este papel sin fecha:

«Padre nuestro, como no sé qué me pasa que me he quedado completamente muda para las cosas de mi alma, que por ahora ni puedo, ni tengo el menor deseo de decirlas, ni de interrumpir este como gran silencio que parece se ha hecho dentro de ella, quiero manifestarle lo muy

agradecida que le estoy por el gran bien que hace a mi alma la manera que tiene de llevarla. ¡Si viera cómo a veces me hace sufrir, pero muchísimo más gozar! Aquella preciosísima flor del Carmelo que me puso en la estampa de Nuestra Santísima Madre hace mis delicias y es la pura verdad 'que destila sangre y miel».

Afluían las vocaciones. Habían ya entrado cinco postulantes y hay ocho más esperando que haya sitio, porque en aquella hospedería estaban tan apretadas que no cabía ni una más.

El Noviciado estaba en un cuarto abuhardillado en el que no se podía estar de pie.

A todas las recibió la Madre Maravillas. Entre ellas a la Hermana Juana María de la Cruz.

Bernardina, que así se llamaba en el mundo, era hija de unos panaderos del pueblo de Mozárbez, en la provincia de Salamanca, y tenía vocación desde niña, aunque no sabía cómo ni a quién manifestarla. Sólo el Señor conocía el secreto de aquel corazón, que en los muchos ratos que pasaba junto al Sagrario, hacía oración a su manera, repitiendo muchas veces: «Jesús, quiero consolarte.»

Decía ella que no podía ser más que de Dios, porque le había puesto a su corazón un «candadito» y le había entregado al Señor la llave[49].

Sus padres la enviaban a llevar el pan al convento que los Padres Dominicos tenían en La Maza. Cuando a la vuelta oía la campana del convento que anunciaba la bendición del Santísimo, Bernardina bajaba del burrito donde montaba y de rodillas, en medio del campo, sin testigos, adoraba a Dios que así se dignaba bendecir a los hombres.

Una chica de su mismo pueblo fue a visitar a las monjas de Batuecas para solicitar su ingreso en el convento, y Bernardina la acompañó con gusto.

La Madre Maravillas sale al locutorio a recibir a las visitantes. Nuestra panaderita apenas ha hablado una palabra, mientras la otra, simpática y habladora, hace el gasto de la conversación.

AI salir del locutorio, la Madre comenta:

---

[49] «¿Tú eres Jesús?... ¡mi Jesús!, acuérdate, bien lo sabes, que te di mi corazón en el que nunca entró nadie, que le puse un candadito y te entregué a Ti la llave.» Estrofa de una coplilla que le sacaron las monjas a la Hermana Juana, con cosas que ella contaba y se la hicieron para su Profesión.

«No sé, pero no creo que esta chica va a ser para nosotras. En cambio, la otra tiene algo.»

¿Qué sería ese algo que vio la Madre? Bernardina al exterior no llamaba la atención por nada. Era una chica encantadora, siempre sonriente y agradable, recogida, abnegada y dispuesta para todo. Después de haberla tratado y de haber visto su continuo ejercicio de heroicas virtudes, penetraron las monjas aquel «algo» que se leía en sus grandes ojos negros.

La amiga no fue monja. Ella entró en aquel Carmelo donde vivió cinco años practicando todas las virtudes de modo no corriente, especialmente la humildad y la sencillez.

Padres de la Orden y teólogos insignes hicieron de ella después de su muerte, elogios extraordinarios.

Murió el 30 de septiembre de 1944, el mismo día que Santa Teresita, a sus mismos años y de su misma enfermedad. El Padre Efrén de la Madre de Dios. Carmelita Descalzo, que la asistió todo este tiempo, decía a las Madres: «Alarguen cuanto puedan esta vida que es preciosa para la Iglesia.»

Murió como un ángel, riendo y diciendo adiós con la mano a su Madre y Hermanas, que no acertaban a arrancarse de aquella pobre celdita convertida en un cielo. «¿Por qué las *quedré* yo tanto?», repetía. Después de su muerte deshojó también muchas rosas sobre nuestra pobre tierra.

* * *

La Madre Maravillas, cediendo a las repetidas instancias del señor Obispo de Coria, que no quiere desprenderse de este Carmelo, se decide a separarse de la mitad de sus hijas y a dejar allí establecida canónicamente la nueva fundación.

En febrero de 1939 se confirman las buenas impresiones del fin de la guerra.

Es una alegría que, como todas las de esta vida, va marcada por el sello de la cruz, porque se acerca el día de la partida de la Madre y la separación es dolorosísima para todas.

Para muchas han sido doce años viviendo juntas, compartiendo las angustias, los sufrimientos de los años difíciles; ¡han estado tan unidas en penas y alegrías en aquella casita de Claudio Coello! Después en la paz de Batuecas... No, no era ésta una separación corriente.

Pero el sacrificio mayor es dejar a la Madre. El consuelo, la paz, la seguridad, la fortaleza, todo eso que infunde con sola su presencia, parece que va a perderse al perderla.

Ella misma, según había escrito meses antes al Padre Florencio, siente más que nadie la separación:

«...Estoy sin ánimos y temiendo el sacrificio de la separación de estas hijas, de por vida, que aunque nunca se lo digo a ellas, me las tiene el Señor puestas muy en el corazón».

El día 1 de marzo tuvo lugar la elección de Priora. Por delegación del señor Obispo la presidió el Padre Vicario Provincial de los Carmelitas Descalzos de Castilla.

Si la Madre siguiera los impulsos de su corazón continuaría allí algún tiempo, hasta dejar encajadas a todas en sus nuevos oficios, como insistentemente se lo piden sus hijas. Pero tiene varios motivos para no hacerlo: el primero es que después de haber consultado varias veces por carta al señor Obispo de Madrid, éste le contesta: «Salga para Getafe. Desde las Ursulinas de allí pueden ir cuantas veces sea preciso a ver y dirigir las obras.»

El día 4 se presenta en Batuecas doña Hortensia, a quien ya conocemos, con los salvoconductos arreglados, cosa nada fácil, y un coche para llevar a las Madres a Salamanca. Les dice que urge la salida, pues se ve ya inminente la toma de Madrid y si esperan al día siguiente, pueden quedar cortadas las carreteras

No hay más remedio que abreviar las despedidas, y salir antes que la noche se les eche encima.

Después de la colación, se despiden hasta el cielo. La Madre les da la bendición diciéndoles que ofrezcan el sacrificio por España.

El centro de aquel rincón del mundo hasta ahora ha sido la Madre y ahora parece que les va a faltar todo. Pero no. todo no Les queda el Unico que nunca les puede faltar. En cuanto arranca el coche, se van al Coro a dar gracias al Señor que tanto les ha pedido.

Está anocheciendo y Batuecas se va quedando como un puntito perdido allá en la hondonada. La Madre, a pesar de su entereza, no puede contener las lágrimas.

Lo que ha sido para ella este arrancón, ella misma nos lo dirá mejor que nadie en las cartas que escribirá a sus hijas de Batuecas en los primeros meses de su llegada al Cerro.

En una de ellas se lee:

«Jesús sea siempre con V. R. y con todas esas mis hijas que tantas lágrimas *para adentro* me cuestan... Cuando me presente delante de El, ya que iré por completo con las manos vacías de todo Jo demás, tendré al menos estos dos desgarrones tan tremendos de estas dos fundaciones».

Ya en Salamanca, donde una vez más las Carmelitas les dan hospedaje con todo cariño, pasan cuarenta y ocho horas a causa de una avería en el coche.

El camino hasta Madrid es largo y lento por la aglomeración de tropas. Al fin, el 6 de marzo llega la Madre Maravillas a Getafe, de donde salió hace treinta meses entre dos filas de milicianos.

Capítulo 18

De nuevo en el Cerro

No hay fundación sin trabajo, escribió Santa Teresa de Jesús al echar una ojeada a sus palomarcicos que iba dejando atrás[50].

La Madre Maravillas podía muy bien haber escrito estas mismas palabras en todas sus fundaciones, pero muy especialmente en la del Cerro de los Angeles.

Sólo un temple como el de la Madre Maravillas pudo enfrentarse con una empresa de semejante envergadura para la que no tenía en aquel momento más medios que su ilimitada confianza en Dios.

Cuando aquella mañana del 7 de marzo se presenta en el Cerro de los Angeles, que está aún en plena línea de fuego, el comandante de la plaza le ruega encarecidamente que hasta que ellos les avisen es más prudente sigan en Getafe. Se está preparando una ofensiva sobre la capital y son días de mucho peligro. No obstante, ante la insistencia de la Madre le enseña él mismo el convento y la casa de Capellanes. Cuando la visitaron en mayo del 38, el convento estaba destrozado, pero la casa de Capellanes se conservaba todavía en una situación que habría hecho posible la instalación casi inmediata de la Comunidad. Pero tal como esté ahora, es imposible instalarse allí. Las puertechos llenos de boquetes, y de tal manera llena de suciedad que requiere un trabajo de más tiempo.

La Madre no se desalienta por esto y seguida de las tres Hermanas que habían subido con ella, va trazando tranquilamente los arreglos que pueden hacerse para convertirla pronto en un convento provisional. El oficial que las acompaña escucha asombrado, pues sólo para sacar de allí aquellos montones de Inmundicia no bastaría un equipo de hombres. Antes de marchar toman medidas de puertas y ventanas que quieren encargar en seguida a un carpintero de La Alberca.

A la bajada va haciendo planes para volver al Cerro cuanto antes. Las noticias que el comandante le ha dado le hacen pensar en la conveniencia

[50] «Ninguna fundación ha querido el Señor que se haga sin mucho trabajo mío.» Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones*.

de hacer venir al resto de la Comunidad que ha quedado en Batuecas. Todas las tropas avanzan sobre Madrid y quizá dentro de poco se corten por completo las comunicaciones o el viaje presente aún mayores peligros.

No le engañan sus presentimientos, pues a los pocos días tiene lugar una ofensiva sobre Madrid que hace imposible pensar en la venida de las Hermanas. Momentáneamente fracasada aquélla y restablecida la calma, la Madre se decide a organizar el peligroso viaje y el día 16 llegan a Getafe las cinco Hermanas restantes.

Las Religiosas de la Sagrada Familia han vuelto a recibir a las Madres con la misma caridad que lo hicieron hace tres años, aunque esta vez la parte material presenta mayores dificultades. El Colegio está abarrotado de soldados que están acuartelados en Getafe esperando la orden de avanzar sobre Madrid. Los víveres son escasísimos. Sólo pueden ceder a las Carmelitas una pequeña habitación con una cama, que ninguna quiere usar.

Pero con la llegada de las Hermanas la cosa se complica, pues no tienen sitio material. Entonces la Madre Superiora le ofrece para pasar la noche la sala de recreo, aunque les advierten, por si acaso, que allí se cose durante el día la ropa de los soldados, que traen del frente y que suele venir poco limpia.

Por estos días escribe la Madre a Batuecas:

«Si yo pudiera tenerlas a todas aquí. ¡Seria demasiada felicidad para esta vida y no puede ser! ¡Esto se quedará para el cielo!» Les pide alguna ropa de hilo o de algodón para mudarse. Y explica: «Tanto porque la podamos lavar, porque sólo nos dan un jarro grande de agua al día y tenemos que lavar en la celda, así que las túnicas, imposible, como por si cogemos 'jebuseos', que dicen las Ursulinas que esto está plagadito»,

Pero los 'jebuseos', como los llama la Madre, no pueden nada con las hijas de Santa Teresa que rezan todas las noches la oración que ella misma compuso: «Pues nos dais vestido nuevo, Rey Celestial, librad de la mala gente este sayal»[51].

Todas las mañanas la Madre entra a despertar a sus hijas. Abre la puerta de la sala y de rodillas da unas palmadas y canta la sentencia carmelitana: «Alabado sea Jesucristo y la Virgen María, su Madre; a la oración. Hermanas, a alabar al Señor.»

[51] Nombre de broma que daba a los piojos.

Un día la Madre se equivoca de puerta y canta en el dormitorio de las Ursulinas que, asustadas, asoman la cabeza entre las sábanas y del mismo apuro, al ver que se ha confundido, se va sin llamar a sus hijas.

Luego, en el recreo que tienen con las Ursulinas, les pide perdón por haberlas despertado tan temprano y de aquella manera. Pero ellas están felices de haber vivido esa experiencia carmelitana, tanto que las del otro dormitorio le suplican: «Ma mère, ma mère, por favor, mañana venga a despertarnos a nosotras».

La vida que llevan aquí las Carmelitas tiene más mérito dada la grandísima agitación que reina en la Casa.

Las noticias sobre la toma de Madrid son contradictorias. Las Carmelitas están en ascuas, pero a pesar de su natural ansiedad continúan en su retiro y se contentan con las noticias que de cuando en cuando les lleva la Madre. La noche del 27 no se atreven a empezar los Maitines por temor de no poder terminar. Ya en hora de silencio[52], que guardan como en tiempos normales, oyen que la Superiora del Colegio se acerca a la Madre seguramente para darle noticias.

«Nosotras —dice la relación— nos dormimos con la esperanza de alguna buena noticia al despertar. Al día siguiente, 28 de marzo, sigue la misma incertidumbre. Unas veces hablan de rendición y otras de ataque. Por lo que pudiera suceder, no quiso nuestra Madre que retrasásemos más el rezo. En seguida del desayuno nos fuimos a rezar los Maitines. En el mismo momento de empezar el Te Deum, echaron a vuelo todas las campanas de Getafe y nuestros corazones también fueron a vuelo delante del Señor, llenos de gratitud por la gran misericordia que acababa de hacernos. Nos uníamos por medio del Oficio Divino a toda la Iglesia con sus mismas palabras, le alabábamos y le bendecíamos».

Madrid se había rendido. Volverían a abrirse sus templos profanados y cerrados hace tres años y se podría volver a rezar y a invocar el nombre de Dios.

Aquella misma tarde quisieron subir ya al Cerro, pero les aconsejan esperar, pues está la carretera llena de tropas. Tuvieron que dejarlo para el día siguiente.

La Madre Maravillas, que había sido la última en salir del Cerro de los Angeles, quiere ser la primera en volver.

---

[52] La Regla del Carmen prescribe un silencio absoluto —el *magnum silentium* de la tradición monástica occidental— desde que se rezan las Completas, que suele ser a las nueve de la noche.

Momentos antes de salir de Getafe, el 29 de marzo, la Madre daba estas noticias a sus hijas de Batuecas:

«En este momento, ocho y media de la mañana, subimos al Cerro.»

Y salen para el Cerro. Van a pie y en silencio. ¡Son tantos los recuerdos! Luego rezan el Rosario. Cruzada ya la carretera, empiezan el Via Crucis hasta llegar arriba. El aspecto que presenta todo aquello es desolador. Por todas partes se ven las huellas de la devastación y los estragos de la guerra. Una doble fila de trincheras protegidas por alambradas rodean todo el Cerro. Hasta el camino han saltado bloques de piedra del Monumento que se mezclan con cascotes, basura, armamentos destrozados y escombros.

Es un espectáculo de ruina y desolación.

Sin embargo, sabemos, por el testimonio de la Hermana que nos ha dejado esta relación, que según se iba acercando a la cumbre se sentía una sensación de paz como si el alma presintiese algo mucho más grande que las ruinas que veían los ojos del cuerpo.

El Cerro está desierto. Caen de rodillas ante las ruinas de aquel Monumento.

La Madre ora en silencio. Ni una lágrima cae de sus ojos, ni pierde el tiempo en lamentaciones.

Después de cantar la Salve y dar una vuelta a las ruinas, llegan al Cerro los grupos que habían visto ya de lejos en la carretera. Entre los seglares destacan las blancas cornetas de las Hijas de la Caridad. Allí están también las fieles obreras de la Compañía del Pilar, a las que la Madre abraza con emoción.

Su gran talento y sentido práctico le hizo apresurar la subida al Cerro, pues de haberse retrasado, hubiera sido más difícil después la recuperación del convento.

Después de esta mañana del 29, vuelven a las Ursulinas de Getafe, a pie como subieron. Llegan a las dos de la tarde «algo cansadas», dice la relación, pero llenas de ánimos. La Madre traza un plan atrevido. Arreglarán primero unos cuartos a la entrada del convento, que se puede decir es lo único que tenía paredes, lo que era zaguán, portería y comedor de Hábitos[53], y en cuanto puedan tener acomodo para poner el Santísimo se subirán a vivir aquí.

[53] Daban este nombre a un cuarto de fuera donde podían reunirse los familiares a celebrar la vestición de hábito y profesiones.

Ruinas del Monumento

Todos los días ya suben a pie, en seguida de Misa, bien provistas de avíos de limpieza, un poco de provisiones y dos o tres botellas de agua, pues arriba no había nada.

Ha alquilado una tartanita que pueda llevar al Cerro a las monjas más delicadas, pues teme que no puedan resistir la subida a pie todos los días.

Un día, al volver a Getafe, se encuentra con un sacerdote joven que se dirige hacia el Cerro buscándolas. Viene de parte del señor Obispo para ofrecerse y hacerles de Capellán, al menos por algún tiempo.

El día 3 se despiden agradecidas de las Madres que con tanta caridad las han atendido, y el 4 de abril. Martes Santo, emprenden la vuelta definitiva al Cerro de los Angeles.

Aquellos dos días son de intenso trabajo. Una pequeña y sucísima habitación cerca de la entrada del convento tiene que quedar convertida en capilla. A pesar de haber fregado el suelo y las paredes con zotal, están tan negras que no se puede soñar con poner allí al Señor. Tampoco tienen nada para blanquear. Así que la Madre decide tapizarlas con sábanas blancas. El frente se cubre con un damasco rojo que providencialmente estaba entre las cosas que han recuperado, así como la urna del Monumento. Ya está dispuesto el altar para los Oficios del Jueves Santo. Algunas personas llevaron velas y flores.

Los días siguientes se tienen los demás cultos de la Semana Santa como es costumbre y después de los Oficios del Sábado Santo queda el Señor reservado en el Sagrario.

En un rincón del cuarto que les sirve de capilla, hace colocar la Madre una celosía dejando esa parte para Coro,

«Rezaban el Oficio Divino en ese Corito diminuto. Se veían escenas emocionantes. Todo el mundo tenía sus penas y al encontrarse con el Sagrario en esa capillita en medio de las ruinas, se echaban a llorar como chiquillos, desahogándose delante del Señor».

En aquellas ruinas reciben también la visita del señor Cardenal Primado[54], que queda edificado de la pobreza en que viven, y pocos días después la del señor Obispo de Madrid, que las bendice conmovido, y no sólo no les manda salir, sino que les dice que su mayor consuelo era tenerlas en el Cerro[55].

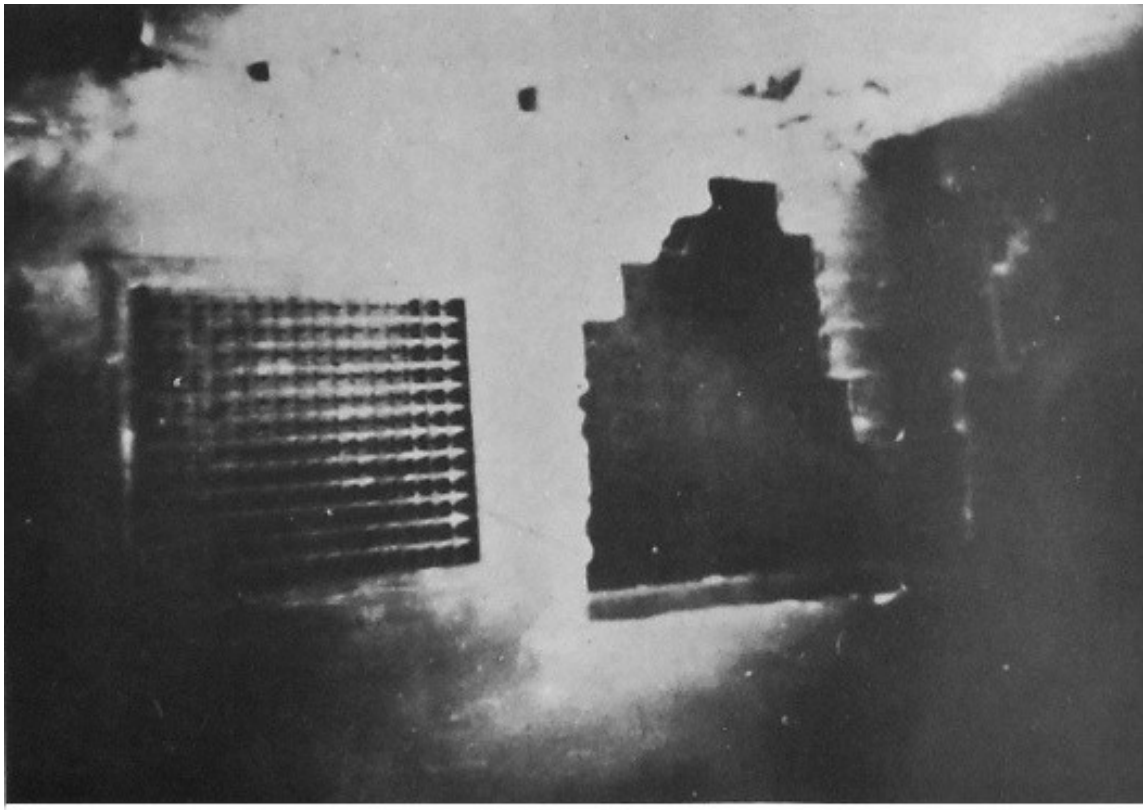
Es digno de notar la habilidad que tiene la Madre para organizar estos Carmelos ambulantes. Aquí, como en Getafe, en Claudio Coello o en Batuecas, no se deja un solo día de vivir como Carmelitas. Lo primero que hace es dar a aquellas destartaladas habitaciones cierto aire conventual y exigir la guarda del silencio y recogimiento como en tiempos normales.

El comedor de Hábitos convertido en bar por los oficiales, ha quedado dividido por sábanas en pequeñísimas celdas donde las monjas pueden estar solas, cada una de por sí, como manda su Regla.

---

[54] Cardenal Isidro Gomá.

[55] Era Obispo de Madrid don Leopoldo Eijo y Garay.



Ruinas del convento

La comida los primeros días, se reduce a unos bocadillos, pero pronto comprende la Madre que las monjas tienen que alimentarse y hace instalar una cocinilla que encienden con leña. Ella misma va a buscarla a la huerta, donde las trincheras y escombros hacen el paso difícil y peligroso. El improvisado conventico se llena de humo que se escapa por los agujeros del fogón. Por ahí se escapa también el calor, así que hay que estar muchas horas echando leña para que los garbanzos lleguen a estar medio blandos.

Ella apenas come, finge no tener ganas, para que con la parte que le corresponde puedan sus hijas alimentarse un poco más.

La Madre confía en Dios y está segura, segurísima, de que Dios no les faltará. Y Dios empieza a cuidarlas como a cosa suya y va poco a poco remediando sus necesidades más apremiantes. La más terrible es la sed. Cuando llegaron había en el Cerro unos depósitos de hierro que habían dejado, los militares con algo de agua, poca y sucia. La emplean para fregar el suelo y se acaba pronto. Para beber les suben unas botellas de Getafe, pero no todos los días. Y no pocas veces tuvieron que escoger entre beber y lavarse.

Un día llega un oficial que les trae un saco de naranjas y una garrafa de agua. Le reciben como a un enviado del cielo.

Algo más tarde les visita el hermano militar de una monja[56], y compadecido al ver la situación en que se encuentran, hace gestiones en Madrid y les manda al día siguiente una cisterna con dos mil litros de agua. Como no se puede acercar al convento, la deja en medio de la explanada y allá van las monjas con sus barreños y cubos a proveerse de agua para todo el día. Desde este día no les faltó esta gran ayuda durante muchos meses.

Al llegar la noche, el cansancio hace que no les preocupe demasiado el mal aparejo que tienen para dormir. El suelo, al que están ya tan acostumbradas, no tiene más inconveniente que el de facilitar a las ratas, unas enormes ratas, el pasearse tranquilamente por encima de ellas.

Sin duda por eso algunas prefieren dormir sobre unos cajones. La Madre, para su brevísimo descanso, ha escogido un baúl con la tapa curvada que asegura ser «comodísimo», por eso seguramente le dedica tan poco tiempo.

En varías de sus cartas hace la descripción de los cuartos donde provisionalmente se han metido y pondera la abnegación de las Hermanas y lo bien que se están portando, «porque nuestra instalación se las trae», dice. Lo que no dice es que ella es la primera en el trabajo y que su ejemplo arrastra a las demás y les hace sobrellevarlo no sólo con ánimo esforzado, sino con grandísima alegría. Sin camas, sin comida, sin agua, sin puertas, expuestas a mil sufrimientos y peligros, aquellas monjas no echan de menos nada ni se cambian por nadie.

[56] Don Joaquín Milans del Bosch.

«Al principio estuvimos sin puertas —escribe la Madre—, sólo las del cuarto oscuro, con decirle que yo no podía dormir pensando si les pasaría algo, y ellas sin nada de miedo. ¡Lo que han limpiado las Hermanas! No se encontraban hombres que lo quisieran hacer y ellas lo han hecho entusiasmadas».

Durante el día, el trabajo continuo, el atender a la gente, las mil cosas de que hay que ocuparse, hacen que la Madre no se acuerde de la instalación, pero cuando caen las sombras de la noche y se quedan solas, sin puertas ni ventanas, en aquel Cerro solitario, la cosa cambia.

Las Hermanas no tienen ningún miedo, pues la presencia de la Madre les infunde tal amparo y seguridad, que no sienten el menor temor.

Pero la Madre, en esas horas, pensaba si no sería una temeridad tener allí a sus monjas... Si no estaría dando lugar a que hubiese alguna profanación del Santísimo Sacramento. ¿No sería una locura estar allí? Decididamente, al otro día se irán a Getafe.

Con la luz del día se desvanecen las dudas y vuelve la tranquilidad. Eso sí, hacen turnos de vela por las noches ante el Santísimo.

Al atardecer, cuando ya no hay peligro de que nadie suba al Cerro, la Madre lleva a sus hijas a dar una vuelta por la explanada, que bien necesitan salir del ambiente infectado por tanta basura e inmundicias, y respirar un poco de aire puro. Junto a las ruinas del Monumento rezan unos instantes, descansan y respiran, comentan y ríen de cualquier cosa como hacían siempre, hasta en los trágicos días de Claudio Coello.

Uno de estos días recuerdan todas la salida de Batuecas, y lo que les costó dejar allí a aquellas Hermanas:

—Hijas —dice la Madre—, nunca más volveremos a hacer una fundación. ¡En esto sí que no acertó la Madre!

Moros de un Tabor de Regulares, a cuya custodia ha quedado confiado el Cerro, hacen la guardia delante del convento.

La Madre ve que no tienen dónde echarse y les deja los colchones que, junto con unas mantas fumigadas, les ha enviado para ellas el familiar de una Hermana[57].

Y al primer relevo de la guardia ven las monjas con sorpresa la fila de moros que se iban, llevando cada uno al hombro su colchón. ¡Cómo se reía la Madre!

[57] Don Jaime Milans del Bosch.

El Padre Florencio, ya en Madrid, sube el 10 de abril a confesarlas.

El 19, en una carta a la Madre Mercedes, a Batuecas, cuenta la Madre lo acaecido en esta visita:

«Le encontramos triste y caído, aunque se esforzaba por hablar. Fuimos a comer, tomó lentejas y un huevo con una taza de manzanilla que le ofrecí al ver que comía poco, pero en fin muy natural. Acabamos de comer y me dice que se va a ir al Monumento para verlo bien y que luego, en seguida, nos confesará. Empezamos a dar gracias y, de repente, cae de rodillas y se queda apoyado en la pared, sin conocimiento; le vamos a levantar y empieza a echar sangre por la boca, pero en tal cantidad y con una violencia que se llenó la mesa, el suelo y todo. Volvió un poquito en sí y se levantó diciendo: '¿Qué es? Me voy al Monumento...' Y al decirle yo que no, que se había mareado un poquito, pierde otra vez el conocimiento y otro vómito espantoso.»

La Madre se ha quedado con la angustia que dejan ver las líneas precedentes. Ha llamado a un médico conocido y una ambulancia. Antes de salir le ha dado su propia manta, pues los Padres están instalados en Madrid en una casa donde carecen de todo; además, en aquellos días, no hay allí más que un Padre muy anciano. La Madre escribe al Padre Vicario Provincial, se ocupa de buscarle un enfermero y avisa a las Madres Carmelitas de Guadalajara, que aún se encuentran en Madrid fuera de clausura, para que le visiten y atiendan.

La propia Madre Priora y otra Hermana le cuidan y le acompañan hasta el día 27, en que entrega su alma a Dios.

Uno de estos días sube al Cerro el general Varela, al frente de una representación de la División que él manda. Se celebra una Misa en acción de gracias, organizada por Frentes y Hospitales y él está presidiendo.

La bandera española izada ya en el Cerro, oficiales y soldados que, con la rodilla en tierra y el fusil inclinado, adoran al Señor en el momento de la elevación, el himno nacional, que vuelve a oírse en el Cerro ante las ruinas del Monumento... Todo hace que los momentos sean de gran emoción.

La Madre les había preparado un local entre las ruinas del convento para que puedan desayunar.

El general Vareta al marcharse les deja muchas cajas con víveres de todas clases, leche condensada, galletas, latas de conserva, etc. La Madre,

llena de agradecimiento, no olvidará nunca tanta generosidad en momentos que tanto necesitaban de todo.

Quitadas las horas de oración, Oficio Divino y otros actos de Comunidad, trabajan durante todo el día en el durísimo trabajo de limpiar la casa de los Capellanes. La Madre organiza el trabajo y hace que empiecen desde el piso de arriba a sacar con espuertas la basura que tiran por la ventana a un callejón, de donde vendrán a sacarla con carros. No les duele el trabajo, pero les duele ver a su Madre trabajando como la que más. «Cuántas veces la vimos —leemos en la citada relación— cargar con ladrillos y todo lo que hiciese falta, siendo siempre la primera en todas las cosas más duras y dándonos un ejemplo admirable.»

Una de ellas cuenta lo siguiente:

«En el comedor de las obreras había quedado incrustada una granada sin explotar que no había modo de sacar. Por fin la sacaron y nuestra Madre la cogió y se la bajó al camión. Antes nos había prohibido a nosotras tocarla.»

Aparte de los destrozos causados por la guerra, que fueron muchos, el convento era todo él un estercolero, en el que se había estado acumulando basura e inmundicia durante tres años. En muchos sitios la basura formaba una costra durísima de setenta centímetros de altura. Las ratas y ratones circulaban como en casa propia entre aquellos montones en los que no faltaban restos de comida, botas, guerreras, pantalones viejos, camastros llenos de montones de paja sucia, mondas de patatas, etc.

Una vez limpia la casa y hecho el arreglo necesario por carpintero y albañiles, para que quedase la casa como un verdadero conventito, sale la Madre, el 27 de mayo, con una de las Hermanas hacia Batuecas a buscar a las novicias, que se instalan ya allí con la ayudanta del noviciado. Las profesas se van pasando poco a poco.

El 11 de junio del 39, domingo, se traslada el Santísimo y la gente se une a la procesión de las Carmelitas que acompañan al Señor a su nueva morada.

Ese mismo día queda puesta la clausura.

Para el Capellán se arreglaron unas habitaciones en el convento.

Llegan Juan y Mercedes, los fieles demandaderos que la Madre llama de La Alberca, y vivirán provisionalmente en las habitaciones del piso bajo de la casa de Capellanes, compartiendo las privaciones y pobreza de la Comunidad.

Las monjas están radiantes. «Estamos locas de contentas en nuestra bendita clausura», escriben. En efecto, les parece un sueño. La casa ha quedado muy bien distribuida y tienen cada una su celda, cosa que no pasaba desde el año 36.

Lo único que siente la Madre es no tener huerta, pues el verano está siendo fortísimo y le cuesta que sus hijas no puedan respirar un poco de aire puro.

Con gran secreto hace que los obreros, dejando otros trabajos, se pongan a edificar las tapias medio derruidas. El 15 de agosto, a la hora del recreo, lleva a las monjas con mucho misterio hacia la puerta que da a la huerta; con gran sorpresa de todas se encuentran unas tapias provisionales, y parte de ellas incluida en la clausura. Por la noche lo celebran estilo carmelitano, cena en la huerta, coplas y cantos a la Virgen, ante una imagen de la Reina del Carmelo.

Entre firmeza y suavidad, fervor y alegría, logra la Madre Maravillas que en sus hijas se cumpla al pie de la letra aquellas palabras con que Santa Teresa termina el relato de su fundación de Burgos:

«Si no es por quien lo pasa, no se creerá el contento que se recibe en estas fundaciones cuando nos vemos ya con clausura... Paréceme que es como cuando en una red se sacan muchos peces del rio, que no pueden vivir si no los tornan al agua».

* * *

Ya están las monjas viviendo en su clausura en espera del día en que, construido de nuevo el convento, puedan pasarse a él.

La Madre quiere mandar al convento de la India un pianito de la casa de Capellanes, ya arreglada, para que vean cómo están instaladas y que puedan participar de su alegría. Les dice un día a sus hijas:

—Hermanas, ¿no me harían un pianito para mandar a la India?

Una Hermana dice que probará y le hace un plano a escala, tan perfecto, que la Madre se queda asombrada. Esta es una de esas personas providenciales en la vida de la Madre Maravillas que desde entonces será la que haga los planos de casi todos sus conventos y dirigirá todas las obras que ella emprenda.

Va mucha gente a rezar a su capillita. Muchos piden ver a la Madre.

«Después de la guerra —hemos oído decir a Juan, su carpintero y demandadero— eran muchas las heridas que estaban sin curar de un lado y

de otro. La Madre Maravillas los recibía y atendía a todos. Sus palabras, pocas y sencillas, caían como un bálsamo en aquellos corazones y todos salían diciendo lo mismo del locutorio:

« '¡Esta Madre es una santa!' »

Pasadas las naturales emociones de los primeros días, tan hondas después de los tristes años de la guerra y que tanto eco encuentran en el corazón de la Madre, las horas de visita se guardan como siempre, y así desde el principio se cortan los abusos de gentes que acuden por curiosidad a pasar un rato con las monjas.

A la Madre le cuesta poco trabajo trabar amistad con un simpático morito de los que hacían la guardia, que pronto se hace cargo de la personalidad de la Madre y de lo que allí representa.

Un día la Madre le oye discutir prohibiendo el paso a alguien. Es una visita del convento y la Madre sale a interceder por ella:

—Yo sé que tú ser como Franco aquí, pero no puedo dejar pasar a nadie no siendo la hora —dice el moro.

La Madre, riendo, le convence, y desde entonces los moros la empiezan a venerar como al mismo Generalísimo. ¡Ay de aquel que quiera pasar al convento fuera de las horas que ha dicho la Madre! Ella les corresponde con afable caridad.

Cuando, después de un día de trabajo agotador, escribe por la noche a sus hijas de Batuecas, teme que el ruido de la máquina inquiete a su guardián y sigue a mano, a pesar de lo que le cuesta:

«Pensaba haberle escrito muy largo aunque es la una, pero he notado que con el ruido de la máquina, en el silencio de la noche, nuestro morito guardián se agitaba, ha tenido el relevo y han empezado a hablar muy alto en su, ¿pues sabe que no me acuerdo ahora en qué hablan los moros?, y a hacer ruido así que lo he tenido que dejar, pues estaba viendo a dar golpes a la puerta».

A esto se siguen seis pliegos escritos a mano por los dos lados. ¿Cuánto tiempo dormiría aquella noche la Madre?

En su carta contesta a toda una serie de preguntas y soluciona muchas cosas que sin duda por la precipitación de su salida de Batuecas, habían quedado en el aire. Se interesa por todas y cada una de las monjas, por el asunto de los demandaderos y por todo.

En otras cartas de esta época leemos;

«Les envío unos polvos que hay que tomar una cucharadita después de cada una de las comidas... Ese específico que nos han mandado dos frascos para la Hermana N., que si se fortifica, creo yo se le quitará del todo el dolor de cabeza. Dicen que es el mejor reconstituyente que hay hoy en día y unas inyecciones de cal por si les vienen bien; unos plátanos que nos ha enviado Bernardito y el pan nuestro de hoy que lo dan por Castilla».

«Siento mucho que no se arreglen para tener gallinas ahí, que tan fácil les sería y poder tomar huevos. Los chicharros ahora son un regalo cuando se tienen y como son baratitos, aquí suelen estar a dos pesetas, es una gran cosa. Pero no por eso se pueden suprimir los huevos, que alimentan más, sobre todo para las que tienen poca gana, que son generalmente las que más lo necesitan. Siempre decía la Madre María Josefa que era mucho mejor pagar comestibles que botica. Ahí, ocupándose una Hermana con cuidado, como lo hace la Hermana N. podrían tener unas sesenta buenas gallinas. Hay que darles muy bien de comer, pero satisfacen con creces lo que en ellas se gastan, que ahí, sembrando maíz, se reduciría muchísimo, pues con éste, verduras y las sobras de las comidas no les faltaría nunca huevos, es decir, con muy poco más. También debían hacer lo de las truchas[58], que el poco trabajo que se tomen ahora lo tendrían muy pronto resarcido, y me preocupa que se les empiecen a poner malas las monjas».

Mientras la Madre vivió en Batuecas, no le parecieron excesivos los rigores y las privaciones que tenían que sufrir, pero ahora piensa de muy distinta manera. Quieren que empiecen en seguida el nuevo convento, estudia los planos, pide a los arquitectos que vayan al Cerro para tratar con ellos, y sobre todo, vela porque el nuevo palomarcico no sea sino un convento que en nada desdiga de la pobreza que han profesado[59].

Al mismo tiempo alienta en estos términos a la Priora de Batuecas:

«El Señor la seguirá ayudando como hasta aquí, pues es tan bueno, que sólo con que reconozcamos la gran verdad de que no somos nada ni podemos nada sin El, lo suple todo. Ámele mucho, que se lo debe, pues tan

---

[58] En los dos ríos que surcan la finca de Batuecas se daban bien las truchas, por lo cual un ingeniero amigo de la Comunidad les había aconsejado hacer un criadero.

[59] La dificultad de los medios de comunicación y transporte y el gran aislamiento en que se encontraban las Carmelitas de Batuecas hacían casi imposible el que pudieran tratar estos asuntos directamente. Por pura caridad la Madre Maravillas tomaba sobre sí el trabajo de ayudarlas en la construcción del nuevo convento.

lleno de amor y misericordia la llamó y la sigue llamando, séale muy fiel, que ya que no tiene quién le advierta sus faltas, tiene que suplirlo V. R., pero confíe siempre en su amor y viva siempre unida con El, para que pueda hacer en su corazón cuanto El quiera y si le deja, verá qué prodigios de amor obra El con esa nada. Yo me acuerdo siempre de aquello de Angela de Foligno, que al hablarle al Señor de las gracias que había concedido a San Francisco de Asís, le dijo: 'Si alguno me amara más, más haría Yo en él'.»

Hace tiempo ha presentado un oficio al Obispado pidiendo la elección. Viendo que no le contestan, escribe al Obispo:

«Ya que escribo a V. E. le recuerdo lo de nuestra elección. No me he atrevido a hacerlo antes y ahora se me ocurre si no llegaría el oficio a manos de V. E. De todos modos, si me lo autoriza, pondré otro al señor Visitador, por no molestar tanto a V. E. enviándosele ahí, ya que tendrá que devolverlo a Madrid. Quiera el Señor abrir los ojos de estas Hermanas que tan cerrados los tienen para ver lo que yo soy y así puedan elegir a quien sepa hacerles bien con sus consejos y ejemplos, que yo, señor Obispo, sufro realmente cuando veo que no tienen una Madre que las ayude a correr aún más por esos caminos. Se lo digo con todo el corazón, y desgraciadamente es la pura verdad, aquí no hay malo más que la Priora. Si viese de cerca a las demás, (es serviría de consuelo... Y que yo, con lo que soy, tenga, o más bien haya tenido que estar tantos años al frente, cuando no merecía ocupar ni el último lugar de esta santa comunidad...»

La respuesta de don Leopoldo es vaga e imprecisa:

Hay muchas cosas ahora más urgentes, ya se hará la elección más adelante...»

De hecho se retrasará hasta noviembre de 1941, y una vez más, los deseos de la Madre se verán frustrados.

Santa Teresa de Jesús escribió en una ocasión, tratando del gobierno de sus conventos:

«Que no ha de gobernar almas que tanto tratan de perfección la que tuviere tan poca que quisiera ser Prelada».

Si esto es verdad, como lo es todo cuanto escribió esta admirable santa a quien la Iglesia ha honrado con el título de doctora, no cabe duda de que la Madre Maravillas de Jesús fue la Priora ideal.

El 12 de noviembre de 1941 tiene lugar la elección que echa abajo todos sus planes de soledad y retiro. Lo más que ha podido conseguir del

señor Obispo ha sido dejar el noviciado en manos de la Hermana Magdalena de la Eucaristía. Y en sus cartas a Batuecas no se cansa de ponderar las virtudes de la nueva Maestra y el gran bien que para las almas de las novicias va a seguirse de este cambio.

El 30 de mayo de 1942, terminadas las obras del nuevo convento, se hizo todo el traslado por el Coro alto, pues a este fin abrieron una puerta en el tabique que daba a la casa de Capellanes.

E1 Carmelo ve llegar a sus puertas durante estos años C19391^3} muchas jóvenes que quieren consagrarse a Dios en la Orden de la Virgen. Ante tal afluencia de vocaciones, la Madre Maravillas piensa que habrá que hacer algo.

Hace apenas un año que llegó de Batuecas con doce monjas y ya tiene una Comunidad de veintiuna, que es el límite señalado por Santa Teresa. A muchas de las jóvenes que se dirigen a ella, las encamina a otros conventos de la Orden, pero en estos años, casi todos tienen vocaciones suficientes.

La realidad se impone. No hay más remedio que empezar a pensar en serio en alguna fundación. El Obispo le da permiso para recibir sobrenúmero. Las novicias en seguida llegan a quince.

Y la gota de agua fue su amor a la Orden.

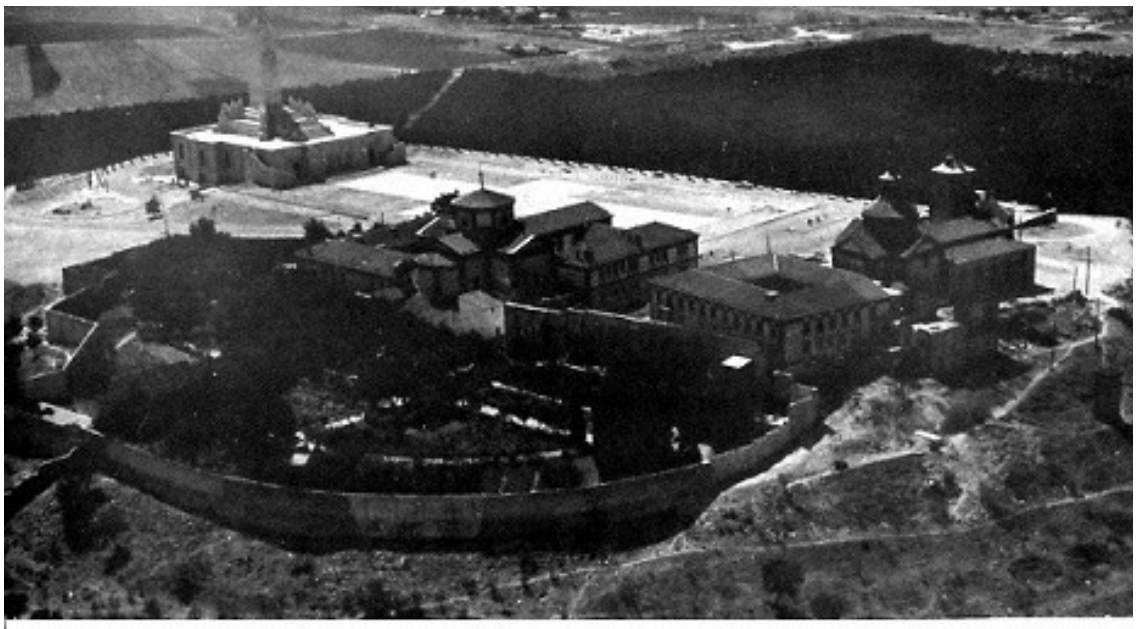
Leyendo un día la Historia del Carmen Descalzo, del Padre Silverio, ve el «cuadro de desolación» que era entonces lo que había sido la cuna de la Reforma Teresiana, el lugar santificado por San Juan de la Cruz y tantos santos Carmelitas que allí habían vivido.

En las cartas de la Madre en estos años se lee muchas veces este nombre: ¡Duruelo!

Y no se queda en sueños este deseo. Hace un viaje para ver aquello y se ha quedado prendada de Duruelo.

Pero de momento Dios quería otra cosa y surgen dificultades que hacen desistir de la idea.

Mancera de Abajo, lugar de un antiguo convento de solera también en la Reforma, podría ser el sitio de la nueva fundación. Empiezan los viajes... Pero dejaremos Duruelo y Mancera para hablar de ellos en otros capítulos con más amplitud.



Monumento actual del Cerro de los Angeles.
En el centro: Convento y huerta. A la derecha: Ermita de Ntra. Sra. de los Angeles

Todas esperan con verdaderos deseos los Ejercicios Espirituales. Oyen edificadas a la Madre, que en su profunda humildad les pide sus oraciones para empezar a servir al Señor. Ellas, ellas son las que tienen que empezar a darse del todo y para siempre.

Preocupada por la salud del señor Capellán, el santico de don Leandro, que no puede soportar el frío de la iglesia, la Madre ha pedido permiso para tener reservado en una capilla más pequeña y recogida, con su reja que da a un coro. Los Ejercicios van a ser también aquí. Las treinta monjas se meterán como puedan en la pequeña habitación que hace de coro. La capillita arreglada con sencillez y primor mueve a devoción. Sobre el frente de damasco rojo, preside un hermoso crucifijo de talla, a los lados dos estampas modestamente encuadradas: la Virgen y San José.

Sobre la mesa del altar, el Sagrario, y a dos pasos la reja, no hay sitio para más; en este ambiente de recogimiento y pobreza empieza su predicación el Padre Torres.

La Madre escribe:

«Pidan al Señor que no se pierdan los verdaderos torrentes de gracia que nos está concediendo y que correspondamos».

Cuando la Madre hace los Ejercicios con la Comunidad, como tiene que ocuparse de las monjas y de la casa, no puede desentenderse de todo para ocuparse sólo de Dios. Ahora, pasado un poco de tiempo, los va a hacer ella sola.

Las Hermanas han sacado unos apuntes de los Ejercicios, y con ellos se retira a una ermita, pues también en el Cerro ha destinado algunos

rincones apartados para estas ermitas que quería Santa Teresa que no faltaran en sus palomarcicos.

La ermita de la Cruz es muy a propósito para esto. Situada en un ala del convento, no llega a ella ningún ruido; comunica por una puertecilla pequeña con una tribuna que también es para uso exclusivo de la ejercitante. La impresión de soledad es total, se siente la dueña absoluta de este pequeño apartamento en el que nadie más que ella puede entrar. Consta de una tribuna que da a la iglesia, un patinillo, una habitación que es la ermita propiamente dicha, y una terracita.

Todo allí no puede ser más sencillo. El frente está totalmente ocupado por una gran cruz de madera. A los dos lados de ella se lee este letrero: «El que no busca la cruz de Cristo, no busca la gloria de Cristo».

Por un ventanillo alto entra la luz necesaria para la lectura de las pláticas: sobre una mesa baja, una imagencilla de la Oración del Huerto.

Desde esta atalaya, se divisa a lo lejos el pueblo de Pinto, donde hay un convento de Clarisas. En el Cerro, las Carmelitas... Hacia San Martín de la Vega, en el término de Perales del Río, ha habido hasta hace poco un Monasterio de Trapenses.

Estando en el Cerro el año 1926, era para ella un gran consuelo pensar que, rodeando el Monumento del Corazón de Jesús, estaban estos conventos, no interrumpiéndose nunca las alabanzas a Dios.

Cuando acababan las Carmelitas... seguían las Clarisas.... luego los Trapenses, y cuando ellos se retiraban a descansar, estaban ya otra vez las Carmelitas empezando su Oficio.

Ahora ya no están los Trapenses allí.

Además, desde el Cerro se ve la iglesia de Perales medio derruida. ¿No estaría bien allí otro Carmelo a la sombra del Corazón de Jesús?

Si en cualquier momento la Madre no tiene más deseo que hacer la voluntad de Dios, dárselo todo, sufrir por El, imitar su vida, no puede extrañarnos que en el ambiente de estos días se aviven sus deseos. El sueño de toda su vida religiosa, vivir escondida en el último rincón del mundo, se le vuelve a presentar ahora como una posible realidad. ¿No la querrá el Señor en Mancera? La misma insignificancia del lugar la atrae.

Acabados los Ejercicios, consulta con sus Superiores, que la confirman en sus deseos, y ya segura de que Dios la quiere en Mancera, pone todos los medios para llevarlo a cabo.

Le atrae también darle al Señor algo que lleva muy dentro del corazón... «Este Cerro tiene algo tan especial...», repetirá muchas veces en sus cartas; y en una escribirá que no cabe duda de que el sacrificio del Cerro fue el mayor de todos, porque era también más lo que se daba.

Ella no dejaría jamás el Cerro sin Carmelitas, pero quedándose sus hijas y con tal Priora... En cuanto salga de Ejercicios lo va a tener que decir. Por lo menos algo para que se vayan haciendo a la idea.

¡Haciéndose a la idea!

Nunca pensaron las monjas que la Madre se pudiera ir del Cerro.

En adelante, en las demás fundaciones ya están acostumbradas a ver que la Madre deja su convento ya en marcha y todo organizado, para empezar de nuevo con los trabajos que las fundaciones traen consigo.

Pero esta primera vez es algo que ni se les pasa por la cabeza.

El Cerro y la Madre parecían inseparables.

La Madre no sabe cómo decirlo y encarga al Padre Torres, que ha ido a visitarla, que lo diga él a la Comunidad.

Sus palabras: «Nos llevamos a la Madre a Mancera» hicieron una impresión imposible de expresar.

Poco a poco la noticia va cundiendo y se comenta entre un círculo de señoras piadosas que se precian de la amistad de la Madre Maravillas.

La Madre se va del Cerro, ¡qué disparate! Habría que hablar con el señor Obispo para que no la deje.

Las monjas saben que la Madre se irá en mayo, que es lo único que ella les ha dicho. Pero ahora, al ver que en Madrid se empieza a agitar la gente, ha cambiado de parecer. Se irá antes, no sea que vayan a hacer algo que pueda impedírselo.

Por esto adelanta la fecha de salida al 27 de abril.

Ese día, a las dos y media de la tarde, la campana de oficios reúne a toda la Comunidad en la portería, la misma campanita que hace apenas mes y medio las reunió para decirles: «Nos llevamos a la Madre a Mancera.»

Ha llegado el momento. La Madre no ha bajado todavía y las monjas se despiden de dos de sus Hermanas especialmente queridas que la acompañan en esta primera expedición. De pronto ven bajar a la Madre, trae en brazos un Niño Jesús. Desde el rellano de la escalera, da con El la última bendición a sus hijas: «Adiós, hijas, ¡hasta el cielo!» Lo ha envuelto

en un pañuelo de cuadritos blanco y negro, como si se fuera El también de viaje. Pero no, no se va. La Madre se lo entrega a la Madre Magdalena, futura Priora, y con Ei la llave del Convento. Las abraza primero; después, con gran serenidad, sin una lágrima, sale de este Cerro donde tanto ha gozado y sufrido.

La puerta se cierra tras ellas. Las Hermanas rodean a la Madre Magdalena y la abrazan con grandísimo amor. Ya desde hoy ven en ella a la Priora.

Pero la Madre Magdalena, renovando el gesto de la Santa Madre Teresa de Jesús, pone la llave del Convento en la mano del Niño y dice:

«Desde ahora éste será el Prior»[60].

[60] Priorito. Era el Niño del Padre López del que ya se ha hablado en el capítulo IV. De aquí data el nombre actual del Priorito.

Capítulo 19

A Mancera

Dejando en el Cerro tal Prior y tal Priora, la Madre Maravillas sale tranquila para su rinconcito de Mancera.

Pero antes de seguir adelante conviene hacer un poco de historia que ayudará a comprender el hondo significado espiritual de la obra que realizó la Madre Maravillas, al rescatar para su Orden los lugares que fueron un tiempo testigo mudo de las heroicas virtudes de sus santos Fundadores.

Cuando Santa Teresa de Jesús salió de Avila para la fundación de Medina del Campo, ya había oído palabras misteriosas y divinas por las que el Señor le daba a entender que no sólo quería que fundase Casas de monjas, sino que emprendiese la obra mucho más difícil de la Reforma de los Padres.

Ya en Medina se decide a hablar con el Prior de los Carmelitas, Fray Antonio de Heredia, que, entusiasmado con el proyecto, le contesta que él sería el primero. Poco tiempo después conoce a un estudiante Carmelita que ha ido allí a cantar Misa, Fray Juan de Santo Matía. Una sola visita en el locutorio de las Descalzas basta para convencer a la Madre que aquel hombre es el instrumento escogido por Dios para realizar la obra que le anunciaba al decirle: -Espera, hija, y verás grandes cosas»[61].

Pero el frailecico, de pequeña estatura y espíritu gigante, tiene ya determinado pasarse a la Cartuja y sólo el extraordinario don de persuasión de la Santa logra arrancarle esta promesa: Que esperará «con que no se tardase mucho».

La Santa, «una romera sin blanca», no tiene casa ni de dónde sacarla, pero con aquellos dos frailes —«fraile y medio»—, ya le parece lo tiene todo. Un mercader amigo le ha ofrecido una casita en un lugarejo perdido en la provincia de Avila. Después de un largo día de 1568 por las llanuras castellanas bajo el sol abrasador del mes de junio, llega la Madre Teresa a

[61] «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones*, cap. 1-8.

Duruelo. Lo que el mercader llama casa, es más bien una cuadra donde se guardan las caballerías. La monja que la acompaña le asegura que allí no puede vivir nadie, que no hay espíritu que lo sufra[62]. Pero los dos Descalzos aseguran que estarán aunque sea en una pocilga.

Santa Teresa se lleva a su medio fraile a la fundación de Valladolid y allí le enseña ella misma el género de vida que se ha de practicar en Duruelo. Y de sus propias manos recibe Fray Juan el Hábito de la Reforma.

Todavía otra vez, cuando la casucha está convertida en un minúsculo conventico, santifica la Madre con su presencia el lugar de Duruelo. Va acompañada de dos mercaderes que lloran como niños viendo tanta pobreza. Santa Teresa suplica a sus dos hijos Descalzos que moderen sus excesos de penitencia, que no anden descalzos por entre la nieve, que se alimenten con algo más que los restos de comida que reciben de limosna en los lugares comarcanos donde edifican a la gente con su predicación y ejemplo, que den algunas horas al sueño y que no pasen las noches enteras en oración en aquel desván donde la nieve entra por las rendijas y el frío cala hasta los huesos.

Estos santos recuerdos recogidos por los Carmelitas que levantaron en 1637 un pequeño convento sobre el emplazamiento de la primitiva casita, se perdieron definitivamente para la Orden en 1836. Una mano piadosa levantó más tarde allí un pedestal de piedras y sobre él una cruz de madera que recordará al viajero solitario el lugar santificado por San Juan de la Cruz. Esto era todo lo que quedaba del antiguo solar de la Reforma, cuando en una mañana de junio llegó a él por primera vez la Madre Maravillas de Jesús.

Hizo este viaje estando en el Cerro, acompañada de una Hermana y del Padre Valentín de San José, Carmelita Descalzo, que se unió a ellas en Peñaranda.

A la Madre le ha gustado muchísimo Duruelo.

Es una soledad encantadora; tan apartada del mundo y tan mal comunicada, que se comprenden los trabajos que pasó Santa Teresa hasta dar con la solitaria alquería. No ha cambiado mucho desde que San Juan de la Cruz la santificó con su presencia. Hay en todo el lugar un no sé qué que lleva a Dios, y que es sin duda la huella de aquel hombre, a quien la Santa reformadora llamó «celestial y divino».

---

[62] «Cierto, Madre, que no haya espíritu por bueno que sea que lo pueda sufrir; vos no tratéis de esto.» Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capítulo XIII-3.

Para concluir este viaje saturado de recuerdos teresianos, la Madre ha pedido permiso para hacer noche en el Monasterio de la Encarnación, donde es recibida con gran cariño por la Comunidad que acaba de tener el gesto simpático y valiente de pasar a la descalcez. Conocemos sus impresiones por esta carta:

«Hicimos noche en la Encarnación y no tiene idea lo que gozamos allí. Nada en la vida me ha dado tanta devoción...»

Hay que seleccionar el personal para la nueva fundación. Es cierto que Dios le ha enviado buenas vocaciones, pero al dividirse la Comunidad para hacer la fundación de Batuecas, no son muchas las profesas solemnes que quedan en cada convento, y las novicias llevan aún muy poco tiempo. ¡Cuántos sacrificios exige una fundación! La Madre lo sabe y lo dice:

«Todos los sacrificios son pocos para recuperar aquella tierra bendita».

Pero las condiciones que ponen los propietarios de Duruelo son inaceptables para ellas y la Madre tiene que desistir. Todo queda en manos de Dios.

Surge entonces la idea de Mancera de Abajo, lugar de importancia trascendental para la Reforma, y perdido también el año 1600.

Dice así Santa Teresa en el Libro de las Fundaciones:

«Venían allí (a Duruelo) a confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares adonde les ofrecían ya mejores casas y sitios. Uno de ellos fue don Luis de Toledo. Señor de Mancera y de las Cinco Villas. Este caballero había hecho una iglesia para una imagen de Nuestra Señora, cierto bien digna de poner en veneración.

Es un retablo grande que yo no he visto en mí vida, y otras muchas personas dicen lo mismo, cosa mejor. El Padre Fray Antonio de Jesús, como fue a aquel lugar a petición de este caballero y vio la imagen, aficionóse tanto a ella y con mucha razón, que aceptó de pasar allí el monasterio. Llámase este lugar Mancera. Aunque no tenía ningún agua de pozo ni de ninguna manera, parecía la podían tener allí, labróles este caballero un monasterio conforme a su profesión, pequeño, y dio ornamentos; hízolo muy bien».

Las Crónicas de la Orden añaden que el 11 de junio de 1570, los religiosos de Duruelo se trasladaron a Mancera. San Juan de la Cruz y sus novicios recorrieron a pie y descalzos la distancia que separa Duruelo de

Mancera. Por los campos ondulantes de mieses destacaban sus rostros macilentos y su aspecto penitente y recogido.

La Madre Maravillas manda para orientarse a un buen amigo de la Comunidad, don Timoteo Alonso, para que vea el lugar donde estuvo enclavado el primitivo convento, y se informa sobre las condiciones de una posible venta. Todo lo fía a su prudencia y buen juicio[63]. Le encarga, eso sí, que «no diga que es para unas monjas».

Con gran cariño y entusiasmo realiza la difícil encomienda.

Va a Mancera, donde está muy viva la memoria de su tradición carmelitana. Visita la finca y traba amistad con sus propietarios, don José y doña Teresa, que le reciben con gran cordialidad, pero no se muestran inclinados a venderla. Tienen allí una casita donde viven, y les cuesta dejarla.

Todos los argumentos del señor son inútiles. Hasta que en el curso de la conversación se le escapan unas palabras que descubren el verdadero destino que quieren dar a la finca. Oír esto y ablandarse los propietarios es todo uno. Católicos a carta cabal, consideran un honor el que su casa sea para unas Carmelitas, y desde ese momento todo son facilidades. Santa Teresa habría repetido lo que escribió de tos fundadores de Alba de Tormes: «Y lo que tuve en mucho, que dejaron su propia casa».

No es esto lo único que aquellos buenos hijos de Mancera van a hacer por Teresa de Jesús, ni la Santa por ellos. Pronto empezarán a florecer las vocaciones entre estas buenas gentes de corazón noble y sano y de alma tan bella y pura como el cielo castellano[64]», y una hija suya será después Carmelita en Duruelo.

Así iba naciendo esta fundación de Mancera, estando aún la Madre en el Cerro de los Angeles.

Por esta época —29 de septiembre de 1943—, la Madre Maravillas hace su primera visita a Mancera.

Va con dos Hermanas, que serán desde ahora sus fieles colaboradoras en todas las fundaciones y que consagrarán su vida entera a secundaria y ayudarla en esta obra que Dios le ha encomendado y que está ahora en sus principios. A una de ellas ya la conocemos, será la que trace y dirija

[63] Don Timoteo Alonso era un empleado del Ayuntamiento de Getafe, que se compenetró mucho con la Madre Maravillas y la ayudó siempre muy eficazmente sobre todo en esta fundación de Mancera. Hasta la muerte siguió siendo muy fiel a las dos Comunidades del Cerro y Mancera.

[64] Gabriel y Galán, *Poesías.*

cuantas obras emprende la Madre en sus fundaciones. La otra la puso Dios con especial providencia a su lado para ser su primera enfermera que la acompañará durante cuarenta años, hasta su muerte; tan compenetrada con ella que será su apoyo y su descanso, participando siempre de sus penas y alegrías.

Las acompaña el padre de una monja del Cerro muy interesado por la nueva fundación y el Padre Provincial de los Carmelitas[65].

Al llegar a Peñaranda preguntan por Mancera de Abajo adonde fácilmente les encaminan por una carretera que todavía en esta época del año no está mal, pero en invierno o cuando arrecian las lluvias, se enfanga y se hace difícil transitar por ella.

A los pocos kilómetros se empieza a divisar el pueblo. ¡Mancera de Abajo!

La Madre no había podido imaginar nada más a propósito ni más conforme a los deseos de que está lleno su corazón. Aquellos inmensos deseos de pobreza que dejan ver a cada paso sus cartas, y que saben muy bien las que vivieron con ella. Unido a su otro gran deseo de vivir escondida y olvidada.

Un pueblecito típicamente castellano, medio escondido entre las pardas tierras que lo rodean, austeras y secas gran parte del año y sólo verdeadas por los campos de trigales y cebada. Sus casas bajas, muchas de ellas de adobes, se confunden con la tierra que las circunda y apenas se distinguen ni aun a poca distancia.

En cambio se destaca el hermoso templo parroquial, donde don Luis de Toledo, Señor de Mancera y de las Cinco Villas, ha hecho grabar sus escudos y donde se venera la imagen de Nuestra Señora del Rosario.

Al Sur asoman las cumbres de la sierra de Avila, con la Serrota, coronada de nieves la mayor parte del año.

La finca donde antiguamente se levantó el convento de los Carmelitas, está a unos cuatrocientos metros del pueblo. Allá se encaminan las monjas seguidas de la chiquillería que las recibe con entusiasmo. La casita donde actualmente viven los dueños se puede aprovechar para la construcción del convento. La huerta con sus árboles multiseculares tiene un sabor monacal que invita al retiro y a la contemplación. Todo ello produce en la Madre una gratísima impresión.

[65] Padre Valentín de San José, OCD, y don José Luis Oriol.

Casi todo el día lo pasan buscando el sitio más a propósito para el emplazamiento del convento y a la tarde vuelven al Cerro.

Estos viajes se repiten a menudo, pero cuando va la Madre sola con sus monjas suelen ir en tren, por supuesto en tercera.

Salen del Cerro a las siete de la mañana, después de la Misa y Comunión, y cogen un tren que sale de la estación del Norte a las ocho. Casi siempre van de pie, en la plataforma, hasta que los obreros se van bajando en los pueblos cercanos a Madrid donde trabajan.

La Madre les habla, les pregunta por su trabajo, qué familia tienen. Se compadece de sus dificultades y les promete la ayuda de sus oraciones. «¡Cuánto se alegraría de que fuesen alguna vez por el Cerro!»

Todos quedan encantados de esa monja que tan de corazón se interesa por sus cosas.

En Peñaranda les espera un coche de muías que las lleva a Mancera. Allí pasan el día vigilando las obras. Son viajes cansados. El invierno es terriblemente frío en Avila y Salamanca.

Un día hacen el viaje en coche. Van ellas solas. Llevan, como de costumbre, la comida, y a la hora conveniente se bajan junto a un pinar, en el que se adentran para comer. A la Madre le encanta el campo y la naturaleza que tanto le habla de Dios.

Es un paraje donde abundan los «níscalos», especie de setas comestibles que la Madre conoce muy bien: los buscaba en sus correrías infantiles por los pinares que rodean Carrascalejo. Ha encontrado algunos y los recoge con ilusión para llevarlos al Cerro, pensando lo que les va a gustar a sus hijas.

Pero las Hermanas que la acompañan se asustan. Seguramente serán setas venenosas. La Madre les dice riendo que está segura que son níscalos, que son inconfundibles.

—En «mi pueblo» yo los he cogido muchas veces —les dice— y sé que nunca son venenosos.

Pero ante la insistencia de las Hermanas los tira, con la mayor naturalidad y no vuelve a hablar de ello.

Cuando más tarde funde en Arenas, las buenas gentes de por allí les llevarán muchas veces níscalos recogidos por aquellos pinares. V entonces comprenderán sus compañeras de viaje de antaño cuánta razón tenía su Madre Priora y admirarán su humildad y rendimiento.

* * *

Al terminar el año 1943, el problema es encontrar una persona que se ocupe de dirigir la obra de Mancera.

Estando un día el señor Alonso, de quien ya se ha hecho mención, en un bar de Peñaranda, traba conversación con un joven contratista, Manuel Martín Mutas, que se interesa vivamente por la obra de la Madre y demuestra un gran deseo de conocerla.

El encuentro tiene lugar en la casa de don José y doña Teresa. Manolo queda cautivado por la santidad de la Madre y ella sabe discernir las grandes cualidades de aquel hombre inteligente y generoso. Una visita al Cerro de los Angeles acabará de sellar esta amistad verdaderamente providencial.

Difícilmente podremos separar ya a Manolo de la obra de la Madre. Mientras ella levanta el edificio de su obra espiritual, Manolo levanta los pobres conventicos de sus fundaciones, sin regatear para ello el menor sacrificio ni esfuerzo, siendo su persona de confianza en las dificultades y conflictos.

En el momento en que ahora nos encontramos —27 de abril de 1944—, acoplada ya la casa de Mancera como convento, sale la Madre Maravillas del Cerro con sus hijas para esta fundación.

Antes va a pasar por Batuecas, donde la necesitan y el Padre Provincial se lo ha mandado, para solucionarles ciertas dificultades en las obras del nuevo convento.

Van a hacer el viaje en dos grupos. Ella saldrá primero con las dos Hermanas que pueden ayudarla en los asuntos de Batuecas, y las otras saldrán el día siguiente con el Padre Provincial y dos señoras de Madrid[66], que tienen gran empeño en llevarlas en su coche.

Ellas van en tren a Salamanca, donde las Religiosas del Servicio Doméstico las reciben con gran caridad y cariño. Las han instalado cómodamente en dos habitaciones contiguas. Les sirven la cena y de sobremesa la conversación se alarga hasta bastante tarde.

Son más de las doce cuando las Hermanas, después de rezar el Oficio Divino, se retiran a descansar como les ha mandado la Madre. Están rendidas por tantas emociones y con el corazón en el Cerro y en aquellas Hermanas queridísimas. Pero la Madre no descansa, por la rendija de la puerta ven las Hermanas su luz encendida toda la noche y la sienten hablar

[66] La Duquesa de Valencia y una señorita de Madrid, amiga suya.

con una religiosa que ha pedido permiso a su Superiora para hacerlo y con una joven aspirante al Carmelo que se hospedaba allí

Al día siguiente a las seis de la mañana van a oír Misa a la iglesia del Carmen. Han venido a buscarlas don Timoteo Alonso, que las acompaña desde Madrid, y el Padre Evaristo de la Virgen del Carmen. Carmelita Descalzo.

Ellos las guían por las estrechas y típicas callejuelas. Es todavía de noche y el alumbrado de Salamanca por aquel entonces no es como el de nuestros días. Los transeúntes que tropiezan con aquel extraño grupo capitaneado por un fraile descalzo con su capucha calada, deben pensar que han vuelto a los tiempos en que Santa Teresa pasó por estas calles en una noche como ésta, cuando hizo salir de su casa a un maestro albañil que necesitaba para acomodar su convento.

Después de Misa salen para Batuecas.

Por la escasez de gasolina van en un coche de gasógeno en tales condiciones, que tienen que pararse a menudo. Sin embargo, la Madre no duda en emprender la subida al Portillo y desde allí la peligrosa bajada hasta aquel rinconcito de tantos recuerdos para ella.

Batuecas ha cambiado muy poco. La pobre capillita sigue igual, el Sagrario sigue igual con su puerta dorada en la que un pelícano se abre el pecho para alimentar a sus hijuelos. ¡Con qué gusto se hubiese pasado la noche en esa capillita! Pero no lo intenta siquiera.

Por primera y única vez el toque de silencio no se oye en el valle y la Madre pasa la noche entera atendiendo a sus hijas, porque todas quieren hablar separadamente con ella y no hay tiempo.

La tarde la ha empleado en recorrer las obras y tratar con las Madres de los problemas relacionados con ellas. Al día siguiente, después de comer, salen para Mancera. La alegría desbordante de la víspera tiene ahora una sombra de melancolía. Pero la Madre sabe elevarlo todo, aprovecharlo todo para ir a Dios: “Ya ven, hijas, todo se pasa. Lo único que importa es agradar al Señor.»

La subida del puerto es mucho peor que la bajada y aunque pasada ya La Alberca creen que van a mejorar, sucede todo lo contrario. El coche, se conoce que resentido por la subida, avanza con dificultad y se para a cada momento. A las seis de la tarde, hora en que tenían que estar en Peñaranda, donde las espera el Padre Provincial con el segundo grupo, están todavía paradas en medio de la carretera.

La Madre está apurada por hacer esperar al Padre, pero, según testimonio de sus acompañantes, ni se altera ni pierde la paz. Cuando llegan a las Carmelitas de Peñaranda, lugar de la cita, se encuentran con que todavía no han llegado.

Esperan en el locutorio, saludando a las Madres, y allí reciben el aviso de que han tenido una avería en el coche y se han visto obligadas a detenerse en Avila mientras se lo arreglan.

Deciden, pues, no esperarlas y salen para Mancera.

El recibimiento no puede ser más simpático ni más entusiasta. El pueblo entero se ha congregado en la plaza.

«¡Vivan las monjitas! —gritan entusiasmados—. ¡Vivan las monjitas! ¡Viva Santa Teresa!» Aquellas buenas gentes han comprendido el gran bien que se les entra por las puertas y su cariño por el Carmelo nunca se desmentirá, con lo que corresponden al cariño que la Madre siente ya por ellos.

Es tarde cuando llegan al convento, es mucha la labor que les espera y que además tienen que hacer sin la ayuda de las cuatro Hermanas con las que contaban. Otra noche al estilo teresiano. Hay que limpiar y preparar los cuartos del Padre y de las señoras que vienen de Madrid, deshacer los equipajes para sacar las cosas de la iglesia y sacristía, armar la capilla provisional y tenerlo todo en condiciones para poder celebrar al día siguiente la primera Misa.

La Madre no sólo dirige sino que es la primera en el trabajo, a pesar de no encontrarse bien y de llevar tantas noches sin dormir.

A las cinco de la mañana ya está todo acabado y las tres fundadoras se retiran a descansar a una celda vacía donde no hay más muebles que el santo suelo.

Están rendidas y muertas de sueño.

Pero no habría pasado media hora cuando unos fuertes golpes en la ventana les hacen levantar. Es el segundo grupo que por fin llega. ¡Gracias a Dios! Porque la Madre, aunque nada había dicho, no veía el momento de verlas allí. Con esto da por terminado su descanso y se dedica a dar los últimos toques a la improvisada capillita.

Por la tarde, en la recreación, se ríen a costa de su accidentado viaje.

Han tardado diecisiete horas del Cerro a Mancera. En menos tiempo se puede ir hoy de Madrid a Nueva York. Aquel mismo día 29, a las doce de la mañana, salieron del Cerro. El coche es un gasógeno que las lleva a

paso de tortuga y se para cada dos por tres. No puede con el peso de ocho personas más el de los equipajes de las monjas, por lo que, de cuando en cuando, éstas, compadecidas, se bajan para aliviarle la carga y marchar a pie por la carretera, como en otros tiempos caminaban los recueros y mozos de muías junto a los entoldados carros de la monja andariega. Ya decía ella: «No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos».

A las ocho de la noche llegan a Avila y el Padre Provincial decide que esperen el arreglo del coche en casa de la señora que las lleva, que está feliz de tener a las Carmelitas. Ellas no ven el momento de encontrarse ya en su convento.

A las dos de la mañana salen triunfantes rumbo a Mancera. Al llegar, el pueblo está aún dormido y no saben por dónde tirar. Al fin el Padre y la Hermana Margarita del Niño Jesús (la que conocimos en Claudio Coello) se bajan y llaman a la puerta de una casa. Se oyen ruidos de puertas. Alguien se asoma a una ventana:

— ¡Arsenio! ¡Baja! ¡Son las monjitas, que llegan!

Un apuesto muchacho sale a la puerta frotándose los ojos y hace de guía de la expedición. Y la señora Manuela contará después a todo el que la quiera oír, que fue su Arsenio el que acompañó a las monjitas de la Madre Maravillas que iban perdidas.

Al día siguiente, o por mejor decir, a las pocas horas, se celebra en la intimidad la ceremonia de la primera Misa. Una Misa que el Padre nunca olvidará y que las monjas temen no va a poder acabar. No se sabe qué ha sentido el Padre al celebrarla en este lugar donde tantas veces celebró el santo sacrificio aquel santico de Fray Juan de la Cruz. Las lágrimas no le dejan seguir adelante.

Entre los trabajos de los primeros días, aún encuentra tiempo la Madre, quitándolo del sueño, para escribir a sus hijas. A Batuecas:

«Como el Señor ama tanto a las almas, y a algunas con amor de predilección, yo creo que aunque seamos tan nada se complace El en nuestros pobres esfuerzos, y por lo tanto que estará complacido en Batuecas, donde sólo se quiere vivir para agradarle.»

Y por los mismos días escribe al Cerro:

«Crea que mayor gozo no existe para mí en la tierra como el de saber que, olvidándose de sí mismas, abren de par en par el corazón al amor de

su Dios amado. Ahora por Vuestras Caridades vive ahí el Carmelo y yo puedo en este humilde rinconcito prepararme a la venida del Esposo».

* * *

¡En este rinconcito!

«En este rinconcito», acaba de escribir la Madre Maravillas, podrá prepararse para la venida del Señor.

Todavía pasarán muchos años antes de que la Madre oiga la voz de Jesucristo llamándola a las Bodas Eternas, pero ya tiene su lámpara preparada y encendida por si acaso. Durante toda su vida hará suyas estas palabras de la santa Doctora: «Pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?»

La Madre no puede disimular el consuelo que llena su alma. Un convento pobre y pequeño. Un lugar solitario, olvidado del mundo, lleno de paz. Las monjas, interpretando los sentimientos de su Madre, han compuesto un cantarcillo en el que reconstruyen la historia de la fundación: En aquel rincón de Castilla emprendió San Juan de la Cruz su camino hacia Dios por las sendas de las nadas. El tiempo no dejó de aquello más que aquel solar que aún conserva ese «no sé qué» que es la huella de los santos. Teresa de Jesús lo ofrece entonces a sus hijas. Y Nuestro Señor le contesta:

«Tráeme a tus hijas aquí,
mas quiero que las que vengan
sean las más pobrecitas
de las hijas que tú tengas.»

¡Las más pobrecitas! ¡Cómo le gusta esto a la Madre! Sus hijas han dado en el clavo.

Cuando se entra en el convento de Mancera, en la portería se encuentra uno con un Niño Jesús, de talla, vestido pobremente. Las monjas le llaman el *Traperito*, que es el Señor de la casa[67], pero tiene por oficio coger trapos que para nada sirven y transformarlos en tejidos de gran valor. ¡Se le dan muy bien al Señor esas transformaciones!

[67] Es el Niño «Fundador» de este convento; tiene un saquito al hombro, con trapos, de ahí su nombre: *El Trapero*.

El Traperito

La Madre escribe al Cerro:

«Aunque esta naturaleza no es ni mucho menos la de Batuecas, tampoco deja de tener su encanto esta paz y soledad de Castilla, este cedro que se levanta majestuoso en medio de la huerta diciendo tantas cosas al alma, y el tintineo lejano de los rebaños paciendo por estos campos. Es lo único que se oye. El cielo de Mancera tiene también un encanto especial, sobre todo las puestas de sol son ideales».

«El conventico es monísimo, eso sí, pero para mi gusto grandecito en demasía. No crean que es broma. Pobrecito sí que hace porque es una edificación del todo pueblerina y bajo techo, pero las veintiuna celdas le dan un tamaño respetable. En fin, que esté el Señor contento es lo único importante, y yo espero que sí, pues están todas, gracias a Dios', con buenísimos deseos y con mucho olvido de sí, que es lo principal»[68].

En seguida hay que pensar en los telares que no pueden faltar en casi todos los conventos de la Madre, los gallineros... El trabajo para la Comunidad que tan necesario ella considera para todo.

En las paredes, blancas de cal, van apareciendo letreros.

[68] C. D. C. Carta a la Madre Magdalena de la Eucaristía, noviembre de 1944. A causa de las obras estaba la Comunidad reducida a una parte del convento, al terminar éstas con sus celdas y dependencias le hizo a la Madre impresión de «grandecito en demasía», pero pronto comprendió que no era así y le han oído sus hijas complacerse en él y exclamar: «Es el tamaño ideal.»

Aquí una Hermana, subida en un cajón está pintando en negro encima de una imagen de Santa Teresa esas palabras suyas que encantan a la Madre: «Poned la vida en entender cómo le agradaréis más».

Más allá, al final de un tránsito, otra Hermana termina de escribir sobre una puerta: «Perseverad en el amor mío».

Junto a la del refectorio, fuera, ya está secándose otro más, éste de San Juan de la Cruz: «La quiere el Señor, porque la quiere bien, bien sola, con gana de hacerle El toda compañía».

Letreros escogidos todos por la Madre.

También se ven por distintos sitios cruces toscas de palo y algunas pobres estampas sin marco ni adornos. Ya va teniendo el conventico ese aire especial que ella le ha dado a todos.

Así era el de Mancera, tal como la Madre lo fundó en aquella primavera de 1944, donde goza de las caricias de la santa pobreza.

Ocho grandes cajones que había preparado la Priora del Cerro con inmenso cariño y no menor generosidad con las cosas precisas para la nueva fundación, se extravían por el camino y no hay manera de recuperarlos.

La Madre Maravillas se alegra infinito de esta y otras circunstancias de que el Señor se sirve para que se cumplan sus deseos y esa pobreza le causa en el alma una especie de suave contemplación, como la que sentía Santa Teresa en las estrecheces de su fundación de Toledo.

No dice nada por entonces al Cerro. A la Madre Magdalena le extraña que alguna vez pida una espumadera o un cacharro que necesitan y le contesta que está en el cajón número 1, o en el número 3... ¡Es de suponer cómo se quedaría al enterarse!

Si muchas cosas les faltan, lo que no les falta nunca es la amorosa Providencia de Dios, que les sale al paso a cada momento.

No tienen patatas, pero las suplen con unos nabos buenísimos que se dan muy bien en la huerta.

El pan escasea, pero nunca les falta del todo. Un día no había más que para una vez, y al decírselo a la Madre, contestó que lo pusieran todo, que Dios proveería. Así fue en efecto, porque les mandaron tres panes en el momento de sentarse a la mesa. Más adelante harán el pan en casa, pues les resulta más económico.

Cuando empiezan a ganar algo con la venta de sus labores, compran un horno que les cuesta ¡ciento dieciséis pesetas!

A la Madre le dan devoción las limosnas de los pobres que aparecen en el torno sin saber quién las ha dejado allí: una botella de aceite, unas manzanas, veinticinco céntimos.

Un día no tienen nada para la cena. No hay que preocuparse, ¡el Señor proveerá!

Llaman al torno. Son unos niños del pueblo que han estado pescando ranas y traían las -ancas» para las monjitas.

Otra vez va al torno un labrador que quiere comprar alfalfa y le han dicho que las monjas venden un poco que cultivan en su huerta. Al preguntarles cuánto quieren por ella, le contestan que ponga él el precio, que les dé lo que quiera. El hombre se emociona.

Ya sabe que ellas están más necesitadas que él: lo tendrá muy en cuenta.

Los días anteriores han sido de intenso trabajo para las monjas y la Madre les da ejemplo en eso como en todo.

«Hemos estado atareadísimas —escribe— con la limpieza del convento, que nos lo habían dejado como es de suponer de cal, tenemos las manos abiertas y mi pobre 'viejito arrugado' se me ha puesto de forma que no puedo dar a las teclas de la máquina».

Tres días el convento ha quedado abierto al público. No sólo Mancera en masa acude a ver a sus monjas, sino que los pueblos comarcanos se desplazan para ver cómo es un convento de Carmelitas por dentro. Viene gente de Bóveda, Salmoral, Almoraz. Crespos, Flores y hasta de Macotera y Peñaranda[69].

Repartidos en grupos de treinta o cuarenta, capitaneados por una monja que se lo va explicando todo, recorren el convento, del que no salen más que a la fuerza, para dejar paso al grupo siguiente. La gente no cree lo que ve. Si les habían dicho que estas monjas eran muy «pudientes» y «tenían de tó». ¡Que se lo cuenten a ellos, que lo han visto con sus propios ojos! El convento les edifica y les admira. Las celdas les dejan atónitos: «¡Si allí no hay de ná!»

Aquellas buenas gentes se santiguan al entrar en las celdas y se ponen de rodillas como si estuvieran en la iglesia. «Los más ilustrados —dice la

[69] Hacían cantar a una Hermana una coplilla que le hicieron las monjas al *Traperito*. Todos los visitantes en cuanto la oían se Iban acercando y echaban dinero en la latita que tiene el Niño al lado.

Madre en una carta— dicen que aquello les edifica más por lo que falta que por lo que hay».

El día de Cristo Rey entra la primera novicia.

Se había encontrado meses antes con la Madre Maravillas, que iba con una Hermana, en uno de aquellos viajes que hacían del Cerro a Mancera, y pidió la admisión en el mismo tren. Ahora, el día de su entrada, la acompañan sus padres. Su padre, que ya tenía otra hija con la Madre Maravillas y que sabía en qué manos la dejaba, quiso ser él mismo quien la entregara al Señor y, llevándola del brazo hasta la puerta reglar, le dio la bendición y la entró en clausura.

Impresionaba ver a este padre después en la Bendición que tuvieron en la capillita, ayudando al sacerdote, incensando al Santísimo con gran fervor.

A los ocho meses de fundado el convento ya estaban todas las plazas dadas.

Pero queda todavía mucho que hacer y la Madre está decidida a inaugurarlo el 1 de diciembre. A las monjas les parece imposible, pero tienen experiencia de que cuando la Madre decide algo que ha visto ser la voluntad de Dios, aquello se hace. Y la Madre quiere que después de empezado el Adviento nada turbe ya el recogimiento de las monjas.

Una carta escrita por una de las religiosas de la Comunidad nos da idea de lo que fueron los preparativos para la inauguración:

«Dos días antes, los velos de la reja en la tienda, es decir, ni en la tienda, porque no se encontraban, pero ¿se enteraron?, las viudas del pueblo nos dejaron los suyos y con ellos nos hemos arreglado. Los manteles de altar sin hacer, la cortinilla del Sagrario sin arreglar, la capillita sin entarimar, sin blanquear, las rejas sin pintar, las luces sin poner y nuestra Madre seguía tranquilamente trazando cosas con Manolo Muías. La mirábamos con asombro, pensando que aunque nos multiplicásemos, era imposible terminar, y ¡ya lo creo que se acabó!, hasta el detalle. No cabe duda que el Señor pone su mano en todo, cuando hay un alma como nuestra Madre, que se da de esta manera. Y lo admirable es que en su concepto, ella no sabe nada».

Capítulo 20

Si el padecer con amor

Amanece el día 1 de diciembre de 1944, en el que se celebraba la octava de San Juan de la Cruz, Padre de la Reforma Carmelitana y titular, con la Virgen del Carmen, del nuevo palomarcico teresiano.

El Obispo de Salamanca, don Francisco Barbado, años más tarde Gran Canciller de la Pontificia de Salamanca, es un gran admirador de la Madre Maravillas. Es aquel Obispo de Coria que les envió paja a Batuecas para que las monjas tuvieran dónde dormir y que puso tanto empeño en que las hijas de la Madre Maravillas no salieran de su Diócesis. Ahora, al saludarla de nuevo en Mancera, se interesa por su situación económica y les ruega que no pasen necesidades sin decírselo, que recurran a él, el «Pastorcico», que así gusta que le llamen el bondadoso Prelado.

Ha sido para él un verdadero placer venir a presidir esta ceremonia, sustituyendo a su hermano en el episcopado, don Santos Moro Briz, Obispo de Avila, que se ha visto imposibilitado de hacerlo por circunstancias imprevistas. Cuando la Madre le habla de él y de la impresión de extraordinaria virtud que le ha causado en una visita que les ha hecho, el sabio dominico asentirá: «Tienen ustedes un Obispo que hace honor a su nombre. Se llama Santos y lo es.»

Mancera en la mañana del día 1 de diciembre

Han llegado los Priores de Avila, Salamanca y Alba de Tormes, el Padre Evaristo de la Virgen del Carmen. Consultor de la Madre en muchas ocasiones; el Padre Anselmo de Santa Teresa, hermano del Padre Silverio, y otros muchos Padres Carmelitas.

Y con ellos la esperanza de la Orden y de la Provincia: los estudiantes de teología, muchos de ellos sacerdotes y otros en ansias de serlo. Por su talento y aplicación han llamado la atención en Salamanca, donde han sacado unas notas brillantes y llaman ahora la atención de la Madre Maravillas, también por su humildad, sencillez y fervor. Su formación espiritual sanjuanista cien por cien, no ha impedido, antes ayudado poderosamente al alto nivel intelectual y cultural de aquellos jóvenes

religiosos que han sabido hacer vida el ideal que proponía San Juan de la Cruz; «Religioso y estudiante, religioso por delante».

Maravillosamente dirigidos por su maestro, el Padre José Enrique de Santa Teresita, cantan una Misa que eleva el alma a Dios.

Después de la comida se reúnen en la huerta para dar a las monjas un concierto. Es la misma huerta donde San Juan de la Cruz sacaba a pasear a sus novicios y los enfervorizaba con sus dichos de luz y amor. ¡Cómo llevan a Dios aquellas voces limpias, vibrantes, que cantan las alabanzas de Dios y de su Madre!

Esta es la Orden de la Virgen. Santa María del Monte Carmelo, tal como nos la dieron sus santos fundadores, la Orden que amó la Madre Maravillas hasta gastar por ella su vida entera, hasta morir diciendo: «¡Qué felicidad morir Carmelita!»

Las monjas olvidan el cansancio de los preparativos y de las noches pasadas en claro y «¡qué consuelo! —exclamará la Madre Maravillas—. Yo creo que ha sido nuestro Santo Padre el que ha querido traer hoy a tantos hijos suyos.»

Para la función de la tarde, la iglesita nueva se vuelve a llenar hasta los topes. No sólo el pueblo entero está allí, sino mucha gente de Madrid, de Avila y de Peñaranda. Nunca se ha visto nada parecido en Mancera de Abajo.

Todo contribuye a realzar la solemnidad del acto religioso: el Prelado revestido de los ornamentos pontificales, los hábitos pardos y las capas blancas de los Carmelitas Descalzos, las voces graves de los estudiantes, que desde el coro alto cantan magistralmente los himnos al Santísimo y a la Reina del Carmelo, el fervor y devoción de los fieles que llenan el templo.

Pero nadie ve a la Madre que, escondida en la penumbra del coro bajo, no parece enterarse de que es ella la fundadora, la que ha devuelto Mancera a la Orden del Carmen.

Todavía queda el momento más emocionante quizá de toda aquella jornada memorable.

Después de haber salido toda la gente, vuelven a entrar los Padres para la bendición del convento. Las capas blancas de las monjas y de los frailes llenan los estrechos tránsitos del palomarcico teresiano. Recorren la casa cantando y rezando por coros el Miserere y otros salmos con voces graves, «mortificadas», como diría Santa Teresa, mientras el Padre

Evaristo va bendiciendo la casa y rociándola con agua bendita. Para muchas monjas ha sido éste el momento más emocionante del día. La Madre dirá que para ella lo fue el traslado del Santísimo Sacramento.

En efecto, la procesión atravesando la huerta y la bendición f con el Santísimo antes de sacar al Señor de la clausura para dejarlo en su nueva morada, fue algo más del cielo que de la tierra. Escribe a Batuecas:

«Muchísimo las recordé a todas. Iba junto al Santísimo y todo el tiempo pidiendo por la India, Batuecas y el Cerro, juntamente con esto, para que diésemos al Señor toda la gloria, todo el amor y el consuelo que tiene tanto derecho a esperar».

Y al Cerro:

«Bueno, hijas mías, pidan mucho para que se agrade mucho el Señor en su Carmelo, que reine en él de veras, que mande siempre y rija todo y no tengan sus hijas más gozo y felicidad que el estar pendientes de sus más mínimos deseos».

* * *

La Madre Maravillas ha dejado hacer a Dios y El sigue tejiendo la tela de su vida hilo por hilo, por caminos sorprendentes.

Uno de estos hilos que había quedado suelto y que Dios recoge con mano maestra para volverlo a incorporar a la trama es Duruelo.

Ahora, ahora que está hecho el convento de Mancera, pasados los trabajos de los primeros meses, el mismo día de su inauguración, cuando las monjas van a quedar encerradas en su clausura, surge otra vez.

Aquella tarde del 1 de diciembre, en un momento en que el Padre Anselmo de Santa Teresa logra hablar a solas con la Madre, le plantea la inesperada cuestión.

La Federación Católica Agraria de Avila ha comprado la finca de Duruelo. Van a parcelarla y a repartirla entre los pueblos comarcanos, pero sienten que los Carmelitas pierdan aquel lugar venerando y se la ofrecen a ellos antes que a nadie. Es que en una de las parcelas entran las ruinas del antiguo convento levantado por los Padres en el mismo lugar donde empezó la Reforma de San Juan de la Cruz.

¡Duruelo! Si ahora no se compra —dice el Padre Anselmo—, se perderá irremisiblemente para la Orden.

El precio ha disminuido notablemente, pero aun así, la Madre no puede ni soñar con ello. Mancera se ha hecho gracias a la generosidad de

unos bienhechores. Lo tiene que pensar, lo va a encomendar a Dios, porque si es cosa de Dios, El sacará adelante su obra. Y no sabe por qué le parece que sí, que se va a hacer. Humanamente no lleva camino, pero para los que aman a Dios, todo es posible.

Lo primero que se le ocurre es comunicarlo a la Priora del Cerro. Le pone un telegrama preguntando si podía contar con su ayuda, a lo que la Madre Magdalena no duda en contestar que sí. El día 5 de diciembre le escribe y, dejando correr la pluma, se deshace en conjeturas: «¿Qué querrá el Señor? Que nos lo haga ver, pues sólo queremos darle gusto».

¡Si esto hubiese sido hace dos años!, pero es que entonces no se habría hecho Mancera.

La Madre Magdalena de la Eucaristía, Priora del Cerro, es un alma grande, muy a propósito para secundar los planes de la Madre. Contesta por correo en seguida, entusiasmada con la idea. Precisamente una de las Hermanas que ha profesado últimamente ha renunciado a sus bienes para emplearlos en una fundación.

Apenas pasadas las fiestas de Navidad y Reyes, van a ver juntas el sitio de la proyectada fundación.

La Madre no es insensible al misterioso encanto de Duruelo, que eleva el alma y hace pensar en Dios. Los lugares no dan la santidad, pero Dios Nuestro Señor escoge algunos lugares para ser en ellos especialmente glorificado. Siempre pensó ella que Duruelo se haría, que Mancera sería sólo el primer paso. Pero tan pronto no creía. Ahora la voluntad de Dios no puede estar más clara. Adquirirán el terreno, después, Dios dirá. No corre prisa, se puede ir haciendo la obra lentamente a medida que vaya Dios dando con qué y mientras tanto se va consolidando la fundación de Mancera.

Y con esa felicidad y esa paz, «dejando su cuidado entre las azucenas olvidado», da de mano a todo para hacer sus Ejercicios Espirituales.

«Entro, Dios mediante, el jueves por la noche. Me han arreglado la ermita de Nazaret, que es una preciosidad».

En el verano de aquel mismo año vuelven a Duruelo para señalar el emplazamiento del convento, que va a ser muy chiquito, más pobre, más insignificante aún que el de Mancera.

Sin aparato alguno exterior, como conviene al retiro y ocultamiento que buscan las fundadoras, queda puesta la primera piedra.

«¿Quién se viene a Duruelo? De aquí al cielo», escribe la Madre.

Es el 15 de agosto, un buen día para regalarle a la Virgen esta joya para su corona.

La M. Maravillas con el P. Valentín de San José eligiendo lugar para el convento de Duruelo

El invierno, que ha tendido su manto sobre el pueblecito castellano, ayuda eficazmente a las ansias de soledad y retiro de la Madre Maravillas, pues son pocas las personas que se aventuran a llegar hasta allí.

Es un invierno duro y en el convento recién terminado el frío y la humedad calan hasta los huesos.

Las gentes del pueblo se asustan de que puedan pasar el invierno sin un «triste brasero» como tienen ellos en sus casas.

En cambio no se asusta la postulante que acaba de entrar el día de Cristo Rey y que está radiante de felicidad. Ni se asustan otras muchas que acuden a pedir el Hábito de la Virgen.

El convento de Mancera arde a pesar de la nieve y del frío. Y su fuego salta por encima de las tapias y prende en muchos corazones dormidos.

Mancera. Fachada del Carmelo.

Por primera vez desde hace cuarenta años, las campanas dejan oír a media noche su alegre repicar, anunciando a las gentes que el Niño Dios nació ya». El frío es intenso, ha empezado a nevar, pero nadie quiere marcharse sin entrar a adorar al Niño y no sólo se llena la iglesia, sino también la plazuela que hay delante de ella

Los primeros Ejercicios Espirituales de Mancera se los da el Padre Hilario del Niño Jesús, Carmelita Descalzo, que tanto las ayudó en los principios de esta fundación[70].

[70] Además de este Padre, otros muchos Padres Carmelitas Descalzos dieron también Ejercicios Espirituales a las Comunidades de los conventos fundados por la Madre Maravillas. Entre ellos, los Padres Juan Tomás del Sacratísimo Corazón de María, Balbíno del Carmelo, Silverio de Santa Teresa, Víctor de Jesús María, Benito de la Transverberación, Evaristo de la Virgen del Carmen, Cristóbal de la Virgen del Carmen, Valentín de San José, Heliodoro del Niño Jesús, Feliciano del Niño Jesús, Anselmo de Santa Teresa, Tarsicio de la Virgen del Carmen, Francisco del Niño Jesús, Alberto de la Virgen del Carmen, Hipólito de la Sagrada Familia, Lucinio del Santísimo Sacramento, José Enrique de Santa Teresita, Claudio de Jesús Crucificado, Matías del Niño Jesús, Ursicino del Espíritu Santo, Isidoro de San José, Elíseo del Espíritu Santo, Alfredo de la Cruz, Román de la Inmaculada, Jacinto María de la Cruz, Manuel de la Virgen dei Carmen, Ismael de Santa Teresita, Pedro del Niño Jesús, Luis Gonzaga de Cristo Rey, José María Moliner. —Padres de la Compañía de Jesús: Alfonso Torres, Eduardo Rodríguez, Luis González, Carlos Carrillo de Albornoz, Francisco Torres, Jesús Solano, Luis María Mendizábal, Daniel Agacino, Mariano Pérez de Ayala. — Sacerdotes seculares: don Baldomero Jiménez Duque, don Gaspar Bustos Alvarez.

Las Madres del Cerro han regalado a la Madre Maravillas una tartana pequeña para que los Padres que van a confesarlas de Salamanca puedan ir desde Peñaranda a Mancera.

Don Clodoaldo, a quien llamaban familiarmente don Clodo, es el buen párroco de Mancera. Su avanzada edad y su falta de salud le Impiden atender al pueblo todo lo que quisiera, especialmente en los rigurosos días del invierno. Dentro de poco tendrá que ir a Madrid al Sanatorio del Clero y entonces el Capellán del convento le suplirá en su ministerio.

La Madre se interesa por la instrucción y formación religiosa del pueblo, sobre todo de los jóvenes, y se alegra del entusiasmo con que responden a los esfuerzos del Capellán, que les reúne por las noches al volver del campo. Todo esto hace que la Madre acaricie durante mucho tiempo la idea de dar una Misión en Mancera

Las Hermanas reciben la idea con entusiasmo y la comentan en recreación. Una de ellas conoce al fervoroso misionero Redentorista Padre García Alonso. Los misioneros llegan a Mancera el 10 de enero de 1946.

Como de costumbre, antes de empezar la Misión propiamente dicha, tantean el ambiente del pueblo y tratan de entusiasmarlo reuniendo a los niños que luego contagiarán su fervor a todas las familias. Los Padres les explican en qué va a consistir la Misión y les hablan mucho de una gran señora que va a presidirla. Con ella pueden estar seguros de que todo irá bien. Ella les concederá todo cuanto le pidan, pues es mucho el amor que tiene al pueblo de Mancera y sobre todo es muy grande su influencia.

Los niños dan la noticia en sus casas. Todos dan por hecho que esa señora es la Madre Maravillas y esperan intrigados.

Al fin da comienzo la Misión con un acto solemnísimo. La Parroquia adornada como en los días de gran fiesta está llena hasta los topes. Un gran cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro que han colocado los Misioneros, preside el acto. Ella es la Señora que va a dirigir la Misión. Al verla, muchos quedan desconcertados. ¡Estaban seguros que iba a ser la Madre Maravillas!

No deja su clausura la Madre como han creído los chiquillos de Mancera, pero desde ella vive pendiente de la Misión.

«Estamos misionadas —escribe al Cerro de los Angeles—. El bendito San Alfonso encargó a sus hijos que cuando diesen Misiones en los pueblos no dejasen sin misionar a nadie y que si había conventos, todos los días se diese a las Religiosas una plática».

M. Maravillas vigilando las obras del convento de Duruelo

El mes de enero es aquel año terriblemente frío, la nieve por algunos sitios llega hasta la cintura. Pero para los Misioneros es peor el frío de las almas. «Pidan, pidan mucho —suplican—, sólo la oración puede arrancar estos milagros de la gracia.» Y la Madre y sus hijas multiplican sus oraciones y penitencias. A los pocos días todo cambia. A pesar de un viento helado que parece iba a arrancar el pueblo de cuajo y que ha impedido todos los actos exteriores de la Misión, como Rosario de la Aurora y Via Crucis, las palabras del misionero de tal manera tocan los corazones, que en la iglesita de las Madres se oye llorar a sollozos, los fieles se piden perdón unos a otros, y hasta los mismos Padres no pueden hablar de la emoción. El último día el entusiasmo es inenarrable. La Gracia recibida por el Sacramento de la Penitencia llena los corazones de alegría y el entusiasmo se traduce en vivas al Señor, a la Virgen, a los Misioneros y a las monjas. Hasta quieren ir al convento en manifestación a dar gracias a la Madre Maravillas por haberles traído tanto bien.

Ella cuenta todo esto en una carta al Cerro con su acostumbrada sencillez y atribuyéndolo todo a la santidad de los Misioneros.

«Los Padres han estado edificantísimos —escribe— y de esto yo creo que se ha valido el Señor, pues los veían helados y tiritando y nevando o como fuese ir a todas las casas y visitar a los enfermos, quedarse horas y horas en la iglesia y ayer las confesiones no sé cómo no se murieron, pues nos han dicho que ya creían que no se iban a poder levantar del confesonario, de frío que tenían, que estaban ateridos. En cincuenta y cinco casas han llevado al Señor para los enfermos. Para que se derrita al ver cómo es su Dios. Le aseguro que hemos gozado y al mismo tiempo qué vergüenza da ver cómo se sacrifican por el Señor. Esto sí que es amarle de verdad».

Los Misioneros, en cambio, están convencidos de que la Misión la han dado las monjas. ¡Cosas de los santos!

Los días que dura la Misión la Madre se afana porque no les falte nada a los Padres y esto es bastante difícil en el convento de Mancera.

«Pasamos nuestros apurillos —escribe—, pues no había nada de nada. Mandamos recado que a ver sí nos proporcionaban algo fuese lo que fuese y nos enviaron un hombre con un cabrito, pero que quería venderlo entero a dieciocho pesetas kilo. Yo, asustada, digo que sí, pensando que iba a tener para todo el pueblo, y el animalito no pesaba más que tres kilos.»

Los buenos mancerinos responden mandando limosnas para los Misioneros, chorizo, tocino, medio cabrito, pan, flan y un bizcocho. «En fin, han estado espléndidos —dice la Madre— y nos han mandado hasta una gallina».

Pero una Misión ocasiona muchos gastos y el convento no está muy sobrado. No importa, el que da lo que tiene... Lo darán todo.

«Figúrese lo que nos ha pasado. Fuimos a cuentas y cogimos todo lo que teníamos, que eran dos mil pesetas y pensamos dárselas, para lo que las bajamos a la portería y todas contentísimas dijeron que sí, que Dios proveería. Pero esto fue a las once de la mañana y a las cuatro de la tarde me viene la portera con un recibo para que lo firme. Era un donativo de treinta mantas y ciento cincuenta litros de aceite. Mire que es Cristo nuestro Bien. Llegar precisamente en este momento y nevando, que parecía mentira pudiese llegar aquí un camión».

* * *

Los viajes a Duruelo para vigilar las obras tienen un sabor típicamente teresiano. Están llenos de encanto en los apacibles días de primavera y otoño y llenos de penalidades bajo el sol ardiente del verano y en los duros meses del invierno, crudísimo en esta parte de Castilla.

El camino apenas merece este nombre y hasta que la Madre consigue, a fuerza de repetidas gestiones, que el Ministerio de Obras Públicas lo convierta en una modesta carretera, la tartanita de las monjas tarda algunos días más de dos horas en recorrer los siete kilómetros que separan Mancera de la alquería de Duruelo.

Estos viajes se repiten con frecuencia. No hay más remedio.

Viaje de regreso de Duruelo a Mancera

Suelen salir de Mancera en seguida de Misa. Van en la tartana que les regalaron las monjas del Cerro. Muchas veces van con caballos prestados que Francisco, el hortelano, no conoce. «Nuestra Madre —dice un día—, yo, con esta caballería no iría, no me da confianza.» La Madre le anima: «Vamos, Francisco, que no pasará nada.»

¡Qué bien se hace la oración en aquellos amaneceres castellanos! Al terminarla, cambian algunas palabras, pero pronto vuelve a reinar el silencio. Las Hermanas saben que a la Madre le gusta ir callada y le dan por el gusto. Ya en Duruelo se ocupa de las obras hasta en sus menores detalles. Después, a la sombra de una encina y donde nadie las ve, toman solas la refección que les han preparado en Mancera. En verano cae de plano el sol abrasador, en invierno un viento frío que penetra sin defensas. No son precisamente un descanso estas jornadas para una salud ya gastada como la de la Madre.

Al regresar por la tarde, salvado ya el pequeño repecho que hay a la salida del pueblo, se empieza a divisar el conventico. Las campanas tocan el Angelus. La Madre no disimula su alegría. Sólo por Dios deja su clausura.

Han quedado algunas cartas suyas en las que se cuentan estos viajes.

«Ayer —dice en una— estuvimos en Duruelo. El camino imposible, tardamos tres horas, pero en fin, pasamos. Por poco matamos al caballo que nos llevó hasta Bercimuelle a la Hermana Isabel y a mí, porque decía Faico que por el camino no podían ir más de dos. Llegamos de noche

cerrada por haber tardado como le digo tres horas. Cuánto nos acordamos de la santa Madre en sus viajes, que serían así enteramente».

Dificultades mayores son las que se refieren al personal que ha de formar la Comunidad de la nueva fundación.

No hay que olvidar que desde el año 39 al 47 la Madre ha hecho cuatro Comunidades de una. Es verdad que Dios bendice su obra con una lluvia de vocaciones y que a los diez años de haber dejado su primer enjambre en Batuecas, sus conventos tienen todas las plazas cubiertas, ^ero hay que contar que de ochenta monjas, sólo veinte tiene más de diez años de vida religiosa.

Si Santa Teresa de Jesús pudo decir en aquellos primeros tiempos de su Reforma que dieron a la Iglesia tantos frutos de santidad, que aunque todas las monjas son buenas, no todas son para Prioras[71]; nadie puede admirarse de que la Madre Maravillas tropezara con problemas de este tipo.

Su manera de resolverlos es quizá una de las facetas más interesantes de su personalidad y, sin duda alguna, una de las circunstancias en que más brillaron su claro entendimiento, su prudencia sobrenatural y su admirable discreción.

Ha podido creerse que la Madre Maravillas dispone y manda en los conventos por ella fundados como en el suyo propio. Podía haberlo hecho así, pues éste fue siempre el más vivo deseo de las Prioras que dejaba en sus fundaciones, pero no quiso.

Se ha dicho de ella que hizo el milagro de que la obedecieran sin mandar, y basta echar una ojeada a sus cartas para convencerse de la verdad de este aserto.

Es muy difícil encontrar palabras acertadas para dar una idea de ese exquisito tejemaneje con el que, ni se desentiende de sus conventos con un pretexto de humildad, ni pretende imponerles autoritariamente sus propios criterios y normas de conducta. Cada vez que se le presenta un proyecto del que ve puede resultar una mayor gloria de Dios y un bien para la Iglesia o para la Orden del Carmen, la Madre ora largamente, consulta, pide luz a quien se la puede dar. Y sólo cuando se convence de que al no emprenderlo dejaría de cumplir la voluntad de Dios, se lanza a ponerlo por obra, confiando a ciegas en la divina Providencia.

---

[71] «Muchas serán muy santas y no para perladas.» Santa Teresa de Jesús, *Visita de descalzas*, 7.

Después escribe a sus conventos, expone su parecer y porque sabe que cuenta con la incondicional adhesión de todas sus hijas, que reiteradamente se le han ofrecido, pide, no manda ni menos impone estos sacrificios del corazón que tanto cuestan, pero que tantos bienes traen a las almas que los ofrecen con generosidad. Veamos lo que escribe a una Priora después de pedirle la ayuda de varias Hermanas para una fundación:

«Como el Señor no sólo se lo merece todo, sino que es una dicha y una de sus mayores gracias el que nos pida sacrificios del corazón, que son los más dolorosos, no dudo que les ayudará para que quieran ofrecérselo con todo amor y generosidad».

No se le oculta el sacrificio que pide a sus hijas y trata de suavizarlo con amor de madre: «Lo comprendo todo, hija mía, sin que me lo diga, pero el Señor suplirá y realmente como está bendiciendo esa Casa, seguirá bendiciéndola y haciéndolo El todo».

Tampoco exige una contestación inmediata, no le importa esperar, quiere que lo piensen delante del Señor, y con lo que El les pida, le contesten y le digan todo lo que piensan, porque el sentir de sus hijas le ayuda a ella a conocer la voluntad de Dios. Si en la respuesta ve alguna dificultad o repugnancia, no duda en renunciar.

«Por ahora vamos a desistir de la Hermana N., que comprendo le es muy necesaria, y cuando a ella tanto le cuesta, tal vez sea señal de que el Señor no lo quiere»

Sin embargo —y ésta es la habilidad suprema de la Madre—, sin que ella manifieste el menor disgusto, todas se rinden pronto y con alegría a sus deseos. Entonces contesta sin disimular su consuelo. Así escribe:

«Dios le pague cuanto me dice y su generosidad con el Señor; esto es lo que más me alegra, pues ya sabe que mi mayor consuelo es cuando veo que obran las hijas que El me ha dado del modo más agradable a Dios, que es lo único que importa. Por eso tengo un gozo tan grande con el Cerro y también con Batuecas».

No es la Madre insensible a las penas de sus hijas ni intransigente con la flaqueza humana.

«Crea que me cuesta hacerle sufrir», escribía muchas veces. Pero antepone a todo lo demás los criterios evangélicos y sobrenaturales, que son a su entender los únicos que deben contar para un alma consagrada a Dios.

«Realmente —escribe— estas fundaciones traen muchos desgarrones al corazón, pero ¿qué importa todo cuando se ve que con ellas se da tanta gloria a Dios? No hay duda de que el Señor lo bendice, pues es una verdadera lluvia de vocaciones».

«Le voy a hablar como a una hija mía que es y como este nuevo convento igual ha de interesar a V. R. que a mí, puesto que de lo que se trata es de la gloria de Dios Nuestro Señor, lo voy a dejar en sus manos para que me escoja y me envíe la que le parezca a V. R. que las conoce, la mejor para estas fundaciones».

Si alguna vez la flaqueza humana pone en ello algún celaje, ahí está la mano firme y suave de la Madre que alienta, consuela y exige, no de la misma manera siempre.

Digamos para terminar que la Madre tiene a su favor la fuerza poderosa del ejemplo, todas saben que ella misma es la primera en desprenderse de las monjas que pueden serle más útiles y que en todas las fundaciones que se le ofrecen no duda en dejar los conventos en los que tanto y con tanta ilusión ha trabajado para emprender la penosa tarea de empezar de nuevo, y tampoco duda en separarse para siempre de sus hijas más queridas

«Bien sé por experiencia lo que esto cuesta, pero vamos a no mirar nuestros pobres sacrificios».

Si de cuanto se ha dicho hasta aquí se deduce que los dos pilares que sostienen las fundaciones de la Madre Maravillas fueron la confianza en Dios y el espíritu de sacrificio, podemos añadir que el firme cimiento de todo este edificio fue la caridad. Este verdadero amor de unas con otras que Santa Teresa dice ser el único indicio para atisbar el que tenemos a Su Majestad, fue el vínculo que la Madre quiso que uniera a todos los Carmelos que fundó. Y lo consiguió. De tal manera, que al leer estas cartas que nos han permitido entrever algo de la historia íntima de sus fundaciones, se nos viene sin querer al pensamiento el comentario que se hacía de los primeros cristianos: «Mirad cómo se amaban.»

* * *

Le llegan a la Madre por muchos sitios ofrecimientos de fundaciones. Entre estos lugares que generosamente se le ofrece está Alcalá la Real.

Es Alcalá la Real una ciudad de orígenes remotos que empieza a cobrar importancia en la Historia a principios del siglo XIV, en que fue

arrancada del dominio musulmán por las tropas de Alfonso XI, a quien debe su nombre.

Edificada sobre una altura conserva todavía algunos monumentos de la época, varios lienzos de muralla, una torre de su castillo y la Iglesia Mayor Abacial de Santa María de la Mota.

A sus pies se desparraman una multitud de casitas blancas típicamente andaluzas, que forman la parte nueva de la ciudad.

En ella tiene doña Mercedes Montañés unas tierras que ha ofrecido a la Madre Maravillas para hacer una fundación de Carmelitas.

El Padre Torres ha hablado ya varias veces a la Madre de este proyecto, que doña Mercedes viene madurando hace tiempo. Pero ella da largas al asunto porque no tiene personal para hacer ahora otra fundación.

Estamos en agosto de 1946. El Padre Torres da los Ejercicios a las Carmelitas de Mancera. Unos Ejercicios que serán su testamento espiritual. Les habla del amor de Dios, interpretando maravillosamente a San Agustín y a Santo Tomás. Lo que a las monjas se les ha quedado más en el alma es que «siempre y en todo se puede crecer en el amor de Dios, que a esto debemos ir, con olvido de todo lo demás; que el camino para llegar al perfecto amor es la Cruz, y que todo se transforma cuando se ve a través del amor convirtiendo lo amargo en dulce, lo áspero en suave, el dolor en descanso y la humillación en gloria».

Al acabar los Ejercicios, el Padre, en una recreación pasada en el locutorio, les dice:

— ¡Figúrense que he soñado que me moría y que me moría entre ustedes!

— ¡Qué cosa, Padre! ¿Será que vamos a ser mártires?, ¿o que va a haber otra guerra y nos echan del convento?

—No. no era eso..., era otra cosa... Me moría entre ustedes.

Y el Padre cambia de conversación, como si no quisiera hablar más del misterioso sueño.

Pero a una señora dirigida suya se lo ha contado también: «Me moría y estaban las monjas allí»[72].

El Padre Alfonso Torres tiene sesenta y siete años. Desde que en 1939 una angina de pecho le puso a las puertas de la muerte, su salud ha

[72] Era doña Narcisa flojas de Medina, Marquesa de Esquibel.

quedado muy quebrantada y ha tenido que moderar mucho sus actividades apostólicas.

Pero precisamente ahora se encuentra mejor que nunca. En vista de eso ha aceptado la invitación del Rector de Cartuja para dar el segundo curso de Oratoria Sagrada a los alumnos de Teología. Además, esto parece dispuesto por Dios para tratar con la Madre de lo de la Fundación. Ellas podrían ir y hospedarse en Alcalá en casa de doña Mercedes, y el Padre iría desde Granada para visitar los terrenos. Pero todo tiene que estar hecho el 1 de octubre, fecha en que empezará, si Dios quiere, el curso.

Ese verano de 1946, doña Mercedes se presenta en Mancera para hablar de la fundación. Tiene tal entusiasmo por llevar allí a las Carmelitas, que a la Madre le da escrúpulo rechazarla del todo. Les ofrece una finca en un lugar llamado «Charilla», a tres kilómetros de Alcalá, aunque es grande, no renta al año más que mil pesetas que podrían destinarse al Capellán. Así ellas vivirían en completa pobreza. La casa es pequeña y pobre y en el pueblo hay un albañil, Antonio «la Muerte», que les haría los arreglos necesarios a bajo precio. A la Madre le parece imposible ir ahora, pero doña Mercedes, al volver a su tierra, pasa por Avila y va a visitar al Obispo. Y don Santos escribe a Mancera diciendo:

«Nos hemos quedado edificados de los santos deseos de doña Mercedes y pido al Señor que muy pronto los vea realizados.»

A continuación le concede amplias licencias para ir y venir y llevar el personal que quiera y necesite.

Esta vez va con la Madre Priora del Cerro.

El viajecito se las trae porque quieren visitar también otros sitios, de los que le han ofrecido, por si lo de Alcalá no resulta. La Madre tiene grandes deseos de devolver a la Orden los lugares santificados por sus santos fundadores y le gustaría mucho ver el Calvario[73], donde existió un pequeño convento del que fue Prior San Juan de la Cruz. Esta desviación entorpece mucho el viaje.

Traza el plan con la Madre del Cerro.

«El plan —escribe— es tomar el tren que sale de Madrid a las ocho y cuarto de la noche. Tenemos que parar en Baeza a las tres de la mañana, y esperar allí hasta las siete, que sale el otro tren para Linares y allí coger

[73] El Calvario era una alquería, propiedad de un clérigo de Villanueva del Arzobispo. Habitado por los Descalzos y erigido un Vía Crucis en las proximidades del convento, se comenzó a llamar por ello el Calvario. La fundación se hizo a primeros de diciembre de 1576. Hoy ha desaparecido lo que quedaba del convento.

otro para La Carolina y luego volver a Baeza con mil combinaciones chinas para llegar al Calvario. A mí no me importa nada y me parece que ya que vamos, debemos verlo todo.»

Dice así en otra carta de esos días:

> «... Yo pienso llevar una toca puesta finita para el viaje, que es más fácil de lavar, y para allí una gorda, una túnica y unas calzas, por si es caso. No más alpargatas que las puestas y esta ropa y un libro chiquitín del santo Padre, metido en una manta de esas grises que nos han mandado. De comida tendremos que llevar para la cena del día que salgamos, el día siguiente las dos comidas y al otro día ídem. Yo decía unas latitas pequeñas de bonito o de sardinas y una tortilla o unos huevos duros, cada una podemos llevar lo nuestro en el saco que llevamos a mano, que pienso sea de tela negra que quepa la comida y el breviario. Son cinco comidas, pues cada una, por ejemplo, dos latitas, que con una tenemos para cada comida las dos juntas claro está, unos huevos o tortilla y ya está.
>
> »De dinero, poco, pues en tercera y con obediencia, no creo que nos cueste mucho. Me figuro tal vez sean cincuenta pesetas el billete a Jaén y otras cincuenta de vuelta: cien cada una. De Linares a La Carolina y el Calvario otras cien, más cien por si hay que pagar hospedajes, que tal vez no; así que con cuatrocientas hay bastante y llevando cien más no digamos... Tal vez sea mucho llevar cuatrocientas cincuenta.
>
> »Necesitaríamos algún reloj, piense si alguien le podría prestar uno. Ahora se me ocurre que lo mejor sería comprar un despertador, que lo vamos a necesitar, y que luego nos sirva para Duruelo, lo más pobre que encuentre, pero si puede ser, pequeño. Creo que tardaremos desde que salgamos unos diez días...».

La cita es larga, pero vale la pena. Creemos que será la primera vez y puede que la última que la Madre se ocupe tanto (para ella misma) de estos detalles materiales, que nada le preocupan. Sus hijas no se resignan a que lleven tan poca comida para esos días y sin que ella se entere aumentan el número de latas.

De pie en el pasillo de un vagón de tercera van las dos Madres camino de Baeza. Hay allí tanta gente que no pueden pensar en cenar ni en usar las mantas.

Al bajarse en Baeza a las tres de la mañana se dan cuenta del peso de los bultos. ¡No hay quien los mueva! A las seis llega el tren que las dejará en Linares. Llegan pronto, a la hora de ir las mujeres a (a plaza. Las acogen con marcadas muestras de simpatía, especialmente los chiquillos que, según dirán después ellas: «Los chiquillos andaluces son lo más simpático del mundo.» Se apiñan a su alrededor, les llevan los bultos y le levantan el borde del hábito para que no se les llene de polvo.

Han preguntado a qué hora sale el tren para La Carolina.

—No hay tren, Hermanitas —les contestan—; pá La Carolina tién que ir en la «Pava».

En una plazuela cercana se unen a un numeroso grupo que espera pacientemente. Al fin llega la «Pava», que es un coche de línea viejo, desvencijado y mucho más pequeño de lo que haría falta para acoger a tanta gente. ¡Al asalto! Las Madres suben como pueden con sus bultos, que no les sirven para nada, pero que no tienen dónde dejar. Son las doce y cuarto cuando llegan a La Carolina. Van lo primero a buscar al señor Cura que les da la Comunión.

En La Carolina no han encontrado lo que buscaban. Nadie en aquel pueblo ha oído hablar del Calvario.

De nuevo a Linares en la «Pava», con más gente, más calor y más baches. La Madre Magdalena que le gusta viajar despacio, debe estar contenta, pues la «Pava» hace honor a su nombre. ¡Oh carros entoldados donde la Madre Teresa iba sola con sus hijas y podían rezar las Horas, guardar silencio y tener oración! ¡Cómo soñarían con ellos las dos Descalzas!...

Está empezando a anochecer cuando llegan a Jaén. No han comido apenas desde que salieron de Madrid, hace veinticuatro horas. Están rendidas. A pie y con sus líos de mantas, ya muy aligerados, pues han repartido los víveres entre los chiquillos de La Carolina, salvan el largo trayecto que hay desde la estación a un convento donde han pensado pasar la noche. La proverbial caridad de estas buenas religiosas las anima a pedir hospitalidad. La portera las mira de pies a cabeza. Lo sienten mucho, pero es imposible, no tienen camas. Las Carmelitas insisten; ellas no necesitan cama... Es que tampoco tienen cuarto. No les importa. Con que les dejen un rinconcito en cualquier parte... allí mismo, en esa portería. Tanta humildad aumenta la desconfianza de la portera. Lo siente mucho, pero es imposible.

Esta escena se repite en dos o tres conventos más. Es ya de noche.

De pronto han tenido una idea. Las hijas del Padre Poveda tienen allí una casa. Después de mucho preguntar llegan a las puertas de la institución Teresiana y repiten lo mismo que han dicho en las otras casas. Son dos Carmelitas Descalzas que no tienen dónde pasar la noche. La señorita encargada de la portería las recibe cortésmente, pero en su rostro se refleja la indecisión ante el problema que se le presenta.

¿Y si no son Carmelitas y son unos ladrones que se les meten en casa, como ha sucedido hace poco, allí mismo en Jaén? ¿Y si son Carmelitas y las echan a la calle a esas horas?

Va a pasar recado y después de mucho tiempo vuelve con algo que aún no es un sí definitivo. Pueden pasar a la capilla. Las dos entran, saludan unos instantes con gozo al Señor y extenuadas se sientan en el suelo. Al cabo de un gran rato entra la Directora.

A las pocas palabras comprende que no hay lugar a dudas. Precisamente la Madre conoce a su fundadora, María Josefa Segovia, y las Carmelitas del Cerro tienen carta de Hermandad con alguna de sus casas. Una acogida cordial, llena de cariño, que ellas agradecerán siempre, sucede a la incertidumbre primera.

A la Madre Maravillas le parece natural que no las recibieran en los otros conventos y las compadece cuando le cuentan que hace aún muy poco tiempo dos ladrones se han disfrazado de monjas y han logrado así entrar y robar allí.

La Madre Magdalena con su humor de siempre, cuando luego cuente el viaje a sus hijas, les dirá:

—Eso fue lo que nos salvó: sentarnos en el suelo. Unos ladrones se habrían arrodillado para rezar piadosamente con las manos cruzadas, todo menos sentarse en el suelo. Yo creo que cuando nos vieron así fue cuando comprendieron que éramos monjas.

A la mañana siguiente, después de un descanso del que estaban bien necesitadas, han ido a visitar al Obispo, que las recibe paternalmente, mostrándose muy complacido de recibirlas en su diócesis.

La Madre esperaba que hubiese venido doña Mercedes a buscarlas, y con ella el Padre, pues pensaban ir directamente desde allí a ver los terrenos de la proyectada fundación.

Ha venido sólo Manolo, el hijo de doña Mercedes; un muchacho andaluz, alegre y servicial que estaba dispuesto a sacrificar la tarde y el paseo con la novia para llevar al Padre Torres a Alcalá la Real. Deja a las

monjas en casa de su madre y continúa su viaje a Granada para buscar al Padre[74]. Es todavía temprano, así que esa misma tarde pueden ir a «Charilla» que está muy cerca, a tres kilómetros.

Pero después de comer llama Manolo por teléfono. El Padre está «una chispilla» indispuesto y prefiere dejar el viaje para mañana, que irán al día siguiente, pero no sabe aún a qué hora...

A la mañana siguiente las Madres van a Misa tempranísimo, hacen la oración, rezan las Horas... Pero el Padre no llega. A pesar de las atenciones de doña Mercedes, que se desvive por obsequiarlas, el tiempo se les hace eterno. Es que no hay cosa más cansada para unas Carmelitas que estar fuera de su clausura. La Madre Maravillas ha pasado mala noche y se ha levantado poco bien. Además tiene el cansancio del viaje.

Después de comer, sentadas en el patio de la casa, las Carmelitas hablan con doña Mercedes. El Padre ya no puede tardar, por eso tienen allí todo preparado, las bolsas, los breviarios... para salir en cuanto llegue. De un momento a otro esperan verle aparecer en el umbral: figura menudita y afable, sonrisa dulce y serena, mirada de lince y de santo que penetra hasta el fondo.

De pronto, unos pasos precipitados seguidos de unos fuertes campanillazos, les hace levantar. ¡El Padre! Van a salir a su encuentro. Pero no. Es Manolo, solo y con una cara demudada. ¿Qué pasa?

—E1 Padre está gravísimo, le acaban de operar a vida o muerte y les llama, dice que vayan. No hay tiempo que perder. No llegamos.

Manolo recorre a toda velocidad los cincuenta kilómetros que separan Granada de Alcalá la Real.

Llegan a Granada sin saber siquiera en qué clínica han operado al Padre. Al fin dan con ella. El Padre Aldama, S. J., les sale al encuentro terriblemente impresionado. Al ver a las Carmelitas comprende en un instante los caminos misteriosos por los que la Providencia divina les ha traído a Granada: la fundación, el viaje, el curso de Oratoria; todo han sido instrumentos que Dios ha manejado con sabiduría infinita para llegar a este momento.

—Están ustedes aquí —dice—, entonces el Padre se muere.

La Madre Maravillas, con admirable serenidad y presencia de ánimo indica:

[74] Padre Alfonso Torres, S. J.

—No conviene decirle de repente que estamos aquí, no se vaya a impresionar.

Entra el Padre Aldama y acercándose al enfermo le anuncia que está doña Mercedes. El Padre no dice más que estas palabras: «¿Viene sola?»

Al instante están las Madres de rodillas junto a su cama El enfermo, haciendo un gran esfuerzo, les da a besar la mano diciendo con voz entrecortada por la fatiga:

— ¡Qué consuelo, qué consuelo tan grande! Madre, cómo es el Señor. Tengo una paz, estoy tan entregado, tan amparado por El... Ha sido siempre tan bueno conmigo.

Luego, con una autoridad, una fuerza y un no sé qué de cariño, de súplica inexplicable:

—Hijas, por nada ni por nadie dejen nunca los criterios que ahora tienen, síganlos siempre y verán las maravillas y las misericordias del Señor.

—Padre, V. R., que siempre nos ha ayudado tanto para amar y servir al Señor, ¿nos seguirá ayudando desde el cielo?

—Sí, hija, por la misericordia de Dios, desde el cielo haré cuanto pueda,

—Padre, ¿tiene muchos dolores?

—Sí, hija, muchísimos; ya sabe usted cómo soy de sensible.

Luego con voz angustiada:

—Pidan, pidan mucho por mí.

Viéndole agotado y temiendo hacerle sufrir más con su presencia, ellas se retiran. Fuera de la habitación, el Padre Aldama les cuenta lo sucedido.

El viernes 27, el Padre Torres, que habla llegado de Sevilla la tarde anterior se sintió indispuesto, como si le hubiese sentado mal la comida. Por la noche fue a cenar con todos, pero ya no pudo hacerlo y tuvo que retirarse a su aposento, pues los dolores eran cada vez más agudos. Los médicos creyeron distinguir los síntomas de una perforación de estómago y juzgaron necesaria una intervención quirúrgica. El Padre, al enterarse de que su estado era grave, pidió los santos Sacramentos, que recibió con gran fervor. Antes había pedido permiso para despedirse de la Comunidad. Por última vez iba a dejarse oír su palabra que había convertido a tantas almas y encendido en el amor de Dios a tantos corazones. Su voz expresó sin

vacilaciones, con dulzura, pero con firmeza, lo que en aquel instante supremo llevaba en el alma: -Por amor de Dios pido a todos que me perdonen. La vida y los ejemplos no los sigan, pero la doctrina síganla, porque es la verdadera y no hay otra.»

Los Padres que estaban presentes quedaron edificados de ver que su profunda humildad ocultaba a sus ojos la vida santa que siempre había tenido.

Mientras las Carmelitas escuchan conmovidas, el Padre, dentro, pregunta por ellas.

— ¡Qué pronto se han ido! —dice.

Vuelven a su lado y se quedan allí acompañándole. Si siquiera pudieran darle algún consuelo... —piensa la Madre—, decirle algo que le ayude a soportar tan terribles dolores. Pero no puede. Es un dolor mudo, en el que el silencio dice más que las palabras. Rezan con él, le dicen jaculatorias, le echan agua bendita que el enfermo agradece.

Pero es tarde y tienen que dejarle. Y de qué manera. La anestesia fue local por su enfermedad del corazón. Ahora se está pasando el efecto de las muchas inyecciones que le han puesto y que no han servido para aliviarle los dolores.

En casa de doña Mercedes las Madres pasan la noche en oración.

Al amanecer van a Misa a la Virgen de las Angustias. Precisamente hoy celebra Granada la fiesta de su Patrona.

Al volver a la clínica los médicos les hacen perder la última esperanza.

Se ha presentado la peritonitis y el enfermo sufre horriblemente, pero con qué paciencia, con qué humildad. Su única preocupación es que no sufre bien, que es un cobarde. Se queja dulcemente al Padre Aldama que está a su lado:

— ¡Ay Padre!, es que ya no tengo fuerzas.

Y al contestarle el Padre unas palabras de aliento, él se anima y dice:

—El Señor sí me ayuda.

Se vuelve a la Virgen:

— ¡Ay Madre!, ¡ay Madre mía!, ¡qué buena has sido siempre conmigo, quiero morir en la Cruz como tu Hijo! Dios mío, todo lo que Tú quieras. *Fac me cruce inebriari.* ¡Bendita Cruz! *Consummatum est!*

Luego dice a las Madres:

—Anden, canten...

Ellas cantan muy bajito «Véante mis ojos...» Y él, muriéndose de dolores, canta también: «Véante mis ojos...», «¡eso!, ¡eso!»

Mientras tanto los Superiores, viendo que no tiene solución, deciden llevárselo a Cartuja.

Ha llegado el momento. ¡Hasta el Cielo! Se despiden y el Padre les da su última bendición. Haciendo un supremo esfuerzo, les dice.

—Por nada..., por nada..., por nada..., dejen ustedes el camino comenzado[75].

A las doce de la mañana del domingo 29, el Padre Alfonso Torres entrega su alma a Dios en Cartuja. Ha llegado extenuado, convulso, no puede resistir tan terribles dolores y pide a los camilleros se detengan un instante. Viéndole en este estado no se atreven a subirle al convento y le instalan en las habitaciones destinadas al señor Obispo que están en la portería. Gracias a esto pudo tener a su lado a su hermana Catalina. El Señor le dio este consuelo.

Aquella noche la Madre, dejando de lado sus penas, atiende con afabilidad a doña Mercedes. Aunque están a fines de septiembre hace todavía mucho calor y en Andalucía la gente se acuesta muy tarde. La sobremesa se prolonga, mientras llegan hasta ellas los ruidos de la calle y la música de las radios vecinas, La Madre Magdalena está tentada de levantar la sesión, pues la Madre tiene que estar deshecha. Sin embargo, con su gran dominio, se sobrepone al enorme dolor que es para ella la muerte del Padre y se ocupa de todos, olvidándose de sí.

Ya en su convento, escribe a una señora, dirigida también del Padre, a la que quiere mucho y trata con gran intimidad:

«Nada me extraña la honda pena que siente, ¡la tengo yo también!, y cómo no hemos de tenerla. Es tanto, tanto lo que hemos perdido... Claro que el Señor nos lo ha dado y justo es que quiera ya premiar sus méritos y gozarse con él, dejándonos a nosotras el recuerdo de sus santas palabras, de su santa doctrina que nos sirvan de guía en todas las ocasiones y la Cruz de no tenerle, esa Cruz que tanto nos enseñó a amar y a la que vivió y murió tan abrazado, ¡qué gloria será ahora la suya! Tengo que pensar en esto para templar un poco el gran dolor que pro duce su ausencia. El estar completamente conforme con la voluntad de Dios no quita el dolor del

[75] Se refería al camino de austeridad y pobreza; en una palabra, de criterios puramente evangélicos que siempre les había predicado.

corazón. Ofrézcale este mismo dolor tan tan intenso, y esto mismo, aunque ahora no lo sienta, la llevará más a nuestro Dios».

* * *

Las Hermanas habían puesto música a uno de los versos de Santa Teresa que preciosamente interpretados, conmueven a la Madre Maravillas. Disfruta mucho cuando una novicia canta:

Si el padecer con amor, puede dar tan gran deleite, qué gozo no dará el verte. ¿Qué será?» Y el coro repite: «¿Qué será cuando veamos a la Eterna Majestad?

Seguramente no se lo han vuelto a cantar desde que volvió de Granada, pues aunque nada ha cambiado en el exterior de la Madre, sus hijas comprenden su dolor. Alguna vez se descorre un poco el velo y se puede entrever lo que pasa en lo hondo del alma Escribe:

«¡Si viera qué apretadico tengo el corazón! Pero si esto es la bendita Cruz, si esto lo quiere El, si esto le agrada a El, bendito apretamiento y que dure hasta la muerte» w.

Así llega la fiesta de Santa Teresa.

En la huerta de Mancera el suelo está tapizado de hojas secas y los viejos árboles despojados de su verdor parecen una imagen de la desnudez del alma. Sólo el cedro se yergue rectilíneo como si nada de la tierra pudiera impedir su ascensión al cielo. La naturaleza está a tono con los sentimientos de la Madre y parece repetirnos con ella:

«Pasemos este destierro como podamos, con tal de contentar al Señor que es más bueno».

Hay en Mancera una monja, la Hermana Ana María del Espíritu Santo, que entró en el Carmelo del Cerro de los Angeles hace solamente cuatro años.

Hija espiritual del Padre Torres, al que venera como a santo, poco antes de su ingreso en el convento, le pregunta entre otras cosas que si algún día la tuviesen que operar, qué sería más perfecto: decir que no o decir que sí. El Padre le responde: «Hija, lo más agradable a Dios siempre será entregarse con perfecto abandono en manos de la obediencia.»

Si esto ha sido un presentimiento nada parece confirmarlo. Aunque cuando vivía en el mundo había estado algo delicada, en el Carmelo se encuentra muy bien y puede seguir la Regla en todo su rigor.

A la Hermana Ana María se la ve buscar siempre para sí todo lo peor. Se emplea en los oficios más pesados como limpiar la cuadra del caballo y otros por el estilo, bien contrarios a su natural y a la vida que estaba acostumbrada.

Ya antes de su ingreso en el Cerro era un alma purísima que no vivía más que para Dios, pero ahora, cuatro años de formación de la Madre han hecho de ella una carmelita humilde, obediente, abnegada, un ángel de caridad; siempre tiene para todos una sonrisa.

Ahora —hace quince días que la Madre ha vuelto de Granada —la Hermana Ana María se empieza a encontrar mal. Al principio no era un dolor fuerte, sino más bien un malestar general. La Madre se inquieta y llama al médico, que la visita dos veces al día, la vigila atentamente, pero dice que mientras no se presenten otros síntomas no hay más que esperar. Al reconocerla el día 17 se alarma y manda trasladarla urgentemente a Salamanca. Allí, el diagnóstico de los médicos da lugar a pocas esperanzas. No hay más remedio que operar en seguida. La enferma, consecuente con sus propósitos, se entrega en manos de la obediencia.

— ¿Y si se va al Cielo? —le dice la Madre, que no quiere ocultarle la verdad.

—Pues nuestra Madre, si Dios lo quiere yo también.

La enferma conserva una serenidad y una paz que impresiona a todos.

La Madre Maravillas ha llamado a los Padres Carmelitas, que se presentan inmediatamente. El Padre Prior, Fray Heliodoro del Niño Jesús, confiesa a la enferma y le administra el Viático y la Unción de los enfermos. Ella contesta a todo, pide perdón, pide por caridad que le den un hábito para enterrarse con él, pues como verdadera pobre ni aun de eso puede disponer. Después, mientras el Padre sostiene la Sagrada Forma, la Hermana Ana María pone sus manos en las de su Madre Priora y recita con voz firme la fórmula de su Profesión Solemne. ¡Hasta la muerte! La ve tan cerca, que al acabar de recibir la Santa Unción dice sencillamente: «¿Para qué bajar al quirófano?», dando a entender con esto la paz que le inunda todo su ser y la tranquilidad con que espera la muerte.

Mientras la Madre se ocupa de los detalles para la operación y de avisar a su familia, ella pide un papel y escribe a sus Hermanas de Mancera:

«Mis queridísimas e inolvidables Hermanas de Mancera: Pocas horas antes de la operación, que es muy fácil me mande al cielo, quiero ponerles

unas letritas llenas de cariño y agradecimiento por lo buenas que siempre han sido conmigo y pedirles perdón de todo corazón por los ejemplos tan detestables que siempre les he dado. Ya sé que así lo harán por amor del Señor, que nos ha perdonado tanto a todos y que pedirán muchísimo por mí para que salga pronto del Purgatorio, ya que por la misericordia infinita del Señor pienso ir al Cielo. Veo la muerte con tranquilidad esperándolo todo, todo de la misericordia del Señor. Allí veré pronto al Señor y a nuestra Madre Santísima. El '¿Qué será?' dejará de ser un enigma. A la Madre Magdalena y Hermanas del Cerro les digo lo mismo, que las quiero muchísimo, que me perdonen y que pidan mucho por mí. Adiós, adiós, adiós»[76].

La bajan al quirófano. Entran también la Madre y la Hermana que ha venido con ellas. La enferma les sonríe agradecida.

Las esperanzas que aparecen en los primeros momentos del período postoperatorio, se desvanecen pronto y la enferma no quiere separarse de la Madre, que sentada junto a ella con su mano entre las suyas, le ayuda a soportar los terribles dolores de una peritonitis.

El Padre Prior, juzgando que la Madre necesita algún descanso, la manda retirarse. Ella hace ver con humildad la gravedad del caso, pero ante la insistencia del Padre, obedece y se retira a descansar. ¡Como si pudiera descansar cuando sus hijas están sufriendo!

La Hermana que la acompaña y que comprende toda la heroicidad de esta obediencia, logra que se revoque la orden. Sólo entonces, vuelve la Madre a su lado. Ya no se separará de ella un instante.

El Prior ha avisado al Padre Subprior, Fray Tarsicio de la Virgen del Carmen, que trae a sus novicios para que vean cómo muere una Carmelita. Arrodillados junto a su cama, le cantan el *Credo,* la *Salve, Véante mis ojos, Veni Sponsa Christi*. Dios Nuestro Señor le da así el consuelo de morir rodeada de capas blancas. Ella está como un ángel, sonriendo, cantando con ellos. Las religiosas del sanatorio que se han desvivido por atenderla, dicen que nunca han visto una muerte semejante, que jamás lo podrán olvidar.

La Madre tampoco podrá olvidar esa mirada limpia, radiante, fija en un punto. Como si estuviera viendo ya algo de la felicidad que le espera en el Cielo.

---

[76] «¿Qué será?» Se refiere a ese verso de Santa Teresa al que las monjas habían puesto música y cantaban mucho entonces: -¡Qué será! ¡Qué será cuando veamos a la Eterna Majestad!»

De pronto dice, volviendo un poco la cabeza:

— ¿Quién está ahí?

Decía siempre la Madre que no sabía por qué le dijo:

—Nuestra Madre Santísima, que viene a buscarla.

Ella contestó:

— ¡Ah, sí! ¡Qué música!

Y siguiendo con la mirada «algo» hasta quedar en un punto fijo, inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó de existir.

A las siete y media de la mañana, como había presentido, el «¿Qué será?» dejaba de ser para ella un enigma.

La Madre Maravillas no quiere dejarla allí, se la llevará a Mancera, Pero para evitar a sus hermanos tan tremenda impresión, les ruega que se adelanten para anunciar al convento su llegada. Sale, pues, la familia en un coche y poco después, en otro, el resto de la expedición. En el asiento de detrás, sentada con su hábito de carmelita como ha venido hace tres días, la Hermana Ana María. La delicada caridad de las Hermanas del sanatorio ha puesto en sus rodillas un ramo de flores. Sentada junto a ella la Madre; a su lado la otra Hermana y delante el médico interno del sanatorio, que no ha querido dejarlas hasta llegar a su convento impresionado por esta muerte que tantas cosas le ha descubierto.

A la Madre le parece imposible ¿Cómo habría podido imaginar nada de esto hace tres días?

«Hijas mías —ha escrito al Cerro desde el sanatorio—, ya ven lo que quiere el Señor y nosotras también. La Hermana Ana María como un ángel. *Fac me cruce inebriari*. ¡Bendita Cruz!»

Algún tiempo después, el hermano de la Hermana Ana María comentaba estos sucesos con un amigo.

Todavía no se le ha borrado la impresión de aquella muerte, ni la impresión que le había causado la Madre Maravillas, y termina diciendo:

«Chico, es que no sabes lo que es haber estado así, mano a mano, con una persona que tiene hilo directo con el cielo».

* * *

En abril del 47 se convoca Capítulo General de la Orden del Carmen y sale elegido General el Padre Silverio de Santa Teresa.

«¡Han visto lo de nuestro Padre Silverio! —escribe al Cerro—. Estamos entusiasmadas porque es una gran cosa para la Orden y habla muy en favor de ella el que le hayan elegido. ¡Bendito sea Dios! Hay que pedir muchísimo por él. Yo es que no lo puedo remediar, pero quiero mucho a nuestro Padre Silverio, así que ayer fue una emoción.»

Al respeto y sumisión debidos al representante de Dios, se unen los lazos de un antiguo y profundo afecto. Lo primero que hace es ofrecerle el «Priorato» de Duruelo, del cual deberá tomar posesión presidiendo la ceremonia de la inauguración. Y lo hace con una delicadeza que conmueve al buen Padre abrumado por los trabajos. Desde el fin del mundo acudiría con gusto para presidirla. Los términos en que contesta a la carta de la Madre dejan ver claramente su complacencia.

«Al fin llegó una misiva de Mancera que cayó en mi celda como una bomba atómica cargada del más puro cariño. Es tanto el que tengo a esas tierras teresianas, que al sorprenderme la linda hoja que encuadraba otra poesía no menos linda y comenzar a leer aquello de

Caminito de Duruelo
va un frailecico Descalzo...

se me saltaban las lágrimas, porque me parecía ver una escena del año 1568 y otra de cuando pasaron por allí las Descalzas con la santa Madre para la fundación de Salamanca. ¡Qué lucha de vivir Teresiano-Sanjuanista puro entre los dos conventos! ¿Se habrá dado un espectáculo más bello en la Reforma? Pasemos a otra cosa, no me digan que he perdido la testa.

»Ya que tanta gentileza filial tienen conmigo, no me parece será importuno fijar la fecha de la inauguración de Duruelo el día de nuestro Padre San Elías, porque el día del Carmen es muy ocupado.

»Se me ocurre otra cosa: si no les gusta, échenla al cesto de los papeles viejos. ¿No podríamos celebrar la víspera la procesión de Mancera a Duruelo con las religiosas destinadas a este convento, que yo presidiría, recordando la de antaño cuando los Padres se trasladaron de Duruelo a Mancera? Me encantaría, me parecería una cosa del cielo, teresianísima hasta la médula».

A la Madre no le acaba de convencer lo de la procesión. Le gustaría una salida más vulgar y corriente. Pero el Padre ha vuelto a escribir:

«La procesión desde Mancera a Duruelo me persigue como la sombra al cuerpo».

Capítulo 21

Por fin, Duruelo

Aquella noche del 18 al 19 de julio se durmió poco en el convento de Mancera.

Durante el día no habían resonado las lanzaderas de sus telares con los preparativos del viaje, pero en el corazón de aquellas Descalzas sí se había sentido la mano del diestro Tejedor que sigue tejiendo, tejiendo.

Hasta el «Traperito» está de despedida, pero su caso es distinto. El sólo se despide de momento de la Madre y las Hermanas que van con ella, pues dentro de unas horas volverá a encontrarlas de nuevo en Duruelo, vestido de otra manera, pero siempre el mismo.

Las primeras luces del día cogen a la Madre arreglando las últimas cosas, ordenando todo para que no encuentren el menor tropiezo las que quedan. Una Comunidad muy joven, de casi todas novicias y recién Profesas, con una Madre que hará de Presidenta, mientras llegue del Cerro la que ha de ser su Priora: Madre Inés del Niño Jesús.

Tampoco el Padre Silverio ha debido de descansar mucho, con la alegría y la intensa emoción de pensar en este viaje de tan hondo significado para la Orden. Ya está llamando a la campana de la sacristía para decir que por él puede empezar la Misa cuando quieran, porque ya está preparado. El mismo había trazado el plan del viaje.

La Madre tenía hacía varios días una distensión en un tobillo con mucha inflamación y muchos dolores. Las Hermanas lo dijeron al Padre, pero él, que ya la conocía, creyendo que era un pretexto para no ir entre las fundadoras, sino al día siguiente, no quiso prescindir de ella de ninguna manera, y dijo que ya podría ir muy bien y harían el viaje lo más descansado posible parando de vez en cuando. Ella no insistió ni quiso que lo hicieran las Hermanas. Durante el viaje no se le notó la menor muestra de dolor o de cansancio.

Después de Misa se despiden y en seguida, atravesando la huerta, salen por la puerta de carros. Los buenos amigos de Mancera han debido quedar defraudados, pues querían que la despedida hubiese sido digna de la Madre. Hasta el Ayuntamiento en corporación pensaba haber acudido. Pero ella ha puesto gran empeño en que nadie se entere. Al otro lado de la puerta esperan ya el Padre Silverio y Juan, el fiel demandadero, que no se cambiaría en aquel momento por nadie de este: mundo. Guiados por él echan a andar a campo traviesa.

En Mancera se ha cerrado ya aquella puerta, que da un corte a tres años inolvidables para aquellas monjas, novicias todas de la Madre Maravillas.

Salieron, con ella, nueve monjas para esta fundación.

Pero este traslado ha tenido por cronista al insigne historiador general de la Orden del Carmen, que en el último tomo de sus Crónicas escribe así:

«El 19 de julio, muy de mañana, salieron las religiosas y el que esto escribe sin ninguna persona extraña, a campo traviesa, primero por tierras de cultivo y luego por hermosas dehesas de encinas, fuimos poco a poco salvando las distancias que separan ambos monasterios (Mancera de Duruelo). La mañana, con una temperatura ideal, estaba radiosa. El sol se despertó alegre entre ligeras nubes de púrpura, que luego disipó como para hacer él solo grata compañía a la religiosa caravana e inundar en cataratas de luz la fiesta, acaso la más solemne que vieron aquellos encinares y praderías. De cuando en cuando, el canto de los pajarillos acompañaba nuestros rezos.»

Y después de hacer una relación detallada de lo ocurrido al día siguiente en la inauguración, termina diciendo:

«Fue día de grandes emociones para los que llevamos entrañados el amor a la Descalcez teresiana y para mí, uno de los más felices de mi vida religiosa.»

Recojamos ahora las impresiones de las Hermanas que dejamos caminando hacia Duruelo.

Como dice el Padre, la mañana estaba espléndida. La Madre que tanto descubría a Dios en la naturaleza, se hacía eco de todas las expresiones de admiración, ante aquel campo, con su cosecha y verde nacientes, en medio de aquella luz clara y limpia del sol que amanecía.

Al llegar a un cerrito, tañían la campana en Mancera para la oración de la Comunidad y el Angelus, que rezaron todos mirando hacia el

conventico que ha quedado atrás. ¡Buen momento para renovar la entrega! Eran las seis de la mañana del 19 de julio de 1947.

El Padre hablaba incansable y preciosamente de los santos Padres Juan y Teresa, y con tanta vida, que les parecía ir en su compañía.

Sus grandes conocimientos de todo lo relacionado con la Orden y su amor desbordante hacia sus santos Padres, junto con su poder descriptivo, consiguieron lo que él deseaba, revivir aquella otra salida de San Juan de la Cruz, aunque en dirección contraria, ya que fue de Duruelo a Mancera, cuando trasladó el primitivo convento.

En la mente de todas va reviviéndose la escena de hace cuatro siglos.

El 11 de junio de 1570 salía Fray Juan de la Cruz con sus novicios y los otros Padres, acompañado de varios clérigos y caballeros que recorren en procesión solemne la legua larga que hay hasta Mancera.

Con sus hábitos burdos y los pies descalzos van atravesando en este día de primavera los campos de Castilla, de amplios y espléndidos horizontes.

El Padre Silverio se detiene; conviene que descansen un rato. Por allí, en unas piedras, se sientan y rezan las Horas. Luego callan, en silencio y oración. Parece que el tiempo se ha detenido, ¡es tan honda la paz! Sólo los conejos, asustados, se meten en sus huras al encontrarse con estos viajeros intempestivos.

Emprenden de nuevo la marcha. Ya está cerca Duruelo.

La Madre quiere que este convento reciba a su Prior demostrando su inmensa alegría y manda a Juan, que se adelante para tañer las campanas.

A los pocos minutos sonaba alegre y por primera vez después de tanto tiempo, la campanita de Duruelo.

Todos se pararon al oírla y en silencio profundísimo, con las lágrimas en los ojos, estuvieron un rato dando gracias al Señor por todo. La emoción era muy grande; un Sagrario más y precisamente en aquel lugar donde había nacido la Reforma. La Madre está como una más de la expedición, con aquella naturalidad y sencillez tan suya.

Entraron en la capillita. El Padre entonó la Salve a la Reina y Madre del Carmelo que presidía la capilla.

Es una imagen modesta como conviene a la pequeñez y pobreza de Duruelo, pero que les trae un recuerdo de otro Carmelo queridísimo, que se ha desprendido de ella para esta fundación.

En el primer momento libre, la Madre, que va dejando parte de su vida en cada una de sus fundaciones, manda un abrazo a sus hijas de Mancera:

«Hijas mías: Ya estamos en Duruelo, después de un viaje buenísimo y sin sentir, con la conversación de nuestro Padre General. Al llegar echaron las campanas a vuelo y cantamos en seguida la Salve y las recordamos muchísimo, como el Señor lo sabe».

El día 19 es de intenso trabajo en los dos conventos. Mientras en Duruelo se trabajaba incansablemente en la limpieza de la iglesia y convento, en Mancera hacen la comida para la gente que acudirá a la inauguración. Aquí parece que obró el Señor una especie de milagro, pues sólo habían hecho comida para cien personas y comieron más de doscientas abundantemente.

Hasta muy tarde, por la noche, no sacan del coro el banco de carpintería acabando los últimos detalles, sin parar ni las monjas, ni Manolo Muías, ni Juan el carpintero.

Por supuesto la noche fue de poco descanso. La novicia se encargó de instalar en el Noviciado un altar provisional, que hizo con un cajón de canto y encima unas estampas de la Virgen del. Carmen, San José y el Niño Jesús de Praga. Quedó precioso, adornado con pajas y cardos que cogieron la víspera en su venida por aquellos campos. Todo el mundo estaba encantado de aquella pobreza.

Muy entrada la mañana del día 20 se hace el traslado del Santísimo Sacramento de la alquería de Bercimuelle, que está a más de un kilómetro del convento.

La procesión, en dos largas filas, iba presidida por el señor Obispo de Salamanca. Fray Francisco Barbado.

Las campanas inundaban de alegría aquellas soledades, mientras las monjas, desde la solana, contemplaban impresionadas aquella procesión formada por un número considerable de Carmelitas de la Provincia de San Elías, gentes de los pueblos inmediatos, especialmente de Peñaranda de Bracamonte y Salamanca y también mucha de Madrid.

Celebró la Misa el Padre Provincial de Castilla, Fray Pedro Tomás de la Virgen del Carmen, y predicó el Padre Anselmo de Santa Teresa.

Después de la Misa se fueron llenando aquellos campos próximos de las numerosas familias que asistían.

Mientras, las Hermanas servían a los Padres y colegiales la comida y aún recuerdan ellas aquel ambiente de unión entre todos, que formaban una misma familia.

La novicia, recordándolo años más tarde, escribía así:

«Tuve la suerte de estar en la cocina sirviendo y preparando fuentes que recogían nuestros colegiales y aquello era un deleite ver la unión, caridad y hermandad que reinaba entre todos, que vibrábamos como un solo corazón, al ver incorporado a Nuestra Sagrada Orden aquel Portalico de Belén, gracias a Nuestra Madre del alma».

Por la tarde se rezó el Rosario, se dio la Bendición con el Santísimo, que impartió el Padre General, después de la lectura de un telegrama muy sentido de Su Santidad, que firmaba Monseñor Montini, Sustituto de la Secretaría de Estado.

Como se ha dicho ya, predicó en la Misa el Padre Anselmo.

Los Padres y colegiales, con las personas que habían ido para este día, llenaban los dos coros y capilla. Las monjas se quedaron con la Madre en una de las tribunas.

En el sermón el Padre Anselmo se entusiasmó y empezó a nombrar veladamente la obra de la Madre Maravillas.

Esta, tan humilde y vacía de sí, sentada en el suelo de la tribuna, seguía muy complacida y sonriente las alabanzas que ella creía se referían a la Santa Madre Teresa. Hasta que al decir el Padre algo así como «que ha hecho tantas maravillas como su nombre lo dice», empezó a agachar más y más la cabeza y viendo que aquello no acababa, se levantó para marcharse.

Detrás de ella, un Padre que había quedado también en la tribuna351, la detiene, y le dice: «Madre, quédese y humíllese.»

La Madre no dijo una sola palabra. Volvió a su sitio deshecha en lágrimas y allí quedó en silencio, aceptando esto que tanto le costaba. «¡Si todos la vieran como ella se veía! ¡Ella, que se sentía la última de todas!»

* * *

Son muchos los religiosos y sacerdotes que han acudido a la inauguración de Duruelo, sin duda llevados del más puro fervor sanjuanista. Pero quizá en alguno se mezcla a este sentimiento una cierta curiosidad, de saber qué clase de monja es esa «Madre Maravillas».

Uno de ellos, misionero llegado hace poco de la India, no sabe a qué atenerse. Ha oído hablar tanto de la santidad.de la Madre, pero querría verlo con sus propios ojos.

Entra en el refectorio donde las monjas han preparado un refresco para aliviar la sed de los Padres e invitados aquel ardiente día de julio. Ellas, en cambio, preocupadas por atender a todos, han comido de cualquier manera a las cuatro de la tarde y no toman nada ahora.

El señor Obispo de Salamanca, que ha oficiado en la función de la tarde, está sentado en la mesa traviesa rodeado de algunos sacerdotes y dice a la Madre que se siente a su lado. Ella lo hace con toda sencillez.

El Padre misionero, en la puerta, observa. El Obispo ha mandado a la Madre que tome una cerveza que él mismo le sirve; ella, sin hacerse rogar, coge el vaso y lo bebe con la mayor naturalidad. El juicio brota espontáneo de labios del escéptico religioso: «¡La gran señora y la gran santa!», y desde este momento se convierte en su más ferviente admirador.

Otro es un párroco de una aldea perdida en las Hurdes. Está convencido de la santidad de la Madre y quiere hablar con ella aunque sólo sea un momento. Pero no sabe si lo va a poder conseguir. Corto de genio y poco amigo de gentes, se ha pasado casi toda la tarde en el coro haciendo compañía a Jesús Sacramentado. Al salir, ya para volver a su parroquia, se encuentra con una carmelita que le pregunta caritativamente si quiere algo. Pues sí, querría ver a la Madre Maravillas, hablar con ella aunque sólo sea un momento. «¿La Madre Maravillas? —dice la monja—; estaba por aquí hace un momento, no puede estar muy lejos.» Cambian algunas palabras más y desaparece. Pero al buen Padre le ha quedado un no sé qué, tenía algo especial esa monja. Al fin cae en la cuenta. Ya puede volver tranquilo a su Parroquia. Ha hablado con la Madre Maravillas.

Ella contaba esto después con mucha gracia.

* * *

Pasados unos días la Madre vuelve con una Hermana a Mancera, donde pasa cuatro meses para dejar asentada la fundación y solucionar asuntos pendientes. Para Navidad ya está de vuelta en Duruelo.

«Qué conventito tan menudito, tan primitivo, tan celestial», escribía el Padre Silverio desde su celda de Roma.

Y, sin embargo, tan chico como es, le ha costado a la Madre no pocos trabajos.

Lo ha hecho dejándose llevar de su inmenso deseo de imitar a Jesucristo pobre. Ella misma ha trazado y medido las puertas, las ventanas, las celdas, los tránsitos, el diminuto claustro central, el coro, y poco más, porque poco más hay en Duruelo.

Muy pronto empieza a poblarse el convento de postulantes y novicias que con sus caras radiantes y sus risas, se unirán a las primeras fundadoras llenando de alegría aquellas recreaciones.

El secreto de esta alegría está en lo que el señor Obispo de Avila escribirá de la Madre Maravillas después de su muerte: «Su ejemplo constante inspiraba a todas el 'Sólo Dios basta' que es la fuente de la única felicidad.»

Ese es el secreto de Duruelo.

«Sólo Dios basta» parecen repetir aquellos estrechísimos corredores, aquellas celdas en las que no hay nada superfluo, ni lo podría haber porque no cabe.... sólo la estrecha tarima, el duro jergón carmelitano, un hueco en la pared donde colocar algunos libros y los pobres enseres de la carmelita, y una caja tosca donde guardan los avíos de la costura o de cualquier otro trabajo. Por la ventana abierta a poca altura del suelo, entra a torrentes el sol y el aire purísimo de Duruelo, regalo de Dios a sus carmelitas. ¡Sólo Dios basta!

Es el invierno de 1947. El Padre General vuelve a escribir:

«¡Con qué gusto y regusto escribo la palabra Duruelo'!«, ¡no creía que Nuestro Señor me iba a conceder tal gracia! ¡Bendito sea por todo! A pesar de lo que hay que hacer, raro será el día que no piense un rato en ese retiro delicioso de recuerdos tan gratos a todos los hijos de Santa Teresa. Lo contemplo ahora precioso bajo la capa de nieve. Ahora con Descalzas y ermitañas. Me causan una envidia terrible, no lo puedo remediar.»

En efecto, Duruelo está cubierto de nieve. Si algún viajero se aventurara por aquellos parajes no vería siquiera el conventico que desaparece detrás de las tapias. Las casas del Capellán y demandaderos, la iglesia con su pequeña espadaña, se asemejan a uno de esos pueblos de juguete o a un rincón de un nacimiento. Sin embargo, la poesía dura unos instantes y hay que enfrentarse con la prosa de la vida. ¡Qué frío hace en Duruelo! La pobreza que las carmelitas han profesado no es una ficción. No hay pobre por mucho que lo sea que no pueda recoger unos palitos, encenderlos y calentarse las manos al fuego. «Hijas, somos más pobres que los mismos pobres», dirá muchas veces la Madre a sus novicias. Por

eso ellas no quieren ni frotarse las manos para entrar en calor... Así, cuando lleguen las Navidades, tendrán algo que ofrecer al Niño.

«¡Qué gusto poder ofrecérselo al Niño Divino para poder calentarle del frío de tantos corazones!».

La Madre no refrena las generosidades de sus monjas, pero se preocupa de ellas y procura aliviarlas en lo que no se oponga a la pobreza carmelitana. Su solicitud se extiende a todos sus conventos.

Se acerca la Navidad. Las Hermanas ya van buscando corchos, verde, pajas y todo lo que necesitan para poner su Nacimiento. El 24 por la tarde ya está todo preparado, el convento y celdas limpísimas esperando a los Peregrinos.

Es una santa costumbre del Carmelo ofrecer posada a la Virgen María y San José, recordando que aquella noche de la Navidad se les cerraron todas las puertas en Belén.

Empieza la procesión por los claustros del convento.

La Madre Maravillas lleva con enorme recogimiento una imagen de la Virgen, en adoración y espera. La Madre Subpriora lleva otra de San José. Las monjas, con capa y llevando su cerillo encendido, van cantando las coplillas de tanto sabor teresiano:

«A casa de Teresa se viene el Niño.»

y:

«Si anda a buscar posada, conmigo venga,
que aquí en las carmelitas la hallará buena»[77].

Con otras muchas estrofas que van llenando celdas y oficinas[78], pues todo el convento se les ofrece.

La alegría de esta hora no es como más tarde será en el Nacimiento, después de la Misa de Gallo, desbordante y gozosa, con panderetas y castañuelas para cantar villancicos al Niño.

Ahora, en la procesión de los Peregrinos, es una alegría honda, recogida, de oración.

La Madre Vive profundamente estas fiestas. ¡Se le aviva tanto la fe! Como dirá ella en sus cartas.

---

[77] Coplillas que según la tradición que conservan sus hijas, cantaba Santa Teresa en su Carmelo de Salamanca el día de Nochebuena.

[78] Nombre que se da en el Carmelo a las distintas dependencias donde trabajan las Hermanas, v. gr., sacristía, ropería, etc.

Ya todos estos días, hasta después de Reyes, están llenos de la alegría de la Navidad. Fuera seguirá cayendo la nieve que por las noches se hiela, cuajándose como un encaje en las encinas. ¡Quién piensa en el frío!

La Madre no se encuentra bien, pero como de costumbre, no hace caso.

Sin embargo, en cuanto pasan los días de Navidad tiene que entregarse porque está con muchísima fiebre. Tiene pulmonía.

El médico de Mancera que las atiende también aquí en Duruelo se encuentra fuera. El ya está acostumbrado a verla pasar sus enfermedades sentada en el suelo de su celda apoyada la cabeza en la tarima y cubierta con una manta. Pero el médico de Blascomillán, a quien han tenido que llamar esta vez, no sale de su asombro al ver ese cuadro y sobre todo esa enferma que le sonríe llena de paz, no se queja de nada y se preocupa de que él se siente «después de haber tenido que ir hasta Duruelo a caballo...»

* * *

Ni los trabajos de fundaciones ni las muchas preocupaciones que necesariamente llevan consigo, hacen perder a la Madre ese fino humorismo natural en ella.

Su enfermera de entonces se ocupa también de llevar todo lo de las gallinas. Hace las cuentas, encarga los piensos, vigila los gallineros, se preocupa de las mejoras y de la venta de huevos...

La Madre Maravillas protege al caballo que lleva la tartana a Peñaranda con encargos que van y vienen. Siempre que tiene que salir de viaje hace que le den ración doble.

Su enfermera se le queja cariñosamente de que le quitan la cebada de las gallinas para el caballo y la Madre, al contar lo sucedido en una carta a la Priora del Cerro, le dice:

«Panderete (un cerdito) sigue retozando por esta huerta y creciendo, ya conjurado el peligro de su expulsión, pues lo he arreglado con la Hermana Dolores, que era quien atentaba contra su permanencia aquí, porque sus gallinas eran las que tenían que pagar su alimentación y andan al parecer algo alcanzaditas... Quería sacar también al caballo, que come muchísimo, de la hermandad de los animalitos del Señor y le he dicho que si lo sacamos, no le traerá ningún pienso, ni le llevará los huevos a Gimialcón, y tendrá que enganchar a la tartana una gallina o un gallo, y con esto parece que se ha reconciliado con el pobre *Fanti*...».

En otra carta cuenta la compra de un burro para Juan José, que va todos los días desde Mancera a trabajar a Duruelo. No mira esta incomodidad ante el «trato» que le dan las monjas, a las que quiere muchísimo y ellas a él y a todos sus hijos. La Madre no puede pensar con tranquilidad en esas caminatas de siete kilómetros de ida y otro tanto de vuelta. Por entonces no había otro medio mejor, y como él no sabe ir en bicicleta, le encarga que se compre un burro, que ella lo pagará. Parece ser que el burro, o mejor dicho, burra, pues la llamaban la Libra, no debía ser muy vistoso que digamos, y la Madre lo cuenta así:

«Se lo encargamos y hoy triunfante ha aparecido con él a prueba, que dice es buenísimo. Está lleno de mataduras y le habían esquilado un poco por arriba, dijo él, para quitarle la miseria'. El burro, tristísimo, no se movía ni poco ni mucho. El, entusiasmado, dijo que su hijo, aunque el burro venía cargado, había tardado en él un cuarto de hora menos que ellos andando. Se subió en él para que viésemos cómo caminaba. El pobre burro, al subirse Juan José, se hundió casi de la parte trasera y salió andando, dándole tanto Juan José en las piernas como pasos daba. Se lo dan a prueba cuatro días y veremos si vale la pena. El no lo duda».

* * *

Por grande que sea en la Madre el amor a la pobreza, hay otro todavía más arraigado en su corazón: el de la Voluntad de Dios. Y mientras ella sueña con pasar privaciones por el Señor, Dios cuida de ella y de sus hijas como el mejor de los padres.

Ella soñaba con vivir al día, sin más renta que la de los dotes que ha reducido todo cuanto lo permite la Iglesia, y la renta es tan poca, que apenas llega para sostener al Capellán. La gran generosidad de unos bienhechores le asegura los sueldos del hortelano y demandadera. Ellas vivirán de limosnas y de su trabajo. Así lo quería Santa Teresa hace cuatro siglos y así lo pone al día la Madre Maravillas.

Pero si ella se empeña en no tener. Dios Nuestro Señor se empeña en que no le falte, y en esta contienda es siempre la Madre la que tiene que declararse vencida.

«Me encantaría —escribe— pasar privaciones por el Señor, pero más devoción aún me da ver la amorosísima Providencia con que nos cuida y regala sin que nos falte nada. No cabe duda de que las cosas se multiplican».

Esto lo dice porque tienen un poco de aceite en una zafra que nunca se acaba.

Y la Madre, que no se preocupa por sus monjas, cuida de que no le falte nada a su convento de Mancera y reparte con ellas unos litros de aceite que les han regalado.

«Me alegro de lo del aceite —escribe—, sobre todo por Mancera, que deben andar muy mal. Aquí no sabemos nada, pues debíamos de andar peor, que dan mucho menos en el suministro en Avila, pero no miramos la zafra y seguimos sacando. ¡Bendito sea Dios!»

Para tranquilizar a la Priora del Cerro, que no puede sufrir la idea de que pasen hambre, le escribe después de haber tenido en Duruelo a varios huéspedes:

«Es buenísimo tener que estar así abandonadas a la Providencia y crea que estamos contentísimas y sin la menor preocupación; ¡claro que como vemos por experiencia cómo acude el Señor a remediar las necesidades, es que se queda uno asombrado! ¡Que no tuviésemos nada hace unos días y que hoy hayamos podido dar de comer a toda esta gente!..»

El «fresco», como llaman gráficamente al pescado por aquellos pueblos, llega rara vez a Duruelo. Por eso tiene concertado con una persona amiga que cuando encuentre pescado barato le mande en cantidad para poner en conserva. Y le ofrece a la Priora de Batuecas:

«Hoy están las Hermanas de conserva, que nos ha mandado nuestro Feliciano sesenta kilos entre palometa y chicharro. Este a una ochenta pesetas, que a eso estaba la otra vez y la castañeta no sé, pero desde luego barato, porque le dije enviase cuando lo estuviera. ¿Quieren VV. RR.? Realmente a una ochenta y tan riquísimo como es el chicharro es una ganga».

Se interesa por todo lo que atañe a la casa de Dios y esto sirve de estímulo a las Hermanas para trabajar con ilusión y alegría.

Se ocupa de que cuanto antes estén instalados los telares, enseña a las monjas que aún no conocen este oficio, pone colmenas, teje alpargatas que les encargan de muchas comunidades...

No hay actividad en el convento que le sea indiferente. Visita a las Hermanas en sus oficinas; se interesa por sus trabajos, por sus pequeños problemas, por sus adelantos.

Quizá más que ninguna experimentan su solicitud las Hermanas de velo blanco, con las que tiene delicadezas de madre y muestras de confianza que les roban el corazón. Si alguna tiene que salir a la huerta de noche, hace que la acompañe otra para que no vaya sola; si es por la mañana antes de amanecer, va ella a la enfermería y enciende la luz para que la Hermana que va a ordeñar sienta que está ella allí y no tenga miedo. Cuando el caballo tiene que salir temprano, se ocupa de que le den de comer antes, y cuando va a salir la Hermana a llevarle el pienso, está ya en la puerta la Madre, que ha salido sigilosamente de la celda para acompañarla a la cuadra.

* * *

El cartero de Gimialcón es un viejecito muy amigo de la Madre; tiene un hijo que le reparte el correo, pero en tiempo de recolección tiene que hacerlo él. Como está torpe y ve poco, no es raro que se le caiga alguna carta, que unas veces encuentra el hortelano al salir del trabajo y otras se pierden para siempre. Las monjas de Batuecas se quejan de que no escribe. Ella les contesta explicando lo que pasa y disculpando al cartero:

«Nosotras, a pesar de todo, le queremos mucho porque el pobre, cuando las inundaciones, se le anegó su huerto y se le perdieron todas las patatas que tenía para el año. Le hablamos de eso y dijo: 'Mire usted, Madre, como el Señor bendito lo ha permitido y El sabe que tenemos que comer, nos lo tendrá que dar por otro lado, así que nosotros muy conformes con lo que El ha hecho.' Excuso decirle que como es natural, al día siguiente tenía en su casa las patatas y, en efecto, el Señor bendito premió así su confianza. Es una hermosura el abandono, resignación y pobreza de esta pobre gente. Esto sí que es abandono verdadero. Pero, en fin..., las cartas son un desastre».

En el gallinero de Duruelo ha entrado la peste. Pero una peste tan terrible, que no paran las Hermanas de sacar carretillas con gallinas muertas. Se quedan sin ninguna y con ello sin la entrada principal para el sustento de la Comunidad.

Pero la Madre, no sólo no se queja, sino que con su serenidad habitual les dice que a ella le gusta tanto lo del cartero... «Ya el Señor bendito sabe que tenemos que comer.»

Y «el Señor bendito» no se hace esperar mucho tiempo, pues en seguida y de donde menos podían esperar empiezan a llegarles limosnas en abundancia y muy pronto pueden reponer el gallinero.

Mancera y Duruelo están a unos siete kilómetros de distancia y son casi como uno solo. Se ayudan en todo lo que necesitan y cada uno se preocupa de que no le falte nada al otro. Esto realmente es lo que han visto hasta ahora en todos los que va dejando la Madre, pero tienen ellos la ventaja de la cercanía que les facilita este intercambio de caridad.

Obreros que trabajan en el convento de Duruelo van de Mancera por la mañana y vuelven a la tarde a sus casas. Hablan ellos de uno y otro convento como de algo suyo y hasta aseguran que cuando se encuentran en el camino las respectivas tartanas que llevan encargos a Peñaranda, los caballos se conocen y se saludan.

Pascual, con su aire recogido y su azada en la mano, va convirtiendo aquel campo salvaje de Duruelo en una magnífica huerta. A la Madre le gusta verlo en sus faenas y comenta con las Hermanas:

«¡Qué devoción me da pensar que esta huerta está toda labrada por amor de Dios y entre Ave Marías!» Porque Pascual es un hombre de fe y de piedad verdadera. Venera a la Madre, y cuando ella va por la huerta, se acerca, se arrodilla y le besa el escapulario. Como sabe que le gusta tener flores en la iglesia, no faltarán en todo el año.

Siempre ha tenido la Madre un grandísimo agradecimiento a todos los que han trabajado en sus conventos, a los que trata como de familia, preocupándose ella de todo corazón de sus menores necesidades, y las de sus hijos, y considerándola y queriéndola ellos como a una madre.

* * *

La Madre Maravillas venía pensando hacía tiempo, si las alpargatas y calzas que usaban las Carmelitas serían iguales a las que Santa Teresa puso para sus descalzas, ya que este nombre no iba del todo con llevar los pies cubiertos como entonces llevaban.

Lo habló varias veces con el Padre Silverio, que por su parte tenía también el mismo pensamiento y estaba haciendo gestiones para asegurarse bien. Le añadió él que si ella tenía alguna vez ocasión en algún viaje de fundaciones, no dejase de ver en Burgos una alpargata de la Santa que allí se conserva.

El Padre se documentó ampliamente, reunió fotografías de antiguas tallas de Santa Teresa en las que aparece con los dedos al descubierto, midió y fotografió la calza que se conserva en Nápoles de la Santa, se asesoró con las Carmelitas de Burgos, etcétera, y cuando tuvo todos los cabos atados, se decidió a la empresa.

En una carta que escribe a la Madre Maravillas le dice:

«Cada día me convenzo más de que el pensamiento de la Santa fue que llevaran el pie descalzo, con alpargata; y para cubrir la pierna, calzas (que llegarían hasta el tobillo), etc. Se me figura que toda la juventud es entusiasta de la idea y creo que casi todas las Descalzas. Sin esto no sé cómo pueden llamarse, en realidad, Descalzas».

En comunicación ya con San José de Avila y todas de acuerdo, la Madre escribe a Batuecas diciendo:

«De allí (San José de Avila) me escriben muy contentas de hacerlo y nosotras también lo estamos, porque indudablemente es muchísima mayor austeridad que pasaremos buen frío y da devoción que en estos tiempos de tanta ofensa de Dios, precisamente por buscar los placeres, pida el Señor a sus Carmelitas más penitencia».

Además de cortar el pie de las calzas quería ella tener la alpargata como la auténtica, para adoptarla al mismo tiempo.

En 1947, en uno de sus viajes para ver un lugar de que le hablan para el traslado de la Comunidad de Batuecas, pasa por Burgos, como había quedado con el Padre, y en ese convento, pidió la alpargata de Santa Teresa. La atendieron con gran cariño y encantadas se la sacaron para que la viera. Se la probó, alegrándose mucho de la coincidencia de tener el mismo tamaño de pie que su santa Madre. Pudo comprobar que era como ella se la figuraba. Tenía sólo la suela y la parte delantera, que dejaba al descubierto los dedos del pie. Se había deshecho sólo el talón. Sacó un patrón y tomó medidas.

Ya en su convento tejió ella misma una alpargata[79] según los patrones que llevaba, completándola con el talón. Se hicieron en todos sus conventos las alpargatas iguales, y el día 19 de marzo de 1948, fiesta de San José y la Virgen de los Dolores todas se «descalzaron» con gran alegría.

Llegaban cartas de otros Carmelos contándole el gran festejo, que habían tenido con este motivo y hasta alguno había hecho una gran hoguera en la huerta con la parte inservible.

* * *

[79] La Madre Maravillas, estando en El Escorial, pidió a las Carmelitas de Caravaca que le enseñaran cómo se hacían. Las Madres de allí le dieron toda clase de detalles por carta y con los instrumentos y material que la Madre Maravillas les encargó, aprendió a hacerlas con toda perfección y enseñó a todas sus hijas.

Ya hace tiempo que —desde Mancera— tiene la Madre el deseo de restaurar alguno de los antiguos Desiertos de la Orden.

El Padre Valentín de San José, su confesor, por su parte opina que el sitio de Batuecas no es a propósito para monjas: demasiado retirado, con malas comunicaciones, etc.

Ella no pensaba lo mismo, pero dócil a las sugerencias de quien le aconseja, más aún tratándose del Padre a quien venera, va madurando la idea.

En septiembre del 47, el Padre General, Fray Silverio de Santa Teresa, habla a las Carmelitas de Batuecas de sus deseos de que volviera a sus fines primitivos de yermo, ya que fue en siglos pasados el más numeroso de solitarios y el más famoso de cuantos la Orden tuvo.

Coincidía con lo que ella misma ya venía pensando.

Pero a las monjas de Batuecas les cuesta muchísimo dejar este lugar donde están contentísimas y así lo dicen a la Madre con toda confianza, añadiendo que, tratándose de la Orden, no encontrará en ellas la menor dificultad. Le piden que las ayude y empieza entonces la larga serie de viajes que con este motivo hará desde Duruelo.

* * *

El día 28 de noviembre, en Duruelo, es para la Madre Maravillas todos los años un día de grandísima alegría.

Padres Carmelitas y colegiales, turnándose Salamanca, Avila y Alba, van a celebrar a Duruelo el aniversario de la Reforma Carmelitana, el día en que San Juan de la Cruz empezó la vida descalza en aquellas soledades.

Duruelo, tan silencioso de costumbre, se llena este día de las voces de los Padres y colegiales que cantan la Misa y pasan el día recorriendo los lugares santificados por el primero de los Descalzos.

La Madre les atiende, disfruta escuchándoles, busca cómo regalarles dentro de la pobreza de Duruelo. Quiere que sea para ellos un día de verdadero descanso y alegría, les prepara la comida para que puedan comer en el campo a la sombra de las encinas si está el tiempo bueno y hasta les saca las mesas del refectorio. Si no, les tiene preparado un comedor que había hecho construir para ellos en los cuartos de fuera.

Todo se le hace poco para obsequiarles como ella quisiera.

Por la tarde van todos al locutorio. Ellos cantan; las monjas también cantan sus coplillas. ¡Cómo disfruta la Madre!

Se preocupó siempre con verdadero amor de atenderles en cuanto estuvo en su mano con la mayor solicitud.

Aquí mismo, en Duruelo, enterada de la necesidad del Colegio de Teología de Salamanca donde se formarían santos y sabios sacerdotes, esperanza de la Orden, consiguió una cuantiosa limosna para que pudiesen acabar las obras.

Por la noche de este día 28 de noviembre cuando ya, después de irse los Padres, va a recreación con sus hijas, les habla de su alegría y, llena de fuego, las exhorta a pedir mucho por ellos; animándolas a que vivan siempre de tal manera, que no decaigan nunca de tan santos principios.

Capítulo 22

¿Estará contento mi Cristo?

Un día llegan al torno varias cartas importantes, una de ellas del General de la Orden.

Ya ha escrito otras veces pidiendo ayuda para reforzar varios Carmelos del extranjero y nunca ha sido posible complacerle por falta de personal.

La Madre, mientras abre el sobre, dice a la Hermana que está con ella:

—Si nuestro Padre General me pide monjas para algún sitio, la que va soy yo.

La carta decía así:

«J.M. † J.T.

Roma, 24-IV-49.

M. R. Madre Maravillas de Jesús.

Duruelo.

Jesús sea con Vuestra Reverencia:

Como ahora estarán alegres como unas pascuas, y dicen que la alegría es bondadosa, le voy a pedir un favor, que deseo me lo conceda con verdadero interés.

El convento de Descalzas de New-Port, desea dos Carmelitas españolas bien formadas y, si fuera posible, que supieran algo de inglés. Yo me había acordado de la Madre X. y de alguna otra que V. R. conoce mejor que yo. Convendría que no fueran de mucha edad ni muy jóvenes. V. R. debe hacer dos propósitos: uno, no negármelas. Dos, contestarme pronto.

Es una Comunidad de la Diócesis de Nueva York que depende directamente de la Casa Generalicia. Sí me las da, haremos en seguida los trámites necesarios para el traslado por algunos años, tres por lo menos.

Las bendice a todas su affmo.

Firmado: Fray Silverio.»

Obedece a las dos peticiones. Contesta en seguida y se ofrece para ir ella misma a New-Port, no porque crea que ella sirve, sino porque ve en ello la manera de dárselo todo al Señor. Su salud no es buena, pero ¿qué importa? «¿Para qué es la vida y la salud sino para perderla por tan gran Rey y Señor?»

A su claro entendimiento no se le oculta que las intenciones del Padre Silverio no se detienen en que vayan sólo a New-Port, por esto pone como única condición el ir acompañada de otras dos monjas, «porque yo —dice —me moriré pronto y no es cosa que se me quede allí sola una de mis hijas».

Sólo estaban enteradas de todo esto algunas de las monjas mayores, en espera de la contestación del Padre General que confiaban fuese negativa.

Pero llega pronto la fecha de las bodas de plata de la Madre.

El 30 de mayo hará veinticinco años de su profesión y va a retirarse a hacer Ejercicios.

Las Hermanas le arreglan una pequeña ermita que hay arriba en el convento. Un letrero encima de la puerta dice: «Te llevaré a la soledad»; dentro, una imagen del Señor en la Cruz con la Magdalena a sus pies, una ventanita que da al monte., ¡no hace falta más! Fuera de la ermita una solana pequeña con su balconcillo de troncos de árbol, donde puede salir la «ermitaña» contemplar aquellos horizontes amplios y abiertos, algún álamo por aquí y por allá, lejos las torres de la iglesia de Blascomillán y, al fondo, las estribaciones de la sierra de Gredos.

Cambia por completo el paisaje si se asoma por la ventana de la ermita: aquí, es un monte de encinas, romero, jara; y rebaños de corderos que rompen aquel gran silencio con las voces del pastor y el sonar de las esquilas.

Con las disposiciones que se pueden suponer, teniendo en cuenta el ofrecimiento que acaba de hacer al Padre General, entra en este retiro de diez días, a prepararse para las bodas de plata, pero también para todo lo que ella sabe que le espera.

Las Hermanas conocen bien lo que son para la Madre estos días -a solas con Dios» y un día en recreación, terminado casi su retiro, piensan

decirle que aunque están deseando tenerla, «le ofrecen» contentísimas dos días más, si ella quiere. Se lo escriben, y la Hermana que le lleva la comida se lo entrega. Por el mismo medio les pone ella otro papelito que dice:

«Hijas mías, les estoy tan agradecida, que no puedo por menos de decírselo. El Señor mío vio la necesidad y se lo inspiró. El se lo pague todo Pídanle muchísimo por esta pobre, para que la conversión sea duradera y definitiva hasta la muerte como lo espero de Quien así nos ama...»

Acaban estos días y llega otra carta de Roma en la que, con visible satisfacción, contesta el Padre General:

«Quedo muy reconocido a la generosidad y prontitud con que ha correspondido a mi petición. Muy conforme con lo que me dice en su grata. Era mi deseo pero no me atrevía a apuntar tan alto por sí me daba calabazas. Daré por buenas las dos religiosas que escoja. Espero que hará muy buena obra y verán prácticamente lo que son las Descalzas de Castilla».

Después le da cuenta de las diligencias que ha hecho con el señor Obispo de Avila y fiará con la Sagrada Congregación. Es, pues, cosa hecha.

La noticia cae en el convento de Duruelo como una bomba. Las monjas están consternadas. Pero la actitud de la Madre no deja lugar a lamentaciones. Lo que Dios quiere hay que dárselo con toda generosidad, sin una queja, sin mirar siquiera el sacrificio que se hace, sin que existan rapiñas en el holocausto...

Cuando después de hablar con ella una por una ve que responden con generosidad a sus deseos, escribe al Cerro llena de alegría:

«Las Hermanas están que no cabe mejor y yo como unas Pascuas de que le quieran así a mi Rey y a mi Cristo. Bendita sea mi Dios, que tan rebuenísimo es con sus pobres criaturas, y si El tiene algún consuelillo con sus Carmelitas de acá, de acullá y de allende los mares, pues bendito New-Port y bendito Padre General».

Tiene que dejar arregladas muchas cosas. Lo primero es buscar una Priora para Duruelo. Porque aunque no faltan en su Comunidad monjas que puedan serlo, son todavía demasiado jóvenes.

Una circunstancia imprevista pone aún más dé relieve su fe y su confianza en Dios. En el mes de noviembre cae enferma una de las monjas profesas.

Es no sólo una hija queridísima de la Madre, sino aquella en quien tenía puestas sus esperanzas para el porvenir de Duruelo. La enfermedad, una infiltración en el pulmón derecho con grandes vómitos de sangre, puede ser grave y en todo caso larga y seria[80].

Ahora se consagra con alma y vida a su enferma. Durante muchos días vela su sueño de noche, y cuando pasa la gravedad, duerme en la celda de al lado, pero al menor ruido se presenta en la de su hija.

El porvenir tan incierto mirando las cosas de tejas abajo, no le preocupa lo más mínimo: lo tiene abandonado en las manos de Dios.

Contesta a las noticias que le piden de su enferma y después de dar cuenta de su estado de salud, hace este comentario:

«Lo principal es que dé a Dios todo lo que El quiera de ella, y si El quiere que le sirva por la enfermedad en vez de lo que nosotras pensábamos, pues que su santo nombre sea bendito. Suyas son estas casas y El sabe lo que quiere hacer de ellas, ¿verdad?»

Como éstos son también los sentimientos de su enferma, goza al verla tan entregada. Las tres fundaciones de la Madre se desviven por ella que por nada del mundo quiere dejar el convento. Le sabe mejor la pobreza con primores de caridad de su Madre y Hermanas que los adelantos de los mejores sanatorios. La Madre se deshace en agradecimiento a la Providencia divina y a sus hijas, que se privan de muchas cosas para enviarle fruta, carne, medicamentos, etc.

Cumple hasta el extremo el precepto de Santa Teresa, es a saber: «que antes falte lo necesario a las sanas, que el regalo a las enfermas» Vi. La Instala en la mejor celda de la casa, le adivina los gustos, en verano no tiene escrúpulo de mandar con la tartana hasta Peñaranda a buscar un poco de hielo que alivie su inapetencia.

Mientras tanto, el tiempo pasa deprisa, más deprisa de lo que quisieran las monjas. La Madre se multiplica. Atiende a su enferma, vigila las obras de Cabrera, organiza una expedición de monjas que saldrán a fin de año, el 3 de diciembre, para ayudar a las dos fundaciones indias de Kottayam y Tiruvalla[81], se interesa por dejar a los Padres el convento de Batuecas en las mejores condiciones posibles. V no pierde su alegría ni quiere que la perspectiva de la separación nuble en lo más mínimo el gozo

[80] Se curó completamente de esta enfermedad, pues Dios la quería para cosas mayores.

[81] Fueron tres religiosas, una de ellas es la actual Priora de Kottayam.

de aquellas Navidades, que van a ser las últimas que pase en España, y ella misma se encarga de prepararles alguna broma que las alegre y anime.

El 28 de diciembre la campana del convento llama al locutorio. Ya les había anunciado a las Hermanas que probablemente tendrían que saludar al Padre Carmelita que estos días hace de Capellán. Acuden todas con diligencia y ya dentro del locutorio esperan un rato. Llega ella fingiendo extrañeza: «¡Qué raro! A lo mejor está ya el Padre del otro lado.» Descorre la cortina y aparece un gran letrero escrito por ella misma: «Los Santos Inocentes las felicitan.» En los diminutos claustros de Duruelo resuena la risa de las novicias. Esa risa que es tan propia del Carmelo.

La Madre tiene el secreto de la verdadera felicidad, y se la ofrece a sus hijas, y también a todo el que lo quiera.

«¡La verdad es que somos felices! Si el Señor nos preguntara de esto o de lo otro, del momento de la muerte, de la enfermedad que querríamos morir, de como querríamos estar, etcétera, sólo podríamos decirle: 'Señor, cuando Tú quieras, como Tú quieras, lo que Tú quieras…' Es lo único que queremos y deseamos, así que tenemos cumplidísimos todos nuestros deseos que no son otros que su Voluntad».

A pesar de su entrega absoluta a la voluntad de Dios, a la Madre Maravillas no se le ocultan las dificultades que empiezan a surgir.

La mayor, al menos la más inmediata es la fundación de Cabrera Precisamente las dos Hermanas propuestas para ir a América son las que hasta ahora han colaborado con la Madre en todas sus fundaciones y las que se ocupan más directamente de Cabrera. Han surgido algunas dificultades mayores que sólo la prudencia y tacto de la Madre pueden resolver. Las Hermanas ven la enorme dificultad de que se vaya la Madre en estos momentos Por otra parte, aunque está bien, tiene muy alta la tensión.

Cabrera. Capilla y convento

Preocupadas con la obra, dan la noticia a la Priora de Batuecas de que se va la Madre a América y le dicen que ellas no pueden hacer nada, que la única solución sería que el Obispo de Salamanca, a cuya diócesis pertenece Cabrera, pidiera al Padre General una prórroga hasta dejar en marcha las obras

La Priora de Batuecas expone al señor Obispo la situación y Monseñor Barbado, haciéndose cargo y comprendiendo muy bien las razones que hay para esta petición, escribe a su antiguo amigo el Padre Silverio y le pide que demore la partida de Madre Maravillas hasta dejar asentada la nueva fundación.

El Padre General accede, según comunica a la Madre en una carta en la que añade; «abrevie la partida cuanto le sea posible».

La actitud del Padre Silverio deja ver claramente que nada le hará desistir de su empeño.

Y la Madre continúa, aunque ya con más tranquilidad, sus preparativos para la marcha. Ella, tan sobrenatural, tan llena de Dios, no desdeña los medios humanos ni deja de poner de su parte todo lo posible por cumplir con su cometido.

Para esto, con las dos Hermanas que van a ir con ella, empieza a recordar el Inglés que hablaba en su juventud, pero que ha olvidado un poco. Pide prestado un método de discos y hasta hace gestiones con las Madres Irlandesas que se ofrecen entusiasmadas a pasar unos días con la Comunidad de Duruelo.

Las monjas de Duruelo recurren a Santa Teresita y le encargan de este asunto. Recuerdan siempre los principios de la fundación del Cerro,

en los que ella les ayudó tan palpablemente y ponen en ella su confianza. En Batuecas y Mancera se hacen también oraciones especiales para que la Madre no se vaya. Y no digamos la Priora del Cerro, que continuamente pide noticias, escribe y acude al Señor sin descanso.

* * *

El duro invierno de Duruelo se dispone a dejar paso a la primavera y aunque por las noches refresca, al mediodía luce un sol radiante y la temperatura es deliciosa. La Comunidad tiene la recreación en la huerta, en un sitio resguardado entre dos tapias.

Un día, estando allí, empieza la Madre a sentirse con un dolor como nunca había sentido. «Era —dirá más tarde— como si tuviera un arco de hierro muy apretado alrededor de la cabeza.» La llevan a la celda y el médico la encuentra con una gran subida de tensión que ha producido un derrame en un ojo. Hay que vigilar continuamente, pues podría tener mayores consecuencias. Necesita reposo. Del viaje a América, por ahora —dice—, hay que desistir.

El Padre Silverio escribe desde Buenos Aires:

«Buenos Aires, 13-4-50. Reverenda Madre Maravillas de Jesús. Duruelo. Jesús sea con Vuestra Reverencia. Abrumado de trabajo, hasta hoy no he podido contestar a las cartas de ésa. No me gusta la alta tensión que parece tiene y no sé si será una temeridad que se ponga en camino en esas condiciones. Mi voluntad sobre ese viaje es sólo si está en condiciones de realizarlo. Si no, de ninguna manera lo quiero. Busquen el parecer de dos médicos competentes y que luego me lo transmitan a Roma. Este asunto podrá resolverse de otro modo. No hago cuestión cerrada.»

Las monjas de Duruelo están radiantes. ¡Cómo se ha portado Santa Teresita! No ven el momento de compartir con sus Hermanas tan inmensa alegría y escriben a Batuecas y Mancera dándoles la noticia. Hay en Duruelo en ese momento una persona de visita que se ofrece a poner un telegrama al Cerro desde Peñaranda. Ellas, en el colmo del entusiasmo, lo redactan así: «Estupendo milagro. Lluvia de rosas, Canten Te Deum».

La Madre Magdalena lo coge al vuelo. ¡No se va Nuestra Madre! Reúne a sus hijas y se canta un Te Deum salido del fondo del alma.

Pero el telegrama ha despertado en Getafe curiosidad y la noticia ha corrido como la pólvora. ¡Un milagro! ¡Una lluvia de rosas! Claro que tratándose de la Madre Maravillas, ¿dónde más conocida que en Getafe?, no tiene nada de particular. Ya se sabe dicen que es una santa. Además,

bien claro lo dice el telegrama que es un milagro. Y como un misterioso presagio de algo que un día ocurrirá, empiezan a llegar cartas al Cerro de los Angeles pidiendo por favor alguno de esos pétalos que dicen han caído...

La Madre Magdalena desde el Cerro pregunta a la Madre si está contenta y ella le contesta:

> «¿Que si estoy contenta? Pues verá: si mi Cristo lo está, sí. Si El prefería que me fuese a América... pues ya ve.
>
> »Ahora que espero que haya sido su voluntad, pues sólo eso pedíamos, que sólo eso nos interesa, bien lo sabe El, por su gracia. Sí, estoy contenta, pero ya sabe por experiencia que 'pena o gusto grande no lo hallo en mí'[82]. Si ahora dijeran que nos íbamos, pues creo que me quedaría igual».

Y pensando siempre más en el Señor que en sí misma, dice a continuación:

«¿Estará contento mí Cristo? Espero que sí, que si no, no quiero contento, mí Jesús ausente».

El Padre Silverio escribe a su hermana, que está también en el convento de Duruelo:

> «En esas condiciones no me parece prudente que vaya a América, a no ser que los médicos digan lo contrario.
>
> »Yo tenía interés en su ida, porque el Carmelo americano tiene muy buenas disposiciones para apreciar los valores más altos que tenemos en la Reforma, entre los cuales cuento a nuestra querida Priora de Duruelo»

* * *

Día memorable en este convento de Duruelo es el día de la Asunción de Nuestra Señora del año 1950, en que sería la proclamación de este Dogma el 1 de noviembre.

¡Qué gozo para la Madre! ¡Qué gratitud la suya para la Iglesia y el Papa!

Quiere celebrarlo lo más posible.

---

[82] Santa Teresa de Jesús, «Ni contento ni pena que sea mucha, no la veo en mí», *Vida*, cap. XL-22.

Le han regalado para la huerta una imagen de la Virgen que liega para ese día y la pone en una de las encinas que hay sobre un montecillo. Allí recibirá el amor y las alabanzas de sus hijas de Duruelo.

Esta noche, vigilia de la Asunción, tienen primero una Hora Santa, en la que la Madre les lee a ratos, con la unción y claridad con que ella lo hace, trozos de obras dedicadas a la Virgen que ella misma ha escogido. Han iluminado la encina. Hace después turnos de vela para que todas puedan pasar parte de la noche con Ella. Al amanecer tienen un Rosario de la Aurora, donde van entremezclando Ave Marías con cantos llenos de alabanza a la Madre que subió al Cielo en cuerpo y alma. ¡Cómo amaba ella a la Virgen! Todo le parecía poco para honrarla, venerarla, darla a conocer.

* * *

Gimialcón es la estación más próxima a Duruelo y de allí suelen ir en la tartana hasta el convento.

Una señora de Sevilla va con cierta frecuencia a ver a la Madre y hacerle sus consultas. En uno de esos viajes, le dice al revisor del tren que la avise cuando lleguen a Gimialcón. El revisor, que lleva un tiempo algo intrigado, le pregunta: «Diga usted, señora, ¿podría usted decirme qué es lo que pasa en Gimialcón, que viene ahora tanta gente? ¡Si antes no venía aquí nadie!»

La señora le dice que hay en Duruelo un convento de Carmelitas y que tiene una Priora que es santa.

Ya en Duruelo, como de costumbre siempre que va, pide a la Madre que la deje por las noches sus buenos ratos en la capilla, mientras las monjas rezan Maitines.

Uno de estos días le dice la Madre que no vaya esa noche... La señora se extraña.

—No —le dice—, es que esta noche va haber perros.

— ¿Perros?

La señora, cada vez más extrañada, le dice que a ella no le importa nada, ni le dan ningún miedo. Pero de tal forma se lo siguió pidiendo y tan seriamente, que aquella noche no fue.

Nada más cerrar la puerta de su cuarto —unos cuartos que hay fuera para huéspedes— se oyó tal ruido, no de un perro, sino de muchos perros juntos con tales aullidos y ladridos, que se quedó impresionada.

Al día siguiente se lo dijo a la Madre y añadió que sólo se le había ocurrido echar agua bendita. Ella, ya completamente tranquila, le dijo: «Pues hizo usted muy bien».

* * *

Sabemos ya que la Madre Maravillas, que llevaba grabada en el alma, desde sus primeros pasos de la vida religiosa, aquella «vista» de Jesucristo humillado y despreciado, deseaba ardientemente seguir sus pasos y era para ella un sufrimiento ver que aún en aquellas soledades de Mancera y Duruelo seguía la gente acordándose de ella, buscándola, consultándole sus problemas, teniéndola en algo.

Está empezando a temer que en España no va a poder conseguirlo: piensa entonces en una Misión, la más pobre, la más lejana, la más dura.

Se había ofrecido para India, más tarde para Japón y no la dejaron sus Superiores. Escribe a la Madre Magdalena del Cerro:

«Bueno, Madre mía, pues es el caso que Duruelo está ideal, es encantadora esta soledad, este conventico y todo y yo no puedo pasar así la vida sin hacer nada por el Señor que ya se me acaba y no puede ser.»

Está allí su Obispo, don Santos Moro Briz, de quien ya hemos hablado al contar la fundación de Mancera, descansando unos días mientras prepara unos trabajos que tiene entre manos. Pero con ser mucho lo que trabaja, es más lo que ora. La Madre lo ve desde la tribuna, arrodillado horas enteras ante el Sagrario inmóvil, sin apoyarse. Los ratos que pasa con la Comunidad hacen resaltar su caridad con todos y su profunda humildad.

Un día la Madre le llama al locutorio y le habla de lo que lleva en el corazón. Ella no quiere la vida más que para imitar la de Jesucristo y ve que no se parece en nada. Quiere dejar Duruelo, irse a un sitio donde nadie la conozca, donde nadie se acuerde que existe y le pide el último rincón de su Diócesis para vivir allí su vida de Carmelita en un convento lo más pobre y lo más pequeño que pueda ser.

Don Santos le escucha conmovido. Esos deseos son una gracia inmensa que Dios le hace y él, su Obispo, le da las gracias por hacerle participante de ella.

Después le dice que él tiene unos pueblos que se llaman las Hurdes de Avila donde podría realizar sus deseos. Ella le habla de la única dificultad que le parece seria para vivir en completa pobreza que es la del

Capellán. A lo que contesta, emocionado, que mientras él viva, velará por esto que lo considera como su más dulce obligación.

Todo esto se lo cuenta ella con toda sencillez a la Madre Magdalena en una carta sin fecha como la mayor parte de las de esta época.

Estos son los sentimientos de la Madre en los años de su estancia en Duruelo, éstos sus deseos. En esto piensa no sólo en sus horas de oración, sino también cuando resuelve los problemas de sus fundaciones, dirige las obras del convento de Cabrera, sostiene y alienta a las Prioras y cuida hasta el menor detalle que exige el buen régimen de su convento y las necesidades de sus hijas.

Sus cartas íntimas de este tiempo lo descubren.

Pero ella, que sueña con desaparecer, recibe a diario cartas de diversas regiones de España rogándole que vaya a fundar.

Estamos ahora en abril de 1952; es miércoles de Pascua. Duruelo está igual que la Madre lo había descrito hace unos años en una primavera como ésta.

Sentada ante la mesa de su archivo se dispone a escribir a sus conventos.

Por la ventana abierta llega hasta ella la alegre charla de sus novicias, que en esta tarde pueden reunirse con las profesas más jóvenes para hablar cuanto quieran, pasear por la huerta y, lo mejor de todo, ir juntas a la cocina, porque ese día las Hermanas de cocina no hacen la cena. Cada una se hace su tortilla a su gusto y luego la de las Madres y Hermanas mayores, poniendo sus cinco sentidos en que la encuentren buena. La Madre Maravillas siempre les hacía grandes elogios: «¡No sabía yo que era tan buena cocinera!»

Es de comprender la animación, el alboroto y la alegría que invade esa tarde la cocina del convento.

La Madre disfruta viendo a todas esas monjas tan jóvenes con un lleno en el corazón que les sale por los ojos, felices en la austeridad y pobreza de su vocación.

Pero ahora no puede detenerse en estos pensamientos.

Da gracias al Señor por ello y concentra su atención en una lista que acaba de escribir y tiene sobre la mesa. La lista dice así:

Japón
El Pedroso
Nava de Santullán

Torrecilla (Logroño) - ermita
Cameros, Arenzana
Nalda - ermita
Valera de Abajo
Cañavate - ermita
V. de Trascastillo
Rebolleda - ermita de Santa Lucia
Hortigosa
Tricio
Alaska
Las Palmas
Tánger
Ibiza
La Línea
Nicaragua
Mozambique
Arenas de San Pedro

¡Y aún no ha acabado de escribir!

Son otras tantas peticiones que le hacen para que vaya a fundar.

Las vocaciones siguen siendo numerosas. ¡Ya le extrañaba a aquel buen revisor de tren la afluencia de gente que pedía bajar en Gimialcón, camino de Duruelo!

En Duruelo hay ya catorce novicias y varias esperando que haya plaza.

Una vez más hay que pensar en ello. Pero ¿cuál de estos sitios será el que Dios quiere? Ella siempre prefiere, o lugares que hayan pertenecido a la Orden, o ermitas, o algún otro sitio santificado por la presencia de algún santo.

A todos no puede ir, pero sí hace varios y cansados viajes a los sitios que más le parece podían llenar sus deseos.

No es posible hablar detenidamente de cada uno de estos lugares y viajes, que cada uno tiene su pequeña o grande historia y haría falta sólo un libro para hablar de todo ello. Quizás tenga esto su momento, pero ahora basta con lo dicho hasta aquí.

Solamente nos detendremos en el último nombre de esta lista: Arenas de San Pedro. Aquí brevemente para decir que San Pedro de Alcántara ganó esta vez la partida.

Mejor que cuanto se pueda decir de los deseos de la Madre Maravillas en estos años, nos lo dan a conocer varias cartas que escribió al señor Obispo de Avila, de las que entresacamos estos párrafos:

«Este convencimiento mío y estos deseos tan grandes que hace tiempo me da el Señor de desaparecer, de conformar mucho más en todo lo posible mi pobre vida con lo que fue la suya, en la pobreza, en la humildad, etc., no quita el que me someta por completo y vea su voluntad santísima en cuanto V. E. disponga. Me trajo al convento principalmente ese deseo de imitar la vida de Cristo nuestro Bien, y ya que desgraciadamente por caminos tan distintos ha ido la mía, siquiera en el poco tiempo que me resta quisiera hacerlo de veras y dar al Señor todo cuanto pueda antes que lo quite la muerte y corte esa dicha de poder pasar algún poquito por su amor... Señálenos V. E. un pueblo de los más retirados y pobres que tenga en su amada Diócesis y a él nos iríamos cuanto antes, que Duruelo tiene demasiados encantos».

El señor Obispo comprende y apoya sus deseos, pero en este momento la necesita en Arenas de San Pedro.

La Madre empieza lo antes que puede los trámites y las obras de la fundación.

También se ocupa de todo lo necesario para enviar a tres monjas de sus conventos al monasterio de San José, de Cuenca del Ecuador, que habían pedido ayuda por medio de su Obispo, al de Salamanca.

Llega al fin el día de dejar para siempre este conventico y estas soledades que tanto le hablaban de Dios y que fue uno de sus lugares predilectos.

Salía ya con el último grupo.

La despedida fue desgarradora. Ella se mantenía serena aunque muy impresionada, pero las que se quedaban estaban deshechas.

«Madre, bendíganos, bendíganos», fue lo último que pidió entre lágrimas la Hermana que iba a quedar de Priora. Todas se pusieron de rodillas. La Madre les dio la bendición y salió hacia la puerta diciendo: «Hijas, que sean buenas.»

Esto sucedía el 5 de diciembre de 1954.

Capítulo 23

La Asociación de Santa Teresa

Mientras los conventos fundados por la Madre Maravillas se van poblando de novicias que la obligan a establecer nuevos Carmelos, un suceso imprevisto va a dar ocasión a que brillen aún más sus virtudes.

Hace ya algunos años que ha empezado a despertarse entre los seglares un movimiento de simpatía y protección hacia las monjas de clausura. Se habla de la miseria de muchos monasterios, de la escasez de vocaciones de algunas Órdenes antiguas, casi extinguidas, donde quedan muy pocos conventos, aislados entre sí y en ellos un corto número de religiosas, en su mayor parte ancianas o enfermas.

Madre Maravillas se entera de estas corrientes compasivas publicitarias sin gran entusiasmo. Teme que el enemigo, que siempre ataca con capa de bien, pueda perturbar la paz de los claustros con el pretexto de aliviar sus necesidades.

Estas necesidades existen ciertamente y ella es la primera en comprenderlo, pero la cosa sería remediarlas de tal manera que se solucionara la parte material sin quitar ni un ápice de su vida espiritual, ni ninguna de las cosas que contribuyen a fomentarla.

Ella misma lo procura cuanto puede, y durante estos años ha ayudado a muchos Carmelos procurándoles limosnas en momentos difíciles. Pero en general, el Carmelo no se encuentra en esta necesidad extrema. Las Carmelitas viven contentas en su pobreza, se contentan con poco, pero ese poco no les suele faltar. Cierto que hay excepciones, pero son raras.

Encerradas en sus Carmelos, las hijas de Santa Teresa alaban a Dios, ayudan a la Iglesia y al Papa con su vida de oración y penitencia, ejercen en el mundo ese apostolado que Jesucristo ejerció durante treinta años en Nazaret y luchan alegremente por alcanzar la santidad.

Pero parece ser que en diversas Congregaciones se sienten estas necesidades de que hemos hablado y que llegan con frecuencia a la

Sagrada Congregación peticiones de ayuda y reme dio formuladas por las mismas monjas.

El corazón paternal de Su Santidad Pío XII quiere remediar esta situación y el 21 de noviembre de 1950, promulga la Constitución Apostólica *Sponsa Christi*.

Después de una hermosa apología de la Institución Monástica, propone la agrupación de conventos en federaciones o grupos en que unos a otros se ayuden material y espiritualmente.

La idea y el fin que el Santo Padre se propone es enderezar y renovar aquello que necesita renovación, procurar el bien espiritual y material de aquellas Ordenes que lo hayan pedido, organizar de tal manera el trabajo de las monjas, que pueda ser, junto con los socorros enviados por la divina Providencia, la base de su sustento. La Santa Sede no impone universalmente las federaciones. Únicamente propone y las recomienda para promover la observancia regular y la vida contemplativa donde fuera necesario y con los estatutos y formas convenientes a la naturaleza de las Órdenes y a la renovación pretendida. Por eso se sancionaba que «sólo la Santa Sede puede constituir estas federaciones que han de ordenarse y regirse por sus propias leyes aprobadas por la Sagrada Congregación».

A mediados del año 1951, un Padre Carmelita visita los conventos de su Orden en España y expone a las monjas cuanto acabamos de referir.

Se limita a exponer y recoger los sentimientos de las monjas, que son casi sin excepción unánimes. Agradecen de corazón al Santo Padre su solicitud y desvelos, están dispuestas a aceptar con amorosa sumisión todo cuanto disponga la Santa Madre Iglesia, pero no les parece necesario cambiar en nada la vida que con tanta luz de Dios les dejó trazada su Santa Madre. Una votación confirma la gran mayoría de esta opinión en los Carmelos de España y se da por terminado el asunto.

Pasan dos años y la cuestión vuelve a ponerse sobre el tapete. Pero esta vez las Carmelitas creen de buena fe que la implantación de las federaciones es obligatoria y que resistirse a ella se consideraría rebeldía a la Santa Iglesia.

Planteado el problema así, no hay una sola Carmelita que no responda afirmativamente.

La propia Madre Maravillas lo cree también en el primer momento y no sólo está decidida a dar su voto a favor, sino que lo aconseja a las Prioras de sus fundaciones.

De sus cartas de estos días entresacamos los siguientes párrafos:

«No nos toca más que acatar lo que disponen.»

«No hay más remedio que votar que sí unánimemente.»

«Votar favorablemente, no tenemos más remedio, qué vamos a hacer si lo mandan de Roma. Pero con todo respeto y rendida obediencia, creo que debemos hacer constar los daños que vemos en lo de la Visitadora, Noviciado común y cambio de conventos.»

Sí, la Madre ve el peligro de que en estos cambios se pierda algo de la herencia sagrada de su Madre Santa Teresa. Y sufre por ello. Teme que el Noviciado común quite al Carmelo su aire de «familia»: Un grupito pequeño, trece pobrecitas, una casa pequeña que no haga ruido al caer.

Teme esto y otras cosas que no es el momento de exponer aquí. Sus hijas le notan una honda preocupación.

Pero no pierde la paz ni un instante. ¿Por qué la iba a perder? Ella sabe que la obediencia no puede traer ningún mal y que si algo cae. Dios puede volverlo a levantar cuando quiera.

«Esto me recuerda —escribe — cuando a San Francisco de Borja le obligó el Papa a poner coro en la Compañía en contra de todo lo que deseaba San Ignacio, y cómo él tuvo que acatarlo, aunque luego no perduró, por la misericordia de nuestro Dios, ya que no era aquello lo que tenían establecido».

En todo este asunto brilla como faro luminoso el alto espíritu sobrenatural y la confianza en Dios de la Madre. Consolando a una Priora escribe:

«Cuantísimo la estoy recordando y sufriendo con V. R., pero mire, Madre mía, si Cristo lo permite, El sacará bien de todos los males. Hay que clamar a El y pedirle que no permita que suceda ningún mal a la Orden de su Madre, pase lo que pase. Aunque tan hondísimo se nos meta en el corazón, nada, ni nadie nos puede apartar de El.»

Con cuanto llevamos dicho, no queda lugar a dudas sobre la sumisión de la Madre Maravillas a la Santa Iglesia. Tampoco tiene criterios cerrados, y en alguna de sus cartas habla de la necesidad de ayudar a los conventos más necesitados para lo que podría haber, por ejemplo, un fondo común en cada Provincia o algo parecido.

En estos primeros días de incertidumbre, llega hasta redactar unos Estatutos para presentar a la Santa Sede, en el caso de que se impongan las federaciones.

Si esto es así, la Madre piensa que nadie llevaría a cabo esta delicada tarea con más espíritu ni más amor a la Orden que el Reverendo Padre General, Fray Silverio de Santa Teresa y hasta le sugiere que lo haga en los días que pasa en Duruelo. Pero el insigne hijo de Santa Teresa está ya herido por la enfermedad, de la que morirá en breve. Su estado de debilidad va en aumento. Lo que más le perjudica —ha dicho el médico— son los disgustos y las preocupaciones. Y ahora no le faltan. Su hermano le sorprende durante estos días pasados en Duruelo con los ojos arrasados en lágrimas.

Pero pronto Dios envía un rayo de luz. No todos interpretan en este sentido el decreto de la Sagrada Congregación en el que se dispone: «Que todo se lleve a cabo prudente y ordenadamente a fin de que en realidad se obtenga el bienestar de los conventos de las Religiosas Carmelitas Descalzas».

Más adelante se cae en la cuenta de que, el mero hecho de proponer una votación, ya implica la absoluta libertad en que la Iglesia deja a las Carmelitas para adoptar las nuevas leyes o continuar con las que profesaron.

Como siempre, la Madre sólo tiene un deseo: conocer la voluntad de Dios. Y para averiguarlo en este caso, elige el camino más derecho: tratar el asunto con el Padre Larraona, Secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos, y manifestarle sus preocupaciones y puntos de vista con lealtad filial. Como no puede hacerlo personalmente, lo hace por medio del embajador de España en la Santa Sede. La circunstancia de ser éste amigo de la Comunidad facilita esta gestión.

Antes de dar ese paso ha consultado con Padres competentes y con letrados que le dicen que pueden estar tranquilas, que no faltan en nada, en nada, puesto que el Papa ni lo manda ni aconseja explícitamente eso a cada Comunidad.

Se conservan las cartas en que el embajador da cuenta de su gestión acerca de su «insigne paisano»:

«Pocas veces —escribe— he llevado a cabo una gestión tan fácil. No necesité convencer al Padre Larraona porque estaba previamente persuadido. Me aseguró pueden estar architranquilas, pues no se les aplicarán las disposiciones de tipo general y seguirán sin noviciados en

común y con sus grupos de veintiuna monjitas entregadas de lleno a la vida contemplativa».

El día 4 de octubre, el Padre Larraona visita a la Madre Maravillas en el Cerro de los Angeles donde se encontraba esperándole.

El Padre habló largamente sobre las Federaciones.

Ella no le contradice en nada, ni trató de imponer su opinión Con gran sencillez y verdad le manifiesta su agradecimiento y el de todas sus hijas por la gran caridad, competencia y celo con que trabajaba en favor de las Órdenes de clausura. Pero le parece un deber suyo informarle del estado actual de los Carmelos, que a su juicio no necesitan la honda transformación que tratan de imponerle y que podría cambiar la fisonomía que le imprimió Santa Teresa de Jesús.

Sabemos que al futuro Cardenal le hicieron gran impresión las razones que tan humildemente le expresaba la Madre y que poco después urgía a sus colaboradores a no imponer nada a las Carmelitas.

Sabemos también por una carta de la propia Madre cuánto le costó el tener que poner estas objeciones a un proyecto que el Padre Larraona llevaba tan en el corazón.

«Le dijimos que nos parecía, y es verdad, buenísimo para otras Ordenes, pero no para el Carmelo.

En la misma carta hace un caluroso elogio de él:

«Es buenísimo. Tiene muy grande amor a la Santa Madre y a las Carmelitas y se quedó muy preocupado con lo que le dijimos».

Dos años dura todavía esta cuestión. Dos años en los que la Madre sigue procurando con toda su alma el bien de su Orden.

El Padre Larraona. por medio del embajador, sigue dando toda clase de seguridades y asegurando que en la Sagrada Congregación no existe la menor intención de crear ansiedad en las almas de personas consagradas a Dios y que no aprobaría la fórmula propuesta para el Carmelo español por considerarla demasiado radical.

Apoyada en esta seguridad, la Madre trabaja cuanto puede porque el Carmelo conserve sus leyes y tradiciones, cosa que ya en esta época desean y piden la mayor parte de los Carmelos españoles.

El tiempo, que tanto nos enseña, creemos que le ha dado la razón.

Recordemos sus palabras: «Me parece buenísimo para otras Ordenes.»

En efecto, otras Órdenes monásticas femeninas en las que concurrían muchos de los motivos que movieron a la Santa Sede a promover esta adaptación, han recobrado por este medio un nuevo vigor espiritual y material. Podríamos citar, por ejemplo, la Confederación de la Orden Jerónima, medio de que Dios se ha valido para el resurgimiento de esta Orden veneranda.

El propio Padre Larraona, ya Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, se muestra afectuosamente complacido en sus cartas al Cerro de los Angeles de la línea de conducta seguida por la Madre Maravillas y los Carmelos por ella fundados. En la última que de él se conserva leemos:

«Muy querida Madre: Recibí hace unos días la amable cartita de V. R. del 5, que vivamente agradezco. Hace un par de meses estuvimos en el Cerro. Las hubiese visitado con gusto, pero el tiempo era escaso.

«Es para mí un sincero consuelo contar con las oraciones de la Comunidad del Cerro. Me uno humildemente al coro de oraciones carmelitanas y rogaré al Señor muy de corazón por el Reinado del Corazón de Jesús en España y por España. ¿Quién hubiese podido pensar en lo que ahora sucede? A todas les pido nos hagan de compasivos cirineos. Adjunto una lista de peticiones.»

Entre estas peticiones que parecen un lamento salido del corazón, incluye el fervoroso Cardenal:

«La vida religiosa que se desmorona.»

Y termina:

«Unidos en la oración y en la fidelidad, en lo pequeño y en lo grande de la vida religiosa. Una cordial bendición para V. R. y para todas. Devotísimo en Jesucristo: Arcadio María Larraona, C. M. F.»

Queda además otra prueba de la sincera adhesión del Cardenal Larraona a la obra de la Madre Maravillas. Cuando en el año 1968 se trató de nuevo de revisar la Legislación de las Carmelitas, el Cardenal Larraona visitó el Monasterio de la Encarnación, la última obra de la Madre. Ella misma cuenta así esta visita en una carta a la Priora del Cerro de los Angeles:

«Recibo carta de la Madre Magdalena de la Encarnación con una buenísima noticia. Ha ido allí el Cardenal Larraona y le ha dicho que él

hará lo que pueda. Le habló ella y él interesadísimo: le dijo que, en cuanto volviese a Roma, le contaría la visita al Papa y nuestros deseos. Ella le dijo que ya habíamos acudido a él y le habló del Cerro. El contentísimo.»

Un hecho acaecido en estos años y que apenas tiene resonancia fuera de los muros del convento, viene a reafirmar nuestra convicción de la perfecta comprensión que Madre Maravillas tuvo de la mente de la Santa Iglesia en este punto delicado.

En la primavera del año 1955, un diplomático español, padre de una Carmelita, va a Roma y obtiene el privilegio de una audiencia privada con el Santo Padre. No era la primera vez que se encontraba frente al Vicario de Cristo. En una vida ya larga, gastada en servicio de la fe y de la Patria, había conocido personalmente a San Pío X, a Benedicto XV y a Pío XI. Sin embargo nunca había sentido la profunda conmoción espiritual que experimentó al ver aparecer ante sí la majestuosa figura de Pío XII. Las palabras que llevaba preparadas se borraron de su mente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Al fin logró sobreponerse y, después de hablar al Santo Padre de algunos asuntos particulares, le manifestó el deseo de las Carmelitas del Cerro de los Angeles, que deseaban conservar íntegro el patrimonio de la Madre Teresa.

No llevaba esa comisión, ni las Carmelitas, que ni siquiera tenían conocimiento de esta entrevista, le habían encargado que hablase a Su Santidad. Pero este padre conocía muy bien el corazón y los deseos de su hija.

Abrió el Papa los brazos extendiéndolos en aquel además tan suyo y tan conmovedor y con acento de paternal bondad pronunció en italiano estas siete palabras: «Esas queridas Carmelitas españolas pueden estar tranquilas»[83].

* * *

El Concilio Vaticano II, recogiendo la generosa inspiración del Papa Pío XII, la ha completado y perfeccionado en su Decreto *Perfectae Caritatis,* recomendando la formación de Uniones o Asociaciones entre los Monasterios, cuyos «usos y costumbres sean semejantes o están informados en un mismo espíritu»

La Madre Maravillas acogerá amorosamente esta sugerencia de la Santa Iglesia, formando la Asociación de Santa Teresa que, aprobada por el R. Padre General de la Orden del Carmen Fr. Miguel Angel de San José y

[83] Este diplomático era don, Manuel Aguirre de Cárcer.

por la Sagrada Congregación de Religiosos, en 14 de diciembre de 1972, será la primera constituida canónicamente dentro de la Orden del Carmen en España.

Durante mucho tiempo lo pensó, lo encomendó en la oración, y pidió consejo a personas de virtud, experiencia y buen criterio, para encontrar una fórmula que recogiendo los deseos de la Iglesia conservase el precioso legado de Santa Teresa de Jesús Este es el fin principal. Y después, la ayuda material.

La Madre Maravillas decía siempre que los conventos, con su trabajo, de una o de otra forma, podían bien sostenerse; pero no siempre ni todos podrían, en cambio, sobrellevar gastos extraordinarios que pueden presentarse, como obras necesarias en los conventos, operaciones, enfermedades que requieren gastos especiales, etc. Entonces los demás conventos de la Asociación se interesarían por el que estuviera en esa situación y cada uno, según sus medios, acudiría a la necesidad con amor de verdaderas hermanas.

Realmente la Madre Maravillas quiso que lo que ya venían viviendo sus fundaciones tuviera el sello oficial y la bendición de la Iglesia. La ayuda a los conventos, que ella venía haciendo ya desde hacía muchos años, quedó oficialmente aprobada también en los Estatutos.

Y todo esto, más que encuadrado en un esquema jurídico, está fundado y gobernado por un sincero y amplío espíritu de fraterna caridad.

La Asociación consta en la actualidad de cuarenta y siete Carmelos, ya oficialmente incorporados a ella y varios más que están en trámite; cuya regla suprema es «el seguimiento de Cristo según el Evangelio, observar el espíritu de los fundadores y los fines propios lo mismo que las sanas tradiciones de su Orden; Ofrecer a la Santa Iglesia la ayuda que ella le pide por medio de una vida dada totalmente a Dios en la soledad, en el silencio, en la oración constante y en la austera penitencia.»

Vida ésta que, fielmente vivida, llenará el sublime ideal que desea el santo Concilio; «Enriquecer al pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad, arrastrarlo con su ejemplo y dilatar las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa».

Capítulo 24

Nuestro Cristo es aquél

Tendremos que retroceder unos años para tratar de esta fundación de Cabrera, ya que los trámites empezaron estando la Madre en Mancera y se terminó estando en Duruelo,

Las monjas de Batuecas estaban contentísimas allí y más desde que tienen acabado el convento, tan bien arreglado todo, que les parece un sueño después de tantas penalidades pasadas en la casita de la hospedería. Además ahora van a poner un servicio de coches de línea, con lo que se mejorarán mucho las comunicaciones y será más fácil todo.

Así las cosas, les llega una carta de la Madre Maravillas que de momento las sorprende y desconcierta.

Les dice en ella que el Padre General, Fray Silverio de Santa Teresa, piensa que sería una cosa providencialísima tener un Desierto en la Provincia; que se entusiasma con la idea de que pueda ser Batuecas. Lo mismo que el Padre Valentín, que cree sería un gran servicio prestado a la Orden; que ella les ha dicho que estaban «encantadas allí y que no lo harían sin un gran sacrificio», que tendría primero que saber lo que piensan ellas.

Y añade en esta carta:

«¿Qué piensa V. R. de todo esto? Sí no les parece, nada; pero ¡sería cosa grande que hubiesen hecho un Desierto para la Orden con sus sudores y trabajos! Como Nuestro Padre General va a ir por ahí, háblele lo que le parezca»

La Priora de Batuecas le contesta que si a ella le parece bien lo dejarán, pero no puede menos de decirle la verdad: sería haciendo un gran sacrificio.

«De su carta, pues, nada —le contesta—; si el Señor no se lo pone a V. R. en el corazón, no hay ni que hablar, que aunque la cosa fuera hermosa sobre toda ponderación y de tan grande gloria de Dios y provecho de la Orden, no es cosa que se puede ni debe hacer ‘por obediencia’ sino sólo como le digo... nos pareció cosa providencialísima y digna de todos

los sacrificios, pero... cuando Dios los pide, que si no, no puede ni debe ser. Pida al Señor nos dé luz, pues pensamos trabajar todo lo posible por facilitar o ayudar a esto de un Desierto en España».

Continúa largo rato hablándole de otros asuntos y hasta contando algunas menudencias de la vida en Duruelo. No parece tener prisa en acabar la carta: «... aunque son las cuatro de la mañana...».

La Priora de Batuecas no sólo se entrega a sus deseos, sino que escribe al Padre General ofreciéndole incondicionalmente la finca y el convento.

La respuesta de la Madre Maravillas deja ver su grande y sobrenatural alegría.

«¿Qué pensará de mi silencio después de su cartita que tanto me consoló?; ¿ha visto cómo es el Señor de buenísimo? Bueno, Madre mía, que el Señor le ha metido la generosidad hasta dentro del alma, porque le aseguro que si no escribe a Nuestro Padre General yo no tengo valor para decirle que lo haga, porque viendo lo que les costaba se me olvidaba casi el bien incomparable del sacrificio y la renuncia. Es mucho peor, sin comparación, ver hacer sacrificios que hacerlos uno mismo... Tiene razón ¡qué importa todo más que dar gloria al Señor y quedarnos vacíos por El de todo lo demás! Deleitosa, dice la Santa Madre que era la casa de la Encarnación y cómo la dejó ella por El... Deleitosísimo es Batuecas y mi Madre lo deja sólo por su gloria. Mire, yo creo que es cosa, eso sí, de muchísima gloria de Dios y bien de la Orden. Yo lo encuentro de una importancia enorme y realmente parece una cosa de Dios por cómo se pone todo.»

Después de hacerle un poco de historia sobre los ofrecimientos que le han hecho para edificar un convento nuevo añade:

«Que me escriba V. R. diciéndome cómo está de ánimos, que muchas veces permite el Señor que después de un acto agradable a El del que se recibe consuelo como si fuese su aprobación, luego vuelva el natural a hacer su oficio y se sienta la repugnancia del sacrificio. Lo que tenemos que pedir muchísimo y lo estoy haciendo, es que no permita el Señor que hagamos más que lo que a El pueda serle más agradable y que si quiere otra cosa, ponga El obstáculos para que sólo se cumpla su voluntad santísima. Su pobre madre a quien tanto ha consolado porque sólo desea su santificación...».

Como en toda obra de Dios surgen dificultades, que retrasan su ejecución. Algunos temen que no habrá bastantes Padres en la Provincia para sostener el Desierto sin perjuicio de las otras casas, por lo que se sugiere la idea de hacerlo interprovincial. Para ello se requiere someter el asunto a todos los Provinciales.

No se conoce la contestación del entonces Provincial de Castilla, Padre Pedro Tomás de la Sagrada Familia. En abril de este mismo año 1948 se celebra el Capítulo y ponen al frente de la Provincia al Padre Valentín de San José. Este, aunque ferviente partidario de la idea, no acaba de determinarse. Son tan pocos Padres en la Provincia, que antes de decidirse a abrir una nueva casa hay que pensarlo mucho, quizá por esto el asunto queda detenido y hasta parece por algún tiempo que los Padres desisten de la empresa. Esto se deduce de una carta que el Padre General escribe en el mes de noviembre.

Pero la fe y la confianza de la Madre son inmensas. Está convencida de que es cosa de Dios y de que El allanará todos los caminos. Y empieza de nuevo sus viajes por tierras de Castilla buscando un lugar para establecer el nuevo convento.

Cuando pensó por primera vez en ceder a los Padres el convento de Batuecas, no tenía idea de dónde podía llevar a sus monjas, pero apenas da los primeros pasos para realizar sus proyectos le llueven los ofrecimientos.

Entre los muchos lugares que le ofrecen están la ermita de Santa María de Mave, Almodóvar, una finca en Córdoba, la ermita «Las Peñitas» (Oropesa), el Santuario de la Virgen del Cueto, una ermita en la finca Villarramiro, en Pedraza de Campos (Patencia), Valladolid —en estos dos últimos le ofrecen toda la finca para que escoja cuanto quiera—, Chilla, Yuste, Macotera, etc.

Hacía unos meses había entrado en Mancera una postulante que habla con entusiasmo de Santa María de Mave, un paraje encantador situado a orillas del Pisuerga.

Ella sabe bien de la religiosidad de esta familia que vive allí mismo y le podrían orientar, pues hay por aquellos contornos algunas fincas que fueron en algún tiempo monasterios de vida contemplativa.

Apenas repuesta de una pulmonía sale en dirección a Palencia con dos Hermanas, una de ellas de la Comunidad de Batuecas.

En Santa María de Mave son recibidas con entusiasmo por la familia de la postulante. Desde el primero hasta el último todos se deshacen en atenciones.

Hay allí una joven que está al servicio de la casa a la que doña Ester, la madre de la postulante, trata como una hija.

Mientras sirve la mesa está pendiente de cuanto dice la Madre y no puede disimular la impresión que ésta le causa. Es una bondad, un atractivo que ella no sabe explicar.

En un momento que ve más oportuno le dice a la Madre que si ella no podría ser también Carmelita.

— ¿Por qué no? —dice—; si quiere imitar la vida de Jesucristo es una gracia muy grande, la mayor felicidad que hay en la tierra.

Ninguno de los sitios que han visitado reúne las condiciones necesarias, así que el problema sigue en pie. Pero antes de un año la joven que servía la mesa entrará en el Carmelo. Y la Madre dará por bien empleado su viaje con tal que un alma se consagre al Señor.

Al comienzo del año siguiente, 1949, no se ha encontrado solución ninguna al traslado de la Comunidad de Batuecas. Y el problema urge, pues los Padres en principio han aceptado la fundación y la propuesta será presentada al Definitorio Provincia» en el mes de abril.

Salen hacia Oropesa un día con la Priora de Batuecas y piensa detenerse en Arenas para ver si por allí hubiera un lugar a propósito.

Una parada brevísima en Arenas y siguen su camino.

La ermita de la Virgen del Rosario, llamada vulgarmente de «Las Peñitas», a las afueras de Oropesa, tampoco les acaba de llenar.

La santera y su marido ven con recelo a aquellas monjas, que miran y remiran y hasta toman medidas de la ermita como si estuvieran en su propia casa. Sus burdos hábitos y sus tocas remendadas no están a tono con el coche en que viajan. Su desconfianza sube de punto cuando la Madre se informa cuidadosamente sobre el tesoro de la ermita, las piedras de la corona, el número de mantos y alhajas de la Virgen... Y más aún cuando les piden las señas de «El Alcornocal», finca vecina cuyos dueños están ausentes. ¡No cabe duda, son ladrones!

Apenas las Madres suben al coche los celosos guardianes avisan a la Guardia Civil, que sale a esperarles al primer pueblo. Pero no las

encuentran porque ellas han cambiado de idea y han vuelto a Madrid por otro camino.

Poco tiempo después escribía a la Priora del Cerro:

«Que le cuente nuestro Padre una cosa muy graciosa. Que parece ser que en Oropesa nos tomaron por ladrones vestidos de monjas. No cabe duda que yo debo de tener toda la pinta, pues ya es la segunda vez. Avisaron a la Guardia Civil para que nos detuviesen en el pueblo siguiente... El motivo principal es que íbamos remendadas y las tocas sin planchar.»

Hasta ahora no se ve luz por ninguna parte; no han sacado nada en limpio.

Queda Macotera, pueblo de la provincia de Salamanca, y aprovechan para llegarse a la capital a ver al señor Obispo y darle cuenta de sus gestiones.

Monseñor Barbado está ausente, pero su familiar don Francisco, hermano de una Carmelita de Batuecas, les atiende cordialmente. El conoce bien el afán que tiene su Obispo de que la Madre funde en su diócesis. Hablará con él de su deseo. Algún santuario o ermita en Cáceres o Salamanca.

Después de rezar un rato en la capilla del Obispo vuelven a Duruelo. No le son tan fáciles sus fundaciones a la Madre Maravillas.

Ella va poniendo todos los medios humanos a su alcance y ahora ya es cosa de Dios.

No tarda mucho en llegar la luz que ella tan confiadamente espera. A los pocos días trae el correo una carta del señor Obispo de Salamanca que parece la respuesta de Dios. Hay en su diócesis —dice el ilustre Prelado— una ermita donde se venera un crucifijo del siglo XIII que es objeto de grandísima devoción en toda la comarca. ¿No estaría allí bien la Comunidad de Batuecas? ¿No querrá el Santísimo Cristo de Cabrera recibir culto de las Carmelitas? Si se deciden —dice Monseñor Barbado — él mismo puede proponer la idea a los propietarios de la finca donde está enclavada la ermita, católicos fervientes con los que no será difícil llegar a un acuerdo.

En principio todo esto es muy de su agrado. Irán a ver aquello en seguida, pues ya es urgente tomar una decisión. Cuanto más se informa del lugar más le parece que ha dado con lo que buscaba.

Cabrera fue un tiempo un pueblecito de algunos vecinos y hoy es una alquería dependiente del Ayuntamiento de Veguillas en la provincia de Salamanca. Está situada en un valle formado por dos colinas poco elevadas entre encinas y robles. El clima es frío por las frecuentes nieves. La gran riqueza es la cría de reses bravas, novillos y toros de lidia, que son dueños y señores de aquellos campos por los que pastan libremente.

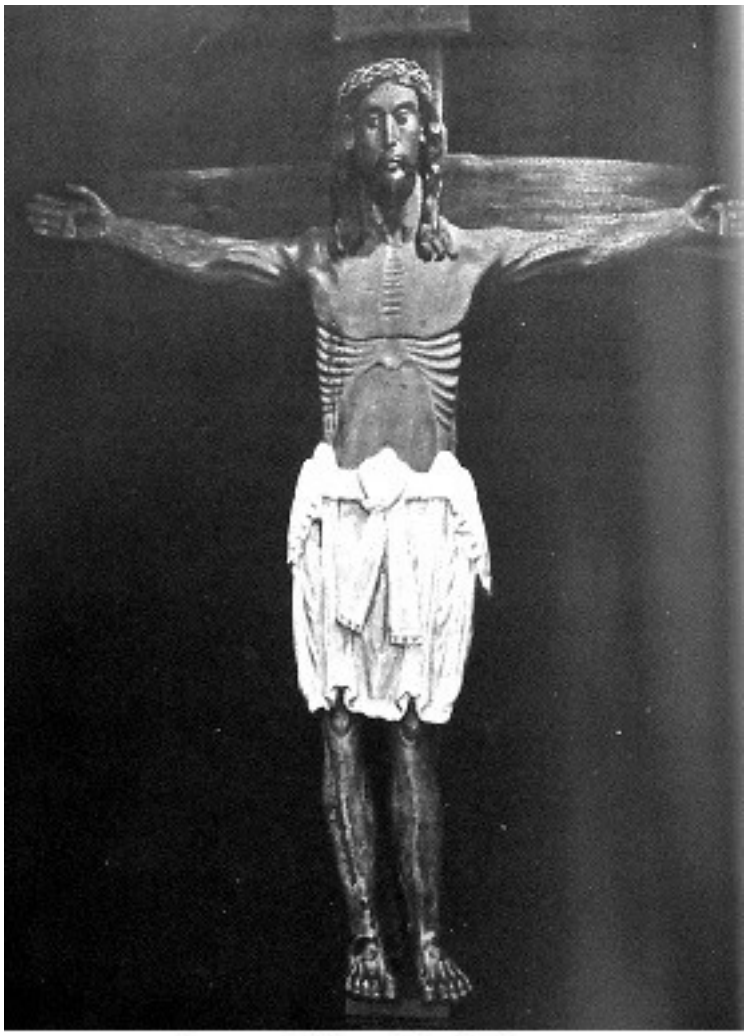
En este campo hay una ermita que es la misma que cantó Gabriel y Galán:

Donde Dios nos da un campo deleitoso
levantamos los hombres una ermita,
que así como el Edén es delicioso
porque el Señor lo habita
el campo es más hermoso
cuando el Dios que lo hizo lo visita.
Dios quiso un día derramar verdura
sobre los campos de Cabrera amenos
y aquella casta de la sangre pura
la rica casta de los hombres buenos,
aquellos que la vida atravesaron
con paso de viajeros que no yerra
una ermita en Cabrera levantaron
y vivieron con Dios sobre la tierra.

En esta ermita entró la Madre Maravillas una mañana de marzo de 1949 y desde el primer momento le pareció sentir que Dios quería allí a sus hijas. Ella misma describe con profusión de detalles esta visita en una carta, de la que entresacamos los siguientes párrafos:

«Fuimos con María Victoria —que yo creo que el Señor le recompensará la caridad que está teniendo con estas Descalzas—, Cecilia y Marinea al Santo Cristo de Cabrera. A las doce llegábamos al Santuario del bendito Cristo, después de haber pasado por en medio de una manada, o como se llame, de toros de raza A mí me dan harto miedo estos animalitos, pero no había más remedio que pasar. No sabíamos el camino y se le ocurre al chófer pararse allí para preguntar al que los guardaba que estaba en lo alto del monte. Yo no le dejé bajarse y nos fuimos sin saber adónde, pero en seguida encontramos la ermita, a poco, entre otra manada, que según nos dijeron eran vacas mansas, pero que a mí no me hacen estos animalitos ni pizca de gracia; el sitio es muy bonito, lleno de encinas. La

ermitica por fuera una verdadera monada, estilo castellano antiguo con su tejadillo más bajo de entrada».



Santo Cristo de Cabrera

Dejemos aquí la narración, a la que luego volveremos, para dar una idea de la venerada imagen del Santo Cristo de Cabrera.

Es un crucifijo románico de finales del siglo XII o principios del XIII, con las características comunes a todos los crucifijos de esta época —de los que encontramos magníficos ejemplares en la provincia de Salamanca—, quizá de más valor artístico, pero no de tan hondo contenido místico y espiritual. A primera vista quizá pueda resultar algo dura «la bárbara escultura». Pero pronto se descubre en ella algo que atrae y cautiva.

La mano tosca y dura
del anónimo artista que labrara
la bárbara escultura
supo infundir en ella
con sublime inconsciencia de vidente

las grandezas insólitas de aquella
fe gigantesca de la vieja gente.
Era el sagrado leño
la visión infantil, místico sueño,
mayestático símbolo imponente
de la robusta concepción cristiana
del alma ruda y sana
que a Cristo Dios en la conciencia siente.
Nuestro Cristo es aquel...

Según las Carmelitas que más parte tomaron en la fundación de Cabrera, a la Madre Maravillas le parecía ver en esta imagen la expresión de aquella palabra de la Sagrada Escritura: «Se entregó porque quiso.» Cristo está en la Cruz, pero aún vivo ofreciéndose por los hombres al Padre.

Eso es lo que le parece ver en su mirada velada por las lágrimas y el dolor y en los brazos extendidos, en una entrega total y confiada.

Con suma sencillez nos cuenta sus impresiones de su primera visita en la carta anteriormente citada:

«Nos encantó aquello. Una imagen del Santo Cristo de lo más devota que se puede imaginar. Es muy grande y muy antigua, por lo que yo creí que sería imponente, y nada de eso. Más bien la imagen es un alto relieve, pues el cuerpo por delante muy bien, pero de lado no abulta casi más que lo preciso para haberlo podido tallar. Se comprende que sea una imagen milagrosa. Tiene una expresión especialísima de amor, de dolor, de misericordia. ¡Se estaba más bien junto a El!»

Antes de salir de Cabrera se fija bien en todas las circunstancias que pueden influir en pro o en contra de la proyectada fundación. La iglesia es bonita, pero necesitará algunos arreglos.

Quizá la mayor dificultad sea la del camino. No hay carreteras que lleguen a Cabrera. A la misma distancia de Vecinos y de las Veguillas, los pueblos más próximos, hay un camino que llega hasta la ermita. El paraje es solitario, pero no tanto que pueda uno perderse.

No hay un solo campesino o labriego de los que trabajan por aquellas tierras que no haya oído hablar del Santo Cristo de Cabrera. Muchos han estado allí en el verano tomando parte en la alegre y devota romería, y muchos quizá en los rudos días de invierno, cuando la temperatura llega a varios grados bajo cero y cuando los caminos se llenan de nieve, que hace

difícil el acceso a la ermita. Es que todos los días son buenos para dar gracias al Santo Cristo por el generoso amor que derrocha con sus hijos enfermos, pobres o desamparados. Los exvotos que rodean la sagrada imagen hablan muy alto de las mercedes recibidas y de la gratitud de la gente charra, y parecen repetir como una protesta de amor y de fidelidad el grito de aquel hijo de la tierra salmantina: «¡Nuestro Cristo es aquél!»

Ciertamente hay muchos crucifijos antiguos en la provincia de Salamanca. El Cristo de las Batallas, el Cristo de los Carboneros, el Cristo de la Zarza, el Cristo de la Piedad..., y algunos más; todos ellos de valor artístico.

Pero el Cristo del pueblo, el que vive en medio de sus hijos, el que conoce sus afanes, sus penas y sus alegrías, el que hace salir el sol sobre sus campos y fecunda sus tierras con una lluvia bienhechora sólo con que se lo pidan, es para ellos el Santo Cristo de Cabrera.

Nuestro Cristo es aquél,
nos lo legaron
los rudos patriarcas
que vivieron con El y a El le consagraron
las nativas y fértiles comarcas.
¡Nuestro Cristo es aquél! Eramos niños
y los maternos labios amorosos
que cantando difunden los cariños
y besando los sellan amorosos
nos cantaban con música de gloria
y habla de oro que la suya era
la de prodigios peregrina historia
del Cristo de la ermita de Cabrera.
¡Nuestro Cristo es aquél!

A partir de este momento la Madre Maravillas no descansa. Al día siguiente de su visita a Cabrera, las Madres de Batuecas van, por indicación suya, a visitar la ermita. Después, y como no se puede bajar el puerto de noche, dormirán en Duruelo y verán con ella si se deciden al fin por Cabrera.

También ellas han vuelto prendadas de la soledad y silencio del paraje y de la mirada del Santo Cristo, que parece llamarlas junto a El para que le hagan compañía. Así que la voluntad de Dios parece clara.

Inmediatamente comunican las impresiones al señor Obispo, que no cabe en sí de gozo. La Madre también está contenta aunque todavía le falta todo... pues no tienen ni idea de si podrán adquirir los terrenos anejos a la ermita ni en qué condiciones. Pero ya la Providencia amorosa de Dios ha tomado esta obra por suya y cuando el señor Obispo va a proponer a los propietarios de Llen la idea de fundar en sus fincas un Carmelo, este generoso matrimonio, padres de quince hijos, ofrece todo el terreno que sea necesario para el convento y huerta sin exigir más paga que las oraciones de las Carmelitas.

Con esto no queda ya ni sombra de duda de que Dios quiere allí un Carmelo y la Madre Maravillas emprende la obra poniendo en la construcción de este convento, el mismo afán y entusiasmo que ha puesto en la de todos los otros.

La descripción que a su tiempo hicimos del valle de las Batuecas, deja entrever las dificultades ingentes que implica el dirigir desde allí una obra. Por eso toma sobre sí con naturalidad todo el peso y la responsabilidad del convento de Cabrera, aunque deja a sus hijas de Batuecas la dirección de la obra y no hace nada sin consultarlas. Ellas a su vez le piden que sea ella quien lo haga.

Esta unión llena de alegría al señor Obispo, que repetidas veces y siempre que la Priora de Batuecas le consulta algo, responde: «No hagan nada sin ver la opinión de la Madre Maravillas.»

La primera dificultad grande con que se tropieza es la del agua. El Padre Gómez, S. J., que ya en otras fundaciones ha puesto al servicio de las monjas sus dotes de zahorí, va con ellas un día y durante un largo rato da vueltas por todo el terreno destinado a la huerta.

«Por cierto —escribe una de las Hermanas—, aquí nos ocurrió un episodio que pudo acabar mal. Cuando estábamos en pleno campo buscando el agua, vemos que vienen hacia nosotros unos cuantos toros que venían a beber a una charca que había cerca de donde estábamos. Nos dijeron los hombres que los llevaban que nos quedásemos inmóviles, que era la manera de que los toros no nos hiciesen nada. En efecto, nos quedamos tiesas como estatuas de sal y los toros pasaron a nuestro lado como si no existiésemos».

Estas primeras pesquisas en busca de agua no han sido afortunadas. Como de esto no se puede prescindir, si no se soluciona habrá que desistir

de Cabrera. Si Dios no les da agua será que no las quiere allí, y si las quiere allí, ¿qué trabajo le cuesta darles agua?

Pero por si no se encontrase conviene ver si hay por allí algún otro lugar.

Un caluroso día de agosto va la Madre Maravillas con las Hermanas de Duruelo a la ermita de la Virgen del Cueto, situada en un paraje encantador muy cerca de Cabrera. Pero en el fondo siente que el Señor las quiere junto a El y no desconfía a pesar de esta y otras dificultades que se presentan. No reúne condiciones por estar la ermita rodeada de las casas del Capellán, santeros, etcétera

Algo más tarde escribe a Batuecas:

«Ya creo que están enteradas de todas las cosas de su Cabrera, que cada día nos gusta más, pero que está resultando de un dificultoso que es señal indudable de la gloria que va a dar a Dios ese desierto, pues no he visto cosa semejante. Cuando se arregla una cosa se estropea otra. Yo no tengo la menor duda de que el Señor sacará adelante su obra como ha sacado todas. Si es cosa suya, ¡cómo no lo va a hacer! Fuimos el otro día a Cueto, que nos entusiasmó; pero realmente reúne mejores condiciones para una Comunidad el Santo Cristo, y además y sobre todo el tener esa imagen tan veneranda para acompañarle y desagraviarle es mucho».

Vuelve a Intentarse la búsqueda del agua y se encuentran dos venas que podrán satisfacer a las necesidades del convento cumplida y abundantemente[84]. La Madre estaba segura. «Estamos tan acostumbradas a estas providencias de Nuestro Dios...»

Resuelto ya este problema las obras empiezan y avanzan rápidamente.

Ella vigila atentamente la obra. Los planos se han copiado de los de Duruelo. El convento es como lo quería Santa Teresa, pobre en todo y chico y muy de su agrado.

Como vimos en el capítulo anterior, para conseguirlo no perdona el trabajo que suponen los frecuentes viajes a Cabrera.

* * *

[84] Otra gran dificultad son los medios para tantas obras. El Padre Valentín de San José, OCD, lo solucionó con una donación que recibió de una señora expresamente para una fundación y él lo pone en manos de la Madre Maravillas. Se completó con una cantidad que recibió la Comunidad de Batuecas.

Está pasando unos días en Duruelo una señora con quien le une gran amistad espiritual. Y se ofrece a llevarla a Cabrera. La acompañan sus tres hijas, de ocho, diez y catorce años, respectivamente.

El germen de la vocación y la viveza andaluza forman una mezcla explosiva, que lo mismo les hace asistir con su madre a los Maitines que rezan las monjas en el coro, que espiarla por la ventana del locutorio e irrumpir en él antes de tiempo, o subirse a una encina próxima a la tapia para ver cómo es la huerta. La iniciativa de estas infantiles travesuras la tiene más bien la mayor y la pequeña; la mediana es, según propia confesión, una niña tímida, retraída, Impresionable, que habla poco, mientras sus hermanas derrochan gracia y simpatía. La Madre ha dicho en alguna ocasión que no tiene gracia para los niños, que no sabe qué decirles; pero el caso es que ejerce en ellas un poderoso atractivo.

Cuando abre la puerta reglar se arrodillan para besarle el escapulario; cuando las dejan pasar al locutorio es la mayor fiesta para ellas. No se sabe por qué, les encanta verla con gafas y cuchichean entre ellas:

—Que se ponga las gafas, que se ponga las gafas.

Pero tan bajito que es imposible que las oiga. En el mismo momento la Madre dice:

—Voy a ponerme las gafas para ver a las niñas.

Están convencidas de que les adivina el pensamiento y sueñan con este viaje a Cabrera porque podrán verla cara a cara.

En el camino la señora le dice a las dos pequeñas que canten. ¿Cantar? No, no cantan; les da una vergüenza horrorosa. Toda insistencia es inútil. La Madre hace como que no se entera. A la vuelta cuenta a la señora lo que se hace en el Carmelo con las pretendientas: se las manda cantar, y en la prontitud con que obedezcan se nota si tienen o no vocación. Las niñas rompen a cantar a voz en cuello. Y eso que, según ella dice, no sabe tratar a los niños.

En Alba de Tormes, donde paran al pasar para venerar el corazón transverberado de Santa Teresa, la Madre arrodillada ante el altar mayor, donde se expone la urna con la preciosa reliquia, permanece largo rato en oración; está inmóvil, más en el cielo que en la tierra.

Las pequeñas recorren la basílica de punta a cabo, rezan ellas también, entran y salen, pero nada. Ella no parece tener prisa.

—Mirad, niñas —dice el Padre carmelita que se lo enseña—. La Madre está arrobada.

Y ellas se lo creen a pies juntillas; hasta creen recordar que le tiraban del hábito y no se daba cuenta. Lo que pasó en realidad no lo sabemos con certeza.

Poco después, escribe;

«El corazón de la Santa Madre es para morirse viéndolo; de un devoto que no cabe más, y pensando cuánto amó a Cristo, se muere uno de verdad».

Aquella señora sabe apreciar lo que es el Carmelo. Un día se confía a la Madre. ¿Tendrán vocación?

—La mayor si es fiel, yo creo que sí; la pequeña no lo sé.

— ¿Y la mediana?

—A ésa le pasa como a mí, tiene vocación desde que nació.

Sus palabras se han cumplido al pie de la letra. La mayor fue fiel, entró en Duruelo y es hoy una feliz Carmelita. La pequeña ha fundado un hogar cristiano que siente en sus necesidades la protección de la Madre Maravillas. La niña tímida y retraída es carmelita en el convento de Aldehuela, será un día su enfermera, la cuidará con amor entrañable, le alegrará los últimos años que pase en la tierra y tendrá el privilegio de cerrarle los ojos.

* * *

Desde 1948 hasta octubre del 50 la Madre vive pendiente de las obras. Ella misma vigila la construcción del convento sin regatear esfuerzo ni trabajo. Cuenta así de uno de estos viajes:

«Acabamos de llegar sanas y salvas, cosa bien rara tal como están los caminos. Cabrera, muy bien, y el día, que diluviaba, nos dejó estar allí hasta con sol. Llegamos ya de noche al cruce donde estaba la tartanica de Mancera con nuestro fiel Faico. Debía ser impresionante nuestra subida al carricoche porque Aladino no hacía más que decir: ¡Lo que sufren ustedes por Dios! ¡Qué recompensa van a tener! Nos fuimos dando tumbos por lagunas y lagunas y el pobre Faico guiando de pie para dominar mejor. Hubo un momento en que a pesar de todo nos encallamos en la cuneta, pero con una bajada de unos minutos todo se arregló, gracias a Dios, y el pobre acabó llevando al caballo por..., no sé cómo se dice, el bocado o no sé qué, y él a pie... Son como no hay. Luego quisimos que se quedase a dormir, y él que al principio cedió, porque realmente estaba temeroso, al

pensar que las Madres podían estar intranquilas no quiso de ningún modo».

La Hermana que la acompañó en este viaje completa el relato con algunos pormenores:

«La tartana se embarranca en el fango y ni para adelante ni para atrás. Nos tuvimos que bajar en medio del barrizal, y como era casi de noche no se veía apenas dónde poníamos los pies Pero no pararon aquí nuestras desdichas, pues un mastín guardián del molino se abalanza hacia nosotras, ladrándonos con cara de muy pocos amigos. Gracias a Dios se dio cuenta el dueño del molino, que vino a 'salvarnos' en nuestra situación apurada y queriéndonos ayudar, pues andábamos malamente. Nuestra Madre con su mansedumbre e igualdad, tomándolo todo con una alegría que comunicaba optimismo. Por fin llegamos al fin de la cuesta donde nos esperaba la tartana, y sin más peripecias llegamos al convento con toda felicidad».

A fines de septiembre de 1950 ya puede el convento de Cabrera recibir a sus moradoras. No es que esté acabado, ni mucho menos, pero se puede ocupar una parte de él, aunque sea con un poco más de incomodidad y pobreza, como ha hecho la Madre en otras fundaciones. Así podrán vigilar de cerca las obras y avivar en lo posible esta última etapa, que suele ser interminable.

El 1 de octubre sale la Comunidad de Batuecas de aquel convento de tantos y tan dulces recuerdos, donde tan felices han vivido durante trece años. El las llevó a aquel rincón solitario y El las saca ahora con el mismo amor.

Allí queda el convento nuevo apenas habitado con su antigua iglesia restaurada y enriquecida con un hermoso retablo barroco. La huerta labrada en algunas partes, la sacristía con los ornamentos, la provisoria o despensa provista de lo necesario para algún tiempo[85].

Cuando la Madre Priora dio cuenta del proyecto a la Comunidad no tuvo que apoyarlo con más argumento que éste: «Nuestra Madre Maravillas lo desea, cree que va a ser para mucha gloria de Dios...» Con esto basta. ¿Qué otra cosa quieren ellas sino cumplir en todo la voluntad de Dios, y qué mayor seguridad para conocerla que la luz que El da a la Madre? Ella les ha enseñado siempre con el ejemplo, la han visto desvivirse por sus conventos, no descansar hasta dejarlos acomodados, hasta lograr ese milagro de que una vida tan austera y pobre pueda vivirse

[85] Algún tiempo después, la Madre Maravillas les facilitó más su vida allí, haciendo poner luz eléctrica y teléfono.

con tan gran suavidad y luego dejarlo todo y volver a empezar. Y eso con sencillez, con naturalidad, como sin enterarse

En una de estas visitas que hace a las obras se traslada el Santo Cristo al retablo.

Las monjas que la acompañan cuidan desde los bancos de que todo se haga con el mayor cuidado y reverencia. La Madre Maravillas está muy emocionada. Los hombres han arrimado al altar una escalera; rodean los brazos de la Cruz con una gruesa cuerda y desde lo alto tiran de ella. Otros desde abajo la sostienen elevándola. Sin proponérselo, están haciendo revivir la escena del Calvario. Así se lo dice ella misma a la Hermana que está a su lado, y que saca la impresión de que está absorta en Dios. La Madre les dice; «Canten No me mueve mi Dios para quererte...»

Con esto da por terminada la fundación de Cabrera. Antes de despedirse definitivamente se preocupa por el capellán, el anciano don Leopoldo, que durante tantos años ha cuidado con grandísimo amor de su ermita y ahora, desde que están las monjas, va todos los días a rezar su breviario a los pies del Santo Cristo.

Ya puede morir tranquilo. El día de la inauguración de la iglesia, 11 de abril de 1951, fue para él su *nunc dimittis*, según dijo el propio señor Obispo. Pocos meses después cambiaba el destierro por la Patria verdadera. Moría tranquilo dejando a su Cristo bajo la guarda amorosa de las Carmelitas.

Ya no son sólo los fieles que acuden a Cabrera el día de la fiesta o en otros muchos días del año a impetrar o a dar gracias por alguna merced, romeros y peregrinos que llegan de lejos, entran en la ermita, oran ante su Cristo y luego vuelven a su lejano hogar.

Las Carmelitas están siempre con El sin más ocupación que mirarle, sin más deseo que agradarle, sin más afán que ayudarle, ‘ayudar al Crucificado’..., el fin para que las fundó la Madre Teresa y el fin para que las llevó allí la Madre Maravillas.

Capítulo 25

A la sombra de San Pedro de Alcántara

Aquel frailecico 'hecho como de raíces de árboles', que alababa la pobreza cuando ésta era sufrida por Cristo, y más aún 'la deseada, procurada y abrazada por su amor', que tan decisivo consejo dio a Santa Teresa en su vida, sigue ejerciendo después de cuatro siglos su influjo de santidad.

La Madre Maravillas no ha sido tampoco ajena a esta influencia, como hija de su Santa Madre, y siente por el Santo una especialísima devoción.

Algo había pensado ya ella en Arenas de San Pedro, pero tiene entre manos otras posibles fundaciones, y esto había quedado en deseos.

Un día va don Santos, el Obispo de Avila, a Duruelo a pedirle que vaya a fundar en Arenas. Al señor Obispo le urge tener allí un Carmelo, pues ve en ello como un dique a una ola de descristianización que se va extendiendo más y más. Le ofrece para esto una capillita (de Lourdes) con su casa y huerta.

Que ella lo piense, lo encomiende a Dios y le conteste.

La Madre le expone otro día sus proyectos, los trámites que ya se están haciendo para una fundación en Japón, como él ya sabe.

El señor Obispo le contesta que no quiere de ningún modo que se deje de hacer lo que a ella le pareciese mejor, pues no sería de gloria de Dios.

Todas quedaron edificadas de tan verdadera humildad.

Pero la Madre Maravillas ya no lo duda. Lo que a ella 'le parece mejor' es que se haga la fundación de Arenas.

De nuevo en camino de fundaciones.

Viajes cansados ante los que ella no se detiene por sus enfermedades ni por sus sesenta y un años cumplidos.

Conocemos el itinerario que siguen en este viaje: Mancera de Arriba, San García. Muñico, Hortigosa. Al paso de estos pueblos el sonido de las campanas llamando a Misa alegra su corazón.

Cuando las Carmelitas llegaron a Duruelo todas estas Iglesias se encontraban en un estado lamentable y han procurado por todos los medios arreglarlas y adecentarlas.

Ahora todas tienen ya su Sagrario y esto mueve a estas buenas gentes a visitarle y acompañarle.

Pronto empieza la subida del puerto de Grajos, el primero de los tres que hay que cruzar antes de llegar a Arenas.

Vienen después los pueblos de San Juan del Olmo, Mirueña y Manjabálago. Otro puerto peor que el anterior, el puerto de Menga, y a la bajada: Venta del Obispo, Venta Rasquilla, Venta de San Miguel. El pobre taxi no se atreve a emprender la penosa subida del puerto del Pico.

Pasado el puerto comienza la bajada, y con ella una diferencia de temperatura, como la que puede haber de Avila a Andalucía. La admiración que causa el contraste entre las escarpadas crestas de Gredos que van dejando atrás y los fértiles valles que conducen a la histórica villa de Arenas de San Pedro saca a la Madre de la hondura de sus pensamientos y la hace alabar al Creador.

Aquella tierra es un vergel, donde se dan junto al viñedo y el olivo, almendros, naranjos y limoneros, las feraces huertas, las lomas y hondonadas siempre verdes de exuberante vegetación de pinos, nogales, castaños y avellanos; lo que han hecho decir de Arenas que jamás pudo soñar el hombre con lugar alguno donde más le hablase Dios por medio de sus criaturas.

Este rincón ameno y delicioso fue escogido por San Pedro de Alcántara para vivir olvidado de los hombres en continua unión con Dios. Muchas fueron las dificultades que el Santo encontró para poder fundar en la ermita de San Andrés del Monte, pero ninguna consiguió hacerle desistir de su intento. Y cuando su compañero Fray Miguel de la Cadena le quería disuadir de hacer la fundación, contestó el Santo: «Es menester fundar aquí porque Dios tiene grandes designios sobre este lugar».

Pero ya están llegando. Cuevas del Valle, Mombeltrán con su hermoso castillo, La Parra y por fin Arenas de San Pedro.

El sitio indicado por el señor Obispo, la capilla de Lourdes, está ya en el pueblo.

Entran en la casa, que tiene ese aspecto propio de las casas abandonadas, el mueblaje y enseres escasísimo, unos bancos que pertenecieron a la antigua escuela, y poco más. Sobre una mesa, algunos libros piadosos y un acetre.

—Echaremos agua bendita —dice la Madre, uniendo la acción a la palabra.

Recorren la casa una y otra vez tratando de ver cómo se podría acoplar a las necesidades de un convento, cosa que a primera vista le parece casi imposible. Al fin encuentra una solución. Podría edificarse un ala junto a la tapia como un pequeño claustro donde estuvieran las celdas.

La tarde la pasan tomando medidas de la capilla, casa, huerta, trazando un pequeño plano que luego perfeccionarán en Duruelo. La solución no convence mucho, pero mientras haya una posibilidad la Madre prefiere hacerlo allí porque piensa que es el deseo del señor Obispo.

Emprenden el regreso y llegan a Duruelo ya muy tarde.

A todo esto en Duruelo se siguen presentando aspirantes al hábito. Son ya más de treinta entre novicias y profesas.

A la Madre Maravillas no le gustaba recibir fuera del número de veintiuna. Pero lo consultó, y comprendiendo el bien que sería llevar ya a la nueva fundación las novicias un poco formadas, además de que no creía conveniente empezar con muy pocas se decidió por este consejo, y ya para estos casos pidió permiso al señor Obispo para recibir sobrenúmero[86].

Piensa que cuando el Señor pone en su camino esas almas, no las puede dejar.

En efecto, cada alma tiene una historia, y todas ellas encuentran un eco en el corazón de la Madre Maravillas. Sólo porque una se dé al Señor de veras, da ella por bien empleados todos los trabajos de una fundación. Por eso escribe:

«Yo quiero hacer, claro está, lo que sea más agradable a Dios, que mucho le costaron a mi Cristo las almas para que no hagamos lo imposible porque no se pierdan».

---

[86] Su manera de pensar en este punto lo expresó en la carta que el 1 de mayo de 1935 dirigió a don Emilio González, Visitador de Religiosas de la Diócesis de Madrid-Alcalá: «Como tenemos que hacer dos fundaciones es muy conveniente recibir desde luego algunas de las pretendientas que se presentan, bien para ir o para quedarse en el lugar de las que vayan. Si no fuese por este motivo no habremos, naturalmente por nada, de exceder el número fijado por la Santa Madre.”

Abril de 1953. La Madre ha pensado volver porque no hay más remedio que decidir algo.

Desde su visita anterior han tenido noticias que les han hecho vacilar sobre su decisión de fundar en la capilla de Lourdes. Parece ser que el ruido de la serrería contigua al convento es casi continuo y turbaría el ambiente de silencio que ella considera indispensable para la vida contemplativa, y lo que es peor, les han hablado de una verbena con el jaleo correspondiente y de un bar muy próximo al convento, donde hay todas las tardes música, que en verano se prolonga hasta entrada la noche.

No hay más remedio que volver a Arenas para comprobar lo que haya de verdad en todo esto.

La noche la pasarán en la casita de Lourdes. No hay allí nada de nada pero ¿qué más da? La cama de la Madre es el suelo y sus compañeras no son mucho más exigentes. Llevan algunas provisiones para comer y una buena provisión de fe y de confianza en Dios, que no dejará de darles luz ya que sólo buscan el cumplimiento de su voluntad.

Pasado el Puerto del Pico, bajan a comer en una floresta como antaño hacía Santa Teresa en sus viajes. La temperatura deliciosa y la primavera adelantada, a medida que se aproximan a Arenas eleva el alma a Dios.

En la casita de Lourdes les espera una noche toledana.

El suelo estaba muy sucio y preparan para dormir dos bancos juntos para cada una, entre dos de los cuartos.

La almohada que llevaron se convierte en señal de contradicción, pues cada una quiere instalar bien a la otra y como esto es imposible, al amanecer sienten verdadero alivio en levantarse de aquellos bancos y salir de allí.

Todavía es de noche y ella no sabe ni poco ni mucho por qué decidirse.

Por de pronto irán a Misa a San Pedro.

Algunos años más tarde escribirá una carta con este encabezamiento: «Es hoy día de San Pedro de Alcántara, que tan grandes favores nos hizo cabe su sepulcro en aquel día de feliz recordación».

Estaba empezando a amanecer.

A las seis y media de la mañana llegaba la Madre con sus acompañantes a la puerta del santuario. Está aún cerrada y se sientan en la escalinata de la iglesia a esperar. Mientras, pueden rezar las Horas.

La vegetación es espléndida. Una inmensa sensación de soledad lo invade todo. Sólo los ruiseñores rompen aquel gran silencio y con sus trinos encantan a la Madre; le parece que nunca los ha oído cantar como en esta mañana.

De pronto se oye el rumor lejano del rezo coral. Empiezan su día los frailes y alaban al Creador de tantas maravillas.

«Yo estaba con una impresión —escribe— como nunca nada me la había hecho y pensando en aquellos hombres que si allí no vivían sólo para Dios qué hacían allí y pareciéndome que nada hace tanto bien al alma como la soledad. Pensé que por muy pobre que fuese Lourdes, que así se llama la iglesita y escuela (que el edificio era una escuelita), no podía hacer el efecto que esto y me decidí, en cuanto a mí, sin duda alguna, por hacer el convento en soledad, donde fuese, pero de ningún modo en aquella barahúnda. Al salir, a todas nos había pasado exactamente lo mismo. Salimos locas de contentas de haber tenido luz tan directa del bendito santo que así nos había ayudado».

Esa tarde van a ver algunos terrenos por allí, porque van a ir a hablar de sus impresiones con el señor Obispo y quieren darle cuenta de otros lugares posibles.

De vuelta para Duruelo, pasan por Avila y hablan con don Santos.

La Madre le expone sencillamente la impresión que han sacado: ven clarísimo que Lourdes, por estar en el centro de Arenas, no es a propósito para un Carmelo. Pero todo lo dejan a la decisión del señor Obispo. El la escucha atentamente, se informa de todo y comprende perfectamente las razones de la Madre. Y da por bueno cuanto ella haga.

El 22 de agosto del mismo año, fiesta entonces del Corazón Inmaculado de María, vuelve a Arenas con las Hermanas y esta vez también con Manuel Martín Muías para que les ayude a buscar un terreno.

Por la mañana ven varios sitios que no resultan, unos no son propios para convento; por otros piden un precio que no les es posible aceptar.

En el viaje anterior habían visto de paso un sitio, llamado «Los Guindos», a dos kilómetros del pueblo, que les gustaba, pero que habían

desechado porque era sólo una estrecha franja junto a la carretera, que no daba lugar para hacer allí un convento.

Esta mañana de agosto al mediodía siguen sin tener nada solucionado.

Mientras Manolo va al pueblo, ellas se sientan a comer en un pinar, un sitio abierto, precioso, más arriba de «Los Guindos». Desde allí se veía enfrente toda la sierra y el pueblo a lo lejos. Cuando él volvió y le dijeron cuánto les gustaría aquel sitio, contestó: «Madre, sí esto ya lo vieron la otra vez y no les pareció; es que sólo vieron la franja tan estrecha de delante... pero son 'Los Guindos'. Esto se une a todo ese terreno; ahora mismo voy a medirlo.»

Volvió entusiasmado; no sólo era suficiente, sino que además tenía un pozo ya hecho. El terreno estaba en venta.

Baja en seguida al pueblo en busca del propietario, que no vivía en Arenas. Pero la providencia de Dios sigue actuando y lo encuentra allí en un bar.

El dueño le dice que dentro de una hora tenía citado a un comprador con el que ya había hecho todos los trámites para la venta y no estaba pendiente más que de la firma.

Manolo le explica, le convence y le deja una señal. El terreno quedó comprado.

Unas horas después habría sido demasiado tarde.

La Madre se ocupa con afán del emplazamiento del nuevo convento.

Empezaron las obras con la piedra que es abundantísima por aquellas tierras.

Quería inaugurarlo en el Año Mariano y había que darse prisa.

La forma de este convento es algo distinta de los anteriores, pues quiso que en éste las celdas rodearan la iglesia quedando la claustra fuera.

Realmente quedó precioso. Parece una ermita perdida entre bosques de pinos bajo la imponente mole de la sierra de Gredos.

Nadie mejor que la misma Madre Maravillas puede contarnos los primeros días de esta fundación, a la que fueron trece monjas de Duruelo y tres del Cerro.

El día 21 de diciembre escribe a Cabrera una larga carta en la que dice entre otras cosas:

«Hora es ya de que las escriba desde esta fundación, donde como saben llegamos el 8 por la tarde, porque pudiese venir Nuestro Padre Provincial con nosotras, que el 7 no podía, y así salimos a las cinco del Cerro y algo más tarde Nuestro Padre con el Padre Heliodoro. Las Hermanas fueron a San Pedro aunque diluviaba, para ofrecerse a él y pedirle nos enseñase la pobreza y todas las virtudes que él tanto practicó. Yo no fui, porque como ya había estado en San Pedro, pues no tenía necesidad de ir.

Nos reunimos todas (en el convento) y se cantó la Salve Solemne, que resultó devotísima, porque si el Carmelo es siempre todo de María, como éste es del Año Mariano y está dedicado a la Inmaculada y Ella reina en la iglesica, parece aún más, si es que cabe, de Ella.

Dicen que el pueblo está entusiasmado de tenernos aquí, pero no se deben atrever a venir y están esperando a que les avisemos para ver el Convento. Este está, se puede decir que acabado, pero como están haciendo los armarios de las oficinas y aún algo de tapia, está todo lleno de yeso, aunque ya va tomando otro aspecto. Hemos dicho que cuando se vaya a poner la clausura avisaremos para que un día puedan verlo.

Nosotras hemos decidido subir ese día al Almanzor, que ya saben es un monte altísimo, pues el convento se llenará de gente...

El convento está monísimo y el silencio ideal, el clima maravilloso.»

Como ella esperaba, se llenó el convento de gente ese día que dejaron verlo antes de tener la clausura.

Lo que no hicieron, por supuesto, fue irse «al Almanzor», como ella dice bromeando en su carta y todos los numerosísimos visitantes pudieron conocerla y darse cuenta de aquella sencillez y humildad tan afable, tan atractiva, de la Madre Fundadora.

Viejos, jóvenes, niños, de Arenas y pueblos de alrededor, desfilaron por el convento. Todos se entusiasmaban.

El refectorio con sus mesas de pino y patas de tronco sin labrar; las celdas con vistas espléndidas; otras celdas más allá, que por estar más retiradas llaman las Hermanas «Tebaida»; un Via Crucis de palo en las paredes encaladas. De pronto, al pasar por un tránsito, les sorprende una lamparilla encendida: ya de cerca ven que alumbra a un Niño Jesús grande, copia del de Belén, que descansa en una como gruta que han hecho en la pared. Alrededor un letrero:

«Acompáñale con amor, que aquí está encarcelado por ti.» Es que justo detrás está el Sagrario.

Suben por una escalerita estrecha a dos tribunas pequeñas, con su reja que da a la iglesia y un ojo de buey que deja ver: una, los montes de Gredos; la otra, un enorme bosque de pinos. En la cocina, abajo, ¡allí son las exclamaciones ante los platos y escudillas de barro![87] Luego los telares, ya dispuestos para empezar a tejer... Todo les gusta.

Pero la pieza de recreación... Esto es algo que les sorprende y muchos no saben qué decir. La Hermana que les acompaña les explica: «Aquí es donde venimos a recreación la Comunidad, con la labor, los días que no salimos a la huerta...»

Los visitantes, asombrados, recorren con la vista toda la habitación: Un letrero en las paredes blancas, un grabado de la Inmaculada, una Cruz de tronco; eso sí, ¡las ventanas dejan entrar tanta luz y es todo tan alegre!, pero allí... ¡no hay nada! Alguno se atreve un poco más y dice: «Esto está muy bien..., es muy bonito, pero de que lo tengan ustedes amueblado estará mucho mejor...»

El Padre guardián de los Franciscanos recorre el convento y sale conmovido. Le dice a la Madre lo que más podía agradarle. «Que ese conventico habría gustado mucho a San Pedro de Alcántara.»

Todos se les ofrecen para cuanto quieran. También va a ver el convento una familia que vive en Arenas que desde que llegaron las monjas allí se' desviven por atenderlas en todo y serán su providencia visible.

Había al lado una casa en la que la Madre veía el peligro de que pudieran dominar el convento impidiendo a las monjas salir a la huerta. Esta familia, sabiendo esto, compró la casa y tapió las ventanas que daban al convento. La Madre les quiere de verdad, vive sus problemas y comparte sus penas y alegrías.

El primer día se les paró el reloj. La Madre se levanta tempranísimo, de noche aún, preocupada con la hora, y se asoma a la ventana a ver si logra oír la hora en el reloj del pueblo. Como se ve, no ha cambiado mucho en esto desde la fundación de Getafe...

---

[87] Escudilla. Especie de taza de barro, sin asas, donde toman el potaje las carmelitas.

La Madre está contenta en Arenas. Sólo con pensar que tiene el Señor un Sagrario más sería para estarlo:

«Me da una devoción —escribe— pensar cómo se viene el Señor en cuanto llegamos a su casa».

Pero además, ¡este convento es tan de la Virgen!

«Esto está muy bien —dice en otra carta—, y esto es tan de la Virgen que se la siente por todas partes. Miren, el terreno se compró el día del Corazón de María, se puso la primera piedra para el día 8 de diciembre y ha dado principio también para el día 8. La iglesia es muy mona, toda blanca y en medio la Inmaculada de casa».

En poco tiempo vieron transformada la huerta. Alisaron los terrenos, sembraron patatas, alfalfa... Allí todo prendía. La gente, viendo que sólo había unos guindos y unos viejos castaños, les empezaron a enviar toda clase de árboles frutales, plantas y flores.

Pero todo esto necesita su tiempo. Por eso en los primeros años no la priva el Señor del gran regalo de la pobreza. Se lee en sus cartas:

«Estamos encantadas porque estamos en la 'indigencia' por amor a Cristo».

«Tenemos 19.000 pesetas de deuda».

En otra carta del tiempo de las obras:

«No sé si habrá para pagar el convento. Hemos escrito a Manolo para parar si no, aunque no están acabadas las tapias».

Pero también aquí, como en todos sitios, no le falta nunca el Señor, que acude siempre a la necesidad.

Por estos días escribe:

«La Providencia de Dios no saben cómo es con nosotras. Bueno, sí lo saben por propia experiencia; pero es que en las fundaciones se palpa más aún. Claro que nuestros conventos es una caridad y generosidad que emociona: El Cerro, Mancera, VV. RR. y Duruelo nos han provisto la provisoria, y de qué manera. Desde que estamos aquí (llevaba en Arenas doce días) sólo hemos gastado veintisiete pesetas en sardinas, el pan y un litro de leche que compramos todos los días, que añadiendo un poco de leche en polvo está magnífica».

A la Priora de Cabrera otra vez escribe:

«Nos ofrece patatas y pues lo hace tan de corazón, le voy a decir la verdad. Patatas tenemos porque nos han mandado muchas del Cerro,

Mancera y Duruelo. Si vendiesen (esas que tienen) y nos mandasen el dinero para huevos y pescado. Huevos no podemos comprar. Sólo tomamos uno cada una dos veces por semana. El pescado también es aquí caro».

Y al Cerro:

«Bueno, pues no se preocupe, que no nos falta de nada gracias a su caridad de VV. RR. y la de todos. Mire, de limosnas tenemos para todo el mes, para el que viene tenemos las dos mil quinientas pesetas del Noviciado de la Hermana X. Además, tenemos toda la Providencia amorosísima, y qué dulcemente se descansa en ella».

No es corriente la constancia de la Madre. Hay que verla luchar ante grandes dificultades sin decaer mientras cree que Dios puede querer algo y su gran inteligencia y sentido práctico no le hace ver que aquello no conviene.

Aquí en Arenas, como en todos sus conventos, ya se sabe: se deleita con la pobreza, pero procura el trabajo que ella ve indispensable para la buena marcha de la vida de Comunidad, Organiza, como en las fundaciones anteriores, los telares y los gallineros. Coge cuanto trabajo le ofrecen, siempre que no le quite a las monjas de su fin principal: su vida de oración, su silencio y soledad.

Las colmenas han sido también durante muchos años uno de los trabajos de sus comunidades y aún sigue siéndolo de algunos.

Por estos años de Arenas hubo mucha peste y otras enfermedades que deshacían los gallineros; ella los sostuvo cuanto pudo, pero mientras duraba esto, que era general, había que pensar en otra cosa.

Tiene que ir a San Calixto, fundación que había hecho en estos años, poco después de ésta, y aprovecha esta estancia en Andalucía para ir a Brenes, donde unos señores le han ofrecido con mucha insistencia, y dando toda clase de facilidades, una finca para un convento.

Las lleva el dueño de la finca de San Calixto y hacen noche en la casa que aquellos señores tienen en Brenes.

Esta familia venera a la Madre: están todos reunidos considerando una muy grande gracia el tenerla en su casa. Antes de retirarse a descansar uno de ellos le pide que les bendiga, y se ponen todos de rodillas.

Las Hermanas, que la conocen bien, se miran una a otra como diciendo: «¿Qué hará Nuestra Madre? ¿Por dónde saldrá?» Pero ella, con

toda naturalidad, saca el gran crucifijo que llevan las Carmelitas debajo del escapulario y dice sencillamente;

—Sí, que el Señor nos bendiga a todos— y con él les da la bendición.

Su profunda humildad y sencillez le hace encontrar recurso para todo sin llamar la atención ni hacerse notar por nada.

Allí ve una granja magnífica de patos; se entera de que son más fuertes que las gallinas y menos propensos a enfermedades y que dan un gran rendimiento. Le regalan además para poder comprar 100 patas y en seguida tiene en Arenas una pequeña granja en marcha, sin quitar por esto los gallineros, que cuando pasa el peligro seguirán siendo uno de los mejores trabajos de la Comunidad. Lo cuenta ella a la Priora de Cabrera:

«En Brenes vimos una granja de patos y la Madre Subpriora se ha entusiasmado; ponen todos los días. Los propietarios de la granja tienen un pedido fantástico. Tenían cuatro incubadoras llenas de patitas preciosas; bueno, son feas, pero magníficas. Nosotras vamos a poner 100 patas, y creemos que aunque se pagan a 26 sólo, nos van a tener mucha cuenta para confiterías y hoteles, y desde luego para la Comunidad. No es que vamos a quitar las gallinas. Nos hemos hecho muy amigas del de la granja; ya ve, valen a 25 pesetas las páticas y nos las han puesto a 20. Cada dos años se deben reponer, pero como se venden tan bien se saca para comprar las nuevas patitas».

Pero con los rosarios de rosas esta constancia y tesón llegó al extremo.

Había empezado las pruebas en Duruelo. Aquí sigue intentándolo sin rendirse por nada. Y era para rendirse, porque sin receta, sin máquinas, sin nada no parecía pudiera conseguirlo. Al fin van saliendo cuentas, hechas a mano, muy imperfectas. Le ayudó mucho y la orientó un Padre Carmelita, profesor de Química434. Así hasta llegar a La Aldehuela, donde las Hermanas sacarán de las máquinas miles y miles de cuentas al día y verá ella compensados todos los trabajos anteriores.

Le han encargado alfombras de nudo; ella es la primera también en este trabajo, que hace perfectamente. Y para que las Hermanas cuando después de la oración y la Misa, al ir a empezar su labor, se encuentren facilitado el trabajo, se levanta muchas veces tempranísimo y sin que la sientan corta los trocitos de lana, que deja en montones a cada una de las tejedoras.

Ahora —1956—quiere solucionar ya definitivamente lo de |a elección.

Fue a Arenas poniéndole a sus hijas la condición de no ser Priora. Ellas le dicen que esté tranquila, que sí. Ni por un momento piensan no elegirla. Ella lo creyó firmemente, pero al notar que ya aquí sus hijas no se lo aseguraban, empieza a alarmarse. Acude a su Superior, que tampoco la tranquiliza demasiado. El señor Obispo le va dando largas con distintos pretextos: que si las obras, que si falta aún rematar el convento...

Pero ahora le ha ocurrido lo que menos podía sospechar. Habla con el Padre Valentín, que siempre le ha dado la razón en esto y esta vez no se la da más que en parte.

Escribe a la Madre Magdalena de la Eucaristía:

«¿Sabe que estoy aterrada con la elección? Al hablarle el otro día a Nuestro Padre de que estaba muy tranquila, porque si (lo que esperaba no sucediese) me dan los votos acudiría a Roma, me dijo que eso no lo hiciese de modo alguno. Que pidiese mucho a Dios, pero que si pasaba algo no debía acudir a ningún sitio, sino conformarme, que sólo lo podía arreglar con el Señor. Me he quedado aterrada, y de resultas sin ganas ninguna de la elección. Lo siento con toda el alma porque encuentro que no debe de ser. Voy a escribir al Obispo. Estoy sin gana de nada».

Por fin, el 13 de octubre tiene lugar la visita canónica y la elección. En el escrutinio las monjas cuentan al señor Obispo la promesa que al salir de Duruelo hicieron a la Madre. Este les contesta que ahora su obligación es votar a la que en conciencia consideren más digna para el cargo, prescindiendo de todo lo demás.

La escena se puede reconstruir fidelísimamente. En el locutorio, en el lado de dentro, está reunida la Comunidad. Delante de la reja, sobre un banquillo, una pequeña caja de madera con llave.

En la parte de fuera, sobre una mesa, unos papeles y libros, un brasero para quemar las papeletas, y presidiéndolo todo, un Crucifijo. Las monjas van depositando su papeleta, que luego es llevada al torno por dos de ellas y entregadas allí a uno de los escrutadores. Este la deja sobre la mesa y el señor Obispo abre la caja y procede a la lectura de las papeletas. Un poco lentamente porque están dobladas en cuatro.

—Madre Maravillas de Jesús —dice, pasándola a uno de los escrutadores. Este al siguiente, y éste al tercero, que hace de secretario, y apunta el nombre y a continuación el número de votos.

—Madre Maravillas de Jesús —continúa el Obispo.

—Madre Maravillas de Jesús.

—Madre Maravillas...

Tantos votos como capitulares menos uno. El suyo.

La Madre Maravillas está pasando uno de los ratos peores de su vida.

Sin embargo, cuando poco después el Visitador y sus acompañantes entran en la clausura les atiende con su acostumbrada afabilidad.

La única ilusión tanto tiempo acariciada ha caído por tierra una vez más. Pero ante la voluntad de Dios tan clara la Madre se rinde.

Esta escena se repetirá todas las veces que la Madre asista a una elección.

* * *

En este convento de Arenas la prueba mucho el Señor con enfermedades y operaciones, algunas graves, de sus hijas.

En marzo del 57 hay una monja que no se ha repuesto aún de la gripe y se le presentan otros síntomas alarmantes.

Una mañana entra la Madre en su celda, la encuentra vestida, y con malísima cara. Al poco de entrar pierde el cono cimiento. Con unas inyecciones reacciona. De momento parece cosa pasada, pero la Madre no se descuida.

Escribe a Duruelo, donde es Priora una hermana de la enferma, y después de contarle todo, le dice:

«Yo se la entregaba al Señor para lo que El quisiera, pero le pedía que si era posible me la devolviese la vida...»

«Bueno, hija mía, la dejo. Yo estoy impresionadísima viendo lo poco que somos, que en un momento se acaba esta vida. Claro que la verdadera con nuestro Dios no se acabará nunca. En fin, mil gracias sean dadas a nuestro Dios. Ella estaba tranquilísima y se la ofrecía al Señor para lo que El quisiera, pero esto era ya cuando volvió en sí, porque de las jaculatorias, que fueron más de ocho minutos, no se dio cuenta ni oyó nada.»

Pero la enferma sigue mal. A los dos días se agrava y recibe la Unción de los enfermos y la Comunión como Viático.

El convento de Arenas se prepara como es costumbre para el paso del Señor. Desde la iglesia a la celda de la enferma están el camino y los tránsitos llenos de mimosa y verde de la huerta. La Madre y algunas

Hermanas acompañan desde la puerta reglar al sacerdote, que lleva el Santísimo, y entran en la celda con la Comunidad que rodea a la enferma. La Hermana contesta a todo con gran serenidad y una inmensa alegría.

Siempre contaba, cuando ya había pasado todo, que esta Hermana le decía después entusiasmada: «Madre mía, por amor de Dios no se pierdan esto; que ninguna deje de recibir los Sacramentos.» Ella decía «Sí, hija; ¡qué más quisiéramos!»

A las doce de la noche sale para Madrid, donde es ingresada en una clínica.

La Madre ha pedido ir con ella. Al subir a la ambulancia, agotada por el cansancio y las emociones de estos días, teme no poder resistir y marearse. Hay una ventana, pero ella no intenta abrirla; sólo acude al Señor: «Dios mío, si por alguna parte entrara algo de aire.» De pronto, la ventanilla se empieza a abrir por sí sola. Lo contará después, sin más comentario que éste:

«¡Qué bueno es el Señor! ¡Me dio la vida!»

Pasado algún tiempo, después de una grave operación, la enferma se repone, y podrá seguir ayudándola en todas sus obras y fundaciones.

Varias veces la gripe, aquí en Arenas, deja a la Comunidad por muchos días sin poder hacer nada. En la primera de este mismo año quedan muy pocas en pie, entre ellas dos novicias y una postulante de ocho días. La Madre, también está mala, pero ante este panorama, decide que ya se le ha pasado y se ocupa con ellas de todo.

Las novicias están encantadas de la situación, pues se encuentran como muy necesarias y despliegan una actividad pasmosa ayudando a la Madre. La pobre postulante aún no sabe qué hay que hacer. Los tañidos de las campanas no le dicen nada a ella y hay que buscarla por todas partes. La Madre se ríe con sus hijas pequeñas al oírles los grandes conflictos con que en muchos casos se encuentran.

Les ha dicho que hay que dar de comer a la vaca y tenerla limpia. Ordeñar lo hará el hortelano. Pero ellas harán todo lo demás. Les enseña cómo tienen que hacerlo, peinarla, etc. Las dos Hermanas van entusiasmadas a su oficio y no se les ocurre que puedan peinarla sin abundancia de agua. Llevan unos cubos y cepillos y a toda velocidad ponen a la vaca como una sopa. Gracias que llega a tiempo la Madre, que no se fiaba demasiado de la pericia de sus novicias en este punto y para la operación a tiempo. Riéndose, les dice:

—Hijas, no sigan, ¡que nos quedamos sin vaca!

Otro día manda a una de ellas que coja una gallina que hacía falta para las enfermas, que no sea de las que están poniendo.

— ¿Y cómo sé yo que no es de las que ponen, Nuestra Madre?

—Eso lo notará muy bien; estará como alicaída, triste... Lo verá en seguida. Llévela por si acaso que la vea la Hermana Margarita.

Al minuto vuelve la novicia triunfante con una gallina y se la lleva a la Hermana de cocina, que está en cama, para que dé su aprobación. Esta se horroriza:

— ¿Pero cómo ha cogido esta gallina? ¡Si es la mejor que tenemos en el gallinero!

La novicia explica:

— ¡Me pareció que estaba triste! ¡La vi sentada en un rincón!

La Madre cuida a sus enfermas con grandísima solicitud y no se ahorra ni sacrificios ni cansancios.

Los progresos de la medicina y la cirugía hacen ya imposible lo que hasta hace muy poco ha conseguido: que las monjas no tengan que salir de clausura. Hasta dos operaciones de cáncer se habían hecho en una celda del Cerro de los Angeles.

Ahora hay casos en que no hay más remedio que salir y su espíritu amplio agradece esta sabia disposición de la Iglesia y hace uso do ella

Acompaña siempre que puede a la enferma, y más si hay que operar, pues piensa que su hija tendrá consuelo con tenerla a su lado y pide y obtiene siempre que la dejen entrar en el quirófano.

Ella misma refiere así una de estas operaciones:

«Ya saben que no soy demasiado valiente, que ya podía estar acostumbrada con tantas operaciones como ha querido el Señor enviarnos. Empezó la operación y es en la que más he tenido que mirar, pues yo, prudentemente, siempre me metía en un rinconcito después que las anestesiaban. Hice lo mismo esta vez y al rato me dice don Carmelo: 'Mire. Madre, éste es el apéndice, esto no sé qué', y claro, tuve que mirar» 436.

Cuando ya en sus últimos años no pueda ir con ellas lo sentirá mucho.

En una de estas ocasiones escribe al sanatorio a la Madre Subpriora que acompañaba a una novicia enferma:

«La vamos a ayudar muchísimo todas y figúrese su Madre aunque tan pobrecita. Qué cosa el cariño tan grande que se les toma en seguida a estas hijas que el Señor nos da... Estaría un poco arrepentida de no haber ido ahí, que se pasa mucho menos mal yendo que quedándose, si no fuese porque como estoy tan vieja es mucho mejor esté V. R., para ella y para todo; pero qué diferencia es estar al lado de la enferma».

Ya en el convento las cuida como una verdadera madre y les busca todo lo necesario para que se restablezcan del todo.

Es curioso leer una carta a una Priora joven, en la que después de varios consejos sobre cómo hay que atender y cuidar a las monjas enfermas, añade:

«¿Comen bien? Tienen que cuidar y vigilar a las monjas, que nada se adelanta con no hacerlo, que luego se ponen malas y es mucho peor. Es importante que se den las cosas bien guisadas, que si no es imposible, sobre todo en verano, que se tiene tan poca gana a veces. Es que, Madre mía, es importantísimo, porque aunque no estén enfermas tienen que alimentarse bien las monjas para poder llevar nuestra vida, que ninguna está nunca muy sobrada de fuerza».

Mientras se ocupa hasta de los menores detalles de sus hijas, la Madre no se ocupa para nada de sí misma, ni de su salud ni de los cuidados que necesita. Todo le parece poco para los demás y demasiado para ella.

Por estos días —marzo de 1957— le ha salido en la lengua una llaga que lejos de disminuir va aumentando. El año pasado había tenido una gingivitis con llagas en toda la boca y unos dolores muy fuertes. Seguramente no se había curado del todo y con la debilidad de la gripe le ha ido en aumento. Es una llaga que llega a tener más de un centímetro de diámetro, y tan profunda, que preocupa seriamente a sus hijas. Ella no le da importancia ni demuestra en lo más mínimo el dolor que le produce. Sigue con la misma paz atendiendo a todos, pensando en los demás y hasta tomando a broma su 'importante salud', como dice contestando a cartas de sus conventos que quieren saber cómo sigue.

En noviembre de ese año, en la segunda gripe que coge la Comunidad, ella también cae con fiebre altísima y acaba en una bronquitis asmática con un ahogo que no la deja descansar ni de día ni de noche. Por supuesto, la pasa como siempre: vestida y sin echarse, sentada en el suelo.

Ya la Priora del Cerro le escribía en otra ocasión que iba a mandarle una cama y había recibido de ella esta contestación:

«Lo de la cama será broma, ¿verdad? No hay nada comparable a mi precioso suelo».

Ahora insiste de nuevo la Madre Magdalena y sin más le manda una tarima como las demás, pero articulada.

La Madre le contesta bromeando y le asegura que se la devolverá:

«¡Oh dolor! ¡Dicen que no pasa por los pasillos de este santo monasterio! De que me ponga buena la veré y entonces se la devolveremos. Que sin verla no quiero que se vaya».

El doctor Marañón escribía a su enfermera, ahora también Subpriora: «Extremen los cuidados de una gran convalecencia.»

Pronto perderá la Madre a este buenísimo amigo y médico, que no sólo con grandísimo acierto la atendió siempre en sus enfermedades, sino que además había sabido darse cuenta de lo que ella era y la veneraba. El doctor Marañón morirá en 1960. Lo sentirá mucho, pues le quería muy de corazón.

Desde esta última enfermedad, el Padre Anselmo de Santa Teresa, O. C. D., que las confesaba, le manda que no duerma en el suelo.

Ni una palabra más.

Aquella misma noche obedece y usa la tarima que le han mandado, pero la única diferencia es que duerme sentada en la tarima en lugar de estar en el suelo.

En enero de 1958 tiene la alegría de recibir aquí en Arenas a tres de sus hijas que volvían del Ecuador.

Estando ella en Duruelo, el Obispo de Salamanca, Monseñor Barbado, le pidió tres monjas de sus conventos para ir a ayudar y reforzar la Comunidad del monasterio de San José de Cuenca, Ecuador, que lo deseaban y necesitaban mucho.

La Madre Maravillas, que entonces podía, aunque no sin gran sacrificio, pues está en plenas fundaciones, piensa en la Madre Inés del Niño Jesús, que acaba ahora su trienio en Mancera, y en dos Hermanas más, una también de Mancera y otra de Cabrera.

Manda recado a Mancera exponiéndole todo a la nueva Priora y pidiéndole que diga a la Madre Inés solamente que había pensado en ella.

La Priora de Mancera sabe lo que le costará, pues ya se venía hablando de esta petición del señor Obispo y conocía lo que ella sentía hacia esto. No sabía cómo decírselo, y una mañana, al fin, le dice que se hace lo del Ecuador y que la Madre Maravillas ha pensado en ella.

La Madre Inés por única contestación le dice: «¿Cuándo nos vamos?» Y no volvió a hablar nunca de lo mucho que le costaba.

Más adelante habrá ocasión de volver a encontrarnos con la Madre Inés y no extrañará entonces ver sus grandes virtudes y su entrega completa al Señor.

Ahora, pasados sus tres años en América, que han sido de gran fruto y han estrechado más la unión entre aquel monasterio y los conventos de la Madre, vuelven a España y pasan por Arenas a ver a su Madre y Hermanas, que las reciben con inmensa alegría.

La Madre Inés volverá después a Mancera y las dos Hermanas también a sus respectivas comunidades.

La Madre Maravillas tiene también entonces el gran consuelo de leer una carta que el señor Arzobispo de Cuenca, Ecuador escribió a la Madre Inés y que se copia en su mayor parte a continuación:

«ARZOBISPADO DE CUENCA
ECUADOR

Cuenca, 4 de enero de 1958.

Muy Rvda. Madre Inés del Niño Jesús,
Priora del Carmen de San José. Ciudad.

Muy Reverenda Madre:

Antes de que os alejéis de Cuenca, de que abandonéis el monasterio de Carmelitas Descalzas consagrado en esta ciudad al Señor San José, como Prelado de esta Arquidiócesis nos sentimos en el deber de presentaros a vos y a vuestras compañeras nuestro cordial y fervoroso agradecimiento por el inmenso bien que habéis realizado entre nuestras amadas hijas en Jesucristo, Carmelitas cuencanas que os han tenido por maestras de vida teresiana.

Vinisteis, tres años “ha, inflamadas de celo, anhelosas de infundir en vuestras hermanas de aquí el espíritu, el gran espíritu de Teresa de

Jesús, todo él amor y sacrificio, todo él oración y trabajo, para que fueran víctimas propiciatorias en medio de este mundo entregado al pecado, hostias de paz y de salvación.

No sabemos qué pensarían las monjas que os esperaban. Quizá se prometían veros entrar adustas, poseídas de un terrible rigor, cargadas de disciplinas... Y su impresión fue grande al advertir en vosotras, tres Carmelitas humildes con profesión de pequeñez, de una austeridad amable, capaces de volver atractiva y llena de encantos la virtud, de proponer como ideal de vida el servicio de Dios en las cosas pequeñas, en la práctica de la obediencia, de la pobreza, de la pureza de corazón.

Damos testimonio delante de Dios y de los hombres que con esta sencillez innata en vosotras, practicando la virtud, todas las virtudes, fácil y naturalmente habéis hecho el mayor de los bienes...

Habrían querido las Carmelitas de este Monasterio de San José poseeros siempre, guardaros con ellas hasta la muerte. Pero contra sus deseos, vuestra permanencia aquí ha durado los tres años justos. La pena de ellas da la medida en que han estimado vuestra labor, vuestras enseñanzas, vuestra obra...

Antes de que partáis de Cuenca, os pagamos en la manera que nos toca hacerlo, bendiciéndoos paternalmente en el Señor.

Y ahora os decimos: ¡Hasta el Cielo!

Firmado:

Manuel de Jesús Serrano Abad
Arzobispo de Cuenca (Ecuador]».

Estando la Madre aún en Arenas muere santamente en Roma Su Santidad Pío XII. Es el 9 de octubre de 1958. La Madre está impresionadísima. Hace unos años había escrito de él:

«¡Pobre Santo Padre! ¡Cuánto sufrirá viendo a las almas apartadas de Dios! Pedimos siempre muchísimo por él y queremos con locura al ‘dulce Cristo en la tierra’»“‘.

Y ahora escribe a su Obispo:

«¡Mucho estamos recordando a V. E. en estos momentos de la muerte del Santo Padre! ¡Se siente tan dentro la orfandad!».

Siempre y en todo momento la Madre ha exhortado a sus hijas a pedir por la Iglesia, a orar, a inmolarse por ella; pero en los momentos más críticos como éste se lo pide con verdaderas ansias.

Después de hacer sufragios especiales por el alma del Santo Padre establece una vela continua de día y de noche para pedir al Espíritu Santo que ilumine a los Cardenales reunidos en Conclave.

* * *

Lo que más impresiona ante esta figura de la Madre Mara villas es el equilibrio extraordinario que existe entre todas estas facetas tan distintas de su vida.

La penitencia, la suavidad, la humildad profundísima y el no decaer ante las dificultades para emprender grandes cosas; |a austeridad que exige a sus Carmelos y la comprensión y anchura de corazón. Se la ve bajar a los menores detalles caseros y levantarse a las alturas de la contemplación; es una monja de clausura y se da a todos en una proyección extraordinaria de caridad. Vive sólo para Dios y despliega un celo apostólico sin límites. La vemos reír, bromear muchas veces con sus monjas, y recogida, disfrutando en sus retiros de «ermitaña». Habla con intelectuales, con grandes hombres que la admiran, y la vemos tratar a cada paso con personas sencillas que la quieren como a una madre.

Todo ello en una trabazón tan suave, sin estridencias, sin que a nadie sorprenda, sin cambios bruscos. Todo en una sola cosa, serena, equilibrada, con una enorme sencillez y naturalidad.

Ahora nos la encontramos en otro momento de su vida.

Semana Santa.

La Madre tiene ya sesenta y siete años.

Si en el Carmelo tiene la Priora que ocuparse siempre de todo, en la Semana Santa puede decirse que aumenta su quehacer.

Es Domingo de Ramos.

A Santa Teresa le había impresionado que este día, después de los hosannas y alabanzas, nadie hospedó al Señor en su casa ni le ofreció de comer, al menos no lo dice el Evangelio.

Ella cuenta en las Relaciones la gracia que recibió en este día de Ramos al ir a comulgar y cómo le dijo el Señor: «Bien te pago el convite

que me hacías este día», y añade: «Esto dijo porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día si podía y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor... y hacía yo cuenta que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según preveo».

En muchos Carmelos, recogiendo este deseo de su Santa Madre, tienen por costumbre dejar la Comunidad este día la mayor parte de su comida para dar a alguna familia necesitada.

La Madre Maravillas vive estos misterios y hace vivirlos sólo con verla.

Desde este día ya se prepara para acompañar, pero de verdad, al Señor en su Pasión. No es para ella un recuerdo piadoso. Es vida.

A pesar de sus achaques y sus años desde bien temprano se ocupa de que esté todo preparado.

Va a la portería, a la cocina, al refectorio. Luego, mientras en el archivo busca en su biblioteca libros de buenos autores que ella misma elige para las lecturas de la Comunidad en estos días, manda recados con la Subpriora a la portera para que no falte el menor detalle en esta comida que va a dar a una familia, como si fuese al Señor en persona.

En el refectorio una gran cesta con un mantel blanco espera, abierta; los cacharros, brillantes de tanto frotarlos la víspera las monjas. Todo adornado, lleno de flores.

La Madre da la mayor parte de su comida, luego las demás. La lectora en el pulpito lee en una Vida de Jesucristo el relato de este día.

Da la señal de terminar y se levanta. Va colocando en la cesta los cacharros con la comida, el pan..., todo. Con una delicadeza, mejor diríamos, con una fe que impresiona.

Lo cubre todo; ella misma lo adorna con flores, pone escapularios, muchos rosarios... Cierra la cesta y va a abrir la puerta con las Hermanas para que la saquen a aquella familia, que la recibe emocionada.

Realmente no es lo que hace, sino cómo lo hace.

El Jueves Santo es su gran día. Después de pedir perdón a las monjas una por una, con una humildad tan profunda, tan dadera, se prepara para servir a la Comunidad en el refectorio.

Entra con su tabla cargada de escudillas; parece que le han quitado años, se la ve disfrutar sirviendo a su Comunidad. Se acerca a la servidora

de segunda mesa, que ha de suplirla y le dice bajito que no se dé prisa, que coma tranquila.

Esa tarde está la Comunidad en el coro. La lectora lee e| Evangelio de San Juan:

«... habiendo amado a los suyos... los amó hasta el fin…, y tomando una toalla se la ciñó, echó agua en una jofaina y comenzó a lavar los pies a sus discípulos...».

La Madre con el rostro encendido y un gran recogimiento va arrodillándose a los pies de sus monjas.

Dos Hermanas le ayudan llevando una jarra y una jofaina.

Ella se arrodilla, se levanta otra vez con dificultad, con fatiga, pero sigue hasta el fin. Lava los pies a cada una, los enjuga cuidadosamente con la toalla, los besa.

El coro va cantando las antífonas y el himno;

«Os he dado un mandato nuevo...»

«Dijo Jesús a Simón Pedro...»

«Donde hay amor y caridad, allí está Dios...», que repetirá una y otra vez mientras vuelve la Madre, que ha salido ya a dejar la jofaina y la toalla.

Entra en el coro, se va a su sitio y en silencio, pasado un largo rato, termina la oración.

«Allí está Dios...»

Llega la noche.

La pasa entera ante el Santísimo en el Monumento. Sale algunos ratos, cortos, al archivo, a su celda, a dar la bendición a las monjas, a decir a alguna Hermana que no se encuentra bien que no se quede toda la noche. En seguida vuelve a entrar.

Es la noche del Señor. La noche ante Anás, ante Caifás. La noche que preludia el pretorio de Pilato y el palacio de Herodes, donde Jesús fue tenido por loco.

La Madre sigue en el coro hasta el amanecer del Viernes Santo.

Al mediodía del viernes, mientras la Comunidad está en sus sitios, ella, como es costumbre en las Prioras este día, sentada en el suelo en medio del refectorio come despacio un poco de pan que le han puesto delante, junto a la jarra del agua.

Cuando acaba se ocupa de la comida que ha de darse a los de fuera, de una Hermana enferma que no puede ayunar a pan y agua como la Comunidad. Del Padre que esa tarde va a celebrar los oficios.

Una monja va a su celda a pedirle un permiso para hacer alguna cosa más en este día. La acoge la Madre con aquella bondad, aquel interés. Luego, en seguida; «¿Cómo está?» Y como quien habla de lo que lleva dentro, sin necesidad de muchas palabras, dando por hecho que todos están en lo mismo, le dice:

—Hija, ¿ha visto amor semejante?

Capítulo 26

Para guiar a mis hermanas

Si todos los Carmelos son Casas de la Virgen, este de Arenas, como decía la Madre Maravillas, tiene un sello muy especial de la Virgen, Nuestra Señora.

Bajo ese manto de María y llevadas por su mano hasta su casa, han ido entrando en todos los Carmelos vocaciones jóvenes que imitándola a Ella sólo querían entregarse a Dios.

Aquí, como en las demás fundaciones, empiezan en seguida a entrar postulantes y pronto serán once las novicias.

También como en los otros, tiene más ofrecimientos de lugares para hacer un Carmelo de los que puede aceptar y ya está preparando otras nuevas fundaciones, haciendo uso del permiso del Obispo para tener sobrenúmero.

Desde Arenas escribe a la Madre Priora de San Calixto el 22-VI-59:

«Parece mentira que estando como está el mundo haya tantas vocaciones para esta vida, pero realmente hay muchísimas y hay que hacer lo que se pueda para ayudarlas. Esto me anima para la fundación, que la verdad es que no tenía ninguna ganas de hacerla, que yo de verdad estoy vieja y cansada y sin virtud ni nada de nada, pero pensando en que se pueda ayudar un poquito con nuestro sacrificio a ganar almas para Cristo, se quita toda la pereza.»

Estos años de Arenas son casi los últimos en que es ella Maestra de Novicias. En la fundación de La Aldehuela a la que ella va, consigue de su Obispo, después de algunos años, que la deje libre, al menos de este cargo.

Desde el día 11 de octubre de 1925 en que el Obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, le escribió diciéndole: «Con que enseñe a las novicias a sentir como ella siente, ya las ha enseñado bien», hasta seis años después de la fundación de La Aldehuela, han pasado cuarenta y un años ininterrumpidos de Maestra.

Buen momento es éste para conocer a la Madre Maravillas bajo un nuevo aspecto.

El 6 de febrero de 1938 escribía al Padre Florencio del Niño Jesús dándole cuenta del estado de su alma:

«Los primeros días todo fue recibir gracias y luces del Señor en tal abundancia, que no sabía lo que me pasaba... Me parecía entender que muchas de éstas no me las daba sólo para mí, sino para poder guiar a mis hermanas.»

«Para guiar a mis hermanas.»

Este mismo acento de humildad tienen sus cuarenta y un años de Maestra y sus cuarenta y ocho de Priora.

No era enseñar ni dar lecciones, no era mandar ni imponer. Era solamente guiar, ayudar a sus hermanas.

¿Y adónde las guiaba? Le gustaba a ella enseñar a sus novicias el Monte de San Juan de la Cruz y hablarles de esos senderitos estrechos que llevan a la cima.

No deja tampoco de decirlo a las que van a entrar, para que conozcan ya desde entonces algo de la vida con que van a abrazarse:

«No dudo vendrá con una determinada determinación de hacerse o mejor de dejarse hacer santa, que si no opone resistencia sino que coopera a la gracia, el Señor lo hará; procure, como le digo, ofrecerle su sacrificio con el mejor amor de que sea capaz, ya que tan inmenso e infinito se lo tiene Cristo nuestro Bien; venga dispuesta a olvidarse de sí misma desde el primer momento, para no ocuparse sino de El sólo y en la Nada del Monte Carmelo lo encontrará todo».

Ella, carmelita descalza, no va a llevarlas por otros caminos de los que seguía; sólo puede darles lo que ella misma vive. La formación que da a sus novicias no es otra cosa que un desbordarse de su vida interior, sin método, es un fluir espontáneo de lo que ella lleva dentro.

El fin de una carmelita es su unión con Dios; el camino, la oración.

Piden las monjas un día a Santa Teresa que les enseñe a hacer oración y ella les habla en cambio de virtudes.

«Diréis, mis hijas —les dice después—, que para qué os hablo en virtudes, que hartos libros tenéis que os los enseñan, que no queréis sino contemplación... Digo que no vendrá el Rey de la gloria a nuestra alma, digo a estar unido con ella, si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes»

La Madre Maravillas no va a enseñar a sus novicias una doctrina propia, sino la que recibió de sus Santos Padres y así guiará a sus hijas por ese camino de las virtudes grandes que desemboca necesariamente en la unión con Dios. Decía ella que ¡todo estaba tan bien dicho por sus Santos Padres!

En una ocasión un Padre Carmelita le decía en una carta que debía escribir un comentario sobre el Ave María o sobre el «Modo de ordenar los Conventos». Ella decía riéndose a sus hijas: «¡Qué ocurrencia! ¡Eso quisiera yo, ordenar el convento, que todavía no lo he conseguido!»4".

Todo estaba ya dicho. Ahí estaba el Evangelio y el Camino de Perfección para guiar a sus Hermanas a la unión con Dios.

* * *

En las aspirantes que le pedían entrar en sus conventos nunca miraba otra cosa sino que tuvieran verdadera vocación y cualidades suficientes para la vida del Carmelo. Era éste su único punto de vista para recibirlas. Ni nombre, ni familia, ni bienes materiales, ni compromisos de ninguna clase fueron nunca parte para que ella se determinase a recibir a ninguna. Solamente atendía a sus deseos de entregarse a Dios, de verdad.

En cuántas de sus cartas dice: «que no se preocupen de nada; que sólo lleven lo que buenamente puedan».

En una de ellas se lee:

«De todo lo demás, dote, etc., no necesita nada, sólo la ropa interior que tenga a uso, unas zapatillas y medias fuertes... Aquí la recibimos con mucho cariño para juntas amar y servir a este Señor nuestro del alma que así se entregó todo por nosotros.

Puede estar segura que estamos pidiendo mucho por todos los suyos, que bien sabemos por experiencia que cuesta el arrancón y hay que buscar la fuerza en Cristo y su Madre Bendita cuando se separaron».

Como se ve también por el final de esta carta, no olvidaba ella nunca a la familia de las que entraban, comprendiendo su sacrificio, alentándolas con sus cartas llenas de comprensión y cariño, suavizándoles lo más posible la separación.

A una señora que dejaba entrar generosamente a su hija muy joven, le escribe:

«Qué buenísimo ha sido con usted Cristo dándole una hija, volviéndosela a pedir después que usted le enseñó a conocerle y a amarle,

tanto, tanto, que oyendo su voz que le llamaba 'tú, sígueme', lo dejó todo para responder a este llamamiento de amor de predilección. El verla tan encajada, tan en su centro, hace comprender claramente que está cumpliendo la voluntad de Dios, que está donde El la quiere y bendiga usted a Dios, que además de escogerla, ha dado a usted el valor y la fortaleza necesaria para dejarla volar tan jovencita a 'la Casa de la Virgen', más joven era esta Madre Dulcísima cuando quiso el Señor fuera su Madre».

En otra a un padre, poco después de haber entrado su hija única y sin madre, le dice:

«Gracias a Dios y como lo esperaba, puedo darte unas noticias magníficas de tu hija. Está contentísima, feliz, con esa felicidad incomparable que da el Señor a quien todo lo deja por El. Ya puedes estar seguro de su vocación de Carmelita y de que le has dado con tu consentimiento para entrar la mayor felicidad que podías darle en la tierra, que nada puede quitarle, puesto que consiste en unirse con Dios y cumplir su Voluntad, amándole y sirviéndole. Deja, pues, toda preocupación de lado y agradece al Señor esta gracia tan grande que te concede y que yo sé bien sabes apreciar (en cuanto es posible), aunque, como es natural, sangre el pobre corazón».

Pocos años después este mismo señor tiene un accidente de coche. Iba con su hijo, que quedó muerto en el acto; él, gravemente herido.

Hospitalizado en un sanatorio, reacciona como un verdadero santo y su primera preocupación es mandar un recado a su hija por medio de un Padre que le quiere y le visita mucho, para decirle que ni por un instante dude de su vocación por irse con él; que en estos momentos su mayor alegría es tener una hija en el Carmelo.

La Madre Maravillas participa del dolor del padre y de la hija. Escribe al sanatorio cartas de aliento y de consuelo, trata de aliviar la hondísima pena de los dos, que siente como suya.

«Yo, en mi pobreza —le escribe—, pido por ti sin cesar, con el cariño tan verdadero que te tengo y el Señor que tanto, tanto te ama, llenará El mismo el vacío que ha hecho en tu corazón. No dudo que seguirá dándote fuerzas para llevar tu Cruz doble, que los dolores y el malestar físico, como dice Nuestra Madre Santa Teresa, no lo son pequeña tampoco».

«¡Qué bueno es este Señor nuestro del alma! ¡Si vieras cuánto le hablamos de ti! Si no lo fueras ya, le diríamos, como la Santa Madre, cuando alguien le contentaba a ella: Señor, éste es bueno para nuestro amigo', pero gracias a Dios ya lo eres y de los más íntimos, pues así te regala con su bendita Cruz…»

* * *

Sin darse casi cuenta, pasados los primeros meses, se encuentra la postulante de lleno en su vida de novicia.

La Madre Maravillas les hace ser consecuentes con lo que vienen buscando y quiere que vayan conociendo bien la vida que libremente van a aceptar un día hasta la muerte.

Quiere que se sientan desde el principio en su propia casa. Ya antes de entrar les habla en sus cartas de «tu Carmelo», «tu casa», «tus hermanas».

En la recreación del mediodía las novicias trabajan en la huerta: arrancan hierbas, limpian caminos, etc.

Una postulante rezagada corre a reunirse con las demás, no lleva el delantal que todas suelen ponerse para estos trabajos y por el camino se encuentra a la Madre que pasa por allí hablando con otra postulante recién entrada. La propia interesada lo cuenta así:

«Me vio Nuestra Madre que no llevaba el delantal puesto y me preguntó dónde lo tenía. 'Allí en casa', le contesté. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Hija mía, ¡qué alegría más grande me da! Sí, es verdad, la casa de Dios es su casa. Vivimos a la sombra de sus alas.

Se me quedó tan grabado que nunca lo he podido olvidar».

Sigue la Madre su camino hacia casa. Quedan atrás las risas y voces de sus novicias que siguen su trabajo con la ayudanta del Noviciado.

La Madre disfruta oyéndolas y dice a su nueva hija:

—Mire qué alegría tienen todas. Cuanto mejor se guarda el silencio durante el día, más alegres son las recreaciones.

En estas recreaciones no permite las conversaciones particulares que puedan enfriar la caridad. Aquí todas se han de amar, todas han de ser amigas, todas han de participar en la misma conversación general. La alegría es espontánea, la risa se provoca por cualquier incidente menudo.

Ella comenta:

—La verdad que no sé cómo estas criaturas pueden estar calladas alguna vez.

Pero sí que lo están. Tañe la campana a final de recreación y en seguida dejan todas sus instrumentos de trabajo y va cada cual a su ocupación en silencio, o a su celda.

Daba la Madre grandísima importancia al silencio, bien guardado, que no es silencio triste ni retraído, sino el ambiente propicio para encontrar a Dios en la oración.

La soledad es una nota que distingue al Carmelo. Esta soledad interior es el gran secreto de la vida Carmelitana. En ella se transforman las almas en Dios, si ellas se dejan.

Pero es ésta una soledad no sola, sino con dulcísima compañía.

«Piense —le dice a una novicia— que no está nunca sola, que Cristo está siempre pendiente de V. C.... Teniéndole a El, nada nos hace falta, ¿verdad que sí?»

No quiere ella monjas tristes ni desalentadas por sus faltas. Las corrige con toda energía cuando no son sólo faltas de flaqueza, pero al mismo tiempo, las anima y aprovecha la ocasión para que se conozcan y no se apoyen en sí mismas sino en Dios.

«Sí, hija, tenga mucho cuidado de dar siempre al Señor cuanto El quiera y serle muy fiel, que no merece menos Quien tanto la ama y tanto sufrió por V. C.... ¿Le pidió su ayuda en la lucha para no caer? De todos modos, ya sabe, si caemos, 'Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo'. Desanimarse nunca, pero ahora tiene que hacerle olvidar su infidelidad con más intensidad de amor y que lo que haya sacado de esto el enemigo, sea mayor intimidad de su alma con Cristo, como El lo desea. La disciplina de esta noche en el Noviciado, tómela como penitencia y al besar en reparación su Crucifijo, dígale que le ama más que antes...»

Y a otra:

«Aunque caiga, levántese en seguida, pida perdón al Señor y acuda a sus méritos, que El quita el pecado del mundo y a empezar de nuevo. Si El no se hubiera levantado cuando cayó con la cruz, ¿qué hubiera sido de nosotros?»

Quería a sus novicias mortificadas y en esto como en todo no tiene mucho que enseñarles con la palabra ¡lo ven tan de cerca en ella! La primera penitencia que les exige es la de la vida corriente y austera que

han abrazado y el vencimiento del propio carácter. Deja penitencias mayores a las que ve que realmente Dios se lo pide y según sus fuerzas. Pero también aquí se ve su equilibrio, pues a cada una la guía por el camino que Dios la lleva.

Una le pide más de lo que puede y ella le pone un papelito diciendo:

«Supla lo que querría con mortificación interior, presencia y trato con Quien tanto la ama, fidelidad y amor.»

No son para ella las monjas «dengues», es decir, lo contrario de lo que Santa Teresa quería que fueran las descalzas, «nonada mujeres»; que se ocupan excesivamente de su salud y de sus cosas. Ella no ve que esto se compagine con una vocación de Carmelita, que han de ser esposas del Crucificado. Pero en la medida que la novicia se desentiende de sí misma, se ocupa ella como verdadera madre de cuanto necesita.

Un día, al pasar por la puerta de la enfermería, se cruza con una postulante jovencilla.

— ¿Qué le pasa, hija? ¿Está mala? —Pues yo encuentro que tiene mala cara, venga, venga.

Entre asustada y azarada entra la novicia en la enfermería.

La Madre abre una caja de yemas de San Leandro. Es un regalo que les han hecho y que se guarda allí para las enfermas.

—Tome, hija —le dice—, ya verá, con esto se va a poner buenísima.

Es muy caliente el verano en Arenas. Después del trabajo de todo el día y de regar a última hora de la tarde, se hace sentir más la sed. En algunos de estos días, convida a sus hijas a beber en un chorro de agua fresca que cae en el pilón. Las novicias, entusiasmadas, bautizan al pilón y le llaman «la Fuente de la vida».

Una novicia le pide con mucha insistencia hacer una noche Hora Santa. No es ella muy fuerte y sus deseos van más lejos que sus fuerzas. La Madre le nota mala cara y le contesta en el mismo papel:

«Ese deseo agrada mucho al Señor. Esté ofreciéndosele un cuarto de hora, que El se entera en seguida.»

Les recordaba muchas veces la pobreza de aquellos santos Padres ermitaños de donde descendían. El trabajo era para ella no sólo una necesidad para el sustento, sino también una consecuencia de la pobreza amada y abrazada por amor de Dios. Sus novicias siempre la veían trabajando y le oían repetir con frecuencia, animándolas al trabajo:

—Hijas, nos obliga el trabajo, que somos pobres.

«¡Qué gran cosa es la obediencia!», les decía. Para ella el no tenerla era como para su Santa Madre no ser monjas, ni sabía para qué habían venido al convento.»

La trajo el Señor —le decía a otra— para hacerla santa. Para ello, dejando su propio juicio en todo, entréguese en manos de la obediencia, que es camino tan seguro y tan recto para ir a Dios y sin pensar más que en imitar a Cristo. A ver si le imita y es como El, obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. La cruz para V. C. es... lo que le manden, con entrega completa y alegría.»

Quiere mucho a sus hijas, pero con un amor desasido, que no busca nada para sí.

A una Priora que ha sido su novicia le dice:

«Demostrarles cariño e interés es muy importante, pero dejando el corazón completamente libre. Es necesario un cariño no humano ni mimoso, sino verdadero, en Cristo nuestro Bien. Irlas enseñando a negarse, a que no haya que contemplarlas»

Y a otra: «Hay que decirles todo lo que no está bien y sostenerse haciéndoles vencerse y haciéndoles ver también que es por su bien y porque consigan sus deseos, al venir al convento, de santidad. Ahora es cuando son cera blanda para todo y más adelante, aunque se quiera remediar, no se podrá».

El amor de unas con otras, el desasimiento, ¡la humildad!, «que aunque la digo a la postre es la principal y las abraza a todas», decía Santa Teresa a sus hijas.

La Madre Maravillas no sólo respetaba la personalidad, sino que aprovechaba y encauzaba las cualidades humanas hasta el extremo y de un modo no corriente. Pero no quería que sus monjas fuesen —como ella dice en una carta— «personitas». Eso es otra cosa.

Es una carta a una Priora joven que le pide sus consejos y ella sencillamente se los da. Vale la pena copiarla casi entera:

«Lo que le decía de las novicias de que no fuesen personitas teniendo demasiado en cuenta sus opiniones o su juicio, que por bien de ellas y del convento deben de tener tan mortificado y tan flexible que pueda cambiársele cuando sea necesario, sin que se duelan de ello nunca. Al fin y al cabo la santidad no es otra cosa que nuestra voluntad unida a la de Dios sin que tengan que meterse a juzgar nunca nada. Claro que esto no quiere

decir que no puedan sentir rebeldía dentro, mientras estén luchando por conseguirlo, pero sí que se den cuenta de que en eso está la perfección, que a eso deben de tender.

Luego evitar que pongan tanto afán humano en las cosas, que hasta pongan propiedad en ellas, como en oficios o trabajos que hagan. Que vean desde el principio que se las puede quitar y poner y que no se consienta que consideren como mío nada de este mundo, pues qué pena da a veces una monja que ha dejado todo lo de este mundo por el Señor en una vida como la nuestra y luego no se la pueda tocar ni su oficina porque se duele de ello y cosas así, cuando debía sentirse feliz de no tener propiedad de nada y de sufrir las consecuencias hermosísimas de su voto de pobreza.

Claro, no le podemos exigir que tengan ya esto al empezar, pero sí ir encaminando todo cuanto pasa en el noviciado, hasta en las fiestas, funciones, etc., primero a que lo tengan como lo que debe de ser, a lo que deben aspirar y luego que lo lleven al corazón y a las obras».

Más tajante aún que la Madre Maravillas es Santa Teresa cuando escribe:

«En esta casa y aun toda persona que quiera ser perfecta, huya mil leguas de 'razón tuve', 'hiciéronme sinrazón', 'no tuvo razón quien esto hizo conmigo'. De malas razones nos libre Dios La que no quisiere cruz sino la que le dieren muy puesta en razón, yo no sé para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, adonde aún no le guardarán estas razones».

La Madre termina su carta a aquella Priora deshaciendo los prejuicios que esto pueda ofrecer a quien lo mire desde un punto de vista solamente humano. Todos caen por su base ante el único y formidable argumento que ella da a continuación:

«Y esto no es tan difícil, ¿verdad, Madre mía?, que quieran esto teniendo delante el Modelo que tenemos, que siendo Dios la Sabiduría infinita se ha anonadado hasta la locura por nuestro amor»

Estas novicias se sienten libres con la verdadera libertad y se ríen cuando alguna vez oyen decir que no hacen nunca lo que quieren. ¡Si supieran!

¿Qué tendría la Madre?

Una sola palabra suya, como la puede decir cualquiera, es capaz de disipar las turbaciones de sus monjas. ¡Cuántas veces ha ocurrido esto!

Un día es una novicia que se siente sin fuerzas, está cansada, le duele todo... Pero allá va a tocar la campana, que es el oficio que tiene esa semana. Ella la ve ir, la detiene un momento y le pregunta:

—Es tañedora esta semana, ¿verdad?

Es todo lo que le dice, pero la novicia se siente feliz, con fuerzas, animada. Todo se le ha olvidado.

Otro día la tentación tiene a una novicia llena de tristeza y turbación. No puede ser carmelita, está viéndose a cada rato sin virtud..., es imposible. Se lo tiene que decir a la Madre para que vea que todo es inútil. Ella la escucha. Y sonriendo, solamente le hace en la frente la señal de la cruz y le dice:

—Con este signo vencerás.

No hace falta más. La alegría vuelve a inundar a la pobre novicia; en un instante todo ha cambiado y se pregunta si es posible haber pensado semejante cosa.

Sólo con verla aparecer se llenan de alegría sus hijas. No necesitan de muchas palabras, saben que la Madre las conoce y sabe bien cómo están. Se sienten seguras con ella, que les da tanta confianza y tanta paz. No saben por qué, pero cuando están con ella se aumenta el deseo de ser mejores, de darse más y más a Dios.

Así va preparando el terreno de sus novicias con vigilante prudencia y espíritu sobrenatural, con todas esas virtudes que Santa Teresa veía necesarias para tener oración. Cada alma tiene la suya y ella no se adelantará nunca a la obra de Dios en cada una, respetando y dejando hacer al único y verdadero Maestro; sólo El puede enseñar a cada alma su oración. Pero Dios no hará su obra si no encuentra el terreno preparado, libre de impedimentos, abierto y entregado a su acción.

Este es el trabajo que quiso hacer en sus hijas, el trabajo humilde de preparar los caminos al Señor. Como ella decía en aquella carta.

«Guiar a mis Hermanas.» Ayudarlas. Lo demás le pertenece a Dios.

Vuelve la Madre por la noche de recreación con sus hijas. Todas, ya en silencio, van pasando una detrás de otra por un camino estrecho que las obliga a ir en fila. En la tapia que separa las dos huertas van reflejándose las sombras. Una, otra, otra... No se sabe quiénes son; éstas hoy, mañana otras... Muchas las que han pasado por su mano. Carmelitas Descalzas que caminaron hacia Dios por caminos de pobreza y humildad.

Vienen a la memoria aquellas palabras de Santa Teresa de Jesús que tanto gustaban a la Madre Maravillas;

«Caminemos para el Cielo, monjas del Carmelo».

Capítulo 27

Carmelitas Descalzos en Talavera

En los viajes de Arenas a Madrid la Madre Maravillas pasa por Talavera de la Reina.

Esta ciudad, decaída un tanto de su antiguo esplendor, conserva todavía en su parte antigua un cierto aire señorial que le dan su hermosa Colegiata del siglo XIII, sus iglesias de Santiago y San Salvador de los siglos X y XI respectivamente, la de Santa Leocadia del siglo XV y el monasterio de San Jerónimo del XVI.

Tiene además Talavera la ermita de Nuestra Señora del Prado, la reina de las ermitas, como la llaman los buenos talaveranos.

Situada a la entrada de la población, la Madre tiene forzosamente que pasar por su puerta, y ni una sola vez deja de saludar a la Virgen con una Salve, que reza con sus acompañantes desde el coche.

A su espíritu observador no se le escapa el hecho de la evolución de esta villa, que por aquellos años crece por los cuatro costados. Su posición privilegiada en la vega del Tajo, que fertiliza sus huertas, su industria de cerámica, que resurge ahora con nuevo vigor, y su proximidad con Madrid y Toledo, influyen sin duda en su rápida repoblación. De un viaje a otro nota la Madre, y hace notar a las Hermanas, cómo se van levantando nuevos edificios y abriéndose al público tiendas y almacenes de todo género. Se construyen sobre todo numerosas viviendas, especialmente en los barrios extremos. En cambio observa que no se construye ninguna Iglesia.

Ya van adelantadas las obras de Aravaca y es el último viaje que piensa hacer a Madrid. Por esto, al pasar esta vez por Talavera quiere detenerse para saludar a las Carmelitas.

La Priora le habla de la importancia de conseguir que vayan allí los Padres; además es el momento, pues la antigua iglesia y convento de los Padres Carmelitas, perdidos para la Orden en la exclaustración de

Mendizábal y convertido en la Cerámica del Carmen, está medio derruido y lo van a tirar.

Esta conversación con la Priora dio qué pensar a la Madre Maravillas. Ella decía siempre que las fundadoras habían sido las Carmelitas de Talavera. Influía también en su ánimo pensar que así podrían atender los Padres a la Comunidad de Arenas sin tener que ir desde Avila ni pasar el puerto del Pico en invierno.

Al salir del locutorio quiso ir a ver el antiguo convento. Estaba en el centro de la población. Cerca había dos iglesias; no era allí sitio a propósito para lo que se pretendía. Lo mejor sería encargar a M. Martín Muías que viese si había algunos terrenos a la entrada de Talavera por la carretera de Madrid, porque entonces era un descampado con algunas casitas, y ella pensaba que por allí sería el ensanche de la ciudad.

Cada vez más llevada de su idea, consulta con el Padre Valentín de San José, Provincial entonces de los Carmelitas de Castilla. Este pone algunos reparos, quizá por delicadeza, pues conoce la situación económica de la Madre, pero no puede disimular del todo su complacencia.

M. Martín Muías se entusiasma con el proyecto y encuentra unos terrenos que le ofrecen en muy buenas condiciones.

Pidió la Madre a un arquitecto, gran amigo suyo y hermano de una Carmelitas, que le hiciera los planos y firmase el proyecto ‘J.

«Nosotras seguimos sin blanca —escribe—, pero ahora no hace falta, pues dice nuestro Padre, por lo menos lo decía en una carta, que no corre prisa ninguna el empezar el convento, que tienen que ir los planos a Roma para su aprobación, y cuando vuelvan, espero tendremos lo de doña S. y, además, como no tendremos bastante habrá que dar algún otro ‘atraco’».

Durante tres años la Madre se ocupará con infatigable solicitud de las obras de esta fundación, y si bien es cierto que confía y descansa en el Señor, también lo es que hay que pagar, que vencen los plazos, que los gastos son mucho mayores de lo que se pensó al principio y que en último término, ella es la responsable de todo.

Por supuesto, no pierde su serenidad habitual como puede verse en esta otra carta:

«Atención, atención. Ya Talavera va a tener un nuevo templo dedicado a la Reina del Cielo y Reina también de la tierra, por dicha nuestra.

«Telefonea Manolo que mañana a las nueve de la mañana viene a por el mí...llón, y yo no tengo el millón y hay que encontrarlo...».

Estos S. O. S. lanzados al Cerro no quedan sin respuesta. Una vez más el Corazón de Jesús acudirá en su ayuda.

El 23 de mayo de 1956 había muerto santamente doña Catalina, aquella señora que conocimos en la fundación del Cerro de los Angeles, en cuya Comunidad ingresó más tarde una de sus hijas.

Había sido muchas veces durante estos años la mano de que Dios se había servido para sacar a la Madre de apuros en momentos difíciles.

Habría que citar muchas cartas suyas para dar una idea de su aprecio, amor y gratitud hacia esta señora de quien siempre decía: «Es un alma grande.»

Su hija carmelita al hacer los Votos perpetuos había renunciado a todo en favor de los pobres y necesitados o de cualquier otra obra que redundase en gloria de Dios.

Pero los trámites son largos y complicados. Dios lo permite así para que la Madre tenga que hacer las cosas pidiendo adelantos, siempre pasando apuros.

Ella quiere que los Padres de Talavera no carezcan de nada en los principios de la fundación. Ahora se preocupa por la iglesia, que quiere sea sencilla pero acogedora y de gusto. Al fin encuentran un retablo que vendían unas monjas de Oropesa.

La nueva Priora del Cerro, que es una de aquellas valientes novicias que en plena guerra, atravesando media España entraron en Batuecas, sigue los pasos de la Madre Magdalena de la Eucaristía y goza adivinando los menores deseos de la Madre Maravillas.

Durante todo el año 1959 la Comunidad del Cerro con su Priora a la cabeza trabaja incansablemente para la fundación de Talavera.

Del Cerro salen grandes cajones con vajilla, utensilios de cocina, ropa, ornamentos; hasta el último detalle para que la Comunidad pueda empezar su vida de observancia sin ninguna dificultad material. Faltaba una imagen de la Virgen del Carmen para el altar mayor, y la Priora, incansable en su generosidad, quita la que tenían en la iglesia del Cerro y la manda a Talavera.

Llega el verano de 1960. En el mes de agosto tiene lugar el Capítulo Provincial de los Carmelitas Descalzos de Castilla y el Padre Valentín cesa en su cargo de Provincial.

Talavera toca a su fin.

El día 15 de octubre de 1960, fiesta de Santa Teresa de Jesús, la Madre Maravillas entrega al Padre Provincial de los Carmelitas Descalzos de Castilla, Fray Pedro Tomás de la Sagrada Familia, la iglesia y convento de Talavera de la Reina. La ciudad vive un día de gozo. En el momento de la inauguración del nuevo templo, todas las campanas de Talavera tocan a gloria.

La Madre escribe al Cerro, parece ser que el 19 de octubre:

«Me figuro que sabrán de sobra cómo ha resultado todo lo de Talavera. Ha sido una cosa magna y ha debido haber, según dicen, entusiasmo delirante. Vino Carmen Carrión diciendo que por mucho que pensemos que nunca podremos comprender la gloria que allí se va a dar a Dios, la falta que hacía, etc. Las campanas de todo Talavera repicando. En fin, que no puede haber resultado mejor y el Señor ha recompensado. Madre y Madres mías, todos sus desvelos y trabajos en prepararlo todo.

«Creo que los Padres visitaron todas las casas aquellas de alrededor, casi todas de pobres, para ofrecerse, y claro, se han entusiasmado. Realmente me parece que van a hacer muchísimo bien. Bendito sea Dios por todo. Bien se ve que ha sido cosa suya. Me acordé muchísimo de Catalina y también de su hija, que proporcionó al Señor esta gloria y este consuelo. Realmente impresionaba pensar que había un templo más en el mundo y que nada había podido el demonio, tan empeñado en que no se levantase, porque, cuidado que ha habido dificultades y contratiempos.

«Bueno, Madres mías, que el Señor les pague y recompense todo lo que han hecho por su gloria.»

Y añade hablando de su próxima ida a La Aldehuela:

«No se preocupen de nada, por caridad, que si no tenemos nada de comer, algún día les enviaremos a Neme con la bicicleta a recoger el potaje, ¿quieren? No sé..., pero estoy tranquilísima como si no fuese nada con nosotras de lo que se avecina. Verán los proyectos que tenemos por ahora, que no sé si le daremos mil vueltas aún,

«Va a profesar la Hermana M.' Reyes y al día siguiente o el 24 salir de aquí para ese Cerro santo, donde con tanto amor dan posada al peregrino.»

Capítulo 28

En el Tardón

No lleva todavía la Madre Maravillas medio año en su Carmelo de Arenas cuando los padres de una carmelita, novicia aún en el Carmelo de Cabrera, van a pedirle una nueva fundación. Lo que ofrecen es una finca en la Sierra de Córdoba. Le dan todo el terreno y la construcción de un convento adosado a la iglesia de la que es titular Nuestra Señora de la Sierra. San Calixto es el nombre de la pequeña aldea.

No se sabe por qué deja una huella imborrable en el alma, la primera visita a San Calixto. Al coger la carretera que, partiendo de Hornachuelos, se adentra por esta bravía Sierra, va al mismo tiempo apoderándose del viajero la sensación de que se acerca a un lugar legendario y misterioso... El paisaje se hace cada vez más cerrado y agreste; es fácil descubrir a uno y otro lado de la carretera grupos de ciervas, que, seguras de su impunidad, comen tranquilamente la hierba en las praderas que se forman junto a los regatos. Quizá a lo lejos cruza entre los alcornoques algún venado receloso, mostrando su majestuosa cuerna, codiciado trofeo de monteros y cazadores.

Los barrancos se hacen más profundos, aumentan las curvas y pasos difíciles al tiempo que se adentra en el alma una impresión de soledad e incluso de un poco de miedo. Parece como si a la salida de una de las innumerables revueltas del camino se fuera uno a encontrar de manos a boca con Diego Montes, Pernales o el Tempranillo, que apuntándole con sus trabucos le obligaran a darle todo lo que lleva encima.

Cuando, después de recorrer los dieciocho kilómetros que separan de Hornachuelos, se descubre casi de repente la silueta de San Calixto, con su gran iglesia y su torre blanca y sonriente, la impresión no puede borrarse jamás. Debe ser algo parecido a la del viajero que cruzando el desierto se topa sin esperarlo con un oasis lleno de palmeras y fuentes cristalinas.

Al contemplar hoy este San Calixto de la Sierra de Córdoba, bravo y dulce a la vez, rústico y solemne, con su antigua iglesia reconstruida, su alegre monasterio restaurado, sus casitas bulliciosas y blancas, sus campos

poblados de risas de pastores y esquilas de ganado, sus jarales impacientes de caracolas y realas, y su alta torre tocando a oración, es como si todo el conjunto, recogiendo la emoción del tiempo, confesase ante los cielos la verdad de que esta vida de ahora es la continuación de un ayer que pasó.

Gracias al tesón y laboriosidad de los dueños de la finca se ha construido este poblado a la sombra del antiguo convento donde se santificaron los solitarios del Tardón. Lo que los estragos del tiempo y las invasiones habían convertido en un montón de ruinas, es hoy una diminuta aldea típicamente andaluza, con una docena de casitas blancas que ponen su nota de alegría.

La antigua torre del convento ha sido reconstruida lo mismo que la iglesia y adosada a ella ha edificado su casa esta familia, con una tribuna desde donde pueden oír Misa y visitar al Santísimo.

Allí, entre carrascos y matorrales, entre caballos y mastines, se cría una generación sana de alma y cuerpo. Se ayuda además a muchas familias necesitadas que ahora han encontrado allí trabajo y bienestar para sus hijos.

Hace algunos años pensaron en fundar una Capellanía perpetua. Poco después lo ofrecieron a los Padres Trapenses de San Pedro de Cardeña, a los Cartujos de Miraflores y al Provincial de los Jesuitas de Andalucía. Pero ninguno de estos proyectos pudo realizarse.

¿Por qué no hacer allí un Carmelo, en aquel lugar que en otro tiempo fue consagrado a la oración y a la penitencia?

En el locutorio de Cabrera se habla de esto, primero bromeando, luego cada vez más en serio. «Lo más directo —dice la novicia —es ofrecérselo a la Madre Maravillas.»

Y así lo hacen.

«A mí en principio me parece bien —escribe la Madre a la Priora de Cabrera—. Hay tantísimas vocaciones que es una pena no poderlas admitir. No sé si aquello es a propósito por lo solo que está. Claro que sin verlo no se puede decidir».

Se decide el viaje. Irá con las Madres de Cabrera, que al fin son ellas las que van a hacer la fundación y tiene que ser a su gusto.

Hace ya tiempo que está queriendo averiguar qué queda de La Peñuela, antigua alquería en donde vivió San Juan de la Cruz una vida más

del cielo que de la tierra y para evitar en lo posible una nueva salida pasarán por allí de camino para San Calixto.

El 22 de abril de 1955 salen de Arenas, donde se han reunido la víspera. El viaje no carece de imprevistos como suele suceder en estas fundaciones. Al llegar a Úbeda, uno de los coches sufre una avería y tiene que quedarse allí para arreglarla. El otro coche en el que va la Madre sale camino de La Peñuela. Al principio les cuesta dar con el sitio. Han preguntado a un pastorcillo que encuentran por aquellos parajes si sabe él algo de San Juan de la Cruz y de unos frailes que tenían allí un monasterio. El muchacho contesta muy serio que eso fue hace ya mucho tiempo, él ni siquiera había nacido.

Vio la Madre que allí no podía hacerse nada porque estaban industrializando aquella zona y no quedaba nada del antiguo Desierto.

Vuelven a desandar el camino y los coches siguen hasta San Calixto donde llegan muy tarde.

Al día siguiente muy temprano ya están las Madres levantadas. La Misa es a las ocho y antes tienen que hacer la oración, que dura, como en el convento, una hora, y rezar el Oficio Divino.

Después del desayuno van a ver la finca y el sitio que les ofrecen para edificar el proyectado convento.

Aquella mañana de primavera la sierra se ha vestido de sus mejores galas para recibir a las Carmelitas. La temperatura es deliciosa. La fragancia del romero y tomillo del monte se confunde con el aroma de los jardines cargados de rosas, azahares y jazmines. Han subido a un montecillo de encinas y alcornoques desde donde se domina toda la sierra en una lejanía casi infinita.

Allí, la iglesia restaurada eleva al Cielo su esbelta y blanca torre.

Los dueños de la finca van enseñándole todo a la Madre.

—Este es —le dicen— el único Sagrario en toda esta comarca.

Lo que sienten es que cuando ellos se van hay que consumir el Santísimo. Si estuvieran allí las Carmelitas tendría también el Señor allí su morada permanente...

Esto pesa en el ánimo de la Madre.

Pero otras cosas pesan también y se lo dice. Quiere hacer la fundación sin renta y teme que allí quizá no puedan sustentarse sólo de su trabajo; ¡está aquello tan apartado, tan solo!

Le gusta todo, pero no puede contestarles todavía. Tiene que pensarlo, encomendarlo a Dios.

Por la tarde otro paseo por la finca. Fueron a ver la Cruz Verde y la Virgen de la Peña, rezaron Vísperas y Completas. Exposición, Rosario y la Salve de los sábados.

Esa noche la sobremesa se alarga más de lo que habían pensado.

Quieren leer a la Madre las Crónicas del Tardón y ella lo escucha con verdadero interés.

«A mediados del siglo XVI llegó a estos parajes el venerable Mateo de la Fuente, acompañado del joven Diego Vidal, ambos discípulos de San Juan de Avila. Venían buscando en estas soledades un lugar apropiado para dedicarse a una vida de oración y penitencia. Después de haber probado varios sitios que no les satisfacían, caminaron a la ventura subiendo una alta ladera cubierta de jaras y zarzales, por donde se abrían paso con dificultad, y así llegaron después de recorrer legua y media a una explanada al pie de un alto monte con abundancia de agua y exuberante vegetación. Lugar completamente Inculto conocido por 'El Tardón'. Buen retiro para alabar y servir a Dios este donde los dos venerables penitentes fijaron su choza y su ermita.

«Junto a una ermita derruida dedicada a la Virgen María Nuestra Señora, alternaban su vida de oración y penitencia con el cultivo de la tierra para subvenir sus mínimas necesidades. Tal fama adquirieron los primeros ermitaños que muy pronto empezaron a acudir muchos hombres desengañados del mundo solicitando ser admitidos en la Comunidad.

«Fue entonces cuando el buen Hermano Mateo se dirigió en súplica al Ayuntamiento de Córdoba para que les permitiese labrar una iglesia y monasterio. Obtenida la licencia edificaron una pobrísima iglesia cuyas paredes eran de piedra y tierra cubiertas de corcho, en la que se siguió dando culto a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Sierra, dedicándose un altar a San Miguel Arcángel, de quien Mateo era muy devoto.

«En este bello rincón de Sierra Morena gustaron aquellos frailes la delicia secreta de dormir sobre el duro corcho y ser despertados a

medianoche para rezar a la luz de las estrellas. Aqui se sintieron felices elevando plegarias, miniando códices, hilando y tejiendo paños, escribiendo tratados filosóficos y escalando las cumbres de la Teología, sin descuidar por eso el cultivo de la tierra. Trabajaban en labores de manos y cuanto obtenían por su trabajo lo repartían entre los pobres. Si sabían de alguna familia necesitada, enviábanle pan y paño para sustento y abrigo. Así es que los monjes del Tardón eran venerados como verdaderos santos».

A la Madre y sus hijas se les ha pasado el tiempo sin sentir. Están impresionadas. Es como si la lectura de aquellas viejas Crónicas las hubiese arrancado del tiempo y trasladado en espíritu a aquel siglo tan pródigo en heroísmos de todo género y en el que tantos santos florecieron.

Así lo dice a los señores, que esperan con ansiedad su respuesta.

Aún no puede contestarles nada; lo hará cuando el Señor le dé luz.

Se ha hecho muy tarde. Suben a los cuartos que les han preparado. La Madre queda un buen rato en silencio junto a la ventana. Recuerda aquellas chocitas que había visto en un barranco junto al río, donde vivían los antiguos solitarios. Allí oraban y trabajaban, intercedían por el mundo y ganaban las batallas de Dios. Allí Fray Ambrosio Mariano se decidió a cambiar esta vida eremítica por la Orden de la Virgen.

—La verdad —dice a las Hermanas— que esto tiene algo. Podrían continuarse aquí las alabanzas de Dios...

A ellas les había pasado lo mismo, pensaban que debería hacerse allí un Carmelo.

La Madre está decidida. No quiere esperar al día siguiente para darle a esta familia la noticia que sabe cuánto les va a alegrar.

—Mire a ver si se les siente levantados —dice a una Hermana.

Así era. Entran en el salón y les dice;

—El Señor nos ha dado luz y aceptamos la fundación.

No pone más condición que su gran caridad y cariño no les vaya a quitar la pobreza.

La emoción y alegría de aquella familia tan profundamente cristiana, es imposible de describir. Hay allí lágrimas, abrazos, efusiones y un inmenso agradecimiento, primero a Dios y después a la Madre, que se ha dignado aceptar su casa para fundar en ella un Carmelo. Benditas familias con tan arraigada fe, que saben que dar a Dios es recibir a manos llenas.

Dentro de unos instantes darán las doce en la dormida aldea de San Calixto.

Antes de acabar el sábado, Dios ha querido regalar a su Madre el Carmelo de Nuestra Señora de la Sierra.

Al día siguiente empezaron a tomar medidas y a trazar el nuevo convento, que querían adosar por el Coro a la iglesia ya construida.

Vuelven a Arenas. En mayo empiezan las obras y aunque todos querían que la Madre fuese a vigilarlas con cierta frecuencia para que todo quedase como deseaba, sus hijas procuran evitarle estos viajes y ella irá cuando esté terminado.

El dueño en persona, compenetrado con la Madre, lo dirigió todo.

La obra avanza rápidamente y en un año queda terminado el convento. En la primavera de 1956 está a disposición de recibir a sus moradoras.

* * *

Escribe la Madre al Ecuador y les dice a sus hijas de allí de esta nueva fundación:

«Ya les habrán contado lo de la fundación de San Calixto. No lo hago por no repetir, pero si no le hubiera llegado dígalo y les contaría todo. Ha sido cosa de Dios desde luego, pues yo no iba nada animada a que se hiciese, y aun allí no pensaba de ningún modo dejarlo decidido y no pude menos de hacerlo. Es preciosísimo aquello, y sobre todo el recuerdo de aquellos tan santos solitarios del Tardón. Es precioso y se ve es cosa de Dios todo aquello» 470.

Algo parecido escribe a Cabrera:

«Realmente fue un viaje en el que hemos gozado mucho viendo lo que será San Calixto para el Señor, que no cabe duda que todo fue cosa de El, que bien lo sentimos así, ¿verdad?»47'.

Tiene razón la Madre. Dios quería tener allí un Carmelo. Lo demostró aquel día poniéndoselo en el corazón cuando no lo pensaba y lo sigue demostrando ahora, pues en todo lo relacionado con esta fundación se ve la mano de Dios guiándolo y facilitándolo todo.

En seguida empezaron a entrar postulantes y a los tres años estaba completa la Comunidad.

Después de la muerte de la Madre Maravillas escribían así las Carmelitas de San Calixto:

«Aquí no se necesita la fe, pues palpamos, por así decirlo, la mano paternal y omnipotente de Dios, que cuida de nosotras hasta de los menores detalles.

»Encerradas aquí, entre tapias y rejas, en medio de Sierra Morena, jamás nos ha faltado lo necesario, y sobre todo, el Señor se las arregla de manera que siempre tenemos más trabajo del que podemos, nos llueven los encargos, y lo más prodigioso es que, a la distancia que estamos, viene la gente aquí para adquirirlos. Si esto hace en lo material, qué será lo que el Señor haría y hará en lo espiritual si con nuestra fidelidad seguimos este camino tan lleno de sabiduría divina que nuestra Madre Maravillas nos dejó y que ella vivió siempre de la manera más sencilla y humilde, con ese vacío propio que la caracterizaba y esa confianza sin límites en Dios Nuestro Señor.»

A fines de mayo salen de Cabrera ocho monjas. Poco después tres del Cerro y dos de Duruelo para la fundación de San Calixto.

Dos meses antes escribe la Madre Maravillas a aquellos señores:

«... agradeciéndote en el alma cuanto en ella me dices y alabando a Dios de cómo en tan poco tiempo ha querido por vuestro medio, esfuerzo y trabajo tener preparada esa 'Casa de la Virgen', que así se llaman estos Palomarcitos... Dice nuestra Santa Madre que... 'gran cosa es lo que agrada a Nuestro Señor cualquier servicio que se haga a su Madre'>72, y yo creo lo es muy grande este de darle una casa más.»

Y más tarde a las Madres de Cabrera, de donde salieron la mayor parte de las monjas de esta fundación:

«Que la Virgen las llene a todas de todas las virtudes que más agraden a su Hijo divino, que las haga semejantes a Ella, puesto que tan hijas suyas somos las Carmelitas, y que en Cabrera y en El Tardón se viva sólo para contentar a Jesús, olvidándose por completo de sí mismas, como para mí deseo... ¡Ay Dios mío! ¡Qué ganas tan inmensas de dárselo todo al Señor y aprovechar para esto lo que nos quede de vida!...».

En los últimos días, en San Calixto, todos se multiplican para que al llegar las monjas no falte detalle. Al divisarse los primeros coches los hombres echan a vuelo las campanas.

¡Qué emoción la de aquellos momentos! Allí esperaban pequeños y grandes, todas las gentes de la aldea y sus cercanías, felices de recibir al fin a sus Carmelitas. Allí los fundadores que con tanto cariño han preparado aquel palomarcico de la Virgen.

El convento está terminado y limpio, la cena preparada, un gallinero bien poblado, una vaca en la cuadra y en los trojes pienso para un año.

Cuando se abrió la puerta del convento para que pudieran visitarlo antes de poner la clausura, un buenísimo empleado de la finca, al ver aquellas celdas tan vacías de todo lo que fuera comodidad, exclamó entristecido viendo allí a la hija de los dueños: «¡Andá! ¡Y yo que pensé que mi señorita entraba en el convento pa mejorar!»

El 30 de mayo celebra la primera Misa el Padre Valentín de San José. Por la tarde inauguración y bendición del convento con una procesión solemnísima, en que el señor Obispo de Córdoba, llevando el Santísimo Sacramento, recorrió y bendijo todas las celdas y dependencias del convento.

Después todos se van y las Carmelitas quedan solas en su nuevo palomarcico. Una profunda paz sucede a la jubilosa alegría de la llegada.

El sueño de muchos años se ha hecho realidad en sólo trece meses. El Sagrario de la iglesia Je San Calixto ya no volverá a quedar vacío.

Capítulo 29

La quinta de recreo

¿Cuándo descansará la Madre?

Por ahora desde luego no. En este momento —otoño de 1955— la encontramos de nuevo preparando una fundación. Acaba de hacer la de Arenas, tiene entre manos la de San Calixto, ¿y ahora?

En su convento de Arenas pesa y mide las razones para hacer uno más.

Las vocaciones que siguen llamando a la puerta del Carmelo le habían hecho pensar en aceptar alguno de los sitios que le ofrecían en la diócesis de Avila. Pero de pronto todo cambia y se concreta.

Ella misma lo cuenta en una carta a la Madre Inés del Niño Jesús, Priora entonces del Carmelo de Cuenca, Ecuador. Le dice cómo, pensando ella en hacer la nueva fundación por aquellos alrededores, en tierra de Avila, le llegan noticias de la Madre Magdalena de la Eucaristía, Priora del Cerro, comunicándole que los hermanos de una de las monjas le ofrecen unos terrenos en Aravaca. Con toda generosidad, pues allí tienen muchísimo valor. Precisamente en aquellos alrededores de Madrid y donde a ‘a Madre Magdalena se le había ocurrido hace tanto tiempo que estaría muy bien un Carmelo.

A ella le gustaría hacer una quinta de recreo en la Cuesta de las Perdices.

Cuando se hablaba de sitios que ofrecían para fundaciones, siempre decía: «Lo mejor, una quinta de recreo para Jesucristo en la Cuesta de las Perdices.»

Las monjas le daban bromas con esto, que seguía con su acostumbrado buen humor.

Pero no era para ella una broma.

Pensaba siempre que aquellos lugares de la salida de Madrid, hacia la Sierra, estaban llenos de chalets donde muchas personas, después de haber

trabajado afanosamente toda la semana, se retiraban a descansar siquiera unos días. Esto le daba mucho que pensar.

Era un alma grande, con un amor a Jesucristo que no le cabía dentro y una generosidad sin límites.

Feliz en su vocación de Carmelita, recordaba, riéndose, lo mucho que le costó entrar en el convento. Cuando a las pocas horas de entrar la Madre Maravillas estaba en su celda, hablándole y ayudándola en esos primeros momentos, ella iba sacando las cosas de la maleta. La Madre, extrañada de ver la cantidad de pañuelos que había llevado, le preguntó por qué era eso. Contestó que para lo mucho que iba a llorar en el convento. ¡Quién le iba a decir que a poco de estar en el Carmelo besaría las paredes de su celda, como su tocaya María Magdalena de Pazzis, con una alegría que ya no le faltaría ni aun en los momentos más duros y difíciles que le esperaban!

Pues bien. Ella quería para el Señor un lugar de descanso, donde pudiera ir a hacer sus confidencias y a olvidar —si así se puede decir —los trabajos y los vacíos que iba encontrando por otras partes. Por eso allí, en la Cuesta de las Perdices, donde al lado de los pacíficos chalets había otros lugares no tan buenos, quería para El una quinta de recreo donde pudiese ir a pasar el fin de semana, o mejor dicho, una semana que no tuviese fin porque allí no se viviese más que para El, para consolarle, para darle gusto, para hacerle olvidar sus penas.

Ahora se lo ponen en la mano.

Habrá que ir a ver Aravaca. La Madre Maravillas el 7 de diciembre de 1955 se reúne allí con las Madres del Cerro y con los dueños de la finca, que se sienten felices de poder contribuir a una obra de tanta gloria de Dios. Le ofrecen un terreno para el convento y huerta, sin más condición que la de poder edificar debajo de la iglesia una cripta y enterramiento y que las monjas rueguen mucho por toda la familia. Han acudido también varios de sus hijos, y uno de ellos, arquitecto, pone a disposición de la Madre su talento y su tiempo para dirigir las obras.

La Madre Maravillas acepta en principio la fundación, aunque todavía pasará algún tiempo antes de decidir algo definitivo. Hay algunas dificultades sobre el emplazamiento del convento, por lo que a mediados del año siguiente no se ha empezado aún la obra.

La Priora del Cerro cree que ha llegado la hora de dárselo todo al Señor, todo, hasta el Cerro que tanto quiere. Y trata de convencer a la

Madre Maravillas. Dentro de poco van a tener en el Cerro la elección y a ella —dice— no la necesitan para nada. ¿No será el momento de responder a la llamada de Dios yendo a este convento de Aravaca?

A la Madre Maravillas le había parecido bien y quería que lo hiciera a su gusto, pues además podía ocuparse más directamente de las obras desde el Cerro. Por su parte con las Hermanas que la ayudan en todas sus obras sigue atendiéndolo y yendo a Aravaca con bastante frecuencia.

Las obras empezaron a mediados del 57. Avanzaban rápidamente. ¡Un convento tan chiquito y tan pobre!

Se hizo de ladrillo sin enfoscar, de una sola planta con algo de sótano.

La Madre Magdalena, con su amor especialísimo a la pobreza, disfruta viendo subir las paredes de la quinta de recreo, que piensa ella que cuanto más pobre sea para sus moradoras, más deleitosa será para el Señor.

También se preparó la huerta, que hubo que abancalar mucho por el gran desnivel que tenía; se pusieron árboles y plantas, se hizo un pozo que dio agua abundante para el riego.

En junio quedan terminadas las obras y ya está el convento en condiciones de poder empezar allí la Comunidad su vida de observancia.

Llegan al Cerro siete monjas de Mancera con las siete del Cerro que han de formar la Comunidad de Aravaca.

Quería la Madre Maravillas que se reunieran un poco antes en el Cerro las monjas que de distintos conventos iban a formar las comunidades en sus fundaciones, pues era como el tronco de donde salían todas las ramas de sus conventos; más aún, como la lámpara que se encendió un día ante el Corazón de Cristo, en donde irían a encenderse todas las demás.

Allí les escribe ella en vísperas de la fundación:

«Me figuro que estarán disfrutando al ver que el Señor va a tener otro Sagrario donde habitar, otro palomarcito donde vivan sólo para El y otra casa de María para que con Ella le amen y le sirvan.» Y dice a la Madre Magdalena: «Enhorabuena, Madre mía, por haberle regalado a su Cristo cosa que tanto le gustará».

Surgieron dificultades que hicieron imposible a la Madre Magdalena ir entonces a este convento que con tanta ilusión había visto levantar.

Asiste en espíritu a la inauguración, que tuvo lugar el 21 de junio de 1958.

El Padre Valentín de San José celebra la primera Misa, y su homilía, en la que habla del valor de una vida de oración escondida, conmovió a los circunstantes. También les conmueve la pequeñez y pobreza del convento, que visitan en los días en que aún están sin clausura.

A 11 kilómetros de Madrid empieza su vida este Carmelo, con su iglesita, donde el Corazón de Jesús tiende sus brazos a cuantos quieran ir a El. Por dentro, su gran austeridad y pobreza no impide que sea muy alegre y acogedor. Techos bajos, paredes encaladas, puertas y ventanas sin pintar. Un precioso crucifijo de talla preside como Rey de la casa todo el convento.

Pasado algún tiempo y solucionadas todas las dificultades ya puede ir a Aravaca la Madre Magdalena de la Eucaristía.

La Madre Maravillas tiene que salir una vez de su convento acompañando a una Hermana al médico y hacen noche en Aravaca.

Es de suponer el recibimiento que les preparan, pues tienen veneración por la Madre.

Puede dar una idea de la alegría y el entusiasmo de tenerla al menos unas horas con ellas, lo que sucedió a su llegada.

Estaba una Hermana que llevaba poco tiempo en el convento con una familia en el locutorio.

En ese momento llega la Madre Maravillas. Las monjas, todas en el zaguán, la reciben con una verdadera explosión de alegría.

La familia que está en el locutorio se extraña de aquello tan insólito en un convento de Carmelitas, y uno de ellos pregunta a la Hermana:

— ¿Qué es eso que pasa?

Ella no tiene ni idea de lo que son esas cosas y les dice muy convencida:

—Es un acto de comunidad.

El asombro es aún mayor, y vuelven a preguntarle:

—Oye, ¿y a todos los actos de comunidad vais con este alboroto?

Sólo tres años estará esta vez la Madre Magdalena, pues la Madre Maravillas volverá a pensar en ella para Priora de Montemar. Está lejos la fundación. La Comunidad es muy joven. Con la Madre Magdalena allí

estará ella segura, al menos hasta que todo esté en marcha. A Aravaca puede ir la Madre Inés del Niño Jesús, que está en Mancera.

* * *

No es éste momento para hablar extensamente de estas dos Carmelitas, hijas de la Madre Maravillas, de las que tanto habría que decir. Pero sí será bien dar una breve noticia de su vida, por ser sus dos primeras Prioras que dejaron este destierro precisamente en este convento de Aravaca, y más aún para ver reflejada en ellas la obra de la Madre que supo guiarlas por las sendas del amor y de la correspondencia a la gracia sin anular su personalidad, sin enterrar sus talentos, sino encauzando y dirigiendo todo ello hacia el fin para que Dios las había escogido y el ideal con que ellas mismas soñaban al llamar a las puertas del Carmelo: ir en busca de la santidad por el camino que dejó trazado para sus hijas Santa Teresa de Jesús.

Ello nos servirá además para contrastar la santidad de la Madre. Porque «si el árbol es bueno —ha dicho Jesucristo en el Evangelio— dará frutos buenos, y si el árbol es malo o está dañado, lo estará también todo lo que de él proceda. Por sus frutos los conoceréis».

Fue la Madre Inés del Niño Jesús una de las primeras hijas de la Madre Maravillas que recibió en el Carmelo del Cerro de los Angeles cuando hacía sólo seis meses que había sido nombrada Priora de aquella Comunidad.

Catorce días antes que ella había entrado la Hermana Magdalena de la Eucaristía. ¡Qué distintas son las dos postulantes que recibe en aquel diciembre del año 26 la joven Priora! Ella ve en seguida en esta variedad la mano del Artista divino, que no hace sus obras en serie, sino que una por una las concibe, las acaba y las perfila. Madre Maravillas las cambia de nombre, y mientras pone a una Magdalena, porque presiente ya en ella el fuego y la vehemencia de su gran corazón, llama a la otra Inés, porque ningún otro nombre puede expresar mejor el candor y la transparencia de su alma.

A los ocho días de su entrada en el Carmelo la postulante se incorpora a la vida del Noviciado. La víspera, a las doce de la noche, recorre los tránsitos, en los que las Hermanas, arrodilladas en las puertas de sus celdas, esperan a la Madre Priora, que pasa dándoles la bendición: «El Señor omnipotente —dice la Madre con las palabras de la Iglesia— te conceda una noche tranquila y una muerte santa.» Mientras tanto, la

postulante canta cuatro veces, una en cada tránsito, alguna de las muchas sentencias que ayudan a las monjas a que su último pensamiento sea para Dios:

«Cristo será tu alegría
y Cristo te enseñará
y sólo Cristo será
tu amor y tu compañía».

La voz de esta postulante, en la que parece poner su alma entera, impresiona a las monjas y a la Madre Priora. Para la Madre siempre será «su cantora». Gozará escuchándola, y más aún pensando que sólo va a emplearse en cantar las alabanzas de Dios.

Su vida transcurre al exterior como la de todas las demás novicias. Una vida de trabajo, de pobreza, de silencio y humildad y de alegre sumisión, todo lo más parecido a la de la Virgen en la casita de Nazaret. Esto al exterior; en el interior, Dios lo sabe. La Madre suele decir a sus novicias para estimularlas en la virtud:

—Miren, hijas: la misma vida, la misma Regla, la misma formación; unas llegan a una gran santidad, otras se quedan, mejor dicho, nos quedamos a medio camino.

Y más tarde, cuando los cipreses de la huerta, trabajosamente regados por ellas mismas, elevan al cielo sus copas desiguales, hará esta consideración:

—Ya ven, estos árboles plantados el mismo día, con los mismos cuidados, el mismo riego, unos crecen muy altos y otros...

Ciertamente, no es el arbolito de la Hermana Inés el que menos crece. La Madre Maravillas lo dirá después de su muerte con inmenso consuelo:

«A una muerte así tiene que haber precedido una vida santa».

Cuando en abril de 1944 sale la Madre para la fundación de Mancera ella es una de las destinadas a quedarse en el Cerro. ¡Cuánto le cuesta esta separación! Pero la abraza con generosidad y Dios convierte la prueba en una lluvia de consuelos. La Madre le escribe entonces desde Mancera:

«¡Qué felicidad es para mí tan incomparable el saber la suya, y que es tan sólida, tan verdadera que nada ni nadie se la podrá quitar!»

Se consagra entonces con alma y vida a ayudar a su Priora, que es ya la Madre Magdalena, y lo hace principalmente en el Noviciado, en el que

edifica a las novicias por su humildad, sencillez y por la rectitud con que las corrige, con firmeza y suavidad.

Así llega el verano de 1947, y al tener que dejar la Madre Maravillas su Comunidad de Mancera no encuentra para sustituirla nadie mejor que ella.

En marzo de 1952 se entera la Madre Maravillas de un tumor que tiene la Madre Inés hace bastante tiempo. La operan en el convento del Cerro, donde había ido para análisis y radiografías.

La operación ha sido tremenda. Además, como a todas las almas escogidas, Dios la regala con pruebas interiores, «nuevas perlas para su corona», como había escrito la Madre.

Poco antes de Semana Santa vuelve a su Convento de Mancera.

La Madre desde Duruelo le ayuda a llevar la cruz.

«Madre mía —le escribe—, lo que pasará no lo sabemos, lo que sí sabemos es que lo que pase será lo mejor, puesto que a quien pertenece pon tantos títulos, 'vuestra soy, para Vos nací...', la ama y todo lo puede. Lo que El quiera será lo mejor para mi Madre del alma. Ahora que yo creo que va a querer el Señor conservárnosla buena».

Y volviendo sobre esta idea que lleva tan entrañada, escribe estas líneas:

«Lo mejor y lo más agradable a Dios es dejar todo eso en sus manos, que no puede ser sino bueno lo que El quiera de nosotros y nosotras vivir descuidadas de todo, sólo ocupadas en agradarle y amarle más y más».

No todo en las cartas de la Madre son consejos espirituales. Lo más corriente es que en las mismas cartas entremezcle lo divino y lo humano, y aunque jamás falta en ellas una palabra que eleva el alma y la lleva a Dios, abundan las noticias domésticas y mil detalles pequeños que piensa pueden entretener a la enferma.

«Métase bien en la Llaga de su Cristo, ocúpese de El y de sus intereses, que son las almas, y todo lo suyo déjeselo a El. La Hermana N. está mucho mejor, pero tiene muy inflamado el apéndice. Yo, Madre mía, estoy muy bien, gracias a Dios; no fue más que un poco de jaqueca y estoy buenísima. Nuestra vaquita es un fenómeno: ha llegado a 40 litros. El chotito, una verdadera monada. Pesó 62 kilos antes del mes, que dicen es muchísimo, y nos dieron por él 806 pesetas, que está muy bien».

Dándose así a los demás con total olvido propio, disimula la Madre su pena y su preocupación, que sólo confía a algunas monjas de su intimidad. Escribe a la Madre Magdalena:

«Yo estoy muy tontica, que hasta ahora he estado muy valiente, pero espero que mejorará, porque bien sabe el Señor que sólo quiero agradarle y que le agraden estas almas que El me dio para que todas juntas le amemos y le demos gloria».

La Madre Priora de Mancera va mejorando, aunque lentamente, y llega a recuperarse del todo.

Poco tiempo después tiene lugar en Mancera la elección canónica, en la que la Madre Inés, con gran alegría por su parte, queda libre del cargo de Priora y encargada solamente de las novicias. La Madre Maravillas la envidia. ¿Cuándo podrá tener ella esa dicha?

«La felicidad de la Madre Inés es insultante», escribe con gracia a la Madre Magdalena.

Ya sabemos cómo a principios del año 1954 pide el Obispo de Salamanca a la Madre Maravillas tres monjas para ayudar al Carmelo de Cuenca, Ecuador, y con cuánta generosidad y sencillez lo acepta la Madre Inés.

Durante los tres años que pasan en Cuenca la Madre |es escribe, contesta a sus preguntas y se interesa por todo lo que pasa en aquel Carmelo. Sus cartas están salpicadas de frases interesándose por aquella Comunidad.

Cuando pasados tres años vienen de vuelta, la Madre Maravillas no descansa la noche en1 que sabe están de viaje,

«El caso es que me acosté tranquila, dejándolas en manos de Dios; pero al poco, imposible. Nevaba, hacía aire, frío intenso, y yo decía: ¡Pobres mías! ¿Cómo estarán? Como cuando Dios quiere que sintamos nuestra nada y miseria no hay más remedio que pasarlo, pues así estuve toda la noche».

El primer viernes de mayo de 1964 llega a Aravaca la Madre Inés.

Al recibirla con los brazos abiertos y el corazón de par en par no piensan sus nuevas hijas que va a ser por tan poco tiempo. Su Pastor la espera ya al final del sendero por donde Ella ha ido guiando hasta ahora. Ese senderito llano algunas veces, escarpado otras, dulcísimo siempre porque su Pastor lo ha escogido para ella desde toda la eternidad.

Pero falta todavía el último repecho antes de caer en sus brazos y en su Corazón. Y el cayado del Buen Pastor se ha convertido en una cruz.

Sólo diecisiete meses vivirá la Madre Inés en Aravaca, practicando con sencillez los más sublimes heroísmos. La Madre Maravillas, siempre pendiente de su salud, hace que la vea el especialista. El diagnóstico es vago e impreciso, pero desde luego no acusa ningún síntoma grave ni nada que tenga que ver con su antigua dolencia. Designios de Dios, que quiere poner los últimos toques de su amor en un alma tan suya. Porque la verdad es que el cáncer se ha reproducido y ha invadido todo su organismo. Ha llegado al límite de sus fuerzas.

La Madre Maravillas tiene que rendirse ante la evidencia y abrazarse una vez más con su bendita cruz.

Tan poco amiga de palabras extremosas en el trato de las monjas, suele llamar sin embargo a esta hija suya «su Corderita», haciendo alusión a su nombre de Inés.

«Nuestra Corderita —escribe— hecha un encanto en su cruz con el Señor, ¡creo que es un sufrir! Pero ¡qué pronto pasará y el haber sufrido aquí con El permanecerá para siempre! ¿Qué será? Me da una envidia, aunque al pobre corazón le cuesta separarse de una hija tan querida, siempre tan buenísima. Hágase su voluntad siempre y en todo».

Haciendo un último esfuerzo por salvarla, la Madre envía a Aravaca a un médico de toda su confianza. Este es de opinión que durará un mes. Pero Dios misericordiosísimamente acorta sus sufrimientos y a los pocos días, otro primer viernes, la Madre Inés va a hacer su nido en el Corazón de Cristo. Sus últimas palabras son:

—Jesús, Jesús, en tus manos encomiendo mi alma.

—Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío.

Lo que tantas veces le ha aconsejado la Madre: un acto de confianza y de supremo abandono en Aquel que tanto la ha amado.

«Yo no puedo decirle qué mezcla tan grande de dolor y gozo —escribe a la Madre Magdalena a Montemar—. Se la siente con el Señor, ¡y cómo la habrá recibido El! Seguro que se ha ido de la cama al cielo. ¡Un alma tan limpia y pura, sin dolo, sin doblez, tan entregada! ¡Cómo la habrá sorprendido que la haya colocado el Señor tan cerca de su Corazón!»

Y al fin acaba como la Madre acaba siempre, con esta frase que hemos encontrado y encontraremos en cada página de esta historia y en cada instante de su vida:

«¡Bien sabe El que sólo queremos lo que El quiera de todo y en todo!».

La Madre Maravillas escribe después a la Madre Subpriora y a la Comunidad de Aravaca:

«Jesús, Madre e hijas mías, sea todo su consuelo y fortaleza. Se figurarán que vivimos más ahí que aquí. ¡Cómo nos acordamos de ella! La verdad es que nos ha dejado embalsamadas con la preciosidad de su muerte. ¡Cómo estará de feliz! ¡Cómo se ocupará de sus hijas y... de su pobre madre y cómo las y nos ayudará en todo! Ya verán cómo les arregla todo de bien Madre mía, que por ahí andará ella. A ver si se reponen todas; descansen, no piensen más que en poner el conventico guapo y para que todo le sirva de descanso y consuelo a su Rey y Señor que con tanto amor las mirará. Estrechen más y más el nudo de la caridad entre todas, que ya saben cómo desea esto el Señor que nos dio ese dulcísimo mandamiento, haciéndolo semejante al primero de amarle a él con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. La verdad que es una preciosidad que no cabe más»

* * *

Dos meses después, en diciembre de 1965, terminada su misión en Montemar, donde ya queda la nueva Priora y bien asentada la fundación, puede volver a su convento de Aravaca la Madre Magdalena.

Ya se ha dicho algo de lo que fueron sus principios en la vida religiosa. Pero hay mucho que decir de su marcada personalidad y sus grandes virtudes.

Desde niña, muy inteligente, traviesa, llena de vida, se ganaba a veces reprensiones de sus maestras.

Sin embargo, contrastaba esto con una profundidad no corriente, que le hacía poner en su pupitre un letrero que decía: «Lo que los santos hicieron, ¿por qué no lo haré yo?»

Ya en el convento, al que había entrado con poquísimas ganas y donde se encontró feliz desde los primeros momentos, su vida fue una línea recta hacia Dios.

La Madre Maravillas decía siempre que desde el principio iba derecha a la santidad. A una santidad atractiva, que hacía feliz a cuantos la rodeaban.

Una gracia especialísima y espontánea, con la que disimuló hasta el fin sus dolores, animaba su conversación, llena de ingenio y simpatía. No podía con las almas lánguidas ni tristes en el servicio de Dios.

Esto encontraba eco en la Madre Maravillas, que la seguía perfectamente en sus bromas aun siendo de carácter muy distinto.

La Madre Magdalena la quería con veneración, lo que no impedía tratarla con enorme confianza y hasta meterse con ella con muchísima gracia.

La Madre Maravillas, con aquella flexibilidad de genio con que se adaptaba a cualquier circunstancia, se ponía en seguida a tono. La llamaba a veces *ma fille de consolation*.

Después de una de las pulmonías que solía pasar, temiendo la Madre Magdalena una recaída por el poco caso que hacía de su salud, le escribe haciéndole cargos.

La Madre Maravillas le contesta:

«El jubileo de la Porciúncula no es nada con lo que es nuestra celda en cuanto me ven en ella y no había medio de escribir ni nada. Ayer fui por primera vez a Maitines y la gocé, así que ya ve si he sido y soy buena. De verdad que estoy edificada de mí misma y para nada necesitaba ese chaparrón que me manda..., talmente como lo necesita V. R... Ya le digo que la reprensión no era para mí, que soy un ángel, un ángel de sumisión y obediencia...».

Ante la insistencia de la Madre Magdalena porque le diga con detalle de su salud, le había escrito unos días antes:

> «No me querían dejar aún escribir a máquina, pero me he sublevado un poco, que por lo demás estoy hecha un manso cordero; pero es que escribir un poco a mi Madre no me puede hacer daño, que además estoy buenísima, gracias a Dios, y cuidada hasta morir de ello y dejándome hacer todo. Quiero cantar mis glorias Que aprendan, que aprendan... Al bajar de recreación se empeñaron en ponerme el termómetro, tenía 38’3° y me debía de estar empezando a subir. En seguida caí en manos de la Hermana Dolores con su jeringa, que no me dejó vivir en toda la noche.
>
> »Bueno, ya me he cansado de detalles; el caso es que me puse buena en seguida, y aquí estoy para servir a Dios y a usted. Mire cómo es el Señor aun en lo más chico. Claro, yo no quería como es natural, que me comprasen cosas; contra mi voluntad me trajeron unos plátanos

de Peñaranda, gracias a Dios, muy malos, con lo que no les quedaron ganas de repetir».

La Madre Magdalena está con ella, por otra parte, como si siguiera siendo su novicia.

Le consulta la menor cosa de su alma o de su convento, le pide permiso para las penitencias, y le manda una lista para que se la apruebe o no.

La Madre Maravillas, por su parte, tiene también grandísima confianza con ella, como se ve por muchas de sus cartas.

Entre éstas que se conservan en el Cerro de los Angeles, hemos encontrado una que nos ha sorprendido. Está escrita a mano, pero no de su letra. En la primera línea y a modo de encabezamiento leemos; «Copia de una carta de Nuestra Madre que ella me mandó romper.»

La Priora del Cerro rompió esta carta, quizá la más íntima de cuantas había recibido de su Madre, pero antes tomó la precaución de copiarla, cosa que nunca le agradeceremos bastante. En ella, después de tratar de otros asuntos caseros, dice así:

«Bueno Madre mía, ahora un reservado muy reservado sólo para mi Madre y que lo rompa en cuanto lo lea..., pues que me ha entrado una pena horrible de que mi camino no es el de mi Cristo y que yo lo quiero seguir y que El también lo quiere y el caso es que estoy que no puedo más de deseos de imitarle y ¿qué hago yo?

»Pues voy a escribir a mi Madre y que me diga qué hacemos, que yo no quiero pasar ansí la vida que ya me queda poco de ella. Mire, mi Madre, ya sé que no tiene importancia ninguna y hasta a veces pienso que es por mis pecados, pero no tiene idea qué cartas: Que ya han oído de la Madre Maravillas... que si sí, que si no... Pero yo no quiero ir por un camino tan distinto del de mi Cristo...[88] Y El tampoco quiere, porque si quisiera no nos daría estas embestidas... ¿Qué hacemos? Ande, pregúntele y dígamelo pronto, que así no se puede estar... A El le gusta que se hagan locuras de esas que el mundo dice que lo son, pero que no lo son, y ¿vamos a dejar pasar los pocos años o días o meses que nos quedan?».

[88] Recuerda aquí la Madre Maravillas la gracia que recibió siendo postulante en El Escorial.

Después de unas elecciones en las que es reelegida Priora la Madre Magdalena, le escribe la Madre Maravillas, medio en broma:

«Como me figuro no tendrá experiencia en el difícil cargo que Cristo le ha encomendado y se hallará harto azorada con él, acuda siempre a ese Corazón divino en todas sus dudas y perplejidades y a su Madre dulcísima, que es la Priora de estas casas, y verá, Madre mía, qué bien le va siempre. No deje de mirar a Cristo aun cuando tenga que dar el pasto a sus ovejas. Tienda la mano con la mirada siempre puesta en El. La prosperidad que les deseo es totalmente espiritual, aunque Cristo, que es tan bueno, les dará también la material si sólo se cuidan de la otra. Y se acabó el sermón porque no sé si la nueva Madre será aficionada a ellos...»

Fue la Madre Magdalena una enamorada de la pobreza evangélica, que le nacía de su amor a Cristo pobre. Desahogaba sus deseos con su Madre, que a su vez le escribe con mucha frecuencia sobre este mismo tema:

«No sé por qué me ha entrado una perra de pobreza... ¡Es que cuando se piensa que Cristo vino a la tierra y fundó su Iglesia santa con doce pobres pescadores y en pobreza total, dan unas ganas de seguir este camino que tanto nos enseñó aquel Santo que quería imitar a Cristo de verdad!...»

El natural vivo e impaciente de la Madre Magdalena cedió el paso al fuego de su corazón, que puso de lleno en Dios.

Tenía locura por el Santísimo Sacramento y le encantaba decirle, como Santa María Micaela, aquella loca de la Eucaristía: «Cuando Tú estás contento, yo me vuelvo loca.»

Le hablaba la Madre Maravillas, ya en Mancera o Duruelo, de tantos pueblecitos donde los sagrarios estaban en un estado terrible de abandono: sucios, medio deshechos, por falta de medios también de los pobres sacerdotes, que sufrían sin encontrar remedio.

No necesitaba más la Madre Magdalena.

En seguida destinó una habitación en el Cerro, que llamó Las delicias de Jesucristo, donde iba guardando lo que podía conseguir de ropa, ornamentos, sagrarios, cuanto podían necesitar aquellas iglesitas de los pueblos. Ella misma estaba continuamente haciendo corporales con un entusiasmo que comunicaba a sus monjas. Cuando ya no tenía medios para

poder comprar sagrarios vendió los vasos sagrados que la Madre Maravillas no se había querido llevar a sus demás fundaciones.

Y sabiendo que la Madre tenía tanto interés en remediar esta necesidad se lo enviaba todo, para que tuviese la alegría de darlo por su mano.

La Madre Maravillas le contesta a estos envíos con cartas como éstas:

> «La verdad que esto ha sido una preciosidad y una inspiración de Dios, que en vez de tener un vaso sagrado, mejor o peor, en la sacristía de nuestro Convento tenga tantas casitas por lo menos limpias y arregladitas.
>
> »Llegaron los innumerables sagrarios para mi Cristo, que es un gozo tan grandísimo enviar esas casicas para el Rey del Cielo. Le envío una lista de los que recordamos se han dado. No sé si se nos olvidará alguno. Ya sé que no le importan los nombres, pero para que los lea».

> «Los curas de los pueblos de los sagrarios es un consuelo. Dicen que es un verdadero apostolado, que cambian sus pueblos en cuanto les llega la casita del Señor».

> «Ha venido nuestro Prelado. Estaba entusiasmado con sus sagrarios. Dice que es de pena cómo están en algunos pueblos y que es una bendición eso de los sagrarios que se han repartido. Es la verdad una cosa encantadora. ¡Dios le pague, Madre mía, habernos hecho gozar tanto con haberlos hecho pasar por nuestras manos, y luego decía que si nos molestaría ir por ellos!...»

Los síntomas de una enfermedad que la Madre Magdalena viene padeciendo hace tiempo en la boca se van acentuando, pero su gran espíritu se sobrepone de tal manera que había que adivinar lo que sufría.

La Priora de Aravaca vivirá todavía dieciocho meses en este valle de lágrimas. Durante este tiempo sufrirá cinco operaciones penosísimas, pasará cuatro meses fuera de su convento en la habitación de una clínica. Ofrecerá a Dios los dolores de la enfermedad, que llega a deshacerle la boca y a partirle el hueso de la mandíbula, que se le cae a pedazos, y le ofrecerá también las angustias de un sufrimiento interior indecible que sólo conocen las almas santas. Todo ello sonriendo, sin una queja, tomándolo a broma, como si no fuera con ella.

Los médicos, religiosas, enfermeras, todos quedaban asombrados de su entereza y su inalterable alegría.

Ya muy grave, los últimos días en su convento, no dejaba de rezar el rosario, que no soltaba de las manos, y era para ella un consuelo que lo rezara la Comunidad en su celda todas las noches, como así se hizo hasta el fin.

Los últimos cinco meses los pasará en su convento abrazada a su cruz, una cruz que le parece muy suave comparada con la de Cristo, a quien no se cansa de mirar[89].

El día 24 de agosto de 1972 cambia el destierro por la Patria verdadera.

Sus últimas palabras han sido para dar gracias a Dios y a su Madre Maravillas, a quien después de El debe esta felicidad incomparable de morir Carmelita Descalza.

La agonía ha sido larga y penosa, como cumple a quien tanto ha deseado sufrir por Dios y a quien ha tenido tanta sed de almas.

Para la Madre Maravillas esto ha sido un nuevo golpe, y de los más fuertes, aunque llenándola de consuelo, pues su muerte ha sido como toda su vida, la de una verdadera santa.

El convento de Aravaca sigue, lleno de paz, los consejos y enseñanzas de su Priora, que son un reflejo de los de la Madre Maravillas, en una vida de trabajo, observancia y oración. Y también de alegría, de esa alegría que nadie puede quitar porque ha nacido en la cruz y se apoya en la roca firme del querer de Dios.

* * *

Atravesando el pequeño zaguán que sigue a la puerta reglar se ve lo primero una Virgen blanca que habla de penitencia, pero que apoya sus plantas sobre un rosal florecido.

Volviendo la vista hacia el convento, testigo de tantas virtudes y tanto dolor, se lee este letrero sobre la puerta: «Casa de Dios y puerta del cielo.»

La cruz, una cruz grande de troncos, se ve más lejos en la encrucijada de dos caminos, no como signo de muerte, sino como enseña de victoria.

Todo allí recuerda la gloria de la Cruz y la esperanza de una felicidad eterna. Se vive allí de la gran lección que la Madre Maravillas enseñó, más

[89] Era un Cristo que le mandaron de La Encarnación y no dejaba de mirarlo. Quisieron las Hermanas mojarle la boca para aliviar su sed y les dijo: «Y a mi Cristo, ¿quién le dio agua?»

que con sus palabras con su propia vida: «Hay que saber cubrir la Cruz de flores, hay que procurar que no se pierdan sus frutos.»

Así había escrito ella:

> «Hemos de procurar que esta bendita cruz enviada con tan celoso amor por nuestro Dios lleve todos sus dulcísimos frutos (aunque parezcan tan amargos al natural) sin que se pierda uno solo, y esto dependerá de cómo la llevemos, sin desalientos, sin desconfianzas, con amorosa dulzura».

La quinta de recreo quiere seguir llenando el fin para el que nació. Que el Señor pueda encontrar allí un lugar para su descanso, donde pueda El regirlo y gobernarlo todo como único dueño y señor.

Todo allí parece estar lleno de la presencia de la Madre Maravillas.

Esos caminos incomprensibles de Dios, esos hilos encontrados que el Tejedor trae y lleva de donde menos se podía pensar en una labor que a veces puede desconcertar, no son sino una muestra de la habilidad de esa mano que los maneja. Si de momento no se comprende, no hay más que esperar.

No pasará mucho tiempo sin que se vea el magnífico tejido como una obra maestra de la mano omnipotente y amorosa de Dios.

¡Es tan sencilla la santidad!

En una de sus cartas dice así la Madre Maravillas:

> «... se ve cada vez más claro cómo complicamos nosotros la santidad y es muy sencilla: nada más que dejarse confiada y amorosamente en los brazos de Dios, queriendo y haciendo en cada momento lo que creemos que El quiere. Claro que cuesta, pero eso es una cosa muy buena para que podamos probarle nuestro pobre amor. ¡Qué buenísimo es! Ámele mucho, que se lo debe... Ámele como El quiere, sin buscar nada. 'Seguridad ni eso', como dice San Juan de la Cruz, y ese camino la llevará derecho, derecho allí donde únicamente quiere ir...»

Capítulo 30

En la Costa del Sol

En el oratorio privado que tiene en su casa de Torremolinos, doña Carlota acaba de asistir a la Misa. La ha celebrado un Padre de la Compañía de Jesús que está en el colegio que los Padres Jesuitas tienen en El Palo (Málaga).

Después, doña Carlota le hace sus confidencias.

Hace treinta años Torremolinos no era sino una aldea de pescadores. No se habían puesto todavía de moda las playas del Mediterráneo. Ahora una ola de turistas, españoles y extranjeros atraídos por las agencias que les aseguran quince días de sol, ha cambiado totalmente la fisonomía de este pueblecito, cuyo enriquecimiento material va en proporción con su ruina moral.

Frecuentemente los hombres no agradecen a Dios las maravillas que ha creado para que por medio de ellas le conozcan y le amen. Aquí el cielo incomparable de Andalucía, el clima delicioso, el mar tranquilo, la simpatía y gracejo de sus habitantes se convierten en armas contra su Creador.

Esta realidad es demasiado conocida para insistir en ella.

Doña Carlota contempla apenada todo esto. Sus sentimientos cristianos, su corazón noble, su espíritu enérgico y emprendedor reaccionan generosamente y busca la manera de remediar esta situación. Habla de todo esto con el Padre y le manifiesta su deseo de hacer algo para contrarrestar el materialismo que todo lo invade.

Ella querría hacer allí un colegio o convento; llevar unas monjas que hicieran algo por el pueblo. Pero hace tiempo que lo procura y no puede conseguirlo; se lo ha ofrecido a varias congregaciones de vida activa y han surgido siempre dificultades.

El Padre contesta:

— ¿Y por qué no hacer un Carmelo?

El tiene dos hermanas Carmelitas. Le habla a doña Carlota del Carmelo y de la Madre Maravillas, gran amiga de su madre.

Doña Carlota no sabe gran cosa del Carmelo, pero le tiene devoción a Santa Teresa, y además, si al Padre le gusta, pues estará bien. Queda en escribir a la Madre Maravillas y pide al Padre que apoye su petición. Por él no hay ningún inconveniente. La primera vez que vaya a Madrid irá a visitar a sus hermanas y hablará a la Madre de todo esto.

Al poco tiempo la Madre recibe una carta de doña Carlota pidiendo la fundación. Ella lo dará todo: el terreno, la edificación, todo. Lo único que pide es que se haga pronto, pues tiene la ilusión de verlo terminado antes de morir.

A la Madre le es imposible aceptarlo. Acaba de hacer la fundación de La Aldehuela y otras muy recientes.

Poco después, el Padre Borja Medina va a ver a la Madre Maravillas como prometió a doña Carlota.

En esta visita se habla largo y tendido de lo que podría ser un Carmelo en Torremolinos.

El Padre pone el ejemplo de Abrahán intercediendo ante Dios.

Podría ser además un primer paso para que conocieran la Iglesia Católica muchas almas; una llamada de Dios, como un alto en el camino, una flecha indicadora del verdadero término y descanso de su viaje, que buscan locamente por donde no lo pueden encontrar.

Sería un testimonio de fe.

Un maravilloso apostolado en la Iglesia, y para muchos, atraídos por el interés que sienten hacia Santa Teresa, podrá ser una prueba de la existencia y del amor de Dios.

La Madre está convencida de todo esto y estas razones le mueven mucho. Pero le dice que habrá que esperar.

El Padre cree que no es cosa de retrasarlo. La señora tiene muchos años, quiere dejar arreglados sus asuntos y quiere ver pronto la fundación hecha.

Mientras el Padre habla, la Madre sigue pensando en lo que él le acaba de decir.

Está el Señor allí tan solo, tan olvidado. Habría almas que se acercarían a Dios...

Al fin le dice que sin verlo no se puede decidir. Irán, pues, a Torremolinos y verán si se puede hacer.

Como la salud de la Madre no le permite ponerse en camino, decide que vaya la Madre Subpriora con la Madre Priora del Cerro de los Angeles para ver sobre el terreno, qué aspecto tiene todo aquello y si hay probabilidad de fundar allí un Carmelo.

Es la primera semana de cuaresma de 1962. El tren en que viajan nuestras Carmelitas llega a Málaga muy tarde, por lo que deciden pasar allí la noche en algún convento. Las Religiosas de María Inmaculada les dan hospedaje y al día siguiente salen para Torremolinos.

Montemar se llama el barrio donde vive la fundadora y como su nombre indica, está situado en la parte alta de Torremolinos, entre el mar y unos montecillos de pinos y abetos donde no hay todavía nada edificado.

Doña Carlota recibe afablemente a las monjas. Pregunta sobre los fines de su Orden, de la que parece tener una idea bastante vaga. Ella pensaba que tenían hospitales o colegios, pero tampoco parece desagradarle el que sólo se dediquen a la oración.

Podían ir a ver los terrenos que les ofrece. Las va a llevar su hija mayor.

Ya en el coche y después de haber visto sitios a cual más bonito, esta señora cuenta a las Madres que tuvo en el colegio una amiga que se metió carmelita. Al preguntar su nombre y decirlo, la Madre Supriora de La Aldehuela se echa a reír. Es ella. El entusiasmo de la señora no tiene punto y desde ese momento se declara la partidaria más acérrima de la fundación, que tiene que hacerse y en seguida.

Lo mismo opina su madre, doña Carlota, que pone generosamente a su disposición todo lo que quieran de su finca y en el sitio que quieran.

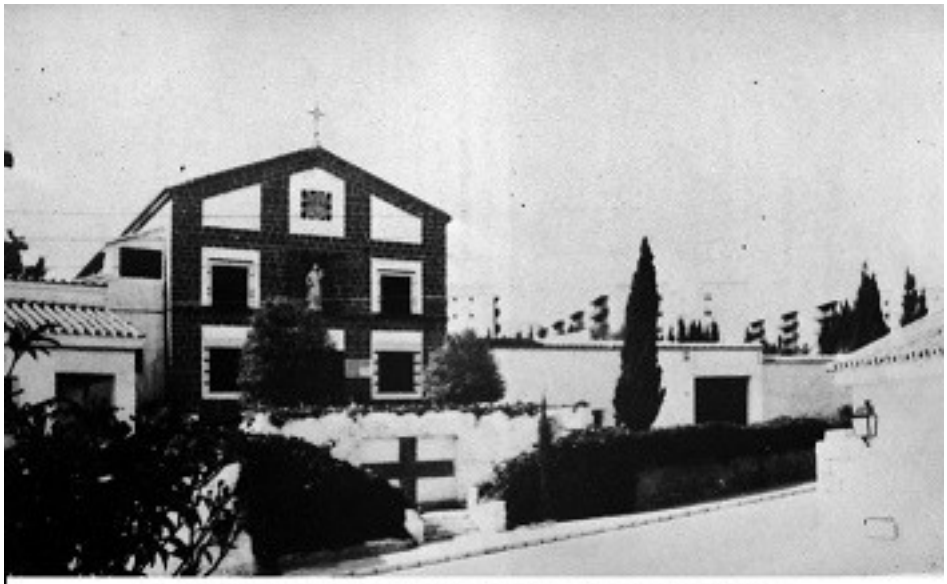
Las dos enviadas vuelven a La Aldehuela con tan buenas noticias. Pero a pesar de todo ello la Madre no acaba de decidirse.

Al fin encuentra una solución que cree va a ser muy del agrado de la fundadora.

Le han hablado de los muchos niños que se ven por allí des atendidos, sin escuela en ese pueblo. Sería muy necesario llevar unas monjas de vida activa que, por medio de colegios, dispensarios y otras obras de celo, pudieran atender a tanta necesidad moral y material. Ella puede hablar con la Provincial de las Carmelitas Misioneras, cuya Congregación, fundada por un Padre Carmelita, llenará con creces, está

segura de ello, todos los deseos de la fundadora. Y así le escribe convencida de que le parecerá muy bien.

La respuesta de doña Carlota es presentarse inmediatamente en Madrid.



Montemar. Fachada de la iglesia y convento

Ha venido nada más que para ver a la Madre Maravillas.

Lo que ella quiere es un Carmelo como este de la Aldehuela, fundado por la Madre. Antes le daba lo mismo unas monjas que otras, pero ahora no. Le ruega que vaya ella misma a ver aquello. Si además quiere llevar otras monjas de vida activa, también las ayudará, pero lo primero tiene que ser el Carmelo. Ante la bondad, la sencillez de la Madre, sintió lo que todo el que trataba con ella. Era aquel atractivo indefinible que les llevaba a Dios, que cuantos la conocieron no pueden olvidar.

Doña Carlota sale del locutorio mucho más convencida que nunca de que tiene que ser la Madre Maravillas.

La Madre se decide. Parece que se lo pide el Señor.

El día del Corpus de este año entregan un telegrama al Padre Medina que está en plena procesión:

Hasta ahora la Madre ha dirigido personalmente la fábrica de sus nuevos conventos sin regatear esfuerzos ni sacrificios. Ahora ya no puede hacerlo con la misma asiduidad, pues su salud va declinando y le impide hacer cuanto quisiera.

Ella está tranquilísima dejándolo todo en manos de estas hijas, que llevan tantos años colaborando en sus fundaciones. Pero ellas no pueden en absoluto prescindir de la Madre y en cuanto la ven mejorar un poquito,

le piden que las acompañe. Emprenderá varias veces el largo camino a Montemar.

En el primer viaje queda ya decidido el emplazamiento del futuro convento. El barrio de Montemar donde doña Carlota tiene sus fincas, resulta muy del agrado de la Madre, pues está aislado del pueblo propiamente dicho, del que le separa la carretera, en una elevación del terreno desde donde se divisa un maravilloso panorama en el que mar y cielo se confunden en un horizonte casi infinito.

La Madre, tan sensible a las bellezas de la creación, se goza con todo aquello y agradece a doña Carlota su generosidad.

En estos viajes la Madre acepta, para pasar la noche, el ofrecimiento que con gran cariño le hacen unos sobrinos suyos. Tienen la finca en Pizarra, que está a poca distancia de aquí. Podrá además tener la Misa allí mismo y será menos cansado para ella.

Los empleados del tren ya conocen a las monjas. Desde la estación anterior avisan al apeadero Aljaima, donde ellas tienen que bajarse casi de noche, y un muchacho las espera allí, con un farol, acompañándolas hasta donde está el coche.

Pero hay que dejar atados todos los cabos antes de empezar las obras. La Madre teme que en aquellos terrenos se edifiquen algún día casas de pisos que amenacen el retiro de las monjas. Tratan el asunto con el arquitecto del Ayuntamiento que las tranquiliza, asegurando que existe un acuerdo por el cual en esa zona no podrán edificarse nunca más que chalets. Sólo queda un terreno enfrente del sitio escogido para el convento, desde donde podrán dominarlo el día que edifiquen en él. Es un problema que habrá que solucionar de alguna manera. Tal vez llevando allí a las Carmelitas Misioneras, como había pensado la Madre.

Doña Carlota da prisa para que las obras se empiecen en seguida. La Madre llama a Manolo M. Muías que se traslada a Torremolinos y dirige la obra bajo la dirección de don Ignacio Cárdenas, el arquitecto que había trazado la iglesia y convento de Talavera de la Reina.

Sus hijas del Cerro y Aldehuela visitan las obras con relativa frecuencia; cuando surge algún problema la Madre lo trata con ellas y lo soluciona desde su convento.

Una de las veces que la Madre pasa por Málaga, va a visitar al señor Obispo para tratar algunos asuntos relacionados con la fundación.

Don Emilio Benavent considera como una gracia especial de Dios el tener en la diócesis un nuevo Monasterio de Carmelitas.

Todavía recuerda y añora los días pasados —poco después de su ordenación sacerdotal— en el delicioso retiro de Las Batuecas, a la sombra de uno de los conventos de la Madre Maravillas.

Al someter ahora a su aprobación la fundación de Torremolinos, el Obispo les habla de una necesidad muy grande que le preocupa y que quisiera remediar. Es el total abandono espiritual y religioso de tantas jóvenes que acuden a Torremolinos a buscar trabajo en hoteles y otros establecimientos donde encuentran grandes facilidades para ganarse la vida y muchas más para perder el alma.

Se hará el Carmelo y además compran el terreno de enfrente a doña Carlota que se lo deja en muy buenas condiciones. La Madre lo regala a las Hermanas Carmelitas Misioneras para construir una Residencia para señoras a la que se dará, además de las comodidades propias, un carácter cristiano y un fin apostólico.

Estará regida con total independencia del Carmelo por estas religiosas a las que la Madre ayudará a construir el edificio.

Ellas, en cambio, se comprometerán a no abrir ninguna ventana en la parte del edificio que da al Carmelo y a sostener con las ganancias de esta Residencia, otra en la que las jóvenes empleadas y obreras encontrarán no sólo un hogar, sino sólida formación cristiana y una ayuda en todos sus problemas.

Hoy tienen las Carmelitas de Montemar un gran apoyo y ayuda en las religiosas de la Residencia, que las atienden como verdaderas hermanas, en todo cuanto necesitan y están las dos comunidades muy unidas y compenetradas.

En sus visitas a las obras, las Madres se ven asediadas por grupos de chiquillos exuberantes de vida y de gracia andaluza, que no las dejan ni a sol ni a sombra. La completa ignorancia religiosa en que viven, es todavía mayor que la pobreza material.

Ni siquiera han oído hablar de Dios, ni tienen medio de oírlo. A la Madre le vuelve la idea de la escuelita y hace construir para este fin dos naves al lado del edificio de la Residencia, que la dirigirán las mismas Hermanas Misioneras.

La última vez que la Madre va a Torremolinos es a primeros de abril de 1964.

Había pensado ya en la Madre Magdalena de la Eucaristía para Priora de Montemar, por eso tiene empeño en que vaya también en este viaje.

La víspera escribe a Aravaca para ponerse de acuerdo con ella y ya está todo dispuesto para salir al día siguiente muy de mañana en la camioneta del Cerro.

La Madre Maravillas amanece tan mal que le es imposible ponerse en camino. Con gran pena salen como habían pensado, de Aravaca resignadas ya a ir sin ella. Pero las indomables energías de la Madre pueden más que su debilidad física. Consultan al médico que al ver que el malestar va cediendo, y ante el interés que tiene la Madre, la deja ir.

Esa noche sale en tren con la Subpriora camino de Málaga. Pero su sorpresa es grande y también su temor al llegar a Torremolinos y encontrarse que las Madres no están allí.

¿Qué ha pasado? Lástima no poder contar todas las peripecias de este viaje que nos ha narrado con vivos colores una de las Hermanas. Menos mal que no ha ido la Madre, pues hasta han tenido que empujar la camioneta en la subida de Despeñaperros De resultas de esta avería hicieron noche en Granada.

A la vuelta de este viaje, demasiado largo para que la Madre que se encuentra mal otra vez, lo haga en un día, duermen en Pedro Abad.

Saben bien las Hermanas cuánto amor y devoción tiene |a Madre hacia la entonces Beata Rafaela María del Sagrado Corazón y se alegran de tener que parar unas horas en su casa.

Oyen Misa en la habitación donde nació, convertida en capilla.

Terminada su acción de gracias las Hermanas se disponen a salir, pero ven que la Madre no se mueve. Esperan algo más, pero tampoco. Está de tal manera recogida que a sus hijas les da pena arrancarla de allí y aun pasa un largo rato, antes de poder continuar su viaje.

En 1964 ya está el convento terminado. Un convento pequeño, blanco y alegre, lleno de luz por todas partes.

De la finca de Pizarra les mandan toda clase de plantas y como allí crecen rápidamente, pronto está todo lleno de flores y la huerta abundante de frutas y verduras.

La iglesia tiene el aire sencillo de los demás conventos.

Las Madres han tenido gran empeño en buscar una imagen del Corazón de Jesús, en actitud suplicante, intercediendo por los hombres ante el Padre. Una señora se ofreció a encargarlo a un escultor sevillano.

Salen, para formar la Comunidad de Montemar, cuatro monjas del Cerro, dos de Mancera, cuatro de Aravaca, dos de San Calixto, una de Arenas y una de La Aldehuela. Catorce en total.

Van en tren. Muy lejos ya y muy distintos de aquellos viajes en carro de muías de su Madre Santa Teresa.

Pero quitando lo exterior y necesario por los tiempos, van haciendo lo mismo que la Madre Teresa en sus caminos de fundaciones:

Su oración, rezan el Oficio, el Rosario, guardan silencio. También tienen su rato de recreación en el que ríen y disfrutan, ayudándose unas a otras a suavizar los arrancones que acaban de pasar, con la alegría de dar a Dios lo que les pide, y la esperanza y la ilusión de poderle dar más y más cada día, cada minuto, en aquel conventico de Montemar.

Dos días quedó abierta la clausura y entró a visitar el convento mucha gente de Torremolinos, Málaga, Marbella, Fuengirola y otros pueblos de alrededor. A todos les encantaba.

Hubo también quien, ante el contraste de la alegría y juventud de aquellas monjas, con las paredes desnudas dadas de cal, las celdas, la austeridad y pobreza que respiraba todo, les hizo recordar con su comentario, las palabras del Padre Medina a la Madre Maravillas: «Esto sí que es un testimonio de fe.»

El 7 de mayo, día de la Ascensión del Señor, fecha que coincidía con el aniversario de la primera Profesión de la Madre Maravillas, se hizo la inauguración oficial del Convento.

Asistió el señor Obispo de Málaga, don Emilio Benavent, y varios Padres Carmelitas de Málaga. Después de bendecir todo el Monasterio quedó puesta la clausura.

La Madre Maravillas desde su Convento de La Aldehuela, sigue todos estos acontecimientos con grandísimo interés.

Desde ahora en adelante serán las cartas de esta su última fundación, un motivo más de alegría y de consuelo, y también de ocuparse con la mayor solicitud de solucionarles los problemas y dificultades que se van presentando.

Esas cartas que le van llegando de su convento de la Costa del Sol, parecen que llenan de luz andaluza el pequeño archivo donde ella lee los relatos detallados de sus hijas que la conocen muy bien y saben que participa de cuanto ellas viven día a día.

Por eso se lo cuentan por menudo y a lo vivo.

Un día es aquella tormenta que se desencadenó de pronto, al amanecer, tan fuerte que los pescadores dudan si hacerse a la mar.

Desde la playa, ven perfectamente la luz que ilumina la imagen de la Virgen del Carmen que está en la fachada del Convento, encendida desde que empieza a anochecer.

Uno de los pescadores se decide y dice a los demás:

— ¡Vamo a zalí!... Que no pué pazá ná, teniendo a nuestras monjitas rezando... ¡Que la Virgen nos proteja!

Otro día, se llena de consuelo la Madre cuando lee que los domingos hay más de ochenta comuniones en su iglesia de Montemar...

Que además empieza a verse el fruto de los sacrificios y trabajos de la escuelita...

Por las tardes, entra en la capilla un montón de niños, unos cuarenta, de tres a siete años, que van a hacer una visita «ar Zeñó que está ahí escondío».

Todos traen en la mano un ramito de cuantas flores han encontrado por el camino y los van dejando por los bancos, por el suelo, por donde pueden.

Uno de ellos, más atrevido, se acerca corriendo al altar y poniéndose de puntillas, deja su ramito lo más cerca que puede del Sagrario.

Al día siguiente, le dice la Hermana que cómo se le ha ocurrido ponerlo allí. Y él, muy satisfecho le contesta:

—Hermana, pué que pa cuando er zeñó Cura abra la puertecita, lo puea cogé er Niño Jezú.

La Madre Maravillas sigue a sus hijas con el corazón, en esas noches en que después de hacer la Hora Santa, salen a la galería del Coro alto.

Allá abajo —la Madre lo recuerda bien —se ve Torremolinos, con sus hoteles, bungalows, lugares de diversión, con el consabido cambio de luces. Hasta ellas llega, lejana, la música de las salas de baile.

Las monjas se sienten de lleno en su misión, y les sale espontáneo: «perdona a tu pueblo, Señor», que cantan a toda voz.

Saben ellas muy bien que el gran consuelo que pueden darle es decirle de un alma que se acerca a Dios o que vuelve a El después de una ausencia larga.

¡Están deseando contarle tantas cosas! En el primer rato libre que tienen se lo escriben:

«¿Sabe, Madre mía, que las campanas de su Montemar han hecho prodigios?» y siguen con el mayor detalle diciéndole, de una persona que llevaba treinta años lejos de Dios. Una madrugada, cuando volvía a su hotel, después de una fiesta nocturna, tocaban las campanas del convento llamando a las monjas a la oración.

Las seis de la mañana. Allí le esperaba Dios.

No entró en el hotel, sino en la pobre capilla del convento. Allí, delante del Sagrario, siente que le inunda la luz de Dios y lo ve todo, lo comprende todo. Su vida ha cambiado en un instante.

Otra de las grandes misericordias del Señor es la que tiene con una cantante de una de las mejores orquestas.

¿Por qué es tan desgraciada y está a punto de desesperarse? Tiene dinero, juventud, belleza, fama, gloria, ¡qué más!

Y, sin embargo, siente un inmenso vacío en su alma. Ella necesita más. Y envidia a esas mujeres que allá arriba dicen que son tan felices, ¿será verdad?

Un día, sin saber ella misma lo que busca, sale al encuentro de Dios que la esperaba para darle de «esa agua con la que no volverá a tener sed.»

Otro día una chica extranjera muy joven, pide con urgencia que esas monjas encerradas en el convento detrás de unas rejas le den algo de lo que ellas — ¡tan pobres! —tienen en abundancia y ella tanto necesita. No sabe ni por dónde puede hablar con ellas y llama angustiosamente en la ventanilla del comulgatorio: «¡Sister, sister!»

Pensaba suicidarse, pero sin saber por qué lanzó ese grito de socorro ante el que la infinita largueza del Corazón de Dios no pudo menos de acudir y abundantemente.

Le mandan a la Madre para una de sus fechas un regalo que le impresiona mucho.

Es una talla en madera de una Virgen con el Niño, imitando esas imágenes primitivas, sin proporciones, pero llenas de sentido espiritual.

Se lo explican todo en la carta.

Una chica americana muy artista fue la autora. La Virgen, tan agradecida, se lo paga nada menos que dándole a su Hijo, pues allí en el Convento, donde ella regaló la imagen, recibió la luz de la fe, y la gracia de la conversión.

La Madre la llamaba la Virgen de la Conversión y le tuvo hasta su muerte una devoción muy grande. Ya ancianita, no dejaba de visitarla con frecuencia pidiéndole siempre «por un pecador».

Por una sola alma —como su Madre Santa Teresa— daría ella mil vidas, y le parecen como nada todos los trabajos de sus fundaciones.

Les contesta también ella para agradecerles sus noticias, y les dice esas palabras suyas, tan sencillas, y tan llenas de vida, que las deja con nuevos deseos de darse más y más por sus hermanos:

> «Les ha pedido el Señor dejarlo todo y sobre todo a sí mismas, para poder usarlas como El quiera para salvar a esas almas que tanto le han costado, que tanto ama. Acuérdense de Santa Catalina: '¡Quiero que se salve esta alma!'
>
> »¡Puede tanto un alma, aunque sea pobrecita, que se entrega de veras!»

También hacen reír a la Madre las cosas que le cuentan de aquellas escenas del torno de Montemar.

Una señora, en un día de calor sofocante, se acuerda del que estarán pasando las carmelitas y se le ocurre mandarles unos refrescos.

El muchacho que se los lleva se los deja a la tornera diciendo: «Aquí os traigo de parte de mi zeñora pa que os refresquéi, que ¡digo! estaréi pazando má calor que laz ánima der purgatorio.»

Los chiquillos de por allí van al torno a hablar con la Hermana; les gusta mucho las cosas que ella les cuenta.

—Pepito —le dice un día la tornera al oír el alboroto y las risas—, ¿quiénes estáis ahí?

Cinco o seis voces le contestan a un tiempo que quieren que les cuente «argo». Ella aprovecha la ocasión y le dice al que va a la cabeza del grupo:

—Oye, Pepito, tú tienes que ser muy bueno para ir al cielo.

—Hermana, yo no quiero irme ar cielo, que estoy muy bien en mi caza.

— ¿Pero no quieres ir con la Virgen y el Niño Jesús?

—No. Hermana, que pa ezo me tengo que morí y yo no quiero morirme, que ze ha morío un vecino mío y ze ha queao má tiezo que una eztaca.

—Bueno, Pepito, pero cuando te tengas que morir te alegrarás mucho de haber sido bueno.

— ¿Y cómo me voy a alegrá, Hermana, zi me he morío, zi me he morío?

Alegrías y penas de sus hijas, que ella comparte y que agradece le cuenten, para seguirlas paso a paso.

La primera monja que muere en Montemar la recibió la Madre en su convento de Duruelo; sigue todo el proceso de la enfermedad que le van contando en sus cartas.

«¡Mire —les escribe —que haberme cogido a mí la delantera y ver 'el rostro desconocido y amado'!»

Al fin le escriben un día cómo ha sido su muerte.

Muy poco antes de entrar en coma, oye tocar las campanas a Maitines y aún puede decir a la Hermana que está con ella: «Cánteme Campanita...»

La Hermana le canta eso que tanto le gustaba a la enferma:

Aquí se goza sufriendo
y se sonríe llorando,
aquí se vive muriendo,
aquí se muere cantando.
Campana de mi Carmelo,
campanita, campanita,
di, por qué tocas a vuelo.
Una pobre carmelita
que ya está llegando al cielo.

«Yo la quería muchísimo y la he sentido de verdad —escribe a la Priora—. Pero ¿se da cuenta de la felicidad que es morir en la Casa de la Virgen? »

Capítulo 31

Que vuelva la Madre

A la vuelta de un viaje de la Madre Maravillas a Montemar en noviembre de 1963, recibe una carta de su Superior eclesiástico, el señor Obispo auxiliar de Madrid, Visitador y Vicario de Religiosas.

Don José María García Lahiguera es antiguo conocido de la Madre. Cuando ya Obispo de Huelva o Arzobispo de Valencia, visite alguno de sus conventos se complacerá en recordar aquellos tiempos en que seminarista aún o joven sacerdote, pasaba con otros compañeros noches enteras en el Cerro de los Angeles en vigilia de amor y reparación.

Recuerda perfectamente que el día 2 de julio de 1936, fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen, pudo orar ante la reja del coro en el que se hallaba expuesto el cadáver de la Madre María Josefa del Corazón de Jesús, tan querida de la Madre Maravillas, y recuerda su expresión de gozo y de paz que le impresionó profundamente. Recuerda también la saetilla o sentencia espiritual que todas las noches a eso de las doce se cantaba en el Monasterio y cuyas notas se escapaban por la abierta ventana de un tránsito y resonaban en la explanada.

Era la señal para que las monjas se retiraran a descansar. Pero había una lucecita que no se apagaba en toda la noche y esto tampoco lo ha olvidado don José María. Era la habitación donde la Madre Maravillas escribía, oraba y velaba.

Ahora le escribe para contarle una honda preocupación.

Viene de hacer una visita al Carmelo de El Escorial con el que está unido hace tiempo por vínculos espirituales parecidos a los que acabamos de referir sobre el Cerro. Ama y venera a esta Comunidad aunque en estos últimos años, en que sus apremiantes ocupaciones como Director espiritual del Seminario no le dejaban tiempo para nada, ha perdido todo contacto con ella.

Al visitarla ahora como Vicario de Religiosas, las encuentra en una situación que le deja sumamente apenado y que no sabe cómo remediar. La Madre Priora está enferma y a pesar de su grandísima virtud y de su buena

voluntad no puede seguir en el cargo. Varias embolias y una afección bronquial crónica y sin esperanzas de mejorar la obligan a estar en la celda y sin fuerzas para nada.

Cuatro monjas de muy avanzada edad necesitan un cuidado casi continuo que les prodigan con gran caridad las más jóvenes entre las cuales también hay alguna enferma. Una fundación y varias defunciones han contribuido a dejar a la Comunidad en esta situación que las demás monjas llenas de fervor y de buenos deseos, pero en su mayor parte jóvenes de profesión no se sienten capaces de solucionar.

Además es urgentísimo una reparación en el edificio a la que no se ha podido atender a su debido tiempo por falta de recursos. El convento amenaza ruina y si no se soluciona rápidamente el remedio será cada vez más difícil y costoso.

Don José María llama a las monjas al locutorio. Quiere hablar con cada una en particular y saber su opinión para obrar en consecuencia. ¿Qué remedio les parece que puede ser eficaz para sacar al convento de esta prueba por la que está pasando?

Una por una hablan con él las monjas y de todas escucha la misma respuesta: «¡Que venga la Madre Maravillas! ¡Que vuelva la Madre!»

En esta unanimidad ve el señor Obispo una señal clara de la voluntad de Dios y por esto se ha decidido a escribir a la Madre y pedirle que tienda una mano a estas Hermanas que piden su ayuda. El le concederá todas las atribuciones necesarias y dará por bueno cuanto ella haga.

No se le ocultan las dificultades que pueda tener para ello, pero no duda tampoco de que el Señor la ayudará en este generoso empeño. El queda esperando su contestación y mientras tanto ruega al Señor que la ilumine.

Por estos mismos días escribe a la Madre la Priora de El Escorial. Con gran humildad renuncia a su cargo en el que no puede continuar a causa de su enfermedad, para que la Madre Maravillas lo provea como mejor le parezca y le ruega en nombre de toda la Comunidad que tenga ese Carmelo por suyo y que ordene y mande en él como en casa propia.

La Madre contesta:

> «¿Cómo podría no tener ese Carmelo por mío si nunca ha dejado de serlo?».

De sus cartas entresacamos estos párrafos:

«Contesté al señor Obispo diciéndole lo mucho que yo quería a mi Comunidad de El Escorial y que si en algo les podía ayudar estaba muy dispuesta a ello».

«Yo espero, Madre mía, que como en estas Casas sólo deseamos servirle y amarle de todo corazón, este Señor nuestro del alma, todo lo arreglará para su mayor gloria»

Pero lo primero que las monjas de El Escorial desean, es que la Madre vaya cuanto antes, cosa que tardará bastante en poder realizarse. Su salud no es buena.

El 30 de junio del 64 escribe a la Madre Priora de El Escorial y le dice entre otras cosas:

«¡Qué calamidad soy! ¡No haber contestado antes a sus cartas! No podía decirle nada porque nada sabía, pero podía haberle escrito, ¿verdad? He escrito al señor Obispo preguntándole si el permiso de entrada en clausura es también para las Hermanas que van siempre conmigo a las fundaciones, como habíamos quedado con él, que me gustaría por la obra, y un día de los que estuviésemos ahí iría también Muías que es el que nos hace los conventos. ¿Tienen VV. RR. algún inconveniente en ello?»

«Crea, Madre mía, que voy con mucho gusto y cariño a esa Casa que tanto quiero, aunque yo no pueda nada, le pido al Señor con todo el corazón que El nos haga a todas amarle más y más cada día.»

La Madre dice aquí que va «con mucho gusto». La explicación la da ella misma a sus hijas:

«Es que soy de El Escorial» y claro, es completamente distinto.

Tiene razón. El Escorial es su casa, donde empezó su vida religiosa y donde tantas gracias había recibido del Señor.

* * *

Ante el porvenir que se presenta lleno de problemas y dificultades, la Madre no tiene más programa que éste: «echarse en los brazos amorosísimos de Dios y esperarlo todo de El».

Ya sabemos su manera de pensar. Si los conventos se sacrifican unos por otros sin calcular ni medir, Dios los bendecirá con todo género de

bendiciones. Con este espíritu, ante su mesa de trabajo, repasa sus listas. Tantas columnas como conventos y la verdad es que no sabe de quién echar mano.

Los tres últimos años, desde diciembre de 1960, han sido pródigos en sacrificios: Arenas se ha llevado la palma dando a la propia Madre con 13 monjas más. El Cerro había visto salir a la Madre Magdalena de la Eucaristía que ahora tiene que dejar a sus hijas de Aravaca para ir a Montemar. Cabrera hace muy pocos años que ha dividido su Comunidad para hacer la fundación de San Calixto. Para llenar el gran vacío que queda en Aravaca, Mancera cederá a la Madre Inés del Niño Jesús. Y ahora, El Escorial.

Después de pedir luz al Señor le parece al fin ver claro. Pedirá a Duruelo su Madre Priora para Priora de El Escorial.

A las monjas de Duruelo les cuesta muchísimo, pero la palabra de la Madre les da seguridad de que es Dios mismo quien les pide este sacrificio.

Duruelo da la Priora y dos monjas más; Mancera a su Subpriora.

La Madre las anima, sostiene y alienta. Su gran espíritu sobrenatural resplandece en sus cartas de este tiempo. Ama a sus hijas y le cuesta hacerlas sufrir, pero como sabe los bienes encerrados en «la bendita Cruz» se la presenta como un tesoro;

> «¡Qué buenísimo es este Señor nuestro del alma que lo lleva, permite y dirige todo para mayor bien de las almas! Aprovéchense bien de todos estos tesoros que El envía con tan grande amor y siempre con confianza, con seguridad en El que de todo sacará bien para las almas que es lo único que importa».

> «No hay duda de que tienen que agradar mucho al Señor abrazando así su voluntad Santísima, siempre tan llena de amor y misericordia, pero que El mejor que nadie sabe cómo nos cuesta. El sufrir pasa, y el haber sufrido queda. ¡Qué prueba de amor es que se digne pedirnos sacrificios por su gloria, por las almas!»

Y ya en vísperas de la separación:

> «Estos días como comprenderán hemos vivido más ahí que aquí, acordándonos de todas esas felices Hermanas porque Dios ha querido pedirles un sacrificio que hay que confesar que ahora sí le damos algo y,

sobre todo, Madre mía, de V. R,, aunque bien sé cómo la ayudará el Señor».

Y a la Comunidad de Mancera le escribe:

«Voy a ponerles unas letritas que les digan cuanto me alegró verlas tan generosas con este Rey mío y suyo Jesucristo nuestro Bien, y cómo quieren sacrificarse de verdad para ayudarle a arreglar su Casa de El Escorial o mejor dicho la Casa de su Madre.

»¡Qué contento estará El de verlo así!, y ante eso de verle contento y trabajar para su gloria, ¿qué son todos los sacrificios?

»Esto se dice muy bien y lo llevamos muy de verdad en el corazón, pero cuando El permite que se quiten todos los ánimos que había dado a nuestra ruindad y miseria ¡qué nada somos! Esto me ha pasado a mí que estaba tan animada y de repente se me quitaron por completo, al encontrarme con tanto sacrificio y revolución de tantas hijas, pero ¿qué importa? Ya me los ha devuelto y si no, lo mismo da».

* * *

Al fin el 6 de julio llega la Madre a su Carmelo de El Escorial donde es recibida con grandísimo cariño por toda la Comunidad.

Va con ella la Subpriora que permanecerá también allí quince días acompañándola.

Con varias de las Hermanas de El Escorial, mientras la Madre Maravillas va a ver a la Priora enferma, la Madre Subpriora recorre con emoción aquel convento de tantos recuerdos. El Noviciado; la celda donde vivió la Madre más de tres años y donde la nieve le entraba por la ventana, lo que le daba tanta alegría de verse viviendo al fin en pobreza; la tribuna donde pasaba largas horas de la noche acompañando al Señor. El refectorio donde oía leer aquel libro sobre el Corazón de Jesús que tanto le movía cuando la fundación del Cerro. El Coro bajo, allí donde un día después de comulgar prometió al Señor dar cuenta de lo que El le pedía sobre esta fundación. La enfermería donde pasó tantos apuros cuando la famosa gripe y donde luego confió a la Madre María Josefa cómo la apremiaba el Señor a fundar en el Cerro.

Las Hermanas de El Escorial, que veneran a la Madre, no se cansan de contarle más y más cosas de ella.

Le van enseñando todo el convento y la huerta.

—Aquí —le dicen —en el pinar, venía ella a recoger piñas para quitar trabajo a las Hermanas de la cocina. No teníamos casi huerta y ella cuando tomó el hábito regaló toda esta huerta con el manantial. El pinar, que era del Patrimonio nos lo iban a quitar y ella nos arregló que nos lo dejasen dentro[90].

—Este Santo Cristo era de su casa... Esta imagen de la Virgen de la Iglesia nos la regaló ella... y esto... y esto.

Por su parte también la Madre Maravillas está profundamente impresionada y escribe:

«¡Qué bueno, pero qué bueno es...! Pida también por mí, Madre mía. ¡Es una impresión volver a donde me abrieron las puertas de su Casa! Si no hubiese sido tan... ¡qué podría ser! Nada, claro, ¡pero si le hubiese dejado a El!»

Aquí aprendió a poner en práctica el ideal que le había traído al Carmelo, la imitación de Jesucristo y lo aprendió de Madres venerables por su espíritu y virtudes a las que amó tanto y a las que siempre tuvo una inmensa gratitud.

Ahora le parece que las está viendo andar por estos claustros.

La Madre María Josefa del Corazón de Jesús que le enseñó a dar los primeros pasos en la vida religiosa. La Madre María Josefa del Salvador que fue también su Maestra, a quien tenía por santa y siempre decía de ella que era la persona más humilde que había conocido. La Madre Carmen de Santa Teresa, su Priora, de la que tantas veces ha hablado a sus hijas poniéndola como modelo de virtud y de observancia.

Además, todavía quedan allí monjas de sus tiempos. La Madre Priora, Dolores del Corazón de Jesús, religiosa ejemplar que sufre con admirable paciencia los padecimientos de una larga enfermedad. La Hermana Carmela, que había sido niña de su catequesis, impedida también pero que trabaja incansablemente. La Hermana Angeles, llena siempre de fervor y virtudes. La Madre Margarita, Priora del convento cuando se hizo la fundación del Cerro, tan ancianita que no puede ya moverse de la cama y a la que la Madre Maravillas visita ahora todos los días. La Hermana Encarnación que a sus ochenta y cuatro años pasa la hora entera de oración de rodillas, sin apoyo alguno y cuando la Madre Priora quiere darle algún

[90] En 1964 volvieron a temer el peligro de nuevo de quedarse sin el pinar que reclamaba el Patrimonio, pues le pertenecía. Entonces una señora que pidió no se diera su nombre y que quería mucho a la Madre Maravillas, lo compró al Patrimonio y se lo regaló.

alivio, protesta con humildad: «¡Ay, Madre, mientras se pueda hay que dar ejemplo!. Todas las mañanas, antes de la oración, ya estaba ella haciendo su Vía Crucis, por el Claustro, con gran fervor.

Monjas todas que convivieron con ella, que la vieron salir con dolor y que la reciben hoy con inmensa alegría. Una de estas ancianitas, la Hermana Angeles, la espera todos los días al salir del coro y le da el brazo para ayudarle a subir la escalera, Más bien haría falta lo contrario, pero la Madre acepta esa caridad que no necesita, agradeciéndola con una sonrisa. Todos los días se repite la escena porque la Madre, a pesar de sus achaques sigue puntualmente la vida de observancia.

Las monjas jóvenes no se quedan atrás en demostraciones de cariño y de entusiasmo. Una de ellas escribió para las Hermanas de La Aldehuela, recogiendo los sentimientos de la Comunidad:

> «Nos demostró grandísima caridad y cariño a todas, interesándose por cada una de nosotras y todo lo nuestro. Todas quisimos estar con ella y se nos hacía cortísimo el tiempo. Era admirable ver, con tantas cosas como tenía que atender, la serenidad con que estaba, interesándose por todo, sin sensación de prisa, sino como si no tuviese otra cosa que hacer. Siempre que se trataba con ella dejaba la impresión de que se acababa de hablar con una santa, derrochando caridad a manos llenas a todos...»

La Madre desde allí escribe a sus hijas de La Aldehuela que no ven el momento de que vuelva:

> «A ver si nos portamos como verdaderas esposas, siempre pendientes de El, ocupándonos de sus intereses, adivinando sus gustos, no queriendo contentar sino a El, tratando de ser como a El le gusta, amándole con locura, bastándonos sólo con El...»

Nada más entrar en aquella casa, todos los problemas se han desvanecido y ha quedado inundada de paz.

La Madre parece no enterarse de la obra que está haciendo. Escribe a Montemar donde la Madre Magdalena de la Eucaristía aguarda sus noticias:

> «Yo estoy como nueva y subo sin cansarme 360 escaleras todos los días sin exagerar. Mire, bajo a la oración y subo; bajo para hablar con la Madre (ella vive abajo porque no puede subir), bajo a las Horas y al refectorio, subo, bajo a la recreación y subo, bajo a Vísperas y subo, bajo

a la oración y refectorio y subo para ver a la Madre Margarita, bajo a recreación y Completas y subo, bajo a Maitines y subo y cada vez son 20 escalones».

Como se ve, no ha perdido su afición a contar cuanto está viendo como cuando de niña contaba los truenos en aquel viaje con su abuela.

A los pocos días de haber escrito esta carta, el 22 de agosto, vuelve de nuevo a El Escorial. Quiere estar allí para recibir a las monjas de Duruelo. Quiere ser ella misma la que entregue a su hija este Carmelo, que desde ahora será doblemente «El Escorial de su corazón».

Ahora le parece que ya no tiene nada que hacer allí y lo que quiere es que las monjas cobren amor a su nueva Priora. Todavía estará algunos días para estudiar con las Madres todo lo relativo a la restauración del convento.

La obra va a tener que ser de mucha más envergadura de lo que en un principio se había pensado y hasta se teme que la Comunidad tenga que dejar el convento por una temporada e instalarse en alguna casa que se podría alquilar en el pueblo.

La Madre lo cuenta así a Aravaca;

«Figúrese que al ir Manolo Muías para reconocer aquello, para ver lo de la obra que hay que hacer se ha encontrado que están todas las cabezas de las vigas podridas y se deshacen como azucarillo. Dice que es del agua que se ha estado filtrando por los muros muchos años hasta que las ha podrido por completo. Ya ven qué providencia de Dios haberlo visto. Va mañana y verán qué se puede hacer. Pidan mucho para que el Señor dé luz a quienes tengan que intervenir en ello. Dice que a lo mejor quitando un piso, sin ese peso, si están bien las vigas de abajo podría resistir pero temen que no lo estén. ¡Qué cosa! Es lo que menos pensábamos. En fin, no hay que preocuparse por estas Casas de la Virgen que el Señor las cuida en lo espiritual y material y El lo guiará por donde convenga más, pero pidamos todas mucho».

A las monjas les cuesta tener que abandonar su convento aunque sea por poco tiempo. Pero la Madre piensa en las enfermas y ancianas. ¿Cómo van a poder resistir el duro invierno de El Escorial con todas las incomodidades y sacrificios que lleva consigo una obra de tal envergadura?

La solución se presenta sencillísima. Todos los palomarcicos abren sus puertas de par en par a sus Hermanas de El Escorial y se disputan la alegría de tenerlas entre ellas mientras duran las obras. Así el sacrificio que supone el salir de clausura se suavizará al encontrarse en idéntico ambiente y rodeadas de cariño.

El plan, aprobado y bendecido por el señor Visitador, se realiza a finales de octubre y ese mismo día empezarán las obras. Van dos Hermanas a Aravaca, dos a La Aldehuela, una a Montemar y siete al Cerro de los Angeles, donde esperan con ilusión a sus queridas ancianitas. Algo más tarde fueron al Cerro otras tres.

Casi un año pasarán en estos conventos, edificando con sus virtudes a todas, que las despiden con lágrimas. Sólo una de ellas no verá reconstruido su convento de El Escorial. Después de sufrir con gran paciencia una penosa enfermedad, muere en el Cerro la víspera de Pentecostés.

Mientras tanto en el convento de El Escorial no se para.

El invierno allí, duro de por sí, lo es aún más para este valiente grupo de monjas que cada día tienen que recoger sus bártulos y buscar un rincón adonde no llegue la piqueta de los albañiles que las va acorralando en un ala del convento mientras reconstruyen la otra.

La Madre envía a la Hermana que siempre se ocupa de las obras. Hace frecuentes viajes a El Escorial y hasta pasa allí temporadas para dirigir personalmente y en unión con la Priora esta obra casi más trabajosa que hacer un convento nuevo.

Ha sido necesario tirar la cúpula de la iglesia que amenazaba ruina. Sustituir las vigas de madera por otras de cemento; renovar los tejados y el piso de la iglesia y convento.

Del piso alto no queda más que un ala destinada para Noviciado nuevo, mientras el antiguo se conserva como en el tiempo que lo habitó la Madre Maravillas. Se ha puesto un cuidado especial en conservar su celda, convertida en oratorio y la tribuna del Niño Jesús, donde pasó tantas horas acompañando al Santísimo[91].

En la planta baja achicando un poco el refectorio y el Coro y suprimiendo algunas habitaciones que no eran indispensables, queda sitio para edificar 21 celdas, pequeñas pero alegres y bien orientadas. La Madre

[91] Sus hijas hicieron ese arreglo después de marcharse ella, para que no lo viera.

tiene un gran afán en mejorar la pieza de recreación que era grande y fría y después de mucho discurrir, pues era difícil acoplarlo todo en tan poco sitio, se saca de un entrante en el claustro al mediodía con cuatro ventanas por las que entra el sol a raudales.

Quedan en esa misma planta además del Coro y sacristía, el refectorio, cocina, enfermería y todas las oficinas. Entre ellas llama la atención la de las Hostias, donde resalta el amor y delicadeza que la Madre Maravillas como su Madre Santa Teresa quería pusiesen sus hijas en todo lo que toca al servicio del altar. Una gran cantidad de Hostias sale de allí para los conventos, pueblos y parroquias que las encargan. Le encanta esta labor además de ser una gran ayuda para sus hijas, fomenta en sus almas el amor a Aquel que no se quedó para otra cosa en el Sacramento sino para ayudarnos, animarnos y sustentarnos, como decía Santa Teresa.

También se ha reconstruido el campanario donde el alegre repique de las dos campanas parece unirse a la alegría de las monjas al encontrarse de nuevo en aquel blanco palomarcico del que se puede decir con toda verdad que es un cielo si lo puede haber en la tierra.

La Comunidad quedó formada por las religiosas de allí las Madres y Hermanas que como se ha dicho fueron de conventos de la Madre.

Además, en seguida fueron también cuatro monjas de Sala, manca que se ofrecieron para ir a una proyectada fundación en Nicaragua, que luego no pudo realizarse, quedando estas cuatro religiosas en este Carmelo.

Esta es, contada a grandes rasgos, la obra que la Madre hizo en su convento de El Escorial. Esta obra según ella dice en una carta «¡la había llevado Dios con tanta suavidad!»

Ampliando esta idea, escribía a la Madre Magdalena de la Eucaristía:

> «No sabe lo que ha sido, hemos gozado de veras. Bendito sea Dios y El reine de verdad en estas almas tan suyas.»

Verdaderamente qué bien hicieron las monjas del Carmelo de El Escorial en decir: «Que vuelva la Madre.» Su paso por este Monasterio podría definirse con uno de esos dichos populares con que el instinto del pueblo sabe describir un mundo con dos palabras: ¡Mano de Santo!

Capítulo 32

A casa de Teresa

La Madre Maravillas de Jesús tuvo siempre un amor muy especial al Monasterio de la Encarnación. No es sólo por la veneración que toda Carmelita siente hacia este lugar santo, sino por un atractivo que Dios había puesto en su corazón hacía ya muchos años.

Antes de abrazar la vida religiosa tuvo un vivo empeño en visitar su clausura, pero no pudo conseguirlo y tuvo que limitarse a venerar lo que entonces estaba abierto al público: los locutorios y reliquias, la iglesia, Capilla de la Transverberación y Comulgatorio.

Ya Carmelita pensó alguna vez que al hacer la renuncia de sus bienes para que se empleasen en obras de caridad, destinaría alguna parte para ayudar a este Monasterio, que económicamente se encontraba en situación apurada.

El año 1942 la vemos en sus cartas preocuparse por sus necesidades.

> «¿No encontrarían por ahí algún telar de buen ancho para el sayal? Lo querían nuestras Madres de La Encarnación y se lo queremos regalar con una limosna que nos han dado, pues lo necesitan y son buenísimas».

Veintitrés años han pasado desde aquella visita que les hizo camino de Duruelo y la Madre ha mantenido con aquella Comunidad las relaciones de verdaderas hermanas que sostiene con todos los conventos de la Orden.

Pero ahora de pronto surge algo, mejor dicho, pone Dios en su camino algo que jamás se le había ocurrido. El señor Obispo de Avila, el que fue su Superior durante dieciséis años «nuestro amadísimo don Santos» como ella suele nombrarle en sus cartas, necesita algo de ella... Y se lo pide con el mayor encarecimiento.

El Monasterio dela Encarnación de Avila amenaza ruina.

Cuatro siglos y medio han pasado desde que doña Beatriz de Yera puso la última teja, y cualquiera puede comprender los estragos que el tiempo ha hecho en aquella casa. Las reparaciones que se han ido

realizando, siempre con escasez de medios materiales, han sido parciales o insuficientes.

Las Carmelitas que tuvieran el hermoso gesto do abrazar la Descalcez, se encuentran ahora con dificultades insuperables para emprender esta restauración. Aunque hay entro ellas algunas Madres enfermas y ancianas, esto no las ha impedido hasta ahora seguir llevando su vida diaria de observancia con gran fervor y espíritu. Pero enfrentarse con una obra de tal magnitud ya es otra cosa.

Hay muchas personas interesadas por ayudarlas y por conseguir que no se pierda este Convento relicario de una de las santas más grandes que ha tenido la Iglesia. Y han pensado lo mismo: la Madre Maravillas.

Y para esto es para lo que el señor Obispo ha ido a La Aldehuela el 3 de marzo de 1965.

La Madre no comprende. ¿Es que don Santos se ha olvidado de aquel día en que le llamó al locutorio para hablarle de sus deseos de pobreza y de retiro, de desaparecer, de que nadie so acordara de ella?... Duruelo, el Carmelo más chico de la Orden le resultaba demasiado deleitoso. Y don Santos le dio la razón. ¿Se habrá olvidado también de la carta en que le pedía permiso para ir a la proyectada fundación del Japón?[92]

Pues ¿cómo ahora le pido él esto? Su respuesta es humilde pero terminante. No os ella la llamada a realizar esa obra. Otros conventos de la Orden tienen más títulos para ello. Y lo harán con mucho más espíritu y acierto. El Obispo insiste. La Madre hace ver con humildad su situación. Ella no puede ir, está enferma, y si nunca ha servido para nada, ahora mucho menos. ¿Sus monjas? No hace aún dos años ha mandado a El Escorial cuatro de ellas, sacrificando para ello sus propios conventos. Pero El Escorial era distinto, era su Carmelo y desde el primer momento vio que Dios le pedía aquella obra.

Don Santos no se lo manda. Si nunca lo hizo cuando era Superior de la Madre, mucho menos lo hará ahora. Pero tiene una palabra enérgica, quizá la más enérgica que nunca haya pronunciado. Si ella no va a La Encarnación, de aquella santa Casa pronto no quedará más que un montón de ruinas.

Esto le basta y ve en ello la voluntad de Dios.

La Madre Maravillas irá a La Encarnación.

---

[92] Este proyecto de fundación estuvo bastante adelantado, pero surgieron dificultades que hicieron imposible su realización.

Pasará muchas noches en claro pensando en esta gran obra.

Avila. Monasterio de la Encarnación

Acepta una vez más los misteriosos designios de Dios y se deja guiar por El sin tratar de comprenderlos. Porque no los entiende.

Ni comprende tampoco a don Santos. Ella le ha pedido el rincón más pobre y desconocido de su Diócesis y él le entrega su joya más preciosa: El Monasterio de La Encarnación.

Ante la obra ingente que tiene ante sí, ¿por dónde va a empezar la Madre Maravillas?

Muy bien podía hacer suyas las palabras de Santa Teresa cuando exclamaba: «Señor mío y ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles?».

Sin embargo, como en tantas otras circunstancias difíciles de su vida, no pierde la paz.

Con esa perfecta armonía que siempre ha existido entre sus pensamientos y sus obras, espera que Dios le vaya inspirando los pasos que tiene que dar. Lo primero es —así se lo ha mandado don Santos — visitar a las Madres de La Encamación y ver con ellas sobre el terreno en qué habrán de consistir las obras del Monasterio.

El 25 de abril del 66, apenas pasada la Cuaresma, sale camino de Avila. En una fotografía sacada por sorpresa[93], junto a la puerta reglar de El Escorial, la última vez que estuvo en ese convento, se ve el bajón que en estos últimos años ha dado. «Estoy vieja y cansada...», dice. Tiene setenta y cuatro años. Además de sus habituales achaques, hace apenas un

[93] Las fotografías que se conservan de la Madre Maravillas, después de ser Carmelita, fueron tomadas sin darse ella cuenta.

mes ha tenido otra pulmonía. Pero su espíritu gigante no se abate y de su corazón lleno de amor de Dios se desborda una caridad sin medida hacia su prójimo.

Camino de La Encarnación.

Al llegar al Monasterio encuentran a la Comunidad con gripe y sólo ven a alguna Madre en el locutorio.

«Las pobres se querían levantar con calentura», escribe agradecida, pero ella no lo consiente y queda en volver.

Dos veces más en este año, el 25 de junio y el 18 de agosto visitará a sus Hermanas de La Encarnación para tratar de la restauración del convento.

Desde el primer momento ha mandado a su contratista para que le dé una idea de las reparaciones más urgentes.

«El parte» es desolador y capaz de desalentar a quien no tuviera el espíritu de la Madre Maravillas. Todo es urgentísimo y según el decir de los entendidos en la materia, el Monasterio se tiene en pie por un verdadero milagro que ellas atribuyen a Santa Teresa.

Cuando se empiece la obra, habrá que poner, por primera providencia, de 40 a 50 puntales para que no se venga abajo el edificio, y habrá momentos de verdadero peligro para los obreros ante la amenaza del desplome de algún muro descompuesto que hay que reforzar con machones de cemento.

Hay que levantar todos los tejados, rehacer los desvanes, sustituir las actuales vigas de madera casi podridas y deshechas, por otras de cemento y hierro, hacer nuevas celdas, restaurar la iglesia y otras muchas reparaciones que no es éste el lugar de enumerar. Y todo ello conservando intacto no sólo el espíritu de Santa Teresa, sino hasta el menor detalle material y exterior relacionado con la Santa, y sin aminorar ese aroma que exhalan los recuerdos y tradiciones y que tanto han contribuido a crear en esta Santa Casa un clima de honda espiritualidad.

Los gastos que esto va a acarrear supondrían un problema casi insoluble para quien tuviera menos fe que la Madre Maravillas. Y con todo, no es esto lo que más le preocupa. Lo que desea con todo su corazón, para lo que pide al Señor luz, es para acertar en la elección de las monjas que habrán de ir a ayudar a sus Hermanas de Avila.

Si hace dos años le resultó difícil encontrar el grupo que llevó a El Escorial, ahora le resulta mucho más. Aquí no bastarán cuatro monjas si se

quiere prestar una ayuda eficaz. Además tendrán que ser jóvenes para soportar el duro trabajo e incomodidades de todo género que forzosamente lleva consigo un largo período de obras.

La Madre pesa muy bien todo esto, no toma ninguna determinación a la ligera. Mira el bien de cada Comunidad, pero también el bien de cada alma. Como hemos visto en otras fundaciones, no manda ni impone, quiere saber lo que Dios pide a cada una.

Goza al ver que sus hijas cumplen su mayor deseo: no mirar lo suyo sino lo de Jesucristo. Pero esto no quita el que existan dificultades. La mayor de todas es encontrar una monja a la que pueda enviar al frente de las Hermanas que van a La Encarnación, sin perjudicar con ello a otro convento. Pero en los oídos y en el corazón de la Madre resuenan con Insistencia las palabras del Señor a Santa Teresa: «¡Oh hija, hija, hermanas son mías estas de La Encarnación! ¿Y te detienes? Pues ten ánimo. Mira, lo quiero Yo y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras casas, ganará lo uno y lo otro».

Al atardecer del 24 de septiembre de 1966 llegaban al Monasterio de La Encarnación ocho monjas de cinco conventos de la Madre Maravillas.

Las Madres las esperaban en el zaguán y después de abrazarlas, las llevaron al Coro bajo donde todas juntas cantaron la Salve. Al día siguiente por la tarde toda la Comunidad prestó obediencia a la nueva Priora[94].

En seguida hay que empezar la restauración.

Ante una obra de tal envergadura, la Madre Maravillas recurre a la Dirección General de Arquitectura y al ministro de Justicia.

Donde ella pone su mano, todo se allana. Con todo interés arquitectos, contratistas, encargados, obreros ponen su esfuerzo, su talento y su arte en esta restauración de lo que consideran no sólo un monumento de interés artístico, sino un verdadero relicario de Santa Teresa, del que han sabido comprender el hondo significado.

Cinco años de trabajos, de esfuerzos, de sacrificios de toda clase. Son muchos los cabos que hay que atar, y muchas las dificultades con que se tropieza principalmente en el orden económico.

---

[94] Esta Priora es aquella novicia que se enfermó en Duruelo cuando la Madre Maravillas iba a ir a New-Port, y que Dios quiso se curara del todo. Después fue la Priora de El Escorial cuando la restauración de este convento, y ahora la necesitaba la Madre para Priora de La Encarnación.

No podemos dar aquí una reseña completa y exacta de la obra; nos limitaremos a los puntos más destacados. Dos hay en los que la Madre tiene un vivo interés.

El primero es que las monjas tengan la vida organizada de tal manera que puedan seguir la observancia con suavidad aun las débiles y enfermas. No olvidemos que el Monasterio de La Encarnación era muy grande y fue construido para otro fin. Allí llegaron a vivir más de 180 monjas. La mayoría de las celdas consistían en tres habitaciones, entre ellas una cocina donde cada una guisaba su comida, ya que no hubo, al menos en el principio, un refectorio común.

Acomodar el convento a la vida descalza más íntima y familiar, facilitar la vida de observancia, la puntualidad a los actos de comunidad, la asistencia al Coro que se hacía difícil con aquellas grandes distancias que separaban todas estas dependencias, simplificar o reducir el trabajo fue uno de sus principales intentos.

Todo esto se ha logrado perfectamente, sustituyendo las antiguas celdas por otras en todo semejantes a las de los conventos reformados, alegres y soleadas, de un tamaño suficiente para la vida de una carmelita que trabaja muchas horas en ella.

El antiguo Coro bajo con el comulgatorio de Santa Teresa se dejó para la veneración del público, que sin entrar pudieran verlo desde la iglesia. Para la Comunidad se hizo un Coro pequeño, cerca de las celdas que da a la Capilla de la Transverberación, quedando así más recogido y aislado y se facilita la asistencia al Coro de las monjas más ancianas.

Varios momentos de estas obras revisten una especial impresión que difícilmente podrá olvidar ninguno de los que la presenciaron o tomaron parte en ella.

Se veneraba de antiguo en la Comunidad en uno de los lados del claustro bajo, la puerta de la celda que habitó Santa Teresa desde su entrada en el Monasterio hasta que salió de él para emprender su Reforma. En total veintisiete años. Del otro lado está la Capilla de la Transverberación. Por las medidas vieron que entre la puerta y el muro de la Capilla había un hueco y quisieron ver si allí quedaba algo de la celda o de la cocina, que como ya se ha dicho, tenía cada celda al lado.

La Hermana que se ocupa de las obras no puede desechar esta idea. Habla con las Madres que no dudan de que allí estaba la celda.

Al fin se lanzan y mandan al oficial encargado que empiece a picar por encima de la puerta.

A poco empezaron a salir piedras ahumadas. Esto confirmaba claramente la sospecha de las Madres. Se decidió entonces hacer lo mismo por fuera de la clausura, y era de ver el entusiasmo y alegría con que aquellos muchachos trabajaron día tras día en aquella obra que humanamente parecía una locura. Mucho les costó traspasar el muro de la Capilla, y cuando lo lograron se encontraron con un enorme machón de 1,60 metros en cuadro. Cualquiera se habría desanimado, pero ellos siguieron adelante con afán. Al fin Dios bendijo sus trabajos y el día 3 de diciembre se desplomó el bloque entero. La intuición o inspiración de las monjas había sido verdadera.

Allí estaba la cocina donde Santa Teresa guisaba su pobre comida. Era impresionante el olor a humo. Avisada la Comunidad no podía contener las lágrimas. Santa Teresa parecía bendecir así los trabajos de sus hijas.

Otro hallazgo impresionante fue el de la puerta por donde Santa Teresa pasó a la clausura cuando después de una ausencia de varios años volvió a su Monasterio para ser en él Priora.

La historia es conocida de todos. La Santa obligada por la obediencia fue a tomar posesión de su cargo, y como las monjas no quisieran abrirle la puerta, los Padres que la acompañaban la hicieron entrar por una puerta de la iglesia que daba al Coro bajo. Este suceso cierto históricamente, quedaba, sin embargo, oscurecido por el hecho de que la tal puerta no existía.

Al fin apareció a la izquierda, junto a la reja por donde tantas veces recibió Santa Teresa la Sagrada Comunión. Hoy está expuesta a la veneración de los fieles que pueden contemplarla desde la iglesia a través de un cristal. Este hallazgo tuvo lugar el 19-XI-1970.

Imposible seguir detallando todos los trabajos, esfuerzos, dificultades y éxitos a que dio lugar esta obra magna. Las monjas tuvieron que sufrir grandes incomodidades, sobre todo mientras duró la construcción de las celdas. De acá para allá con sus pobres enseres, organizaban sus campamentos en alguno de esos inmensos claustros que no son lo más apropiado para resguardarse del riguroso frío del invierno abulense.

La Madre sigue paso a paso las vicisitudes de la obra y los trabajos de sus hijas. Ella fue la cabeza y el corazón que lograron convertir en realidad lo que parecía un sueño irrealizable. Desde su conventico de Aldehuela

aprueba o enmienda los proyectos, sigue de cerca y con la mayor solicitud las distintas etapas de la obra, procura con el mayor-afán que los presupuestos asignados para ella se entreguen a su debido plazo, haciendo cuantas gestiones son necesarias para conseguirlo.

Alienta a la Madre Priora y a las Hermanas a continuar sin desmayos la larga época de sacrificios y privaciones que todo esto trae consigo.

Pero quiere hacer algo más para que sus hijas de La Encarnación puedan vivir con la «mayor suavidad» su austera vida carmelitana. Quiere solucionar otro problema.

Los muchos sacerdotes que pasan por Avila, de todas las nacionalidades tienen el deseo de celebrar la Misa en el Convento de La Encarnación. Este fervor teresiano muy consolador por cierto, suponía para la Comunidad una ocupación tal que tres monjas dedicadas exclusivamente a ello no podrían cumplir satisfactoriamente.

Entonces hace junto al Monasterio, aunque con total independencia de él, un convento pequeño, para que una Congregación de vida activa, «Siervas del Evangelio», se ocupe de cuanto se relacione con la iglesia y sacristía exterior.

Pero es que además en los alrededores de La Encarnación se ha ido formando un verdadero pueblo que aumenta cada vez más en edificios y crece en población.

La Madre Maravillas que tanto se interesa porque los niños reciban desde bien pequeños una formación cristiana hace construir una amplia y alegre escuela para los niños de toda aquella zona y también escuelas nocturnas para chicas mayores.

Las Religiosas Siervas del Evangelio se ocupan con grandísima abnegación y entrega, de toda esta extensa labor, además de atender a la Parroquia.

Su fundadora escribía a la Madre en agosto del 71, su gran alegría de ir a extender el Reino de Cristo en tierra de Santa Teresa y hasta en su propia casa. Siempre han tenido un amor y devoción especialísimo a la Santa, fomentado además por su fundador, el señor Obispo Hurtado, que les decía siempre que «habían de ser teresianas hasta lo hondo de las entrañas»[95].

[95] Hablando de estas religiosas, escribe la Madre Maravillas a la Madre Magdalena de Aravaca en 1970: «Ayer vinieron las Siervas del Evangelio y cuanto le diga de lo que nos gustaron es poco. ¡Qué unión, qué alegría tan recogida! El recuerdo de ellas me hace gozar, pensando lo que agradarán estas almas al Señor.»

Ella guardó hacia estas religiosas inmenso cariño y gratitud hasta su muerte.

La Madre, enferma y cansada, pero obediente hasta el fin, va todavía alguna vez a visitar las obras del Monasterio. Después de una de estas visitas escribe a la Madre Magdalena de la Eucaristía una carta en la que le expresa su satisfacción y le habla de un asunto importante que le queda por resolver. Dice así:

«Hablamos con las Madres de los proyectos para evitar esa vida de jaleo ocasionada por el turismo, que por otra parte es hermosísimo ver el amor que en todo el mundo tienen a nuestra Santa Madre, y que espero con la ayuda de Dios se ha de poder conseguir, pero encomienden este asunto que es de complicada solución. La Comunidad entusiasmada y admirablemente todas».

El asunto era el siguiente: La universal devoción a la Santa abulense lleva muchísima gente hasta las puertas de La Encarnación. Los verdaderamente devotos de la Santa no se resignan a ver sólo los pocos recuerdos teresianos que quedaban fuera de la clausura y les es relativamente fácil obtener un permiso para entrar dentro, donde pueden empaparse del espíritu de que está impregnada esta santa Casa. Estas visitas, si se repiten con frecuencia, son un serio peligro para el espíritu de soledad y recogimiento propio de las hijas de Santa Teresa.

Otra vez brilla aquí el espíritu amplio y el gran corazón de la Madre que no se negará nunca a cuanto pueda redundar en favor de las almas. Sabe muy bien que a poco que diga a don Santos su Obispo los permisos de entrada en clausura se reducirán al mínimo, pero le duele privar a las almas del bien que les hace acercarse con veneración a este lugar santo. El proyecto a que la Madre hace alusión es el de aislar unas cuantas habitaciones, reunir en ellas la mayor cantidad posible de recuerdos que podrán ser venerados sin necesidad de entrar en la clausura.

La idea se realiza con grandes trabajos y sacrificios que el fruto obtenido hace pronto olvidar.

En este Museo que tiene su entrada por la misma puerta por la que entró doña Teresa de Ahumada a los veintiún años en aquel histórico día de 1536, se puede venerar la portería y torno que ella tantas veces frecuentó, y otros lugares donde se exponen gran cantidad de reliquias, verdaderos tesoros teresianos tales como el cuadro de la Samaritana de casa de don Alonso, que tantas veces miraba Teresa cuando era niña. Un Ecce Homo

que llevaba consigo a sus fundaciones, una toca, el leño que le servía de almohada, etc.

Por la ventana de una sala se puede ver la celda donde vivió Santa Teresa durante los tres años que fue Priora, y por fin desde otro ventanillo, la escalera llamada de la aparición.

Con este espíritu ha llevado a cabo la Madre Maravillas la restauración de tan venerable Monasterio. Se afana por solucionar los grandes problemas y sigue con cariño las más insignificantes menudencias. Pero hay que hacer notar aquí, que, como en todos los momentos de su vida, su mirada es totalmente sobrenatural. Si se interesa por la restauración de un cuadro, o se alegra por el hallazgo de un cantarillo, no es tanto porque sean del siglo XVI ni porque allí se vaya a hacer un Museo Teresiano, sino por lo que pueda contribuir a crear un ambiente propicio para caldear las almas y encenderlas en amor de Dios con las centellicas que se escapan del corazón de Teresa. Esto se trasluce en sus cartas. Refiriéndose a esa misma visita, escribe:

> «La Encarnación un encanto como siempre. A mí cada vez me da más devoción aquello y realmente lo han dejado ideal. La Hermana Isabel descubrió una puerta de la Santa Madre y una ventana en su celda, otras ventanas antiguas en otros sitios, y lo han dejado todo que no cabe más. Se ve cuánto le gustaba a nuestra Santa Madre, como ella lo dice, ver en todos lados la imagen del Señor. Sobre todo la Flagelación la tiene por todas partes. El Ecce Homo, el Comulgatorio... bueno, todo allí es que no cabe más».

Dios Nuestro Señor ha pagado el sacrificio tan costoso para su humildad, que la Madre hizo al tomar sobre sí esta obra del Monasterio de La Encarnación.

Ahora recoge el fruto de sus trabajos y desvelos y goza con ese gozo propio de las almas espirituales al recorrer estos claustros que la Santa barría con tanta alegría cuando era novicia.

Porque la Madre Teresa abriría muchas veces estas mismas puertas, descorrería estos mismos cerrojos, oraría ante estas mismas imágenes y bajaría mil veces por estas mismas escaleras, hasta que un Tía según la tradición se topó con un Niño encantador que decía llamarse: Jesús de Teresa[96].

---

[96] Dice la tradición que yendo un día Santa Teresa por esta escalera se encontró de pronto un niño que le preguntó: —«¿Quién eres?» Ella contestó: —«Yo, Teresa de

El Don de Piedad con que el Espíritu Santo ha adornado el alma de la Madre Maravillas, le hace descubrir una huella de Dios en mil pequeños detalles impregnados de unción que la mano de las carmelitas ha conservado durante cuatro siglos. Con amor y reverencia ha visitado la carcelilla donde la Santa fue recluida a la vuelta de la fundación de San José, ha venerado un Ecce Homo muy llagado del que no se separaba nunca, pues por ser pequeño podía llevarlo a las fundaciones, y la imagen de San José el «Parlero» que quedaba en el Monasterio durante sus viajes y le contaba a la vuelta cómo se habían portado las monjas. Y todavía más. Ha orado en la celda Prioral y en el oratorio contiguo donde la Santa recibió varias veces la «merced del dardo», y ha comulgado por la ventanilla en la que Dios le hizo la gracia del Matrimonio Espiritual.

¿Qué sentiría la Madre en estos momentos? Sus hijas no han notado en ella nada que se salga de su habitual sencillez. A no ser ante la imagen de la Santa que ocupa en el Coro bajo la silla prioral. Su profundo recogimiento se acentúa aún más. Durante un rato parece como ajena a todo cuanto le rodea y abismada en Dios.

En la última visita que la Madre Maravillas hace al Monasterio de La Encarnación, sus hijas le han preparado una sorpresa, Una tarde la hacen subir al Coro alto, donde se venera la imagen de la Virgen de la Clemencia, la que Santa Teresa puso en el sitio de la Priora para que fuese ella quien gobernase el Convento. Van a cantar allí las Completas con la solemnidad con que lo hacen todos los años la víspera de San Sebastián, porque ese día recibió allí una gran merced, que ella cuenta así a sus confesores:

> «La víspera de San Sebastián, el primer año que vine a ser Priora en La Encarnación, comenzando la Salve, vi en la silla prioral, adonde está puesta Nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles la Madre de Dios y ponerse allí. A mi parecer, no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo a la imagen que me dio la Condesa, aunque fue de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho.
>
> »Parecíame encima de las comas de las sillas y sobre los antepechos, ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuvo ansí toda la Salve y díjome: 'Bien acertaste en

---

Jesús, ¿y tú?» —«Yo… Jesús de Teresa», dijo el Niño. En recuerdo de esto, tienen las Carmelitas de la Encarnación desde siempre, una imagen de Santa Teres hablando con un Niño Jesús en esa misma escalera que ahora puede verse desde fuera de la clausura.

ponerme aquí; Yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo y se las presentaré.'

»Después de esto quedóme yo en la oración que trayo de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la Persona del Padre me llegaba a Sí y decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo mostrándome lo que me quería: 'Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen, ¿qué me puedes tú dar a Mí?'».

Cuando se pasa por aquellos inmensos claustros, o al detenemos en algún rincón ungido de recuerdos teresianos, viene también el recuerdo de la Madre Maravillas y de sus setenta y cuatro años cargados de enfermedades y achaques que no han sido parte para impedirle el tomar sobre sí el peso y la responsabilidad de tan ingente obra.

Al entrar en el Coro de la Clemencia se reaviva la presencia de Santa Teresa.

—Bien acertaste en ponerme aquí —le dijo la Virgen un día. Y podría haber añadido:

«Bien hiciste en llamarme así...» El que es la misma misericordia, debió de inspirar a la Santa que pusiera a su Madre este nombre, nombre bendito que todos necesitamos.

Se ha dicho que desde el punto de vista artístico, ni el retablo, ni las imágenes, ni el Crucifijo que Santa Teresa envió a las monjas desde Toledo, para consolarlas de su partida, tienen gran interés ni pueden compararse con otras de la misma época que se admiran en varias iglesias de Avila.

Pero hay allí algo que vale mucho más... Para comprenderlo hay que haber pasado un rato a solas arrodillados ante la imagen de la Señora que nos envuelve en su mirada de clemencia. Los labios intentan en vano pronunciar una plegaria, es imposible arrancarse de allí.

El espíritu retrocede cuatro siglos y la hermosa sillería coral nos parece ocupada por doña Francisca del Aguila y por las monjas que forman su comunidad. Son muchas, cerca de 180, pero no asisten todas por haber algunas enfermas con recio frío de cuartanas o esquinancia o algún zaratán que las tiene recluidas en la enfermería.

En el gran facistol casi catedralicio la novicia doña Teresa de Ahumada, algo turbada, lee las lecciones del Oficio Divino, largo y solemne según el Rito Jerosolimitano. Luego al salir, recogerá y doblará

los mantos y alumbrará con su candileja a las más ancianas que suben penosamente por «la escalera medrosa».

Ahora la escena cambia. El recuerdo de doña Francisca del Aguila con sus 180 monjas se desvanece. En el empolvado libro de nuestra memoria empezamos a pasar las páginas de las Moradas, de la Vida o de los Conceptos del amor de Dios, y también las de los cuadernillos y cartas de conciencia de la Madre Maravillas... Y nos parece sentirlas aquí a las dos, Madre e hija y oír cómo se desahogan mutuamente y se cuentan sus amorosas ansias.

La Madre Maravillas sufre porque no logra explicar lo que pasa en su alma:

Yo necesitaría un vocabulario especial para mí, pues para dar a entender lo que siento a veces tendría que emplear palabras... que no me van, que no es aquello seguramente y, sin embargo, no sé otras, pues aquellas que no querría decir... son las únicas con las que puedo explicarme.

A la Madre Teresa no le coge esto de nuevas:

Mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar. A ella algunas veces le acaece decir: «¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras!

> «Estas almas no pueden explicarse, no, pero tampoco pueden contener el fuego de amor que 'arde en ellas'. Y 'dicen mil desatinos santos'».

> «Esta pena es tal que el alma nunca querría salir de ella».

Este sufrimiento parece que constituye su vida «y su mayor dolor seria que cesase».

> «Es tanto este sentimiento —añade la Santa— que no se puede excusar de decir: ¡Oh Vida de mi vida y sustento que me sustentas!»

El de su hija: *«Un amor doloroso, una como llama que se enciende dentro sin hacer yo nada, ni la más pequeña consideración, y sólo me alivia a veces el decir: ¡Dios mío!».*

> «Es esta pena tan sabrosa que no hay deleite en la vida que más contento dé».

Es un tormento dulcísimo eso sí, y que no quisiera cesara, pero que si dura yo no sé cómo se puede vivir.

«No penséis que es encarecimiento decir que muere (el alma). Su gusto es imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió»

Yo no quiero la vida más que para imitar lo más posible la de Cristo

.

En este camino de la contemplación, la piedra de toque es la humildad. Madre Maravillas teme porque le parece que sus obras no están a tono con las mercedes que de Dios recibe: De virtudes, que sería lo bueno, no puedo hablarle de nada, al contrario, me encuentro muy capaz de los mayores pecados si el Señor me dejase.

La Santa doctora se lo explica: Es que de esta merced que hace Dios en las VI Moradas, viene el parecer al alma «que es la que menos sirve a Dios de cuantos hay en la tierra»

Las almas contemplativas gustan de que entiendan sus pecados; este conocimiento que tienen de sí, quisieran que todos los tuviesen. Esto le pasa a Teresa:

«Me atormentaba mucho ver que se hace mucho ceso de mí... Me quería ir de este lugar y dotar en otro Monasterio muy más encerrado que en el que yo al presente estaba. Era también de mi Orden y muy lejos que eso es lo que a mí me consolara estar a donde no me conocieran, y nunca mi confesor me dejó».

Tampoco a la Madre Maravillas le permiten sus confesores realizar este deseo: *Aquí me tienen por lo que no soy y me veo rodeada de cariño. ¿No podría yo pedir el traslado a otra Comunidad?*

Ingresar en cualquier Carmelo del extranjero donde me recibirían de limosna y donde sólo fuese siempre un estorbo, y experimentara la soledad completa del corazón.

Quien ha alcanzado estas alturas llega a compaginar extremos incomprensibles. Santa Teresa dice que a veces los mismos trabajos son de tanto valor... que de ellos mismos sale la paz y el contento.

La Madre Maravillas conoce bien *ese dolor y anonadamiento de sus miserias, pero con paz y esperanza de salir de ellas*.

Ahora es una confidencia recuerdo de su infancia:

Siempre desde muy pequeña, como ya entonces era tan pecadora, he tenido un especial amor a Santa María Magdalena, pero no sé; siempre cuando pensaba en ella era acompañándola a los pies del Señor donde obtuvo el perdón de sus pecados.

También en esto se parecen Madre e hija:

> «Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba, que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí poníame a sus pies pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas... y encomendábame a aquesta gloriosa Santa para que me alcanzase perdón».

La Santa le cuenta ahora algo que a ella le pasó:

«Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras trayéndome a la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena, porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen».

A la Madre le ocurrió algo parecido en Batuecas:

La otra noche en cuanto me arrodillé a la reja del coro, como si me estuviese esperando el Señor, en el acto se me borró todo lo exterior y en un recogimiento grande sentí una también muy grande reprensión. Me hizo ver en un momento la multitud de gracias que había recibido y mi falta de correspondencia. Todo esto era manifestándome mucho amor, y me quedé aunque deshecha y con grande arrepentimiento, con paz y sin desaliento.

Estas mercedes si son ciertas siempre dejan gran humildad. Por eso escribe Santa Teresa:

> «Cuando se me acuerda (mis pecados), yo no sé cómo lo puedo llevar, y ansí quedo entonces tan avergonzada que no sabía adonde me meter».

Me está haciendo ver el Señor mi miseria... Como en su presencia y con paz pero algo que me metería en las entrañas de la tierra y aun delante de mis hermanas no levantaría los ojos de pura vergüenza.

> «Aquí, mi hija, viene bien dejarse en brazos de Dios. Si quiere llevarla al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena como vaya con su Bien».

Acepto todo para mí, hasta el infierno si allí pudiera amar a Dios.

Es propio de los santos hacer su nido en la Cruz de Cristo y no poder vivir fuera de allí. Esto es lo único que desean ya estas dos almas y lo expresan con palabras encendidas en amor.

«Ya que no soy para aprovechar querría ser para sufrir».

Me han quedado también muchos deseos de sufrir. Me parece lo más deseable para mí de la vida, lo que más va con mi pobreza.

«No me parece hay para qué vivir sino para esto, y es lo que más de voluntad pido a Dios: Señor, o morir o padecer».

Si no me concede la gracia tea inmerecida de poder dar la vida por El, que es mi mayor deseo, quisiera emplearla toda en sufrir cuanto pudiera por su amor.

«¡Oh! que no puede faltar en el padecer deleite».

Es un sufrir tan fuerte. Pero es un dulcísimo sufrir

«¡Cruz, descanso sabroso de mi vida...!»

Bendita Cruz.[97]

Se ha hecho de noche. Por la ventana abierta, la luna ilumina el maravilloso espectáculo de la ciudad amurallada, y llena el coro de luz. Se deja sentir la presencia invisible de los ángeles que desde los antepechos de la sillería acompañan a su Reina, mientras Ella cumpliendo su promesa, recoge las alabanzas de sus hijas y se las presenta a su Divino Hijo.

Y se siente también la presencia invisible, como la sombra de aquel frailecico descalzo, aquel hombre celestial y divino que Santa Teresa llevó por confesor a la Encarnación y que parece decir gravemente:

«Pocas almas llegan a tanto como esto, mas algunas han llegado, mayormente la de aquellos cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor a las cabezas en las primicias del espíritu, según la mayor o menor sucesión que habían de tener en su doctrina y espíritu».

[97] Palabras que decía la Madre Maravillas con frecuencia.

Capítulo 33

Tan escondido que nadie lo encuentra

Hasta ahora todos los Carmelos que la Madre Maravillas ha fundado parece que tienen una misión propia. Ha habido siempre algún motivo especial para llevar el Carmelo precisamente allí y no a otro sitio.

Al Cerro la llamó «a gritos» el Corazón de Jesús.

A la India la llaman los deseos del Papa y de la Orden unido a sus ansias misioneras que no podemos olvidar.

Mancera y Duruelo eran lugares que también pedían a gritos volver a la Orden del Carmen.

Cabrera, con su ermita escondida y su Cristo muerto de amores, tenía, sin duda, un atractivo especial.

El Tardón fue en tiempos un lugar santo consagrado a la penitencia y a la oración y era pena que se perdiese.

Aravaca nació para ser la quinta de recreo de un Cristo cansado de andar mendigando de puerta en puerta.

Montemar sería un Carmelo de reparación y desagravio.

El palomarcico de Arenas había sido un regalo que la Madre hizo a María Inmaculada.

Y Aldehuela, ¿qué?

Aldehuela fue una corazonada de la Madre.

* * *

Durante mucho tiempo no conoció de este lugar ni el nombre.

Cuando hablaba de estos parajes se refería más bien a Perales del Río. Una extensa finca donde se han agrupado unos cuantos vecinos que trabajan en las tierras y ganados de sus propietarios.

Vino después la guerra, la exclaustración, la restauración del Cerro y con ello las grandes ansias de la Madre Maravillas de borrarse, de

desaparecer, y, para lograrlo, de alejarse de Madrid todo lo más posible. Así las cosas nadie ha vuelto a pensar en Perales del Río.

Ve ella la afluencia de vocaciones, la necesidad de fundar, las distintas propuestas en la Diócesis de Avila y otros lugares y ahora esta nueva luz: Perales.

Porque la Madre no ve claro desde el principio y como en una visión de conjunto, todo lo que Dios quiere de ella, ni todo lo que va a seguirse de su fidelidad a una llamada de la gracia.

Ve una lucecita y la sigue, y luego verá otra y la seguirá también y luego otra y otra. Es... «si tú le dejas», el dejar a Dios las riendas de su vida para que El la lleve por donde quiera.

Estando en Arenas y tratando de dónde podría Dios querer la fundación, sale la Madre diciendo: «¿Y por qué no en Perales? A mí es casi lo que más me gustaría.»

Sus hijas no salen de su asombro. Al principio lo toman a broma. Pero cada vez que se trata de este tema y se sugieren posibles soluciones, la Madre repite: «Pues yo casi, en Perales.»

Las Hermanas no creen lo que oyen. Recuerdan lo que le costó a la Madre venir a Arenas por la proximidad de Madrid y ahora es ella la que lo propone.

— ¿Por qué no en Perales?

Repetido por la Madre con tan suave insistencia acaba por hacer impresión a sus hijas.

Esto ocurre en el transcurso de los años 1957-1958.

Poco tiempo después la Madre hace algunas averiguaciones sobre aquellas fincas.

Escribe a la Priora del Cerro:

«Nos dice Ricardo 568 que ya ha hablado con el dueño a quien ha gustado mucho la idea de tener allí un Carmelo. Me figuro que será vendido por un precio moderado. Va veremos. Así que si son gustosas y nos dan albergue y comida como a pobres de Cristo iríamos a verlo».

Pronto empiezan a surgir dificultades. La Madre no se desanima por esto. ¡Ha visto tantas maravillas en estas fundaciones! Parece ser que el sitio que en un principio habían pensado para edificar el convento, presenta algunos inconvenientes, por estar próximo al río.

El día 3 de noviembre, al acabar los Ejercicios que estaba haciendo la Comunidad, la Madre vuelve a ponerse en acción.

«Salimos para Madrid —escribe—, aún no tenemos idea de la fundación, pero estamos en hacerla desde luego».

Van un día, recorren la finca y ven algunos sitios que les parece muy a propósito.

El encargado las atiende atentamente, que no se sabe qué tiene el hábito de la Virgen que en todas partes es honrado y respetado. Recuerda siempre él la impresión tan grande que les hizo ver que la «Fundadora» —sabían ellos muy bien cómo había vivido en el mundo por la posición de su familia —llevaba un hábito, limpísimo, eso sí, pero ¡tan zurcido y lleno de piezas!

Se despiden agradecidas y quedan en volver.

A la próxima visita no han hecho más que llegar cuando se presenta el propietario de la finca. La acogida no puede ser más cordial.

Considera como un honor tener un Carmelo allí y con gran generosidad les regala todo el terreno que necesiten. En cuanto de él dependa, pueden escoger el sitio que quieran y donde quieran de toda la finca. El hablará después con su madre, pues parte era de ella, aunque no duda que no sólo dará su consentimiento, sino que será la mayor alegría de su vida, pues lo deseaba mucho.

En efecto, dicen las Carmelitas de Aravaca que, antes de poner la clausura, cuando por unos días entraba la gente a visitar el convento, estuvo también esta señora, que les preguntó dónde estaba la Madre Maravillas, con mucho interés, pues quería hablarle de una fundación en su finca, mostrándoles su gran deseo de ayudarles en todo.

La Madre escribe a sus conventos muy complacida:

> «La fundación es en los alrededores de Madrid, entre Perales y la Marañosa donde estaban los Trapenses, ¿se acuerdan? Nos dan allí el terreno, que es una grandísima caridad, pues allí los terrenos valen mucho».

Todavía tiene Dios que dar a conocer su voluntad por otro medio: el agua.

Si se encuentra se podrá hacer allí el convento; si no, será que no lo quiere el Señor.

«Los Frailes» es el nombre que la gente de Getafe y sus alrededores da a la finca. Le gusta además a la Madre por lo que ese nombre significa.

»No cabe duda —escribe—donde ha habido un convento tiene algo especial».

El nuevo palomarcito se llamará del Corazón de Jesús y San José.

«Val de San José» era el nombre del Monasterio Cisterciense que estuvo establecido en estas riberas del Manzanares desde el 28 de septiembre de 1890 al 21 de mayo de 1927.

Malos tiempos aquéllos para las Órdenes Religiosas en España. Este Monasterio que se llamó de Santa Susana, permaneció poco tiempo en el lugar de su fundación, en la provincia de Zaragoza. La sufrida Comunidad trapense hubo de recorrer un éxodo que duró ciento treinta y cinco años hasta encontrar un lugar adecuado y acomodado a las exigencias propias de la vida del Císter. En 1894 se hallaba la Comunidad en el Monasterio llamado de «Las Avellanas», en la provincia de Lérida.

Cinco años después y viéndose obligados a salir de allí, el Prior recibió una carta de don Fulgencio Tabernero ofreciéndoles la finca de La Aldehuela, tasada en 320.000 pesetas. Respondió el Prior que la pobreza de la Comunidad le hacía imposible aceptar la oferta. Pero aquí empieza a entrar en juego la providencia de Dios.

Como si tuviese ya destinado ese lugar para que desde allí subiese al cielo una continua plegaria de súplica y expiación, a los dos meses se recibió en Las Avellanas una carta del señor Tabernero exponiendo su propósito de dar a la Comunidad la posesión de la finca. Era el 19 de marzo de 1889, festividad de San José.

Cambiaron entonces los monjes el nombre de Aldehuela por el de Val de San José en agradecimiento al Santo bendito y también en recuerdo del desierto mallorquín en el Valle de San José donde la Comunidad había permanecido desde el año 1810 al de 1813.

Quedó, pues, el Santo Patriarca constituido Señor de aquellas tierras que un día regalaría a su fiel hija Santa Teresa de Jesús, que tanto extendió su devoción. ¿Qué más pudo hacer el Santo que regalarlo a sus hijas en la persona de la Madre Maravillas?

Durante treinta y siete años vivieron allí los hijos de San Bernardo una vida estrictamente contemplativa en la que se daba la máxima importancia a la oración mental y el rezo coral distribuido a lo largo de las

horas del día. Seguían la rigurosa austeridad de la Trapa en cuanto al silencio, separación del mundo, etcétera.

Al mismo tiempo trabajaban como pobres que eran para ganarse el pan de cada día. Su trabajo no era intelectual sino manual. Según la tradición de su Orden se dedicaban especialmente a los trabajos del campo, sobre todo al cultivo de viñedos y elaboración del vino. Allí se vivía con toda intensidad la máxima de los antiguos monjes: *Ora et labora*.

Tuvieron que abandonar aquel lugar y recobraron para su Orden el antiguo y venerable Monasterio de Santa María de la Oliva, espléndida joya del arte Cisterciense.

La Aldehuela perdió así su carácter espiritual y místico que sólo recobraría el 9 de enero de 1961 cuando la Madre Maravillas plantó aquí un palomarcito de los de Santa Teresa de Jesús.

A 17 kilómetros de Madrid se edificará el nuevo convento en este lugar retirado y escondido que encanta a la Madre y a sus monjas. También a los visitantes, aunque llegan siempre después de haberse perdido y dicen que «está tan escondido que nadie lo encuentra».

* * *

Para poner en marcha las obras tendrá la Madre que resolver no pocas dificultades. Ahora las más urgentes son las de orden económico. Como sabemos, está «sin blanca».

Escribe al Cerro:

> «Miren, no sabemos qué hacer, es decir, yo. La Madre Subpriora está muy animada para empezar la fundación, pero claro, lo primero que hay que hacer es el pozo y cuesta 100.000 pesetas. Es que creemos no hay agua por allí casi, y este pocero vecino de VV. RR. asegura por ese precio no sé qué cantidad. Ese precio es hasta encontrarla. No sólo no tenemos un céntimo, sino que debemos como saben a Cabrera, a la Comunidad, muchísimo.»

Otro de los problemas más difíciles de resolver es que no quiere quitar a su contratista de las obras del Convento de los Padres en Talavera, que le parecen mucho más importantes que La Aldehuela. Ellas esperarán.

Pero no duda que el Señor se lo arreglará y así es, pues una novicia que ha entrado en Arenas para la nueva fundación le dice que uno de sus hermanos podría hacerse cargo de la obra del Convento.

Aldehuela. Iglesia y entrada al convento

Aldehuela. Parte interior del convento.

La propuesta es acogida por él con entusiasmo. Se presta para todo y le da toda clase de facilidades. El cree que en muy poco tiempo podría estar terminado.

Al fin el día 3 de octubre del 59, en que se celebraba la fiesta de Santa Teresita, se pone la primera piedra que bendice en la mayor intimidad el Padre Provincial y se procede al replanteo del convento. Ya está en marcha el nuevo palomarcito. Cuatro en cinco años.

Talavera de la Reina.
Iglesia de los Padres CC. DD.

Hay que seguir el consejo del Evangelio y vivir al día, dejando el porvenir a la providencia de Dios. Se lee en varias cartas de estos días:

«Estamos haciendo la fundación con muchos apuros».

«Al Señor le gusta que lo hagamos con pobreza y a mí también».

«Estoy contenta con la idea de hacer allí el conventico como los pobres, es decir, como lo que somos».

No la deja el Señor pasar por mucho tiempo estos apuros.

Hay una persona[98] que quiere edificar el convento y le facilita los medios para ello. Surgen nuevas dificultades que hacen que todo vaya más lentamente de lo que se pensaba.

Un año después, para no alargar más en el convento de Arenas la pena y el sacrificio de todas, pensando en las Navidades que se aproximan, adelanta la marcha y va enviando al Cerro las monjas destinadas para La Aldehuela.

[98] Fueron varios familiares los que contribuyeron a construir el convento.

Cuenta para ello con la inmensa caridad de las Madres del Cerro y sabe que puede disponer como en casa propia. No es la primera vez que al pedirles alguna cosa, le hayan dicho: «¡Pero, Madre, cómo se le ocurre pedir, si sabe que aquí todo es suyo!»

Ella se queda en Arenas con algunas Hermanas hasta la elección de la nueva Priora, porque se lo piden con instancia las monjas.

El 20 de diciembre de 1960 tienen la elección.

La Madre Maravillas se ocupa de que todo esté preparado y dispuesto, que el Convento quede «con todo lo necesario», todo compuesto y arreglado, para que la nueva Priora «no encuentre dificultades en su oficio».

Una vez terminada la elección está con ella como una novicia pidiéndole licencia para todo, se pone en el lugar que le corresponde, disfruta como nunca, pues aunque sólo sean dos días ¡al menos ahora tiene Priora! ¡Son tantos años los que lleva siéndolo ella! Todo se lo consulta, con una humildad tan sencilla tan natural, ayudándola al mismo tiempo cuanto puede, con tanto cariño, queriéndole suavizar lo más posible eso, tan poco agradable, que ella conoce bien y que sólo porque Dios lo quiere, que si no...

Dos días después, 22 de diciembre, sale para el Cerro.

A Arenas ya no volverá nunca la Madre.

La despedida es durísima para todas. Después de abrazarlas ya para salir, vuelve la cabeza y al verlas a todas diciéndole adiós, realmente deshechas aunque tratan de sonreír y de estar serenas, dice a la Madre Subpriora: «Ahora es el Señor glorificado.»

Se cierra la puerta reglar y la Comunidad va al Coro a rezar el Te Deum. Después tienen su oración y aquella noche todas comentan la paz grandísima que todas sienten y que parece llena todo el convento, en medio del gran sacrificio que el Señor les ha pedido.

Al salir la Madre Maravillas con las Hermanas se agolpa fuera la gente junto a la puerta reglar. Aunque se ha procurado ocultar el día de la partida no ha podido ser tanto que no se enteren los más fieles, los íntimos. La familia vecina que durante estos años se ha desvivido por atender a la Madre y que tanto ha encontrado en ella. Los demandaderos, los guardas forestales. Todos lloran.

Marcial, un niño de seis o siete años monaguillo del convento salva la situación. Encarándose con el mecánico del coche que ha venido a buscar a las monjas le dice entre sollozos:

—«¡Pero qué malo que es usted, señor Florentino, que se lleva usted a la Madre!»

* * *

Mientras en Arenas de San Pedro Dios va suavizando la herida de la separación, en el Cerro repican campanas jubilosas.

Ha vuelto la Madre y estará bastantes días, no como otras veces que iba sólo de paso, lo menos posible. Porque ella pensaba pasar ya las Navidades en La Aldehuela, pero el Señor ha ido disponiendo las cosas y tiene que pasarlas en este convento tan suyo.

Las santas costumbres del Carmelo tienen siempre, pero más en estas fiestas de Navidad, un sello indiscutible de espontaneidad y fervor teresiano. Las celebran allí este año con doble alegría. Les parece un sueño el volver a tener a la Madre entre ellas.

La Priora hace que «se pida este año a los Reyes» que dejen en el Cerro lo que traigan para La Aldehuela.

Ponen una exposición por el claustro con todo cuanto podía necesitarse en la fundación, hasta los menores detalles, escobas, jabón, cosas de cocina, ¡hasta cerillas! En la pieza capitular, todo lo necesario para la sacristía, sin faltar nada de nada.

Cuando llegue a La Aldehuela se encontrará también toda clase de cosas que le mandan de todos sus conventos lo que le llena de grandísimo consuelo. Como dirá en una carta algún tiempo después:

«Sabemos por dulcísima experiencia que entre nosotras todos los bienes son comunes. La verdad es que es un gozo y un consuelo ver cómo están de unidos estos conventicos en verdadera y auténtica caridad y cómo respiran todos al unísono en cuanto pasa algo. Bendito sea Dios que yo espero a El le tiene que ser muy agradable esto. Obra del Padre también, semilla echada en terreno para esto fertilísimo y obra de todas estas mis Prioras, que si ellas no lo fomentasen no podría existir».

Está aún vivo el sentimiento de la separación de sus hijas de Arenas, pero la Madre está feliz. Pues por un misterio que no es fácil entender,

puede darse este gozo entre las oscuridades de la fe y en el más estrecho abrazo a la Cruz.

Por eso al ir pasando las páginas de esta historia se oye resonar como una melodía de fondo que acompaña toda su vida: «¡Qué felices somos!»

Para esta fundación salieron con la Madre trece monjas del Convento de Arenas, dos de Duruelo y una del Cerro.

El día 8 de enero de 1961 estaban en el nuevo convento preparando todo para la inauguración que fue al día siguiente, con Misa muy solemne, quedando ya el Santísimo en la iglesia.

Dijo la primera Misa y bendijo el convento el Padre Valentín de San José y el día 19 de marzo, festividad de San José, se puso la clausura papal.

Una vez puesta la clausura la Madre Maravillas hace en esta fundación como en todas las demás. Se ocupa de acabar las obras de la huerta, instalar las oficinas, organizar el trabajo.

Por las mañanas bien temprano, después de dar esas primeras horas a la oración y a la Misa, sale a la huerta con las Hermanas encargadas. Aquello era un erial.

Su mirada inteligente no pierde detalle, se fija en todo y va trazando con las Hermanas: «Aquí habrá que abancalar... esta parte será buena para huerta, ¿no le parece?... Hay que pensar en el agua y procurarla cuanto antes... Tenemos que pedir que nos manden los poceros y ver de hacer un nuevo pozo que es urgente... Todo esto de pinar estará muy bien... ¡Ya, poco a poco, se irá haciendo todo..., según podamos!»

El nuevo pozo dará tal cantidad de agua—aunque no potable— que riega con abundancia toda la huerta y hasta hoy nunca se ha agotado.

De lo que era un monte de tierra arenosa ha sacado ella una huerta magnífica, de las mejores de sus conventos.

¿Y las ermitas? No podían faltar esas ermitas donde retirarse a tiempos las monjas como quería Santa Teresa y a ella también le encanta.

La mayor de ellas será la del cementerio con la Virgen del Carmen. Habrá otras dos más pequeñas, de piedra, con su cruz en lo alto y una campanita pequeña colgando a la puerta. Una de ellas tendrá dentro un

cuadro de la Dolorosa[99], la otra una imagen de Santa Teresa. Luego, una ventana a la huerta, una pila para el agua bendita, hecha por una hermana, de un tronco de árbol y un asiento rústico por si la «ermitaña» necesita de él. Fuera un jardincillo pequeño.

Cerca del pinar, en una explanada desde donde se ve el Monumento del Corazón de Jesús y el convento del Cerro, una gran cruz de palo y unos asientos de piedra. Será el lugar para las recreaciones de las monjas en las noches de verano.

Más cerca del convento, un porche cubierto de rosales trepadores, donde pueda ir la Comunidad en esas horas de expansión de las carmelitas, cuando el tiempo no deje ir a la Cruz. Allí pondrá la Madre más tarde, la imagen de la Virgen que llamó de la Conversión, que ya conocemos. Fue la que le regalaron sus hijas de Montemar. Ya se volverá a encontrar más adelante, pues era uno de los lugares más visitados por ella en los días de su enfermedad.

En sus últimos días le regalan una imagen de San José Obrero, de cemento blanco, que ella hará poner en la parte de huerta donde trabajan los hortelanos, para que su vista les haga levantar la mirada hacia Dios y sobrenaturalizar su trabajo. Ellos mismos la han colocado y cuidan con todo esmero de un macizo pequeñito de flores que han plantado a su alrededor.

Una familia le dice que los gastos de *abancalar,* rosales, árboles y lo de la huerta, es cosa suya. La Madre lo agradece muchísimo y le escribe varias cartas hablándole de esto:

En febrero de 1961 les escribe:

> «Ya tenemos la vaca que es novilla, pero parece muy buena y es una gran cosa poder tener leche.
>
> »También me dicen que el abono y estiércol de la huerta serán unas 14.000 pesetas.
>
> »Ya están encargados los árboles, *que son muchos,* y las plantas y rosales y en cuanto los recibamos les diremos el importe.
>
> »Puede imaginarse cómo pedimos al Señor les pague tanta caridad y les bendiga».

[99] Es un cuadro muy devoto de la Virgen, que era del retablo que actualmente está en la capilla del convento. A la Madre Maravillas le gustaba ir a esta ermita en sus últimos años a hacer oración.

También se ocupa de instalar el gallinero que tanto ha de ayudar con la venta de huevos, no sólo a las necesidades del convento, sino también a tantas de esas obras suyas, atendiendo a los demás. Se ocupa de que se enteren bien las Hermanas encargadas de la mejor manera de llevarlos; pone baterías cuando ve que el rendimiento es mayor, está al tanto de nuevos procedimientos que se experimentan como mejores. Está en todo,

Las oficinas de dentro del convento, ropería, sacristía, todo va quedando instalado y dispuesto.

Con un interés y cuidado especial, como en todas sus fundaciones se ocupó de formar la pequeña biblioteca que tiene en el archivo para las lecturas de la Comunidad. Se ve, sólo con recorrer con la mirada donde se agrupan los libros bien apretados, pues el espacio no es demasiado grande, que ha habido una elección inteligente.

Todos los Documentos Pontificios, Decretos Conciliares, las Crónicas de la Orden del Carmen, Biblioteca Mística Carmelitana, Historia de la Iglesia, las obras casi todas de la BAC, San Juan de Avila, Fray Luis de Granada, San Agustín... por supuesto Santa Teresa y San Juan de la Cruz; también Santa Teresa del Niño Jesús. Edith Stein, Isabel de la Trinidad, Vidas de Santos las mejor escritas, a la vez que más amenas, para lecturas de refectorio, etc.

Como en los demás conventos pone también los telares y son muchas las cartas en que habla de lizos, urdidos, trama, encargos de lana y todo lo relacionado con esto que conocía tan bien ya desde antes de entrar en El Escorial.

Pero pronto los telares han de ceder el paso a los rosarios de rosas que llenarán las horas de trabajo de casi toda la Comunidad dejando aquella labor para los otros conventos.

Tiene la Madre Maravillas mucha devoción al rezo del Rosario. Le gustaba recordar que Santa Teresa, que no era amiga de «devociones a bobas» no dejaba de rezar el rosario, devoción que aprendió de su madre 586. Era éste, además, un medio de propagarla.

Decía ella que además este trabajo tenía grandes ventajas. Puede hacerse en la celda a solas. Es un trabajo sencillo que no ocupa el entendimiento, antes bien ayuda a tratar con Dios. Mientras las manos deshojan, taladran, enfilan o engarzan, los labios pueden murmurar el Ave

María, o estar sencillamente en silencio «tratando amores con el Rey del Cielo». Hasta habría de servir más adelante para dar labor a otras Comunidades que |o deseaban, llegando a ser una gran ayuda para ellas.

Aquellos primeros largos ensayos de Duruelo y de Arenas que por tantos años ocuparon su interés hasta conseguir su perfección, que después de varias horas de trabajo sólo daban por resultado unos cuantos rosarios al día, llegan aquí en La Aldehuela al máximo de producción con miles de cuentas diarias sin llegar a dar abasto a todos los pedidos. Providencialmente había conseguido unas máquinas que eran para otro uso, pero servían perfectamente para hacer las cuentas.

En mayo del 62 la Madre escribe así a la Priora del Cerro:

> «Las máquinas son una verdadera maravilla, un tesoro. Ahora que es un regalazo. Están nuevas y nos dijo él que no se puede pensar lo que costarían ahora. ¡Cómo es éste Señor nuestro! Aún no pudieron funcionar. Hoy se acabará la instalación, Dios mediante, pues tienen que traer una diferencial. A ver si nos las arreglan pronto, que estamos abrumadas y todos pidiendo rosarios.»

Una sola monja puede manejarlas con toda facilidad. Faltaba ahora el poder taladrarlas mejor y más rápidamente.

Encarga ella a una Hermana que «invente» la manera de hacerlo así.

Unas máquinas de coser viejas se van adaptando a este nuevo uso: un tubo, una cazoleta..., más pruebas..., pero al fin se consigue tal como la Madre quería y hasta se les puede adaptar un motorcito que aumenta aún más la cantidad de cuentas taladradas al día[100].

La huerta se va llenando de rosales para esta labor. La Madre los reparte entre las monjas para cuidarlos, regarlos, coger los pétalos. También ella, por supuesto, tiene su macizo.

Por las mañanas, antes de la oración, ya se la ve con su cubo o regadera cogiendo agua del depósito para regarlos. Disfruta cuando ve que empiezan a salir los primeros brotes que le hacen pensar, ¡cómo no!, en la obra que hace Dios en las almas y en los frutos con que ésta le corresponde. Lo comenta en recreación, se lee en sus cartas.

Luego, por la tarde, irá a coger los pétalos para secar.

---

[100] El hermano de una de las monjas, muy buen mecánico, acabó de perfeccionar estás máquinas.

Por la huerta se ven monjas, en silencio, ocupadas en ese mismo trabajo, con escaleras, sacos, cestos. Da la hora en el reloj del claustro. Empieza la recreación.

Allí, frente al Cerro, se sienta la Madre en los escalones de piedra toscamente labrada, junto a la Cruz. Por allí y por aquí se van sentando todas las monjas alrededor. Todas o casi todas llevan su labor de rosarios, hasta las más ancianas trabajan en ello, ¡hay para todas!

Unas deshojan, otras cortan trozos de cadena que viene en madejas, otras engarzan. La Madre va enhebrando las cuentas en el alambre, para darlos después a las que los hacen, Siempre está trabajando. Otras veces son alpargatas que teje muy bien, para sus monjas o para otros conventos.

En la huerta, o en casa, si hace mal tiempo, no está nunca ociosa. También corta a tiras las telas para hacer la «jarapa», una especie de tela rústica muy apreciada[101].

En los pocos ratos libres que le dejan sus ocupaciones, no deja de atender las menores necesidades de sus hijas.

Entra en sus celdas para ver lo que puede faltarles. Al acercarse el invierno revisa con todo cuidado las mantas de cada una, para asegurarse que están todas bien, y que no pasan más frío del que les permite su vida de austeridad y pobreza.

Por las noches no cierra del todo la puerta de su celda para estar al cuidado de lo que pudiera pasar en el convento.

Se quedaba con un reloj por si la tañedora tiene algún descuido y no llama a la Comunidad.

Hay una carta de ella, de estos años, en la que cuenta con gracia lo sucedido una noche:

> «Esta mañana ha sido horrible. Yo dejaba un reloj al lado de la cama todas las noches porque estas hermanicas mías se solían dormir algunas veces. Hace dos o tres días lo dejé porque me dio escrúpulo estar como la gente del mundo con reloj a la cabecera y en efecto me iba bien despertándome a las cinco o así, pero esta mañana (ayer nos acostamos muy tarde) me desperté y después de un ratito dieron los tres

[101] Jarapa = tela gruesa tejida con tiras de trapo. Parece ser que viene su nombre de «harapos». La primera vez que vieron esta tela fue en Batuecas, que la Hermana Juana, la panaderita de Mozarbez, cuando entró al convento, llevaba una manta de este tejido.

cuartos. No dudé que eran para las cinco y quise aprovechar esos tres cuartos de hora y me volví a dormir profundamente. En esto, unos golpecitos a la puerta suaves e insistentes. No me asusté, abrí, pero como no había nadie, pensé si se habría puesto mala la Madre Subpriora que no estaba muy bien ayer. Sin mirar la hora entré en su celda y me dice que no ha llamado, que está muy bien. Miro el reloj y faltan tres minutos para la seis. Di tablillas y avisé a todas de la hora.

»Pero ¿quién me llamaría? El diablo no me iba a llamar para la oración. ¿Sería mi Angel de la guarda?...»

Después de tablillas de la noche, cuando todas se han retirado a descansar escribe ella sus cartas, contestando a tantas preguntas que le hacen sobre toda clase de cosas, o agradeciendo a unos y otros sus regalos, sus atenciones a sus conventos, que todos se vuelcan con ella, en cada una de sus fechas. Grande o chico, lo que sea, le llena de agradecimiento y siempre tiene una palabra para ponderar lo que se le da.

Un día, unos pobrecitos, agradecidos a los muchos envíos de la Madre que tantas necesidades remediaban, le llevan una caja con peras. Pero para que llegasen bien frescas y buenas, las cubren con una capa espesa de alfalfa. La Madre abre la caja y al encontrarse con la alfalfa, sin ver las peras, se para un momento y en seguida dice agradeciéndolo de corazón: «¡Qué alfalfa tan buena!»

Sus hijas se reirán de estas cosas con ella, y le dan luego bromas comentándolo. Pero se les va grabando dentro todo esto, que tantas cosas les descubre y tanto les enseña.

No es para dicho lo que disfrutó preparando todo para celebrar el Centenario de la Reforma de su Santa Madre Teresa[102].

¡Con qué emoción recibe después la visita del santo brazo! Quiere trazarlo todo como si fuera Santa Teresa en persona que llegase a este convento suyo.

Lo pone en el Coro en un altar cuajado de flores; lo lleva después al refectorio sobre la mesa traviesa en el sitio de la Priora. Hace que ese día

[102] Celebraron también todos sus conventos, de una manera especial, la proclamación del Doctorado de Santa Teresa, el 27 de septiembre de 1970. La Madre Maravillas consiguió reunir de varios sitios una buena cantidad, que envió al Padre General para ayudar a la celebración de esta fiesta en Roma. También se ocupó de que en una peregrinación organizada por familiares para esa fecha, fueran los capellanes y demandaderos de varios de sus conventos en representación de sus Comunidades. Grande era su gozo cuando, a la vuelta, le contaban sus impresiones.

lean durante la comida trozos de la Santa en que habla a sus hijas. La oración con ella; luego reparte la noche de manera que cada una de las monjas pueda tenerla en su celda un cuarto de hora. Lo lleva por toda la huerta para que lo vaya bendiciendo todo.

Al amanecer, el Rosario de la aurora mezclado con coplillas sacadas de las obras de Santa Teresa. Escribe luego a la Madre Magdalena de Aravaca aún bajo la emoción de la visita, que «cuanto se diga de ella es poco, como felizmente lo experimentarán». Le dirá «que se siente realmente algo inexplicable al sentirse tan cerca de quien tanto amó al Señor».

Este convento que está muy retirado, tiene poca facilidad de comunicación en los primeros años en que aún no había teléfono.

Había recados urgentes, de enfermas, médicos, etc.

Le hablan de un aparato de radio con el que se comunican hoy en muchos sitios y le encanta pensar que esto le solucionaría mucho. Por entonces se lo regalan a ella y al Cerro, para que desde allí —puesto que en el Cerro tienen teléfono —puedan dar todos sus recados a Madrid. En seguida bautiza su «emisora» con el nombre de «Santa María» y la del Cerro con el de «Corazón de Jesús».

No es demasiado rápido el poder ponerse en comunicación; a veces se la oye en su archivo: «¡Corazón de Jesús, Corazón de Jesús...! ¡Aquí Santa María! ¡Aquí Santa María!»

Un día hay un cruce. Una señora piadosa que está con otro aparato en una finca próxima, cree sin duda oír una comunicación celestial y contestaba devotamente; «¡En Vos confío, en Vos confío!»

¿

¡Cómo se reía la Madre contándolo después a todas!

Más tarde el teléfono suplirá con ventaja al «aparatico» como ella le llamaba y podrá tener a tiempo el médico, el sanatorio o lo que sea necesario.

Hasta ahora no con mucha salud, pero tiene fuerza para todo. Por este tiempo sus achaques se agudizan; tiene en noviembre de 1962 el primer ataque circulatorio serio; un amago de hemiplejía.

A partir de aquí su energía física va declinando. Ha sido de pronto.

Parece como si el enemigo, viendo las muchas obras que ha de emprender en estos años para tanta gloria de Dios, le hubiera pedido probarla más, porque, sí; ha hecho muchas cosas; hasta ahora ha tenido fuerzas para todo, pero ¿y si éstas le faltaran? ¿Seguiría ella como hasta aquí? El tiempo lo va a decir.

El doctor Vega Díaz que la trata desde esta enfermedad[103] dice que necesita reposo, cuidados especiales. Ella le escucha, pero después le pide que le deje esto... y aquello... y le convence.

Porque él se da cuenta de qué clase de enferma tiene entre manos y comprende que no la puede obligar a muchas cosas. Pero al menos, más descanso. ¡Es lo menos que puede pedir!

Por ahora, no hay miedo que se mueva de la celda, porque la recuperación es lenta y no puede hacerlo.

Lo que es de temer es cuando ya puede manejarse por sí sola, porque entonces hace de las suyas y ¡adiós reposo!

La Madre Subpriora y la enfermera están al cuidado, pero ella se las arregla para jugársela en cuanto puede.

Muchos días al mediodía después de recreación, la dejan en su celda, sentada y bien abrigada, para que pueda descansar un poco.

Todas se retiran; es hora de celda.

No pasa mucho rato cuando se oyen unos pasitos suaves, apenas perceptibles. ¿Quién será? La Madre ha tirado las mantas, y se va con gran cuidado de no hacer ruido hacia su archivo, donde le esperan varias cosas que tiene que solucionar. Tiene cartas atrasadas por contestar.

Despacito, para que no la descubran se sienta delante de su mesa y escribe sin paradas, espontáneamente, como habla:

> «... ¡Qué susto tan horroroso se llevarían! ¡Bendito sea el Señor que se quedó en susto! Es verdaderísimo, claro está, lo que Cristo nuestro Bien le dijo a nuestra Santa Madre que así asistiría a todas las que muriesen en estas casas a la hora de la muerte... pero en fin, ya llegará y nosotras contentísimas de que no haya querido el Señor que llegase todavía para V. C. Tengo yo que abrir la marcha como es natural,

[103] Doctor Francisco Vega Díaz. que desde el primer momento se interesó mucho por su enferma, con la que además le unió una verdadera y profunda amistad.

Desde esta fecha hasta la muerte de la Madre, el doctor Alvaro Benítez de Huebra iba todos los meses a hacerle los análisis necesarios, atendiéndola con gran interés y cariño.

y el Señor me lo va a conceder, pero estos avisos nos vienen de perlas para aprovechar los tesoros que tenemos entre manos y crecer en ese dulcísimo amor de nuestro Bien ahora que aún tenemos tiempo. ¿No le parece?».

Cualquiera diría que las enfermedades le aumentan las energías porque ¡hay que ver la actividad que despliega en estos años!

En este año 63 hace varios viajes de fundación a Montemar. En uno de ellos las Hermanas que la acompañaban, creyeron se les moría, tan mala iba.

En julio del 64, reclamada por toda la Comunidad va a El Escorial.

En el 65 tiene un brote fuerte de vías respiratorias con recaídas continuas, tiene muchos mareos. No tiene un día bueno.

No mucho después sale para Avila que el Obispo le ha pedido con instancia que vaya al Monasterio de La Encarnación para tratar con la Comunidad, porque es urgente.

En estos viajes, aún con tanto cansancio y agotamiento, va derrochando caridad con unos y otros, se da a todo el mundo. Todos la quieren, y se sienten atraídos hacia ella, sin saber por qué.

Lo mismo en su convento.

Sale a la huerta. Ya está algo encorvada y tiene que apoyarse en la Madre Subpriora o alguna de sus hijas. Quiere ir a la fragua, donde está el mecánico trabajando para las obras que están aún pendientes. Pregunta por su mujer, por sus hijos... Habrá que ir pensando en los estudios de los chicos. En sus vacaciones de este año. Ya se encargará ella de que descansen y disfruten todos bien.

El dirá siempre que no sabe qué era lo que tenía la Madre, pero que no era como los demás.

Unos pasos más allá está la carpintería. El carpintero, su fiel Juan, a quien ya conocimos, sale a su encuentro5". Ella le hace sentar, le dice que trabaja demasiado, se asegura que no pasa frío, aunque por si acaso luego encarga a las Hermanas que van a la huerta que pongan una estufa en la carpintería, que ya va él teniendo años. Se interesa por Mercedes y sus hijos, que casi todos han nacido en sus conventos.

Más allá el hortelano que también la venera. Todos dicen de ella que era una verdadera Madre.

* * *

Desde el principio del Concilio Vaticano II lo siguió paso a paso con todo interés, enterándose de todos los documentos, haciendo ella y toda su Comunidad oraciones especiales por esta intención.

Por este tiempo escribía a la Madre Priora de Arenas de San Pedro:

> «Me figuro estarán entusiasmadas con el Concilio, ¡qué hermosura y qué felicidad ser hijas de la Iglesia! Su Santidad qué santo también tan encantador. ¡Cuántas gracias tenemos que dar a Dios de habérnoslo dado en estos tiempos!»

Su vida contemplativa auténtica dilataba su alma con las dimensiones de la Iglesia y compartía sus grandes intenciones.

Le encantaba el Oficio Divino que aun costándole mucho los últimos meses por la enfermedad, no consintió en dejar de rezarlo hasta el fin. Cuando se empezó a rezar en español, ponderaba mucho las cosas tan preciosas de los Salmos y jamás se quejó de lo que tenía que costarle el cambiar después de tantos años, existiendo la dispensa para las personas mayores. Con aquella humildad suya tan llena de naturalidad, pedía a las Hermanas que le enseñasen a registrar en el nuevo Breviario y se hizo copiar el Miserere para aprenderlo.

Mientras su cuerpo iba decayendo y perdiendo fuerzas, su corazón se encendía más y más en amor a la Iglesia, ofreciendo por ella, por el Concilio, por el Papa, todos sus sufrimientos. ¿Quién tiene más amor que el que va dando la vida por el que ama?

El Viernes Santo de 1967 tiene una pulmonía. Cada una de estas enfermedades es una bajada. Pero aún no es el fin y le quedan muchas cosas por hacer y por sufrir.

¿Y con sus monjas enfermas? Esto, para haberlo visto de cerca.

Aquí, como en sus demás conventos, es grandísimo el contraste y la desigualdad entre los cuidados que prodiga a sus hijas y los que ella acepta para sí.

Todos los extraordinarios le parecen pocos para sus enfermas, pero ella... ¡Sí no necesita nada!

Se leen papelitos que escribirá con recados a la enfermera que revelan esto, que tan bien recuerdan todas sus monjas:

> «Diga a la Hermana N que se siente a media oración.» «Mire si la Hermana X tiene una manta por si acaso.» «Que no se levante la Hermana A hasta Misa.» «Haga caridad de dar a la Hermana C un poco

de leche con una aspirina y que se eche. Póngale colchón y bien abrigada.»

En cambio hay otros muchos como éste: «No me traiga para el desayuno más que como siempre. Si no, se lo tomará V. C.»

Papeles escritos en recortes pequeñísimos de cartas; papeles sin importancia, pero ¡qué profundidades descubren!

Le pide Dios en estos años el sacrificio también de varias de sus hijas. Entre ellas una de las primeras novicias de La Aldehuela que se la lleva el Señor a los treinta y un años.

Una criatura encantadora; callada, sin llamar la atención por su silencio, alegre sin hacerse notar por su alegría. Y con una vida interior que su muerte puso aún más al descubierto.

También habría muchas cosas que decir de ella, pero no es éste el momento. Sólo, para dar una noticia de esta Hermana que en seis años recorrió su camino, supliendo la intensidad la poca duración, como ella deseaba.

Un día están todas las Hermanas jóvenes desgranando maíz en la huerta.

Es hora de recreación y ríen y hablan, como de costumbre, de todo. Se le ocurre a una preguntar cómo les gustaría morir. No es éste un pensamiento triste para ellas, todo lo contrario.

Muy entretenidas va diciendo cada una lo que se le ocurre. La Hermana Rosa, subida en el montón de panochas para desgranar, dice que ella quería fuese un día cualquiera, que se siente mal, se tiene que salir del coro, se va a su celda. El caso era seguir hasta el fin haciendo la vida normal, sin ruido, sin enfermedad, sin nada. Pues así mismo fue.

Una mañana, vestida ya y preparada para ir al sanatorio, pues parecía necesario que la vieran, ya que aquella madrugada se había puesto con algo que parecía muy serio, vino el Señor a buscarla. Era una embolia.

Cuando ella se dio cuenta de que se moría dijo con una expresión como de triunfo: «¡Sí que me muero! ¡Bendito sea Dios! ¡Qué alegría!» Besó fuerte el crucifijo y después de unos instantes de lucha, como el que está atado y quiere desatarse, dejó de respirar.

Entre algunos papeles que tenía en su celda, este año había escrito: «Que me lleves en seguida. Mándame ir a Ti.» Hacía año y medio justo de su profesión solemne.

Contaba ella sencillamente a sus connovicias que una noche, antes de entrar en el convento soñó que moría a la sombra del Corazón de Jesús y entre unas monjas que llevaban este hábito. Por entonces aún no sabía ella que iba a ser Carmelita. La Madre Maravillas le cerró los ojos.

La sintió mucho, mucho. Decía era un alma que no era para vivir mucho tiempo en la tierra. La enfermera encontró a la Madre un día en su celda donde entró casi de Improviso, cayéndole las lágrimas en silencio.

—Hija —le dijo—, es que no se puede remediar, cada día se la echa más de menos.

Del 68 al 70 tiene aún algo más que ofrecer al Señor, pues le salen continuamente unas enormes ampollas llenas de supuración, que acaban convirtiéndose en ántrax.

Se enteraron, porque vieron sus túnicas manchadas al lavarlas. Las curas son dolorosísimas, pero ella no se queja de nada, sólo dice que «lo que siente es el tiempo que tienen que perder en curarla».

El 69, otro ataque circulatorio. Dos años después, otra pulmonía. Dormía en su celda una Hermana, a pesar de que ella insistía que no era necesario, que podía muy bien estar sola. Una noche se sintió tan mal que creyó que se moría.

Pone el crucifijo encima de la almohada para que la Hermana tuviera el consuelo de que se había dado cuenta, porque despertarla, no quiere.

Cuando ésta le pregunta:

— ¿Cómo no me ha llamado?

— ¡Para qué, hija, qué me iba a hacer!

—Por lo menos, Madre mía, estar a su lado. ¿No tenía miedo?

— ¿Miedo? ¡SI la muerte no es más que echarse a ciegas en los brazos de Dios!

Capítulo 34

Tenía grandes deseos

En los años que la Madre Maravillas pasó en Duruelo escribió lo que sus hijas han llamado Su Testamento.

De esto no cabe la menor duda, pues al salir ella para la fundación de Arenas de San Pedro, la nueva Priora arreglando una carpeta con papeles que la Madre solía tener sobre su mesa, lo encontró allí olvidado. Es una hoja de papel sin encabezamiento alguno y dice así textualmente:

«Hijas mías amadísimas: Por si el Señor quisiera llamarme a Sí en cualquier momento, quiero hacerles unos ruegos con todo el corazón. Primero, que me perdonen todo lo mucho que tienen que perdonarme por amor de Cristo nuestro Bien, no tomando en nada ejemplo de lo que, por desgracia, han visto en mí que no soy sino una mala monja. Segundo, que me encomienden al Señor que muy mucho lo necesitaré y que procuren vivir como merece el amor de nuestro Dios, con esa humildad y caridad que a El tanto le complacen, olvidadas del todo de sí; y tercero, que si quieren darme gusto y cumplir mis deseos, no falten a la verdad al hablar de mí, como por ejemplo en la carta de edificación, pero por lo menos que sea corta, que digan que tenía grandes deseos.»

Estas líneas se comentan por sí solas. Sin duda, en un momento de inspiración, que en ella podríamos más bien llamar de más íntima unión con Dios, empezó a escribir lo que llevaba en su corazón y de él se derramó el perfume de su humildad profundísima. Nada hay más sagrado para un buen hijo que la última voluntad de su madre. Por eso las hijas de la Madre Maravillas quieren cumplir la voluntad de su Madre haciendo hincapié en las últimas palabras: «Digan que tenía grandes deseos.»

Este lugar de La Aldehuela será el sitio escogido por Dios desde toda la eternidad para dar los últimos toques a los deseos de esta alma generosa, excepcional.

Porque los deseos en estas almas ya no son suyos, sino de Dios, y «todo lo que quieren alcanzan, como dice San Juan de la Cruz: «... lo que

Tú quieres que pida, pido; y lo que Tú no quieres, no quiero, ni aun puedo, ni me pasa por pensamiento querer».

* * *

Cuando el 19 de mayo de 1924 subía al Cerro la Madre Maravillas para hacer su primera fundación, llevaba el corazón lleno de un inmenso deseo: glorificar a Jesucristo, la gloria de Dios.

Pero cuando este deseo es verdadero, tiene una segunda parte, una sola con la primera que necesariamente desemboca en un deseo de que El sea conocido y amado por todos los hombres, de que todos los hombres sean felices con la única y verdadera felicidad de conocer y amar a Dios. No se da, no puede darse en verdad, la primera parte sin la segunda, ni la segunda sin ser consecuencia inmediata de la primera.

«Es una verdad evidente —decía San Juan de la Cruz —que cuanto más el alma se une a Dios por amor, tanto más crece el del prójimo, porque cuanto más ama, más desea que Dios sea amado y honrado de todos».

La Madre Maravillas también sentía vivir en si misma el fin apostólico que había movido a Santa Teresa a su Reforma, y necesitaba derramarse en obras hacia sus hermanos, sin salir para nada de su vida escondida en Dios.

El vaso fidelísimo y transparente del corazón de la Madre Maravillas se llenaba día a día, en una caridad siempre creciente hacia Dios y desbordaba, desbordaba sin medida hacia todos los hombres. Como su Madre Teresa, desde su pobre celdita miraba el mundo entero y hubiera querido abarcar todas las necesidades, todos los sufrimientos, todas las preocupaciones de la Humanidad.

Parecía un eco de su Santa Madre cuando escribía: «Dáseme ya bien poco de lo que se diga ni se sepa. En más tendría se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir. Ha sido el Señor servido que todos mis deseos paren en esto».

Pero a estas alturas de su biografía ya vamos conociendo cómo era la Madre Maravillas y sabemos ya que todo esto se guardaba detrás de un natural sencillísimo y humilde. Cuántas veces decía a sus monjas:

> «Hermanas, quisiéramos abarcar el mundo entero, pero como esto no es posible, que no quede sin atender nada de lo que pase a nuestro lado.»

Era aquél su gran deseo al empezar su primera fundación, encender una lámpara viva, que ardiera sin cesar para Jesucristo. Pero la llama prendía y se fueron encendiendo otras lamparitas por la geografía de España.

Pero vamos por partes: aunque en este capítulo no se tenga en cuenta el orden cronológico, sino según van viniendo a la memoria y al corazón estos grandes deseos de la Madre, cumplidos en esta etapa de su vida.

* * *

Un día tiene ella que salir acompañando a una de sus hijas al médico; otras veces para la fundación de Montemar o para El Escorial o La Encarnación.

Pasan por los Ventorros, barrio suburbial de Madrid, donde se ve un enjambre de niños desharrapados, desatendidos, que gritan y juegan por los desmontes.

Siempre la misma mirada de la Madre y siempre el mismo comentario:

— ¡Pobrecillos! ¿Quién enseñará a estos niños a amar a Dios?

Decía ella siempre que era de grandísima importancia la formación humana y religiosa en estos primeros años de la vida.

Los niños de toda esta zona necesitarían escuelas... Pero ¿cómo? Hace falta dinero que no tiene, personas religiosas que se ocupen y lo dirijan. La Madre Maravillas ya no descansa, es preciso hacerlo como sea. El Señor dará los medios. ¡Está ella tan acostumbrada a los manejos del Señor! ¡Había empezado tantas fundaciones sin tener con qué hacerlas y el Señor acudía en seguida con todo lo necesario! No había más que esperar, pero esperar haciendo, abandonándole luego a El todo el resultado «¡Lo que El quiera! Si El no lo quisiera, ¿para qué podíamos quererlo nosotras?»

También el Capellán del convento le presenta la necesidad, la más urgente a su manera de ver. ¡No necesita ella más que esto!

Pues que se empiece a buscar terreno. Y el Señor acude, como siempre, valiéndose de la grandísima generosidad de una persona que se interesó mucho por esta obra y pidió que no se diera su nombre.

En octubre de 1967 se inauguraron los colegios en el Ventorro[104] dirigidos por Carmelitas Misioneras. Cuando esto se escribe, reciben allí formación religiosa y cultural más de 400 niños.

Fueron muchos los consuelos que la Madre Maravillas recibía de esta obra en la que tanto puso de su corazón.

Llegaban las Navidades, venían los niños a felicitarla cantando sus villancicos, ¡eran otros niños!, los hombres de mañana, que entre juegos y estudio, aprendían a amar a Dios y a la Virgen, su Madre, en estos años tan decisivos de su vida.

¡Cuánto se alegraba la Madre, volviéndolo todo en seguida al Señor! «¡Qué bien lo ha hecho el Señor todo!» El Señor y los que la rodeaban, pues ella, ella no había hecho nada y esto ¡tan de corazón, tan de verdad! Bien podía el Señor poner obras suyas en sus manos y darles cumplimiento, pues jamás ella se hubiera atribuido la menor parte de su realización; todo era obra de El y nada más.

Y aunque sea adelantar los acontecimientos, al hablar de los colegios, no puede menos de recordarse a aquellos niños que besaban su cadáver sin miedo ninguno, y una gran corona de flores que traían con un letrero; «Prepara un reino para los pequeñuelos» y que encima de la caja, bajó con ella a la sepultura.

Como ya hemos visto, en Montemar y en La Encarnación de Avila, otra escuelita ha quedado también como un testimonio más del amor de la Madre a esas almas infantiles a las que tanto importa iluminar cuanto antes con la luz del conocimiento de Dios.

* * *

Hay muchos conventos de clausura que necesitarían trabajo para ayudarse económicamente.

La Madre no se queda jamás indiferente ante las necesidades de los demás, más aún de las monjas. Si no hace todo lo que ella quisiera es porque no puede, «pero lo que pasa a su lado...»

Y son muchas noches y muchos desvelos y mucho pedir al Señor y mucho pensar qué podría hacer ella para esto.

---

[104] Esta escuela está situada en la zona suburbial llamada «Los Ventorros», en el kilómetro 8 de la carretera de San Martín de la Vega, a tres kilómetros del convento.

Ya desde el convento de Arenas, había hablado largamente con un señor amigo, que se ocupaba a fondo de cuestiones sociales y de caridad, que tenía también esta misma preocupación y pudo asesorarle muy bien.

La Comunidad hace rosarios de rosas. ¿No sería esto una buenísima labor para muchas monjas? A las suyas les encanta. Lo ofrece a algunas Comunidades, que sabe están necesitadas de trabajo y encuentra buenísima acogida en todas.

En seguida, está una Hermana instalada en otra de estas pequeñísimas oficinas, haciendo paquetes con material de los rosarios, para veinte Comunidades que lo desean y necesitan; llevando nota de los envíos y llegadas; preparando los pagos.

La Madre Maravillas está contenta, pues le llegan cartas de muchos conventos viendo la mano de Dios en este trabajo que les ha remediado tantas cosas, materiales y hasta espirituales pues como dice ella «el trabajo es bueno para el alma y para el cuerpo».

Para la venta de estos rosarios se puso de acuerdo con los Padres Carmelitas Descalzos de la Provincia de Castilla, que encargaron para ello a un religioso muy competente. También la Madre se alegraba de poder ayudar con esto a los Padres de su Orden.

* * *

La Madre Subpriora le lee a la Madre, cuando ella ya no puede o le cansa mucho el hacerlo, las cartas que llegan de un sitio y de otro. La Madre Maravillas escucha atenta, y va recogiendo interiormente todas las necesidades o problemas que a diario se le presentan.

Mientras puede, es ella misma la que escribe o pone los medios para remediar todas estas cosas. Cuando ya después de la parada cardíaca apenas se mueve de su celda y van las monjas a recreación algún ratito con ella, dice muy contenta:

—Hermanas, podíamos dar de los rosarios o de lo que hemos tenido este mes de las gallinas, para ayudar, si les parece, a tal convento... a tal necesidad.

Esto sucedía con frecuencia.

Entre estos casos de ayuda a los conventos, hay uno un poco más difícil de solucionar. Se trata de hacer un convento de planta, completo,

pues las religiosas, de otra Orden de clausura, no pueden hacerlo de ningún modo; la necesidad es grande y urgente.

La Madre piensa la manera de solucionarlo, pero, ¡imposible! ¿De dónde? Entonces un día en recreación les dice a las monjas:

—Miren, Hermanas, no tenemos más remedio que hacer este convento. No tenemos con qué. Si fuera para nosotras ya saben que no lo pediríamos, pero para las demás... Así que sí les parece podía escribir cada una a las personas que puedan ayudar en esto, aunque fuera poco y ver si entre todos lo conseguimos.

Aquella misma noche, después de Maitines, a la puerta de su celda, aprovechando la luz de los tránsitos, ya estaban las Hermanas escribiendo afanosamente a familiares o amigos, pidiéndoles una cantidad, la que fuera, para este fin.

Contagiadas del celo y caridad de la Madre, esperaban con ansia las respectivas contestaciones. Todos respondieron en su medida con grandísima generosidad y la obra pudo empezarse en seguida. El convento fue una realidad y nunca olvidan aquellas buenísimas religiosas a su Madre Maravillas.

Otras veces eran seminaristas que no podían cursar sus estudios, o familias necesitadas de sus mismas hijas, o los innumerables casos que se presentaban a diario.

* * *

Llevar las almas a Dios, que todos le conozcan y le amen. Preparar los corazones que Dios pone en su mano, para que encuentre en ellos «sus delicias». Darse en ayuda a sus hermanas de clausura, en especial a las carmelitas. Escuchar las voces de cuantos pasan a su lado... Grandes deseos de la Madre que se resumen en una sola palabra: caridad.

No sólo en los grandes problemas o situaciones, sino hasta en los más pequeños detalles de cada día.

Las torneras saben muy bien de aquellos primores de caridad, una caridad delicadísima, que procuraba no herir, no crear nunca una sensación de inferioridad. Si eran religiosos o familias que pasaban algún día en las habitaciones de fuera, ¡cuántos recados llegaban a la cocina, enterándose de cómo les habían dado de comer, si les daban cuanto necesitaban, que no

les faltase de nada! Ellas guardaban papelitos que la Madre les ponía con estos recados, que reflejan su preocupación por los demás hasta el detalle.

En unos Ejercicios le escribe a la portera:

> «Déjele al Padre un cántaro pequeño o jarra con agua..., que hablando tanto lo necesitará y que si no es cántaro, se la muden para que esté fresca.»

O como este otro refiriéndose a unos obreros que eventualmente trabajaban en el convento:

> «Que les den bien de comer. ¿Tendrán bastante? Por si acaso sáqueles un par de huevos fritos. Tenga cuidado que no pasen frío, que tengan suficientes mantas.»

En una relación que hace una Hermana que también fue tornera en La Aldehuela dice así:

> «Puedo afirmar que nunca di parte de una necesidad a nuestra Madre que al punto no hallara eco en su corazón, no sólo remediándola materialmente según sus posibilidades, sino interesándose de verdad por el caso y poniendo en ello toda su alma. Hoy era un obrero con una hija enferma; Nuestra Madre en seguida le buscaba un hospital ayudándole en todos los gastos. Mañana un pobre obrero sin colocación y cargado de hijos; ya se sabía, Nuestra Madre se la buscaría. Por todos se interesaba, todo y todos cabían en su corazón.»

¿Y los que vivían en chabolas aquí cerca, casi en cuevas? Para los más necesitados y urgentes buscó y consiguió medios para comprar dieciséis viviendas prefabricadas.

Un día, era la Fiesta del Sagrado Corazón, le vienen a decir que para poder seguir una de estas obras, hacen falta ahora seis millones; si no, tendrá que pararse todo.

Ella pregunta:

— ¿Podríamos conseguirlos?

La Madre Subpriora contesta:

—Madre, ¡imposible!

Ella, después de unos segundos, fiada como siempre en la providencia, le dice.

—Bueno, pues diga que sí, que sigan las obras.

* * *

El Capellán del convento, Párroco también de Perales del Río, ha construido, sabe Dios a costa de cuántos sacrificios, cuántos pasos, cuántos esfuerzos y cuánto amor verdadero en su corazón, una colonia de 200 viviendas muy cerca de los colegios. Es todo un barrio con sus terrazas llenas de flores, sus tiendas... Los colegios muy cerca para los niños. Pero le falta algo muy principal: la iglesia, pues la antigua iglesia de Perales está derruida.

El Párroco ya no puede hacer más, se han agotado todos sus medios. Y la Madre Maravillas quiere que la iglesia se haga cuanto antes.

Tampoco en esta ocasión tiene dinero para nada. Pero tiene al «Señor de la renta y de los renteros» y cuenta con El, si ella empieza la obra. Y el Señor vuelve a salirle al paso de sus deseos, que son los mismos de El.

El hermano de una religiosa fallecido hace poco les deja una cantidad. La Madre nunca quiso guardar para sus Comunidades estas donaciones y sus conventos seguirán siempre viviendo en su pobreza, de su trabajo y de las limosnas que les envían. Estas cantidades mayores eran para las grandes obras de Dios, que El ponía en sus manos.

La iglesia se hace. La primera Misa se dice el día de Cristo Rey muy poco antes de la muerte de la Madre y la inauguración oficial ya la verá ella desde el cielo.

* * *

Pero hay más.

Las religiosas enfermas que tienen que salir de sus conventos para operaciones, consultas, tratamientos. Muchas pueden ir a conventos de su Orden, otras no tienen realmente dónde estar o están en ambientes tan poco a propósito para su vida de oración y silencio. La Madre lo lleva en el corazón. Tampoco olvida nunca que el Padre Silverio de Santa Teresa, siendo Prepósito General de la Orden le dijo una vez: «Si alguna vez pueden hacer algo, lo más urgente es una clínica o sanatorio sólo para las monjas.»

Admiró ella siempre la gran obra del Padre Gerardo Escudero, CLAU-NE, este Instituto Pontificio que tanta ayuda viene dando a las monjas de clausura.

Y un día de febrero de 1974 recibe una carta de Sor Anunciación Albizu, Religiosa Hospitalaria que está encargada de la clínica para

religiosas, exponiéndole una grave y urgente necesidad. La clínica ocupa provisionalmente parte de un edificio que se va a derribar y tiene que dejar los locales donde estaba instalada. Entre otras cosas le dice:

> «Nuevamente acudo a usted con toda confianza y sencillez para exponerle la gran tribulación que estamos padeciendo. Andamos desde noviembre buscando un terreno donde poder edificar una casa adecuada y sencilla para este fin, pero hasta ahora sin resultado positivo, pues en todas partes encontramos, iba a decir dificultad, pero es más exacto imposibilidad.
>
> »El acudir a usted es para ver si nos pudiera dar alguna pista en orden a encontrar terreno en Madrid o alrededores que serían unos mil metros cuadrados. Tenemos a la vista una casa muy aparente donde poder colocar unas 25 camas y todo lo demás, pero piden 30 millones de pesetas. Tal vez si encontramos quien nos prestara dinero, nos decidiríamos a comprarla pero creo que ni los Bancos, ni Cajas de Ahorros nos prestan. ¿Ustedes sabrían dónde podríamos acudir para conseguir un empréstito así a unos intereses asequibles? Si nada de esto le es posible, no sufra Madre, encomiéndelo a Nuestro Señor y seguiremos esperando en la Divina Providencia. Dios nos abrirá o nos mostrará el camino que debemos seguir y si es su voluntad que esto se suprima definitivamente, pues que se cumpla su divino querer, así convendrá.»

Ya puede suponerse lo que era esto para la Madre Maravillas, esto que coincidía tan de lleno con sus deseos.

Había que hacerlo. Una vez más, sin medios y sin los medios extraordinarios que hacían falta para ello. Pero... Dios, ese Dios Todopoderoso, que «mora agradado» en el corazón de la Madre y que se compadece de las necesidades de los hombres, lo hizo.

Lo hizo y más allá de lo que se le pedía, más de lo que se esperaba.

Y esta vez se valió de la gran caridad de una persona 408 que quiere mucho a la Madre, la venera, y admira todas sus obras que conoce paso a paso. Ella le regala un terreno en Pozuelo de Alarcón, del que pueden tomar la cantidad que quieran.

La Madre, feliz, avisa en seguida a Sor Anunciación, que va a La Aldehuela a enterarse bien de todo, y después le escribe con fecha 1 de marzo de 1974:

«... ¡estuvimos toda la noche pescando sin conseguir nada, pero echamos las redes en nombre del Señor a la derecha y salieron tantos peces que las redes se rompían...! Créame, amadísima Madre, hemos visto la mano de Dios, hemos palpado una vez más las misericordias del Señor, la predilección por CLAU-NE: merced a las oraciones y méritos de las monjas.

Y, ¿quién confió en el Señor y fue confundido?

Volvimos de Aldehuela emocionados, por el camino sólo acertábamos a recitar salmos, Magníficat, Te Deum, etc.

En fin, no puedo expresarle con palabras adecuadas nuestro agradecimiento...»

¡Cuánto deseaba la Madre Maravillas que se empezase pronto! Está ya su cuerpo agotado, pero la inteligencia está clarísima y el corazón se enciende de gozo cuando un día le dan la noticia de que están en marcha las obras.

No tardaría mucho en morir y desde el cielo ha seguido alcanzando de Dios gracias y bendiciones sin cuento para esta obra tan querida de ella. Quizá cuando esta Vida de la Madre salga a la luz, será la inauguración de la clínica ya terminada y completa.

Las manos de la Madre Maravillas siguen siendo un cauce por donde pasan los bienes del Señor para los hombres, sin quedarse en ellas nada más que el buen olor del paso de las misericordias de Dios.

* * *

Ya queda dicho cómo se formó y lo que es la Asociación de Santa Teresa.

Recogiendo con el mayor interés las sugerencias del Concilio sobre este punto, que coincidía con su gran deseo de que los Carmelos, sin perder la fisonomía peculiar que le dio Santa Teresa, formasen una unión más de corazones que jurídica entre ellos, conservando el precioso legado que su Madre Santa Teresa les dejó con la mayor fidelidad posible, la Madre Maravillas envía a la Sagrada Congregación los sencillísimos Estatutos de la Asociación, que son aprobados por la Iglesia el 14 de diciembre de 1972. La noticia le coge a la Madre el 11 de febrero de 1973 empezando casi a recuperarse del todo de la parada cardíaca que sufre el año anterior.

Dando ya su lámpara los últimos resplandores, los últimos destellos, vienen aún a encenderse en su luz, próxima ya a apagarse, otras muchas lamparitas que arderán para el Señor, con el mismo brillo, con la misma fidelidad, con el mismo amor. Esto es la Asociación de Santa Teresa.

Al final de su vida, vuelve el Señor a llevarla a los pies del Cerro de los Angeles, a este conventico pequeño, pobre y escondido, donde se cumple —ella así lo cree —su gran deseo de desaparecer, de no ser nada, y todo ello centrado en ese único y gran deseo de su vida: Que sea siempre lo que El quiera; que el Señor «quede contento de cuantos trabajos pasó por nosotros».

Por eso a la hora de la muerte podrá decir con paz, con alegría, que «ya todo está cumplido».

Capítulo 35

Una enferma como todos

De los últimos años de La Aldehuela hay menos cartas. Sólo al principio hay más y en su mayoría son recados, contestaciones breves a cosas que se le consultan, algunas a su confesor de entonces, que revelan más y más abismos de su humildad. Pero cada vez van siendo menos frecuentes. ¡No hacen falta! Todo lo ha dicho ya, y si hasta aquí ha hablado con sus cartas, con sus palabras, con su actividad, ahora va a hablar mucho más con su entrega silenciosa, con esa inactividad exterior, aceptada sencillamente como era ella en toda su vida, sin ruido, sin ponderaciones, sin quejas, nada. Y el Señor la va entrando más y más en su silencio, como un anticipo de eternidad.

Ha quedado una estampa con la imagen de Cristo atado, que ella dio a una de sus hijas que le pidió se la escribiera. Escribió en un momento en que creyó se moría y con mano temblorosa: «Haz que siquiera ahora te dé el consuelo de entregártelo todo, todo Señor.»

Ahora. Sí, ahora que ya están todos sus conventos en marcha. Que saben todas sus hijas el camino a seguir. Ahora, que declina ya el día y van cayendo las sombras; ahora, que va a acabar el sueño de esta vida, que se acerca la cuenta, la eternidad; ahora, es preciso redoblar sus días, sus esfuerzos... que llegue el amor a su extremo. Sí, ahora, «que te dé el consuelo de entregártelo todo, todo, Señor».

El Señor se lo va a pedir todo y ella se lo irá entregando con la misma sencillez, con la misma alegría de siempre.

En una de sus cartas íntimas a su director, Padre Alfonso Torres, S. J., del año 31, le dice así:

> «Me desperté con un sufrimiento intensísimo, así fui a la oración y no sé cómo, pero de una manera distinta de otras veces, en cuanto me arrodillé, sin dar lugar a nada, sintió mi alma como si delante del Señor se ofreciese (me da vergüenza y me cuesta emplear estas palabras, pero no sé con qué otras darme a entender) como blanco a las saetas de su

amor y le pidiese que la traspasase con ellas según su agrado y beneplácito.»

Ahora, puesta «al blanco de las saetas» de Dios, recibirá las más fuertes y las heridas más graves, hasta que una de ellas le quite la vida, porque —recordando a San Juan de la Cruz en la Llama —estas almas «aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de edad, no les arranca el alma, sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma».

El 14 de agosto de 1972 tiene un nuevo trastorno circulatorio. El médico que ve el gran inconveniente de dormir sentada, con la cabeza completamente doblada sobre el pecho, ordena que se le traiga una especie de hamaca o silla de jardín, en la que, sin tener ella que doblar el cuerpo para echarse, lo que ya le era imposible, la misma silla una vez sentada, la lleve hacia atrás y la deje en una posición distinta. Ahí queda encajada, sin poderse mover, mientras no la ayuden. Pero ella dice que está comodísima, demasiado cómoda para una pobre Carmelita. «¡No hay nadie en el mundo mejor cuidado que yo!»

La heroica mortificación de dormir vestida, no quitándose el hábito más que para su aseo personal, fue algo que Dios le pidió y que ella tuvo la fidelidad de seguir hasta la muerte.

El 27 de agosto empiezan los Ejercicios con el Padre Valentín de San José, OCD. La Madre, con su bastoncito, va al coro, del brazo de la Madre Subpriora como estos últimos años. Hace los Ejercicios con tal intensidad interior que al salir de las pláticas, realmente «no puede más».

El exordio de este año al empezar las pláticas ha sido: «Padre, ha llegado la hora. Clarifica a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria».

Buena preparación para la Comunidad.

Dos meses después, el 27 de octubre, tiene la Madre una parada cardíaca.

En el archivo, después del desayuno, se dispone a empezar su día como todos con la Madre Subpriora. De pronto, le cambia la cara, poniéndose morada. Al preguntarle la Madre Subpriora si se siente mal, ella le dice con extrañeza que no le pasa nada. Pero la Madre sale en seguida a llamar a la enfermera que al verla completamente morada, llama a una novicia que hace poco que ha entrado. Es una enfermera

experimentada y sabe bien de masaje cardíaco. Al entrar y verla así, le coge en seguida el pulso, pero de pronto lo pierde. La Madre inclina la cabeza y queda sin vida.

Comprende la novicia que se trata de una parada cardíaca y sin perder un minuto, ayudada de la enfermera, la echa al suelo y empieza a darle el masaje en el corazón, mientras la enfermera intenta ponerle una inyección que la secretaria del doctor Vega Díaz, a la llamada por teléfono de la Madre Subpriora, les ha indicado, pues el doctor no se encuentra en casa. A los pocos segundos del masaje, la Madre vuelve a la vida y se empieza a percibir el pulso.

Localizan al fin al doctor en el homenaje que se estaba celebrando a un compañero. La enfermera particular del doctor se acerca a é! en el momento que tenía que hablar. Al oír que la Madre Maravillas tiene una parada cardíaca, se excusa ante el auditorio y va con su enfermera a La Aldehuela.

Cuando llega la encuentra ya recuperada, pero gravísima y amenazada de una repetición. Dice a la Madre Subpriora que humanamente le queda muy poca vida. No consiente el doctor en separarse de su lado y estuvo hasta mediada la tarde, en que parecía superado el peligro inminente. La Madre Maravillas le preguntó si podría recibir los Sacramentos y él le dijo que sí.

Al salir el doctor las monjas prepararon todo y allí mismo el Capellán le administró la Unción de los enfermos. Ella, con una expresión de alegría indecible, contestaba a todo con plena lucidez.

La Madre está feliz. Ese hilito de vida que le queda parece que se va a romper de un momento a otro. Pero no es así, aún no le ha llegado la hora y Dios le pide que vuelva a la vida. ¿Por cuánto tiempo?... «Lo que Dios quiera, cuando Dios quiera, como Dios quiera.»

Esa misma noche la llevan a su celda.

No era aún el momento definitivo. No era ésta la «saeta» que había de romper la tela. Todavía no había terminado su misión, y poco a poco va recuperándose.

Tres meses después de aprobados los Estatutos de la Asociación de Santa Teresa y por unanimidad de todos los conventos (18 entonces; cuando esto se escribe, 47) son 312 los votos que la eligen para Presidenta.

Si cada vez que era elegida Priora, al oírse nombrar una y otra vez, iba desapareciendo más y más en el rincón del locutorio, ya se puede comprender lo que sería el oír 312 veces su nombre como un clamor de todas que la piden para su Presidenta. Y como consecuencia, queda elegida Priora de la Comunidad en las elecciones que pocos días después tuvieron lugar.

La cruz hasta la muerte. Esto también entraba en ese todo que ella quería «entregarle al Señor».

Las ilusiones que sus hijas habían concebido las echó por tierra una nueva recaída. Su cabeza no perdió nada de su lucidez habitual; puede ocuparse perfectamente de todo, seguir todos sus asuntos, dictar las contestaciones a consultas y peticiones; seguía siendo el alma de todas sus hijas y todos sus conventos y así hasta el final. Pero ya el corazón cansado le hace ir perdiendo las fuerzas paulatinamente. Van distanciándose sus idas al archivo, sus paseos por la huerta.

Ya no sale al locutorio ni puede escribir. Ella cree, con gran alegra, que al fin se había perdido la memoria de la Madre Maravillas.

No se quejaba, pero cuando le preguntaban cómo se encontraba, decía:

—Hija, yo bien no me encuentro nunca —y añadía, quitándole importancia—, a mis años es lo natural.

Ya no puede ir a recreación con todas. Se marea con mucha facilidad y ella no quiere de ninguna manera que sus monjas, jóvenes en su mayoría, por no cansarla, se priven de sus expansiones y de su alegría en esos ratos. Quiere que sus hijas estén alegres. Cuántas veces dice a alguna Hermana: «Son jóvenes, tienen que expansionarse...» Pero como sus hijas no renuncian a verla más de cerca siquiera un ratito todos los días, deja que vayan a su celda, por las noches, el último rato de la recreación.

La celda es tan chica, que se arma un pequeño alboroto hasta que todas se instalan. Ella se ríe y con su gracia especial les dice que parecen los pajaritos cuando van a acostarse.

Ya en sosiego las monjas le cantan cada noche uno de sus cantos preferidos. Se recoge de tal manera, que a veces parece no va a poder seguir la conversación. La Madre Subpriora le dice alguna vez, con la confianza y el cariño con que siempre la trata: «Madre, si se pone así, es

que no le vamos a poder decir nada.» Sale la Madre entonces de su recogimiento y se da a todas, con aquella sonrisa serena.

¡Qué paz, qué alegría, qué trasunto de cielo en todas sus palabras, pocas, que les decía! Dos palabras que las dejaban llenas de deseos de ser mejores, de darse más a Dios, que las contagiaba de esa caridad suya, universal, sin límites. Cada vez más agotada aquella vida, era como una lamparita que se va apagando, que parece que de un momento a otro va a dejar de lucir.

Pero al mismo tiempo, llameaba viva, dentro, la caridad. Y salía por sus palabras...

Es una enferma como todos, humana hasta los menores detalles, porque las leyes de la enfermedad son iguales para todos. Sencilla en su enfermedad como había sido para todo en su vida. Es... como todos. Pero no se queda ahí. Siente todas las flaquezas y debilidades del cuerpo, pero hay en ella tal conjunción de lo humano con lo sobrenatural, que no se sabe dónde acaba lo uno y dónde empieza lo otro. Es muy difícil poder explicar este aspecto de la Madre Maravillas, tan suyo; esta combinación tan perfecta, tan equilibrada de tierra y cielo.

El que hablaba con ella, podía decir muy bien: «Es como yo, siente como yo, le pasan las mismas cosas que a mí», pero junto con esto, sentía que algo había en ella que levantaba a otro plano, que hacía reaccionar siempre en espíritu, siempre en Dios.

Se marea hasta por un rayito de sol que entra por la ventana de su celda o por ver moverse las hojas de los árboles. Se la nota muy cansada, agotada.

Sin embargo, siempre sobrenatural, encuentra la manera de disimular su cansancio con su sonrisa, con su agrado, hasta con alguna broma.

Un día la enfermera le lleva algo que necesita. Ella, contra su costumbre no le dice nada; le cuesta muchísimo hablar. La enfermera por distraerla le dice:

—Nuestra Madre, ¿me voy y no me dice nada?

Haciendo un esfuerzo contesta:

—Hija, es que no tengo nada que decirle.

Pero pensando que esto podía preocuparle, va más adelante y le empieza a cantar unas coplillas como de despedida, para hacerla reír.

El andar le era cada día más costoso. Va a Misa de Comunidad casi en volandas entre dos Hermanas. Doblada por la cintura, la cabeza metida

en el pecho, pensaba que a cada paso que daba se caía ella y tiraba a las Hermanas.

A la vuelta de la Comunión, todas se asombraban de verla del brazo de una sola Hermana con una agilidad que ya no tenía estos últimos meses. ¿Era la fuerza que Dios le daba en la Comunión? No sabrían contestarlo, Pero al preguntarle a ella decía sonriendo:

—Es que esta Hermana me da mucha seguridad.

Al cansancio se unía una enorme fatiga. El doctor le dijo que tenía que pasear, que esas piernas inflamadas tenían que hacer ejercicio. Pero al marcharse dijo él a la Madre Subpriora que realmente le vendría muy bien ¡si se pudiera conseguir! porque en este estado no hay enfermo que ande.

En su celda trazan, muy animadas, la hora del paseo, Ella callaba. Irían todos los días a la Virgen de la Conversión. Llegada la hora convenida sólo dijo suavemente:

—Hijas, ¡si no puedo!

La Madre Subpriora le sugiere:

— ¿Y no iríamos por un pecador?

No hizo falta más.

Sin volver a hablar de ello, todos los días llegado el tiempo fijado, ella misma recordaba que era la hora de salir.

Lo que humanamente ya no le era posible, su amor a las almas le daba la fortaleza necesaria para presentarse ante la Virgen, a reclamar su pecador.

Era grandísima su inapetencia y se veía el enorme esfuerzo que tenía que hacer para tomar el poco alimento que se le daba y siempre sin sal.

Las enfermeras se encontraban sin ánimos para forzarla, pero el doctor había insistido en que no la dejaran. Tomaba lo que le Ponían, aunque debía ser para ella un verdadero martirio.

La Hermana que la acompañaba en ese rato de su comida algunas veces creyéndola distraída, aprovechaba para aumentarle la pequeñísima ración.

Ella que estaba en todo y que no se la engañaba tan fácilmente, salía de pronto con unos versillos que recordaba de su infancia y le decía:

«No abuses, Valentina, de mi paciencia, mira que estoy teniendo mucha prudencia.»

Otras veces, ella misma aplicaba al caso alguna de las muchas fábulas que sabía de memoria con lo que hacía pasar más desapercibido su esfuerzo.

Supo de insomnios, De un cansancio casi insuperable para poder rezar. Se siente inútil e incapaz para todo. Sus manos ya no le responden para el trabajo. Tiene que pasar las horas larguísimas de cada día sin hacer nada exterior. Han hecho un horario para ella, en el que mezcla sus rezos, lectura de cartas, tratar de asuntos del convento, etc. La Madre Subpriora quiere suavizarle ese sentimiento de su inactividad física, y se la ve algunos ratos con ella compartiendo alguna labor en la que realmente es la Madre Subpriora la que hace todo el trabajo. La Madre se da bien cuenta de ello, pero no lo demuestra, y se deja hacer con toda naturalidad, sin ponderaciones de su inutilidad, ni de las molestias que puede ocasionar.

¡Cuántas noches pasadas en vela en su mayor parte! Bien sabe de esto la Hermana que desde su enfermedad, dormía en su celda. No quería ella de ningún modo, pero pensando en el descanso y tranquilidad de sus enfermeras, aceptó la ayuda de esta hija suya santamente envidiada de toda la Comunidad, que la manejaba ella sola admirablemente y que al mismo tiempo no se resentía para nada en su salud.

Una de estas noches, al poco tiempo de quedarse dormida la Hermana, se le cayó a la Madre un rollito que le ponían en el cuello, que le impedía doblar tanto la cabeza y le facilitaba la respiración. Encajada en esta especie de silla inclinada, no podía moverse para cogerlo; estuvo intentándolo por dos horas, sin conseguirlo, sintiéndose ahogar por momentos, pero no quiso despertar a la Hermana.

Sería interminable si se contasen las cosas que sus hijas recuerdan de estos últimos meses de La Aldehuela. Una de ellas recogió algunos de estos preciosos recuerdos que ayudarán a completar el retrato de la Madre en este tiempo.

Una mirada superficial podría creer que la Madre Maravillas había terminado ya su misión. Pero la verdad va por otros caminos, pues nunca ha sido más activa la inactividad de la Madre. Unida a Cristo en la Cruz, quizá nunca ha sido mayor su fecundidad, que de una manera misteriosa, pero real, se extiende a todo el mundo.

Viernes Santo. La Comunidad está en el refectorio. La Madre recorre con la imaginación lo que tantas veces ha vivido. Ya se sabe lo que es el Viernes Santo de una carmelita. ¡Y ella vive tan a fondo este Misterio de Cristo! No, no es para ella, no ha sido nunca un espectáculo, un recuerdo.

Es una realidad viva, que se renueva cada vez. Está entreabierta la puerta de su celda. Como un murmullo muy lejano, se da cuenta que la lectora está en el pulpito del refectorio haciendo recordar a todas una vez más que «habiendo llegado la hora, nos amó hasta el extremo»6'2. Su emoción va en aumento. La Hermana que está con ella no sabe qué hacer por distraerla, puede hacerle daño... Por otra parte, no es posible distraerla con otra cosa. Se le ocurre hacer las dos juntas el Vía Crucis. Lo acepta encantada.

Podrían hacerlo —le dice la Hermana —así mismo como están. Ella le iría diciendo: Primera Estación, Segunda... Y la Madre contestaría sólo algo muy corto, para no cansarse. Le parece muy bien y empiezan. Coge fuertemente el Crucifijo entre sus manos cruzadas y con aquel recogimiento suyo va contestando con voz temblorosa: «Jesús misericordioso, haz que te ame y por tu amor me sacrifique por mis hermanos.»

¡Era tan amplio, tan universal el amor de la Madre Maravillas! No hay preocupación que no le llegue, comparte penas y alegrías de toda la Humanidad. ¡La Iglesia, el Papa!

Le recuerdan un día que era una fecha del Papa Pablo VI. ¡Agradeció tanto que se lo recordasen!

> «Hoy todo será para él, el dulce Cristo en la tierra.» Esta expresión de Santa Catalina le encantaba Ese hoy se repetirá cada día, pues cada día, le trae siempre algo que ofrecer por el Papa, por la Iglesia.

Lleva la cruz que Dios le manda con todo amor, con gratitud, sean enfermedades, separaciones, dificultades de cualquier clase, ¡tantas! en sus fundaciones, en una vida tan larga ya.

Recibe agradecida hasta las pequeñas alegrías que sus hijas le procuran.

Las Hermanas, sabiendo cuánto le gustan los animales le llevan a su ventana la vaca que acaban de regalar. Ella se interesa y da su parecer, tan acertado siempre, pues entendía mucho. En seguida le pone nombre.

Allí está también el perro que no se separa de su ventana. Ella le corresponde, dándole las cortezas de pan, del que poco se reserva para sí, porque las miguitas las guarda para los pájaros tan confiados en su protectora, que se atreven a entrar hasta dentro de su celda a buscar su ración.

Un domingo, las novicias en su hora de recreo, encuentran en la huerta una paloma herida y se la llevan en seguida para que ella les diga cómo se puede curar. La Madre se interesaba por todo.

El 19 de mayo de 1974 se cumplían los cincuenta años de la fundación del convento del Cerro de los Angeles.

— ¡Cuántas, cuántas gracias del Señor! —repetía.

Por la noche, en este rato que las monjas estaban con ella en recreación, le pidieron que les contase cómo fue todo lo de la fundación.

Con toda sencillez, la Madre les fue contando sus recuerdos de ese día, y a pesar del enorme cansancio, se le notaba el consuelo que era para ella recordar tantas misericordias del Señor.

El 30 de este mes se celebraron las Bodas de Oro de su Profesión Solemne.

El Señor la regaló este día con la Profesión de una novicia, la última que lo hará en sus manos.

No quiso que se hiciera ninguna celebración exterior. Sólo pidió Misas, todas cuantas se pudieran decir. Todos sus conventos las encargaron en distintos santuarios marianos, a las que ella se unía en espíritu.

Una estampa sencillísima de la Inmaculada fue el recuerdo que quedó de esta fecha. El texto, elegido por ella, es como un reflejo de sus sentimientos y de su inmenso amor a la Virgen.

Madre mía, qué buena
has sido siempre conmigo.
En tus manos pongo esta súplica
Bendícela Preséntala a Jesús
Haz valer tu amor de Madre y tu
poder de Reina ¡Oh María!
Cuento con tu ayuda
Confío en tu poder
Me entrego a tu voluntad
Estoy segura de tu misericordia
Madre de Dios y Madre mía
Ruega por mí.

30 de mayo

Cerro de los Angeles La Aldehuela

1924 1974

Capítulo 36

Escondida en Dios

Son los últimos años de la vida de la Madre Maravillas.

Se ha podido contar hasta el detalle su vida en este marco: del convento de La Aldehuela, la hemos visto moverse en las fiestas, en las dificultades, en la muerte de sus hijas, en la enfermedad.

Tenemos sus palabras, su manera de pensar, en sus cartas, pocas ya, en los papelitos que ponía a sus hijas aconsejando, reprendiendo, animando. Tenemos además el dato irrefutable de sus obras en estos catorce años de La Aldehuela.

Conocemos su rostro, el gesto dulcemente serio de su cara, su mirada profunda y penetrante, una mirada acogedora que invita a la confianza; la conocemos y podemos recordarla con su bastoncito, cada vez más encorvada, pero siempre animosa, alegre, con una alegría serena, con un espíritu joven.

Pero quisiéramos saber más. Más de su intimidad, de su trato con Dios. Quisiéramos encontrarnos un buen día en algún rincón olvidado de su archivo o de su celda con un montón de papeles escritos por ella misma que nos dieran a conocer su vida, su comunicación íntima con el Señor en estos últimos años.

La verdad es que Dios no se ha negado del todo a este deseo, ya que sin forzar su humildad que le pedía con instancia pue todo esto «no sea nunca de modo que puedan notarlo» ha permitido que quedaran para nosotros esas cartas de los años 31 y 38-39, que nos dejan ver claramente la manera de trato de Dios con ella y de ella con Dios. Su vida interior.

De estos últimos años no sabemos nada concreto por ella misma, ni por nadie, pues ella lo guardó todo en su corazón hasta la muerte. Sin embargo, bien puede asegurarse que sigue siendo la de aquella iluminación de luz infusa que unas veces le hace ver su nada y desear ser despreciada y olvidada de todo el mundo, la de aquellas comunicaciones que le muestran «como un *algo* de Dios que la llena toda de amor y de deseo». La de aquella infusión de amor tan fuerte e Intensa que «de seguir así creo que

no se podría resistir», la de aquellos toques de Dios que «a vida eterna saben» y que no hay palabras en la tierra para poderlo expresar.

Y no es sin fundamento esta afirmación.

Había que vivir con ella para percibir ese mundo inefable que llevaba dentro, aunque sus palabras fuesen tan corrientes como las de cualquiera, aunque estuviese hablando de las cosas más vulgares. Se transparentaba, sin darse ella cuenta.

Se dice que era como todos. Es verdad, así era. Pero había en ella algo que no era lo de todos. Era algo más, un dejo de Dios inconfundible, un no sé qué, que hasta en el locutorio donde hablaba poco, donde casi desaparecía en estos últimos años de La Aldehuela, notaban los que hablaban con ella y no pueden olvidar ese atractivo de su persona que no saben definir. Porque no era simpatía o gracia natural solamente. Siendo, es verdad, de gran simpatía y agrado natural, no puede decirse que fuera de aquel donaire que tenía Santa Teresa que atraía con sus dichos y su gracia a cuantos se le acercaban.

Un religioso que trató con ella de cosas espirituales en estos años, aunque no fue largo el tiempo, pues pronto tuvo que dejar de ir al locutorio por su enfermedad, se dio cuenta en seguida de ese mundo interior que reflejaba la Madre. Dice que podía hablar de lo que fuera, pero todo lo hablaba y lo enjuiciaba desde Dios; vivía en Dios como en su centro.

En los Capítulos conventuales m, en las conversaciones particulares con sus hijas, dentro de la grandísima sencillez de sus palabras, hablaba de tal manera de la oración, de cómo se comunica el Señor al alma, que se veía era imposible hablar así si no tuviera una experiencia personal de estas gracias de contemplación.

Una Hermana y con ella varias personas recuerdan que cuando le consultaba alguna cosa no contestaba en el acto, sino que se le notaba que consultaba ella a su vez con «alguien», el dulce Huésped del alma, y luego contestaba en seguida a lo que se le preguntaba.

Un día, ella tan serena, se entusiasma de una manera extraña, porque ha leído en la Vida de su Santa Madre Teresa aquellas palabras con que daba cuenta de conciencia al Padre Ibáñez: «Imaginad una persona tan enamorada de otra que no se pudiese hallar un punto sin lo que ama; así estoy yo con Nuestro Señor, consolándome con El, hablando siempre de El y con El.»

Parecía salir de sí con aquel hallazgo. ¿Era porque respondía a cómo vivía ella por esta época? Tan enamorada de otra... ¡así estaba ella también! Hasta lo hizo poner en estampas de Santa Teresa que le gustaba dar y mandar a sus monjas y a otras muchas personas. Lo repetía muchas veces en los Capítulos, con un gozo especial.

Un Padre Carmelita Descalzo, que la conoció y trató mucho escribe; «No era difícil adivinar que vivía en su divina presencia y qué tiernamente le amaba. Así se deducía de su actitud serena y recogida, su constante referir todas las cosas a su divina Providencia, el buscar la gloria de Dios en sus empresas, el poner en la eficacia de la oración el éxito de todas ellas.» «La última vez que tuve la dicha de estar con ella — julio de 1974 — pensé que no la vería más en la tierra, pues la hallé muy viejecita, encorvadísima, físicamente acabada aunque en completa lucidez mental. Salí con el suave recuerdo de haber visto una santa».

Otro Padre que la confesaba los últimos años, dice así; «La veo así, como la conocí en su ancianidad, en sus últimos años, yo diría cuando más se conoce la santidad de una persona, al final de su vida. Se va recogiendo el fruto de todos los años pasados. Estaban allí recogidos y guardados como quien guarda un tesoro dentro de su corazón, todas las experiencias pasadas, agradeciendo al Señor todos los beneficios recibidos y procurando día tras día y hora tras hora contestar a esos beneficios con una entrega en silencio. Silencio interior, silencio exterior, silencio del alma. Ese silencio que tanto habla de Dios Nuestro Señor cuando uno se comunica con El en la soledad, como se comunicaba a la Madre Maravillas».

Todas las monjas recuerdan cómo se preparaba para la confesión y la Comunión. Cómo se recogía en la oración. En la acción de gracias después de comulgar, ¡cuántas veces les costaba sacarla de su recogimiento para llevarle el desayuno o preguntarle cualquier cosa!

Dice otra de sus hijas que vivió siempre con ella; «En sus conversaciones se dejaba sentir su gran vida interior, pues sus palabras llegaban a lo hondo del alma, sintiéndose como impulsado a ser mejor. Su recogimiento ante el Sagrario era de impresionar. Vez hubo que después de comulgar tuve que ir a besarle el escapulario como es costumbre entre nosotras al salir del Coro para cumplir algún oficio, y era tal su recogimiento que parecía no estar en la tierra».

Un día, ya enferma, llegó la imagen de la Virgen Peregrina de Fátima que entró en clausura. Las Hermanas la llevaron por la huerta y la pararon delante de la ventana del archivo de la Madre para que la viera bien. No se sabe lo que pasaría en su interior; el caso es que empezó a ponerse toda encendida mirando fija a la imagen y sin decir más que; «La Virgen, la Virgen.»

Igual le pasó otro día en las fiestas de Navidad. Estaba ella en su celda, cuando ya no podía ir a recreación. Las Hermanas habían estado cantando y bailando al Niño, como es costumbre en el Carmelo, y se les ocurrió llevárselo —un Niño Jesús de tamaño natural, que le habían mandado del Cerro—. Entran en su celda y se lo ponen en los brazos. A la Madre se le enciende la cara. Se impresiona de tal manera, sin decir palabra, que tuvieron que quitarlo deprisa temiendo que no lo pudiera resistir.

Destellos. Destellos de la Luz que vive dentro de la Madre: de Dios que «mora agradado» en ella como en casa propia, «rigiéndolo y gobernándolo todo como Dueño absoluto»[105].

¿Habían pasado ya los trabajos de la «noche» y de la prueba? Aquella terrible prueba interior que se ve por esas cartas de los años 31 y 38 a sus confesores: Padre Torres y Padre Florencio, que parecen plasmar las palabras de San Juan de la Cruz en la Llama: «Porque en esta disposición de purgación no le es esta llama clara, sino oscura, que si alguna luz le da, es para ver solo y sentir sus miserias y defectos. No le es suave sino penosa...».

> «Y así esta pena se parece a la del purgatorio porque así como allí se purgan los espíritus para poder ver a Dios por clara visión en la otra vida, así en su manera, se purgan aquí las almas para poder transformarse en El por amor en ésta».

¿Cuándo acabó esta prueba?

Los testigos de su vivir en estos catorce años no pueden decir de ningún modo que era un alma angustiada. Sus consejos a otras personas probadas revelan un espíritu amplio y sereno, lleno de confianza y seguridad, que comunicaba a todos. Lo que vieron «con sus ojos» sus hijas —testigos de excepción— en todo este tiempo, «lo que palparon sus manos» es con toda exactitud lo que se viene contando. Ella guardó hasta

[105] «Como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola...», San Juan de la Cruz, *Llama*, IV-7.

la muerte los secretos del Rey. Lo que pueden afirmar con toda certeza es que todo se resuelve en ella en la serenidad profunda de la entrega. Que sea Dios quien lo rija y lo gobierne todo en ella ¡hasta en el cielo no quiere tener otra misión! ¡Y eso sí que lo ha dicho!

Es un día, uno de estos últimos de su vida, que la Madre ha dicho algo de i.se al cielo. La Hermana que está con ella le pregunta cuál va a ser allí su ocupación, su misión, ya que todos los santos deben tener la suya...

—Nuestra Madre, ¿y en el cielo qué es lo que va a hacer?

La Madre con aquella expresión de paz profundísima que hacía ver toda la hondura de su entrega, tiene un gesto de no saber.

La Hermana le insiste:

—Pero dígame, Madre, ¿no va a hacer nada allí? ¿Qué es lo que va a hacer?

La Madre cambia de expresión y tiene como un estremecimiento. De momento no contesta nada y su hija no insiste más, pues hay algo allí que reclama el silencio.

¿Qué le pasa a la Madre? ¿Es que le deja Dios ver como otras veces, su grandeza «por encima de todas las cosas de este mundo?», ¿o le descubre algo de la misión que le tiene reservada?

Allí ha quedado la pregunta pendiente, sin contestación. ¿Qué va a hacer en el cielo?

Después de unos minutos abre los ojos y con una mirada que parece que se levanta sobre todo lo de la tierra, contesta:

— ¡Lo que Dios quiera!

* * *

CARTAS INTIMAS

Aunque sea necesario interrumpir el hilo de esta narración, pensamos que es éste el momento más indicado para entrar brevemente en la intimidad de esta alma con Dios, que ella guardó sólo para El, y que nos ha sido dado conocer, como se ha dicho, por cartas a sus confesores. Sólo algunas de éstas, porque en su totalidad se verán quizá más adelante. Varias también se encuentran en capítulos anteriores.

Al Padre Alfonso Torres, S. J.:

«Ay Padre, lo justo es que tiene V. R. razón que el amor y misericordia del Señor hacía mi pobre alma es inmensa... Yo me encuentro tan nada, tan incapaz para toda virtud. Pero si me parece como si el Señor quisiera que dejase perderse toda esta nada en El y ser El quien viviese en mí. Hace tiempo que siento una como atracción a permanecer como amando y adorando al Señor que siento aunque tan en oscuro y tan escondido en lo más íntimo del alma. Es una cosa como ya le decía que parece nota uno más bien en sí: esa diferencia de las Moradas del alma de que habla nuestra Santa Madre. Padre, será verdad que de mí lo que quiere el Señor es ese permanecer así amando y adorándole en mayor o menor vacío, en dolor o en gozo, no reparando más que en que El pueda hacer en ese centro del alma cuanto quiera, en dejarle obrar...» (1931).

«Padre mío, perdóneme que venga otra vez y con todo lo que tiene encima, pero yo no sé qué desea mi alma que tanto la hace sufrir sin encontrar descanso en nada y el poder manifestárselo todo a V. R. es una gracia tan grande... Si no me fuese a la mano, Padre, cuántos desatinos le diría... Este habitual sufrimiento que ahora tengo aparte de lo que le dije el otro día que me sigue sucediendo, se recrudece también mucho de cuando en cuando, por unas especies de avivarse la presencia de Dios o de luz oscura o de no sé qué es, pues no acaba el alma ni de darse cuenta de lo que fue, pero se le empieza como a mostrar un algo de Dios que la llena toda como de amor y de deseo, de ansias de El, pero como le digo aunque empieza cesa en seguida aquello, quedándose en vacío y con una inmensa sed. Además yo no sé explicar lo que siente el alma y como nota la falta de Dios aunque de tan distinta manera que antes. ¿Será verdad, Padre, que el Señor infunde en mi alma su amor? Me atrevo a hacerle esta pregunta porque a mí me parece notarlo así, sin que sea obstáculo el abismo de miseria que sigue siendo el mismo, ni esta completa pobreza que tengo y sin haber hecho nada para merecerlo, pero esto aunque en oscuro, causa toda una como vida o comunicación del alma (no sé cómo decirlo) que si lo que creo tener es sólo ilusión, me hace vivir en completa falsedad, porque ahora no hago oración, no hago nada de nada más que amar... A veces también cuando así tan en oscuro se vislumbra algo de las perfecciones del Señor, se sufre más intensamente de que no le amen todas las criaturas… Ay Padre, yo debo ser muy poco sufrida porque a veces entre unas cosas y otras, me parece que no puedo más... La otra tarde al

salir del Coro y estando con ese habitual recuerdo de Dios, pero sin pensar nada en particular, sentí de improviso muy claramente como si el Señor imprimiese en mi alma, que ahora ya no quiere que me ocupe de nadie más que de El. No sé, me vino esto, como con mucha fuerza y en seguida me acordé de lo de la Santa Madre: 'Ya no quiero que tengas conversación con hombres sino con ángeles.' Me pareció que esto nada tenía que ver con las ocupaciones exteriores, pero que era otra cosa que ese constante recuerdo de Dios que se tiene sin esfuerzo ninguno... Hoy he estado todo el día con unos deseos de que el Señor me conceda aquello que El dijo ser la mayor prueba de amor... Otras personas, Padre, no lo necesitan, le ofrecen continuamente obras de virtud pero yo con mi completa pobreza... Algunas veces, no tengo gana de eso, sino de que llegue pronto el verdadero reinado del Señor y verlo yo, pero generalmente es lo otro lo que vivamente deseo y pido» (1931).

«Es como un *algo* que siente el alma allá en lo más hondo, que no es nada para poder decirlo, pero que es para ella mucho. Es en oscuro, sin poder distinguir nada, un exigir el Señor algo, que sin ser esto ni lo otro, supone un darse, mejor dicho, un dejarse coger *del todo,* y esto que siente el alma causa un intenso sufrimiento por versé por una parte así, tan fuertemente atraída o impelida, y por otra tan incapaz para ello, tan separada del Señor y, sin embargo, este sufrimiento parece que constituye su vida y su mayor dolor sería que cesase. Pues es un parecerme siempre en oscuro, quiere el Señor (esto no es que lo entiendo pensando, sino como si me lo hicieran ver o me lo imprimieran dentro) una unión tan íntima y tan verdadera, un como dejar de vivir yo para que viva El, para lo cual veo por su bondad y misericordia no es obstáculo ninguno esta tan completa e inmensa pobreza que cada vez veo más clara en mí, pero sí lo soy yo, con no acabar de abandonarme *del todo* en su brazos. Todo esto parece que enciende el amor de un modo tan fuerte aunque no sensible (esto no lo sé explicar); yo no sé, es un amor doloroso como una llama que se enciende dentro sin hacer yo nada, ni la más pequeña consideración, y sólo me alivia a veces el decir 'Dios mío', pero todo esto que digo fuerte, porque me parece lo es mucho, es al mismo tiempo con una paz honda, más que sensible y aunque está como toda el alma en ello es dándose cuenta, no con ese perderse de otras veces.» «Ay, Padre, le digo todas estas cosas antes y no es eso, es otra cosa, es mucho más de lo que puedo decir... Esto que siento, es tan grande y por otra parte tan sencillo, me parece que nosotros, yo por lo menos, lo complico todo y es en sí tan una sola cosa

necesaria... ¡Qué torpeza, Padre, para explicarme; en fin, V. R. suplirá y me dirá por caridad si me extravío, porque de virtudes que sería lo bueno no puedo hablarle nada, al contrario, me encuentro muy capaz de los mayores pecados, si el Señor me dejara un momento, esto hasta qué punto... Otras veces no es nada de todo lo que aquí digo, sino sólo una inmensa amargura, un sufrimiento tan grande sin nada más que esto, y entonces sólo puedo, como bajando la cabeza, aceptarlo y estar así hasta que el Señor quiera. La víspera y el día de nuestra Santa Madre, han sido muy fuertes de esto. ¡Qué vergüenza decirle estas cosas!» (1931).

«Sin estar ese sufrimiento de que esta mañana le hablaba parece como si se hubiese encendido en el alma un fuego de amor tan fuerte que a cada paso parece no se puede ya soportar. Es un tormento, Padre mío, tener que vivir, que hablar, que ocuparse de tantas cosas que no son Dios puramente. El caso es que yo no sé si esto es amor o qué es, no pienso nada, no hago nada; sin ver tampoco nada ni exterior, ni interiormente, el alma, como si se le mostrara un *algo* de Dios que la hace abrasarse y sentirse realmente como desfallecer. Ni decir 'Dios mío', que otras veces me desahoga, puedo hacer. Parece que *todo* se recoge al interior y se queda todo lo demás hasta sin fuerzas. Es un sufrir tan fuerte que no recuerdo nunca haberlo tenido mayor, ni antes cuando todas aquellas agonías, pero por otra parte es un dulcísimo sufrir... Pero, Padre, al mostrarse al alma ese *algo* de Dios de que le hablo y quererlo como asir con el entendimiento, parece se borra, se escapa, para mostrarse de nuevo así siempre encubierto. Y cada una de estas cosas atiza más (al menos así me lo parece) el fuego de este pobre y miserable corazón. Ve. Padre, son tan poco las palabras para poder decir lo que se experimenta y además no sé hablar...» (1931).

«Quisiera decirle tantas cosas que no sé por dónde empezar... Yo no sé nada de nada. Padre, no tengo obras, no tengo oración, lo único que noto es que cada vez va como encendiéndose más en el alma el amor del Señor, pero así a lo tonto; no puedo pensar nada, no puedo hacer la más mínima cosa. Unas veces en esta nada, siento eso que yo llamo amor y a lo mejor no lo es, que tanto atormenta, pues aunque no falta la paz, es con ansias, con vacío, con dolor y otras siento un no sé qué, que es algo y que no llego ni a entender qué fue, pero que aviva más y más ese fuego y enamora más al alma... Ve, Padre, aquí necesitaba el vocabulario; esa palabra me da vergüenza y no sé otra que con esa misma fuerza exprese la cosa que se siente... Luego es un tormento de que el mundo corresponda así al Señor, de no poder saciar sus deseos de que todas las almas se le entreguen... y luego es un ver la propia miseria, tanto mayor que la de

ninguna criatura, que no es ni recordando mis gravísimos pecados, ni mi infidelidad presente, sino así en globo de un modo que deshace y anonada... El otro día (no sé si será verdad) estando creo, recogida en este abismo de mi pobreza, se formó dentro esta palabra espontáneamente. ¡Señor, qué he hecho yo por Ti!, llena de confusión de ver que nada, nada, que era exclamación, y no pregunta y me pareció en el acto, sentir claramente 'Te has dado a Mí toda entera'. Como con mucho amor» (1931).

«... no sé lo que creo sentí, pues fue en oscuro, pero así como la grandeza, el poder, la bondad, el amor de Dios, algo de esto, tan dentro, tan unido a mí, fortaleciéndome y dándome como una paz y seguridad que me parecía nada podía temer ni de dentro ni de fuera. Fue un momento, pero muy intenso y me quedé sé cómo consolada hasta de estos horrores presentes que tan hondo llegan. Estaba la Majestad del Señor tan por encima de todo ello... No me sé explicar. Luego por la tarde me fue invadiendo de nuevo una profundísima amargura y ahora sigo en ella. Yo no puedo, Padre, con estas ofensas de Dios, con este apartar de El a nuestra patria, con que en ella haya tantos que le persigan y ni le conozcan ni le amen... No puedo tampoco con esta frialdad de mi corazón, con este ver que vivo, aun viendo al Señor tan ofendido. Ve, Padre, no le amo, no le sé amar, ni lo sabré nunca, ¿para qué quiero la vida? Hoy locamente lo comprendo, suplicaba al Señor que me concediese esa gracia de poder darla por El, se lo he pedido con más insistencia, con más deseo que nunca y digo locamente porque es ofrecer lo que no es nada, lo que no vale nada, como si fuera algo... ¡Ay, Padre, pero no me concederá el Señor un poquito de su santo amor! No; un poquito no me basta, necesitaría amarle con verdadera locura...» (1931).

«Esta tarde en la oración yo no sé, sin ser nada particular tenía una paz y un descanso grandes, estaba muy junto al Señor y se me hizo cortísima la hora. No he hecho la oración sobre nada, sólo estar allí con El y sentir el alma como llena de un amor intenso pero callado y pacífico. Luego me ha parecido tan clara la verdad de mi miseria, de mi completa impotencia para todo bien, pero todo esto anegado en el mar sin fondo del amor y de la misericordia de mi Dios. Tan claro que todo es nada fuera de agradar y servir al Señor... Pero yo no sé, gocé tanto en la oración y salí tan consolada de ella, que no me hago a estar así. Claro que si el Señor lo

quiere por mi miseria será lo mejor, pero si El se ha reservado toda una eternidad para hacernos gozar de El, yo prefiero que sosteniéndome no me quite mi parte de poder sufrir estos cuantos días por su amor. Ay Padre, yo quisiera amar al Señor con verdadera locura, y cuanto fuera posible, ¿qué hacer para conseguirlo? Claro que a veces me parece que dentro de mi miseria ha encendido en mi algo de verdadero amor suyo y para decir toda la verdad, a veces me imagino que mucho, pero que no es nada para El y yo me siento tan por completo incapaz para todo, que veo no puedo nada tampoco aquí sino dejar patentes estos deseos que también son suyos, ante su infinita misericordia. Cuando pienso (no sé si es pensar) que cada momento podía crecer este amor y que luego ya será eternamente el mismo. ¿Serán, Padre, demasiado atrevidos estos deseos que yo no puedo remediar? Porque el palpar mi miseria no me quita el envidiar a los santos su amor y en esto no quisiera ser menos que ellos. Padre, mire que si a pesar de mi indignidad el Señor quisiera concederme esta gracia que me hace tanto desear y que V. R. me permitió pedir. El desearlo es porque dice el Señor que es una prueba de amor y por poder imitarle en esto aunque tan pobremente... Hoy en la oración volví a sentir el vacío y amargura de antes y rápidamente me pareció entender, que desgraciadamente son muy pocas las almas que no se buscan a sí mismas y su propio bienestar y consuelo aun en las cosas de Dios; que tenía que buscarle por sí mismo y renunciar a toda seguridad y consuelo, dejándole libremente obrar en mi alma sin tener más apoyo que el de la obediencia. Esto me pareció entenderlo como con cierta severidad o energía, no sé explicarlo...» (3 de agosto de 1931).

«Unas veces es como amor del Señor tan hondo, tan oscuro, pero tan fuerte, aunque es como si no fuese sensible (no me sé explicar) que me hace sufrir por las circunstancias actuales, por la pérdida de las almas y, sobre todo, por las ofensas de Dios en nuestra España, de un modo muy distinto al sufrimiento que siempre tengo por esto. Es como sin pensar en ello y parece que si el Señor no sostuviese sería imposible sufrirlo, porque por otro lado se graba al mismo tiempo en el alma un como oscuro recuerdo de su grandeza, de su infinito amor, de su amabilidad... La propia miseria de la que después de un rato me acuerdo, viene a aumentar todo esto porque, ¿qué puedo yo? Absolutamente nada, me quedo como un perrillo acompañando al Señor... Luego otras veces todo me da en rostro, me parece tan horrible ocuparse de uno mismo en estos momentos, cuando

sólo tiene importancia la gloria de Dios, ¡lo diría a gritos a todo el mundo y a mis hermanas no las dejaría vivir...» (13 de julio de 1931).

Al Padre Florencio del Niño Jesús, O.C.D.

«Padre Nuestro. Como ya es tan Padre nuestro me atrevo a escribirle con este papel. Tengo mucha repugnancia a decir nada je |o que experimento en mi alma, pero quiero hacer un esfuerzo con la esperanza que V. R. que me tiene que conocer como nadie, me ayudará a empezar a servir a Dios. Nada le he dicho estos días porque tomé la resolución de sufrir sola y no darle tanto que hacer, pero ha habido momentos que creí ya no podía más. En la oración no sé cómo me daba fuerzas el Señor para poder seguir adelante, en completa oscuridad y sin nada particular me sentía fortalecida. Ahora llevo siete días que se me han puesto delante, como si las viese, las gracias que en toda mi vida he recibido del Señor y lo que nunca me ha pasado, lo bueno que El ha puesto en mi alma. Esto lo veo no pudiendo tener en ello ninguna propiedad, pues al mismo tiempo veo mi miseria mejor que la de ninguna otra criatura y como si todo esto fuera prestado. No me sé explicar, pero V. R. me entenderá. Veo también en muchas cosas el momento en que me las dio el Señor con toda claridad. ¿Se acuerda un papelito que le puse en Madrid que me dijo V. R. lo conservara para enseñárselo cuando estuviésemos tranquilos, en que le decía cómo se me había quitado el deseo de ser estimada y dado el de ser despreciada con una palabra que me pareció entender, cuando yo había luchado muchos años sin conseguir nada? Pues lo mismo me pasa con otras cosas, pero como esto es nuevo para mí, pues nunca he visto en mí sino lo malo prefiero decírselo no me vaya a engañar el demonio que no me faltaba más que eso. De la oración también quería decirle, pues temo sea pereza, que nunca puedo hacer meditación ni ayudarme con la imaginación, es más bien lo que explicó V. R. en la contemplación adquirida y como eso pertenece a un estado tan distinto del mío, he preferido decírselo. Unas veces es sencillamente al ponerme en presencia de Dios ver así en conjunto sin cosa particular» (19-1-1938).

«Padre Nuestro. No puedo más..., ni siquiera escribirle, que me serviría de alivio... No sé lo que me pasa. Yo quiero sufrir, eso sí. El Señor sabe que lo deseo con toda el alma porque, como no puedo nada, esto me parecía siempre me acercaba más al Señor; por esta y otras razones lo

deseaba y deseo con ardor. A pesar de mi pobreza y miseria no quiero más que el que se cumpla en mí en todo la voluntad de Dios, en lo grande y en lo chico, y en que se cumpliese encontraba mi mayor felicidad. De todo corazón deseo y digo al Señor que me lo quite todo, todo lo que quiera, exterior e interior, corporal y espiritual porque lo que sólo quiero y deseo es a El, pero ahí está, Padre, que le he perdido de veras y yo así no puedo vivir. Justísimamente me rechaza y desampara... yo no puedo explicarle lo que sufro y sin esperanza de remedio... Esta tarde por poco voy a postrarme a los pies de V. R. y pedirle que, así como pone las almas en gracia de Dios, viese qué podía hacer conmigo para que no siguiera así, lejos de El» (12 de enero de 1938).

«Padre Nuestro. He hecho una muy gorda. Después de confesar entré en el Coro y como soy tan distraída perdí la noción del tiempo y allí me quedé más de una hora. Alguna vez me daba un poco cuenta y me iba a marchar, pero otra vez me distraía y nada... Esto de coger para mí el tiempo que debo dar a mis Hermanas me da mucho escrúpulo y por eso se lo digo y le pido una penitencia. ¡Cómo es el Señor de misericordioso, Padre! Esta mañana tenía un deseo de confesarme que hasta pensé en pedírselo, pero claro que no lo iba a hacer, cuando me viene la Hermana María con su recado... Por último, Padre, con el deseo que me da el Señor de humillación y las cosas tan hermosas que me dijo V. R. de la Santísima Virgen yo no puedo más. ¿Hasta cuándo va a querer el Señor que tenga engañada a la gente? Si viesen la verdad que yo veo, huirían de mí estoy segura. Padre, tengo verdadera sed de amar al Señor, sed de desprecios y de sufrir y ya ve V. R. Ayúdeme, Padre, por caridad» (1 de febrero de 1938).

«Padre Nuestro. La otra noche en cuanto me arrodillé a la reja del Coro como si me estuviese esperando el Señor, en el acto se me borró todo lo exterior y en un recogimiento grande sentí una también muy grande reprensión. Me hizo ver en un momento la multitud de gracias que había recibido así por junto y algunas detalladas y mi falta de correspondencia que le impedía derramar en mí alma ahora las que El deseaba. Me hizo ver cómo al mismo tiempo que el uso de la razón me hizo comprender que me quería toda suya y cómo a pesar de mi miseria era un alma que su amor había escogido para derramar en ella multitud de gracias y cómo sentía que

por mi infidelidad y negligencia no le dejase. Todo esto era a pesar de todo, manifestándome mucho amor y me quedé aunque deshecha y con grande arrepentimiento, con paz y sin desaliento. Como sentí también muy claramente me pedía el Señor fuese allí todos los días al pie del Sagrario, aunque no fuesen más que veinte minutos o media hora, en el silencio de la noche, por eso se lo pedí para el día siguiente y figúrese, Padre Nuestro, cuánto le agradecí cuando me dijo entonces que podía hacerlo así todos los días. Es que no sabe, Padre, qué mal estoy esta temporada de negligencia y pereza, pero como no me dé el Señor el vencer esto, como me lo ha dado en otras cosas no sé...» (1938).

«Padre Nuestro. Poco tengo que decirle, pero no quiero dejar de hacerlo. Me da el Señor tal deseo de amarle que no sólo durante el día no puedo pensar en otra cosa, quedándose todas las cosas de la vida como por fuera, sino tampoco en la oración y sin hacer yo nada para ello, a veces se inflama tanto este amor que parece hasta físicamente no va a poder resistirse... De resultas de esto no tengo más deseo que el de fundir por completo mi voluntad en la de Dios, ni más pena que la de haberle ofendido y perdido así el tiempo que El me dio para amarle y servirle» (1938).

«Padre Nuestro. Me pasa estos días que en cuanto cesan las ocupaciones exteriores sin poder remediarlo, con grandísima paz parece se emplea el alma toda en estarse amando al Señor sin nada distinto ni particular, pero en ésa como dulcísima y fuerte comunicación de amor, bien echa de ver el alma que no hace sino recibir. Se lo digo porque es lo que me ha pasado las dos veces que he querido hacer examen que he empezado y sin darme cuenta me he ido a lo otro y Como cuando me preguntó no se lo he dicho, no me quedaba tranquila y por eso le pongo este papelito.

»Dios le pague. Padre Nuestro, la advertencia que con tanta caridad y delicadeza me ha hecho en la exhortación de la confesión, pero ya sabe. Padre, que conmigo no tiene que andar así, sino decirme siempre todo lo que encuentre mal, que de todo corazón se lo agradezco y se lo pido. Con la ayuda de Dios y de Nuestra Santísima Madre le prometo que me voy a enmendar en esto y ordenar el tiempo para que no se me vaya como ahora en cosillas, que me impiden atender como debo a mis Hermanas.

»Pida por mí, Padre, perdóneme todo y que el Señor se lo pague también todo» (1938).

«Quería preguntar a V. R. una cosa sobre las visiones intelectuales y sobre las locuciones, porque me gusta estar en la verdad y no puedo ver dejarme llevar de la imaginación aunque tengo muy poca. Es que creo nos dijo V. R. que estas cosas sólo se dan en el período unitivo o todo lo más en el estado de aprovechados, y yo que sólo soy una gran pecadora y que no he empezado a servir a Dios de veras, creía haber tenido algo de esto. ¿Será entonces ilusión las cosas que yo tenía por tan ciertas y que me parecía habían dejado huella muy profunda en el alma? Resultado de estas cosas fue un amor al Señor que me parecía poder decir de veras con Santa Teresita: *Votre amour m'a prevenu des mon enfance il a grandi avec moi, et maintenant c'est un abime dont je ne puis sonder la profondeur.* Este amor (del que me da una vergüenza horrorosa hablar) no es una cosa así sensible, sino como muy en el interior del alma, y era mi mayor sufrimiento la temporada pasada, por parecerme que amando yo tanto al Señor y consumiéndome en deseos de amarle más y más, me parecía que justísimamente me rechazaba y me apartaba de Sí para siempre» (11 de marzo de 1938).

«Todo lo que me dijo me parecía era el mismo Señor quien me lo decía y después fue una luz tan grande sobre algunas cosas y sobre todo (no sé cómo explicarlo), sobre lo que trata el Santo Padre en el capítulo VII del libro II de la Subida del monte, que no sabía qué hacer de vergüenza, pareciéndome que no he empezado a servir a Dios ni siquiera a entender el canino, ni a desear sufrir de veras, a pesar de que ese capítulo me ha entusiasmado siempre y que hace muchos años que creía deseaba de veras sufrir... Aquí lo dejé ayer, Padre Nuestro, y hoy no sé qué pasa; estoy como ajena de todo, haciendo lo exterior como mecánicamente y el alma está dentro, yo no sé si ocupada con el recuerdo de la luz tan intensa de ayer..., no lo sé, sólo sé que aunque con paz son inmensos los deseos (no son propiamente deseos) de amar al Señor con locura y de morir del todo a cuanto no sea El...» (28 de abril de 1938).

«Padre Nuestro. Dios le pague todo lo que me concede por mediación de estas hijas... Estoy contentísima con el día de propina (de Ejercicios) y ahora voy a pedirle yo también una gracia muy grande, y es que me permita pasarme la noche con el Señor en el Coro, como preparación para la confesión de mañana. ¡Tengo tanto que pedir y que agradecer al Señor,

aunque no sepa decirle nada! Padre, es una vez en la vida y quisiera me concediese el Señor hacer muy bien la confesión de mañana, que va a ser la última. Dios se lo pague. Es una gran cosa el comer en la ermita, ¡qué diferencia!» (17 de septiembre de 1938).

«Padre Nuestro. No pensaba ahora escribirle, pero me siento movida a hacerlo, por no desperdiciar lo que el Señor nos da en V. R. que tan unido está a El, que cuando no le tenga me pesará no haberme aprovechado. Crea, Padre Nuestro, que es mucho el bien que me ha hecho y hace a mi alma...

»Hoy me confesé de haber buscado y deseado tantas veces cosas fuera de Dios, de haber temido lo que no era ofensa de Dios y sufrido por cosas que no eran desagradables a Dios, porque se me puso delante esto con mucha claridad en la oración esta mañana viendo lo vano de todo ello y lo nada que es todo lo que no es Dios. No sé explicarme, Padre, porque es tan distinto cuando uno lo piensa a cuando se lo hacen ver, que me quedé con una grandísima confusión y además porque tuve también como una impresión muy fuerte de la grandeza y majestad de Dios, aunque comprendiendo no podía ni rastrearla...

»EI otro día me dijo V. R. en el locutorio viendo mis faltas, que me faltaba mucho por purificar, yo comprendo tiene muchísima razón y si son sólo las pruebas y el dolor lo que purifica yo ahora no sufro, Padre Nuestro, sino que gozo mucho porque aunque es verdad que atormenta esta sed que queda luego de amar, es de una manera dulcísima... ¿Cómo deberé, pues, obrar en todo esto? V. R., que tan bien sabe todas estas cosas, dígame por caridad si debo pedir al Señor que me lo quite, pues yo lo que deseo es llegar alto y pronto a unirme con El y no otra cosa ninguna, pero sin que me lo diga no me determino a pedirlo porque ¡qué sé yo de esto! y lo que más me gusta es abandonarme en manos de Dios para que El haga todo cuanto quiera y a lo mejor también podrá purificar el amor.

«Perdóneme, Padre, no sé ni lo que le digo y pida por su pobre hija que desea ser muy santa a pesar de ser tan nada» (1 de diciembre de 1938).

«Generalmente me quedo hasta la una y algún día un poco más cuando tengo menos que hacer o cuando me siento fuertemente atraída al pie del Sagrario. Entonces no hago más que en un profundo silencio interior estar junto al Señor y amarle. Después de aquellos tres días en que creo quiso el Señor castigar la gran imperfección en que estaba metida, ha

vuelto a comunicarse a mi alma. Son grandes los gustos que recibo, la paz y suavidad que causan, aunque no sin tormento sabroso por lo que se enciende el amor y la sed de amar más y más... Yo no sé explicar esto, pero V. R. sabe entender y basta» (1938).

Al Padre Valentín de San José, O. C. D.:

«Aquí me tienen por lo que no soy y me veo rodeada de cariño. ¿No podría yo pedir el traslado a otra Comunidad? Pienso que caería muy mal en cualquiera, ¡con qué terror me recibirían las pobres después de haber sido tantos años Priora! Parecería además, que era que no quería quedarme aquí no siéndolo. En fin, muchas cosas que no necesito decirle, pues las comprendo y que serían verdaderos tesoros. De hacerlo porque a mí me pareciera tendría temor de que todo fuesen ilusiones y después no pudiese con la cruz, que una cosa es el deseo y otra la realidad, pero si lo hago con la bendición de la obediencia, el Señor me daría todo lo necesario. Piénselo delante de El, por caridad, Padre Nuestro; cuatro días que nos deja para poder sufrir un poco por su amor y luego toda una eternidad que nos tiene reservada para gozar de El. ¡Qué desigualdad tan grande! ¡Y pasarse estos cuatro días sin buscar el mayor desprecio, el mayor dolor,..!» (Sin fecha).

«... Ayer en la última meditación no sé lo que fue, en profundo recogimiento al mismo tiempo que una luz grande para ver en conjunto mi nada y miseria, una atracción muy fuerte hacia Dios a permanecer junto a El en silencio. Otras veces esto es sólo a lo interior, pero ayer me parecía me quería junto al Sagrario. Por eso le pedí la licencia. Hay tanto en mí, Padre, por sola mi culpa, que corregir, que enmendar, que bajé a la capilla dispuesta a meterme con todo ello y ver de arreglar para empezar (después de veintitrés años de vida religiosa y toda la vida de gracias y llamamientos dé Dios, pero es la triste realidad, la pura verdad) a servir al Señor de verdad. Pero una vez allí no pude pensar absolutamente en nada y se me han pasado grandes ratos enteramente en lo que nos decía V. D. esta mañana, en silencio en fe. Hoy no sé lo que me pasa, pero algo que atrae fuertemente hacía adentro y ¡cómo cuesta tener que vivir hacía fuera aunque en el Carmelo y en Ejercicios!... » (27-IX-42).

«.... Estamos felicísimas, hay aquí en el pobre conventico un no sé qué 'que recoge el alma', sin ningún deseo de comunicación con las

criaturas y aun lo imprescindible instintivamente lo hacemos en voz baja como si temiésemos turbar ese algo que nos rodea. Nos parece que nos hemos ido lejos, lejos a otro mundo distinto y que aquí el solo Dios' va a llenar nuestra vida. Haga el Señor que así sea y que le busquemos y encontremos siempre a El solo sin mezcla de criatura y sobre todo de nosotras mismas. Como una gracia y misericordia de Dios grande, considero el que me haya traído a esta soledad...» (Mancera, 11 de mayo de 1944).

«... Crea, Padre, que me parece éste un momento importante de nuestra vida. El Señor no me cabe duda que nos ha hecho una gracia muy grande al traernos a esta soledad que tan bien le está al alma; todas están con deseo grandísimo y parece que aquí no hay más remedio que vivir ese 'estarse amando al Amado con lo que le precede... Quisiéramos empaparnos la doctrina de Nuestro Santo Padre hasta el fondo...»

«... El otro día me parecía entender en la oración, que el Señor quería que me adentrase en esa soledad, en ese silencio profundo que se hace en el alma, que me abandonase sin temor en esa oscuridad de fe y amor... Yo no puedo menos de creer y esperar que ha pasado para mí el tiempo de tener que ocuparme de las cosas (que bien sabe el Señor, lo mal que le he hecho todo siempre) y que así como me ha hecho la misericordia de traerme a Mancera, me va a hacer la de librarme por fin de los cargos... Sea lo que El quiera, pero así lo espero. ¡Qué encantos tiene la vida humilde y la pobreza!» (19-V-44).

Capítulo 37

Véante mis ojos

A la Madre Maravillas le faltan sólo unos días para ir al encuentro definitivo con Dios. Con Aquel que para enamorarse de su alma no puso los ojos en su grandeza, sino en la grandeza de su humildad.

Se acerca la hora.

Esa mañana, 5 de diciembre de 1974, se despierta con mucho dolor de espalda, pero se levanta para la Misa de Comunidad. Es éste el último día que comulgó en el Coro.

El dolor y el malestar seguían, pero como había helado bastante esa noche pensaban que no había descansado bien, pues no tenía fiebre ni ningún otro síntoma. Era un decaimiento general, más que de ordinario.

Ya a la tarde, tenía algunas décimas, pero sin aparecer aún nada especial.

A la mañana siguiente, viernes 6, quiso ir a Misa, pero no la dejaron. El doctor le encontró un pulmón muy cogido y se quedó muy preocupado, pues no se veía reacción con el tratamiento que le había puesto la víspera. Sin embargo, se levantó como todos los días; la única diferencia es que recibió la Comunión en su celda.

El sábado todo seguía igual.

Con una dulzura inefable recibía todo cuanto le hacían sus enfermeras Todo Jo agradecía sonriendo siempre, sin quejarse de nada

Ese mismo di a sábado, sin esperaría ni pediría, Levaron al convento por la noche a la Virgen peregrina de Fátima. Alguien debió enterarse en Madrid que la Madre Maravillas estaba enferma y después de la gran vigilia en San Francisco el Grande, que habían tenido como víspera de la Inmaculada, pensaron que sería un consuelo para la Madre.

La Comunidad, hasta las ancianitas que habían conocido los días de Getafe y del Cerro, pasaron la noche en el Coro. Todas tenían la impresión de que la Virgen venía a «algo».

Parecía, en efecto, que venía a recoger cuanto la Madre había hecho por el Señor en estas «Casas de la Virgen» como ella siempre decía. A recoger esta vida que se había gastado día a día, en el servicio de Dios y de la Santa Iglesia.

En el Coro se oía el rezo de las monjas alternándose en el rosario; en la celda de la Madre había un grandísimo silencio.

Por la mañana del domingo 8, festividad de la Inmaculada, el Capellán le llevó la Comunión como Viático y le administró la Unción de los enfermos.

La Madre, con pleno conocimiento contestaba a todo con su acostumbrado fervor; con gran alegría pensaba que era en esta fiesta de la Virgen, su Madre, cuando se preparaba para este último viaje de su vida.

Seguía mal, con bastante fiebre.

La Hermana enfermera, en un momento que la Madre le pidió el crucifijo, se le ocurrió preguntarle:

—Madre, ¿cuándo se entregó al Señor?

—Desde siempre —contestó ella.

A la madrugada, viéndola peor, la Madre Subpriora llamó a la Comunidad, que había pedido quedarse en el coro. La Madre, sonriendo, les decía adiós a todas con la mano. Le hicieron la recomendación del alma, contestando ella con gran fuerza, lo mismo las jaculatorias que le decían. Poco antes de las cuatro, el Capellán le dio la absolución y la Bendición Papal. Pasadas las cinco volvió la Comunidad al coro para hacer la oración y después la Misa de agonizantes.

En la capilla estaban sus fieles amigos y colaboradores en sus obras, los hortelanos, los de mandaderos, el mecánico, la sacristana, los familiares del Capellán, algunas personas vecinas. Todos lloraban.

El doctor, que llegó el lunes muy temprano, le cambió el tratamiento. Dijo que sí no respondía a esto, no quedaban esperanzas.

De momento pareció reaccionar un poco. Esa tarde, preguntaba a cada rato:

— ¿Cuándo voy a comulgar?

La Hermana le decía que a las cuatro.

— ¡Cuánto tarda! —contestaba.

El Capellán, al entrar, quedó asombrado del cambio desde la noche anterior; con qué fuerza contestó al Amén de la Comunión. Hasta pudo

levantarse un poco y estuvo admirablemente hablando cosas muy importantes con la Madre Subpriora.

Entró en su celda la más pequeña de las novicias y la Madre le habló llena de bondad y de cariño de aquello que tanto le había gustado a ella siempre desde niña: «Una sola cosa he pedido al Señor, habitar en su casa todos los días de mi vida». Así se lo había concedido el Señor, ¡tan bueno siempre con ella!

La noche del lunes al martes volvió a ponerse muy mal. Viendo que podía acabar de un momento a otro, la Comunidad se quedó en el coro. De cuando en cuando iba a su celda a estar allí algunos ratos.

—Se va al cielo. Madre —le dijo la Madre Subpriora.

Ella, con una expresión radiante, contestó:

— ¡Qué alegría! ¡Cómo no me lo han dicho antes!

Desde ese momento pareció invadirle, aún más, esa paz que siempre habían visto todos en ella, como quien se prepara a sufrir lo que Dios quiera, consumando así la entrega de toda su vida.

En su celda, después del Viático, sólo había quedado una imagen pequeña de la Virgen del Carmen. La Madre Subpriora, que estaba justo a sus pies, cogió en sus manos la imagen para que la viera bien, diciéndole:

— ¡En qué brazos va a caer!

—Sí, en buenas... manos...

Hablaba con mucha dificultad, pero se le entendía bien.

Las monjas le recitaban «Véante mis ojos» y ella acababa las estrofas.

—Ya está el Esposo a la puerta, Madre.

—Por su... misericordia...

— ¿Desde cuándo se entregó al Señor?

Hizo un gesto y contestó:

—No tengas... en cuenta... mis... pecados.

Decía adiós con la mano muchas veces, sonriendo.

Todo el tiempo quería coger el crucifijo y unas imágenes muy pequeñitas que le habían llevado, de la Virgen y San José. Las besaba muchas veces seguidas.

— ¿Ten...go el es...capu...lario pues...to? —preguntó. Se lo dan a besar.

— ¿Está contenta, Madre?

Ella se sonríe, levanta las cejas con un gesto como diciendo: «¡Figúrense!» —Nuestra Madre Santísima la viene a buscar con su capa blanca y escapulario.

—No soy digna... Por su... inmensa... caridad.

— ¿Va a pedir por todas las monjas y por la Asociación?

— ¡Ya lo... creo! Por... todas, por... todas...

— ¿Sufre mucho?

Hace entonces la Madre un gesto muy suyo con la mano, como quitándole importancia.

Dice algo que no le entienden. Habla del Papa. Luego, al ver que está toda la Comunidad allí, y para que no le quede la menor cosa sin cumplir, dice, como es costumbre en el Carmelo, con voz entrecortada pero aún clara y fuerte:

—Por... amor de Dios les pido... que... me... presten un... hábito… para... que... me... entierren.

Y a los pocos minutos:

—Les pido... que me perdonen... por... los... malos... ejemplos...

Puede suponerse cómo estaban sus hijas; pero se mantienen serenas al exterior. Cuando alguna comprende que va a claudicar, se sale fuera un rato.

Empiezan a acercarse todas para despedirse. A cada una le dice algo. A una Hermana que hacía poco tiempo había muerto su padre, le pregunta:

— ¿Qué quiere... para... su padre?

A la Hermana le fue imposible contestar nada.

La Madre Subpriora le dice:

— ¿Está contenta de que estemos aquí?

—Muy contenta... estarán... muertas ¿por qué... no se... acuestan...?

No es cosa fácil expresar cómo era aquella mirada de la Madre cuando iba deteniéndose una a una en sus hijas. Era más elocuente que cuanto pudiera decir con palabras.

Hablaba del cielo que tocaba con la mano, de la pena de dejarlas solas, de sus deseos de que fuesen como ella siempre las quiso, de que siguiesen el camino que su Madre Teresa les trazó. Todo junto, en un

instante. Pero por encima de todo, reflejaba un gozo inefable, como un anticipo de gloria y de eternidad.

Una Hermana enciende la vela de la agonía. Al poco rato quiere la Madre decir algo que no se le entiende bien. La enfermera se acerca a ella y oye que dice:

—Esa luz...

— ¿Qué luz? —dice la enfermera, pensando si será algo sobrenatural, ya que la luz estaba encendida toda la noche.

— ¿Será la Virgen?

La Madre pone una cara de lo más expresiva, como diciendo: ¡qué tontería!, y hace señas con el dedo que no. Era el resplandor de la vela que ella veía detrás de la Madre Subpriora.

—Madre, todo lo ha cumplido, ¿verdad que sí?

—Sí..., todo..., todo...

— ¿Quiere tomar algo?, ¿prefiere agua de Lourdes?

—Lo que sea... más... fácil... Duerman... un poquito.

Repetía muchas veces:

—La... verdad que... somos felices... ¡Qué... felicidad... morir carmelita...!

— ¿Ofrece todo esto por la Iglesia, por los sacerdotes y dice como la Santa Madre: muero hija de la Iglesia?

—Sí... sí...

En la mañana del martes 10 recibió con muchísima alegría y consuelo al Padre que la confesaba y pudo estar un rato con él.

Después decía a la enfermera:

— ¡Qué bien... me ha venido...!

— ¿Se ha confesado?

—Sí...

— ¿De qué, Madre mía?

—Pues... de mis pecados...

Tomó un poco de caldo. A media mañana llegó el doctor y para verla mejor se puso en cuclillas a su lado. Ella le dijo:

—Que se... está haciendo... daño.

El doctor, creyendo que era a ella, pues no se la entendía bien, le dice horrorizado:

— ¿Dónde, Madre, dónde?

—No..., no..., usted... usted...

Ese día, después de la Comunión, le dio el Capellán la bendición con el Santísimo. Ella se quedó después mucho rato, dando gracias y profundamente recogida.

Era su última Comunión en la tierra.

Pasó esa noche mejor, parecía que descansaba. Pero cuando después de Misa subió la enfermera para que fueran a desayunar las Hermanas que la estaban supliendo, le encontró un cambio grande en la cara. Tenía los ojos abiertos, pero la mirada velada, las manos moradas y la respiración muy superficial. Repetía moviendo los labios todas las jaculatorias que le decían, pero sin dar voz.

Llamaron a la Comunidad, que ya no se separó de ella más que para rezar los Horas y comer deprisa, turnándose.

La Madre Subpriora recordó a todos los demás conventos.

—Hermanas —les dijo—, no somos nosotras solas las que estamos aquí; estamos representando a todas sus hijas, que el Señor les pide el sacrificio de no estar a su lado. Acuérdense de ellas.

Besaba el Crucifijo que le acercaban. Con los ojos cerrados, oía perfectamente y seguía cuanto le decían, moviendo los labios.

La Madre Subpriora le dijo a una Hermana que cantase lo que tanto gustaba a la Madre:

Dulce Madre del Carmelo,
causa de nuestra alegría,
quiero cantar el consuelo
de llamarte Madre mía.
Dulce Madre del Carmelo,
si muero amándote a Ti,
qué pronto llegaré al Cielo,
qué dulce será el morir.

Aquella pobre celda estaba inundada de paz.

El doctor no pudo estar en esos momentos.

Tenía anunciado hacía varios días un asunto urgente fuera de Madrid. Se lo había dicho él a la Madre, que al saber de qué se trataba, le pidió que no dejara de ningún modo de asistir.

El, pendiente de su enferma, llamaba varias veces a enterarse de cómo seguía.

A las dos de la tarde, al decirle que estaba agonizando, mandó que le pusieran una inyección y añadió que lo hicieran, porque alargar esta vida era un bien para la Iglesia y para la Humanidad.

Dos horas después volvió a llamar. La inyección no le había hecho reaccionar lo más mínimo. Entonces dijo: «Déjenla ya, hasta que Dios quiera.»

Sólo se oía su respiración. El pulso venía cada vez más flojo, con muchos fallos y muy deprisa. La enfermera que lo tenía cogido todo el tiempo de pronto lo perdió y dijo: «Ahora.» Respiró tres veces distanciadas y se apagó definitivamente en la tierra.

Eran las cuatro y veinte del miércoles 11 de diciembre de 1974.

Sin hablarse, todas recordaron aquellas palabras que tantas veces le habían oído decir, llena de entusiasmo:

«Hijas, ¡qué alegría! vamos a ser juzgadas por Aquel a quien hemos amado sobre todas las cosas».

Su cuerpo fue expuesto en el Coro, ante la reja, como es costumbre.

El doctor Núñez Magro, médico de la Comunidad, certificó la defunción, notando ya entonces ciertas anormalidades en el cadáver.

A las seis de la tarde se celebraron las primeras Misas en los conventos del Cerro y La Aldehuela.

También desde aquel rincón solitario de Batuecas, donde todo habla de la Madre, subían entonces al cielo plegarias de la Orden, celebrando la Misa por ella.

Toda la Comunidad pasó la noche velándola en el Coro.

Durante la tarde del día 11 y la mañana del 12 mucha gente pasó por delante de la reja, rezando con gran fervor.

El doctor Vega Díaz, a mediodía del 12, comprobando que persistían en el cadáver las anomalías del día anterior, pidió que fuese examinado por un médico forense.

A las cuatro y media de la tarde tuvo lugar el funeral, presidido por el ilustrísimo señor Vicario de Religiosas de la Diócesis, don Hermenegildo López, con el que concelebraron el Padre Provincial de Castilla, Fray Román de la Inmaculada, O. C. D., que hizo una preciosa homilía; el Padre Prior de Madrid, Fray Gaudencio del Niño Jesús; otros Padres y los Capellanes de sus conventos.

El entierro debía haberse efectuado a continuación, pero hubo de suspenderse esperando la llegada del doctor forense, que se había solicitado a la Jefatura de Madrid.

Poco después llegaba éste, doctor Méndez Morillo, que reconoció el cadáver ante varios testigos y, de acuerdo con los otros doctores, decidió que no se la enterrase hasta el día siguiente, pues antes de dar su opinión, quería comprobar el estado del cuerpo pasadas más horas.

El señor Visitador levantó momentáneamente la clausura para que pudiesen entrar a rezar ante el cadáver los familiares y demandaderos de todos los conventos de la Madre que con los Capellanes habían venido al entierro. Se llevaron las flores que tenía en la caja y alrededor.

Reunidos de nuevo al día siguiente los doctores, pudieron comprobar, después de un reconocimiento detenido, que la flexibilidad del cadáver era mayor que la víspera y que no tenía el olor característico. El doctor forense dio permiso para el entierro entonces o para dilatarlo más tiempo. El cuerpo de Madre Maravillas era ciertamente cadáver, pero estaba en unas condiciones fuera de lo común.

Después, con fecha 30 de diciembre de 1974, el doctor forense hizo un estudio detallado del caso, sacando la conclusión de que «se han observado signos suficientes para afirmar la muerte real de la Madre Maravillas de Jesús Pidal y Chico de Guzmán, pero que la evolución de los fenómenos cadavéricos y la marcha de los fenómenos putrefactivos presentan unas anomalías sin base científica para explicarlas, en el estado actual de estos conocimientos.»

Hacia medio día del 13, después del reconocimiento de los doctores, el señor Visitador, con visible emoción, pronunció unas palabras alabando a Dios admirable en sus santos y, levantando en nombre del señor Cardenal, por breve tiempo la Ley de la Clausura, permitió a los presentes que pasaran al coro del convento.

Casi tres cuartos de hora duró el desfile en el que los fieles con profunda emoción y fervor pudieron besar el cadáver y comprobar las señales extraordinarias que habían certificado los médicos. La Madre parecía acoger a todos con la misma bondad con que siempre lo había hecho en vida; parecía dormida y no inspiraba ningún temor sino amor y veneración.

Fue una fila larguísima de personas de todas las clases sociales, hombres, mujeres y niños que se abrazaban a sus manos, la besaban. Todos entraban en absoluto silencio, tocaban a su cuerpo pañuelos, rosarios, trozos de tela. Ya desde la víspera las Hermanas estuvieron continuamente pasando por su cuerpo los objetos que daban por el torno para este fin.

Después quedaron solamente los religiosos y sacerdotes para el entierro y, por una concesión muy especial, los familiares de la Madre.

Quedó enterrada en el cementerio, en un extremo de la huerta del convento de La Aldehuela.

La sensación era de una paz profundísima en aquella mañana.

Los Padres Carmelitas y sacerdotes que asistieron al entierro volvían despacio cantando la salve a la Madre del Carmelo.

Al cerrarse la puerta reglar, todo volvió a quedar en silencio.

Allí, junto a la sepultura de la Madre sus hijas pensaban en aquellas palabras suyas oídas tantas veces en Capítulos, en conversaciones con ella:

«Reina, ¿dónde está tu corte?», con las que la Madre las animaba a esforzarse, recordándoles que un día, al llegar al cielo, el Señor les pediría las almas que tenían que ganar con su vida, cumpliendo su misión en la tierra. Un alma que del todo se entrega a Dios nunca va sola al cielo.

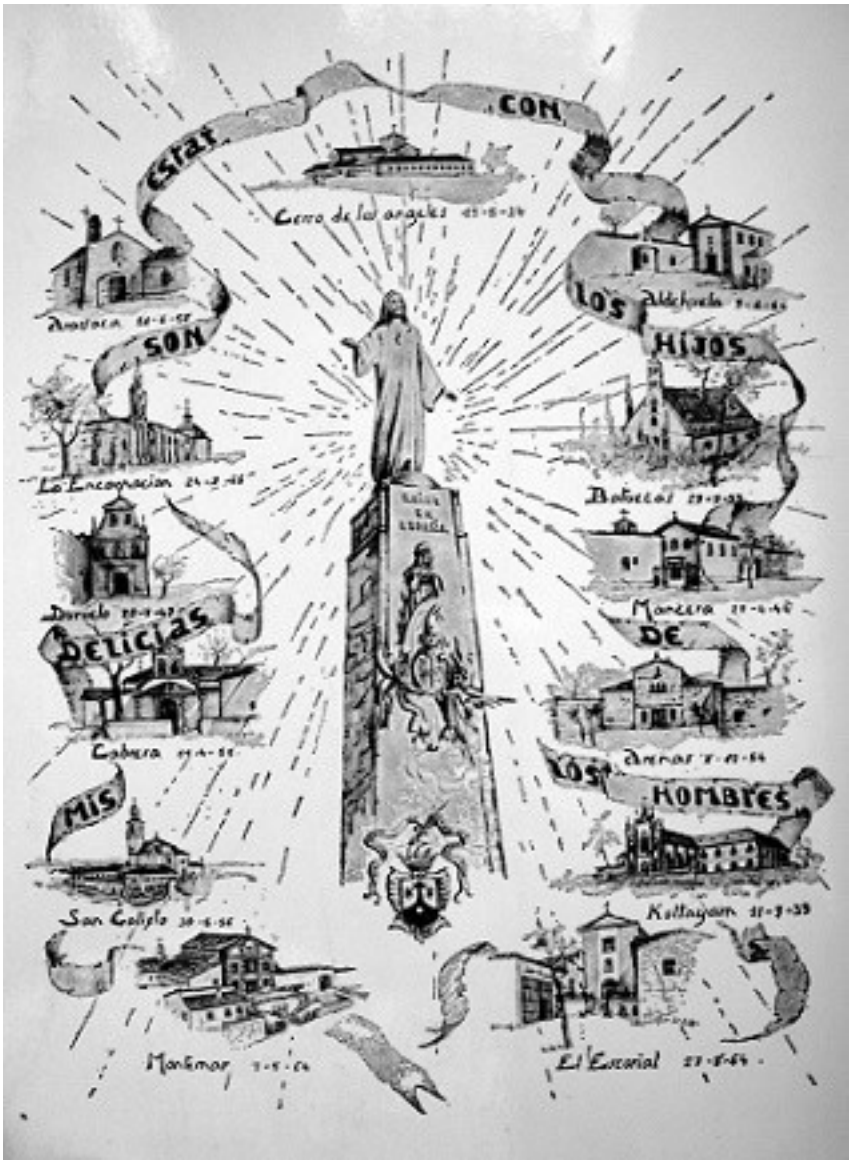
Sólo Dios puede saber cuántas gracias atrajo la Madre sobre las almas de todo el mundo, con aquella entrega suya total, alegre y amorosa.

* * *

Termina ya esta vida de la Madre Maravillas, diciendo nosotros con Santa Teresa en una de sus exclamaciones:

> «Dadnos, Dios mío, Vos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida...
>
> »Alcanzadnos, ánimas amadoras, a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto

que no se han de acabar. Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente; coged agua para los que acá perecemos de sed».



(Contraportada tapa trasera)

«Todo en la vida de la admirable M. Maravillas nos habla de santidad, abnegación, generosidad; todo nos habla de sencillez y pobreza. Verdaderamente, bien supo la Madre Maravillas seguir a Cristo muy de cerca durante toda su vida, virgen, pobre y obediente. No puede suponerse el bien que nos está haciendo a todos».

(Fr. RAFAEL DE OBIETA, Cartuja de Sélignac, Ceyzériat, Francia.)

«Me ha impresionado vivamente esta Vida. Es una obra extensa, detallada y comentada, que quedará como la Vida clásica y fundamental que servirá de base para otros trabajos. La M. Maravillas es hoy un magnífico testimonio de carmelitanismo intenso por haber vivido en intensidad el carisma teresiano. Esta Vida hará un bien inmenso, pues pone de relieve la verdad de su entrega, la fecundidad de su obra y la alegría de su fidelidad».

(P. ISMAEL BENGOECHEA, O. C. D., Revista Myriam, Sevilla.)

«El valor principal de esta Biografía, a mi entender, es el mensaje de espiritualidad profunda que contiene. Huelga decir que resulta de palpitante actualidad, porque toda espiritualidad auténtica, todo cuanto nos habla y nos acerca a Dios es actual, ya que Dios es acto puro y no se pasa ni envejece, mientras que lo humano es de por sí caduco y pasajero».

(Mons. JUAN HERVAS, obispo dimisionario de Ciudad Real.)

«A medida que uno se adentra en la lectura de este libro, se apasiona de tal manera que ya no lo suelta hasta que termina. Contiene un arsenal de pensamientos espirituales muy valiosos. Está escrita esta vida sin grandes alardes literarios, con una sencillez y una naturalidad, con una fluidez y un sabor evangélico que encanta, edifica y aumenta el deseo de seguir el hilo de tan sabrosa lectura».

(Fr. AMALIO VALCARCEL, O. P., Collegio Apostólico dei Penitenzieri, S. Maria Maggiore, Roma.)

«Lástima que esta biografía no ande en las manos de muchos cristianos, sobre todo de aquellos que necesitan conocer a los santos. Su lectura deja un gusto en el alma que se saborea y consuela. Aunque es una santa carmelita y de clausura, sus virtudes son de Cristo y pueden servir para imitación de todos sin distinción».

(PIO ESCUDEIRO SALGUEIRO, canónigo, Santiago de Compostela.)